



**Padre Santiago Machado (1850-1939)**

**Corazón y sotana**

**Padre Abelardo Bazó Canelón**

## Tabla de contenidos

Prólogo

Introducción

### **Capítulo I. Los inicios de su obra pastoral (1876-1888)**

1. Los primeros años (1850-1876)
2. Ordenación sacerdotal y primer encargo pastoral
3. Santiago Machado en la parroquia de Maiquetía
4. El cura de Maiquetía
5. La oposición de los poderosos
6. El catecismo y la Escuela de la Inmaculada
7. El hospital San José

### **Capítulo II. Las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía (1889-1910)**

1. La primera congregación religiosa nacida venezolana
2. El rechazo del episcopado
3. El padre Machado y la madre Emilia de San José
4. La sucesión de madre Emilia
5. Machado y las labores sociales de la congregación
6. La plaza Lourdes de Maiquetía
7. Machado y la Revolución Libertadora
8. El legado de Machado a la congregación

### **Capítulo III: El proceso contra Machado (1910-1911)**

1. La resolución del padre Machado
2. *Adversus* Machado: Aversa contra Santiago
3. La huida a Roma (julio de 1910 – enero de 1911)
4. El juicio contra Machado y el fallo de la Santa Sede
5. La visita apostólica a la congregación

6. El retorno a Venezuela (11-1-1911)
7. Las secuelas de la separación
8. Las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver

#### **Capítulo IV. San José del Ávila y la plaza El Cristo (1911-1923)**

1. La Escuela del Niño Jesús
2. San José del Ávila
3. Con los auxilios de la Providencia
4. La plaza el Cristo de Maiquetía

#### **Capítulo V: El capellán de Prado de María (1924-1939)**

1. De “El Rincón del Valle” a “Prado de María”
2. La restauración del templo y otras obras pastorales y sociales
3. Los homenajes del sacerdote
4. La suspensión *a divinis* de Machado
5. El Via Crucis de la plaza Jerusalén
6. Sus últimos años en Prado de María
7. Rehabilitación del fundador y vuelta a casa
8. Muerte y funerales del padre Machado

#### **Conclusiones**

#### **Bibliografía**

1. Fuentes
  - a. Fuentes primarias
  - b. Fuentes secundarias
2. Bibliografía complementaria
3. Artículos en Internet y páginas Web
4. Entrevistas

*Dedicatoria:*

A las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía

Con las debidas licencias:

Nihil obstat (imprimi potest): Pbro. Lic. Alfonso Barbera Riccio, censor

Imprimatur: Mons. José de la Trinidad Valera Angulo, obispo de La Guaira

16 de septiembre de 2011

## Prólogo

Este libro tuvo su origen en una tesis doctoral que fue defendida por Abelardo Bazó Canelón, en la Universidad Católica Andrés Bello, 21 de marzo de 2011 bajo el título: “El padre Santiago Machado Oyarzábal (1850-1939) y el impacto de su obra social en la Venezuela de su tiempo”.

El jurado, integrado por los doctores Rodrigo Conde Tudanca, Tomás Straka Medina y quien escribe estas líneas, en su carácter de tutor, decidió calificarla con 20 puntos y recomendó su publicación por considerar que llenaba a cabalidad las exigencias requeridas para el Doctorado en Historia de esta Casa de Estudios, expresando “un manejo acucioso de documentación de fuentes primarias que ofrece aportes originales y abre nuevos horizontes para la comprensión de la historia de la Iglesia católica venezolana en un momento fundamental para su desarrollo, así como para un mejor entendimiento de la Venezuela moderna representada en la figura del Padre Santiago Machado Oyarzábal”.

El P. Machado aunque famoso en la época que le tocó vivir, es un personaje olvidado por la historiografía venezolana y particularmente por la Historia Eclesiástica. A este sacerdote diocesano venezolano, nacido en La Victoria (estado Aragua) en 1850, fundador de la Congregación religiosa “Hermanitas de los Pobres de Maiquetía” (primera fundada en territorio venezolano), del hospital San José de Maiquetía, la Escuela del Niño Jesús (llamada luego San José del Ávila), del monumento al Santo Cristo de Maiquetía y de diversas escuelas, entre otras obras, le correspondió vivir una etapa difícil de las relaciones entre la Iglesia Católica y el Estado venezolano.

El naciente Estado liberal, una vez separada Venezuela de la Nueva Granada en 1830, representó un grave peligro para la institución eclesiástica, particularmente por su pretensión de subordinar ésta al Estado. Al jurar la Constitución de ese año, el estamento eclesiástico quedó en una posición de cuasi funcionarios estatales. De ahí partió el enfrentamiento. Deístas y masones complicaron la situación, al visualizar a la Iglesia Católica como el gran obstáculo para el reinado de la razón y la ilustración de los pueblos.

La situación se complicó por la participación de la Iglesia en los avatares políticos de conservadores y liberales, siendo significativo el número de sacerdotes que actuaron como diputados en el Congreso Nacional. Los Partidos políticos, al menos en teoría, fueron pragmáticos con respecto a la Iglesia, pues en la práctica los conservadores tuvieron un pensamiento más liberal que los liberales mismos. Por ello, para algunos historiadores los conservadores fueron más consecuentes perturbadores de la Iglesia que los propios liberales.

El choque frontal con el Liberalismo se presentó en tiempos de Antonio Guzmán Blanco y el poder espiritual llevó la peor parte. La Iglesia sólo inició su recuperación

institucional en las postrimerías del siglo XIX. Las relaciones con el Estado serían cordiales en el futuro pero se mantendrán las leyes anti-eclesiásticas, aunque se relajó su aplicación.

El siglo XX encontró a la Iglesia sufriendo las secuelas del guzmancismo, con una profunda división interna y disminuida en la cantidad y calidad de sus miembros. La institución eclesiástica tendrá que enfrentarse a un Estado infiltrado por anticlericales y positivistas, aunque la relación con los últimos tuvo poca importancia desde el punto de vista teórico, lo cual no significa que en ocasiones los positivistas se metieran con la Iglesia. Esto se debió en parte al gran peso que tenían en la sociedad venezolana los valores morales de la religión católica y los del pensamiento liberal.

No obstante, la Iglesia se recuperó e inició su restauración institucional. En el proceso jugó un papel significativo el *Concilio Plenario Latinoamericano* (Roma, 1899), el cual buscó la alianza con el Estado, partiendo del reconocimiento por la Iglesia de su papel en las sociedades modernas: darle cobertura legal y protectora a la institución eclesiástica. Los ideales del Concilio fueron plasmados en la *Instrucción Pastoral* del Episcopado de 1904. La Iglesia, como rectora de la conciencia religiosa y moral de la sociedad venezolana, buscó ser reconocida como independiente pero manteniéndose como un poder paralelo y en comunión con el Estado.

Durante la larga dictadura de Juan Vicente Gómez las preocupaciones de la Iglesia se centraron en problemas intra-elesiales. Desarrolló una de sus principales características como institución: Su fuerte adhesión a la Santa Sede, precisamente como fruto de su debilidad en la lucha por su supervivencia. De igual manera mantuvo un carácter dependiente en cuanto sujetó su acción al marco estatal que le permitía la Ley de Patronato. Para algunos historiadores la Iglesia guardó durante el gomecismo 27 años de silencio.

La Restauración de la institución eclesiástica fue hecha por las órdenes religiosas femeninas y por hombres como el P. Santiago Machado, sin mucha formación en Derecho Canónico, producto en parte a lo irregular de su formación sacerdotal (sus estudios los tuvo que concluir en la isla de Trinidad). Recordemos que en 1872 el presidente Antonio Guzmán Blanco decretó el cierre de los seminarios y expulsó a varios sacerdotes que eran profesores en el Seminario de Caracas.

El P Machado fue sobre todo un pastor y se caracterizó no sólo por ser “un defensor de la fe que profesaba”, sino por su gran vocación de servicio e ideal social “que le llevó a realizar magnánimas obras a favor de los más necesitados. Amado y venerado por su pueblo, fue al mismo tiempo odiado y envidiado por algunos anticlericales, e incluso por ciertos eclesiásticos y religiosas. Despertó en sus contemporáneos sentimientos tan dispares que podría precisamente por ello ponerse al mismo nivel de los grandes personajes de la historia”.



Pero no se crea que estamos en presencia de una hagiografía, una vida de santos. No. El autor advierte que trató con toda la precaución del caso la documentación, utilizando de manera rigurosa la crítica histórica para aproximarse al personaje y a su época. No le fue fácil, pero lo logró.

En cuanto se refiere a la documentación consultada y utilizada para esta obra, la fuente principal la representa el Archivo Histórico de la Congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, inédito y de difícil acceso para los investigadores. Otros documentos pertenecen al Archivo Secreto Vaticano, publicados por la Academia Nacional de la Historia (Caracas, 2000) bajo el título “Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1900-1922), Castro y Gómez. Apéndice documental”, por el historiador Lucas Guillermo Castillo Lara.

Se revisaron algunas investigaciones de religiosas de la Congregación y del P. Gerardino Barracchini, quien trajo al país alguna correspondencia del Archivo Vaticano correspondiente a los años 1922-1940. Destacan los Apuntes personales de la hermana Tarcisio de San José, quien ingresó a la Congregación en 1925. De igual manera los Apuntes personales de la hermana Delfina de San José, escritos en 1949. Otras fuentes de primer orden: “Historia de la Congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía”, escrita por sor Enriqueta de San José, culminada en 1914; “Nuestra historia (1889-1918)”, de la hermana Tarcisio, culminada en 1974; las memorias de Eduardo Chapellín; entre otros autores.

Bazó Canelón dedicó particular interés a las memorias de Carlos Soria Villaparedes, “una de las fuentes más importantes de nuestro trabajo”, expresó. Soria vivió con el P. Machado desde 1932 y le acompañó hasta la muerte del sacerdote, siete años después. Fue su secretario y enfermero y luego su confidente. Soria recopiló datos de la vida de Machado y entrevistó a testigos oculares que lo habían acompañado en sus obras sociales y religiosas. Las memorias representan un testimonio de primer orden; y aunque su autor, como era predecible, enalteció demasiado al biografiado, Bazó tuvo cuidado al analizarlas y buscó en todo momento la objetividad.

Además de la extensa bibliografía y artículos de prensa consultada, el autor entrevistó a cinco personas que conocieron personalmente al P. Machado, casi todos nonagenarios, los cuales ofrecieron valiosa información sobre el biografiado.

No todas las fuentes consultadas ofrecieron un juicio favorable al P. Machado y su obra, lo cual permitió al autor dar el justo equilibrio a la investigación. En este sentido expresó: “Naturalmente es necesario escuchar ‘las dos campanas’ para formar un juicio objetivo acerca de nuestro controversial personaje”. Al historiador no le corresponde calificar, tampoco manipular la información para cuadrarla a una hipótesis, ocultando los aspectos que pudieran cuestionar la visión del personaje que se desea ofrecer. El historiador

debe buscar la comprensión de los hechos por la vía del conocimiento, manejando las claves interpretativas de la época que estudia y luego someterlas al análisis correspondiente.

El autor se ha empeñado en presentar al biografiado de la manera más diáfana, con sus aciertos y errores. Un hombre, un sacerdote, un líder, un maestro. Que saque el lector sus conclusiones.

Prof. Dr. Manuel Alberto Donís Ríos

Individuo de número de la Academia Nacional de la Historia  
Director del Instituto de Investigaciones Históricas “P. Hermann González Oropeza, sj”,  
Universidad Católica Andrés Bello.

Octubre de 2011

## Introducción

¿Quién era el P. Santiago Machado? Sin duda, uno de los personajes más singulares en la historia de la Iglesia en Venezuela. Pocos sacerdotes han sido tan envidiados y tan atacados como éste. Fue un personaje sumamente controversial, cuya obra social fue tan evidente y tan eficiente, que aún muchos se benefician de ella. Sin llegar siquiera a ser obispo, aunque haya estado a punto de ello, sin poseer más que el modesto título académico de bachiller, sin ser descendiente de próceres, era en su tiempo uno de los sacerdotes más famosos de la República. Tanto que Guzmán Blanco fue expresamente a su parroquia de Maiquetía para conocerle. Tan reconocido que fue apoyado personalmente por Juan Pablo Rojas Paúl y por Raimundo Andueza Palacio. Tan famoso que se ganó el respeto y reconocimiento de Cipriano Castro, cuyo gobierno le otorgó una merecida distinción por su atención a los heridos (de ambos bandos) de la Revolución Libertadora en 1902. Fue admirado por Juan Vicente Gómez, que le otorgó la medalla de honor de Instrucción Pública en 1920, la Orden del Libertador en 1926 y el título de Benemérito sacerdote ese mismo año. Era venerado por Eleazar López Contreras, quien asistió a su sepelio y rehusó los honores presidenciales para otorgarlos al finado sacerdote.

Las grandes personalidades de la época en Venezuela desearon conocerlo. No hubo obispo en la República que no hubiere tenido que ver de algún modo con Machado. Desde el prelado Silvestre Guevara y Lira, que le concedió las órdenes sagradas en su exilio en Trinidad en 1876, hasta monseñor Felipe Rincón González, que le dio todo el apoyo que pudo, consciente de estar contribuyendo en la obra social y religiosa de una figura singular de la historia patria. Y entre esos episcopados, no podemos soslayar el de José Antonio Ponte, que le nombró cura de Maiquetía en 1881; el de Crispulo Uzcátegui, que aprobó la congregación de Machado, y dio el espaldarazo a todas sus obras sociales; y mucho menos el de Juan Bautista Castro, gran amigo de Machado desde que éste fue su “teniente cura” en Maiquetía a partir de 1877, hasta que por las acusaciones hechas a nuestro biografiado rompió radicalmente con él.

Todos los delegados y nuncios apostólicos de la época tuvieron que ver con él, desde Santaché y Cocchia con ocasión del conflicto de Guevara y Lira con Guzmán Blanco, pasando por Bernardino Di Milia que propuso su nombre para el episcopado de Guayana en 1890, siguiendo con Giulio Tonti, que bendijo la plaza Lourdes de Maiquetía construida por Machado, hasta el implacable Giuseppe Aversa, que le atacó despiadadamente hasta lograr separarlo de sus hijas, sin excluir a Pietropaoli, en un principio receloso de su obra, pero que al final se rindió ante el resplandor de las mismas, ni a Marchetti-Selvaggiani o a Felipe Cortesi que le respetaron sobremanera. No podía ser la excepción Fernando Cento, que le denunció al Santo Oficio en 1930 provocando que le suspendieran *a divinis*, delación de la que Cento se arrepintió amargamente hasta el punto de intentar la absolución del cura condenado, que por más que hizo no llegó sino siete meses después.

A caballo entre los siglos XIX y XX, no había en Venezuela sacerdote ni religiosa que no hubiera oído hablar del cura de Maiquetía, del fundador de las Hermanitas de los Pobres, del iniciador de San José del Ávila, del capellán del Prado de María.

Aunque se trate de un pobre cura católico, creyente hasta la los límites de la ingenuidad, obediente a las autoridades de la Iglesia hasta rayar en el servilismo, promotor incansable de devociones populares y de obras religiosas (procesiones, catecismos, novenas, via crucis, templos...) que algunos motejaron de superstición, este hombre realizó una obra social tan magna, que sólo por eso merece que se estudie el curioso fenómeno de su vida. Un singular espíritu emprendedor le acompañó de por vida. Su obra social tuvo un grandísimo impacto en la sociedad de entonces, aún cuando ella hubiera estado inspirada en la caridad cristiana. Machado dijo en una ocasión cuál era la motivación última de sus obras: “Yo sentía que el Señor me inspiraba una idea. Entonces ponía manos a la obra; el Señor bendecía lo que yo hacía; y todo salía bien”. El éxito de su obra fue debido en parte a la inteligencia práctica que le caracterizaba, al dominio de las masas del que hacía gala con una psicología singular, y al tesón violento de un carácter que se crecía ante los obstáculos.

La obra social de Machado fue vasta, de un éxito inusitado. Se le llegó a llamar “el Don Bosco de América”. Contó con la ayuda de numerosas personas. Especial mención merecen el arzobispo Crispulo Uzcátegui, quien impulsó la fundación de la Congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía; la madre Emilia de San José, fundadora con él de dicha congregación; algunos sacerdotes amigos que le apoyaron, como Domingo Lamolla o Luis Ramón Rada; Carlos Devoes, iniciador y colaborador del Hospital San José; Carlos Soria, quien le atendió en los últimos años de su vida, y una larga lista.

Esperamos dar a conocer la obra social del personaje, y por ende, al protagonista de esa obra. No pretendemos hacer hagiografía, y aunque se trate de un personaje religioso, no queremos prevenir el juicio del lector haciendo ver que era un santo. De hecho, hemos querido que su personalidad quede al descubierto lo más diáfananamente posible. No ocultaremos sus terquedades, su impetuosidad e impulsividad, o su carácter encendido, pero tampoco su sensibilidad, ni sus atenciones a los demás que llegaron a tener visos de ternura. Queremos presentar al hombre, al sacerdote, al líder, al maestro...

## Capítulo I

### Los inicios de su obra pastoral (1876-1888)

#### 1. Los primeros años (1850-1876)

Santiago Florencio Machado Oyarzábal nació el viernes 7 de noviembre de 1850, a las 11:00 pm, en la calle Candelaria n° 63 de La Victoria, entonces capital del estado Aragua. El lugar donde nació ocupa actualmente la capilla de la “Casa Hogar Padre Machado” de La Victoria. Era el segundo y último hijo de Santiago Machado y León y Bernardina Oyarzábal García. Su padre era descendiente de españoles que se radicaron en La Victoria antes de la Independencia, mientras que su madre era oriunda de Vizcaya, en el País Vasco. Su única hermana se llamaba Dominga, era cuatro años mayor que él, y cultivó la afición por la guitarra, destacándose en la enseñanza de la música.

Santiago fue bautizado el 22 de diciembre de 1850 por el presbítero José María Bobadilla, en la Iglesia parroquial de Nuestra Señora de Guadalupe de La Victoria, siendo sus padrinos José León González y María Pía Solórzano. Cuando contaba siete años de edad, Santiago se sintió muy afectado porque su madre perdió la visión, sin llegar nunca a recuperarla.

La familia Machado Oyarzábal era bastante solvente económicamente. Don Santiago Machado y León era propietario de extensos campos de cultivo en los valles de Aragua, donde se cosechaba café, caña de azúcar, frutas tropicales, hortalizas diversas, y plantaciones de tabaco. Este último rubro era la especialidad en la producción de don Santiago, el cual dedicaba incansables jornadas a la agricultura, en las que le solía ayudar su hijo. El ejemplo de sus padres despertó en Santiago el deseo de ayudar a los demás, compartiendo lo que tenía, especialmente con los más pobres, como lo hizo a lo largo de su vida. El generoso patrimonio heredado por sus padres fue empleado por Santiago en sus obras sociales, y en la Congregación de Hermanitas de los Pobres. Para realizar sus obras, Santiago llegó a contraer numerosas deudas y tuvo que hipotecar bienes que luego no pudo rescatar, y que perdió llegando luego a no tener prácticamente nada.

En el hogar de los Machado Oyarzábal vivían también las hermanas Ochoa: María del Rosario, María Eustaquia y María Dona. Las tres acompañaron a Santiago Machado en diversos episodios de su vida. María Eustaquia llegaría a ser una de las tres primeras hermanas de la congregación que fundó Machado, con el nombre de Eustaquia de San José, y María del Rosario fue también hermanita de los pobres, pero cuando separaron al fundador de la congregación, ella se fue con él para ayudarlo en sus nuevos proyectos. María Dona no fue religiosa, pero acompañó a Santiago en los últimos años de su vida.

En casa le llamaban familiarmente Santiaguito. En 1862 recibió su primera comunión, luego de una preparación catequética que había comenzado dos años antes, y que le había impartido su mamá. La catequesis de su infancia le marcó de tal manera, que ya de seminarista (en La Victoria), pero sobre todo desde que fue ordenado sacerdote, dedicó muchas fuerzas a la enseñanza de la catequesis y a la preparación de los niños para recibir los sacramentos de iniciación.

Santiago realizó sus estudios de primaria en La Victoria, en la Escuela Primaria de La Candelaria, culminándolos en 1865.

A finales de 1868, cuando Santiago pensó ir al Seminario, se presentaron en La Victoria unos parientes que quisieron quitarle una capellanía que le pertenecía por herencia. Aclaremos que las capellanías eran beneficios económicos que recibían los clérigos, y se ganaban por oposición, o bien se obtenían por herencia o por donación de algún benefactor. Pues bien, Santiago tuvo que pelear su capellanía, e inició un pleito contra esos parientes que duró seis meses. Incluso el párroco de La Victoria se puso en su contra, pero al final Santiago ganó y se ordenó sacerdote con el beneficio de esa capellanía.

Entre enero y febrero de 1869, abandonó su hogar para ingresar al Seminario Santa Rosa de Lima en Caracas, ubicado en el ángulo noreste de la esquina de Las Monjas, cerca de la esquina La Torre, al lado de la parroquia de Catedral, donde luego funcionaron los talleres del diario “La Religión” (actual edificio Juan XXIII, en la calle lateral a Catedral). Entonces el rector del Seminario era el presbítero Nicanor Rivero.

Machado tenía un canario en su casa de La Victoria, que le era muy querido. Se había acostumbrado a escuchar su canto todas las mañanas. Cuando se fue al Seminario, pasó toda la noche llorando por su canario que dejó en La Victoria, cuyo agradable canto no iba a poder oír más. Esta sensibilidad coexistía con un temperamento nervioso e impulsivo. Debido a ello, sufría de gastritis, que le acompañarían de por vida.

En el Seminario se destacó como uno de los mejores estudiantes, y era especialista en hacer estudiar hasta a los más flojos a través del buen humor y el optimismo. El 28 de agosto de 1869 recibió la *tonsura*, ceremonia por la cual ingresaba en el estado clerical.

Santiago solía ser muy generoso. En marzo de 1871, luego de haber recibido de su padre un cajón lleno de dulces de toda especie, de acuerdo con el comentario del beneficiado: “parece que una confitería y una panadería fueron agotadas, para llenar el cajón”, comentó enseguida: “me alegro también por que mis compañeros participarán”<sup>1</sup>.

Sus estudios en el Seminario no siguieron un curso pacífico. Desde 1870 estaba gobernando el país Antonio Guzmán Blanco, y durante ese periodo se registró un agudo

---

<sup>1</sup> S. MACHADO, “Carta a Santiago Machado y León”, 18-3-1871, en: AHHPM (Cartas sueltas).

conflicto entre el gobierno y el arzobispo Guevara y Lira, que tocó de cerca de Santiago Machado.

El 26 de Septiembre de 1870 Guzmán Blanco pidió al arzobispo Guevara que se cantara un *Te Deum* en la Catedral en acción de gracias por el triunfo de la batalla de Guama, ganada por los liberales del partido de Guzmán. Guevara respondió que no cantaría el *Te Deum* hasta que llegara la paz a la República, cesara la represión y se concediera una amnistía a los vencidos y a los presos políticos. Como represalia a esta actitud, el 28 de septiembre Guzmán decretó la expulsión de monseñor Guevara y Lira del territorio de la República. El conflicto Guzmán-Guevara duró seis años, durante los cuales el arzobispo de Caracas no pudo tomar a su sede.

El 21 de de septiembre de 1872, Guzmán Blanco decretó la supresión de los seminarios de Caracas, Mérida, Guayana, Maracaibo y Barquisimeto. La supresión del Seminario de Caracas estuvo acompañada por la expropiación de sus edificios, que fueron tomados por el gobierno sin resarcir a la arquidiócesis ninguno de los bienes enajenados.

Guzmán Blanco también decretó la extinción de conventos de monjas el 5 de mayo de 1874, por considerar que la clausura de algunas religiosas iba en contra de la dignidad del ser humano. Además, un decreto del 2 de mayo resolvió expropiar los bienes pertenecientes a las comunidades religiosas, que en adelante pasarían a ser “propiedad nacional”.

## **2. Ordenación sacerdotal y primer encargo pastoral**

Los estudios de Machado en el Seminario de Caracas se vieron interrumpidos por el decreto de la supresión de Seminarios de septiembre de 1872 en el gobierno de Guzmán Blanco. Santiago continuó como pudo su formación académica, a través de la modalidad de tutoría con algunos profesores, de una forma semi clandestina.

Habiendo madurado la decisión de ordenarse sacerdote, viajó a la Isla de Trinidad el 12 de febrero de 1875, donde estaba su obispo exiliado, para culminar la etapa de formación que le quedaba y recibir las órdenes sagradas. El 18 de diciembre de 1875 recibió las órdenes menores. El 20 de febrero de 1876 el sub-diaconado. La ordenación de diácono tuvo lugar el 25 de abril de 1876. Finalmente, fue ordenado presbítero en la capilla de las religiosas de San José de Cluny el 10 de junio de 1876, poco antes de cumplir sus 26 años, de manos de monseñor Silvestre Guevara y Lira.

En la fiesta de Sagrado Corazón de Jesús, el viernes 23 de junio de 1876, Santiago Machado celebró su primera Misa solemne, en la Capilla del Calvario de Puerto España. La predicación de esa Misa estuvo a cargo del presbítero Nicanor Rivero, quien había sido su rector en el Seminario de Caracas.

A finales de 1876 o inicios de 1877, luego de ser ordenado sacerdote en la isla de Trinidad, Machado regresó a su patria. Se dirigió a su ciudad natal, La Victoria, y allí celebró una Misa solemne que contó con la asistencia de casi todo el pueblo. Al poco tiempo se fue a Caracas, a ponerse a la orden de monseñor José Antonio Ponte, sucesor de Guevara y Lira. El arzobispo Ponte pidió al neosacerdote que se encargara de la capellanía de la Ermita de Nuestra Señora del Carmen en La Guaira, alrededor del mes de marzo de 1877.

Apenas llegó a la Ermita, organizó la catequesis de los niños de la zona, y los preparó para la primera comunión, que recibieron el 16 de julio de 1877, fiesta de la patrona de la Ermita. El trabajo en la Ermita del Carmen duró muy poco, ya que Machado fue trasladado a la parroquia de Maiquetía en torno a octubre de 1877. Los fieles de la capellanía de la Ermita lo lamentaron mucho, pues habían sido muy prometedor el trabajo que el capellán hizo en el sector. De hecho, los fieles de la capellanía hicieron llegar al arzobispo Ponte un manifiesto, apoyado por todos los habitantes del lugar, en el que le pedían que dejara a Machado en la Ermita, pero la solicitud fue denegada.

### **3. Santiago Machado en la parroquia de Maiquetía**

En su nuevo encargo en la parroquia de Maiquetía, le tocó ser vicario cooperador o “teniente cura” del P. Juan Bautista Castro, futuro arzobispo de Caracas, entonces párroco de Maiquetía.

La relación entre párroco y vicario era armónica y cordial, aunque Castro y Machado tenían personalidades muy distintas. Juan Bautista Castro era un hombre más teórico, muy dado al estudio, y gran predicador. Santiago Machado poseía una inteligencia más práctica, y sabía poner por obra todos los planes que proponía el P. Castro. Sin embargo, muchas veces Castro tuvo que frenar los ímpetus apostólicos de Machado, que quería realizar una cantidad ingente de proyectos sociales y pastorales, dadas las sentidas necesidades que había en el pueblo de Maiquetía. Machado se dedicó a visitar a las familias de Maiquetía, y encontró que mucha gente vivía en pareja sin estar casada por la Iglesia. Entonces convenció a muchas de esas parejas a que recibieran el sacramento del matrimonio.

El vicario de Maiquetía también solía visitar a los enfermos más pobres para llevarles la comunión. En esas visitas percibió el pésimo estado en que vivían los enfermos, y también constató lo poco que se hacía, tanto a nivel gubernamental como eclesial, para remediar esa situación. Hizo lo que pudo: a los enfermos que dormían en el suelo mandaba a hacerles con un carpintero por la cantidad de seis bolívares, un catre para que durmieran más cómodamente. Luego llamaba al doctor Leonardo Brito para que atendiera a los enfermos, pagándole cinco bolívares por la atención de cada uno. Además, se llevaba también la receta del médico para buscar las medicinas y les conseguía la ropa que los enfermos necesitaban.



Así armonizaba su labor pastoral y sacramental con la solicitud social, que era siempre un sello en todas sus obras.

Un incidente bajo el segundo gobierno de Guzmán Blanco, a finales de febrero de 1881, provocó la salida del P. Castro de la parroquia. Juan Bautista Castro salió a llevar la comunión a un enfermo que se estaba muriendo. Se hizo acompañar por varios monaguillos, que fueron revestidos tocando la campanilla para acompañar al Santísimo. Entretanto, Joaquín Tomé, un guzmancista muy cercano al jefe civil y que solía tomarse atribuciones de policía o comisario, vio al P. Castro con el viático y quiso apresararlo. Castro le pidió que esperara a que llevara la comunión al enfermo, y que luego le podría hacer preso. Joaquín dio la noticia jefe civil, y éste mandó arrestar a Castro. El párroco fue apresado, durmió en la policía y al día siguiente fue llevado a Caracas. Ya en la capital, le prohibieron regresar a su parroquia de Maiquetía.

Cuenta Carlos Soria que “el Domingo siguiente al incidente del Santo Viático hubo unos festejos populares con carreras de cintas y Joaquín Tomé iba en su caballo tomando parte en las mencionadas carreras, y el caballo se desbocó tirando el suelo al jinete, el cual resultó muerto en el mismo sitio donde de manera tan irreverente había amenazado el Padre Castro. Al Padre Machado lo llamaron para que fuera a administrarle los Santos Óleos y Absolución”<sup>2</sup>. Machado acudió al instante, y administró los sacramentos al moribundo. Acto seguido, el padre aprovechó la ocasión para alertar a los circundantes sobre cómo se manifiesta “la mano de Dios” cuando se le desafía.

La vacante por la salida del párroco Castro, hizo que Machado fuera nombrado cura de Maiquetía en marzo de 1881, aún bajo el arzobispado de José Antonio Ponte. Las iniciativas de Machado habían estado algo represadas: la prudencia de Castro muchas veces frenó los ímpetus apostólicos y sociales de Machado, pero cuando Castro tuvo que marcharse, “la represa” se desbordó. Ya no tenía a nadie que pusiera freno a sus ideas y proyectos, que bullían incontrolablemente en su mente. Así que continuó su labor sacerdotal con un empuje mayor, poniendo todos los medios a su alcance, materiales y espirituales, para iniciar una obra social y pastoral sin precedentes en la historia de la Iglesia de Venezuela. Con tres años de trabajo pastoral como coadjutor de Castro, Santiago Machado ya conocía suficientemente Maiquetía como para darse cuenta de que el pueblo necesitaba más vida y más atención social, y de que había mucho por hacer, tanto desde el punto de vista urbanístico, como en el campo de la salud, de la educación, y de la formación cristiana.

Para entender por qué su solicitud social se hizo más intensa a partir de 1881, hay que recordar que ese año se estaban realizando los trabajos del ferrocarril Caracas-La Guaira, y

---

<sup>2</sup> Carlos SORIA VILLAPAREDES, *Vida del Pbro. Santiago F. Machado. Memorias de Carlos Soria*, Caracas, 1971, p. 12, en: Archivo Histórico de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, que se citará en adelante: AHHPM.

la inauguración de esa obra implicaba la extinción de la carretera. Eso fue un golpe duro para la economía de Maiquetía, pues debían desaparecer más o menos 200 carros que visitaban diariamente esa ciudad. Además, ello iba a acabar con las rancherías y estancias destinadas al pasto de las bestias, con lo cual se perdieron en Maiquetía muchas fuentes de trabajo.

#### **4. El cura de Maiquetía**

Una de sus primeras obras en Maiquetía fue el haber impulsado el funcionamiento del Servicio Postal, que no existía, y haber logrado el mejoramiento del alumbrado en los alrededores de Maiquetía.

Entre junio y septiembre de 1882, cuando faltaba un año para que se cumpliera el 25° aniversario de las apariciones de la Virgen de Lourdes, viajó a ese santuario en Francia. Quedó admirado por el ambiente de piedad que había en el santuario de Lourdes, sobre todo por las conversiones que suscitaba. Por ello quiso llevar a Maiquetía lo que había visto en Lourdes. En 1883 gestionó las ayudas económicas correspondientes para construir una gruta de la Virgen de Lourdes adosada a la Iglesia de Maiquetía, guiándose por unas fotos que había tomado en el lugar, para que fuera en lo posible lo más parecido a la gruta original. Puso manos a la obra y pudo concluirla a inicios de 1884, habiendo participado él mismo en los trabajos de albañilería. La gente se fue animando a participar en los trabajos de la gruta, y colaboró trayendo para la construcción arenas y piedras del río Piedra Azul. Entre las piedras traídas destacaba una laja de inmenso peso, que fue trasladada como por 20 hombres, y que estaba destinada a ser el altar de la gruta, mandada a traer expresamente por el párroco. Esta obra fue muy alabada, de modo particular por el P. Juan Bautista Castro.

La gruta de la Virgen de Lourdes fue bendecida solemnemente el 8 de febrero de 1884 por el canónigo Mendoza. La que existe actualmente en la Iglesia de Maiquetía no es la original que construyó Machado, sino que fue fabricada cerca del sitio donde estuvo la anterior, por el P. Jesús María Encinosa, que contó con la colaboración de monseñor Manuel Antonio Pacheco, al inicio de la década de 1970.

El 8 de febrero de 1884 comenzó un Triduo hasta el 10, para preparar la fiesta central, el 11 de febrero. Cada día se invitaba a dos sacerdotes para que predicaran los sermones correspondientes. El sermón de la Misa del 8 de febrero estuvo a cargo de Juan Bautista Castro. El 9 de febrero predicaron Manuel Felipe Rodríguez y Antonio Ramón Silva (que llegaron a ser obispos de Guayana y Mérida respectivamente). El 10 lo hicieron Luis Felipe Esteves y Manuel Gámez. Y el día central, 11 de febrero, el sermón estuvo a cargo del presbítero Daniel Vizcaya.

La primera celebración de la Virgen de Lourdes en Maiquetía tuvo una enorme resonancia en la sociedad de entonces. Asistieron altas personalidades del mundo civil y

militar. Entre ellos estaban los generales Juan Bautista Arismendi, Daniel Dible y Antonio Acosta con sus respectivas esposas, el doctor Fulgencio Carías, y otras personalidades del gobierno y de la sociedad local.

Cada año las peregrinaciones fueron creciendo en esplendor, devoción y número de participantes. Ya en 1885 eran tantos, muchos de los cuales venían de otras regiones del país, que Machado tuvo que organizar el alojamiento de los peregrinos. Carlos Soria recogió un testimonio de un participante de esas peregrinaciones, que contaba que “cada peregrinación era un acontecimiento piadoso y económico de gran magnitud, pues gracias a esto se abarrotaban los hoteles, que con los pocos recursos de la época normalmente nunca se veían llenos, y los restaurantes no se daban abasto para atender tanta gente y así se beneficiaban económicamente muchos, pues un hotel que tenía cinco empleados tenía que tomar cinco más ante la avalancha de peregrinos, y así también los restaurantes y otros comercios. Había también los ‘Abrigos de Peregrinos’, que eran estas unas casas muy grandes que en esa época se conseguían desocupadas en Maiquetía y cuando íbamos en nombre del Padre Machado nos las cedían de inmediato y sin pagar nada para mayor sorpresa de nosotros (digo nosotros porque siempre iba con el señor Eulalio Tavío a estas diligencias). Una vez en la calle Los Baños nos cedieron una casa donde había habido un gran hotel y esta tenía 40 cuartos con camas y todo, más sus servicios, nosotros creíamos nos cobraría mucho por la casa, pero el dueño dijo: ‘Es un placer y una gran satisfacción colaborar con el Padre Machado’”<sup>3</sup>.

La generosidad del párroco de Maiquetía era a prueba de todo, según cuenta un testimonio que recogió Carlos Soria: “Había gente muy abusadora y aprovechadora de la bondad del Padre Machado, pues se iban a comer a la casa y había algunos que hasta después le pedían el pasaje de regreso a Caracas; en la casa del Padre Machado en los días de peregrinación ponían hasta 4 ó 5 mesas de 20 y más personas y si nosotros, los de la casa, nos íbamos un rato a la playa, cuando regresábamos nos encontrábamos que no había comida; entonces el Padre nos daba dinero y nos íbamos a comer al restaurante y estos muchas veces tenían la comida ya agotada y... a pasar hambre”<sup>4</sup>. Cura limosnero y “mano floja”, su prodigalidad le acarreó siempre problemas económicos, hasta el punto de que no existió ninguna etapa de su vida en la que no hubiera estado endeudado.

Los días de peregrinación llegaban a Maiquetía hasta catorce trenes diarios. Uno de ellos venía desde Puerto Cabello para recoger por el camino a los que irían a la peregrinación. Mucha gente venía caminando desde Caracas, y otros llegaban por medios, terrestres o marítimos.

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 33-34.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 34.

En febrero de 1885 comenzó la tradición de hacer la peregrinación desde La Pastora (Caracas), seguida por el camino de los españoles atravesando el cerro El Ávila, que culminaba en Maiquetía. La peregrinación se hacía con una imagen de la Virgen de Lourdes, mientras la gente que la acompañaba iba cantando y rezando el rosario. Desde entonces, cada año se realiza la peregrinación de la Virgen de Lourdes con el mismo recorrido, con gran afluencia de peregrinos. Sólo en cuatro ocasiones no se pudo realizar la peregrinación por el Camino de los Españoles: en 1918 por la epidemia de gripe que azotó a Caracas, en 1936 por los desórdenes ocurridos a raíz de la muerte del general Gómez; y en los años 2000 y 2001 debido al mal estado del Camino de los Españoles a consecuencia del deslave de Vargas de diciembre de 1999. Sin embargo, en estas dos ocasiones se hizo la peregrinación desde Quenepe en 2000 (parte alta de Maiquetía), y desde Las Ventas en 2001, hasta la Iglesia de Maiquetía, dirigidas por monseñor Samuel García Tacón, entonces párroco de Maiquetía.

Esa peregrinación contó siempre con el apoyo de la jerarquía eclesiástica. El 18 de enero de 1892 el arzobispo Crispulo Uzcátegui pidió a todos sus fieles que se celebrara en toda la arquidiócesis la festividad de Nuestra Señora de Lourdes, advocación recién aprobada por el papa León XIII. Y también exhortó a todos a participar en la peregrinación a Maiquetía, que había sido aprobada por él mismo algunos años antes.

Machado mantuvo la costumbre de acudir siempre a las fiestas de la Virgen de Lourdes en Maiquetía. En una ocasión en que Machado se disponía a ir a Maiquetía desde Caracas para esas celebraciones, llegó tarde a la estación de tren, y ya la taquilla había cerrado. Salió al andén y vio un automóvil, se montó sin preguntar y pidió al conductor que le llevara a Maiquetía. El conductor miró extrañado al padre, y éste pidió al chofer que se apurara porque tenía que llegar a las fiestas de la Virgen. Luego de un momento de vacilación, el conductor arrancó sin decir nada. Cuando estaban llegando, el padre le dice: ¿Cuánto le debo? Respondió el chofer: “Pues, señor... este es un auto particular... Yo soy el pastor protestante!”.

El párroco de Maiquetía también se distinguió por gestionar muchísimas ayudas a personas necesitadas, que nunca regresaron con las manos vacías luego de haber recurrido a él. Dos casos concretos pueden ilustrar esta solicitud: el primero se refiere a una mujer que había perdido los dientes, y que además sufría de trastornos gástricos debido a la falta de dentadura. Machado le dijo que mandara a hacer la dentadura, pues él la pagaría. La dentadura costó doscientos bolívares, y cuando estuvo lista la señora fue a la casa parroquial a pedir al párroco el dinero prometido. El padre, sin embargo, no disponía de esa cantidad, e hizo esperar un poco a la señora mientras buscaba una solución. En esto un señor desconocido le abordó en la calle y le dio una limosna de doscientos bolívares por un favor que había recibido de la Virgen de Lourdes. Al momento, Machado entregó el dinero a la señora, y así pudo pagarle la dentadura.

El otro caso se refiere a una pareja que vivía en un rancho del sector de Quenepe. Tenían seis hijos y el hombre estaba desempleado, y por ello renegaba continuamente de Dios, y además tenía un gran resentimiento hacia la Iglesia y los sacerdotes. Machado sabía de la dura situación que estaban viviendo, y resolvió ir a visitar a la familia. La señora de la casa le atendió, pero le pidió que se retirara, porque su marido no podía ver a los curas, y podía llegar en cualquier momento. El párroco preguntó a qué hora llegaba y se volvió a presentar en la casa en el momento oportuno. El hombre al verlo le saludó con un insulto, añadiendo que no quería sotanas en su casa. Machado le respondió: “Si es necesario que me la quite, me la quito, pero he venido porque ustedes también son hijos de Dios y venezolanos que me duelen a mí porque son parte mía, por quienes tengo que luchar”<sup>5</sup>. El hombre bajó la guardia y replicó que él pensaba que él y su familia no le importaban a nadie, pero se dio cuenta que no era así. Machado les buscó ayuda económica, y consiguió trabajo al señor en los muelles del puerto de La Guaira. El hombre le pidió también que bautizara a sus hijos y que asistiera su matrimonio eclesiástico. Y en adelante se convirtió en un defensor de Machado.

## **5. La oposición de los poderosos**

Los partidarios del gobierno de Guzmán no veían con buenos ojos las celebraciones religiosas que promovía Machado, y debido a ello intentaron muchas veces boicotear dichas fiestas. Machado tuvo en varias ocasiones que inventar estrategias para evitar los boicots, y cuando se enteraba de que hombres pagados por las autoridades iban a provocar disturbios en la procesión y en la Misa, hablaba con algunos trabajadores del puerto de La Guaira, y los entrenaba, dándoles instrucciones sobre cómo neutralizar los saboteos. Machado podía hacer eso sin tener que ofrecerles ni pagarles nada, porque contaba con el respeto y el cariño de la gente, y además porque muchos de sus defensores habían recibido ayudas de él.

A pesar del apoyo popular con que contaba, las autoridades continuaron el ataque. Amparados por el régimen anticlerical de Guzmán Blanco, le persiguieron y amedrentaron, pero no actuaron de modo más violento porque sabían que se trataba de un hombre influyente, que gozaba del afecto del pueblo. En una ocasión, el jefe civil de Maiquetía, apoyado por el prefecto Ignacio Leicibabaza, que azuzaba continuamente al jefe civil contra el párroco de Maiquetía, lo citó a la jefatura, y le pidió que acabara con sus fiestas religiosas, pues a él le molestaban mucho y le parecían exageradas. Además, le dijo que en esas fiestas los peregrinos habían atropellado a señores venerables, servidores del gobierno. Machado lo negó diciendo que la gente que iba Maiquetía en peregrinación no llevaba ese espíritu sino el de penitencia y oración. Entonces el jefe civil argumentó que los sacerdotes anteriores de

---

<sup>5</sup> M. M. VILLALBA, *Un hombre de fe y acción. Vida y obras del Pbro. Santiago F. Machado O.*, Monfort, Caracas, 1998, p. 14.

Maiquetía no efectuaban ninguna de las fiestas y procesiones que estaba instaurando Machado. El padre se levantó un poco la sotana y le contestó: “Seguro que ellos no tenían pantalones como yo”. Acto seguido se fue a la casa parroquial, habiendo dejado a las autoridades plantadas.

Al jefe civil de Maiquetía no le gustó nada la respuesta de Machado, y empezó a decir que iba a llevar preso al sacerdote, sacándolo de la casa parroquial a como diera lugar. Mandó a buscar unos esbirros a Caracas para dar la batalla al cura que según el jefe civil, se había declarado en rebeldía. Algunos empezaron a decir que si el sacerdote salía a lo mejor lo mataban, por haber ofendido a la primera autoridad. Machado mandó a decir al jefe civil que si estaba muy interesado en verle, él saldría de la Iglesia a las ocho de la noche. La gente se enteró que el jefe civil quería amedrentar al párroco de Maiquetía, y avisaron a los obreros del Puerto de La Guaira, sabiendo que muchos de ellos habían recibido diversas ayudas de Machado. Entre ellos estaba el señor de Quenepe que tenía seis hijos, y al que el padre había conseguido trabajo en el Puerto. Éstos levantaron un pequeño ejército con gente de los muelles y se fueron a la casa parroquial de Maiquetía antes de las ocho de la noche. A esta hora el párroco mandó tocar las campanas de la Iglesia para alertar al pueblo, y el pueblo salió alborotado a la calle a defender a su sacerdote. El jefe civil y sus acompañantes, al presenciar la enorme turba que rodeaba al templo, y en especial a los fornidos obreros del puerto, se retiraron en desbandada hacia Caracas por el camino de los españoles. Este episodio hizo que aumentara aún más el apoyo popular del párroco.

A principios de marzo de 1885, durante el mandato de Joaquín Crespo, fue llevado al templo un niño gravemente enfermo, con el fin de ser bautizado. Machado le bautizó por la urgencia del caso, sabiendo que aún no había sido registrado en la jefatura. El jefe civil Agustín Torres, que además era su compadre, fue notificado acerca del hecho. Sin preguntar detalles, Torres mandó a dos policías que trajeran al sacerdote arrestado por desacato a la ley. Éste no hizo caso a la orden y permaneció en la casa parroquial. A las cuatro de la mañana hizo repicar campanas, llamando a la Misa que celebró a las cinco, allí explicó al pueblo lo sucedido y pidió a todos que fueran prudentes y no se pusieran agresivos. Tomó luego el primer tren para Caracas y se dirigió al arzobispado para pedir una audiencia urgente con el arzobispo Crispulo Uzcátegui. El arzobispo tuvo que mediar por él ante las autoridades y se solucionó el problema.

Regresó a Maiquetía en medio del alborozo del pueblo, que se volcó a las calles acompañando a su párroco desde la estación del tren hasta la iglesia. Al día siguiente, las autoridades le ofrecieron un banquete como desagravio. Machado puso como condición para asistir a él, que fuera invitado también su compadre el jefe civil. Éste no tuvo alternativa, pues el pueblo estaba pendiente de su respuesta, y aceptó. El P. Machado le recibió con los brazos abiertos, tratándolo como si no hubiera pasado nada.

A finales de 1885 Uzcátegui anunció en un edicto del 3 de octubre que haría su visita pastoral a Maiquetía, inmediatamente después de haberla hecho en la Santa Iglesia Metropolitana. La visita pastoral anunciada comenzó el 23 de diciembre de 1885. El arzobispo fue acompañado por Juan Bautista Castro, y pudo apreciar de cerca las reformas que Machado había hecho a la parroquia, no sólo desde el punto de vista material, sino también en lo referente a iniciativas apostólicas y sociales. La visita pastoral del arzobispo culminó el 26 de enero de 1885.

El trabajo y las obras de Machado llegaron también a los oídos del general Guzmán Blanco durante su tercer mandato (1886-1888), el cual comenzó a sentir curiosidad por “el cura de Maiquetía”.

La ocasión de conocerle llegó cuando el presidente resolvió pasar unos días en Macuto. Pero antes quiso ir a Maiquetía y así lo hizo saber al párroco. Éste le esperó acompañado por un monaguillo. Al llegar el presidente, Machado, ataviado con sobrepelliz y estola, le saludó respetuosamente y le ofreció, según la costumbre, el hisopo de agua bendita. Guzmán lo rechazó bruscamente y entró en el templo cubierto con el sombrero. Machado no aguantó el gesto desafiante y dijo a Guzmán: “un momento mi General”, acto seguido le quitó el sombrero y lo puso en la bandeja que llevaba el monaguillo. El mandatario, frunciendo el ceño, siguió adelante y se detuvo frente a un cuadro de la Anunciación, e interrogó al sacerdote: “Padre, ¿ese ángel es hombre o mujer?” Machado respondió: “nunca he sabido que los ángeles como espíritus puros que son, tengan sexo, pero si usted quiere saberlo, pregúntele e infórmese en la Casa Paicardt de París, que fue la que lo pintó, y seguro debe Ud. conocer muy bien”. Disgustado, Guzmán pasó a conocer la gruta de la que tanto le habían hablado, y en tono de burla dijo: “Aquí están engañando al pueblo haciéndole creer que esa agua es milagrosa”, a lo que Machado respondió en voz alta: “¡Falso!, todo el mundo sabe que el agua viene del río, y la única propiedad que tiene, es la fe con que se toma”. El presidente, mal encarado, salió del templo diciendo a la gente de alrededor: “yo creía que este curita era más inteligente”. El sacerdote comentó a los que estaban cerca de él: “eso es venir por lana y salir trasquilado”<sup>6</sup>.

## **6. El catecismo y la Escuela de la Inmaculada**

Los catecismos existentes en la época abundaban en tecnicismos teológicos, y eran difíciles de entender, sobre todo para los niños. Entonces Machado se dedicó a redactar un catecismo con un lenguaje más popular e inteligible, que facilitara la comprensión por parte

---

<sup>6</sup> Cfr. C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 16; L. E. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *Vida y obras del padre Machado*, cit., pp. 20-21; E. CHAPELLÍN L., *Maiquetía y el Litoral Central. Crónicas, hechos y vivencias*, Gráficas TAO, Caracas, 1997, p. 153.

de los más sencillos. El catecismo fue aprobado de palabra por monseñor Crispulo Uzcátegui el 22 de octubre de 1886, y recibió la aprobación oficial el 31 de marzo de 1887. Fue también aprobado y recomendado por los obispos de Guayana (4-11-1886), Mérida (15-11-1886), Barquisimeto (5-2-1887) y Calabozo (15-6-1887).

Años más tarde, el 24 de abril de 1917, el *Catecismo Elemental de la Doctrina Cristiana* del P. Santiago Machado fue aprobado por la Conferencia de los obispos como texto único de catequesis para todo el territorio nacional, gracias al apoyo del arzobispo de Caracas, Felipe Rincón González.

La solicitud educativa del párroco iba más allá de la redacción de un catecismo. Al padre le interesaba atajar el problema de la educación desde todos los ámbitos. Como manifestación de esa sensibilidad educativa, Machado se embarcó en 1888 en la fundación de una escuela para los niños varones más necesitados de Maiquetía, llamada “Escuela de la Inmaculada”. Dicha escuela se instaló el 7 de enero de 1889, luego de haber conseguido el local correspondiente, y haberlo acondicionado convenientemente. Se establecería no sólo para la instrucción, sino también para la “educación moral y religiosa” de los niños. Impartía tanto instrucción primaria como secundaria, en horario de 8 a 10 am, y de 1 a 4 pm, todos los días laborales. Sólo los jueves en la tarde no había clases. Esa Escuela, aunque gozó de gran prestigio, duró poco tiempo, pues no contó con suficientes colaboradores.

## **7. El hospital San José**

Ya Machado había constatado que en la parroquia de Maiquetía había una cantidad de enfermos en estado de completo descuido, y no había en los alrededores un centro adecuado donde se les pudiera atender. Muchos de los enfermos que vagaban a la intemperie no eran de Maiquetía, y por tanto no tenían allí ningún familiar que les acogiese, pues venían desde Caracas y de otras zonas del país buscando una mejoría con los baños medicinales y gratuitos de Quenepe y Macuto. El párroco solía visitar la zona de Quenepe y así pudo palpar la gran necesidad que padecían allí los enfermos. Algunos sufrían de reumatismo, parálisis, úlceras u otras enfermedades. Él les ayudaba económicamente y alquilaba casas para que se guareciesen, pero se dio cuenta de que las iniciativas que había promovido para paliar la preocupante situación de los enfermos no eran suficientes. Había que buscar una solución que pudiera resolver verdaderamente el problema, pues no bastaban los “pañitos calientes”.

En vista de ello, manifestó un domingo su proyecto desde el púlpito, para despertar en los fieles la sensibilidad social que les moviera a colaborar también en el aspecto material. En esa misa dominical invitó a las damas a una reunión el jueves siguiente a las 7:00 pm en el local de la escuela de Rosaura Ojeda. Después de la Misa, dijo a las damas que fueran a buscar amigas que les ayudasen a solicitar la pieza y a proporcionar lo necesario para cada enfermo.



Ese mismo día, la señorita Isabel Lagrange se dirigió a la casa parroquial, junto con otras damas que deseaban asistir a la reunión, y pidieron al párroco que les explicara mejor lo que debían hacer. Él les dijo: “lo que quiero es que vayan a buscar hermanas de la caridad”. Emprendieron ese mismo domingo la misión, y regresaron contentísimas por la buena acogida que les dispensaron, y por las donaciones que recibieron.

El jueves en la noche se llevó a cabo la reunión como se había previsto. El local de la escuela estaba lleno. Durante la reunión avisaron al párroco que las hermanas Duarte traían un catre para un enfermo grave que estaba abandonado en la Plaza El Cónsul, y le trajeron médico y medicinas. Sin embargo, por más que hicieron el enfermo murió, entonces le proporcionaron urna y recibió un digno sepelio. Esa atención de un desvalido hasta la muerte demostró a la comunidad que sí era posible hacer algo por los más pobres, si se ponían los medios para ello y se trabajaba coordinadamente.

Buscando resolver el problema de los enfermos, Machado se dio cuenta que la atención domiciliaria a los mismos, aún con el abnegado grupo de damas que le ayudaba, tenía la gran dificultad de la dispersión de los enfermos, y vio que concentrados en un mismo lugar podían estar mucho mejor atendidos. Entonces empleó la solución transitoria a la que había recurrido antes: alquilar unas habitaciones. Pero hacía falta algo más permanente, y por ello comenzó a moverse para buscar un terreno donde pudiera funcionar un hospital.

Machado se había percatado que en la plaza de Pariata había una parcela de tierra con escombros, con todas las piezas destechadas, menos una que podía ser habitada, y que llamaban “la cárcel vieja”, pues allí había funcionado un centro de reclusión. El lugar eventualmente servía para encerrar toros de coleo en las fiestas populares. Le pareció un lugar ideal para la edificación de un futuro hospital, y buscó conseguir de la Junta Comunal del Municipio Aguado la donación de ese edificio en ruinas. La cosa parecía difícil, así que para negociar su adquisición se entrevistó en 1887 con el general José A. Mejías, jefe civil, pidiéndole le adjudicara esas tierras para instalar un centro asistencial. El general Mejías accedió, luego de entenderse con la junta comunal.

El párroco procedió a la limpieza del terreno, y trató de reconstruirlo como pudo. A los pocos días trasladó a la única pieza que estaba habitable a un enfermo que se hallaba en una habitación alquilada, y dejó de emplear la forma del alquiler.

En una reunión de 1887 en una escuela de Maiquetía, de las que se realizaban periódicamente para coordinar la atención a los enfermos, se formó en ella la “Sociedad de San José”, compuesta por un grupo de damas, a las que correspondería el servicio asistencial a domicilio. Para esa asociación se nombró presidenta a Isabel Lagrange, que sería la fundadora en 1890 de las Hermanas Franciscanas Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús, junto con el P. Calixto González.

Pero hacía falta una rama masculina que se encargara del sostenimiento económico de las labores con los enfermos. A tal efecto, se convocó una reunión con varones, y se formó así la junta de caballeros, cuya misión debía ser la de aportar el dinero necesario para el sostenimiento de los enfermos. Esa junta estuvo presidida por Carlos Devoes, e integrada por los siguientes miembros: Vicepresidente: Alejandro Colina; tesorero: Rafael Álvarez Ch.; secretario: Manuel A. Mayorca; vocales: Pbro. Santiago Machado, Eustaquio Mantilla, Tomás González, Pedro Augusto Salas, Isaías Salinas, Jesús Bello, Ruperto Angulo, Manuel Díaz y Juan Tovar. Aunque era Machado el de la iniciativa y el impulsor de todo aquello, prefirió formar parte de la junta tan sólo como vocal. El acta constitutiva de esa junta dejó constancia acerca del fin de la misma: “hemos proyectado establecer en esta ciudad un hospital en el cual reciban auxilios humanitarios, los que, agobiados por las enfermedades y sin recursos para procurar su curación, necesiten de sus hermanos que, más felices que ellos, gocen del inestimable beneficio de la salud”<sup>7</sup>.

Con la Sociedad de San José y la Junta de caballeros ya estaban los motores del proyecto totalmente encendidos. Sólo faltaba acondicionar el local que debía servir como hospital para enfermos pobres.

El 28 de diciembre de 1887, el jefe civil Mejías, en conformidad con los miembros de la Junta Comunal del Municipio Aguado, firmó el acta de cesión de las ruinas de la antigua cárcel, dirigida por Machado, para que se destinase a un “Hospital de Caridad”.

Una vez conseguido el terreno, el párroco acudió al arzobispo Uzcátegui para solicitar el permiso para construir un pequeño Hospital. Poco antes del encuentro con el arzobispo, en las escaleras del palacio arzobispal Machado había visto a una joven que acababa de salir del despacho del arzobispo. Preguntó a éste quién era, y le dijo que era la señorita Emilia Chapellín Istúriz, que había venido a despedirse para ir a Curazao a una experiencia de vida religiosa. Al poco tiempo sería ella su mano derecha en los inicios del hospital. La reunión con el arzobispo dio el fruto esperado: Uzcátegui le concedió la autorización verbal para la construcción del hospital. Machado se dedicó entonces a edificarlo, trabajando con la Junta de caballeros. La Junta de damas, llamada “Sociedad de San José”, continuó con su labor en la visita a los enfermos en sus hogares. Mientras tanto, Isabel Lagrange elaboró un manuscrito que contenía las Normas para las afiliadas al apostolado asistencial, con fecha de enero de 1888.

La Sociedad de San José contó a partir del mes de marzo con la presencia de María Emilia Chapellín Istúriz. Emilia había hecho una experiencia en Curazao con las Hermanas Terciarias Franciscanas Holandesas, pero al poco tiempo se enfermó del pecho, y tuvo que

---

<sup>7</sup> ANÓNIMO, *Historia de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía*, Caracas, 1914, en: AHHPM, pp. 74-75.

regresar a Caracas el 8 de marzo de 1888, donde se restableció. A finales de marzo se trasladó a Macuto, pues los médicos le sugirieron frecuentar sus aires marinos.

Al poco tiempo de que Emilia se fue a La Guaira, Machado la reconoció paseando por la plaza de Pariata, y la invitó al hospital, sugiriéndole asociarse a la Junta de Damas de la Sociedad de San José. Emilia aceptó y comenzó a trabajar con Isabel Lagrange al servicio de los enfermos de Maiquetía. Mientras tanto, se construía la sede del hospital San José, que abosrbía todos los recursos, por lo que las damas se quedaron sin insumos para atender a los enfermos. Entonces Machado decidió enviarlas a pedir a las casas, puerta por puerta, lo necesario para proveer al sustento de los pobres y enfermos.

Los primeros días de abril de 1888 Isabel Lagrange, a quien llamaban “la presidenta”, se retiró de la Sociedad de San José. Pero antes de irse, había propuesto a Emilia para que la sustituyera en la presidencia de la Junta de damas. La Junta acogió la sugerencia, y eligieron a Emilia casi por unanimidad. Cuando Emilia comenzó a trabajar en Maiquetía, hizo este juramento: “El de servir a Jesucristo en la persona de los más pobrecitos abandonados en la vida religiosa hasta su muerte”<sup>8</sup>.

La preparación para la inauguración del hospital no fue fácil, y como la fecha prevista era el 22 de abril, a inicios de ese mes Emilia Chapellín organizó una colecta general en Maiquetía, La Guaira y Macuto, para proveer el Hospital de lo necesario. Ella estuvo a la cabeza, mientras que las otras asociadas le secundaban. Entre ellas estaban María de Jesús Badillo, las hermanas Trías y las hermanas Luy Urbano.

El 22 de abril de 1888, a la hora acordada, fue inaugurado el hospital San José. En el patio del hospital, una orquesta dio inicio al acto con una obertura. Luego se bendijo el local, mientras la orquesta interpretaba el himno a Pío IX, y acto seguido el presidente de la Junta Directiva del Hospital dio lectura al acta de erección del Hospital. Después Santiago Machado improvisó las siguientes palabras: “No siempre ha sido sagrado el dolor; el paganismo lo veía con tanto desprecio y lo hacía objeto de burlas tan sangrientas, que se divertía con las torturas y las agonías de víctimas humanas y contaba como el primero de sus placeres el que le proporcionaban los espectáculos sangrientos del Circo. La sangre y las lágrimas le entusiasmaban. El anciano y el enfermo eran frecuentemente conducidos a la soledad y abandonados allí por sus deudos, para que muriesen solos y no turbasen la alegría de los festines a que se entregaban, los que gozaban de salud y de dinero. ¡Qué contraste! Los que nos encontramos en esta noche congregados en este humilde recinto nos sentimos entusiasmados porque tenemos la esperanza de poder enjugar lágrimas, aliviar dolores, detener sangre y hacer menos amargos los días de infortunio de nuestros semejantes”. Luego hubo un espacio para la oración, y la orquesta entonó el Ave María de Manuel E. Hernández.

---

<sup>8</sup> TARCISIO DE SAN JOSÉ, *Apuntes Personales*, p. 71.

La inauguración contó con la presencia del general José A. Mejías, jefe civil del Municipio Aguado, y de Félix María Castañeda. Estaban presentes también muchas personas de la parroquia, tanto benefactores como beneficiados. El acto concluyó con una colecta entre los presentes, en torno a las 8:00 pm, mientras la orquesta tocaba una marcha y un himno al Corazón de Jesús. Ese día Emilia quiso quedarse en el hospital, porque uno de los enfermos estaba muy grave, pero su padre Ramón no se lo permitió.

El Hospital San José fue uno de los pocos centros asistenciales de ese género en Caracas y sus alrededores. Uno de los centros asistenciales de este tipo, que emularon al Hospital San José, fue el Hospital Vargas de Caracas, fundado poco después por iniciativa del gobierno de Rojas Paúl, y que fue atendido en sus inicios por las Hermanas de la Caridad de San José de Tarbes.

Poco a poco se iban agregando más mujeres al grupo, como Rufina Ramírez de Alfonso, una viuda que no tenía especiales obligaciones familiares. Rufina ya formaba parte de la Sociedad de San José, y había estado trabajando en el cuidado de los enfermos. Para cumplir con su encargo, Rufina recibió de Emilia las indicaciones sobre cómo debía llevarse el hospital, pues era Emilia quien estaba al frente.

Los inicios fueron duros, pues había que buscar continuas ayudas para la dotación y mantenimiento del hospital, para los alimentos y las medicinas, y para otros enseres. Sin embargo, la solidaridad se materializó no sólo en ayuda económica, sino también en personas voluntarias que ayudaron en diversos trabajos (enfermería, limpieza, cocina) sin cobrar nada. Además, toda esa labor era seguida de cerca por su fundador, que exigía un cuidado especial para los enfermos. En muchas ocasiones era Machado quien personalmente cuidaba, limpiaba y sanaba a los enfermos.

El hospital se estaba manteniendo gracias a puras donaciones. El comercio de “La Guayra” empezó a dar una contribución mensual y una pequeña limosna semanal. La jefatura de Maiquetía se hacía cargo de pagar de ocho a diez camas en el hospital dando Bs. 40,00 mensuales por cada una. Otras personas con más recursos se habían comprometido a sostener varias camas con una ayuda periódica. También se hacía recolección por las casas, de puerta en puerta.

El párroco solía visitar el Hospital todos los días, luego de la Misa matutina, para estar con los enfermos, rezar con ellos, y entregar a Rufina lo recaudado por la Junta de caballeros, para cubrir los gastos necesarios. Los enfermos del hospital recibían también la atención casi diaria del doctor Leonardo Brito, que desde algunos años estaba ayudando en esas labores. También atendían a los enfermos los doctores Alcántara y Herrera. Los espacios del hospital solían mantenerse siempre muy limpios, pues Machado exigía con mano férrea que todo se mantuviera inmaculado, en especial las salas y habitaciones donde se atendía a los enfermos.

Machado redactó para las damas de la Sociedad el primer Reglamento para el trabajo en el hospital, que sustituyó a las Reglas de atención a los enfermos a domicilio que había redactado Isabel Lagrange. Dejó muy claro desde los inicios del hospital que éste estaría siempre abierto a cuanto indigente se presentara pidiendo ser atendido. La consigna de los fundadores era: “Ninguno será rechazado”.

Pero la fama del Hospital no venía sólo de la buena acogida que se daba a los enfermos, sino sobre todo de la eficacia de los cuidados que recibían, pues la mayoría de los enfermos salía del centro asistencial con notables mejorías o completamente curados. Hay un caso curioso de un musulmán asiático de 45 años llamado Luis Babí, que ingresó al hospital el 26 de mayo de 1888 con úlceras e hipertrofia palúdica, y que salió del hospital completamente curado el 12 de julio del mismo año, habiendo recibido el bautismo, luego de una adecuada preparación. Y aunque la parte religiosa no se descuidaba, Machado había dejado muy claro que el hospital no tenía fines proselitistas, y existía el compromiso de atender a todos sin distinción de religión, raza, nacionalidad, clase social, etc.

El cura de Maiquetía vio la necesidad de difundir la información de las obras que se estaban haciendo en su parroquia y en el hospital, para así despertar el interés de los cooperadores a seguir colaborando. También quiso crear un órgano formativo, en el que se publicaran artículos doctrinales para luchar contra la ignorancia religiosa en la que estaban sumidas muchas personas. Así nació la iniciativa de crear un periódico parroquial llamado “El Eco de Lourdes”, cuyo primer ejemplar salió el 5 de mayo de 1888. Tenía una periodicidad mensual, pero luego se convirtió en semanario. El producto de su venta se destinó a mantener la gruta de la Virgen de Lourdes de la Iglesia de Maiquetía. Hasta el 24 de mayo de 1890 tuvo como director a Machado, y como administrador a Teodoro Marrero, pero desde el 31 de mayo de ese año, aquél fue al mismo tiempo administrador y director. A partir del 22 de noviembre de 1890, Manuel Mayorca asumió la administración de ese semanario. Este periódico se publicó hasta el 25 de abril de 1891, cuando dejó de salir por falta de recursos económicos.

En mayo de 1889 el hospital ya contaba con seis habitaciones. Pero el hospital había contraído una deuda, a pesar de haber recibido la ayuda de algunas personas. Ello fue una constante en las obras sociales de Machado: sus obras crecían, pero sus deudas también, de modo que estaba siempre endeudado. Sin embargo, las ayudas también eran continuas. En ese mismo mes de mayo el presidente Rojas Paúl regaló cuarenta barriles de cemento romano para el piso del Hospital.

El padre no cesaba de pedir y de hacer pedir ayudas. Pero algunas personas se aprovecharon de esto para pedir dinero fraudulentamente en su nombre. Por ello el padre se vio obligado a denunciar una estafa que estaban llevando a cabo unos tales Lorenzo Camúñez y Salvador Larrazábal, que habían recaudado una suma de dinero con un autógrafo falsificado

del P. Machado. Tamaño disgusto se llevó Machado, y por ello previno a los lectores de “El Eco de Lourdes” para que no se dejaran engañar, señalando que debían colaborar sólo cuando la petición la hacía él personalmente, o uno de sus más cercanos conocidos y allegados.

El 11 de enero de 1889 el Hospital alojaba 24 enfermos: 17 hombres y 7 mujeres, y se habían practicado hasta entonces varias operaciones quirúrgicas. Entre los cirujanos destacó el doctor Alberto Guerra Marcano.

La labor del hospital San José fue creciendo progresivamente, con un ritmo tal que en septiembre de 1890 albergaba 32 enfermos, mientras que a finales de 1890 ya tenía capacidad para 40 enfermos. El hospital recibía enfermos de todas partes, incluso del extranjero. Tanto así que de los 34 enfermos que había en noviembre de 1890, ninguno era de Maiquetía.

El párroco se propuso ampliar los espacios del centro asistencial, y buscó hacerse con las casas que estaban alrededor del terreno. Por eso compró las tres casas contiguas a Rafaela Padrón de Montero, y las anexó a las instalaciones del hospital.

A pesar de los ataques de la prensa anticlerical, y quizás precisamente informado por ella, el presidente Raimundo Andueza Palacio tomó la iniciativa de visitar el hospital San José en diciembre de 1890. Allí vio un trabajo tan eficiente que felicitó al P. Machado y a las hermanas por su labor humanitaria, y dejó un aguinaldo de cuatro mil bolívares, suma equivalente a mil pesos, que fue invertida en la construcción de dos salas para ampliar el servicio asistencial. Machado publicó un agradecimiento al presidente en el ejemplar del 13 de diciembre de 1890 del “El Eco de Lourdes”.

Cuando el párroco se enteraba que algún enfermo que había acudido al hospital no había sido admitido, exclamaba: “¡Cómo! ¿Han traído un enfermo al hospital y no lo han admitido? ¡Vayan inmediatamente a buscarlo donde sea y me lo traen!”.

Otra obra social de envergadura del cura de Maiquetía durante 1890 fue la mejora del acueducto de la zona de Maiquetía, Pariata y sus alrededores. El nuevo hospital necesitaba agua corriente para poder atender a los enfermos como lo exigía el párroco, y por ello se vio la necesidad de mejorar las vías de llegada del agua. Machado consiguió del presidente Andueza Palacio los tubos necesarios para completar el acueducto viejo que estaba deteriorado, y logró terminar la obra empleando sus propios recursos y los de gente pudiente, pues la aportación del gobierno, a quien se había pedido la obra, no era suficiente. El sacerdote administraba esa construcción con la condición de que el municipio le reembolsara lo que había gastado en ella, pero el municipio no le reembolsó nada, y encima le arrebató arbitrariamente la obra. Estaba detrás de eso el gobernador de Caracas, que quiso apropiarse los méritos del dichoso acueducto, y lo confiscó. Machado estuvo muy apesadumbrado por ello, pero al cabo de algunos años tuvo ocasión de hacer ver al responsable la injusticia que con él había cometido. En uno de sus viajes a Europa, pasando por España, en el restaurante

de un hotel de Sevilla, el sacerdote se encontró con el antiguo gobernador de Caracas, que al verlo le dijo: ¿No me conoce Padre Machado?, a lo que replicó el interlocutor con la mirada clavada y señalándolo con el índice: “¿Cómo no te he de reconocer, si tú eres el bribón que, metiéndose en hacienda ajena, me robaste descaradamente el acueducto de Maiquetía, y que era mío, muy mío?”. El aludido, que no esperaba esa respuesta, se quedó sin aliento.

Al fin y al cabo, el acueducto era un hecho, y el pueblo entero de Maiquetía se benefició de él. También el hospital San José, que continuó funcionando con mucho éxito, y que perdura hasta nuestros días.

## *Capítulo II*

### **Las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía (1889-1910)**

#### **1. La primera congregación religiosa venezolana**

El hospital San José fue la obra que marcó el inicio de lo que sería la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, que fueron llamadas al principio “Hermanas Hospitalarias de los Pobres” o también “Hermanas Hospitalarias de la Caridad”, y que se formó con las señoritas que atendían el recién fundado hospital.

La primera que recibió la invitación de Machado a dedicarse por entero al servicio de los pobres y enfermos del hospital, fue María de Jesús Badillo, miembro de la Sociedad de San José, que se instaló definitivamente en el hospital a principios de 1889, sustituyendo a Rufina de Alfonzo, cuando ésta dejó la labor por hallarse enferma. A los dos meses María Eustaquia Ochoa, que se había criado con Machado, se unió a María de Jesús Badillo, para dedicarse totalmente al servicio de los enfermos en el hospital San José.

En mayo de 1889 Machado viajó a Roma con su amigo Juan Bautista Castro, que iba a comprar ornamentos para la Iglesia de La Pastora, tal como se lo había encargado el cura de esa parroquia, fray Olegario Planas. Antes de ausentarse de Maiquetía, en un viaje que duraría como cuatro meses, exigió a la Junta de caballeros que entregara cada día ocho bolívares para los gastos del Hospital durante su ausencia.

Su viaje a Europa sirvió para conocer y esoger el hábito de las hermanas de la congregación que deseaba fundar.

Camino a Europa, Machado y Castro conversaron acerca de sus proyectos. Aunque Castro se mostraba escéptico con de la obra del párroco de Maiquetía, éste le manifestó su deseo fundar una Congregación religiosa, pero Castro no creía que eso podía ser posible, y por eso preguntó a Machado si estaba loco, diciendo además que era un visionario, que esa idea era una utopía, y que estaba obsesionado con sus ideas. Como Santiago sufría de mareos por el balanceo del barco, Castro le decía: “Te estás muriendo con el mareo y ¿estás pensando en fundar congregación?”. Ya en la ciudad eterna, Machado le preguntó si creería al presentarle 50 hermanas de hábito, pero Castro replicó que se conformaba con 20. Machado ofreció a Castro celebrar una fiesta en su honor apenas contara con 20 hermanas, pero aseveró que no se sentiría satisfecho hasta presentarle 50.

En Roma, fueron recibidos por el papa León XIII en audiencia privada. Machado comunicó al papa sus intenciones de establecer en Venezuela una congregación religiosa



femenina, y recibió un espaldarazo, pues León XIII conocía la difícil situación de Venezuela en lo que a la vida religiosa se refería.

Regresó de Roma a finales de agosto de 1889. En septiembre pidió a Emilia que se instalara definitivamente en el hospital, y ésta pidió permiso a su padre, que obtuvo sin problemas. Emilia también pidió autorización a monseñor Uzcátegui para consagrarse a Dios al servicio de los pobres, enfermos y desvalidos, y obtuvo de éste su autorización verbal. Por su parte, Machado pidió permiso al arzobispo para fundar la congregación, y éste le dio su beneplácito.

Luego de que el párroco le predicara un retiro de varios días, Emilia comenzó a vivir en el hospital y se consagró a Dios el 25 de septiembre de 1889. Así se fundó la primera congregación religiosa venezolana. Ese día, para recibir a Emilia, Machado había instalado una imagen de San José en medio del Hospital, diciéndole: “Señorita Emilia, mire al Dueño de la Casa”. Ésta fue acompañada al hospital por fray Olegario de Barcelona, párroco de la Pastora, que era su director espiritual, y la guió para iniciar la vida consagrada.

A la llegada de Emilia, María de Jesús y María Eustaquia le entregaron las llaves del Hospital. Emilia no las aceptó, diciendo que el Hospital era de la Parroquia, y que a ella sólo correspondía el servicio asistencial y dirección de las jóvenes. Entonces las tres se presentaron ante el párroco, y Emilia le preguntó: “¿Cuál de las tres es la superiora?”, a lo que el P. Machado respondió: “Usted, porque es quien dirige a las demás”. Esto lo sabía Emilia, pero quería que quedara claro que era el párroco, administrador y fundador de ese hospital, quien le había entregado esa potestad, como fundadora de una comunidad religiosa y a la vez administradora del servicio asistencial y de su desarrollo.

El 25 de diciembre de ese año también María de Jesús Badillo y María Eustaquia Ochoa, que ya vivían en el Hospital, consagraron sus vidas a Dios. Junto con María Emilia, serían las primeras religiosas de esa congregación autóctona. Había entonces en el Hospital 30 enfermos (18 mujeres y 12 varones), y habían ya pasado por el centro asistencial unos 109 enfermos, número elevado si se considera la población poco numerosa, las dificultades económicas de la época y lo reducido del espacio del hospital en ese tiempo.

Esta congregación nació a pesar de estar vigente el decreto del 5 de mayo de 1874 de Guzmán Blanco, por el que se prohibía la fundación de comunidades religiosas en Venezuela. Por ello, para evitar problemas con la ley, la aprobación del arzobispo fue oral.

El 25 de octubre de 1889, con licencia del arzobispo Uzcátegui, Machado bendijo y entregó a Emilia el primer hábito de las “Hermanas Hospitalarias de los Pobres”, que había sido confeccionado por la fundadora siguiendo las instrucciones del fundador. Por los momentos sólo la fundadora de la congregación vistió el hábito aprobado por el arzobispo. Las otras vestían un traje negro en calidad de aspirantes. Se unía ese día a la fundación una

cuarta mujer: María Trinidad Orta. Desde ese 25 de octubre comenzaron a dar a Emilia el título de *Madre*.

Machado había manifestado que “no sabía absolutamente nada de vida religiosa”. Por ello se hizo asesorar del P. Domingo Lamolla, que conocía bien el estado religioso, y le ayudó a redactar las primeras reglas de la congregación, con el fin de que resultaran acordes con la manera de ser de los venezolanos, y con las necesidades que debía atender la congregación. Al poco tiempo se unió a la congregación Dolores Luy Urbano, de modo que el 2 de febrero de 1890 la congregación tenía ya cinco religiosas, incluida a la fundadora.

Al poco tiempo, el 12 de febrero, se unió una quinta hermana, la señorita Carmen Ayala, perteneciente a una de las familias más acomodadas de Caracas. Al poco tiempo, ésta fue invitada por madre Emilia a dejar la congregación, pues no pudo soportar los duros trabajos del hospital. El 1º de noviembre de 1890 ingresaron en la congregación Elena Benítez Franco y Paula Linares Mujica. Esta última, que había sido enfermera en el hospital de mujeres de Caracas, dio posteriormente muchísimos dolores de cabeza al P. Machado, y se convertiría en su principal acusadora.

El 12 de febrero de 1890 se bendijo y se colocó la primera piedra de la capilla del hospital por parte de Machado, estando también presente el presbítero Antonio Ramón Silva, párroco de San Juan en Caracas y futuro obispo de Mérida.

El 19 de abril de 1890, en la Iglesia parroquial de Maiquetía, Emilia pronunció los votos de pobreza, castidad y obediencia ante el fundador, que había sido autorizado para ello por el arzobispo Uzcátegui. Ese día las otras cinco postulantes recibieron el hábito de la nueva congregación, siendo novicias a partir de entonces. Ellas eran: María de Jesús Badillo, María Eustaquia Ochoa, Trinidad Orta, Dolores Luy Urbano y Carmen Ayala. Antes de realizar la profesión y la vestición de hábito, Emilia había hecho dos retiros en Quenepe, de ocho días cada uno: uno para la vestición de las novicias, y otro para la vestición y profesión de las primeras.

El 4 de mayo, una vez finalizadas las obras de construcción de la capilla, ésta fue bendecida por monseñor Román Lovera, obispo de Mérida, acompañado por monseñor Gámez, los sacerdotes Olegario Planas y Antero Delgado, y una gran cantidad de fieles. En la noche se realizó un acto eucarístico presidido por el P. Nicanor Rivero, que había sido el rector del Seminario cuando Machado hizo sus estudios sacerdotales. El Santísimo no pudo instalarse definitivamente sino hasta el 30 de agosto cuando llegó el permiso de la Santa Sede. En esas fechas la congregación aún no tenía un nombre oficial, y sus integrantes eran conocidas como “Hermanas Hospitalarias de Maiquetía”.

La fundación de estas hermanitas provocó en 1890 la reacción de los anticlericales y librepensadores masones, quienes en un periodiquito semanal llamado “El Libre Examen”, en un artículo titulado “Peligroso intento”, calificaban a Machado de “fanático por

excelencia”, mientras aseveraban que su intento de fundar un hospital era una “infame tarea” con una “intención peligrosa”, pues con ella se “intenta echar de nuevo los fundamentos de la odiosa institución de los conventos”, que es “contraria a la ley”. Los artículos contra Machado publicados por “El Libre Examen” solicitaban que la “infame obra” del cura de Maiquetía “se haga desaparecer”<sup>9</sup>. Los que rodeaban a Machado conocían los ataques de los que era víctima. Aunque el padre no respondiera a esos ataques, porque no era ese su estilo, sí lo hicieron sus discípulos a través de algunas publicaciones.

En 1890 nacieron también las “Hijas de San José”, que eran jóvenes que ayudaban a las hermanitas en las labores asistenciales del hospital y en la recolección de la limosna y de los alimentos necesarios para los enfermos con una cestita de casa en casa. Algunas de las hijas de San José formaron luego, a partir de noviembre de 1897, la clase de hermanas “coadjutoras” o ayudantes, que tenían exigencias muy similares a las otras hermanas, pero eran externas y vivían en sus propios hogares, aunque estaban vinculadas con los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. Las hermanas coadjutoras existieron hasta marzo de 1909, cuando la Sagrada Congregación de Religiosos decretó que debía existir una sola clase de hermanas, a petición del fundador y de la madre general de entonces. Oficialmente se anexaron en junio de 1910. La primera en formar parte de las hijas de San José fue María de Jesús Méndez en 1890.

## 2. El rechazo del episcopado

Corría el año de 1890, uno después de la fundación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, dos luego de la inauguración del hospital de San José de Maiquetía, en el pleno vigor de sus 40 años, cuando se propuso el nombre de Santiago Machado para el obispado de Guayana.

El párroco de Maiquetía gozaba entonces de muy buena fama entre las autoridades eclesiásticas, y a pesar de poseer tan sólo el modesto título de bachiller, el arzobispo de Caracas Crispulo Uzcátegui propuso su nombre para el obispado de Guayana, que en mayo

---

<sup>9</sup> “El Libre Examen”, Caracas, 5, 17 y 26 de abril de 1890. Citado por: H. GONZÁLEZ OROPEZA, *Iglesia y Estado en Venezuela*, cit., p. 215. El artículo de “El Libre Examen” del 5 de abril de 1890, encontrado en la Academia Nacional de la Historia, dice así: “PELIGROSO INTENTO. Sabido es de todos que la población de Maiquetía es actualmente presa del monstruo del fanatismo religioso. Un sacerdote católico, fanático por excelencia, es el señor Santiago F. Machado, está desempeñando a maravilla la infame tarea de barbarizar a los sencillos habitantes de aquel pueblo. (...) pretextando sentimientos caritativos, idea, como en el caso de que vamos a ocuparnos, la construcción de un edificio a que da el nombre de Hospital, para disfrazar sus intenciones peligrosas. Escudándose en la caridad, el ciudadano Machado, según se dice, intenta echar de nuevo los fundamentos de la odiosa institución de los conventos. (...) el MALIGNO PENSAMIENTO QUE GENERALMENTE SE LE ATRIBUYE: ‘De forjar la Cadena de los Claustros’ para inesperadas Hijas de Eva, que han confundido con el sentimiento de la caridad y la filantropía, la servidumbre religiosa”.

de 1890 se encontraba vacante. Monseñor Uzcátegui lo presentó al delegado apostólico fray Bernardino Di Milia el 20 de mayo de 1890, apelando tan sólo a su *nombre*: “Su Excelencia conoce bien al P. Machado y creo que se alegrará de su presentación”<sup>10</sup>.

Su candidatura fue más allá y llegó a manos del gobierno. En efecto, en vista de la renuncia del presbítero José Antonio Ramos Martínez para el obispado de Guayana, el arzobispo Uzcátegui presentó al Congreso el nombre de Santiago Machado (junto con el de los presbíteros Woshiedler, Bereciartu y Antonio Ramón Silva, pues además estaban vacantes las diócesis de Calabozo y de Barquisimeto), e informó sobre ello al delegado apostólico Di Milia. También el presidente Andueza Palacio, que conocía bien las obras sociales del fundador de las Hermanitas de los Pobres, presentó a Machado a la Santa Sede para ocupar la sede de Guayana. Testimonió Uzcátegui que “de los dos sacerdotes en quienes se ha fijado el Gobierno, el Br. Pbro. Santiago Machado es mui bueno en moralidad, en laboriosidad y en celo por la Iglesia es de los primeros de esta Arquidiócesis”<sup>11</sup>.

Aún en diciembre no se había resuelto lo de la provisión de los obispados de Guayana y Calabozo, y por ello el arzobispo Uzcátegui comunicó al delegado Di Milia la conversación que había tenido al respecto con el presidente. Según el arzobispo de Caracas, el presidente Andueza tenía como candidato a Machado para Guayana, pero por insinuación del delegado apostólico, el presidente desistió de Machado, y se fijó en el presbítero Baralt. Di Milia desaconsejó al presidente que se fijara en Machado, debido a que Machado no aceptó la propuesta de la mitra de Guayana, pues no quería dejar huérfanas a sus hijas de la congregación recién fundada.

### **3. El padre Machado y la madre Emilia de San José**

Machado había preparado a Emilia para cumplir la dura misión que le esperaba, aunque ella ya tenía experiencia, pues desde muy joven había mostrado una gran sensibilidad hacia los pobres y los enfermos. En una ocasión, antes de la fundación de la congregación, habiéndole Emilia manifestado que quería ponerse por completo bajo su dirección, el párroco tomó un pañuelo de seda, lo estrujó y lo arrugó completamente manteniéndolo apretado dentro de su mano, y presentándosele le preguntó: “¿Está usted dispuesta a dejarse hacer lo que acaba de ver que he hecho con este pañuelo? Es decir: a dejarse plegar y desplegar según la obediencia, renunciando por completo a su propia voluntad, para hacer sólo la voluntad de Dios?”. Emilia respondió que estaba dispuesta, y lo demostró llevando adelante la obra social y espiritual que inició de la mano del párroco de Maiquetía.

---

<sup>10</sup> C. UZCÁTEGUI, “Carta al delegado apostólico Di Milia”, 7-5-1890, en: AHHPM (Cartas sueltas).

<sup>11</sup> C. UZCÁTEGUI “Carta al Card. secretario de Estado”, 22-5-1890, en: AHHPM, (Cartas, tomo II), p. 3.

La madre Emilia se distinguió por su cariño hacia los enfermos del hospital y muy pronto se ganó su corazón. Cuando llegaba de la calle, solía entrar directamente a las habitaciones de los enfermos, en especial de los más graves. Algunos le preguntaban: “¿Qué me trae Madrecita?”, y ella solía responder: “¿Qué quieres que te traiga?”. Y al momento buscaba satisfacer el deseo del enfermo.

Cada vez eran más los enfermos que iban al hospital, y cada vez más los recursos económicos que necesitaban. Por ello Machado tomó la determinación de enviar a madre Emilia y a la hermana Dolores Luy a Caracas a pedir limosnas entre los conocidos. Esto lo hicieron en tres o cuatro ocasiones, y así se fueron dando a conocer entre la gente de Caracas. La petición de limosna se hacía de puerta en puerta con una cesta, diciendo: “una limosna para nuestros pobres, por amor de Dios”. En Caracas no solía verse a ninguna religiosa pidiendo limosna como si fuera una pordiosera. Por ello algunos empezaban a llamarles mendicantes y limosneras. Pero como pedían era para los pobres, entonces les llamaban “hermanitas de los pobres”, pues eran tan pobres como ellos. Así comenzó a llamárseles con el nombre que llevan hoy día.

El fundador y las hermanas comenzaron a buscar una casa en Caracas para la congregación, que a finales de 1891 contaba con doce miembros, de los cuales siete eran hermanas profesas y cinco novicias. En diciembre de 1891 Machado solicitó a monseñor Crispulo Uzcátegui el permiso para erigir una casa en Caracas para la congregación.

Consiguieron una casita en alquiler en las inmediaciones de La Pastora, de Cuño a Guanábano N° 28. Emilia y Trinidad Alvarado se encargaron de acondicionar y arreglar la casa antes que se instalaran las demás. Contaron con el impulso y el apoyo del párroco del lugar, fray Olegario de Barcelona, que había sido director espiritual de Emilia y le tenía mucho aprecio. El 15 de enero de 1892 fueron trasladadas a esa casa las siguientes religiosas: Emilia, Trinidad, Dolores, Elena y Jerónima. Llevaron consigo al primer asilado: Nicolás Placencio, de 69 años y natural de Islas Canarias.

Funcionaría como un asilo para ancianos, y al poco tiempo de ser instalada contaba con cuatro asilados, pero muy pronto llegaron a ser doce. Esa segunda casa de la congregación se llamó Asilo de la Providencia. La madre Emilia hacía de superiora en esa casa, pero los trabajos de la naciente congregación como fundadora le llevaban a movilizarse continuamente de un lugar a otro, por lo cual decidieron nombrar a una superiora para el Asilo de la Providencia. El nombramiento recayó sobre la hermana Paula Linares, que llegó allí con otras tres novicias el 2 de febrero de 1892. La hermana Jerónima se quedó en el Asilo, mientras que las hermanas Trinidad, Dolores y Elena regresaron a Maiquetía.

En mayo de 1892 murió la primera hermana de la congregación, Josefa Acevedo Izquierdo, que enfermó gravemente y el 12 de mayo hizo los votos perpetuos *in artículo*

*mortis* ante la madre Emilia, falleciendo el 19 de mayo, después de haber pedido a la madre “permiso para morir”.

En medio de las adversidades surgían cada vez más vocaciones para la congregación. Entre marzo y abril de 1892 ingresaron en la congregación tres señoritas: Elena Boronat, Gertrudis Oropeza e Isabel Lange. Fueron admitidas por la hermana Paula, con la autorización de la madre Emilia. Isabel Lange, de nacionalidad norteamericana, sería la sucesora de la madre Emilia.

Ese año de 1892 estalló la Revolución Legalista en Venezuela, uno de cuyos bandos estaba liderado por el general Joaquín Crespo, y debido a la contienda las hermanas se vieron más necesitadas que antes desde el punto de vista económico. Por ello a pesar de la guerra civil que estaba azotando el país, debían salir a la calle a mendigar pan y alimentos para los ancianos y enfermos del Asilo. Con ocasión de la guerra, el gobernador del Distrito Federal pidió a la superiora del Asilo de la Providencia, hermanas para enviarlas a algunos hospitales que carecían de personal de servicio. Todas las hermanitas del asilo se ofrecieron para tal servicio, incluso las novicias. Así que la madre Emilia presidió la “Ambulancia” de ayuda para los heridos, acompañada de las hermanas Dolores, Paula, Vicenta, Claudia, María de los Ángeles, Teresa, Emelina y Jerónima. Armadas con todas las provisiones necesarias para atender a los heridos, y poniendo en riesgo sus propias vidas, partieron al Capitolio. Allí atendieron a los lesionados en las batallas, y se quedaron al pie del cañón a las órdenes del gobernador, que les pidió que no volvieran al Asilo hasta nuevo aviso. Cuando al fin cumplieron su misión y tuvieron que regresar a casa, la alegría de quienes les recibieron fue muy grande al verlas de vuelta con vida.

El fundador también tuvo que atender personalmente a los enfermos de las guerras, y consolar como sacerdote a muchas personas que perdían a sus familiares en las contiendas. En ese año de 1892, el padre atendió y consoló a una señora que tenía graves problemas, y luego de recibir la ayuda y el consuelo del sacerdote la señora exclamó: “El Padre Machado es el Don Bosco de estos tiempos”. A partir de ese episodio, Machado fue llamado “el Don Bosco de América”. De hecho, la obra y la vida de San Juan Bosco sirvieron de inspiración a Machado.

Los menesteres de la nueva congregación le llevaron a renunciar la parroquia de Maiquetía, para que le sucediera, de acuerdo con el arzobispo Uzcátegui, el presbítero Nicolás Eugenio Navarro. Pero Navarro no quería aceptar la parroquia debido a que Machado había dejado una deuda con una casa comercial de Francia, por la compra de ornamentos y objetos de culto para la Iglesia San Sebastián de Maiquetía. Como Navarro no quería hacerse cargo de esa deuda, Machado tuvo que asumirla, y sólo así pudo entregar la parroquia al presbítero Nicolás Navarro el 4 de agosto de 1892.

Durante los 15 años que estuvo al frente de la parroquia de Maiquetía, Machado realizó seis viajes a Europa, desde donde trajo las campanas y el reloj de la torre que aún existen, los ornamentos sagrados, las imágenes de Semana Santa y las preciosas arañas de cristal para las lámparas. También mandó construir en la Iglesia el retablo del altar mayor.

El padre entonces se dedicó de lleno a las obras sociales atendidas por la congregación que había fundado, y luego de pasar unos días en La Victoria con sus padres y su hermana Dominga, fijó su residencia en Caracas, en el convictorio de sacerdotes que atendían Santa Capilla, pues comenzó a atender pastoralmente ese templo. El fundador también atendía a los que vivían en el Asilo, y a todo el que necesitara de él, cualquiera sea el asunto a tratar, sin distinción de persona, clase y condición.

En 1892 la madre Emilia comenzó a sufrir problemas de salud, y los médicos le mandaron guardar reposo, pues el trabajo de la congregación en la atención a los enfermos y a los ancianos la estaba consumiendo. Emilia fue de reposo a Los Teques en agosto de 1892, junto con la hermana María de los Ángeles, a la casa de la familia León, colaboradora de la congregación.

En Los Teques Emilia se enteró de que había un asilo de enfermos mentales, y cuando se sintió mejor fue a visitarlo con María de los Ángeles y su amiga Trina Alvarado. El cuadro que vio en ese asilo era dantesco: enfermos hambrientos, algunos en el suelo entre los desperdicios de comida o entre suciedad de todo tipo, y quienes se encargaban de cuidarlos cargaban un látigo para someter a los enfermos mentales. Ante tan deprimente panorama, madre Emilia y sus acompañantes se pusieron a asear a los enfermos uno por uno, y a atenderles en sus necesidades más apremiantes. Con el fin de buscar una solución, Emilia hizo llamar al P. Machado, que se trasladó a Los Teques de inmediato y pudo contemplar con lágrimas en los ojos la miseria de aquella situación.

Machado pidió a Emilia que se fuera a descansar, y envió a tres hermanas para que atendieran provisionalmente a los enfermos, y en adelante visitó con frecuencia por un tiempo el asilo de enajenados. En una de esas visitas, un hombre demente le lanzó una piedra, que cayó dos o tres pulgadas por encima de su cabeza, dejando un cráter en la puerta donde cayó.

Buscando una solución al problema del centro psiquiátrico, el padre se entrevistó con el gobernador, el cual pidió al fundador que las hermanitas se hicieran cargo del asilo. Machado respondió negativamente, aduciendo que la atención a enfermos mentales no formaba parte del carisma de la congregación, y que lo que habían hecho era dar una atención provisional ante una situación urgente. Se entrevistó luego con el doctor Guillermo Tell Villegas Pulido, consejero federal encargado de la Presidencia de la República, que había pensado en trasladar a esos enfermos al Hospital Militar situado en Catia, y que el presidente Andueza Palacio había hecho reparar. El mismo consejero Villegas no sabía bien qué hacer

con esos enfermos mentales, y para asesorarse mejor invitó a Machado a la parte del Hospital Militar que se había proyectado para tal fin. Ambos visitaron el futuro asilo y Machado indicó la necesidad de hacer algunas modificaciones o reparaciones que se ejecutaron inmediatamente. Pero ahora surgía el problema de quién atendería a esos enfermos. Machado buscó una solución y habló con la madre San Simón de las Hermanas de San José de Tarbes, consiguiendo que se hicieran cargo del Hospital Municipal Psiquiátrico, como se llamaría en adelante. El 17 de septiembre de 1892 los enfermos mentales, que hasta esa fecha habían sido cuidados por las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, fueron trasladados en un tren especial a su nuevo destino, acompañados por los nuevos enfermeros, que habían sido capacitados para atender dignamente a esa clase de enfermos. En la estación de tren de Caracas esperaba el gobernador del Distrito Federal, Pablo Hernández Madrid, que además era administrador de los hospitales.

Madre Emilia regresó a Caracas a inicios de septiembre. Inesperadamente, el 6 de septiembre enfermó gravemente la hermana Elena Benítez, en quien habían pensado como futura madre general de la congregación. Luego de haber recibido la unción de los enfermos y de haber hecho la profesión perpetua *in articulo mortis*, murió el 12 de septiembre. Emilia también se agravó y tuvo que guardar cama. Machado pidió al arzobispo autorización para que Emilia pudiera hacer sus votos perpetuos *in articulo mortis*, que le fue concedida de inmediato. Así que el 11 de diciembre de 1892 la fundadora hizo los votos perpetuos en la capilla del Asilo de la Providencia de Caracas, ante el canónigo Santiago García, comisionado por el arzobispo para recibir sus votos.

El 22 de noviembre de 1892 Machado había dirigido una petición al gobernador del Distrito Federal, general Ignacio Andrade, para solicitar un local más grande donde se pudiera atender a los ancianos del Asilo de la Providencia. La petición fue aceptada, y Andrade respondió el 10 de diciembre invitándole a pasar por el despacho de la gobernación. El 13 de diciembre, en el despacho de la gobernación, el fundador recibió la comunicación de la sesión del Asilo de ciegos de Caracas, para que pudiera instalar allí su asilo. A mediados de diciembre de 1892 los ancianos y las hermanas pudieron trasladarse a la nueva sede del Asilo, ahora con cupo para 45 o 50 ancianos. Los nuevos espacios estaban ubicados entre las esquinas del Teatro Municipal y San Pablo. Así ya no tenían que vivir alquilados en una casa que no tenía suficiente espacio para los ancianos que venían llegando. En la nueva sede del Asilo de la Providencia el padre mandó a hacer las reparaciones y adaptaciones correspondientes, y sembró él mismo varios árboles frutales para dar al Asilo calor de hogar.

Luego de celebrar la navidad en Caracas, con su precario estado de salud, madre Emilia salió del Asilo de la Providencia el 26 de diciembre y se trasladó al Hospital San José de Maiquetía unos días. El 29 de diciembre fue a Macuto, por indicación de Machado, a una casa de su hermana Dolores Chapellín de Castillo. Allí era atendida por su enfermera, la hermana Trinidad Orta.



Poco antes de morir, Emilia dijo al fundador: “Nuestro Padre, me estoy preparando para la muerte del mismo modo que me preparo para la comunión”, indicando así que la muerte suponía el encuentro definitivo y pleno con Jesús. Luego de haber recibido los últimos sacramentos, Emilia de San José falleció en Macuto, el 18 de enero de 1893, en horas de la mañana. Había estado al frente de la congregación tres años y cuatro meses.

La fisonomía de madre Emilia quedó inmortalizada en un lienzo de Martín Tovar y Tovar, célebre pintor venezolano, que le profesaba una gran veneración y admiración. El lienzo pasó luego a ser propiedad de la congregación, por obsequio del pintor, pues la congregación era muy pobre.

La muerte de la fundadora fue un golpe muy duro para Machado. Estaba convencido de que era una santa mujer, y de que la congregación había perdido lo mejor que tenía. Madre Emilia fue un modelo para las primeras hermanas de la congregación, pero hubo algunas pocas que no la querían, y que comenzaron a regar la especie de que ella no había sido la fundadora de la congregación, y llegaron a quemar todos sus papeles personales, donde era evidente que ella era la fundadora, con la excusa de que podrían estar contaminados con alguna bacteria, pues la madre Emilia había muerto de una grave infección pulmonar.

¿Qué tenían contra Emilia esas religiosas que no la querían? A algunas de las primeras les parecía que a una monja tan simple como Emilia le quedaba muy grande el honor de ser la fundadora de la primera congregación religiosa venezolana. Otras de las primeras, que habían sido ciertamente cofundadoras, habrían deseado arrogarse ese laurel. Pero Machado tenía bien claro que Emilia era la fundadora. Algunas se habrían preguntado qué tenía Emilia de especial, que había acumulado ella sola los máximos honores de la congregación: fundadora, superiora general, la única en ser llamada “la madre”, mano derecha del fundador, la más querida por los enfermos... Eso, unido a la hermosura de su semblante y a la dulzura de su carácter, habría acarreado la envidia de algunas, que no podían sufrir que una sola mujer acumulara tantas dotes. Por ello intentaron opacar su memoria todo lo que pudieron, pero el sol no se podía tapar con un dedo. Al final prevaleció el cariño de la mayoría de las hermanas para con Emilia.

#### **4. La sucesión de madre Emilia**

A la muerte de la fundadora, la congregación quedaba con 19 miembros: cinco profesas, diez novicias y cuatro postulantes. Había entre ellas cinco nacionalidades: trece venezolanas, tres españolas de las Islas Canarias, una colombiana, una italiana y una estadounidense.

Según la hermana Tarsicio, la sucesora de la madre Emilia habría sido la hermana Paula Linares, pues ella “estaba curtida en las luchas diarias del vivir en el ejercicio de su

profesión con médicos y personal del hospital 'San Pablo'. La caridad, la moral, honestidad en sus años de servicio, los une a una entrega incondicional a Cristo al unirse a Emilia, en la misión en que Dios la ha embarcado: 'los pobres enfermos, sin recursos y en abandono' (...). En abril de 1.893, la Madre Paula fue destituida de los cargos de Madre General y Maestra de Novicias por el Párroco Santiago Machado; y entregó estos cargos a la novicia última ingresada, Isabel Lange W. La Madre Paula fue enviada a Los Teques"<sup>12</sup>. Paula se había arrogado inmediatamente la sucesión de la congregación. Como era la superiora del Asilo de la Providencia, pensó tal vez que le correspondía por cargo suceder a la fundadora. Sin embargo, este modo de proceder manifestaba muy poco conocimiento de las leyes canónicas, que obligaban a las religiosas de una congregación a hacer una elección en caso de deceso de la superiora general. En efecto, Machado la reprendió y el conminó a someterse a las normas.

El 24 de abril de 1893 se realizó la elección de la nueva madre general en capítulo general. Había ahora diez profesas: M<sup>a</sup> de Jesús, M<sup>a</sup> Eustaquia, Trinidad, Dolores, Paula, Cristina, Vicenta, Claudia, M<sup>a</sup> de los Ángeles y Jerónima (entre ellas están las cinco ex-novicias que habían hecho profesión el día anterior); cinco novicias: Águeda, Jacinta, Norberta, Teresa y Victoria; y cuatro postulantes: Juliana, Josefa, Antonia y Emelina. En la elección estaban presentes Machado y Nicolás Navarro, párroco de Maiquetía. Al sonar la campana, la comunidad se reunió en la capilla, se eligió a una escrutadora, que resultó ser la hermana Claudia. Enseguida pasaron a escribir los "billetes de elección". La escrutadora iba abriendo los billetes uno a uno, e iba diciendo en voz alta el nombre que aparecía en el papel, tocándole decir alguna vez el propio nombre. Machado, que presidía las elecciones, pronunció al final el decreto de elección, que recayó sobre la hermana María de los Ángeles de San José. Al momento se sentó en la silla central, y las demás hermanas le fueron dando el propio testimonio de adhesión, que manifestaban besándole la mano derecha.

María de los Ángeles de San José se llamaba en el siglo Isabel Lange Litchfield. Había nacido en Filadelfia (Estados Unidos) el 2 de agosto de 1859, aunque su padre era alemán. Isabel apenas tenía diez meses en la congregación, pero era la mayor de todas en edad (tenía 33 años), y era la más preparada, mientras que la otra candidata, la hermana Trinidad, era de mediana cultura humana.

Sin embargo, María de los Ángeles no era la preferida de Machado. Antes bien, éste muchas veces no estuvo de acuerdo con su forma de gobernar, y por ello se vio obligado a confesar años más tarde: "cuántas veces tuve que callar para no desautorizar"<sup>13</sup>. Sobre todo, a Machado nunca le agradó el desapego de María hacia la fundadora, que llegó incluso a

---

<sup>12</sup> TARCISIO DE SAN JOSÉ, *Apuntes Personales*, pp. 69-70.

<sup>13</sup> HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 74.

convertirse en desprecio. Al parecer, María no conservó el espíritu de Emilia, y ello contrariaba en extremo al fundador.

## **5. Machado y las labores sociales de la congregación**

Luego de resolver el problema de la sucesión de madre Emilia, Machado regresó a sus labores pastorales en Santa Capilla, mientras que la nueva superiora fijó su residencia en el Asilo de la Providencia.

El 9 de julio de 1893 fallecía la mamá del P. Machado, doña Bernardina, que hasta ese momento había sido atendida por don Santiago y por su hija Dominga.

El 8 de septiembre de 1893 debían profesar tres novicias de la congregación, y tomar hábito una postulante, con lo cual quedaría completo el número de las 20 hermanas que Machado había prometido a Castro en el viaje de 1889. Así fue que Machado, conforme a lo acordado, organizó una fiesta al P. Castro. La ceremonia fue presidida por el arzobispo Uzcátegui. Luego se ofreció un almuerzo en “la fiesta para el P. Castro”. Después de bendecir los alimentos, Machado dijo con acento triunfal a su amigo: “Padre Castro, aquí tiene Ud. las veinte Hermanas que me pidió para poder creer en mi Congregación. Cuente: una, dos, tres, cuatro,... veinte! ¿Está contento?... ¿Existe la Congregación?”<sup>14</sup>. Castro tuvo que rendirse ante la evidencia, y felicitó al fundador y a las hermanas. Recordando la conversación que habían tenido años antes en Roma, Machado continuó: “Bien, ésta es su fiesta, la mía será cuando pueda presentarle cincuenta Hermanas de Hábito”. Castro respondió: “Convenido”.

En 1893 Machado era ya bastante famoso en todo el territorio nacional por sus obras benéficas y sociales, y por el bien que estaban haciendo sus Hermanitas de los Pobres. Hacia julio de ese año la Junta de Caridad de Puerto Cabello le pidió que tomara a su cargo la obra de la “Beneficencia del Carmen”, que funcionaba en esa población. Machado consultó a la superiora general, y de acuerdo con ella se negó a aceptar la propuesta, pues la congregación no contaba aún con personal suficiente como para atender más establecimientos de los que dirigía. La Junta de la “Beneficencia del Carmen”, no conforme con la respuesta de Machado, se dirigió entonces al arzobispo Uzcátegui para que fuera él quien hiciera la petición al fundador de las Hermanitas de los Pobres. El arzobispo insistió tanto al fundador, que éste se vio forzado a aceptar y enviar a cuatro hermanitas a Puerto Cabello. Ellas eran: Dolores, Cristina, Jerónima y Vicenta, que iba a fungir como superiora. También fueron cuatro hijas de San José. El 19 de septiembre las cuatro hermanitas y las cuatro hijas de San José partieron por vía marítima a Puerto Cabello, acompañadas por la madre María de los Ángeles y el P.

---

<sup>14</sup> M. M. VILLALBA, *Un hombre de fe y acción*, cit., p. 76.

Machado. Fueron recibidos por la Junta en pleno, y un numeroso grupo de personas, que querían conocer a Machado, cuya fama era muy grande también en esa región.

Ese año de 1893 se suscitó un incidente con la última de las profesas, la hermana Emelina Gil, que en religión tomó el nombre de Cándida de San José. Esta hermana había llegado a Venezuela un año antes, con su hermano clérigo Adolfo Gil y su madre Práxedes de Gil. Los tres eran naturales de El Cocuy, en Tunja (Colombia). El clérigo Gil, que estaba gestionando su ordenación sacerdotal, pidió a Machado que diera asilo a su madre y hermana en el Hospital San José. Emelina, en el albor de sus 15 años, tenía deseos de ser religiosa, y decidió ingresar en las Hermanitas de los Pobres, pero ni a su hermano ni a su madre les gustó la idea. Como veían que la cosa iba en serio, su madre, de conformidad con el P. Gil, se dispuso a dirigirse al Asilo a reclamar a su hija Emelina. La mamá de Emelina llegó de improviso el 4 de octubre de 1893 al Asilo de la Providencia, a pedir que le entregaran a su hija. Venía acompañada por un abogado, por el prefecto de la policía, general Cosme Rodríguez García, y por un agente policial<sup>15</sup>. Emelina contaba entonces 16 años de edad.

El fundador y la superiora general se encontraban aún en Puerto Cabello, así que las hermanas recurrieron al P. Nicolás Navarro para resolver el asunto. Éste, que también era capellán del Asilo, manifestó lo irregular del procedimiento y pidió que, si no se quería esperar el regreso de Machado, acudieran al arzobispo. Tanto las hermanas del asilo como la misma Emelina se resistieron a la petición de la señora Práxedes. Pero el prefecto ordenó registrar el asilo y sacar a Emelina a como diera lugar. Navarro formuló en el acto una protesta formal contra esa orden de registro, argumentando que era una manifiesta violación de domicilio, y que iba contra las garantías constitucionales. El prefecto consideró esa protesta como una falta de respeto a la autoridad, y mandó a meter preso a Navarro. El P. Navarro fue detenido, enviado a la gobernación y luego a la cárcel, donde permaneció tres días, mientras que Emelina partió, contra su voluntad, con su madre Práxedes. Este incidente fue referido con detalle por el diario “El Republicano”.

Además del diario “El Republicano”, los periódicos “El Progreso”, “El Tiempo” y “El Pregonero” se hicieron eco de estas noticias. Este último cargó toda la responsabilidad del caso sobre el P. Machado. Pero el más duro de todos fue el diario “La Razón”, que contó el episodio de Emelina con un aire dramático, en estos términos: “Había desaparecido una niña del seno de su familia, y las inquisiciones practicadas, ninguna luz arrojaban sobre el paradero de la infeliz. Averiguose al fin que estaba depositada en el convento que tiene establecido el Padre Santiago Machado”. Pero el artículo se puso aún más amarillista cuando,

---

<sup>15</sup> Cfr. ANÓNIMO, Editorial del Diario *El Republicano*, N° 260, 5-10-1893. Citado por: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., pp. 56-57.

luego de narrar el impasse con Navarro, se lamentó por el “horrible atentado cometido por el padre Machado contra la moral pública y la dignidad social”<sup>16</sup>.

Las cosas se habían puesto tan candentes gracias a la prensa, que aún cuando el episodio hubiera tenido lugar en ausencia de Machado, el fundador formalizó su protesta pública con una carta impresa en el Diario “La Religión”, en la que dice: “protesto contra el Pbro. Adolfo Gil, autor e instigador de dicho atentado, y luego contra las personas que lo perpetraron; caigan sobre unos y otros la execración de la sociedad cristiana hondamente herida por semejante procedimiento, y la sanción de la justicia divina que sabe dar tarde o temprano a cada uno según lo merecido”<sup>17</sup>. Como los comentarios de la prensa se hacían cada vez más ácidos, y los ataques mutuos más fuertes, el mismo arzobispo Uzcátegui tuvo que intervenir en el asunto, y ordenó en un comunicado al diario “La Religión” del 13 de octubre, “suspender toda discusión”<sup>18</sup> acerca del asunto.

Detrás de todo este incidente estaba el presbítero Adolfo Gil, que había instigado a su madre para que se llevara a Emelina de la congregación. Gil continuó sus ataques calumniando duramente a Machado y Navarro, en los folletos “Réplica” y “El Liberalismo”, entre 1893 y 1895, donde les acusó de haber cometido acciones inmorales.

Pero, ¿quién era en realidad Adolfo Gil? Este sacerdote se había trasladado a San Cristóbal en 1893, y a Colombia en 1894. Debido a su conducta escandalosa, ni en Bogotá ni en Tunja le permitieron ejercer el ministerio. En varias cartas de algunos eclesiásticos en 1895, se habló de su indigna conducta, de sus inmoralidades, de sus escándalos, de su soberbia, etc. En 1895 regresó al Táchira, pero una vez demostrada su pertenencia a la masonería, fue expulsado del país en 1909, durante el gobierno de Gómez.

Cuando acabaron las polémicas por el incidente del Asilo, Machado trató de encontrar una casita donde pudiera instalarse aparte el noviciado de la congregación. Se consiguió una al lado del Asilo de la Providencia, y el 3 de julio de 1894 fue inaugurada.

A partir del 15 de abril de 1894 hubo una curiosa alteración de la fórmula de profesión y renovación de votos de las Hermanitas de los Pobres. El fundador mandó añadir un cuarto voto “de pedir limosna, cuando fuere necesario para el sostenimiento de los pobres asilados en las casas de la Congregación”<sup>19</sup>. La inclusión de este voto se realizó en un acto de suprema

---

<sup>16</sup> ANÓNIMO, “Otro escándalo: un cura preso. Una niña negada a su madre en el convento del padre Machado”, en: *Boletín de la Razón*, 3-10-1893, en: CIDOC, 24500, N. E. NAVARRO, compilación de recortes de “La Religión”, “El Liberal” y otros (1893-1899), ficha 5.

<sup>17</sup> S. MACHADO, “La Hermana Cándida de San José”. Declaración del Padre Machado, en: Diario *La Religión*, 6-10-1893.

<sup>18</sup> C. UZCÁTEGUI, “Carta al Diario La Religión”, 13-10-1893, en: Archivo Arquidiocesano de Caracas, sección Episcopales, 58 Ep (1885-1904).

<sup>19</sup> HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 60.

libertad del fundador, y no fue consultado con ninguna de las hermanas más antiguas, algunas de las cuales estaban en desacuerdo con ese voto. Por ello la moción del cuarto voto, que el fundador introdujo por la necesidad material de las obras sociales de la congregación, no prosperó en el futuro, y tuvo que ser eliminado.

Como había que seguir buscando ayudas para todas las necesidades de las casas que atendía la congregación, el 13 de junio de 1895 Santiago Machado estableció la Obra del Pan de San Antonio, en el Asilo de la Providencia, que llevaban las Hermanitas de los Pobres en Caracas. A través de esa obra, se recogían limosnas y ayudas para los pobres y necesitados que acudieran a esa casa, para recibir asilo, cuidado y alimentación. Se colocó en la entrada del Asilo una imagen de San Antonio de Padua, patrono de dicha obra, y desde entonces copatrono de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, para que los benefactores depositaran su colaboración en una alcancía que estaba a sus pies. La Obra del Pan de San Antonio contó a partir del 13 de junio de 1897 con un boletín informativo y formativo, donde se publicaban algunos artículos de formación religiosa y humana, así como las noticias relacionadas con la Obra de San Antonio y con la congregación. Al principio se publicó mensualmente, luego cada dos meses, y en la actualidad se publica el 13 de junio de cada año.

En octubre de 1896 Machado se dedicó a preparar las constituciones de la congregación, retirándose a Mamo (al oeste del Litoral Central) para tal fin. Luego de consultar la regla de San Benito, vio que ésta no encajaba con las labores de la congregación. Entonces consultó la regla de San Agustín, y decidió tomarla como base para redactar las constituciones, pues era la que más se adaptaba a los fines de la congregación. Las constituciones fueron aprobadas el 4 de mayo de 1897 por monseñor Crispulo Uzcátegui<sup>20</sup>, y cinco años más tarde, el 27 de abril de 1902, recibieron la aprobación de la Santa Sede. Así quedó plasmado el carisma de la congregación, que consistía en “trabajar en la extensión del reino de Dios mediante al asistencia a los pobres, el cuidado de los enfermos y la educación cristiana de la niñez”.

A finales de abril de 1897 Machado viajó a Roma con la madre general de la congregación, María de los Ángeles de San José, y con otras dos hermanas, Eugenia e Inocencia, en el vapor francés *La France*, que les condujo al puerto de Saint Nazaire. Viajaban con el fin de pedir la bendición y la aprobación definitiva de la congregación al

---

<sup>20</sup> Cfr. C. UZCÁTEGUI, “Decreto de aprobación de las Constituciones de Congregación las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía”, Caracas, 4-5-1897, en: Archivo Arquidiocesano de Caracas, sección Episcopales, 57 Ep (1885-1904): “Vista la solicitud que nos ha dirigido el Pbro. Br. Santiago F. Machado, Capellán de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, y visto el informe favorable del Revisor, Pbro. Dr. J. M. Delgado Palacios, venerable Cura de la Parroquia de San Juan Bautista de esta ciudad, por las presentes aprobamos las Constituciones de la Congregación de Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, y ordenamos se observen ellas sin perjuicio de sufrir las modificaciones que la práctica indique”.

papa León XIII. Primero fueron a Becherel, a visitar al P. La Pailleur, fundador de las Hermanitas de los Pobres Francesas. Luego se dirigieron a París, donde visitaron la catedral de Notre Dame. También visitaron en París la casa madre de las Hermanas de San Vicente de Paúl, al igual que algunos asilos y hospitales del lugar. Después visitaron Paray-Le-Monial, lugar donde santa Margarita María de Alacoque recibió la revelación del Corazón de Jesús, y fueron acto seguido a La Salette, lugar de una aparición mariana.

De La Salette partieron a Italia, donde visitaron en Turín la obra de los salesianos de Don Bosco. Después de pasar por Milán y Padua, fueron a Roma, donde peregrinaron a las siete Basílicas, algunos santuarios y las catacumbas. En la Ciudad del Vaticano, en julio de 1897, Machado y las tres hermanitas fueron recibidos por el papa León XIII, el cual quedó admirado por los frutos de la congregación, de la que había oído hablar a través del delegado Giulio Tonti. León XIII manifestó sus sentimientos de apoyo a la congregación a través de una carta firmada por el cardenal Rampolla, el 16 de julio de 1897: “La benevolencia que se han captado las Hermanitas de los Pobres en el corto tiempo que hace existen, y el favor con que se las acoge por doquiera, son argumentos satisfactorios para que Su Santidad desee que la nueva institución fundada por Ud., animada del espíritu de caridad cristiana y del sacrificio de sí misma, se consolide más y más y se propague constantemente”<sup>21</sup>. Las visitas al santuario de Lourdes, y a otros santuarios u obras de diversas congregaciones, les sirvió de inspiración a las hermanas para seguir renovando la labor que hacían. Regresaron a Venezuela a mediados de septiembre.

El 27 de septiembre de 1897 les recibieron con una ceremonia de acción de gracias en el Asilo de la Providencia, donde Navarro pronunció un florido discurso, en el que se prodigó en alabanzas hacia la congregación que había fundado Machado. Un mes después, el 30 de octubre, Navarro publicó en *La Religión* un artículo laudatorio de las Hermanitas de los Pobres. Machado nunca imaginó que años más tarde Navarro no haría nada por defenderlo ante los ataques, sino que más bien se distanció notablemente, uniéndose a sus mismos atacantes.

El 31 de enero de 1898, el fundador y sus hermanitas tomaron a cargo el Hospital de Los Teques, donde antes había funcionado el Asilo de enfermos mentales que había atendido la madre Emilia. Les fue entregado por la hasta entonces directora, la señorita Duplat, que era la que había hecho la petición formal al P. Machado. Fueron destinadas a Los Teques cuatro hermanas: Enriqueta (superiora), Paula, Juliana y Biviana, más cuatro hijas de San José, asociación que había sustituido en 1889 a la Junta de damas del Hospital San José. El hospital comenzó a llamarse Hospital San Antonio. Cuando llegaron al hospicio, había tan sólo doce camas, cuatro sillas, una mesa, y otros pocos enseres. Así que tuvieron que equiparlo con mobiliario traído desde Caracas, que el fundador gestionó con la ayuda de

---

<sup>21</sup> M. RAMPOLLA, “Carta al P. Machado”, 16-7-1897, en: AHHPM (cartas sueltas).

personas pudientes y colaboraciones recogidas en sus apostolados personales. Al poco tiempo el hospital amplió su capacidad, de 12 a 40 enfermos.

También tuvieron que poner a hombres y mujeres en dos departamentos separados, pues hasta entonces los enfermos de ambos sexos estaban en el mismo local. Además, el mantenimiento diario de la casa, en lo que a alimentación se refiere, tuvo que ser provisto desde el Asilo de la Providencia de Caracas. Esto funcionó así hasta que en 1908 el gobierno comenzó a dar una asignación de 800 bolívares mensuales para el Hospital San Antonio.

El 14 de diciembre de 1898 se desató en horas de la noche un incendio en el Asilo de la Providencia. De inmediato fueron a avisar a Machado, que vivía entonces en Santa Capilla. El padre corrió inmediatamente al Asilo, mientras la policía había dominado el fuego, rescatando a un anciano a quien las llamas alcanzaron, que sin embargo falleció diez días después.

En 1898 se hizo una petición al fundador para que las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía atendieran el Hospital San Juan de Dios de La Guaira, ubicado más abajo de la Ermita del Carmen, donde actualmente funciona la escuela adyacente a la Catedral de La Guaira. Machado conocía bien esa zona, pues había sido su primer destino como sacerdote, y por ello no dijo que no, aunque sus hermanitas no se daban abasto con tanto trabajo. El 25 de marzo llegaron las religiosas, y tomaron las riendas del Hospital, que comenzó a funcionar mucho mejor, con una atención más dedicada y una limpieza más cuidada. Sin embargo, el 1903 las hermanas tuvieron que retirarse por no poder aceptar en conciencia las modificaciones que la Junta del hospital les proponía.

En 1899 Machado redactó la Instrucción para las Novicias, que en adelante sería el vademecum para la formación de las que ingresaban a la congregación.

El 24 de abril de 1899 se cumplieron seis años del gobierno de la madre María de los Ángeles al frente de la congregación, y las constituciones disponían que pasado ese periodo se debía proceder a la elección de una nueva superiora general. El 26 de abril se hizo la elección, ante la presencia del fundador, de fray Baltasar de Lodaes y del presbítero Domingo Lamolla. Resultó elegida por mayoría absoluta la hermana Inocencia de San José (en el siglo, Matilde Molina), quien hasta ese entonces se desempeñaba como superiora del Hospital San José de Maiquetía. La elección fue confirmada por monseñor Uzcátegui, arzobispo de Caracas.

El fundador se llevó mucho mejor con la madre Inocencia que con su predecesora María de los Ángeles. Y desde luego que Machado estaba mucho más contento con Inocencia, pues no compartía muchas de las decisiones de María, sino que más bien las toleraba en atención al respeto por el principio de autoridad. Además, Inocencia tenía mucha confianza con el fundador, y era más clara con él.



En 1900, en los inicios del gobierno de Cipriano Castro, se trató en el Congreso nacional el tema de las congregaciones religiosas. Con ocasión de ello, el fundador invitó a sus hijas a orar por esa intención, al tiempo que les animó diciéndoles: “no se preocupen por nada porque si las resuelven eliminar, por mi parte sé lo que haría con todas las hermanitas profesas, novicias y postulantes: nos vamos a fundar a Trinidad. No hablen ni piensen en esto, Dios lo arreglará, y ustedes cuenten con Dios y conmigo”<sup>22</sup>. A los tres días, vino Machado contentísimo y dijo a las religiosas: “¡se salvó la Patria! El Dr. Betilines, que era del congreso, dijo que dejaran ese asunto de las Religiosas, pues sería una nota muy discordante en la historia de Venezuela que fueran a echar de ella a sus hijas. Con esto convinieron todos y no hablaron más de este asunto”<sup>23</sup>. Fue una moción muy acertada, pues la mayoría de las que pertenecían a la congregación eran venezolanas.

El 9 de mayo de 1900 falleció a los 85 años de edad don Santiago, papá del P. Machado, que vivía junto a su hija Dominga en una casa al lado del hospital San José. Los padres del fundador están actualmente sepultados en la nave central de la Iglesia de San Sebastián de Maiquetía.

El domingo 21 de octubre de 1900, con la toma de hábito de cuatro postulantes, se completó el número de las cincuenta hermanitas que Machado le había prometido al P. Castro en Roma. Machado había dicho hacía siete años que esa sería “su fiesta”, pero para no darse importancia, la llamó “la fiesta de las cincuenta hermanas”, y con ese nombre pasó a la historia. Se realizó para la ocasión un solemne acto en la capilla del Asilo de la Providencia en Caracas, que contó con la presencia del P. Calixto González, fundador junto con Isabel Lagrange de las Hermanas Franciscanas del Sagrado Corazón de Jesús. También estuvieron presentes el P. Rafael Lovera y el invitado obligado Juan Bautista Castro, que para esa fecha era vicario general de la arquidiócesis de Caracas. El discurso del día estuvo a cargo del P. Ricardo Arteaga, canónigo de Caracas, quien habló magistralmente de la fundación de la congregación.

Esta fiesta de las cincuenta hermanas estuvo marcada por la alegría y el buen humor. Tanto que las hermanitas compusieron unos versos sobre la historia de las 20 y de las 50 hermanas, dedicadas al P. Castro, a quien se llamó “el vencido vencedor de la jornada gloriosa”. También se cantó por primera vez el himno de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, compuesto expresamente para esa solemnidad por el doctor Domingo Alas. En ese mismo acto las hermanitas pidieron al vicario Castro el permiso para llamar al fundador con el título de “Nuestro Padre”, y en el acto Castro les concedió lo que

---

<sup>22</sup> DELFINA DE SAN JOSÉ, *Apuntes personales*, 24-9-1949, en: AHHPM.

<sup>23</sup> *Ibidem*.

pedían. Cerró el día festivo una meditación pronunciada por el presbítero Reinaldo Esculpi, cura de El Recreo.

Unos días después de esa fiesta, Caracas y otras ciudades de Venezuela sufrieron un violento terremoto el 29 de octubre de 1900 a las 4 de la tarde. Varias ciudades quedaron en ruinas. Además, cayeron fuertes lluvias en Venezuela y se desató una epidemia de gripe. Macuto, La Guaira y Maiquetía se vieron muy afectadas por el terremoto, y las hermanitas que trabajaban en La Guaira y en el hospital San José tuvieron que multiplicarse para atender a tantos afectados. La hermana Trinidad Orta, una de las primeras, se entregó tanto para auxiliar a los enfermos y afligidos por la tragedia, que también contrajo la gripe. El 26 de noviembre empeoró notablemente su salud. Fue atendida por el doctor José Gregorio Hernández, que en otras ocasiones había sido llamado para atender a los enfermos de los hospicios de las Hermanitas de los Pobres. Pero la hermana Trinidad no pudo curarse, y luego de recibir los últimos sacramentos y pronunciar sus votos *in articulo mortis*, murió el martes 3 de diciembre de 1900, a las 6:00 am, a sus 46 años.

Machado atendía por esas fechas el Asilo de la Providencia. Cuenta sor Delfina de San José que a ese Asilo “iban personas de todas las clases sociales buscándolo. En una ocasión entró un hombre joven, muy mal vestido, buscándolo. Habló a solas con él: me mandó Nuestro Padre a la ropería de Ancianos, a la Hermana encargada para que le mandara ropa, sombrero y zapatos como para un joven decente. La Hermana se esmeró, me entregó una ropa nueva, sombrero y zapatos nuevos. Todo se lo entregué a Nuestro Padre. Él muy contento, abrió la puerta de la sala, condujo al joven allí, cerró la puerta y lo dejó solo. Al rato salió un caballero bien vestido con ropa de casimir, dándole las gracias a Nuestro Padre, y muy agradecido se fue. Entonces me dijo Nuestro Padre: coja esa ropa y quémela. La que dejó el joven no servía sino para el fuego”<sup>24</sup>. Este tipo de episodios se repetía con frecuencia.

Machado quiso extender las labores de la congregación fuera del territorio de la arquidiócesis de Caracas, pues era condición indispensable para que Roma concediera la aprobación definitiva a la congregación. El fundador eligió Barquisimeto, pues el vicario de esa Diócesis deseaba que las hermanitas fueran allá. Por ello el padre pidió a sus hermanitas a fines de 1900 que rezaran para que pudieran abrir una casa en Barquisimeto. La maestra de novicias le dijo: “prométale al Sagrado Corazón de Jesús que le pondrá ese Asilo bajo su patrocinio y que le dará su nombre, y verá realizarse la fundación”. El fundador respondió: “prometido”.

El 8 de abril de 1901 llegó el día en que se cumplió el anhelado deseo de abrir la primera casa de la congregación fuera de los límites de la arquidiócesis de Caracas, en la ciudad de Barquisimeto. Padre Machado, la madre Inocencia y sus hermanitas fueron

---

<sup>24</sup> *Ibidem*.

recibidos apoteósicamente en Barquisimeto, por un nutrido grupo de gente a la cabeza del vicario capitular presbítero Águedo Felipe Alvarado (futuro obispo de Barquisimeto). A las hermanas y al padre les dieron en Barquisimeto el título de Misioneros de la Caridad. Así se fundó el Asilo del Sagrado Corazón de Jesús de Barquisimeto, para ancianos y necesitados, en el que quedó como superiora la hermana Victoria de San José.

Sin embargo, no todo fueron flores para la congregación, pues había también en Barquisimeto un grupo de personas prejuiciadas contra las hermanas, que pensaron quizás que su labor social tenía la intención de encubrir un pretendido proselitismo religioso. Ese grupo se opuso a la instalación del Asilo, llegando a ofrecer que llevarían a las hermanitas ante los tribunales y aún a la cárcel. Pero las hermanas contaron con la defensa del presbítero Francisco Arráiz, que las protegió contra el grupo opositor. Al final, fueron sólo amenazas, y no se concretó ningún hecho hostil.

Luego de dejar todas cosas en orden en el Asilo de Barquisimeto, donde recibió alabanzas pero también ultrajes, el fundador regresó a Caracas el 22 de abril.

Hasta esa fecha la congregación no había recibido aún la aprobación de Roma, así que el fundador se dispuso a viajar a la ciudad eterna con todos los documentos necesarios para solicitar de la Santa Sede la aprobación definitiva de la institución. La partida fue el 8 de mayo de 1901. El fundador llevaba consigo las Constituciones de la congregación que habían sido aprobadas por monseñor Uzcátegui en 1896, y las cartas de recomendación del arzobispo de Caracas, del vicario capitular de Barquisimeto y del delegado apostólico Giulio Tonti. En esas Constituciones estaba plasmado el carisma de la congregación, que consistía en el cuidado y asistencia de los enfermos y los pobres de los hospitales, beneficencias y orfanatos, y en el sostenimiento de escuelas de pobres. Se puso bajo el patrocinio de San José y de Nuestra Señora de Lourdes.

En Roma se hospedó con los padres pasionistas, donde estaba también alojado un sacerdote que como Machado iba a presentar a Roma las Constituciones de una congregación que había fundado. Éste facilitó a Machado unas Normas, dadas por la Santa Sede para las congregaciones religiosas, que aún no habían sido publicadas pero que él había conseguido con un conocido en la Curia romana. Ello movió a Machado a elaborar de nuevo las constituciones de la congregación, ajustándose a las Normas de la Santa Sede, y así poder acelerar el proceso de aprobación. Mientras tanto, el fundador celebró sus bodas de plata sacerdotales el 23 de junio, en la “soledad” de la ciudad de Roma, lejos del calor de su patria y de sus hermanitas. Desde Roma escribió una carta a los enfermos de las casas de la congregación, en la que les habló de sus bodas de plata sacerdotales celebradas allá, al tiempo que les exhortó que ofrecieran a Dios sus dolores. También les reiteró que siempre se acordaba de ellos, sobre todo en la oración.

Una vez entregados los documentos necesarios al dicasterio vaticano competente, Machado visitó Lourdes, y llegó a La Guaira el 24 de septiembre de 1901, víspera del aniversario de la fundación de la congregación. Allí fue recibido por un nutrido grupo de gente, casi todos de la parroquia de Maiquetía, donde Machado había trabajado por 15 años. El padre, aunque no le gustaban los recibimientos ni los homenajes, nunca pudo detener la espontánea ovación de la gente del pueblo que le profesaba un cariño y una veneración muy particulares. Desde el puerto de La Guaira el padre fue conducido a la casa parroquial de Maiquetía, donde recibió unos obsequios que le habían preparado, y luego fue al hospital San José, donde le esperaban sus hijas y los enfermos. Allí se enteró que la madre Inocencia estaba muy enferma. Entonces se dirigió a Caracas a verla.

La salud de la madre Inocencia de San José se fue agravando poco a poco. El 1° de noviembre de 1901, día en que había recibido los votos temporales de catorce novicias en horas de la mañana, hacía ella sus votos perpetuos *in articulo mortis* a las 10:30 pm, pues su salud se agravó aún más. La madre Inocencia murió el 11 de febrero de 1902. El 12 de mayo de ese año emitían votos perpetuos las diez hermanitas más antiguas, ante el fundador de la congregación. La congregación era aún joven, y por ello hasta esa fecha no había hermanas con votos perpetuos, con excepción de las que habían fallecido, que los tuvieron que hacer *in articulo mortis*.

La aprobación de la congregación por parte de la Santa Sede no tardó en llegar. El decreto *Laudis* de aprobación definitiva de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía fue promulgado el 27 de abril de 1902. Según las constituciones aprobadas por la Santa Sede, en la congregación habría dos clases de hermanas: las coristas o limosneras, que tendrían una dedicación exclusiva a las labores de la congregación, y las coadjutoras, que eran fundamentalmente ayudantes de las coristas. Esta división en dos clases de hermanas llevó con el tiempo a que las coadjutoras fueran de algún modo relegadas a un segundo plano en las decisiones de la congregación, por lo cual en 1909, a petición del mismo fundador y de la madre general de entonces, la Santa Sede dispuso que hubiera un solo tipo de hermanas.

En 1902 Machado fundó la Obra del Sufragio, elevada a Cofradía de ánimas por el arzobispo Castro, quien había aprobado sus estatutos en 1905. En 1906 fue unida a la archicofradía de Santa María Monterone en Roma. Esta iniciativa consistía en ofrecer oraciones e intenciones de Misa por las almas del purgatorio.

## **6. La plaza Lourdes de Maiquetía**

Otra obra socio-religiosa del P. Machado fue la construcción de la plaza Lourdes de Maiquetía, que hoy día constituye el centro cívico de esa ciudad. Esta es su historia: al frente de la Iglesia de Maiquetía había un terreno limitado por dos caminos y ocupado por algunos

ranchos y modestas casas. Machado visitó a los propietarios de las tierras y viviendas y les propuso su compra, exponiéndoles al mismo tiempo la idea de erigir allí una plaza de utilidad pública. Desde 1889, el padre comenzó a recoger ayudas para comprar ese terreno. El 28 de diciembre de ese año realizó la compra de cinco mil metros cuadrados gracias a la generosidad de cinco benefactores.

En el centro de la plaza hizo levantar la imagen de la Virgen de Lourdes, dirigida hacia el templo de San Sebastián. La plaza fue inaugurada el 21 de febrero de 1902, bajo la bendición especial del papa León XIII, a través del delegado apostólico Giulio Tonti, que estuvo presente. También hicieron acto de presencia casi todos los obispos de Venezuela y alrededor de 25.000 peregrinos, muchos de los cuales tuvieron que ir a Macuto a hospedarse.

El monumento de la Virgen en la plaza es una copia exacta del de Lourdes. En Lourdes, Machado había pedido a un dibujante que plasmara en el papel una copia igual a los ramos eléctricos que la Virgen tiene a los lados, y se hizo del modo más fiel posible. La imagen era de tres metros de alto, para que se viera bien desde lejos. Estaba hecha de un metal especial para que no fuera afectada por el agua, y con una capa anticorrosiva para que no la deteriorara el salitre. Sin embargo, para mantenerla había que pintarla periódicamente.

Esa imagen fue coronada solemnemente por monseñor Juan Bautista Castro, arzobispo de Caracas, en febrero de 1907.

## **7. Machado y la Revolución Libertadora**

El general Cipriano Castro había asumido las riendas del país el 23 de octubre de 1899, luego de haberse proclamado vencedor de las lides que asolaron al país durante la Revolución Liberal Restauradora, de la que Castro era líder. Casi tres años después, a mediados de 1902, estalló un conflicto distinto que fue llamado la “Revolución Libertadora”, el cual sumió a algunas zonas de Venezuela en los horrores de la guerra.

Esta revolución fue encabezada por Manuel Antonio Matos, un rico accionista del Banco de Venezuela que se había negado conceder un préstamo al gobierno en 1900 para solventar la crisis económica que habían ocasionado las guerras. Por esta causa, Matos fue enviado con sus partidarios a la cárcel de La Rotunda por mandato de Cipriano Castro. Esto le llenó de resentimiento, y para vengase buscó el apoyo de las grandes transnacionales que habían tenido choques con el gobierno de Castro, y éstas ofrecieron a Matos un apoyo logístico con el fin de declarar la guerra a Cipriano Castro. Bajo el nombre de Revolución Libertadora, Manuel Antonio Matos reunió a varios caudillos y se enfrentó contra el gobierno del general Castro. Esta revolución comenzó con el levantamiento de Luciano Mendoza en La Victoria y se extendió por otras regiones del país, en especial en Oriente y en Guayana. Al principio la revolución fue acaparando triunfos, y Castro quedó reducido a Caracas,

algunos estados vecinos y la región de los Andes. Pero aún así, a los que combatieron al general Castro les esperaba el fracaso. Rodrigo Conde narra que “los diferentes caudillos no supieron coordinar sus acciones, surgieron rivalidades e intrigas entre ellos y así se presentaron ante las tropas del Gobierno que les infligió una contundente derrota en la batalla de La Victoria, en octubre de 1902. De ahí en adelante los caudillos liberales no levantaron cabeza y no causaron serios problemas al poder central. Los restos dispersos se concentraron en Ciudad Bolívar, a las órdenes de Nicolás Rolando, quien fue definitivamente derrotado por Juan Vicente Gómez el 22 de julio de 1903. Aquí recibió la Revolución el golpe de gracia”<sup>25</sup>.

El levantamiento de Luciano Mendoza en La Victoria convirtió a esta ciudad en el foco central de la guerra, y sus horrores alcanzaron su cénit en octubre de 1902, con el sitio que preparó contra los revolucionarios el gobierno de Castro. Debido a los gritos de auxilio de los afectados por la guerra, la señora Maninat organizó un grupo de personas para que apoyaran con recursos a una embajada de voluntarios para auxiliar a los heridos por la guerra. A los grupos que iban a enviar a socorrer a los heridos les llamaron “Ambulancias”. La señora Maninat había pedido a las Hermanas de la Caridad de San José de Tarbes que se fueran a La Victoria a acometer esa empresa. Pero, además de la congregación referida, no había casi instituciones disponibles para tal servicio. Así que Maninat se dirigió al P. Machado, quien de inmediato respondió al S.O.S., con el estímulo de que se trataba de su pueblo natal.

Ante la urgente contingencia, Machado junto con la hermana Eugenia, vicaria general de la congregación (los hechos ocurrieron poco después de la muerte de la madre Inocencia y aún no había sido elegida la nueva superiora general), organizó a un grupo de Hermanitas de los Pobres, y partió con ellas a La Victoria a socorrer a los heridos y afectados por la guerra.

El grupo de Machado y sus hermanas pasaron a engrosar las filas de la recién fundada “sociedad de la Ambulancia”, instituida *ad hoc* por la Junta administradora de la arquidiócesis de Caracas. La Ambulancia de Machado la componían 8 hermanitas, 4 hijas de San José y 5 colaboradoras llamadas “Practicantes”. Con Machado iba también el P. Francisco Lovera.

El camino de Caracas a La Victoria no fue fácil, pues estaba interceptado por fuerzas revolucionarias. Además, durante las paradas tuvieron que atender a gran cantidad de heridos. El 22 de octubre de 1902 pasó Machado por Los Teques, junto al grupo de las doce voluntarias (entre hermanitas e hijas de San José) que habían ido con él. En Los Teques encontró con más de sesenta heridos, algunos mutilados y otros agonizando, y se dedicó con sus hermanitas a atenderlos. Se alojó dos días en el Hospital San Antonio, que dirigían las

---

<sup>25</sup> R. CONDE, *El renacer de la Iglesia*, Publicaciones UCAB, Caracas, 2005, p. 63.

hermanas por él fundadas. Había allí algunos heridos recibiendo los cuidados necesarios. Machado y las hermanas que venían con él colaboraron con la atención de los heridos de San Antonio, que estaban siendo atendidos por el doctor Perdomo Hurtado. El 24 de octubre a las 11 de la mañana partieron hacia La Victoria en el único tren que había. También viajaron en él algunas tropas, que de paso les sirvieron como custodia y defensa.

El viaje estuvo lleno de dificultades. Tuvieron que parar varias veces pues cada puente debía ser revisado, ya que habían recibido la noticia de que la gente contraria había destornillado uno de los puentes. Por ello cada vez que divisaban un puente, los que iban en el tren temblaban de miedo.

Luego de pasar por el túnel 77, ya en horas de la noche, el tren comenzó a temblar como si estuviera sobre piedras. En efecto, los rieles del puente por donde iban a pasar estaban destornillados. Tuvieron que bajar, pasar caminando y ser transbordados a otro tren. El fundador se quedó ayudando a pasar las provisiones de un tren a otro. Luego, a las 3:00 pm., debieron parar por la misma razón entre un túnel y otro y allí pasaron 8 horas. A las 11:00 de la noche llegaron a La Victoria en medio de tiroteos y bullarangas. Algunos niños manifestaron su alegría al ver llegar a las hermanitas. Todos se dirigieron a la plaza mayor, donde fueron alertados por los guardias del cuartel. Atravesaron la ciudad y llegaron a casa de la familia Aponte, conocida del padre, donde además les esperaba Dominga Machado.

Al día siguiente Machado celebró la Misa con quienes le acompañaban en su parroquia natal, desayunaron y fueron conducidos a casa de Mercedes Landaeta de Richard y su hermana Soledad, que con sus amigas y otros bienhechores habían logrado colocar en tres casas a cerca de doscientos heridos. Esas tres casas fueron convertidas en hospitales improvisados, y fue así que Machado comunicó al P. Castro, vicario general de Caracas, su llegada a La Victoria, informándole que habían tomado a su cargo tres hospitales.

Las tres casas-hospitales fueron custodiadas por Gabriel Rodríguez, hermano de monseñor Manuel F. Rodríguez, obispo de Guayana. Los heridos que había allí fueron asistidos gratis por los doctores Carías y Maldonado. Las hermanitas que vinieron con el P. Machado fueron llevadas a estas tres casas. La primera casa-hospital, llamada “La Trinidad” albergaba cerca de sesenta heridos. La segunda, que llamaron San José, tenía más de treinta; y la tercera unos noventa y seis, y la llamaron San Rafael en honor al arcángel al que habían encomendado su viaje a La Victoria. La vicaria general de la congregación, hermana Eugenia, se alojó en la casa-hospital San José.

Las Hermanitas de los Pobres, con su fundador al frente, se distinguieron por recibir a los heridos sin preguntar de qué bando eran. Este hecho lo reseñaron dos diarios: “La Religión” (18-7-1902) y “El Herald” (19-7-1902). En el artículo de La Religión se llamó al P. Machado “gloria de nuestro pueblo venezolano heroico y hospitalario”, y se dijo que “sus hospitales de Caracas, Maiquetía, Los Teques, Puerto Cabello y Barquisimeto, no sólo

reciben los desgraciados o desamparados civiles; sino hasta los militares (...). Pero el Pbro. Machado y las Hermanitas de los Pobres, ven en los heridos, de uno y otro bando, hijos de una misma Patria y redimidos en una misma cruz. A sus hospitales pueden ir todos los heridos, sin preguntarles de dónde vienen, y si las respectivas Comisaría de Guerra darán o no raciones para ello. Eso no importa a la caridad”<sup>26</sup>.

Las hermanas permanecieron dos meses en La Victoria, hasta que quedaban sólo once pacientes, que fueron trasladados al Hospital San Agustín del estado Aragua porque aún requerían cuidados especiales. El 30 de diciembre de 1902, el presidente del estado Aragua, general Francisco Linares Alcántara, hijo del ex presidente del mismo nombre, y el doctor Fulgencio Carías, que había atendido junto a Machado a los heridos de La Victoria, ofrecieron en nombre propio y del presidente de la República un público agradecimiento al fundador de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía y a sus hijas a través de un documento fechado el mismo día. Además, no las dejaron ir sin antes hacerles un merecido homenaje con una velada artístico-literaria. También recibieron un homenaje quienes ayudaron a Machado en la atención a los heridos: los doctores Fulgencio Carías y Leopoldo García Maldonado, y los bachilleres Manuel Heredia Alas, Pedro E. Rebollo, César Amaral, Francisco Troconis y José Antonio Reyes. Ese mismo día, buscando eludir más reconocimientos, Machado regresó a Caracas.

Era tanto el agradecimiento de la gente de La Victoria, que el 7 de enero de 1903 el gobierno del Estado Aragua propinó un homenaje a las Hermanitas de los Pobres, donde se reconocía la labor abnegada del presbítero Santiago Machado, quien condujo la gesta de las hermanas. Este reconocimiento se hizo aún cuando el gobierno sabía que las hijas de Machado, a instancias de su fundador, habían atendido a los heridos de los dos bandos.

## **8. El legado de Machado a la congregación**

La amenaza de las guerras no cesaba. En diciembre de 1902 se hallaban Machado y la hermana Esperanza en Puerto Cabello, cuando el día 12 esa ciudad fue sorprendida por el bombardeo de las armadas inglesa y alemana hacia el Fortín y el Castillo del Puerto.

Este conflicto armado entre Venezuela y tres potencias europeas (Inglaterra, Alemania e Italia) había comenzado el 9 de diciembre de 1902, cuando quince unidades de la armada inglesa y alemana atacaron en operación conjunta el Puerto de La Guaira. Así lo relata Manuel Rodríguez Campos: en La Guaira “tomaron, sin combatir, a 6 naves de guerra venezolanas; desembarcaron tropas en los muelles, de los cuales se apoderaron; a las 12 de

---

<sup>26</sup> Diario *La Religión*, 18-07-1902. El artículo concluía diciendo: “Adelante, Padre Machado, recoged en vuestros Hospitales, güelfos y filidinos, ambos son nuestros hermanos en Jesucristo. Dios está sobre todo y por sobre todo!”.



la noche fuerzas armadas alemanas atravesaron la ciudad para conducir sus representantes diplomáticos a la flota y así ponerlos a salvo de una eventual represalia venezolana; a las 5:00 a.m. del día 10 los ingleses harían lo mismo, trasladando además a varios connacionales que exigían protección (...). Entre los días 12 y 13 siguientes, una expedición inglesa tomó por asalto el castillo Libertador y el fortín Solano de Puerto Cabello”<sup>27</sup>.

Debido al ataque en Puerto Cabello, hubo una gran alarma, pues se temía que la ciudad fuese tomada por los atacantes. Después de dos horas de combate, se solucionó el conflicto, y volvió la calma. Durante el intercambio de fuego, la casa de las Hermanitas de los Pobres había servido de refugio al cónsul alemán con su familia, y otras familias de nacionalidad extranjera. El bloqueo continuó, de forma menos agresiva, en los puertos de Venezuela hasta el 13 de febrero de 1903, día en que se detuvo la agresión extranjera gracias al compromiso por parte del gobierno venezolano de reiniciar el pago de la deuda externa. Sin embargo, aún con el bloqueo vigente, el fundador continuó con sus proyectos.

No olvidemos que la congregación estaba sin superiora general y había que elegirla. La elección de la nueva madre superiora se hizo el 19 de enero de 1903, al poco tiempo de que la hermana Eugenia y las que estaban en el sitio de La Victoria regresaran a Caracas el 30 de diciembre pasado. En esa época las casas existentes de la congregación eran las siguientes: Hospital San José de Maiquetía, Asilo de la Providencia de Caracas, Hospital San Juan de Dios de La Guaira, Beneficencia del Carmen de Puerto Cabello, Hospital San Antonio de Los Teques y Asilo del Sagrado Corazón de Jesús de Barquisimeto.

El fundador invitó al P. Castro a presidir el capítulo del 19 de enero. Fue elegida como superiora general la madre María de los Ángeles, que había ya desempeñado ese cargo antes de la hermana Inocencia. La vicaria continuó siendo la hermana Eugenia. Las consejeras elegidas fueron las hermanas Claudia, Dolores y Paula.

A mediados de mayo de 1903, Machado comenzó la visita canónica a todas las casas de la congregación. Durante la visita a la casa de Puerto Cabello, el consejo municipal de esa localidad pidió al fundador poner bajo la dirección de las Hermanitas la Casa de la Caridad que ellos habían establecido. Así se amplió más aún el radio de acción de la congregación, que iba creciendo debido a las solicitudes que se le hacían, pues su fama se iba extendiendo cada vez más. En esa casa eran atendidas en sus necesidades más básicas entre setenta y ochenta personas diariamente. Pero la atención de esa casa por las Hermanitas sólo duró cuatro años, pues los concejales del sector, al ser cambiado su presidente, introdujeron en la casa normas que no convenían a la naturaleza de la congregación.

---

<sup>27</sup> M. RODRÍGUEZ CAMPOS, “Bloqueo a las costas venezolanas”, en: FUNDACIÓN POLAR, *Diccionario de Historia de Venezuela*, tomo I, Caracas, 1997 (2ª edición), pp. 461-462.

El 15 de agosto de 1903 comenzaron su labor en Valencia, con el Asilo de María Auxiliadora, que hubo que fundar para socorrer a las personas que habían sido afectadas por la guerra que ya había concluido, y la peste que acababan de sufrir. Llegaron a Valencia cuatro hermanas y cuatro hijas de San José. La superiora era la hermana Dolores. El problema que tenían era que el edificio no era propio, y casi todo el dinero del que disponían se les iba en el pago del alquiler. El propietario, Domingo Quintero, les cobraba 30 pesos mensuales. La hermana Dolores tuvo que dirigirse al presidente del estado Carabobo, pidiéndole una ayuda mensual para el Asilo, y le fue concedida una asignación de Bs. 120 mensuales. Pero esta ayuda les fue quitada al poco tiempo por el cambio del presidente del estado. No volverían a dar la ayuda hasta el 26 de noviembre de 1907.

Es por ello que en 1904 la situación económica del Asilo era crítica, y las hermanitas alzaron un grito de auxilio. El presbítero Luis Ochoa respondió a la llamada de auxilio, y les cedió un terreno de su propiedad en unas ruinas denominadas “Sitio del Socorro”. La entrega del terreno se formalizó en diciembre, pero las escrituras no fueron registradas sino hasta marzo de 1904. Sin embargo, el problema ahora consistía en pagar la construcción del Asilo sobre las ruinas que les habían entregado. Iban funcionando como podían en la edificación alquilada, pero pensaron cerrar la casa porque ya no había recursos para pagar ese alquiler y mucho menos para construir una nueva sede en el terreno que ya tenían.

Informado sobre ello, el padre fundador se dirigió al lugar a finales de 1906 a ver qué solución se podía dar al problema. Al poco tiempo llegaron unos amigos a visitarle, y el fundador les manifestó la preocupación que sentía ante el gran problema económico que había con el Asilo y la construcción de la nueva sede. Sus amigos comenzaron a deliberar cómo podían ayudarle, y Machado les dijo en uno de sus arranques característicos: “no necesito más que real y medio, con eso tengo”. Aunque los amigos se echaron a reír, él insistió que eso era lo único que necesitaba. Entonces uno de los presentes, Ladislao Acosta, benefactor de las obras de la congregación, sacó su portamonedas y le dio real y medio al fundador. Machado lo tomó y mandó comprar un machete mediano, se fue con dos de los asilados al terreno y les pidió que fueran cortando el monte que estaba alrededor. Todos los presentes le ayudaron y consiguieron otras personas que imitaron el gesto. El padre contrató entonces a algunos obreros para que iniciaran la construcción, y continuó gracias a las limosnas que las hermanitas iban pidiendo a los valencianos. “La Sra. Lucrecia de Castillo, tomó a su cargo la distribución de listas para recaudar cinco céntimos semanales por persona, (...) y así recaudó la mayor parte de señoras y señoritas valencianas la suma necesaria”<sup>28</sup>. Se pudo terminar centavo a centavo el 15 de agosto de 1908. Al cabo fueron trasladados allí todos los ciegos y ancianos del Asilo María Auxiliadora, pero se le cambió el nombre a Asilo

---

<sup>28</sup> HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, “Bodas de oro de la Congregación de Hermanitas de los Pobres de Maiquetía”, 25-9-1939, p. 16, en: AHPM.

del Socorro, por llamarse así el lugar donde habían construido, y por ser Nuestra Señora del Socorro la patrona de Valencia. El Asilo fue bendecido en octubre de 1908.

Machado estaba también haciendo gestiones para conseguir una casa en Caracas que pudiera funcionar como casa generalicia de la congregación. Pensando en ello adquirió un terreno el pié del Ávila ubicado en el sector Sabana del Blanco en 1894. En 1898 pudo terminar de pagar el terreno con el propio peculio (en total, se pagó por el terreno la cantidad de Bs. 25.000), y pudo iniciar la construcción de una sencilla casona para que vivieran los obreros, que aún existe. En 1900 comenzaron las obras de construcción del edificio, gracias a las donaciones eventuales que le iban haciendo. La obra se paralizó por las guerras de 1902, pero en 1903 se reiniciaron los trabajos. El P. Machado urgió a los trabajadores a apurar la obra, que ya tenía mucho tiempo parada. Para poder costear los gastos de construcción, hubo que acortar los presupuestos de las demás casas, hasta el punto que en ese tiempo hubo hasta escasez de alimentos en los establecimientos de la congregación. Un médico que conocía los detalles de esa época, comentó lo siguiente: “La casa madre, fue construida con el hambre de las hermanitas”. Machado pudo concluir esa casa en 1904, y aprovechando que en junio de ese año el episcopado venezolano estaba reunido en Caracas, invitó a los obispos a bendecir los salones de la casa que hasta ese momento estaban terminados, el 18 de junio de 1904. La bendición de los espacios fue hecha por el arzobispo Juan Bautista Castro, y seguidamente Machado ofreció a los obispos e invitados un frugal almuerzo.

El 24 de septiembre se trasladó el noviciado de la congregación a esa casa. Al poco tiempo la madre general, la vicaria general y algunas consejeras fijaron allí su residencia, pasando a ser en adelante la casa madre de la congregación.

El 17 de enero de 1906, la madre María de los Ángeles envió a la Santa Sede un informe acerca del estado de la congregación. El informe, que estaba autenticado por monseñor Juan Bautista Castro, reflejaba una congregación floreciente y prometedora, con una labor social muy fructífera. La superiora general apuntó que desde el punto de vista material, la congregación tenía “siete casas de pobres y enfermos y el noviciado. Las casa son: El Hospital San José, en Maiquetía.- El Asilo de la Providencia, en Caracas.- El Hospital de San Antonio, en los Teques.- El Asilo del sagrado Corazón de Jesús, en Barquisimeto; y el Asilo de María Auxiliadora, en Valencia.- El Noviciado lo tenemos en la Casa Madre, que la tenemos en construcción”<sup>29</sup>. El informe también señaló que “La casa del Hospital de san Juan de Dios, en la Guaira, fue suprimida por inconvenientes en su administración”. En cuanto al personal de la congregación, la misiva contabilizaba a “66 Hermanas profesas, 9 Novicias y 13 Postulantes”, así como a 311 asilados en las diferentes casas. En lo tocante al estado económico, decía que las casas se sostienen “con las limosnas que recolectan las

---

<sup>29</sup> MARÍA DE LOS ÁNGELES DE SAN JOSÉ, “Carta al Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares”, 17-1-1906, en: AHHPM (1889-1911).

hermanas de puerta en puerta y las que traen a ellas los bienhechores, con la limosna del Pan de San Antonio y con las economías que ocasionan varias industrias que tenemos en las casas para el gasto interior de ellas”. Sin embargo, reseñó la madre general, la labor se habría extendido más si no hubiera sido por las guerras en que ha estado envuelto el país, que “han sido muy grande obstáculo para el desarrollo de nuestra Congregación”<sup>30</sup>.

En 1906 tuvo lugar un impasse cuya protagonista era la hermana Paula Linares. Debido a que esta hermana estaba continuamente desaprobando las disposiciones de la superiora general y del fundador, se reunió el consejo general de la congregación (M. María de los Ángeles, hermanas Eugenia, Claudia y Dolores), y dictaminó deponerla del cargo de consejera general de la congregación. El consejo general adujo que Paula estaba dando escándalo a las otras hermanas, pues no estaba viviendo la obediencia, destruyendo así el principio de autoridad. Esto produjo una herida en la hermana Paula, que poco tiempo después se desató atacando al fundador.

Mientras tanto, las hermanitas que estaban en Barquisimeto fueron adquiriendo fama, y ello llevó a los moradores de El Tocuyo a hacer una petición al obispo de Barquisimeto, a Machado y a la superiora general María de los Ángeles, para fundar un asilo en el Tocuyo, pues había allí mucha gente necesitada. Los tres solicitados accedieron a la petición, y así se pudieron instalar allí las hermanitas el 25 de junio de 1906. La nueva casa se llamó Asilo San Antonio. La gente les recibió con gran alegría, sobre todo al fundador de la congregación, a quien los habitantes del sector admiraban grandemente. En el acto de recibimiento había sacerdotes, médicos y empleados del gobierno, acompañados de una gran multitud.

Dos años más tarde, el 21 de noviembre de 1908, a las 4:00 pm, se bendijo y se inauguró la capilla del Asilo, con la presencia del fundador, de la madre general y de algunas hermanas de Caracas que habían venido a acompañarles.

Las noticias de los frutos de la congregación traspasaron las fronteras de la patria, y el 19 de marzo de 1907 la superiora del Hospital San José de Maiquetía recibió una carta procedente de Colombia, firmaba por el doctor Rafael Rangel Gabiras, en la que solicitaba a la madre general y al fundador que las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía abrieran una casa en Barranquilla. En marzo de 1908 Machado aceptó la petición del doctor Rangel. Se escogió a la hermana Felicitas como superiora, quien iría acompañada por 4 hermanas y 4 hijas de San José. Éstas partieron el 5 de abril en el vapor “Guadalupe”, junto con el fundador y la madre general. Al llegar a Barranquilla, se trasladaron al Hospitalito que debía serles confiado y que estaba dirigido por masones, que pretendían que la institución siguiera dependiendo de ellos. Machado no aceptó, y al intercambiar opiniones con Rangel, resolvieron abrir una casa aparte bajo el subsidio del gobierno y la protección del pueblo. El

---

<sup>30</sup> *Ibidem.*

doctor Francisco Parias Vargas cedió su propia casa para fundar el asilo, y las hermanas se instalaron definitivamente el 24 de mayo de 1908, en la quinta “El Silencio”, que estaba bastante retirada del centro comercial de Barranquilla. La casa tenía capacidad para ocho enfermos. Se le puso el nombre de Hospicio de San Antonio. El presbítero Carlos Valiente, amigo de Machado, prestó el dinero necesario para los gastos de mantenimiento del nuevo asilo de Barranquilla. El 13 de junio de 1908 Machado inauguró la casa con una sencilla ceremonia, y en adelante se llamó Asilo San Antonio. Luego de la inauguración del asilo, el fundador y la madre general regresaron a Venezuela.

Mientras tanto, en abril de 1908 se había desatado en Venezuela una alarma por la amenaza de la peste bubónica, y se había bloqueado la entrada de víveres y enseres por el Puerto de La Guaira, prohibiendo también el desembarco de las naves que llegaban a puerto. Eso produjo un desabastecimiento que afectó a la ciudad, y también a los hospitales y asilos de las Hermanitas de los Pobres. Tal como se temía, se registraron algunos casos de la peste, y fueron inmediatamente puestos en cuarentena, y algunos llevados al hospital San José. Al mismo tiempo, se desataron algunos casos de fiebre amarilla. Las hermanitas realizaron una labor intensa para atender a los afectados, y contaron con la ayuda del doctor Santiago Martínez, sucesor del doctor Leonardo Brito desde 1903. También se destacó en su acción a favor de los enfermos de la peste el presbítero Luis Ramón Rada, gran amigo de Machado. Los mendigos, más susceptibles que otros a la peste, por vivir en la intemperie, ingresaron en masa al hospital. En una semana fueron admitidos más de veinticinco mendigos. La superiora del Hospital era a la sazón la hermana Marcelina de San José, que sería pocos años después la fundadora de las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver.

En el hospital estaba también la hermana Genoveva, que aunque estaba enferma, se dedicó a socorrer a los enfermos y a los mendigos del hospital. Las gestas de las hermanitas y de sus bienhechores durante esa contingencia duraron hasta el mes de junio, fecha en que Machado regresaba de Barranquilla. El 14 de junio, el fundador presidió una ceremonia de Primera comunión en la capilla del Hospital San José. Ese mismo día fallecía la hermana Genoveva a las 10:30 am, que aún enferma se había ocupado de atender a los apestados y de preparar a algunos para recibir la comunión.

El 15 de enero de 1909, poco antes de entregar el mandato como superiora general, la madre María de los Ángeles envió a Roma un informe sobre el estado de la congregación para la fecha. El informe añadió como novedad con respecto al informe de 1906, que el Asilo María Auxiliadora de Valencia es ahora el Asilo de Nuestra Señora del Socorro, e incluye la existencia del Hospicio de San Antonio en Barranquilla (Colombia), fundado en 1908. También dio cuenta del Hospital de la Caridad de Puerto Cabello, que habiendo sido subvencionado por el Consejo Municipal del mismo Puerto, fue suprimido porque dicho Consejo, en sus acuerdos de reglamentos y gastos, estableció normas “que pugnaban

directamente con nuestras reglas y costumbres”<sup>31</sup>. También señaló la madre general que tenían “en la casa madre doce niñas pobres, para dar principio, Dios mediante, a la fundación de un Orfanato”<sup>32</sup>. Para esa fecha había en la congregación 72 hermanas profesas, 17 novicias y 9 postulantes. Además, la congregación había organizado un grupo de jóvenes, que aunque no llenaban todas las condiciones para formar parte de ella, eran honradas y laboriosas, y bajo el título de Hijas de San José eran Ayudantas en las obras de la congregación. A inicios de 1909 eran en total 117 Ayudantes. El personal que era atendido por la congregación para esa fecha en las diferentes casas era de unos 450, entre asilados y enfermos.

El 19 de enero de 1909, luego de haberse cumplido el periodo canónico de gobierno de la madre María de los Ángeles, se reunió el capítulo general de la congregación bajo la presidencia de monseñor Juan Bautista Castro, acompañado por el fundador. En el capítulo resultó elegida la hermana Felicitas de San José como superiora general (que se llamaba en el siglo Rafaela Serrano Guerra), y siguió la hermana Eugenia como vicaria. Como consejeras resultaron elegidas las hermanas Pastora, Esperanza y Ángela<sup>33</sup>. La madre María de los Ángeles se desempeñaría en adelante como secretaria general de la congregación. Felicitas había nacido en Charallave el 7 de marzo de 1871, y había ingresado en la congregación el 24 de febrero de 1899. Era muy cercana al P. Machado, y los serios conflictos que sufrió la congregación en 1911 le llevarían a dejar la misma el 5 de febrero de 1912.

El 31 de marzo de 1909, en respuesta a una petición que dirigió el fundador a la Sagrada Congregación de Religiosos, la Santa Sede dispuso que en adelante iba a haber en la congregación una sola clase de hermanas, llamadas coristas o limosneras, y que las coadjutoras debían asimilarse a las coristas.

A mediados de junio de 1909, los comerciantes de Caracas y los representantes del gobierno decidieron fundar un asilo para mendigos. La Junta presidida por Carlos Zuloaga llegó a la conclusión de que las personas más indicadas para dirigir el asilo eran las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, por lo cual se dirigieron al P. Machado para pedirle que aceptara que sus hijas llevaran el asilo. Ante peticiones semejantes Machado nunca había dicho que no, y esta no podía ser la excepción. Así que él mismo comenzó a moverse para buscar una edificación apropiada para el proyecto, y lo que consiguió fue la llamada “Estancia Cotiza”, ubicada al noroeste de la ciudad, que tenía que ser reparada casi totalmente por el estado en que se encontraba. Duraron dos meses las reparaciones, pues el edificio estaba en muy malas condiciones. Antes de terminar la reparación ya el gobernador del

---

<sup>31</sup> MARÍA DE LOS ÁNGELES DE SAN JOSÉ, “Carta al Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares”, 15-1-1909, en: AHHPM (1889-1911).

<sup>32</sup> *Ibidem*.

<sup>33</sup> Cfr. HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, “Acta de elecciones”, 19-1-1909, en: AHHPM.

Distrito Federal había dado orden de reclusión para todos los mendigos que deambulaban por Caracas, alojándolos de manera provisional en dos sedes: primero en el edificio “El Polvorín” y luego en una casa cedida por el presidente Gómez llamada “El Empedrado”. Entre los mendigos recluidos había algunos heridos e inválidos de guerra, y en general fueron tratados despóticamente por las autoridades policiales, lo que provocó en ellos gran resentimiento. El 23 de octubre de 1909 se instalaron las Hermanitas en el Asilo, y el 24 recibieron a unas treinta mujeres. El 26 llegaban también alrededor de cuarenta hombres, y el 28 el gobierno nacional realizó la solemne inauguración. Las hermanas prepararon a los asilados para el día de la inauguración cortándoles el cabello y la barba, y cambiándoles de ropa. La ropa vieja fue incinerada. En la inauguración estuvieron presentes el general Ramón Ayala, en representación del presidente Gómez, y altas personalidades civiles, militares y eclesiásticas de Caracas. Entre los asilados había gente de todas las edades.

No todos los asilados eran mendigos, sino que algunos eran inválidos de la guerra, y se habían sentido humillados por la reclusión que les impuso la policía en los dos establecimientos anteriores, entonces se regresaron a sus casas a los pocos días de haber llegado al asilo recién inaugurado. Sin embargo, no todos los inválidos de guerra se fueron. Uno de ellos, hizo al poco tiempo una confidencia a una hermanita: “Nosotros, nos decía X, estábamos por demás disgustados con el Gobierno por el despotismo con que se nos trataba después de haber perdido parte de nuestros miembros en su servicio, y cuando nos comunicaron que vendríamos a parar a un asilo, nuestra indignación subió de punto y nos preparamos a hacer una ‘*sampablera*’ (un escándalo que termina a palos) si las Hermanitas no se portaban bien con nosotros. Esa era la determinación que teníamos y por eso únicamente nos resolvimos a venir con los otros en lugar de *huir*. Pero pasó el primer día... el segundo... el tercero... ah! Las armas se cayeron de nuestras manos y los infames propósitos de nuestro corazón!... Imposible, el cariño de Uds., su bondad, su caridad, nos rindieron y hoy... mejor es callar...”. De hecho, cuando alguna hermanita iba pasando por las piezas a recoger los bastones o las cosas que ya no les servían a los asilados, vieron cómo alguno le daba instrumentos cortantes, que habían preparado para la referida “*sampablera*”.

Además del cuidado de las hermanitas, los asilados de Cotiza recibían periódicamente la visita de Machado, que se dedicaba a enseñarles e instruirles en las virtudes de un buen ciudadano y de un buen cristiano. Al padre nunca le resultó difícil dirigirse a la gente sencilla o incluso ruda, porque era muy llano y muy desenvuelto. Entre los mendigos del asilo, Machado se sentía como entre los suyos, y eso los mendigos lo percibían inmediatamente y entraban en total confianza. También los sacerdotes Pierre Michaud y Mendoza ayudaron a Machado en la atención pastoral de los asilados de Cotiza.

A pesar de las diferencias que ya comenzaban a sentirse entre Santiago Machado y su amigo Juan Bautista Castro, el fundador invitó al arzobispo, como era su costumbre, a

bendecir las nuevas instalaciones, lo que hizo en abril de 1910, cuando fue terminada la capilla del Asilo.

Un episodio de 1909 manifiesta el cariño paternal de Machado hacia sus hijas de la congregación. El fundador fue un día a visitar el hospital de Los Teques, y entró a ver a una hermana que estaba en su último periodo de la tuberculosis. Como sabía que la hermana tenía buen apetito, le preguntó: ¿qué le provoca comer?, y ella respondió con toda sencillez que le provocaba comer un pollito. El fundador le dijo: “¡Ah caramba!, eso es comida de ricos, pero vamos a ver cómo se le consigue”. Salió inmediatamente de la habitación, y atravesando el patio cayó un pollito medio muerto, que había soltado un gavián que lo llevaba agarrado con el pico o con las patas. Acto seguido lo tomó del piso y lo llevó a la cocina, pidiendo a las encargadas que le arreglaran el pollito a la hermana enferma y se lo sirvieran.

El 10 de agosto de 1910 se efectuó en el Hospital San José una velada en honor de Machado, organizada por la Junta “Padre Machado”, cuyo cronista era Manuel A. Mayorca. La Junta estaba presidida por el presbítero Luis Ramón Rada del Olló, gran amigo de Machado. En ella se tributó un público reconocimiento al fundador de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, y se desveló un retrato suyo, que desde entonces está colocado en la entrada del hospital. En el discurso que pronunció en ese acto, Rada comparó a Machado con Don Bosco, y llegó a decir que la obra de Machado, como todas las obras de Dios, “ha sido censurada, perseguida, calumniada”<sup>34</sup>. También se refirió a la “violencia” con que había vencido los obstáculos, que se puede interpretar como una referencia velada a su carácter impetuoso: “El Padre Machado (...) con voluntad rebelde y corazón grande, cumple el consejo del gran Vargas; ‘A los venezolanos hay que hacerles el bien aunque sea por la violencia’”<sup>35</sup>. Pero los homenajes a Machado estaban a punto de acabarse, y vendría un vendaval de ataques...

---

<sup>34</sup> L. R. RADA, “Discurso”, en: AA.VV., *Obsequio de la Junta “Padre Machado”*, Maiquetía, 18-11-1910.

<sup>35</sup> *Ibidem*.



### *Capítulo III*

#### **El proceso contra Machado (1910-1911)**

Desde que Santiago Machado fue “teniente cura” de Juan Bautista Castro, se fraguó entre ellos una amistad que duró muchos años. Entre los dos sacerdotes había mucha confianza, que llegó a convertirse en ocasiones en mutuo desafío amigable. Recordemos el reto que puso Machado a Castro de llegar a tener 50 hermanitas, y el desafío de Castro de que no llegarían ni a 20, metas que fueron celebradas en dos sendas fiestas: “la fiesta del P. Castro”, y “la fiesta de las cincuenta hermanas”.

Otra de las manifestaciones de su amistad, que llegaba incluso a admiración entre estos dos personajes, estuvo en las invitaciones que Machado solía hacer a Castro con ocasión de las fiestas religiosas que a menudo organizaba. En las predicaciones que hacía Castro por invitación de su amigo, solía alabar públicamente tanto a Machado como a su obra. Incluso, aunque Castro al principio no creyó en la posibilidad de fundar una congregación religiosa dadas las condiciones legales de Venezuela, y así trató de hacerlo ver a Machado, en 1896 el “vencido vencedor” emuló a su amigo fundando él también una congregación religiosa: las Siervas del Santísimo.

Al pasar de los años, Machado siempre mantuvo a Castro al corriente de sus múltiples actividades sociales y pastorales, y siguiendo esa línea fue fiel a su costumbre de invitarlo a predicar en las distintas festividades religiosas, o en los actos más trascendentales de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía. Cuando Castro asumió su cargo de vicario general de Caracas en 1900, Machado acudió siempre a él como a su superior, y cuando aquél llegó a ser arzobispo de Caracas en 1903, Machado siguió actuando según el principio de no hacer nada sin el obispo.

Con ocasión de los fuertes conflictos en la arquidiócesis de Caracas por la sucesión del arzobispo Uzcátegui, Castro fue fuertemente atacado por un grupo de sacerdotes encabezados por los presbíteros Ricardo Arteaga y Régulo Fránquiz. Esos ataques suscitaron como contrapartida el fiel apoyo de otro grupo más numeroso de sacerdotes, entre los que se encontraba Santiago Machado. Pero la defensa de Machado a su amigo Castro no fue correspondida, como veremos.

#### **1. La resolución del P. Machado**

En 1909, cuando faltaba poco tiempo para cumplirse los 21 años de la fundación de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, Santiago Machado resolvió

separarse de ella, pues pensaba que la institución había cumplido su mayoría de edad, y tenía capacidad para gobernarse ella sola.

Por ese tiempo el fundador empezó a decirles a las hermanas que se fijaran en todo lo que él les enseñaba, pues así podían prepararse mejor para independizarse del él. Machado pensó en ir a vivir en casa de una familia amiga junto con su hermana Dominga, en calidad de pensionado.

Pero no fue ésta la primera vez que consideró seriamente independizarse de sus hijas. El 24 de julio de 1906 había pensado separarse de la congregación, fundamentalmente por dos razones: en primer lugar quería dedicarse a otras labores sociales y creyó que la congregación podía caminar por sí sola sin necesidad de tener al fundador a su lado. En segundo lugar, no quería dar más motivos de habladurías, pues algunos estaban diciendo que convivía con las hermanitas, e inventaban con ocasión de ello cualquier cantidad de fantasías malsanas.

Sin embargo, consideró que debía esperar un poco más, hasta que la congregación pudiera manejarse con más estabilidad. Pesaban también otras razones en esta espera: Machado había contraído numerosas deudas para poder iniciar las acciones sociales en las casas de beneficencia que se iban abriendo en diversas regiones de Venezuela, y en la ciudad colombiana de Barranquilla. Como la congregación aún no tenía personalidad jurídica, por mantenerse en vigencia el decreto guzmancista de la prohibición de los conventos, el fundador tenía todos los bienes de la congregación a su nombre. Pero también las deudas lo estaban. Por ello, pensó que no era prudente dejar a las hermanitas hasta que no hubiera saldado todas las deudas, para no cargar sobre ellas una preocupación que tuvo su origen en lo que consideró su “imprudencia”.

Sin embargo, en 1909 ya la decisión estaba tomada. Aunque la superiora general de entonces, la madre Felícitas de San José, y otras hermanas de su confianza, lo disuadieron para que no se separara del instituto, él decidió ese año ir a despedirse de todas las casas de la congregación. Para ello emprendió un viaje con la superiora general y una hermanita, con el fin de comenzar por las casas más lejanas. Primero fue a la de Barranquilla. Allí comunicó a sus hijas la resolución que había tomado, al tiempo que les intimó a cumplir fielmente las constituciones de la congregación. Luego se fue a El Tocuyo (estado Lara), y de allí pasó al “Asilo del Corazón de Jesús” en Barquisimeto. Desde allí se dirigió a la casa de Puerto Cabello, para ir acto seguido al “Asilo de Nuestra Señora del Socorro” en Valencia. En todas las casas, dio las mismas recomendaciones, y explicó a las hermanas que había comprendido que su presencia ya no era necesaria en la institución.

En la balanza de su decisión también pesaban las acusaciones y ataques que sobre él se venían haciendo desde 1901. También pensó en las consecuencias que esas habladurías iban a tener en la honra de las hermanitas que él había fundado.

Pues bien, en la capilla del Asilo del Socorro en Valencia, antes de partir a Caracas, ocurrió un hecho peculiar, que fue narrado por varios testigos oculares. En la capilla del Asilo del Socorro “se procedió como siempre a la exposición del Santísimo Sacramento, el domingo víspera de la partida para Caracas. Sucedió en esta exposición un acontecimiento muy raro y significativo. Como a las 10 de la mañana fui a hacer una hora de adoración a la Capilla, y me coloqué a la izquierda del altar, y al dirigir la vista a la Sagrada Custodia, noté que la Hostia había desaparecido y en el lugar de ella sólo se veía mi retrato, el busto solamente. Creyendo yo que esto fuera efecto de la luz de las ventanas que daban a la calle, me pasé para el otro lado y observé que se veía la custodia lo mismo que se veía del lado de la calle, no la Hostia sino mi retrato. Esto duró como una hora, al fin de la cual desapareció mi retrato y apareció de nuevo la Sagrada Hostia. Yo dije a los presentes: ‘Acontecimientos como éste han sucedido muchas veces en la Historia Sagrada, anunciando unas veces catástrofes y otras triunfos; veremos lo que esto indica...’. Al día siguiente emprendimos viaje para Caracas. Al llegar allá una Hermanita me llamó aparte y me dijo: Nuestro Padre, aquí estuvo un Sacerdote y le dejó a usted un recado: ‘dígame al Padre Machado que se prepara una persecución contra él; que no sea bobo, que se defienda’. Le contesté: ¿y qué puedo hacer yo? Toda mi vida he tenido muchos ‘émulos’, de los cuales he sufrido 14 persecuciones; ésta será la ‘15’. Pero como Dios ha sido siempre mi defensor, pues no he confiado jamás en nadie para mi defensa, sino en El, así como me sacó triunfante de las 14 primeras, me sacará también de esta. COMO ASÍ HA SUCEDIDO”<sup>36</sup>. El sacerdote que dejó el recado a Machado anunciándole en vendaval que sobre él se avecinaba, era el P. Pierre Michaud, de la congregación de los Hijos de María Inmaculada, que había trabajado como capellán en la Casa de Cotiza y en diversas obras sociales de Machado. El mismo que después de la separación del fundador de su congregación, fue confesor de las hermanitas.

Luego de este episodio se suscitó un vendaval de acusaciones y persecuciones contra Machado, como no había tenido lugar en toda su vida. Ello produjo una fuerte crisis en la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía.

Hubo un hecho que ocurrió con la hermana Paula, que ya llevaba consigo cierto resentimiento por haber sido destituida por Machado de una dignidad que ella se había arrogado, cuando se constituyó a sí misma en madre general a la muerte de la fundadora de la congregación en enero de 1893. Pero además, la hermana Paula había sido destituida del cargo de consejera general por su desobediencia tanto para con el fundador como para con la superiora general de entonces (María de los Ángeles), en 1906. La gota que rebotó el vaso, vino con el siguiente episodio, ocurrido a finales de 1908.

En una ocasión Machado estaba visitando a los enfermos de la dependencia “La Estancia” de la casa madre de la congregación. Estando allí, reparó en un enfermo, llamado

---

<sup>36</sup> C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 63.

Federico, que tenía ya mucho tiempo postrado, y que por no poder valerse por sí mismo estaba en extremo desaseado de la cabeza a los pies. Federico, que era paralítico, tenía una afección intestinal y su estado requería una atención continua y un cambio de ropa frecuente. Al ver el estado del enfermo, el fundador pidió al instante que se hiciera presente la hermana encargada de aquel salón, que era a la sazón Paula Linares. Cuando ésta se presentó, el padre le preguntó: “¿Usted permitiría que su padre estuviera en ese estado?”. La hermana, no sabiendo cómo justificarse, le dijo: “Nuestro Padre, es que no tengo enfermero y mi voto de castidad no me permite...”. Sin dejarla terminar de hablar, el padre le dijo enérgicamente: “Hermana, ¿y usted cree que pecaría contra la castidad porque viera desnuda a ésa criatura que necesita de sus cuidados porque no puede valerse?”<sup>37</sup>. El fundador mandó a llamar de inmediato a la hermana Providencia, y le pidió que con la ayuda de un enfermero aseara al enfermo, y que tan pronto terminara le llamara. Providencia se hizo ayudar por un asilado al que llamaban “el Mocho”, y cuando bañó y cambió la ropa del enfermo, llamó a Machado, para mostrarle al enfermo ya arreglado. Él preguntó a Providencia en presencia de Paula: “¿Ud. faltó a la castidad al ocuparse del arreglo de este enfermo?”. Ella contestó que no, pues el Mocho le había ayudado. Paula manifestó un enojo sin igual, que le llevó a contarle su versión de los hechos a la superiora de la casa, la hermana Esperanza de San José. Paula se mostró escandalizada de que el fundador le pidiera que se pusiera en ocasión de pecado contra la castidad, y la superiora también se escandalizó. Fue así como Esperanza se puso del lado de Paula, y desde entonces ambas comenzaron a tramar cómo hacer para que cesara el “despotismo” del fundador.

Por su parte Machado, para que en el futuro los enfermos no se encontraran en estado de descuido, redactó en esos días unos reglamentos sobre las obligaciones de las hermanas para con los enfermos, que fueron considerados muy rígidos por algunas. Las normas redactadas fueron impresas, copiadas y distribuidas en las casas de la congregación. Pero ello comenzó a producir el descontento de algunas hermanitas para con el fundador, y a partir de allí le miraban con gran recelo.

Algunas hermanas, azuzadas por Paula y Esperanza, quedaron perplejas al leer las nuevas reglas, pues pensaban que si no cumplían el reglamento faltarían a la obediencia, pero si lo hacían faltarían a la castidad. El problema de conciencia de algunas hermanas más escrupulosas pasó a ocupar las mentes estrechas de algunos confesores, que invitaban a algunas en el tema del cuidado a los enfermos a salvaguardar la “castidad” en desmedro de la obediencia. En este sentido, hay que señalar que, sólo en la casa madre de la congregación, había 24 confesores ordinarios. Es muy fácil suponer que no todos los confesores tenían el mismo nivel de ciencia ni de sentido común; además, algunos tenían ojeriza a Machado. En medio de esos descontentos y perplejidades, algunas hermanas pidieron una revisión de esas

---

<sup>37</sup> *Ibidem.*

normas a los sacerdotes expertos en Derecho Canónico, mientras que la disposición del fundador iba quedando cada vez más en entredicho.

Sin embargo, según algunos testimonios, las que hacían oposición al fundador eran poquísimas. Herminia de San José dice al respecto: “La casi totalidad de ellas admiraba la virtud del venerable Fundador y su gran fervor y celo en el servicio divino. Su trato con las Hermanitas, recuerda una de las antiguas, era circunspecto y aún serio; algunas veces ocurrente, para alegrarlas, muy paternal para remediar las necesidades espirituales y materiales de sus hijas. Nos encomendaba mucho la observancia de nuestros Votos, y la Regla y las Constituciones; la caridad fraterna, la humildad, la guarda de las miradas, aún unas con otras”<sup>38</sup>. Es curioso que se haya dicho tanto de un sacerdote que era tan cuidadoso en el punto del pudor y la castidad. Las recomendaciones que solían dar los sacerdotes en esa época sobre esos temas, máxime los fundadores, eran extremadamente cuidadosas, por no decir exageradas. Sin embargo, algunas hermanas se escandalizaban de que Machado fuera tan exigente de palabra, pero que al mismo tiempo las hiciera poner en peligro al colocar en entredicho “el pudor” en el trato con los enfermos.

## **2. *Adversus Machado: Aversa contra Santiago***

En medio del revuelo que se había armado dentro de la congregación por las nuevas reglamentaciones impuestas por el fundador, y por los comentarios que corrían por los pasillos sobre su moralidad, el 3 de diciembre de 1909 llegó a Venezuela monseñor Giuseppe Aversa, para encargarse de representar a la Santa Sede en este país, que no tenía hasta esa fecha un delegado apostólico.

El 5 de diciembre Giuseppe Aversa fue recibido por el cabildo metropolitano en la catedral de Caracas, donde se cantó un *Te Deum* en acción de gracias. Las palabras de bienvenida estuvieron a cargo del presbítero Marcos Sergio Godoy. Aversa venía a Venezuela para controlar el estado de la Iglesia en el país, que se mantenía a la expectativa en los inicios del gobierno de Gómez. Su intención era “poner orden” en el clero de Venezuela, incluido el episcopado. Y para ello se informó minuciosamente de todo lo que pudo, y empezó a enviar informes a la Santa Sede, siempre con un tono definitivamente negativo.

Con la llegada del nuevo delegado, el problema que se había formado en la congregación se fue ahondando cada vez más. Aversa recibió a la hermana Paula, que tenía algo muy serio que contarle, algo que hoy llamaríamos “una bomba”. La supuesta “bomba” consistía en que Machado habría dejado embarazada a una postulante de la congregación.

---

<sup>38</sup> HERMINIA DE SAN JOSÉ, “Sombras del cuadro”, s/f, en: AHHPM (sin numerar).

Los hechos ocurrieron del siguiente modo. En medio del gran descontento de Paula, ingresó a la congregación una sobrina suya que ya estaba embarazada sin saberlo. Cuando se comenzó a notar su estado de gravidez, Paula se lo imputó a Machado, pues era el único hombre que visitaba la casa donde habitaba la hermanita embarazada. La postulante dejó de inmediato la congregación, pero el honor del fundador ya estaba cuestionado. Esto produjo un gran escándalo dentro de la institución, y una marcada división entre las hermanas. Paula escribió de inmediato una carta a Roma, luego de haber hablado con Aversa, acusando al fundador de haber dejado embarazada a su sobrina.

Entre las que se unieron a la hermana Paula contra el fundador se cuentan las hermanas Vicenta, Enriqueta<sup>39</sup>, Ángela y otras. Se añade a la lista, según su propio testimonio, Pastora de San José, que pertenecía al consejo general. También estaba allí Esperanza, que logró ser nombrada, después de todo el proceso, superiora general de la congregación. Pero las que al principio dirigieron todo el escándalo fueron, según Soria, Paula y Vicenta (que se llamaba en el siglo Luisa Troya).

Las hermanas Paula y Vicenta contaron a monseñor Castro y al padre Navarro que el fundador había dejado encinta a la sobrina de Paula, y ellos le creyeron, y desde entonces se distanciaron de su amigo. Así, ellos corroboraron con Aversa todo lo que las hermanas habían dicho al delegado.

Prevenido como estaba contra los “sacerdotes malos”, Aversa, que ya conocía a Machado, cuya obra le produjo al principio muchísima admiración, recibió a la hermana Paula, quien le presentó todas sus quejas. Entre otras cuestiones, según Paula, Machado “se ocupaba demasiado de las cosas de la Congregación”. Pero además de acusarlo ante Aversa, Paula envió a Roma las normas que había redactado el fundador, anexadas con una carta firmada por ella y siete hermanas más, donde lo acusaba de ponerlas en ocasión de pecado contra la castidad, debido a las reglamentaciones recientemente redactadas sobre el cuidado de los enfermos de las casas de la congregación.

Con la cabeza llena de resquemores, el 13 de febrero de 1910, Aversa envió a la Santa Sede un informe titulado: “Un fenómeno extrañísimo: El Pbro. Santiago Machado”. En ese informe anexó la carta de Paula, en la que se acusaba gravemente a Machado de las cosas ya referidas.

El fenómeno extrañísimo, que Aversa dice jamás haber observado en toda su vida, “digno verdaderamente de un estudio especialísimo”, consistía en que Machado era un hombre de una actividad “casi fenomenal”, presente en todos los ambientes religiosos y

---

<sup>39</sup> Enriqueta de San José se arrepintió luego de haber formado parte de este grupo. Ella envió más tarde una carta a Machado a Roma, y recibió de él como respuesta una preciosa misiva. Ella es la autora de la primera Historia de la congregación en la que muestra gran cariño, respeto y gratitud al P. Machado. También escribió “Sombras del cuadro”, donde queda clara la inocencia de Machado de todos los cargos que se le imputaban.

sociales: en la capilla para la adoración del Santísimo, en la casa de las hermanas para predicar retiros, en el hospital para visitar a los enfermos, en la peregrinación a la Virgen de Lourdes, instituida por él, etc., pero era al mismo tiempo “un hombre corrupto hasta la médula de los huesos”<sup>40</sup>. Además, apuntaba el informe, es un hombre del que hablan todos los periódicos. Pero lo extraño del fenómeno, según Aversa, consistía en que ese “Don Bosco de Venezuela” (así le llama) “ha sabido mezclar en sí las buenas obras de celo, de piedad, de la devoción al Santísimo, a la Virgen Inmaculada, con la corrupción carnal, la más baja”<sup>41</sup>.

¿Y en qué consistía la “corrupción carnal” de Machado? Según ese informe, consistía en que consentía, e incluso así lo dispuso en las normas, en que las Hermanitas de los Pobres bañaran a los enfermos, “desnudándolos completamente”. Aversa añadió a todo esto que Machado tenía una “vida disipadísima”, y que incluso “mantiene a una viuda”. El delegado apostólico apuntó que había ido a ver al arzobispo Castro para hablarle del asunto, y que éste le confirmó en toda esa información, añadiendo que “había perdido toda esperanza de encaminar al P. Machado por la buena vía”<sup>42</sup>.

Al final del informe, Aversa reconocía que “la reputación del P. Machado ante la sociedad es intachable”. También dijo que “las hermanas a excepción de pocas (...) lo creen un santo. Él predica a ellas la virtud, el celo, el amor de Dios y del prójimo, el premio y el castigo eterno”<sup>43</sup>. A pesar de ello, el informe deja, en su lectura global, muy mal parado a Machado ante la Santa Sede.

Las obras de Machado causaron tanta admiración a Aversa que llegó a compararlo con San Juan Bosco. Además, reconoció que Machado tenía una reputación intachable entre la gente y entre la mayoría de las hermanas, que lo consideraban un santo. Pero el informe mostró con asombro que esos aspectos positivos de la persona del fundador se hubieran mezclado con la corrupción carnal más baja. La primera baja corrupción carnal que refiere el informe es que las Hermanitas de los Pobres, con el consentimiento del fundador, lavaban a los enfermos desnudándolos completamente. Detengámonos acá por un momento. En la cuestión específica del cuidado de los enfermos, Aversa estaba prevenido y prejuiciado contra Machado, pues ya había recibido las acusaciones de la hermana Paula al respecto, que estaba personal y profundamente herida por ese asunto. Para hacer un juicio ponderado sobre la cuestión del modo de practicar la higiene a los enfermos, hay que ubicarse en el contexto: estamos ante un hombre sumamente exigente en lo que al cuidado y limpieza de los enfermos se refiere, que vió a un enfermo en una situación higiénica deplorable, debido a lo que él

---

<sup>40</sup> G. AVERSA, “Informe al cardenal secretario de Estado: Un fenómeno extrañísimo: El Pbro. Santiago Machado”, 13-2-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 32.

<sup>41</sup> *Ibidem*.

<sup>42</sup> *Ibidem*.

<sup>43</sup> *Ibidem*.

interpretó como la negligencia de una religiosa, que se excusó aduciendo razones de castidad. Y Machado, como fundador de una congregación que tenía como carisma el cuidado de los enfermos, sintió que no podía tolerar que se descuidara la limpieza de los asilados, y mucho menos que la castidad tuviera que ser un obstáculo para ello. Hay que tener también en cuenta las costumbres de la época, en la que existían una cantidad de tabúes culturales en el tema de la sexualidad, donde se llegaba al extremo de especificar a cuántos centímetros (mientras más, mejor) por debajo del codo y de las rodillas se debía confeccionar el hábito de una religiosa o el uniforme de una enfermera. Nos encontramos además ante un hombre de vanguardia en este tema, que anteponía el bien de los enfermos a las visiones estrechas de una época llena de formalismos. Por lo demás, ¿quién podría decir hoy día que una enfermera cristiana falta contra la castidad porque tiene que lavar y practicar la higiene a un anciano que no puede valerse por sí mismo?

El informe de Aversa habló de otras dos “corruptelas” en el fundador: “vida disipadísima”, y “mantener a una viuda”. Estas dos “corruptelas”, por lo vagas e imprecisas que son, no merecen más comentario que el siguiente: “mantener a una viuda” no parece ser nada malo, sino más bien una obra de caridad, mientras que tener una “vida disipadísima” no tiene nada de concreto, y parece más un prejuicio que una acusación.

El tono en que está escrito el informe invita ciertamente a descalificar al acusado. Pero al final, puede uno quedarse con la impresión de que lo que Aversa llama “las bajezas morales” del P. Machado hayan sido el fruto de una audaz y fantasiosa imaginación alimentada de grandes prejuicios. En efecto, Aversa estaba envenenado contra Machado, y se afianzó más aún en su actitud cuando Castro le confirmó en todas las acusaciones que cargaba sobre el fundador de las Hermanitas de los Pobres. También hay que decir que los cánones de la época eran excesivamente puritanos, y en ese punto tanto Aversa como Castro manifestaron de modo particular ser hijos de su tiempo.

El 19 de febrero, Aversa envió otro informe sobre el caso Machado, esta vez al cardenal Vives y Tutó, prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos. En este informe dijo que Machado “deja muchísimo que desear desde el punto de vista de la moral”, especificando que “obliga a las Hermanas contra su voluntad a servicios muy delicados, hasta desnudar a los enfermos completamente para lavarlos y curarlos”<sup>44</sup>.

Debido a los informes tan negativos de Aversa, al poco tiempo se ordenó desde Roma hacer una investigación a fondo de lo que estaba ocurriendo en la congregación de las Hermanitas de los Pobres, nombrando visitador apostólico al otrora amigo incondicional de Machado, el arzobispo Juan Bautista Castro.

---

<sup>44</sup> G. AVERSA, “Carta al cardenal Vives y Tutó”, n° 411/1465, 19-2-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 34.



Inocente de todo lo que se estaba fraguando contra su persona desde la delegación apostólica en Venezuela, Machado escribió una carta a monseñor Aversa (fecha el 15 de abril de 1910), en la que pedía le fueran concedidas de la Santa Sede facultades para bendecir medallas que sustituyeran al escapulario del Carmen, al tiempo que le informaba sobre la decisión de la Santa Sede de permitir que las Hermanitas de los Pobres recogieran limosna en Caracas. Mientras él estaba ocupado en las cosas espirituales, Aversa lo estaba en acusarle ocultamente. No hace falta decir que el delegado no hizo ni el más mínimo caso a la petición del fundador, que era algo insignificante comparado con lo que se avecinaba.

En julio llegó a la delegación apostólica una misiva de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, fechada el 5 de junio, en la que se pedía que se avisara al P. Machado que fuera a Roma cuanto antes, pues debía comparecer ante la Sagrada Congregación de Religiosos, de acuerdo con el decreto del 1º de junio de 1910 emanado por el Santo Oficio. En esa carta se pidió que se interrogara a las hermanitas “que posean ciertos conocimientos para declarar no sólo sobre el desorden que reina en el Instituto por culpa del Padre Machado, sino también, y particularmente sobre los atentados vergonzosos que hayan sufrido personalmente de él o sepan haber sufrido otros. Lo mismo deberá hacerse por las acusaciones hechas al mismo sacerdote acerca de sus relaciones inmorales fuera del Instituto”<sup>45</sup>. El Santo Oficio mandó a instruir el caso como si se tratase de un delito de sollicitación *ad turpia* (sobre pecados contra el sexto mandamiento del decálogo, que añadían una malicia peculiar con la cualificación de sacrilegio, pues habrían sido presuntamente cometidos con mujeres consagradas, y lo que es peor, su autor sería un sacerdote), pidiendo que el proceso se realizara bajo el más absoluto secreto. Sin embargo, lo que supuestamente se estaba llevando a cabo en un riguroso sigilo trascendió al ámbito público, pues algunos implicados filtraron algunas informaciones, que creó en torno un clima muy turbio.

Mientras tanto, Aversa enviaba a la secretaría de Estado Vaticano, el 9 de junio, una comunicación a la que anexaba dos cartas de dos hermanas (una de ellas era Paula de San José), en la que a las acusaciones que habían hecho contra Machado añadían que éste se había descargado violentamente con un padre capuchino de nombre Constantino de la Vega, que era confesor de esas dos hermanas. La minuta de Aversa concluía que Machado “quería tener el monopolio de la confesión de las Hermanas”<sup>46</sup>.

Sobre este punto cabe hacerse una pregunta: ¿Por qué había tantos confesores en la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, si no es porque el fundador les daba libertad para que escogieran el confesor que quisieran, siempre que estuviera aprobado por el arzobispado? Además, esta referencia acerca del enfrentamiento de Machado con un

---

<sup>45</sup> SUPREMA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL SANTO OFICIO, “Carta al delegado apostólico en Caracas”, 5-6-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 39.

<sup>46</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Merry del Val”, 9-6-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 40.

capuchino tenía una segunda intención: hacer más odioso a Machado ante el prefecto de la Congregación de Religiosos, el cardenal José Vives y Tutó, que también era capuchino. Esto se infiere por lo que escribió Aversa en la carta que envió el 16 de julio a Vives: “su tiro al blanco actual está formado por los religiosos Capuchinos y particularmente el P. Constantino de la Vega, que es un piadoso y santo religioso. El P. Machado por motivos fáciles de comprender se abstendrá quizás de lanzarse contra los capuchinos”<sup>47</sup>. En efecto, lo más probable es que entre esos “motivos fáciles de comprender” esté la pertenencia del cardenal Vives a la orden capuchina.

En definitiva, aunque Machado tenía en 1910 una excelente reputación entre la gente del pueblo de Maiquetía, y también de Caracas, no fue así entre algunos altos eclesiásticos. Apenas once meses después de su llegada a la delegación de Venezuela, Giuseppe Aversa tenía subjetiva certeza de la inmoralidad de Machado, y de esta “certeza” continuó haciendo apología. En carta del 3 de octubre de 1910 al secretario de Estado Vaticano Merry del Val, Aversa hizo una descripción del estado de los sacerdotes en Venezuela, y se quejó amargamente de las bajezas morales del clero, toleradas por algunos obispos (como Juan Bautista Castro) hasta límites insospechados. Y como ejemplo de este mal endémico puso a Santiago Machado: “V. E. ya conoce los increíbles desórdenes del P. Machado que continuaría con sus famosas hazañas si yo no le hubiese roto, como se dice, los huevos en el cesto”<sup>48</sup>. Lo único positivo de Machado que podemos ver en esta exposición es que habían cesado “sus hazañas”. Pero, ¿realmente existieron esas “famosas hazañas”?

### **3. La huida a Roma (julio de 1910 – enero de 1911)**

Como ya hemos acotado, Aversa había recibido de la Santa Sede un oficio (fechado el 5-6-1910) en el que se le ordenaba llamar a Machado a Roma para que aclarara los asuntos referentes a la congregación. Contemporáneamente, Machado fue también invitado a ir a Roma por el cardenal José Vives y Tutó, prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos, a quien conocía desde que era un fraile capuchino, y a quien siempre consideró su amigo. Sin embargo, aunque Machado tenía sus sospechas, el proceso que contra él se había iniciado se fraguaba en el más absoluto secreto. El mismo Aversa reconoció que aunque Machado ignoraba lo que verdaderamente estaba pasando en cuanto a su persona, “sospecha de dónde

---

<sup>47</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 16-7-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 43.

<sup>48</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Merry del Val”, 3-10-1910, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 295, p. 102.

proceden las acusaciones contra él”<sup>49</sup>. ¿De dónde? Nada menos que de la delegación apostólica.

Según el testimonio de María Curiel, antes de viajar a Roma, Machado reunió a las hermanitas de la Casa madre, donde actualmente está San José del Ávila, y mandó a hacer dos filas en la capilla para despedirse de ellas. Conforme iban pasando, les ponía las manos sobre la cabeza, mientras las bendecía. Continúa Curiel, tal como se lo contó una religiosa que fue la protagonista del relato: “Al terminar nos dijo, la que quiera confesarse, puede ir al confesionario que ya yo voy para allá. Enseguida fuimos sus hijas espirituales. Después que me confesé me dijo: Me llaman de Roma, no sé qué pueda pasar; pero pase lo que pase, yo siempre seré su padre. Uds. obedezcan siempre a la Iglesia”<sup>50</sup>.

Así pues, antes de que se iniciaran los minuciosos interrogatorios de Aversa a las religiosas de la congregación, Machado se dispuso a viajar a Roma para intentar resolver allá el problema que se había iniciado, y para llevar unas correspondencias para el papa que le había dado monseñor Aversa, que estaban selladas y no podían ser abiertas hasta llegar al destinatario.

Desde la delegación apostólica le seguían minuciosamente los pasos. Y eso era muy fácil, pues el fundador siempre mantenía informado al arzobispado y a la delegación acerca de todo lo que hacía. Fue así como la delegación apostólica pudo informar con lujo de detalles, en una carta del 15 de julio de 1910, que Machado viajaría a Roma el 18 de julio, en el vapor español de la Compañía Transatlántica “El Monserrat”<sup>51</sup>. Como solía ocurrir en las cartas de Aversa sobre Machado, ésta también tenía el respectivo comentario negativo. En esta ocasión sólo diría: “el Padre Machado tiene una lengua infernal”<sup>52</sup>.

En efecto, su partida para Roma tuvo lugar el 18 de julio de 1910, en el vapor Monserrat, que haría escalas en Puerto Rico, Curazao, Cádiz y Génova. Llegó a Roma el 10 de agosto, y se instaló en una residencia de sacerdotes. En un principio se dedicó a rehacer las Constituciones de la Congregación según los últimos decretos emanados por la Santa Sede.

Una de las primeras cosas que hizo en Roma fue entrevistarse con el cardenal Vives. Al parecer, esa entrevista tuvo lugar en la primera quincena de septiembre, pues durante el

---

<sup>49</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Merry del Val”, 18-7-1910, n° 362/1803, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 45.

<sup>50</sup> M. CURIEL BRAVO, “Testimonios”, en: AHHPM (libro sin clasificar), p. 4.

<sup>51</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Merry del Val”, 15-7-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 42.

<sup>52</sup> *Ibidem*.

mes de agosto el Vaticano estaba paralizado por vacaciones, y en carta del 15 de septiembre Machado dejó ver que ya había realizado la visita al prefecto capuchino.

Mientras estaba en Roma, la joven que había salido de la congregación por estar embarazada, al conocer que se estaba llevando a cabo un proceso contra el fundador, confesó públicamente que había sido presionada a callar por las hermanas Paula y Vicenta acerca del verdadero padre de su criatura (un joven con quien había estado antes de ingresar en la congregación). Sin embargo, ya los comentarios estaban rodando, y casi nadie quiso dar a Machado ni siquiera el beneficio de la duda.

Estando en Roma, se instaló en una residencia de sacerdotes, y se asesoró sobre cómo debía defenderse en el juicio eclesiástico. Uno de los religiosos, que sabía de derecho procesal, le recomendó que si no quería presentarse al juicio, tenía derecho de hacerse representar por otro sacerdote que pudiera hacer las veces de abogado. El religioso también le recomendó y dio el nombre y la dirección del sacerdote que podía hacerlo. A Machado le pareció bien esta idea, porque no quería ponerse en ocasión de descargar su ira contra el tribunal eclesiástico en caso de que éste le condenara. Así se dirigió en un taxi a la residencia del sacerdote que le habían recomendado. Para distraerse en el camino sacó de su bolsillo el ejemplar de “La Imitación de Cristo” de Tomás de Kempis, que siempre llevaba consigo, y lo abrió en el capítulo 39, que dice: “Que el hombre no sea inoportuno en los negocios, hijo, encomiéndame siempre tus negocios porque Yo los dispondré bien y oportunamente. Espera mi voluntad y sentirás provecho”. Al leer esto, pensó que era una señal divina para dejar el asunto completamente “en manos de Dios”, y pidió enseguida al chofer que le regresara al lugar donde le había recogido. Pero una vez en la residencia, hizo el firme propósito de ir a enfrentarse a la acusación en la persona del mismo papa. Ahora bien, aunque dejó en manos de la Providencia lo que sería su defensa, y no quiso que ningún sacerdote experto en derecho lo representara, nunca fue llamado por el Santo Oficio a presentar su defensa.

Machado llevaba consigo una correspondencia para el papa Pío X. Pidió una audiencia, y cuando fue recibido, ya el papa estaba informado sobre la cuestión. Al presentarse, y puesto de rodillas, el fundador le dijo al papa quién era, y éste se le quedó mirando. El fundador le entregó la correspondencia que llevaba, y Pío X le dijo: “Levántese, Padre, que en su rostro se ve la inocencia y esta correspondencia que usted trae inocentemente son más acusaciones e infamias contra usted”<sup>53</sup>. Se levantó sorprendido, sin saber qué decir ni hacer.

---

<sup>53</sup> C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 66. Una muestra de la veneración que Machado tenía hacia Pío X, es que desde Roma le envió un “retratito del Papa” a su hermana Dominga, como muestra de la devoción que sentía hacia el pontífice: cfr. S. MACHADO, “Carta a Dominga Machado”, Roma, 29-9-1910, en: AHHPM (sin numerar).

Aunque estaba alentado por las palabras del papa, Machado quería saber el resultado de lo que ocurría en Venezuela con ocasión de las investigaciones e interrogatorios de Aversa a las hermanas.

Antes de tener más tiempo de informarse, le llegó la respuesta del Vaticano, y fue llamado a las oficinas del Santo Oficio no para que presentara su defensa, sino para comunicarle un veredicto. El miércoles 9 de noviembre de 1910 se le dio a conocer que el Santo Oficio había tomado la resolución de separarlo de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, agregando que no se podía comunicar con ellas sino a través del arzobispo Juan Bautista Castro. Asimismo, se le hizo firmar una declaración en esos términos. También se le informó que contravenir la prohibición de visitar cualquiera de las casas de la congregación le iba a acarrear la pena de suspensión *a divinis latae sententiae*. Era evidente que el Santo Oficio había dado crédito a todas las acusaciones que llegaron desde Venezuela, sin dar al acusado la oportunidad de defenderse.

Poco antes de conocer la decisión de la Santa Sede, Machado había dirigido el 24-10-1910 una larga carta a la entonces superiora general, madre Felicitas de San José. Este documento es considerado por las religiosas de la congregación como el último mensaje colectivo del fundador a sus hijas.

En esa carta se lamentó amargamente de la letanía de quejas que algunas hermanitas tenían contra él, y se preguntó “¿de dónde han sacado tantas dudas, o mejor dicho, tantas diabluras?”<sup>54</sup>. Hay que resaltar que uno de los motivos principales del proceso contra Machado, fue el desacuerdo de algunas hermanas con las constituciones que había redactado el fundador, sobre todo en lo referente a la atención de los enfermos, que podía poner el peligro la castidad según algunas. Pero el fundador afirmó que “esa Congregación tienen todo lo que la Iglesia quiere que tengan las Normas que ella misma ha establecido, y sólo se le han corregido ahora aquellos puntos que han sido variados por Decretos posteriores a la fecha en que fueron hechas”<sup>55</sup>. De todos modos, para él las normas nunca fueron lo más importante, sino que el fundamento de todo era más bien el espíritu de la congregación. Según su visión, la norma era algo que venía concretándose poco a poco, y era la consecuencia de una vivencia por lo demás totalmente novedosa para la Venezuela de la época. Se entiende así que Machado dijera: “para una Congregación basta una sola ley, un solo voto; más todavía, una sola palabra: obediencia, pero bien cumplida”. Hay que recordar también que el fundador no era muy versado en derecho canónico que digamos, y le parecía que el legalismo formal lo que hacía era complicar las cosas y entorpecer el funcionamiento de una empresa, ya fuera apostólica o social.

---

<sup>54</sup> S. MACHADO, “Carta a la madre Felicitas”, Roma, 24-10-1910, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>55</sup> *Ibidem*.

Algunas hermanitas estaban diciendo que Machado se inmiscuía demasiado en el gobierno interno de la congregación. Evidentemente no podía mantenerse al margen de lo que ocurría en ella, pues era su fundador. Sin embargo, Machado se defendió en esta carta contra esta especie y puntualizó que la congregación era gobernada por la superiora general y su consejo, y no por él. Él era tan solo “consultor de ellas en las cosas de alguna trascendencia, y sostenedor de su autoridad, a todo trance, contra las rebeldes”, que siempre las hubo. Es más, dijo que muchas veces las superiores dispusieron todo lo que les parecía sin él saberlo, y en muchas ocasiones ellas y su consejo resolvieron cosas contrarias a las que el fundador había aconsejado, incluso en asuntos graves, y entonces él “tragaba aquella píldora amarga”, y se quedaba “serenito, apoyando su autoridad”.

En ese documento también formuló una defensa de las acusaciones contra su persona. Uno de los ataques se refería a las deudas contraídas “imprudentemente”. Y reconoció que era verdad: “he sido muy imprudente y muy necio, en el anhelo de hacer Casas para recibir bastantes pobres y huérfanos y enfermos y en formarles Imprenta. Se deben más de ochenta mil bolívares por esas Obras; pero esa deuda era mía, y yo la hubiera pagado dentro de pocos años. Hoy la tendrá que pagar la Congregación *forzosamente*; a menos que se presente algún *magnate* lleno de celo y de cariño para con ustedes”<sup>56</sup>. Pero las cosas no fueron así. Fue él quien al final tuvo que cancelar esa deuda.

Otra de las acusaciones se refería a la clausura. Según el derecho canónico, las religiosas eran tales por estar obligadas a clausura, pero el fundador nunca quiso prescribirla. ¿Por qué? Machado explicó que en su congregación la clausura se practicaba, pero no se le llamaba así, debido a que estaba legalmente prohibida en Venezuela. Así lo dijo en su coloquial estilo: “cabezas de chorlito, si estamos en un país donde no se puede nombrar siquiera la Clausura, porque hay una Ley que la prohíbe terriblemente, en virtud de la cual fueron echadas ignominiosamente de sus Conventos, y robados sus edificios y sus rentas, todas las Monjas de los tres Conventos de Caracas, las de Valencia, las de El Pao, las de Mérida, etc”. Lo podía decir con propiedad, porque lo había sufrido en carne propia durante el primer gobierno de Guzmán Blanco. Pero la amenaza no había sido exclusiva del guzmancismo, sino también de cualquier gobierno. Se entiende así que Machado dijera: “El día menos pensado se presenta ahí una persecución contra las Monjas y los Frailes. El General Castro la emprendió, pero después desistió de ello contentándose con desterrar a los Frailes de Maracaibo y del Táchira, y con prohibir que entraran Religiosos y Religiosas al país, sin una expresa orden de él; y creo que jamás quiso dar permiso. Pues bueno, un día de estos se presenta ahí la persecución, y no faltarán personas de dentro de las Casas que vayan a denunciar a los perseguidores la Clausura que tienen escondida las Hermanitas de los

---

<sup>56</sup> *Ibidem.*

Pobres como lo han hecho ahora varias de ustedes”<sup>57</sup>. La cuestión en torno a la Clausura consistía en que estaba prohibida en el país, que era peligroso hacerla pública, y que por ello él nunca la había mandado y ni siquiera mencionado, pues quería cuidar a sus hijas de una posible persecución, y no quería dar ocasión de más ataques contra la congregación, pues hasta entonces ya había sufrido unos cuantos.

Siempre consideró todos esos ataques contra su persona como una calumnia, y decía sentirse limpio de conciencia acerca de los cargos que se le imputaban, afirmando que nunca tuvo miedo de que lo hubieran llamado a Roma: “según los cánones que yo he estudiado (...), yo no he cometido falta alguna que merezca censura o pena canónica de ningún género, a menos que se me juzgue por los malos testimonios o calumnias que enemigos sin conciencia forjan contra mí (...). No quiero decir con esto que soy santo; ante el tribunal Divino yo merezco el infierno y mil infiernos, pero ante tribunales humanos, no”<sup>58</sup>. Este estilo es muy común en los autores espirituales del siglo XIX, a quienes el autor de la carta había leído y conocía bastante bien.

Sin embargo, habiendo sido separado de la congregación, en sus cartas desde Roma Machado se cuidó de no informar a otras personas, ni siquiera a su hermana Dominga, sobre la decisión del Santo Oficio. En otras cartas enviadas a algunos amigos o a otras hermanitas, no dice nada al respecto. A mediados de septiembre de 1910 se puso a hacer un retiro espiritual, y en esos días meditó largamente sobre la situación de la congregación, y sobre lo que debía hacer al llegar a Venezuela. En las cartas de esta etapa se descubre su faceta mística, cuando llega a decir: “deberé ordenar las cosas de tal manera que viva como un monje del desierto a quien se obliga a vivir en el mundo, pero que toma todas las precauciones para hacer el bien a los demás sin perjudicar en nada el espíritu de su vocación”<sup>59</sup>. También en la manera de dar consejos se le nota muy espiritual, como testimonian las recomendaciones que hace a su ahijado desde Roma, en las que le desea: “mucho juicio, mucha oración, frecuente confesión bien hecha, frecuente comunión, y alejamiento de los peligros que tiene un joven en este mundo corrompido”<sup>60</sup>. A la hermana Enriqueta, dejando traslucir los dolorosos momentos por lo que pasaba, le escribió: “todo lo que nos sucede, por duro que sea, redundará en nuestro bien si lo recibimos de las manos de Dios”<sup>61</sup>. Es difícil pensar que esas consideraciones hayan salido de un hombre corrompido hasta los tuétanos, como lo juzgaba Giuseppe Aversa.

---

<sup>57</sup> *Ibidem*.

<sup>58</sup> S. MACHADO, “Carta al Pbro. Carlos Valiente”, Caracas, 23-1-1911, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>59</sup> S. MACHADO, “Carta a la madre Clotilde”, Roma, 15-9-1910, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>60</sup> S. MACHADO, “Carta a su ahijado”, Roma, 19-9-1910, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>61</sup> S. MACHADO, “Carta a la hermana Enriqueta”, Roma, 28-9-1910, en: AHHPM (sin numerar).

#### 4. El juicio contra Machado y el fallo de la Santa Sede

El 30 de julio de 1910, Aversa envió una comunicación a la Santa Sede, en la que anexaba las declaraciones en contra de Machado de cinco sacerdotes: Rafael Lovera, Nicolás Navarro, Jesús Ornés Mota, Manuel Pacheco y el capuchino Constantino de la Vega. El único que causa sorpresa de esta lista es Nicolás Eugenio Navarro, que había sido gran admirador y “amigo” suyo, pero que se le volteó completamente. Aversa señaló que “las disposiciones de las pocas Hermanas que he podido interrogar hasta ahora no son verdaderamente favorables”. ¿Por qué razón? Porque, según Aversa, “han buscado defender al P. Machado”<sup>62</sup>.

Pero la comunicación de la delegación apostólica del 2 de septiembre de 1910 fue el detonante final del fallo de la Santa Sede contra el fundador. En esa comunicación, Aversa dio cuenta de los últimos interrogatorios hechos a algunos sacerdotes y religiosas sobre Machado. Ese documento se refirió a la hermana Paula como una mártir, “que ha soportado con resignación las injurias y castigos que le han ocasionado injustamente”<sup>63</sup>. El mismo señaló que algunas hermanas estaban ciegas por la admiración y afecto que tenían por el fundador, como Carmen y María de los Ángeles.

Existe un informe secreto de las hermanas Pastora, Marta y Providencia de San José, en el que se señala que los interrogatorios realizados por el delegado apostólico impusieron un halo de terror en las hermanas: “unas lloraban, otras salían a confesarse, otras bravas y nadie sabía qué iría a suceder; las que no eran llamadas preguntaban, pero nadie les decía. Lo más extraño del caso es que, lo que las hermanitas no podían hablar, porque quedaban excomulgadas, era tratado en todos los centros de la ciudad, salones, plazas, establecimientos hasta de la última condición”<sup>64</sup>. También manifiestan que el interrogatorio “versó sobre la vida privada del P. Machado”, tratando de sacar las más mínimas informaciones.

Durante el proceso cuasi inquisitorial que estaba realizando, el delegado Aversa creyó sólo las cosas malas que se dijeron contra Machado, pero no las buenas. Hizo caso sólo a las atacantes, no a las defensoras. Estando así la situación, el resultado del proceso que se estaba instruyendo desde Venezuela era de esperar: la decisión de que Machado debía separarse de la congregación. En efecto, el 12 de noviembre de 1910, la Suprema Sagrada Congregación del Santo Oficio, luego de hacerlo firmar al sancionado, dictó un decreto en el que se prohibía al fundador cualquier comunicación con las Hermanitas de los Pobres, incumplimiento que acarrearía la suspensión *a divinis ipso facto*. Por ese decreto se nombró al arzobispo Juan

---

<sup>62</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Mariano Rampolla”, 30-7-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 48.

<sup>63</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Mariano Rampolla”, 2-9-1910, n° 460/1929, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 53.

<sup>64</sup> AA.VV., “Sub secreto”, 1-11-1914, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 84.



Bautista Castro visitador apostólico de la congregación. Cualquier asunto a tratar con estas hermanas se debía hacer a través de Castro, o del sacerdote que éste hubiere delegado<sup>65</sup>. Éste nombró al poco tiempo como su delegado al P. José María Ibarreta, de la orden de los predicadores, especialista en Derecho Canónico y superior de los dominicos en Caracas.

El decreto de la Santa Sede fue aceptado por Machado en estos términos: “Ante todo yo soy hijo de la Iglesia y sacerdote y si siempre fui pronto a obedecer a las órdenes de la Iglesia hasta en las cosas mínimas lo haré de manera especial en cosas de gran importancia. Y por lo tanto acepto humildemente el decreto del Santo Oficio”<sup>66</sup>.

El proceso que se llevó contra Machado, y que dio como resultado la separación del fundador de la congregación, se convirtió luego para el delegado Giuseppe Aversa en ocasión de temor. Después de conocer el fallo de la Santa Sede, Aversa manifestó un miedo y terror sin igual por el posible retorno de Machado. Una de las razones fue que por más que impuso a las interrogadas el secreto pontificio con todas las amenazas del caso, el problema se le fue de las manos, pues ya había traspasado las barreras de la comunidad y estaba rondando en la calle. Por ende, los amigos de Machado, que eran muchos, comenzaban a manifestar su desacuerdo con la Santa Sede, y más en concreto con la delegación apostólica, por la injusticia que se estaba cometiendo contra el sacerdote a quien tanto querían y a quien tanto debían.

Es así que el delegado escribió a la Secretaría de Estado del Vaticano una carta el 13 de septiembre de 1910, en la que dijo que “lo mejor sería que el P. Machado no tornase jamás a Venezuela”<sup>67</sup>. ¿Por qué? Según Aversa, en primer lugar, porque algunas hermanitas habían regado la especie (ciertísima, por lo demás) de que se estaba tratando de separar al P. Machado de la Congregación, y la gente, que le quería mucho, estaba indignada por ello. En segundo lugar porque el P. Lamolla, fiel amigo de Machado, que decía ser además amigo de muchos años del cardenal Vives y Tutó, había hecho ver a algunas hermanas la injusticia que se estaba cometiendo contra el fundador, y éstas se habían prevenido contra el delegado apostólico. Y en tercer lugar, porque el P. Constantino de la Vega, lo cuenta el mismo Aversa,

---

<sup>65</sup> Cfr. SUPREMA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL SANTO OFICIO, “Decreto”, 12-11-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 82: “El sacerdote Santiago Machado sea amonestado en manera gravísima en el Santo Oficio y se le ordene so pena de suspensión *a divinis* con la sola transgresión *ipso facto incurrenda* que se abstenga en el porvenir de cualquier relación, sea moral, sea económica, sea directa, sea indirecta, sea personal, sea por correspondencia, sea por sí mismo, sea por intermedio de personas, con la Congregación por él fundada y con todos y cada uno de sus miembros”.

<sup>66</sup> SUPREMA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL SANTO OFICIO, “Decreto”, 12-11-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 82.

<sup>67</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Merry del Val”, 13-9-1910, n° 490/1965, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 60.

“cometió una de las impertinencias más colosales que se pueden imaginar”<sup>68</sup>. Así narra el prelado la mencionada impertinencia: “Como una de las Hermanas me había pedido poder confesarse con él, pedí al Ordinario que lo autorizara. Él se fue un día a una de las Casas de las Hermanitas para decir a la Superiora la autorización recibida. No encontró a la Superiora; llamó otras Hermanas y comenzó un discurso tremendo contra el P. Machado, despotricando la vida y aquello que no son precisamente milagros del mismo, dentro y fuera de la Congregación, que estaba separado de la Santa Sede, que corría por la vía de la perdición. Y continuó largamente, gritando y agitándose y conmoviéndose; y agregando que el momento de la expiación había llegado: el Delegado, el Arzobispo y la Santa Sede sabían todo”<sup>69</sup>. La impertinencia de Constantino fue calificada por Aversa como “un verdadero desastre”. Y el desastre consistió sobre todo en las consecuencias que tuvo esa “impertinencia”: lo que gritando había dicho el capuchino a las hermanas trascendió a la gente de la calle, que comenzó a recurrir a los tribunales, al gobierno, e incluso al presidente, diciendo que el delegado apostólico estaba excediendo los límites de sus atribuciones. Es curioso que el desastre que refiere Aversa haya sido cometido por un fraile a quien consideraba en una carta anterior como un “piadoso y santo religioso”<sup>70</sup>.

Ahora bien, ¿por qué Aversa tenía tanto miedo de que Machado regresara a Venezuela? La verdadera razón la da él mismo en el comunicado: aunque la calma parecía tomar, gracias a las amenazas del delegado contra los que siguieran hablando o manifestándose a favor de Machado, “el día que el P. Machado retorne aquí no se qué sucedería. Ya la mayoría de las Hermanas tiembla al pensarlo. Las pocas Hermanas adictas a él, con los padres iguales a él, van pregustando los gozos de la venganza. En la Congregación sería el fin del mundo. ¿Y fuera? Yo he dicho a V. E. otras veces que el P. Machado goza afuera de una cierta reputación y conoce muchos hombres políticos. Si él y sus amigos hacen conocer estas cosas a esta gente se abriría la era de escándalos, gritos y toda clase de insolencias contra la Santa Sede y contra la Iglesia. Se sabe que oficialmente el gobierno no quiere reconocer en el Delegado Apostólico algunas jurisdicciones espirituales”<sup>71</sup>.

En una comunicación enviada a la Santa Sede el 18 de septiembre, Aversa reiteró que “el retorno del P. Machado a Venezuela podría traer consecuencias desastrosas”<sup>72</sup>. Fue por

---

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 61.

<sup>69</sup> *Ibidem*.

<sup>70</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 16-7-1910, n° 360/1801, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>71</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Merry del Val”, 13-9-1910, n° 490/1965, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), pp. 61-62.

<sup>72</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Mariano Rampolla”, 18-9-1910, n° 490/1972, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 65.

ello que en Roma intentaron retenerlo, como dice la comunicación que el cardenal Merry del Val envió a la delegación apostólica en Venezuela el 15 de octubre de 1910. La misiva indicaba que se estaban poniendo todos los medios para lograrlo, pero a juzgar por su retorno, no parece haber sido cierto que se hayan puesto todos los esfuerzos.

Los temores del delegado apostólico fueron corroborados por los rumores de la hermana Esperanza de San José, que se había enterado de que en Maiquetía iban a hacer una manifestación a la Santa Sede en favor de Machado. Sor Esperanza comunicó al delegado la sospecha de que el P. Luis Ramón Rada y el pueblo tenían parte en la organización de esa manifestación.

Conociendo de la acción de Aversa, en la que no se tuvo ninguna contemplación con el acusado, se explica que Machado dijera, con la acidez y agudeza que le caracterizó, que “el delegado Mons. Aversa (...), había instalado contra mí el tribunal de la Inquisición, como en los mejores tiempos de Don Juan de Torquemada, imponiendo excomuniones a quién revelara el secreto de lo que él hacía”<sup>73</sup>.

## **5. La visita apostólica a la congregación**

El 12 de noviembre de 1910, la Santa Sede ordenó hacer una visita apostólica a la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía. El documento correspondiente fue enviado al arzobispo Juan Bautista Castro. En ese decreto se le nombró visitador apostólico, con las facultades para corregir, subsanar y rectificar cuanto fuera necesario en la congregación. Castro, de acuerdo con Aversa, nombró a su vez como delegado suyo para la visita apostólica al P. José María Ibarreta, como ya hemos asomado antes.

José María Ibarreta llegó a la casa madre de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía el 28 de diciembre, y pidió a la superiora que reuniera a la comunidad en la capilla. Les leyó la carta por la cual el arzobispo, con autorización de la Santa Sede y de acuerdo con el delegado apostólico Aversa, le nombraba visitador apostólico de la congregación de las Hermanitas de los Pobres, y que en adelante el P. Machado, “fundador de dicha congregación”, se podía comunicar sólo con él en lo relativo a la congregación. Con la autoridad que se le otorgó, Ibarreta se dispuso a visitar las casas de la congregación, donde ya había gran turbación debido a los interrogatorios inquisitoriales de Aversa. Ibarreta tuvo que estudiar muy bien la situación de la congregación, y como la cosa era tan compleja, la visita duró casi un año, concluyéndose oficialmente el 5 de noviembre de 1911.

Durante la visita apostólica de Ibarreta, salieron a la luz algunas irregularidades canónicas en la congregación, debidas en gran parte a la inexperiencia del fundador sobre la

---

<sup>73</sup> S. MACHADO, “Carta al Pbro. Carlos Valiente”, 23-1-1911, en: AHHPM (sin numerar).

vida consagrada y a sus escasos conocimientos en derecho canónico. Téngase en cuenta que la vida religiosa estuvo prácticamente extinguida en Venezuela hasta la fundación de esa congregación. No existían aún congregaciones religiosas autóctonas, y no había experiencia en la cual apoyarse.

A las acusaciones de faltar a la castidad que alzaron contra el fundador, se unieron otras más. Por ejemplo, se decía que había hermanitas que entregaban el fruto de la recolección y de la limosna que pedían en las casas, directamente al fundador y no a la ecónoma, lo cual era una muestra de que el fundador no respetaba los cauces establecidos para recibir las donaciones.

Esas hermanas también manifestaron su descontento porque decían que las novicias no debían salir a recoger limosna, y porque tampoco estaba claro si las que estaban achacosas debían o no recoger limosna. También estaban molestas porque no sabían qué tipo de clausura debían tener, porque no estaban de acuerdo con que la congregación recibiera casas que sostenía el gobierno, porque no estaba claro que ellas eran verdaderas religiosas, porque el horario no estaba en las constituciones y decían entonces que no debía ser obligatorio, y un largo etcétera. En el fondo, muchas cosas eran cuestiones de casuística, y sin embargo se cargaba la responsabilidad sobre el fundador, que era quien había guiado el camino práctico de la congregación, además de haber redactado las normas que debían ser observadas.

Ibarreta visitó personalmente las casas de Caracas, Puerto Cabello, Valencia, Los Teques y Maiquetía. Las casas de Barquisimeto, El Tocuyo y Barranquilla no pudieron ser visitadas debido a la distancia y a las múltiples ocupaciones del visitador. Pero éste se informó minuciosamente sobre la situación en aquellas casas, con lo cual pudo tener una idea de cómo andaban las cosas.

Al final de la visita, Ibarreta elaboró un informe acerca de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, en el que resultó que los capítulos generales celebrados en 1903 y 1909 fueron nulos y anticánónicos, pues no se ajustaron a las leyes canónicas vigentes. Debido a ello, Ibarreta apuntó que había que sanar en la raíz los nombramientos de superiora general y de consejeras locales, los actos realizados por ellas desde el capítulo general de 1903, así como los votos emitidos por todas las religiosas desde esa fecha. Según Ibarreta, esas eran “las irregularidades más salientes” que había podido observar en la institución.

Para poder subsanar esos actos nulos, las hermanas tuvieron que renovar sus votos. Se les explicó que esos actos habían sido nulos porque “se habían dejado de cumplir algunos artículos de las Constituciones”<sup>74</sup> por ignorancia. Todas las hermanas pidieron la subsanación

---

<sup>74</sup> HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 122.

de sus votos, a excepción de Filomena y Guillermina, que no renovaron y dejaron la congregación.

Además, la visita apostólica arrojó que muchos puntos de la Constitución para los institutos de vida consagrada no se observaban con fidelidad, sobre todo porque la mayoría de las superiores de las casas ignoraba las normas del derecho. Esa responsabilidad se cargó sobre el fundador, que en parte la tenía, aunque movido por poderosas razones: la más importante era que tenía la conciencia de estar actuando al margen del derecho civil, y no quería que le atacaran diciendo que su institución era ilegal en Venezuela, donde estaba prohibida la vida conventual. Machado quería que su congregación se pareciera externamente lo menos posible a un convento, y por ello se hacía la vista gorda en cuestiones de derecho canónico sobre la vida religiosa. Ya había sufrido en carne propia los ataques del periódico “El libre examen” en 1890, en los que se le acusó de actuar contra la ley, pidiendo que se hiciera desaparecer la obra que había fundado, calificada por los anticlericales como un “peligroso intento”.

La visita apostólica también dispuso que la madre María de los Ángeles, entonces secretaria general de la congregación, quedara privada de voz activa y pasiva para todo cargo general del Instituto, quedando imposibilitada para ser nombrada maestra de novicias, privación que debía durar doce años. La visita dictaminó que durante los dos períodos de gobierno de sor María de los Ángeles, “no se observaron las Constituciones ni aún siquiera las leyes más elementales”<sup>75</sup>. Según Ibarreta, debido a que María había permitido la injerencia de Machado en la administración de los bienes del Instituto, se originaron muchos males.

Otra de las irregularidades que salieron en la visita apostólica fue la gran deuda que contrajo el fundador para poder sostener las obras sociales de la congregación. Ibarreta constató que esta deuda fue contraída por haber actuado al margen del derecho, pues el consejo de la congregación nunca lo autorizó a contraer dicha deuda. Las hermanas que redactaron el informe secreto que hemos referido antes, explican el desafuero diciendo que aunque efectivamente no se había observado en ese punto la Constitución, el fundador “estaba autorizado moralmente porque todas lo sabíamos y de hecho era aceptado”<sup>76</sup>. Una vez más, la libertad con que Machado actuaba en estos asuntos se convirtió en una soga para su cuello. Lo peor fue que el visitador concluyó que la congregación no tenía ninguna deuda, sino que ésta era exclusiva del fundador, que la contrajo sin autorización del consejo de la congregación, y que por tanto no tenía derecho a reclamar los bienes que demandaba de las hermanitas al ser separado de la congregación. En definitiva, según Ibarreta la congregación

---

<sup>75</sup> J. M. IBARRETA, “Resultados de la visita apostólica”, 5-11-1911, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 124.

<sup>76</sup> AA.VV., “Sub secreto”, 1-11-1914, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 86.

no tenía porqué entregarle la Casa madre en restitución de nada. Pero al final, las hermanas sabían que la deuda que contrajo Machado fue por el bien de la congregación, y por ello prevaleció la decisión de entregarle la Casa madre, para satisfacer la justicia más básica.

En cuanto al número de religiosas se refiere, el balance de la visita fue el siguiente. Al comenzar la visita apostólica, había noventa y un hermanas en la congregación. Durante la visita, nueve abandonaron la congregación (de las cuales sólo Alejandrina era de votos perpetuos), cinco fueron dimitidas y dos fallecieron. Al final de la visita, el 5 de noviembre de 1911, quedaban en la congregación setenta y cinco hermanas profesas y dos novicias.

Debido a la disminución de hermanitas, el consejo general de la congregación se vio en la necesidad de disponer el cierre el Hospital de Los Teques, el día del final de la visita.

## **6. El retorno a Venezuela (11-1-1911)**

A Machado le empezaba a afectar el invierno romano y es muy probable que no le quedaran muchos medios económicos para seguir en Roma, así que partió de la ciudad eterna a fines de noviembre de 1910. Llegó a Lourdes el 1° de diciembre, con la intención de celebrar allí la fiesta de la Inmaculada, que es el 8 de diciembre.

El 11 de enero de 1911 arribó a La Guaira. Su llegada tomó por sorpresa a Aversa, que había puesto todos los medios para impedir su retorno. Su recibimiento fue apoteósico. Se había corrido la especie de que lo habían expulsado del estado clerical, y por eso algunos pensaban que regresaría sin sotana. Pero sus partidarios comentaban que “aunque venga sin sotana, siempre será para nosotros el Padre Machado”. Sin embargo, llegó con sotana y con la cabeza en alto, aún cuando la sentencia de Roma no le favoreció.

En La Guaira le esperaba mucha gente, que le hizo un recibimiento espectacular, mucho más grande que el que solía hacérsele cuando regresaba de los viajes largos. En ese mismo barco viajaba el nuevo delegado apostólico para Venezuela, monseñor Carlo Pietropaoli. Cuando el barco se aproximaba al puerto, el padre estaba en la cubierta divisando el Litoral y el capitán le dijo: “Padre, en La Guaira pasa algo, pues por el largavista he observado una gran concentración de agentes en el muelle”. El padre tomó el largavista, observó y dijo al Capitán: “Seguro que usted trae alguna persona importante”. El capitán le contestó que salvo el delegado Pietropaoli, no había nadie importante en el barco. Pero a Pietropaoli nadie le conocía y nadie le esperaba. La verdadera razón del gentío era el padre Machado.

Apenas divisaron su sotana, la multitud prorrumpió en gritos de alegría y en ovaciones al antiguo párroco de Maiquetía. El alboroto del recibimiento fue tan grande que algunos cayeron al mar empujados por la multitud. Lo llevaron en comparsa a Maiquetía, y lo detuvieron en la plaza Los Maestros, y gritaron allí varias veces: “Viva el Padre Machado”,

porque sabían que frente a esa plaza se hallaba temperando el arzobispo Castro, que en el proceso contra Machado, había vuelto la espalda a su antiguo amigo. Cuando Machado vio que se detenían ante la residencia del arzobispo, gritó con voz más fuerte: “Viva el arzobispo Castro”, y todos los presentes le hicieron coro, tanto que el arzobispo tuvo que salir, intimidado por el P. Baudilio Rodríguez, que también se estaba quedando con él en la residencia. De inmediato Castro telefoneó a Aversa, para darle la “mala noticia” de que Machado había regresado.

La irritación de Aversa por el retorno del sacerdote llegó a límites insospechados: el delegado llegó a reprochar al secretario de Estado Vaticano que lo hubieran dejado venir a Venezuela. Y no contento con eso, atribuyó al retorno de Machado la decisión que tomó el gobierno gomecista de no permitir la entrada de sacerdotes extranjeros a Venezuela. El delegado pensaba que la represalia del gobierno contra la Iglesia se debía a la influencia malsana del sacerdote aclamado.

Machado se alojó en la casa de su amigo, el presbítero Luis Ramón Rada, que siempre le apoyó, aún en los más duros momentos. Rada siempre quiso mucho a la congregación. Tenía una hermana en ella, que se llamó en religión Carlota de San José, y que llegó a ser superiora general. Tiempo después llegó a tener en ella también a tres sobrinas.

Al poco tiempo de estar en Venezuela, Machado se enteró del malestar que había causado su retorno. El supremo disgusto de los obispos Aversa y Castro, fue causado no sólo por el simple regreso del sacerdote, sino también por la ovación que le propinó el pueblo con ocasión de su llegada. Así lo expresó Machado en una de sus cartas: “Es verdad que hubo a mi llegada una manifestación extraordinaria de los pueblos de la Guaira y Maiquetía, sobre todo este último, al cual he consagrado las energías de toda mi vida; pero para mí fue inesperada y mortificante (...) porque supuse que la llevarían a mal mis enemigos, principalmente el Delegado y el Arzobispo, y así fue en efecto, supe después que a ambos les había ardido esa recepción, y estaban más furiosos que nunca contra mí. Pero ¿qué culpa tenía yo de esa recepción que resultó superior a las otras cinco que me habían hecho con motivo de los cinco viajes anteriores a Europa?”<sup>77</sup>. Este recibimiento fue mal recibido por los prelados porque se interpretó, según dijo Machado, “como una protesta contra el delegado y mi separación de la Congregación”<sup>78</sup>. Su llegada fue tan comentada, que un periódico ultra liberal publicó su retrato, como muestra de reconocimiento para con el famoso sacerdote. Esto acabó de crispar los ánimos de Aversa y de Castro, pues vieron en ello una afinidad entre el cura y la prensa liberal anticlerical, y confirmaron así una vez más su idea de lo peligroso que era este sacerdote.

---

<sup>77</sup> S. MACHADO, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 4-3-1912, en: AHHPM (Cartas 1912-1914), p. 32.

<sup>78</sup> S. MACHADO, “Carta al Pbro. Carlos Valiente”, 23-1-1911, en: AHHPM (sin numerar).

Tan pronto llegó, Machado se dirigió a Caracas, y desde allí comenzó a preparar la peregrinación de la Virgen de Lourdes que tendría lugar el 11 de febrero. Pero Aversa estaba muy nervioso por ello, pues lo veía como una manifestación popular a favor de Machado. Aversa llegó a decir que “la peregrinación misma mientras sirve de propaganda, es una fuente de especulaciones y de desórdenes morales. A Maiquetía bajo el pretexto de la peregrinación, la gran muchedumbre va a gozar y a ser peor”<sup>79</sup>. Afortunadamente, el ataque de Aversa cesó cuando el 5 de abril de 1911 lo enviaron a la nunciatura apostólica de Brasil.

Al poco tiempo del retorno del fundador, una hermanita le vio por la calle en una ocasión y le pidió la bendición. Ya estaba vigente la prohibición de la comunicación entre el fundador y las hermanitas. Sin embargo, como esta prohibición no decía que no se las podía saludar, Machado le dio la bendición y le dijo: “aunque indigno, siempre soy su padre”. Al llegar a su casa, la religiosa no aguantó el sentimiento y rompió a llorar, por el dolor que le produjo ver al fundador separado de ellas. Entonces sus superiores, que vieron en las lágrimas de la hermanita una muestra de mal espíritu, la mandaron a confesarse con el P. Ibarreta.

## **7. Las secuelas de la separación**

La crisis de la congregación por la separación de su fundador se comenzó a manifestar con la renuncia presentada por la madre María de los Ángeles a su cargo de secretaria general, “por no tener fuerzas físicas ni morales para su desempeño”<sup>80</sup>. La sustituyó Esperanza de San José.

María de los Ángeles se había sentido muy dolida por las conclusiones de la visita apostólica realizada por el P. Ibarreta. Sobre todo por aquello de que casi todos los actos canónicos de la congregación, realizados en su último mandato, habían sido nulos, incluida su elección en 1903 como madre general.

Como algunas hermanitas querían cargar la responsabilidad de las nulidades canónicas sobre Machado, María de los Ángeles reconoció que muchas de las irregularidades jurídicas que se hicieron bajo su mandato la tenían como única responsable a ella misma: “nos alarman las irregularidades que vemos y yo seré la primera en reparar con todo lo que esté mi alcance, mis descuidos e ignorancia anteriores”<sup>81</sup>. Más bien la religiosa reconoció que Machado sólo había hecho con ellas cosas buenas: “lo amamos como un verdadero Padre,

---

<sup>79</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Merry del Val”, 24-1-1911, n° 673/2212, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 88.

<sup>80</sup> PASTORA DE SAN JOSÉ, “Carta a la superiora del Hospital San José”, 6-11-1910, (circular N° 15), en: AHSJ.

<sup>81</sup> MARÍA DE LOS ÁNGELES, “Carta al Card. Vives y Tutó”, Valencia, 8-6-1911, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 117.



y sabemos apreciar todo lo que ha hecho por la Congregación y sobre el bien espiritual de cada una de las religiosas, que jamás nos podemos olvidar de sus enseñanzas”<sup>82</sup>.

Estas expresiones se enmarcan en un contexto un tanto complejo. Hemos de recordar que María de los Ángeles, contrariamente a los sentimientos del fundador, no sentía el debido aprecio por la madre Emilia de San José, y por ello destruyó en 1893 todo lo que pudo haber testificado la virtud de la fundadora, con la excusa de que podía estar contaminado con alguna bacteria. Por otra parte, Machado muchas veces estuvo en desacuerdo con María de los Ángeles, sobre todo en lo referente a su modo “tiránico” de gobernar, en el que casi no había consultas, y donde no se llevaba registro escrito de casi nada. Al final de su vida, en 1936, cuando formaba parte de las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver, María reconoció haberle hecho mucho daño a la congregación, y de ello se desahogó con Felicitas (Rafaela Serrano Guerra en el siglo), considerando su ceguera y sus sufrimientos finales como una ocasión para hacer penitencia: “pida mucho por todas y también por mí, yo me quedo sola con Jesús, sin ejercicios, ni oigo, ni veo, y el cuerpo dolorido; tengo esperanza de partir pronto, ese es mi deseo, en fin tengo que sufrir para expiar todo el mal que hice en la otra congregación”<sup>83</sup>.

En cambio, el caso de la entonces superiora general, Felicitas de San José, era distinto. Su aprecio hacia el fundador era a prueba de todo. Nunca se mostró, ni antes ni después del proceso, recelosa con Machado. Y por ello estaba sufriendo tanto lo que estaba pasando, porque le parecía sobre todo una falta suprema de lealtad y de justicia. Y mientras fue superiora general puso todos los medios para mantener intacta la buena fama de Machado, sin lograr el fruto esperado. Por ejemplo, en abril de 1911, habiendo sido informada que con frecuencia se oían murmuraciones entre la comunidad sobre los asuntos actuales de la congregación, tuvo que prohibir terminantemente que se hablara sobre el tema. Pero no fue obedecida, y es que Felicitas, en medio de esos momentos críticos, estaba prácticamente sola en el gobierno de la congregación. En efecto, tenía a todo el consejo en su contra, con excepción de la vicaria general, sor Eugenia de San José.

Felicitas quiso también que se hiciera justicia con Machado en el aspecto económico, restituyéndole lo que se le debía. Para ello tuvo que arreglar el problema jurídico de la congregación de cara a las autoridades civiles, pues el decreto de extinción de los conventos y fundación de nuevas congregaciones estaba aún vigente. La solución era entonces constituir una asociación, y ello se logró en noviembre de 1911, fecha en la que Felicitas comunicó que a efectos civiles la congregación se llamará en adelante “sociedad”<sup>84</sup>.

---

<sup>82</sup> *Ibidem*.

<sup>83</sup> MARÍA DE LOS ÁNGELES, “Carta a Rafaela Serrano”, Colombia, 26-11-1936, en: AHHPM (cartas sueltas).

<sup>84</sup> FELICITAS DE SAN JOSÉ, “Carta a la superiora del Hospital San José”, 28-11-1911, en: AHSJ.

La preocupación de Felícitas por el estado económico en que quedó el fundador luego de la separación, la llevó a hipotecar una casa de su familia. Como fruto de esa hipoteca, le entregaron unas monedas de oro, y ella las dio al fundador. Felícitas hizo esto en total sigilo, y se lo confió años después a Carlos Soria, quien refirió cómo Felícitas entregó a Machado, apenas bajó en La Guaira del barco que venía desde Roma, “una cartera llena de monedas de oro, dinero que el Padre tardó mucho en poderle pagar”<sup>85</sup>.

Para lograr una restitución justa al fundador, se propuso entonces el deslinde de bienes entre él y la congregación. Esta fue una cuestión muy espinosa, pues amén de que la congregación no tenía personalidad jurídica por estar aún vigente la prohibición de conventos en el país, el fundador había puesto todos los bienes de la congregación a su nombre. Esto lo hizo no sólo para cubrirle las espaldas a sus hermanitas, sino también porque era la única manera de que los hospitales y asilos de la congregación funcionaran sin acarrear problemas jurídicos. Para adquirir todos los bienes de las ocho casas que entonces tenía la congregación (incluyendo las mismas propiedades), el fundador tuvo que endeudarse grandemente. De hecho, en 1911 la congregación tenía una deuda, en la persona de Machado, de 18.000 pesos, el equivalente a 80.000 bolívares. Por eso en la cuestión del deslinde de bienes Machado pidió a las hermanitas que le pagaran a él la cantidad que él adeudaba, poniendo esto como condición para que la propiedad de todas las fincas y terrenos donde estaban las casas de la congregación fueran traspasadas a la misma congregación. Recordemos que todas esas propiedades, desde el punto de vista jurídico, le pertenecían.

Para llegar a un acuerdo en el asunto del deslinde de bienes, cada una de las partes eligió a un abogado que le representara. El fundador eligió al doctor José A. Bueno, mientras que la congregación, representada por la madre Felícitas y su consejo, escogió como abogado al doctor Juan Bautista Bance.

Durante la discusión acerca de la separación de bienes, el abogado de las hermanitas, Juan Bautista Bance, propuso en un principio que para arreglar el asunto lo primero que tenía que hacer el fundador era traspasar todos los bienes en los que la congregación ejercía su labor, que estaban a su nombre, al instituto. Además, propuso a las hermanitas que pagaran la deuda a Machado en efectivo (18.000 pesos), arguyendo que con la Casa madre Machado no podría satisfacer a sus acreedores, que le pedían continuamente el pago de la deuda. Como el visitador Ibarreta se transó diciendo que no podía ser así por decisión del consejo de la congregación, Bance se retiró del caso por estar en desacuerdo con Ibarreta, y le sustituyó el doctor Carlos F. Grisanti.

Pero como las cosas no acababan de resolverse, Machado propuso al arzobispo que se pusiera un árbitro para solucionar rápidamente el asunto. Se llamó entonces al doctor

---

<sup>85</sup> C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 69.

Juliac, que armó un “alboroto imprudente” y como consecuencia fue dado de baja del caso. El último cartucho fue poner en manos del gobierno todos los expedientes. El remedio fue peor que la enfermedad, pues con ocasión de ello Machado fue citado por altos funcionarios, y no se sabe por qué, amenazado con cárcel. Pero la cosa no pasó de allí.

Al final, después de tantos manejos, la cuestión se dilucidó de la siguiente manera: Machado debía recibir en plena propiedad y posesión la Casa madre de la congregación, ubicada en Sabana del Blanco, al pie del Ávila. Pero a su vez quedaban a su cargo todas las deudas de la congregación adquiridas hasta el momento en que fue separado, que alcanzaban los Bs. 80.000. Por su parte, el fundador debía transmitir la plena propiedad y posesión de todas las fincas donde estaban las casas de la congregación, libres de gravámenes. Para poder realizar la transacción en forma legal, la congregación tuvo que regularizar su personalidad jurídica. Para ello la institución pasó a llamarse en adelante “Sociedad de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía”, de cara a la autoridad civil.

Pero el deslinde de bienes tardó más de lo esperado, y el abogado de Machado (el doctor Bueno) tuvo que solicitar más premura para el caso. Pudo concluirse por fin en 1913, cuando el padre recibió de la congregación la Casa madre, ubicada en el extremo norte de la avenida Baralt, al pié del Ávila. Machado pudo haber vendido esa propiedad para pagar la deuda de los Bs. 80.000 que tenía contraída. El terreno y la construcción de la Casa madre en Sabana del Blanco le había costado en total unos 130.000 bolívares. Si lo hubiese vendido a ese precio, habría podido pagar su deuda tranquilamente y le hubiera quedado un remanente de Bs. 50.000. Sin embargo, prefirió emplear la edificación para instalar allí la escuela del Niño Jesús, que había iniciado en el sector de Caracas donde vivía hasta entonces (de Cuño a Guanábano). La resolución de Machado no era nada rentable, pero sin duda más beneficiosa para los niños necesitados de esa zona de Caracas.

Por su parte, la situación interna de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía posterior a la separación de su fundador fue de grave crisis. Muchas hermanas dejaron la congregación por la división interna que había en ella o bien porque consideraban que la separación del fundador había sido una gran injusticia.

Debido a la deserción de religiosas en la congregación, algunos acusaron a Machado de alborotar a las hermanas, diciendo que pedía a sus más allegadas que abandonasen el instituto. Eran tales estas habladurías, que Machado tuvo que hacer manifestación pública de su inocencia en el Diario “La Religión” del 11 de noviembre de 1911: “He sabido que se dice, con motivo de los últimos acontecimientos de la Congregación de Hermanitas de los Pobres que yo estoy en abierta rebelión ó contradicción con la Santa Sede, suponiendo que yo excito á aquellas á que abandonen la Congregación. Todo eso es falso, pues siempre he sido hijo sumiso y amoroso de la Santa Iglesia y defensor de sus derechos y de su autoridad

hasta estar dispuesto a dar mi vida por esta causa”<sup>86</sup>. Y se defendió diciendo: “Cuanto a que yo haya excitado a alguna Hermanita de los Pobres a que salga de la Congregación, por cualquier motivo que sea, lo niego en absoluto y reto a cualquiera de ellas a que diga, con verdad, lo contrario, pues yo vería con sumo dolor la destrucción de una Obra que la juzgo de grande utilidad para la Iglesia y para la Patria, y a la cual consagré veintiún años de mi vida”<sup>87</sup>. Lo que sí era verdad era que algunas hermanas habían abandonado la congregación como muestra de apoyo hacia el fundador, y fueron las que, como veremos más adelante, se retiraron a Barranquilla para fundar una nueva congregación, pues consideraban que sólo así se habría podido mantener el espíritu primitivo con que fueron fundadas de las Hermanitas de los Pobres.

Aunque algunos se hayan empeñado en decir que la crisis que sufrió la congregación fue culpa de su mismo fundador, no faltaron voces que descargaban la responsabilidad sobre Juan Bautista Castro. Fue el caso de la hermana Clotilde de San José, que llegó a elevar una apremiante súplica al arzobispo, diciéndole: “Monseñor, salve la Congregación! Como cristiana, como religiosa y como venezolana se lo pido!”<sup>88</sup>.

Castro hizo lo que pudo. Debido a la tensa situación de división en que estaba la congregación, y considerando que Felicitas de San José contribuía a ella por su adhesión a Machado, el 2 de febrero de 1912 Castro le solicitó a la madre Felicitas la renuncia de su cargo, *la cual aceptó*. En efecto, la madre Felicitas la estaba pasando muy mal, y por ello la petición de su renuncia a fin de cuentas iba también a significar un alivio para ella. Felicitas envió la carta de renuncia el 3 de febrero. El arzobispo respondió *ipso facto* a la petición, el 5 de febrero de 1912, con estas lacónicas palabras: “En nombre de la Santa Sede aceptamos la presente renuncia”<sup>89</sup>.

Felicitas había sido superiora general por casi tres años. Nunca había recibido apoyo de Castro mientras fue madre general, porque el arzobispo sabía que su lealtad hacia Machado era inquebrantable. Felicitas también estaba descontenta con el visitador apostólico Ibarreta, y llegó a quejarse ante el cardenal Vives de que Ibarreta, desde que fue nombrado visitador apostólico de la congregación, “empezó a dar leyes y órdenes muchas de ellas contrarias al espíritu de la Congregación”<sup>90</sup>. Su impresión era compartida por otras hermanas,

---

<sup>86</sup> S. MACHADO, “Manifestación”, en: Diario *La Religión*, 11-11-1911. El 9 de marzo de 1912 Machado tuvo que recurrir al gobernador del Distrito Federal para denunciar la campaña en su contra, y defenderse de la acusación de que había mandado lanzar piedras a las casa de las hermanas: cfr. S MACHADO, “Carta al gobernador del Distrito Federal”, 9-4-1911, en: AHHPM (cartas, 1882-1914), p. 37.

<sup>87</sup> S. MACHADO, “Manifestación”, en: Diario *La Religión*, 11-11-1911.

<sup>88</sup> CLOTILDE DE SAN JOSÉ, “Carta a Mons. J. B. Castro”, 31-1-1912, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>89</sup> J. B. CASTRO, “Carta a la madre Felicitas”, 5-2-1912, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>90</sup> FELICITAS DE SAN JOSÉ, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 3-1-1911, en: AHHPM (sin numerar).

entre las que se encontraba María de los Ángeles de San José. Ésta escribió también al cardenal Vives, diciendo que el arzobispo Castro había discriminado a las que apoyaban a fundador, y les había llamado “las del partido del Padre Machado”<sup>91</sup>. María de los Ángeles se quejó amargamente diciendo: “¿Será su Señoría que él le da ese nombre porque no le odiamos, aborrecemos, calificamos de ladrón; porque no nos avergonzamos de los beneficios recibidos por él y guardamos el agradecimiento en nuestro corazón?”<sup>92</sup>. María de los Ángeles prefirió llamarlas “partido de la autoridad legítima”, mientras que dijo que las otras deberían llamarse “partido de la Hna. Esperanza”. María denunció en esa carta que el visitador apostólico se había dejado conquistar por las del “partido de la hermana Esperanza”, las cuales la querían como superiora general, y de ello convencieron al arzobispo Castro, que acabó dándole ese cargo. Ello se realizó del siguiente modo.

Habiendo renunciado Felicitas, el arzobispo se reunió el mismo 5 de febrero con las hermanas de la congregación en la Casa madre, acompañado por los presbíteros A. M. García, M. T. Matute, R. Lovera, Nicolás E. Navarro, M. Acuña, Gustavo E. Wanloxten y M. A. Pacheco. Allí Castro recibió a todas las hermanitas de la congregación que vivían en las casas de Caracas, a quienes había convocado con carácter de urgencia a las 4 de la tarde. Inició la reunión leyendo la renuncia de la madre Felicitas. Inmediatamente se leyó el nombramiento de la madre Esperanza de San José como nueva superiora general. El arzobispo hizo esto a sabiendas de que Esperanza era una de las religiosas que había testificado contra el fundador. Éste fue un caso singular en la elección de superiora general, que en circunstancias normales se hacía a través del voto de las hermanas profesas. Castro consideró conveniente hacer un nombramiento a dedo, pues la división reinante en la congregación era muy grande. Además, sabía que la mayoría de las hermanas estaban a favor de Machado, y una elección por mayoría habría recaído seguramente sobre una de sus partidarias.

El nombramiento de la nueva superiora general recalcaba que tenía “todas las facultades, honras, prerrogativas y derechos que corresponden a las Superiores de esta misma Congregación cuando son elegidas en Capítulo”<sup>93</sup>. Por su parte, el consejo general de la congregación quedó conformado por la hermana Pastora (vicaria general) y las hermanas Ángela, Marta y Providencia (consejeras). Conforme a las normas del derecho, el 6 de febrero Castro comunicó al cardenal Vives el nuevo nombramiento que había realizado<sup>94</sup>. Esperanza de San José ejerció como madre general hasta el 19 de marzo de 1918.

---

<sup>91</sup> MARÍA DE LOS ÁNGELES, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 19-1-1911, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>92</sup> *Ibidem*.

<sup>93</sup> J. B. CASTRO, “Nombramiento”, 5-2-1912, en: AHHPM.

<sup>94</sup> Cfr. J. B. CASTRO, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 6-2-1912, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 18.

Luego de abandonar el cargo de superiora general, Felicitas decidió también dejar la congregación, pidiendo el 30 de enero de 1912 al cardenal Vives la dispensa de los votos perpetuos que había realizado el 1° de noviembre de 1907.

Además de Felicitas, otras 18 religiosas decidieron abandonar la congregación (incluida María de los Ángeles). La salida masiva de ese grupo de hermanas, fue interpretada por el arzobispo Castro como un acto de rebeldía, y así lo manifestó en un comunicado a los sacerdotes de la arquidiócesis de Caracas, publicado el 8 de febrero en forma de decreto, en el que informaba sobre un “escándalo inaudito”: “cierto número de religiosas de la Congregación de Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, han abandonado este Instituto a que pertenecen, en estado de rebelión y son de protesta contra la autoridad del Papa y del Obispo (...). Ha sido un pecado gravísimo, o mejor dicho, muchos pecados en uno, al cual tal vez se agrega una excomunión: estos pecados se han cometido con la más escandalosa publicidad”<sup>95</sup>. En ese decreto, el arzobispo dispuso: “ningún confesor podrá absolverlas fuera del artículo de muerte, sin habernos antes dado cuenta de cada caso”. Como había hecho en otras ocasiones, en ésta el prelado cargó la mano con todas sus fuerzas hacia las hermanas más afectas a Machado. Y ello causó gran molestia a las antedichas ex religiosas, que debido al decreto de Castro no podían ser absueltas por cualquier sacerdote sin permiso del arzobispo. El malestar era mayor en las más devotas, que solían confesarse frecuentemente.

Las principales destinatarias del decreto de Castro fueron las 18 que habían dejado la congregación junto con Felicitas. Éstas alzaron su voz contra ese decreto, siendo María de los Ángeles (en el siglo Isabel Lange) la vocera de ese grupo. Con manifiesto disgusto, María escribió nada menos que al papa Pío X el 9 de febrero de 1912, para defenderse de lo que ella consideraba una suprema injusticia, que contra las que habían dejado la congregación había infligido el arzobispo Castro. En primer lugar, María apuntó que la razón por la cual abandonaron la Institución fue porque el visitador apostólico, P. Ibarreta, había introducido en la congregación “reformas en contra del espíritu primitivo”: “hemos preferido salir, dejar nuestro amado Instituto, antes que ser traidoras a su primitivo espíritu”<sup>96</sup>. Por esto, se quejó amargamente de que el arzobispo Castro las hubiera acusado de que se han rebelado contra la Iglesia, diciendo que están en contra de ella. María apuntó que la crisis de la congregación no hubiese ocurrido “si Monseñor Castro no se hubiera mostrado completamente parcial desde el principio”<sup>97</sup>. Y una vez más, María defendió a Machado, diciendo que “jamás en los años que tengo en el Instituto vi nada que reprocharle a nuestro Fundador”<sup>98</sup>.

---

<sup>95</sup> J. B. CASTRO, “Decreto: A todos los sacerdotes de la Arquidiócesis que tengan facultad para oír Confesiones”, 8-2-1912, en: Archivo Arquidiocesano de Caracas, sección Episcopales, legajo 61 Ep (1904-1915).

<sup>96</sup> MARÍA DE LOS ÁNGELES, “Carta al papa Pío X”, 9-2-1912, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 21.

<sup>97</sup> *Ibid.*, p. 22.

<sup>98</sup> *Ibidem*. Esta afirmación viene reiterada por María en varias cartas, con particular énfasis.

Las protestas epistolares continuaron, y esta vez fueron dirigidas al mismo arzobispo. El 12 de febrero de 1912 un grupo de 14 ex religiosas, encabezadas por María de los Ángeles, envió a Castro una misiva en la que aclaraban que no salieron de la congregación “en estado de rebelión”, pues tenían el permiso correspondiente de la actual superiora general, ni “en son de protesta”<sup>99</sup>, pues lo habían hecho por razones de conciencia, mas no de rebeldía. María explicó que las religiosas que salieron lo hicieron acogiéndose a la disposición de la visita apostólica según la cual podían retirarse libremente “cuando no se sienten con fuerzas para la reforma del primitivo espíritu del Instituto”<sup>100</sup>. Cinco días antes, el 7 de febrero, María había publicado en el periódico “El Tiempo” una declaración en la que dio la razón por la cual se separó de la congregación: “que se han introducido reformas en el espíritu del Instituto”, y para apoyar esto citó una obra clásica de espiritualidad (Ejercicio de Perfección) de San Alonso Rodríguez, donde se dice: “Los reformadores del primitivo espíritu de un Instituto, no tienen el espíritu de Dios, sino el espíritu del demonio”. Esta cita lapidaria era la justificación de su decisión. Al final del artículo, María hizo la siguiente declaración: “Perdono de corazón todo el mal que se nos hace, pero pido a Dios, Justicia! Y que tenga misericordia!”<sup>101</sup>. María de los Ángeles formó parte luego de las que se fueron a Barranquilla a fundar la nueva congregación que se desmembró de la de Maiquetía.

Las que dejaron la congregación se mantuvieron en su decisión, con algunas excepciones. Así lo manifiesta una comunicación de la nueva superiora general, Esperanza de San José, del 23-9-1912, donde informó que las hermanas Hipólita, Cecilia, Felicitas, Casta, Carmen, Teodora, Caridad, Albertina, Eufemia, Ana Dolores, Rosa, Fermina, Amanda y Jesús, habiendo pedido y obtenido la dispensa de sus votos, no deben ser llamadas en adelante Hermanitas de los Pobres. Sin embargo, aclaró al final que las tres últimas (Fermina, Amanda y Jesús) pidieron dispensa, pero ingresaron de nuevo al instituto.

La salida de esa cantidad de hermanitas hizo poner en crisis la atención de las diversas casas, asilos y hospitales de la congregación, hasta el punto que se vieron obligadas a hacer disminuir la cantidad de plazas de los hospitales y asilos. Un ejemplo de esta realidad está en el hecho de que el 10 de mayo de 1912 la madre Providencia haya enviado una circular al hospital San José, donde se fijaba como tope la cantidad de 20 enfermos para ese hospital, no pudiendo aceptarse ni uno más.

Como balance general de la crisis de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía (1911-1912), las religiosas que dejaron la congregación con ocasión de la misma fueron treinta y dos, contando las novicias. Entre ellas siete volvieron a la congregación, donde

---

<sup>99</sup> AA.VV., “Carta al arzobispo Castro”, 12-2-1912, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 28.

<sup>100</sup> *Ibidem*.

<sup>101</sup> MARÍA DE LOS ÁNGELES, “Tarjeta. Despedida”, en: Diario *El Tiempo*, 7-2-1912. Citado por: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 138.

perseveraron hasta la muerte. Pero no todas las que dejaron, se retiraron de la vida religiosa. Algunas siguieron en su vocación, pero comenzaron otra nueva congregación religiosa, como veremos a continuación.

## **8. Las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver**

La mayoría de las que dejaron la institución definitivamente, especialmente las que siempre habían apoyado al fundador, se retiraron a Barranquilla (Colombia). Allí fundaron una nueva congregación llamada “Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver”. Ese grupo de hermanas fue liderado por la venerable Marcelina de San José, actualmente en proceso de beatificación. Su nombre completo era Luisa Marcelina Aveledo y Aveledo, nacida en Caracas el 18 de junio de 1874. Había ingresado en la congregación en junio de 1899 como hermana coadjutora. En febrero de 1909 fue destinada como superiora del Asilo de Barranquilla.

La nueva congregación se consideró una prolongación de la obra del P. Machado, e incluso para ellas él es su fundador. Se distinguieron por su cariño hacia el padre, y algunas solían mantener relación epistolar con él. Pensaron que los cambios introducidos por el visitador en las de Maiquetía traicionaban el espíritu primitivo de la misma, y por ello decidieron dejarla para fundar una congregación que fuera completamente fiel al espíritu con que Machado fundó a las Hermanitas de los Pobres en 1889. Sin embargo, no podemos decir que todas las que se quedaron en la congregación de Maiquetía fueron infieles al espíritu primitivo. Este espíritu fundacional se mantuvo en el grupo de religiosas de Maiquetía, que fiel a la Iglesia y a los fundadores vivieron su vocación tal como se lo habían enseñado los iniciadores del carisma. Ese grupo hizo posible que 27 años después Machado regresara a la institución como el gran regalo en sus bodas de oro sacerdotales. También perduró en las que reconocieron su error e intentaron repararlo como pudieron.

La nueva fundación no fue bien vista por el arzobispo Castro, que consideró el hecho como una insurrección. Llegó a afirmar que la “Casa de Barranquilla está enteramente en manos de las religiosas rebeldes que se quitaron el hábito protestando contra las órdenes de la Sagrada Congregación: tienen el propósito de formar allí una comunidad aparte, y todo esto lo están haciendo bajo la inspección y dirección del Pbro. Machado, secundado poderosamente por Sor María de los Ángeles, que (...) ha ido a Colombia únicamente para ponerse a la cabeza de la Casa insurrecta. La autoridad eclesiástica de Cartagena, a la cual pertenece la Casa de Barranquilla, parece inclinada a ayudar y proteger a estas Religiosas rebeldes con el propósito que tienen”<sup>102</sup>. Castro apuntó que le parecía “una monstruosidad” que esta nueva institución “se forme con Religiosas apóstatas que han dado el escándalo que

---

<sup>102</sup> J. B. CASTRO, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 23-4-1912, en: AHHPM (Cartas 1912-1914), p. 41.



ha asombrado a la sociedad de Caracas”<sup>103</sup>. Y añadió como colofón: “El Pbro. Machado es muy culpable y además muy responsable de todo eso”<sup>104</sup>.

No contento con lo dicho en esta misiva, el arzobispo envió a la Santa Sede otra en la que invitaba a la Sagrada Congregación de Religiosos a que declarase que la casa de Barranquilla “pertenece única y exclusivamente a la Congregación de Hermanitas que tiene su centro en Caracas y que las que ahora permanecen en ella la poseen indebidamente”<sup>105</sup>. Castro llegó a decir que el arzobispo de Cartagena, bajo cuya jurisdicción estaba la casa de Barranquilla, “no quiere por temor mezclarse en el asunto”<sup>106</sup>. La realidad era que el arzobispo de Cartagena apoyaba a las hermanas de Barranquilla, y las aprobó al cabo de un tiempo como congregación autónoma. Esta vez la Sagrada Congregación de Religiosos no hizo caso a Castro, y permitió que las hermanas “rebeldes” siguieran en Barranquilla, y no sólo eso, sino que al pasar un tiempo les dio también aprobación canónica. ¿Y qué razones tenía? El mismo arzobispo de Cartagena, monseñor Pedro Adán Brioschi, envió el 18 de mayo de 1912 una carta al cardenal Vives, en la que expuso el estado de la cuestión de la casa de Barranquilla, mientras afirmaba: “Yo no he querido mezclarme en tan grave cuestión porque la considero de la competencia de la Santa Sede y de esa Congregación, que sabrá vencer todas las dificultades”<sup>107</sup>. Aunque Brioschi dijo no querer mezclarse en el asunto, en realidad estaba apoyando subrepticamente a las hermanitas “disidentes” que se separaron de la congregación de Maiquetía para fundar una nueva. Así lo muestra el hecho de que el prelado enviara a la Santa Sede dos cartas de recomendación con la hermana María de los Ángeles, que viajó a Roma en mayo de 1912, en las que manifestaba su apoyo a la nueva fundación. De hecho, Brioschi no quería que se fueran de Barranquilla las ex hermanitas de los Pobres que estaban allí en el Asilo, pues “los únicos elementos favorables a la Iglesia que hay en esa ciudad”, habían amenazado con armar un motín si se retiraban las actuales directoras. Brioschi también temía que, de irse las hermanitas que según Castro eran rebeldes, la casa podría ser vendida a los masones<sup>108</sup>, con lo cual se hubiese acabado el centro asistencial que tanto bien estaba haciendo en Barranquilla, especialmente a los más necesitados. Era muy consciente del gran apoyo popular que tenían las hermanas. Además, las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía no tenían suficiente personal para enviar religiosas a Barranquilla, por lo que la permanencia de las hermanas “disidentes” en Barranquilla estaba

---

<sup>103</sup> *Ibidem*.

<sup>104</sup> *Ibidem*.

<sup>105</sup> J. B. CASTRO, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 17-5-1912, en: AHHPM (Cartas 1912-1914), p. 44.

<sup>106</sup> *Ibidem*.

<sup>107</sup> P. A. BRIOSCHI, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 18-5-1912, en: AHHPM (Cartas 1912-1914), p. 45.

<sup>108</sup> Cfr. P. A. BRIOSCHI, “Carta a la Hna. María de los Ángeles”, 20-7-1912, en: AHHPM (Cartas 1912-1914), p. 53.

permitiendo continuar esa gran obra social. Las hermanas de Barranquilla también recibieron un gran apoyo de parte del presbítero Carlos Valiente, gran amigo de Machado, que las defendió valientemente, pero a la vez veladamente. Aún así, no pudo librarse de los juicios de la autoridad, pues su apoyo fue interpretado como complicidad con la “rebelión”, por parte de Castro y de algunos jerarcas del Vaticano.

Como ya no se podía hacer nada más con estas hermanitas, dado el gran prestigio que tenían en Colombia, al final la superiora general de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, Esperanza de San José, decidió en junio de 1913 que las religiosas de Barranquilla quedaran separadas totalmente de la congregación de Hermanitas de los Pobres de Maiquetía. Juan Bautista Castro, que estaba a la cabeza de la congregación en Caracas, confirmó la moción de Esperanza, añadiendo la conveniencia de que se prohibiera a las hermanitas que estaban en Venezuela pasar a la casa de Barranquilla, bajo ningún pretexto.

Durante esos avatares, Machado se mantuvo siempre en contacto epistolar con Marcelina, Valiente y Brioschi. Lo hacía con mucha prudencia, porque no quería ocasionar problemas a las hermanas de Barranquilla, pues sabía que la autoridad eclesiástica de Caracas estaba en desacuerdo con la nueva fundación, como lo explicó claramente en una de sus cartas: “Yo tengo que observar una reserva muy grande en todo lo que se relaciona con este asunto, pues tengo por enemigo al arzobispo de Caracas que anda buscando algún pretexto para suspenderme”<sup>109</sup>. Se supo cuidar muy bien, pues la suspensión no llegó durante el gobierno eclesiástico de Castro. Llegaría años más tarde, en 1930.

Por su parte, Brioschi y Valiente apoyaron en todo a la nueva fundación, y gracias a ello Marcelina pudo llevar adelante su propósito, de continuar siendo fiel a su vocación a la vida consagrada, bajo la dirección de Machado, según el espíritu primitivo de la congregación que él fundó.

A finales de diciembre de 1912, Marcelina envió una comunicación a las hermanitas que querían unirse a ella en la fundación de una nueva congregación, en los siguientes términos: “El día 23 de este mes reuní a las Hermanas con el objeto de tratar el punto siguiente: Las Hermanas que estén de acuerdo con lo que hemos resuelto de independizar esta casa de las de Venezuela, y por consiguiente, aceptar algunas pequeñas reformas, quiero den a conocer que lo aceptan gustosas, incluyendo aquí sus firmas. Está demás decirles que esto ha sido muy consultado con los principales Miembros del Gobierno Eclesiástico, bajo cuya protección hemos sido acogidas”<sup>110</sup>. Entre las primeras que firmaron esa comunicación, están las hermanas Laura, Leonarda, Rosa, Bernardina, Tarcisia, Amalia, Dominga e Hipólita.

---

<sup>109</sup> S. MACHADO, “Carta a Daniel Carbonell”, 22-3-1912, en: C. MESA, *La Madre Marcelina*, cit., pp. 103-104.

<sup>110</sup> Citado por: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 141.

Brioschi no se limitó a apoyar a las hermanas de Barranquilla. También manifestó su cercanía y su apoyo hacia Machado, como lo expresó en una carta al fundador: “Lamento lo ocurrido en la Congregación (...) dejo al cuidado de la Providencia lo referente a la casa de Barranquilla (...) Siento la prueba que está pasando Ud., no hay que perder el ánimo. Las pruebas son el crisol con que se purifica la virtud y nosotros no debemos esquivar las que el cielo nos envía. El campo en que Dios lo quiere a Ud. es Venezuela y creo que debe permanecer ahí”<sup>111</sup>.

La separación definitiva de las hermanitas de Barranquilla de las de Maiquetía fue sancionada en diciembre de 1913. A partir de entonces las de Colombia debían modificar el hábito para distinguirse de las de Venezuela, y también debían cambiar el nombre: se llamarían en adelante Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver. En enero de 1914 fueron aprobadas como congregación de derecho diocesano. El 16 de julio de 1914 Marcelina fue elegida como primera superiora de la casa de Barranquilla. Poco después llegó a ser madre general de la congregación, y es hoy día considerada como la fundadora de esa institución.

Con ocasión de la crisis, la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía quedó reducida en 1913 a cuarenta y cinco hermanas, menos de la mitad de las que había en 1910. Pero una falleció y otra se salió, con lo cual quedaron cuarenta y tres. Debían atender las siete casas existentes hasta ahora, que para completar se hallaban en serios apuros económicos. Además, como se estaba corriendo la voz de que la congregación iba a desaparecer, los bienhechores dejaron de enviar ayudas y la congregación se vio en una grave dificultad económica. Las consecuencias de la separación del fundador fueron mucho más allá de lo que ellas imaginaron, pero aún con todo eso la congregación pudo seguir adelante.

Por su parte, la nueva congregación iniciada en Colombia dio muchísimos frutos, y con el tiempo se extendió no solamente por toda la nación neogranadina, sino también por otros países de varios continentes.

---

<sup>111</sup> P. A. BRIOSCHI, “Carta al P. Machado”, s/f., en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 141.

## *Capítulo IV*

### **San José del Ávila y la Plaza El Cristo (1911-1923)**

Una de las religiosas que redactaron el informe secreto del 1º de noviembre de 1914, enviado a Pietropaoli, hizo una declaración en la que se retractaba de todas las acusaciones que había hecho contra el fundador durante el proceso que llevó a cabo el delegado Aversa y el P. Ibarreta. La religiosa era Pastora de San José, vicaria general de la congregación, como se deduce porque más adelante aparece su nombre entre paréntesis. La hermanita arrepentida apuntó, con un estilo poético: “Una cosa desearía y es: que el P. Machado, Nuestro Padre inolvidable, no cerrara los ojos sin cicatrizar esas heridas que nosotras sus hijas hemos abierto en su alma, pero como eso es imposible por la separación horrible que nos divide, ruego a Su Excelencia, se digne obtener su *perdón*. Siempre que no sea imprudencia para la Iglesia ni se denigre vuestra *Dignidad*. Él me perdonará! Yo, entretanto, devoraré en silencio el pan de mis dolores, mezclado con la hiel del arrepentimiento”<sup>112</sup>. Pastora estaba muy arrepentida porque había sido una de las siete hermanas que había firmado el primer informe preparado por la hermana Paula, que se envió a Roma acusando gravemente a Machado.

No fue Pastora la única que se retractó de haber acusado injustamente a Machado. También lo hizo la autora principal de todo el problema: nada menos que la hermana Paula Linares. El arrepentimiento de esta religiosa, de acuerdo con esa fuente, tuvo lugar poco antes de su muerte, como lo cuenta Curiel: “estando grave en el Hospital de Cotiza le hizo una carta pidiéndole perdón y la respuesta que obtuvo de él fue: ‘mi hijita, de qué me pide perdón, cuando tú sólo has sido escogida por Dios para santificarme’”<sup>113</sup>. Luego de su penosa enfermedad, a sus 63 años, Paula murió reconciliada con el fundador, en el hospital de Cotiza, el 20 de julio de 1922.

Aún cuando Machado estaba en entredicho por la autoridad de la Iglesia, continuó con una iniciativa social de grandes dimensiones, encargándose de la educación de los niños más pobres y abandonados del centro de Caracas, e incluso de otras zonas del país, en una obra que dura hasta nuestros días.

---

<sup>112</sup> AA.VV., “Sub secreto”, 1-11-1914, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 89.

<sup>113</sup> M. CURIEL BRAVO, “Testimonios”, en: AHHPM (libro sin clasificar), p. 6.

## 1. La Escuela del Niño Jesús

Ya estando en Roma, el P. Machado, una vez separado de la congregación, concibió el proyecto de iniciar una obra educativa y social, y así lo manifestó desde la ciudad eterna a su amigo el P. Fuentes, el 20 de noviembre de 1910: “Estoy, pues, libre para emprender la obra de que hablamos en la esquina del Guanábano, cuando todavía no pensaba venir a Europa. Puedo contar contigo? No te vayas al extranjero, que nuestra patria necesita de nosotros”<sup>114</sup>. Fuentes correspondió al llamado de su amigo, y siempre le brindó su apoyo, sobre todo en los momentos más duros.

Una vez que Machado se instaló en Caracas, muchos sacerdotes le volvieron la espalda, y muy pocos mantuvieron su fiel amistad con el padre perseguido. Estos eran Domingo Lamolla, José Vicente Lozano y Mariano Parra Almenar.

A su regreso a Caracas, a mediados de 1911, una vez separado de la congregación, Machado se fue a vivir con su hermana Dominga y con María del Rosario Ochoa a una casita situada de Cuño a Guanábano, en La Pastora, cerca de donde había estado la primera sede del Asilo de la Providencia.

Allí comenzó a reunir a los muchachos pobres de la zona y a darles instrucción gratuita en lo que podía. Por esas sesiones de instrucción se dio cuenta de que había necesidad de un centro educativo para niños abandonados, y por ello pensó en crear una escuela para ellos. Esta obra social tuvo un considerable impacto en la Venezuela de entonces.

Machado siguió dando clases a los niños, durante la mañana y durante la tarde. Pero se dio cuenta de que los que regresaban en la tarde llegaban pálidos y desganados, y se enteró que la razón era que eran muy pobres y sus padres no tenían para darles almuerzo. Entonces les empezó a dar un frugal almuerzo, según lo permitían sus limitadas finanzas. Así llegó a ser sin advertirlo el iniciador de los comedores escolares en Venezuela.

Al querer darle un nombre a esa escuelita que comenzó en La Pastora, de Cuño a Guanábano, se decidió por el nombre “Escuela del Niño Jesús”. Ésta inició oficialmente el 18 de septiembre de 1911. Fiel a su principio de no hacer nada sin contar con el obispo, pidió al arzobispo de Caracas la aprobación para fundar una escuelita para niños abandonados, pero le fue denegada. Así que la escuelita comenzó a funcionar sin la aprobación de la autoridad eclesiástica. Entonces insistió tantas veces que al final Castro tuvo que darle la aprobación para que lo dejara tranquilo.

Las dificultades que tuvo en los inicios de la escuela, corrían paralelas con el éxito de la misma. Entre esas dificultades estaba la oposición del arzobispo, como dice Machado: “A él le dolió mucho el que yo emprendiera (con su aduicencia) otra obra popular: la de

---

<sup>114</sup> S. MACHADO, “Carta al P. Fuentes”, 20-11-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 80.

establecer un instituto de enseñanza gratuita para niños pobres, con el nombre de “Escuela del Niño Jesús” en la cual se educan hoy 130 niños, con motivo de esto publicó “El Universal”, periódico semi-oficial, un magnífico editorial alabando la nueva obra mía; pues el Sr. Arzobispo (o sus adláteres) hizo que el gobierno le prohibiera a ese periódico que publicara nada en mi favor, como me lo mandaron a decir a mí”<sup>115</sup>. Ese tipo de dificultades le acompañaron mientras vivió Castro.

Por ese tiempo, aún las Hermanitas de los Pobres habitaban la casa que hoy es San José del Ávila, y junto a ella había un terreno vacío en el que los muchachos solían hacer deporte, pero algunos en sus travesuras lanzaban piedras contra la casa donde estaban las hermanas. Ellas reclamaron varias veces a los muchachos, pero éstos no hicieron caso. Los enemigos de Machado hicieron ver a las hermanas que era el fundador quien había mandado a los niños a lanzar piedras y a molestarlas. Las hermanas entonces recurrieron al prefecto de Caracas y plantearon su problema. Machado fue citado a la prefectura, y allí tuvo que dar razón, lleno de vergüenza, de que él de ningún modo podía mandar a atacar a quienes eran sus hijas espirituales. De hecho, tuvo que enviar una carta al gobernador del Distrito Federal, en la que explicó que algunas habían dicho que él se la pasa “molestando a las Hermanas que están en la Casa Madre, mandando a los muchachos que les tiren piedras”<sup>116</sup>. Y explicó que “alrededor de esa casa retozan multitud de muchachos vagos y desordenados que toda la vida han mortificado allá con piedras y con gritos a los habitantes de esa casa”<sup>117</sup>. Machado lo sabía por experiencia, pues él mismo lo había sufrido desde que inició los trabajos de la construcción de esa edificación.

Como los chismes llegaron también al arzobispado, el sacerdote tuvo que explicar la situación al prelado: “Me denunciaron falsamente ante las altas regiones del gobierno diciendo: que yo mandaba muchachos que le tiraran piedras a las Hermanitas que se hallaban en la Casa Madre”<sup>118</sup>. A través de esta acusación se logró que fuese dada una orden de prisión contra el presbítero, “no por el señor General Juan Vte. Gómez”<sup>119</sup>, como se lo había comunicado el gobernador del Distrito Federal, sino por las autoridades locales excitadas por las denuncias de sus enemigos. Al final, el padre se defendió de la especie que había llegado al arzobispado, dando una serie de razones que demostraban su inocencia.

De todos modos, para ayudar a las hermanitas que habían pensado mal de él, Machado subió al terraplén donde jugaban los muchachos, se les acercó y trató de ganárselos. Los

---

<sup>115</sup> S. MACHADO, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 4-3-1912, en: AHHPM (Cartas 1912-1914), p. 33.

<sup>116</sup> S. MACHADO, “Carta al gobernador del Dto. Federal”, 9-3-1912, en: AHHPM (Cartas 1912-1914), p. 37.

<sup>117</sup> *Ibidem*.

<sup>118</sup> S. MACHADO, “Carta a Mons. Castro”, Caracas, 30-6-1912, en: AHHPM, Cartas, tomo III (sin numerar).

<sup>119</sup> *Ibidem*.

muchachos aún no le conocían, ya que ninguno asistía a su escuela. El padre les contó con toda franqueza lo que estaba pasando, y los muchachos se sorprendieron mucho, y a algunos les dio más bien vergüenza de que estuvieran acusando al sacerdote por culpa de ellos. Luego de habérselos ganado, les pidió que no jugaran más allí, para que las hermanas pudieran estar tranquilas. Los adolescentes le prometieron que en adelante no volverían a jugar allí, cosa que cumplieron fielmente.

Como hemos referido antes, Machado había reclamado a la congregación que fundó los bienes de su patrimonio, con los que se habían comprado muchas de las casas de esa congregación. Para pagar la inmensa deuda material que tenía con el fundador, la congregación, en conformidad con los abogados que llevaban el caso, resolvió otorgarle la edificación que funcionaba como Casa madre, ubicada en Sabana del Blanco, para trasladar la casa generalicia al lado del Asilo de la Providencia.

Pero no fue sino hasta el 1° de mayo de 1913, cuando las Hermanitas de los Pobres que estaban en la casa de Sabana del Blanco se trasladaron al Asilo de la Providencia, entregando por fin la Casa madre al fundador.

Una vez que logró tener posesión de la nueva casa, Machado trasladó a ella la escuela que había fundado, y comenzó a funcionar en lo que se lo permitían los espacios recién acondicionados. Los alumnos más pobres estaban en calidad de internos, y el resto, de seminternos. También había alumnos en calidad de externos, grupo constituido por quienes vivían en las cercanías del plantel. Se pedía a cada alumno una mensualidad según sus posibilidades. A los internos se estableció la cuota de Bs. 20. Como eran muy pocos los que podían pagar esa cantidad, el mismo padre cargó con los gastos de los que no podían cancelar.

Lo único que Machado solicitaba a las familias de los internos era que les lavaran la ropa. Por su parte, los seminternos no pagaban nada. Pero el padre les pedía a sus familias que ayudaran con algo en la medida de sus posibilidades. Por estas razones la situación económica de la Escuela del Niño Jesús, sobre todo en sus inicios, fue siempre muy apretada.

El padre contrató desde el inicio en la casa de Sabana del Blanco unos maestros, pero como no tenía suficientes recursos para pagarles, hizo una solicitud al gobierno de Gómez. Recurrió a esta iniciativa al verse con la soga al cuello, pues llegó a deber a los maestros tres o cuatro meses de sueldo. Sin embargo, aún cuando se les debía dinero, los profesores nunca abandonaron el centro educativo. Como el gobierno tardara en responder, los profesores al principio fueron pagados gracias a alguna limosna extraordinaria que llegaba de algún benefactor inesperado. Con el tiempo, el gobierno de Gómez concedió al instituto la ayuda solicitada, y pudo seguir adelante con notable éxito.

## 2. San José del Ávila

A mediados de 1913 San José del Ávila ya albergaba a unos 200 niños, y el fundador de la escuela aspiraba a aumentar su capacidad a 500. Machado recogía niños de entre los más necesitados para llevarlos a San José del Ávila, pues sabía que en otro lugar se perderían y no recibirían ningún tipo de educación. Esto se corrobora por el testimonio de un ex-inspector técnico de los Estados Anzoátegui y Monagas, según el cual Machado estuvo en su jurisdicción escolar “solicitando niños pobres para llevar a su instituto de Caracas, y se empeñaba en recogerlos entre aquellos que carecían de recursos, abandonados a su propia suerte, o entre aquellos que se hubiesen señalado como incorregibles y los que necesitaran por consiguiente una educación especial”<sup>120</sup>.

Aunque el instituto estaba marchando muy bien, atravesó por muchos momentos duros. Hemos conseguido una carta de nuestro biografiado, en la que se dice que un enemigo trataba de quitarle la casa en que habitaba. No se sabe de qué enemigo se trate, y aunque el afectado manifestó su confianza en que tenía las armas para defenderse de ese enemigo, apuntó que al arzobispo de Caracas, a quien va dirigida la carta, le “sobra influencia” para defenderle, y “para impedir esa injusticia que se pretendiera cometer”<sup>121</sup>. Aunque no tengamos más datos sobre el misterioso enemigo, sabemos que no fue adelante en la intención de quitarle la casa en la que vivía, y en la que se educaban y habitaban cientos de niños.

Cuando el padre quiso poner la casa bajo el patrocinio de San José, antes de cambiarle a la escuela el nombre de “Escuela del Niño Jesús” al de “San José del Ávila”, fue al arzobispo a solicitar su permiso. Castro le atendió y le dijo de modo despectivo: “Ya usted vino con un lío pidiendo permiso para fundar una escuela y se lo dimos, ¿ahora que es lo que quiere?”. El padre formuló su petición, y el arzobispo le dijo: “Padre Machado, haga lo que le parezca con mi aprobación”.

A partir de entonces la escuela cambió de nombre. Pensó en llamarla “San José de la Montaña”, tal como se llamaba una institución similar que había conocido en España, pero luego prefirió un nombre más venezolano. Estaba seguro que la casa se llamaría San José y por ello mandó a hacer un cuadro de ese santo y lo puso en la sala principal. En una ocasión una señora fue en tiempo de navidad a visitar a uno de los muchachos internos, y en eso un cohete de los que lanzaban en las afueras vino a parar y a explotar dentro de la casa, y la señora exclamó: “San José del Ávila bendito”. Machado, que estaba rezando, oyó la exclamación, le gustó el nombre, y decidió que era el nombre que llevaría la escuela en adelante.

---

<sup>120</sup> AA.VV., “Homenaje”, periódico editado en honor del Padre Machado en sus Bodas de Oro Sacerdotales. Citado por: C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 93.

<sup>121</sup> S. MACHADO, “Carta a Mons. Castro”, 13-7-1913, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 73.



Los frutos de esa Escuela eran patentes, no sólo desde el punto de vista social, sino también educativo y religioso. Antes de que le entregaran la casa donde había de iniciar el internado San José del Ávila, Machado había enviado una carta al arzobispo de Caracas, el 26 de abril de 1913. En ella expuso al arzobispo Castro los beneficios que dicha Escuela producía en los niños que allí se formaban, “no sólo en cuanto a la instrucción de niños, sino, sobre todo, en cuanto a la educación y aprendizaje religioso”<sup>122</sup>. La Escuela del Niño Jesús, que había podido sostener durante año y medio, ha dado un resultado muy satisfactorio. A través de esa carta, el padre pidió permiso para reservar el Santísimo Sacramento en la capilla del lugar, y tener allí exposición con el Santísimo todos los días por la tarde, y solicitó las licencias necesarias para erigir en el centro educativo una capilla en honor de San José.

También propuso un plan pastoral, y lo sometió al visto bueno del arzobispo, suplicando el permiso para instituir una Pía Unión que ayudara a mantener económicamente las labores de la escuela. Pidió también el permiso para publicar un periodiquito, cuyo fin sería ir informando a la gente sobre las actividades de esa Pía Unión, al tiempo que solicitaba que el culto de la capilla de San José del Ávila se abriera a personas de afuera. Al final, Machado ofreció “presentar a la Curia las cuentas anuales de la obra para su examen y calificación”<sup>123</sup>.

El arzobispado tardó casi cuatro meses en responder, pero antes de hacerlo envió un comunicado a la delegación apostólica el 18-8-1913 a través de Nicolás Navarro, en el que explicaba los términos de la concesión del arzobispado a la petición de Machado: “El Señor Arzobispo dice que no puede favorecer con su autoridad la obra escolar del P. Machado, sino en conformidad con esas bases que ha dictado y que me apresuro a remitirle. Si el P. Machado las acepta, puede dar los pasos necesarios ante el Señor Arzobispo para ponerlas en práctica. Por mi parte juzgo también que Monseñor Castro no debería proceder de otra manera”<sup>124</sup>. Probablemente lo hizo así para adelantarse a cualquier recurso que al respecto pudiera presentar Machado a la delegación apostólica.

A la carta de Navarro se anexó la respuesta del arzobispado. Fue enviada sin fecha y de modo casi anónimo (no viene firmada), y no era muy alentadora que digamos. Explicó que debido a “la situación especial en que el Pbro. Santiago F. Machado se ha puesto ante el

---

<sup>122</sup> S. MACHADO, “Carta a Mons. Castro”, 26-4-1913, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 62. Esta carta también está en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 329, pp. 160-161.

<sup>123</sup> S. MACHADO, “Carta a Mons. Castro”, 26-4-1913, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 78.

<sup>124</sup> N. E. NAVARRO, “Carta a Mons. Pietropaoli”, 18-8-1913, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 466, p. 363.

Prelado y la Santa Sede”<sup>125</sup>, el arzobispo había puesto unas condiciones, de las que sólo mencionaremos cinco (el I, IV, V, VI y VII), por ser las que se refieren a los aspectos esenciales de la petición de Machado.

“I. La creación de fondos para la escuela debe hacerse directamente, proponiendo a los fieles desde luego el objeto de la recaudación y estableciéndose enseguida una Junta administradora de dichos fondos, la cual se mantenga en constante relación el Prelado y le de cuenta debidamente de sus operaciones. De ninguna manera se tomará una obra de culto como pretexto para arbitrar los mencionados fondos.

IV. El servicio del plantel debe organizarse con los elementos necesarios para proporcionarle estabilidad y eficacia, pero prescindiendo por completo de la intervención de mujeres, bajo cualquier forma que sea (...).

V. La fundación del Asilo de niños pobres sería asunto de tratarse y reglamentarse más tarde.

VI. El Arzobispo no tiene por conveniente la organización de la Capilla con el servicio de culto e instalación del Ssmo. Sacramento que el Pbro. Machado desea, pues lo considera prematuro e incompatible con las atenciones de la escuela (...).

VII. La dirección de la Escuela debe estar en relación constante con el Prelado y sometido con toda humildad a las indicaciones y rectificaciones que éste tenga a bien intimarle”<sup>126</sup>.

Al final, el comunicado añade que si no se cumplen con estas condiciones, el arzobispo no podría mirar esa obra sino “con la tolerancia que hasta ahora le ha concedido”<sup>127</sup>.

Analicemos ahora con detenimiento la respuesta del arzobispado. En primer lugar se negó la petición de establecer una Pía Unión, que tenía como fin recaudar fondos para la escuela. Machado sabía por experiencia que las obras piadosas eran muy propicias para obtener recursos económicos, pues a través de peticiones o intenciones de Misa la gente colaboraba más generosamente, con el aliciente de estar recibiendo un beneficio religioso. También la autoridad lo sabía, y sin embargo, no concedió que se estableciera ninguna obra

---

<sup>125</sup> ARZOBISPADO DE CARACAS, “Respuesta del arzobispado a la petición del Pbro. Machado”, s/f, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 79. Esta respuesta aparece también, sin fecha, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 330, pp. 161-163.

<sup>126</sup> ARZOBISPADO DE CARACAS, “Respuesta del arzobispado a la petición del Pbro. Machado”, s/f, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 79.

<sup>127</sup> *Ibidem*.

religiosa, sino sólo una Junta recaudadora de fondos, prohibiendo que se erigiera “una obra de culto como pretexto para arbitrar los mencionados fondos”.

En segundo lugar, la autoridad prohibió la intervención de mujeres en la obra, lo cual se puede interpretar como una manifestación de desconfianza hacia Machado, como si a sus 64 años estuviera propenso a enredarse en faldas, supuesto motivo por el que fue expulsado de la congregación que fundó. Quizás tuviera que ver esa prohibición con que Rafaela Serrano, antigua madre Felicitas, estaba apoyando a Machado en la obra de San José del Ávila. Se la ponían bien difícil a Machado, pues las personas que cocinaban en el internado eran todas mujeres, y el padre no podía prescindir de sus servicios.

En tercer lugar, el arzobispo prohibió “la fundación del Asilo de niños pobres”, alegando que sería un asunto que debía tratarse y reglamentarse más tarde. Este tipo de respuestas, en la que se reenvía el asunto a un futuro indefinido, es casi igual que una negativa. Ahora bien, es sorprendente que se le prohíba tal iniciativa. Sólo se nos ocurre una razón: los que más querían a Machado eran los más pobres, y un asilo de niños pobres no hubiera hecho sino aumentar su popularidad a niveles astronómicos. ¿Sería esto lo que temía el arzobispo Castro?

En cuarto lugar, el arzobispo negó una vez más que se estableciera en la capilla del centro educativo el Santísimo Sacramento, por considerarlo “prematureo e incompatible con las atenciones de la escuela”. Aquí no nos aventuramos a hacer ninguna interpretación, mientras impresiona aún más cómo a Castro, considerado como apóstol de la Eucaristía, le parecía inconveniente que el Ssmo. Sacramento se instale permanentemente en San José del Ávila.

Sin embargo, aún con todos los obstáculos que se le pusieron, la obra de San José del Ávila siguió adelante con mucho éxito. Y aunque no fue totalmente apoyada por la jerarquía eclesiástica, sí lo fue por algunos medios impresos, como el diario “La Religión”. En efecto, una editorial del diario “La Religión” de agosto de 1914, hizo una apología del internado para niños pobres, invitando a su inauguración el 22 de agosto. El artículo explicó que Machado estableció un internado gratuito para 40 niños desamparados, e informó que iba a fundar otro, en el cual se pagaría por cada interno 40 ó 60 bolívares mensuales<sup>128</sup>.

Aún cuando las relaciones entre Machado y Castro no estaban en su mejor momento, aquél siempre quiso hacer al arzobispo partícipe de sus obras sociales. Un día de san Juan Bautista, onomástico del arzobispo, Machado fue con todos los niños del colegio hacia el palacio arzobispal a presentar un homenaje al prelado, con unos cantos que habían ensayado afanosamente. La sorpresa que se encontraron el padre y los niños fue que el arzobispo no

---

<sup>128</sup> Cfr. ANÓNIMO, “Internado para niños pobres”, editorial del Diario *La Religión*, n° 7343, (sin fecha), en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 75. Se infiere, por los datos del artículo, que fue publicado en agosto de 1914.

quiso recibirlos, con lo que se quedaron con una gran frustración. El padre, callado, tuvo que mandar salir en orden a los infantes del recinto del palacio<sup>129</sup>.

El 7 de agosto de 1915 fallecía al arzobispo Castro. ¿Qué hizo Machado al enterarse de la muerte del personaje que tanto le había hecho sufrir? Así lo narra el P. Álvarez: “en torno a su cadáver, expuesto en la Capilla ardiente, se apiñaron las multitudes y fueron circulando con el bullicio y apretamiento que en tales casos es usual por desgracia. También acudió segregado de la muchedumbre el P. Machado, que se colocó a la cabecera del féretro en actitud orante, desgranando con las cuentas de su Rosario los sufragios que le pedía su generosidad de hijo. Casi seguro de que aquellas filas interminables que se iban sucediendo, más por curiosidad que pensando encomendarlo a Dios, fueron éstas del Padre las plegarias más sentidas que se elevaron al cielo, sin resquemor de ninguna clase”<sup>130</sup>.

Fue después de la muerte del arzobispo, cuando el 24 de octubre de 1915, pudo Machado fundar la “Pía Unión de San José del Ávila”. Así se instituyó el culto a San José del Ávila en la capilla de la escuela, que hasta entonces había estado dedicada al Niño Jesús. En consecuencia, el 19 de diciembre de ese año, se sacó a la luz pública el primer ejemplar del “Mensajero de San José del Ávila”, publicación informativa y formativa acerca de las actividades y noticias del internado San José del Ávila. De este modo se pudo hacer realidad el anhelado periodiquito que no pudo sacar antes a la luz pública por los obstáculos que ponía el arzobispado.

### **3. Con los auxilios de la Providencia**

En una ocasión que no tenían dinero para la comida del día siguiente, una mujer tocó la puerta de la escuela en la noche, con el fin de donar al padre Bs. 500 para la institución. Llegó a haber momentos críticos desde el punto de vista económico, en los que Machado se vio obligado a devolver a muchos muchachos a sus casas. Pero no hubo necesidad de cerrar la escuela porque siempre llegaba alguna ayuda de alguna parte.

Esos momentos críticos hicieron que se agudizaran las gastritis que sufría el padre. Estando muy aquejado del padecimiento del estómago, Machado fue invitado por el doctor Germán Rodríguez Lange a una casa que tenía en Puerto La Cruz, a pasar una temporada con el fin de tomar las aguas medicinales del vecino pueblo de Pozuelos, reconocidas como muy buenas para esas dolencias. Ese viaje tuvo lugar en septiembre de 1918. Apenas llegó a Puerto La Cruz, comenzó a visitar hogares. Organizó la catequesis e hizo muchísimos matrimonios en los hogares que no tenían este sacramento. También organizó una peregrinación al templo

---

<sup>129</sup> Cfr. C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 76.

<sup>130</sup> P. ÁLVAREZ, “Padre Santiago Machado entre los años 1928-1931”, p. 4, en: AHHPM (Actividades del P. Machado en el Prado de María).

colonial de Pozuelos, y recogió un numeroso grupo de niños muy pobres y se los trajo por su cuenta a “San José del Ávila” para darles educación. Rodríguez Lange pidió al padre que se quedara tranquilo, argumentando que no lo había llevado a Puerto La Cruz a trabajar, sino a descansar. El padre le replicó que era él quien le tenía que dejar tranquilo, pues esa era una oportunidad que se le presentaba en bandeja de plata para ayudar a los demás. Como colofón, añadió que si se quedaba tranquilo se moriría.

Fue Felipe Rincón González, arzobispo de Caracas desde 1916, quien le dio la aprobación definitiva a la obra de San José del Ávila. Gracias a esta aprobación de la autoridad eclesiástica, el 22 de octubre de 1916 el padre logró que se otorgaran 40 becas a los niños más necesitados del internado, y se pudo así aumentar el cupo, llegando hasta 300 niños.

Machado había adquirido las dos hectáreas que estaban adyacentes a la casa, para que los muchachos pudieran recrearse, y también para que pudieran sembrar hortalizas y criar animales para el sustento de la casa. Así pudieron ampliarse las actividades de los niños del internado.

En su momento más esplendoroso, la institución llegó a albergar a más de 300 niños. Esto fue motivo de la admiración del mismo Juan Vicente Gómez, que oía hablar mucho de Machado, y acabó por tenerle estima. De hecho, el general Gómez se presentó en una ocasión en la Escuela sin avisar, causando acaso una sorpresa similar a la que provocó tiempo atrás Guzmán Blanco en el templo de Maiquetía. Machado, respetuoso como era con las autoridades, pero sin apocamientos ni complejos, mostró a Gómez la casa y los terrenos del internado. Al verlos, Gómez exclamó: “esto es magnífico, domina todo el valle de Caracas y su situación es extraordinaria para instalar un cuartel que haría la ciudad intomable”<sup>131</sup>. Estas palabras turbaron al sacerdote, pues las percibió como si fueran una amenaza. El trago amargo fue suavizado por un donativo que otorgó Gómez al final del encuentro, de Bs. 500 (fuerte suma en esa época). Esto dispuso sus temores, pues el general se interesó por su obra educativa, viéndola como una iniciativa de enorme dimensión social.

A fin de cuentas, la aparente amenaza de Gómez fue beneficiosa porque llevó a Machado a poner todos los papeles del terreno en regla con la ayuda del doctor Ayala y sus abogados. Se legalizaron así algunos detalles que aún no estaban en orden. Y se logró que “San José del Ávila” fuera una propiedad privada, para que no pudiera ser objeto de una expropiación sorpresa. No obstante, hay que decir que Gómez nunca intentó expropiar el terreno, antes bien se mostró como admirador de Machado y desde entonces colaboró con sus obras.

---

<sup>131</sup> C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 78.

Machado solía hacer compras al por mayor para los niños de la escuela. Adquiría grandes cantidades de alpargatas para los días corrientes y botas o brodequines para los días festivos, así como cobijas, sábanas, almohadas, colchones. Todo eso se lo daban a crédito y algunos vendedores decían: “El Padre Machado que pague cuando pueda pues él está haciendo lo que nadie hasta ahora ha hecho”<sup>132</sup>.

Desde San José del Ávila el padre ayudó también a mucha gente necesitada, como es el caso de un hijo de Encarnación de Tovar, que sufrió un accidente que le dejó grandes quemaduras. Machado lo recibió en la escuela y lo hizo atender por los médicos, hasta que logró su recuperación. Hizo muchos favores como este mientras estuvo al frente de ese centro educativo.

Después de más de diez años en San José del Ávila, Machado quiso entregar la obra a alguien que se hiciera cargo y continuara con sus actividades. Los destinados para ello serían los padres benedictinos de Santa Otilia de Baviera.

Para reacondicionar los espacios de modo que sirvieran como monasterio benedictino, Machado se dirigió en 1922 a Gómez pidiéndole recursos económicos para hacer los trabajos necesarios y su apoyo para la concesión de los permisos que hacían falta. Una vez obtenida la ayuda del gobierno, Machado habló con el nuncio Felipe Cortesi para gestionar la llegada de los monjes de San Benito. Fue así que se hicieron los trámites con los benedictinos, y se logró que firmaran el contrato. El lunes 2 de abril de 1923, Machado los recibió en el Puerto de La Guaira, y dejó a los pocos días la institución en sus manos.

De esta manera, corresponde a Santiago Machado, a través de sus diligencias ante al gobierno nacional y la autoridad eclesiástica, el mérito de la venida de los benedictinos de Alemania a Venezuela.

A sus 72 años se jubiló de la obra, habiéndola dejado consolidada, también desde el punto de vista económico. Como había quedado sin medios de subsistencia, desde ese momento el arzobispado pidió a los benedictinos que le otorgaran una pensión de Bs. 400 mensuales. Eran otros tiempos. Rincón González, sucesor de Castro, siempre apoyó en lo que pudo a Machado. Sus relaciones fueron muy buenas, y el aprecio sincero y mutuo.

En adelante, Machado se quedó en una habitación en San José del Ávila, que ahora estaba en manos de los benedictinos. Sin embargo, la convivencia con los benedictinos no fue fácil, pues estando el padre aún en la casa, los empleados solían consultarle a él todas las cosas que tenían que ver con el sostenimiento y funcionamiento del internado. A los benedictinos, que estaban ahora a cargo, no les gustaba su “intromisión”. Los monjes, germánicos rígidos, alegaron que no podía haber dos directores, y así lo hicieron saber al

---

<sup>132</sup> *Ibid.*, pp. 78-79.

padre. Éste, comprendiendo la situación, tuvo que recoger sus cosas e irse, mudándose de nuevo a la casita donde había vivido antes, de Cuño a Guanábano.

Machado seguía a la orden de la arquidiócesis de Caracas, de la que Felipe Rincón González era arzobispo. Y no tardaría mucho en recibir un nuevo encargo pastoral.

#### **4. La plaza El Cristo de Maiquetía**

En un espacio aproximado de 3.500 metros cuadrados, al norte de la plaza Lourdes, había un terreno que servía de botadero de basura, y donde había algunos ranchos que afeaban el ambiente. Estaba cercado con alambre de púas y en estado deplorable. A principios del siglo XX, Machado concibió la idea de erigir allí un monumento de grandes proporciones, que sirviera para la meditación de la pasión del Señor por parte de los fieles. La idea surgió luego de haber observado una plaza similar en Francia, que le sirvió de modelo.

A través de limosnas y donaciones, pudo obtener los suficientes recursos para la compra del terreno en 1910. Su proyecto de erigir un monumento fue anunciado en la peregrinación de 1913, una vez que el terreno había sido limpiado y acondicionado para construir la obra proyectada. Este anuncio público aumentó el deseo de colaboración económica para el mismo. Machado también había proyectado la fabricación de catorce nuevas estaciones del *Via crucis*, de tamaño natural, que debían estar ubicadas alrededor de la plaza.

Para recoger el dinero con que había que pagar el Cristo, el cura se las tuvo que ingeniar. Uno de los inventos que más surtió efecto fue el de enviar a pedir limosna a unas señoras de la parroquia de Maiquetía, amigas de Machado. Las susodichas iban con un perolito envuelto en una imagen de la Virgen, en el que la gente debía depositar su donativo. Pero el cura había avisado a la gente que la limosna que tenían que dar iba a ser en forma de multa: cada vez que alguien dijera una palabrota, debía depositar una moneda en el perol. Como en la plaza Lourdes se decían muchas, las señoras cobraban multas suficientes como para llenar los perolitos en poco tiempo. Pero cuando la gente se había habituado al sistema, estaban prevenidas cuando se acercaban las señoras con el perol, y se cohibían de decir groserías. Así que las señoras comenzaron a llegar con el perol casi vacío a entregarlo al padre. Entonces Machado tuvo otra idea: las señoras debían ir a las riñas de gallos. Fue así como pudieron recolectar mucho más, pues en las riñas se decían palabrotas a cada momento.

Algunos años antes de 1913 ya Machado había hecho los contactos con una casa especializada en Francia para fabricar el Cristo de Maiquetía. Mientras tanto se hacían gestiones para conseguir donaciones y ayuda económica para mandar a hacer la imagen. Tan pronto se contó con la ayuda económica necesaria, Machado ordenó la construcción del Cristo pidiendo que fuera elaborado con un metal lo más resistente al salitre y a la intemperie

posible, sin reparar en costos. La cruz que debía sostener el Cristo se mandó a hacer en Venezuela.

Mientras tanto, Machado hacía gestiones burocráticas para erigir el monumento que se estaba fabricando en Francia. Las autoridades no parecían ver con buenos ojos semejante obra, que concebían como una expresión de proselitismo religioso, y quizás de inadecuado confesionalismo. Como conocía esos prejuicios, Machado quiso dejar muy claras las cosas con el máximo mandatario, y le escribió una carta el 13 de marzo de 1913, en la que le participó el proyecto “de levantar en Maiquetía un monumento a Jesucristo Crucificado”<sup>133</sup>, al tiempo que pidió a Gómez “su apoyo y su auxilio ya que en sus manos están los destinos de la patria”<sup>134</sup>. El autor de la iniciativa también comunicó en esa carta el motivo de la erección del monumento: la “conmemoración del XVI centenario del triunfo de la Iglesia Católica”.

Como vemos, Machado quería celebrar con ese monumento los 1.600 años de la declaración de la paz constantiniana, en la que a través del edicto de Milán, dictado por el emperador Constantino en el año 313, se permitía a la religión cristiana la libertad de culto en los amplios ámbitos del Imperio Romano.

El iniciador del monumento también había escrito cinco días antes al arzobispo Castro, para informarle acerca de la obra y ponerla bajo su protección. Pero las cosas no iban por el camino deseado. El 19 de abril de 1913 el gobernador del Distrito Federal, general Pedro Guerra, envió una notificación al prefecto del Departamento Vargas para ordenarle que prohibiera la erección del Cristo, al tiempo que le decía que las autoridades no estaban informadas acerca de dicha instalación. Estaba vigente una orden del Estado que prohibía la erección de monumentos religiosos en plazas públicas, en virtud de las atribuciones que la ley del Patronato Eclesiástico daba al gobierno en lo referente a la supervigilancia de los cultos.

Machado reaccionó contra esta prohibición enviando una carta al general Guerra, gobernador del Distrito Federal<sup>135</sup>. En ella explicaba que la plaza donde tenía intención de erigir el monumento era de su “exclusiva propiedad”, y que por tanto no aplicaba la prohibición de erección de imagen religiosa en sitio público. Además, recordaba que las autoridades estaban ya informadas acerca del propósito de levantar esa imagen: “No debo omitir, para satisfacción del señor Gobernador y la misma mía que, por un motivo de mera cortesía y a fin de evitarme sinsabores, sí participé mi propósito al señor Gobernador, y

---

<sup>133</sup> S. MACHADO, “Carta al Gral. Gómez”, 13-3-1913, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>134</sup> *Ibidem*.

<sup>135</sup> Cfr. S. MACHADO, “Carta al Gral. Guerra”, 24-4-1913, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 326, p. 156. Cfr. también: Diario *La Religión*, 30-4-1913.



conservo el documento público que lo comprueba, fechado el 12 de septiembre de 1903, marcado con el número 2.339”<sup>136</sup>. En efecto, hacía casi 10 años que Machado había comenzado las gestiones para este anhelado proyecto, comenzando por el aspecto legal.

La respuesta de Guerra fue intempestiva, dada el mismo 24 de abril. La misma, en tono de disculpa, hacía notar que la gobernación del Distrito Federal recibió información sobre el monumento al Cristo Crucificado a través de un artículo publicado en *El Universal*, que habló de una plaza en Maiquetía, y no de un solar de la propiedad de Machado. Esta información a su vez, anotaba la misiva, había sido suministrada por el arzobispo de Caracas, que debía estar “muy empapado en el asunto”<sup>137</sup>. Con estas explicaciones, el gobernador daba vía libre para la erección del Cristo. No es muy aventurado imaginar que en esta respuesta había influido el primer mandatario tras bastidores. De hecho, éste ya conocía la intención de erigir ese monumento, pues el de la iniciativa ya le había enviado un oficio informándole al respecto.

Machado fue notificado de la llegada del Cristo dos meses después de estar depositado en los almacenes del puerto de La Guaira, a fines de 1913. Cuando el inmenso monumento llegó a la aduana, los funcionarios de la misma se negaron a entregárselo, pues decían que no tenían órdenes de Caracas. Machado se dirigió enseguida al gobernador Pedro Guerra, quien algo evasivo le dijo: “vuelva a La Guayra para que le entreguen la caja; sí se la darán”. Cuando volvió, se encontró con que había una multa por error en la declaración y un pago por almacenaje prolongado. La suma era tan grande, que éste tuvo que ir de nuevo al gobernador, exigiéndole que arreglara el asunto. El general se excusó, diciéndole que debía dirigirse a alguien más poderoso, que era quien realmente estaba poniendo las trabas: el ministro de Hacienda, que era a la sazón el anticlerical César Zumeta. Ya entrado en confianza, Machado dijo al gobernador: “¡Ah sí! Tú sabes que me debes dar el Cristo... pero... por temor al César...”. El general Guerra le animó entonces a que fuera él mismo ante el ministro.

Aunque Zumeta era bastante anticlerical y pertenecía a la masonería, Machado no se amilanó y pidió audiencia privada, que le fue concedida. Zumeta le explicó que para retirar el Cristo debía pagar una multa de Bs. 5.000, y acto seguido Machado pidió que la suma adeudada fuese rebajada. Ante la negativa del ministro, el sacerdote le dijo en uno de sus característicos arranques, aunque en tono respetuoso: “Yo no creo que el Sr. Ministro sea peor que Judas, porque Judas dio a Cristo vivo por treinta monedas, y ahora por dármele

---

<sup>136</sup> S. MACHADO, “Carta al Gral. Guerra”, 24-4-1913, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 326, p. 156.

<sup>137</sup> P. GUERRA, “Carta al P. Machado”, 24-4-1913, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 327, p. 157.

muerto me piden a mí cinco mil”<sup>138</sup>. El ministro, sorprendido y agradado por tan ocurrente salida, respondió: “Padre Machado, yo no soy peor que Judas. Llévase su Cristo y solamente pague 29 bolívares”<sup>139</sup>. Suma irrisoria comparada con los 5.000 que pedían. El cura se apuntó otro triunfo, gracias a su picardía y astucia. Una vez cancelados los 29 bolívares, se procedió a sacar la pesada imagen de la aduana, y a instalarla en el sitio previsto.

Cuando trajeron por fin la imponente imagen del Cristo a Maiquetía, un nutrido grupo de habitantes esperaba con ansias. Fueron sacando sus piezas, que estaban en una caja muy grande de madera. La imagen venía protegida con paja y aserrín en grandes cantidades. Al sacar la imagen, la paja y el aserrín quedaron diseminados en el salón donde hicieron la operación. Como Machado era tan cuidadoso de la limpieza y del orden, se preocupó mucho por ese montón de paja y aserrín, y se preguntaba cómo iba a limpiar tanto gamelote. Entonces se le ocurrió la idea de mandar a buscar agua bendita, y dijo a la gente: “voy a bendecir el aserrín y la paja donde vino el Cristo”. Apenas lo hizo, la gente comenzó – inquieta– a llevarse la paja y el aserrín bendecido por el padre. A los pocos minutos, no había una sola paja en el piso del salón.

Ahora venía uno de los trabajos más difíciles: montar el pesadísimo Cristo de metal fundido sobre una cruz vertical. Machado encargó ese trabajo al herrero Erasmo Avellaneda, que aunque no era muy creyente, era muy amigo del padre. El sacerdote había quedado en verse con él en la plaza Jerusalén a una hora determinada, pero Erasmo llegó tarde. Al verlo llegar, exclamó Machado “Erasmo, tú te vas a beber con tus amigos y me dejas aquí esperándote”. Entonces el padre encargó a Erasmo el trabajo de montar el Cristo en una cruz de madera mandada a hacer para ello. Erasmo hizo un trato con Machado en estos términos: “no te preocupes, yo te monto el Cristo en la cruz, pero no te metas en mi trabajo, que lo voy a hacer a mi manera, yo busco a mi gente y mi método”. Erasmo ideó hacer unos tornillos muy gruesos y resistentes, como de treinta centímetros de largo cada uno. Eran en total cinco. Al final, pudo hacer el trabajo, y lo acabó muy bien, quedando satisfecho el que se lo encargó.

Aunque Machado tenía la esperanza de instalar e inaugurar el monumento en 1913, 1.600 aniversario de edicto de Milán proclamado por emperador Constantino en el año 313, la bendición del Cristo de Maiquetía tuvo que esperar unos meses. Pudo llevarse a cabo el 6 de febrero de 1914, de manos de Carlo Pietropaoli, delegado apostólico en Venezuela, con la presencia del arzobispo Juan Bautista Castro. El discurso de inauguración estuvo a cargo del P. Reinaldo Esculpi. Hubo también una numerosa concurrencia, venida no sólo del litoral central, sino también de Caracas y de otras regiones del país. Así narra Luis Enrique González el acontecimiento: “Los peregrinos y los curiosos plenaban las calles del centro de Maiquetía, especialmente la Plaza Lourdes y la del Cristo o Jerusalem. Al descorrer el velo que cubría

---

<sup>138</sup> M. M. VILLALBA, *Un hombre de fe y acción*, cit., p. 229.

<sup>139</sup> E. CHAPELLÍN L., *Maiquetía y el Litoral Central*, cit., p. 156.

la imagen, sonaron alegremente las campanas donadas por el mismo Padre Machado a la iglesia de Maiquetía, con estampidos de cohetones y morteros en cantidad abrumadora, mientras los feligreses guiados por el Padre Machado, daban el reverencial saludo a Jesús Crucificado (...). Hubo cantos de himnos religiosos con coros de voces acompañadas de música orquestal, concluyendo el acto a las seis de la tarde con el canto del ‘Miserere’ del Maestro Arcilago, a toda orquesta”<sup>140</sup>.

La presencia de Castro y de Pietropaoli en la inauguración de la Plaza El Cristo sorprende a todas luces. Ya conocemos los sinsabores que Castro había causado a Machado. Por su parte, Pietropaoli había enviado el 10 de junio de 1913 a la Santa Sede un informe en el que denigraba fuertemente del sacerdote. Ahora bien, ¿Por qué Pietropaoli asistió a la inauguración y bendición de la obra de un sacerdote que estaba en entredicho por las autoridades de la Iglesia? ¿Será que cambió al cabo de unos meses la opinión acerca del sacerdote que llamaba en el informe de 1913 “funestamente famoso”, o “malo y astuto”? Hay algunos motivos para pensarlo. En una carta que Machado envió a la madre Marcelina el 13 de mayo de 1914, tres meses después de que Pietropaoli bendijo el Cristo, nuestro biografiado hizo la siguiente apreciación: “El nuevo Delegado Apostólico Monseñor Pietropaoli se porta conmigo de modo contrario de cómo se portó el tal Aversa. El actual me alaba en todas partes y ha llegado a decir que soy el sacerdote de más prestigio de Venezuela, que yo soy el que más influyó en la conciencia de los venezolanos (...) Por supuesto que al saberlo Tío Tigre se ha disgustado tomándolo como una injuria para él. Por mi parte no se me da nada de lo de ahora ni de lo de antes. Lo que somos delante de Dios, eso somos”<sup>141</sup>. El “Tío Tigre” al que Machado alude es Juan Bautista Castro, a quien llama así en algunas cartas familiares.

Además de eso, no es descabellado pensar que Pietropaoli hizo la bendición de la Plaza El Cristo en un afán de congraciarse con el pueblo, pues éste estaba muy contento de la obra de Machado. Asistir a esa bendición, por más que fuera obra de Machado, era ganar en popularidad, aunque nunca igualaría a la que poseía nuestro biografiado, que era venerado por la gente llegando a límites algo excesivos, y ciertamente preocupantes para las autoridades. Ya las civiles habían aprendido la lección, pues el apoyo popular de Machado había neutralizado todos los ataques de los guzmancistas y anticlericales de la década de 1880. Esta lección la empezaban a aprender las autoridades eclesiásticas.

Hoy día la plaza El Cristo es un icono cultural y artístico del Estado Vargas, exaltado incluso por los partidarios del sector oficialista, aún cuando se trata de un monumento eminentemente religioso.

---

<sup>140</sup> L. E. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *Vida y obras del padre Machado*, cit., p. 58.

<sup>141</sup> S. MACHADO, “Carta a la madre Marcelina”, 13-5-1914, en: C. MESA, *La Madre Marcelina*, cit., p. 42.

## *Capítulo V*

### **El capellán de Prado de María (1924-1939)**

Felipe Rincón González (1861-1946), arzobispo de Caracas desde el 18 de octubre 1916, al ver a Machado separado de “San José del Ávila” desde 1923, comenzó a insinuarle que se hiciera cargo de la capellanía del Rincón del Valle. De entrada, Machado no quiso aceptar, argumentando que si acababa de entregar una obra, no era prudente “tan de repente” meterse en otra.

Pasados pocos meses el arzobispo le insistió de nuevo sobre la capellanía de Rincón del Valle y le dijo que era allí donde lo necesitaba, pues el antiguo capellán, P. Mendoza, había fallecido, y no había ningún otro sacerdote que pudiera atender ese sector. Como Machado era sumiso y obediente a la jerarquía, aceptó el mencionado encargo pastoral, aunque sus fuerzas y su salud no estaban en el mejor momento. De hecho, desde los tiempos de San José del Ávila sufría mucho por la gastritis, que se le agudizaba en los tiempos de crisis, que eran frecuentes. Era su modo de somatizar todos los problemas en que se metía, la mayoría de ellos económicos.

Así fue como en 1924 Rincón González le encargó la capellanía de la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen del Rincón del Valle. El nombramiento tuvo lugar el 24 de mayo. Poco antes de cumplir sus 74 años de edad, nuestro biografiado llegaba a ese sector, con la ilusión de un sacerdote joven.

Cuando Machado llegó a ese sector ya había una población consolidada, pero que aún carecía de todos los servicios, pues estaba en pleno desarrollo. Por ello se dedicó desde su arribo a mejorar la calidad de vida de sus habitantes, tanto desde el punto de vista espiritual como social, pues él no concebía que hubiera solución de continuidad entre estos dos aspectos.

#### **1. De “El Rincón del Valle” a “Prado de María”**

En la capellanía del Rincón del Valle no había casa donde alojarse. Machado tuvo que alquilar una, ubicada a unos cien metros del templo, donde vivió hasta pocos meses antes de su muerte. Durante su estancia en Prado de María, estuvo con su hermana Dominga, hasta que ella murió en 1929. Desde entonces le acompañó la única familiar que le quedaba, una prima llamada Rafaela Villasana Machado. Con ella estaba también la señorita Rafaela Serrano Guerra, que en religión había sido la madre Felicitas de San José, antigua superiora general de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía. Rafaela Serrano

acompañó a Machado desde 1929 hasta que éste se retiró en 1939 a la Casa madre de la congregación que había fundado, a petición de las mismas religiosas. También vivían en su casa María del Rosario y María Dona Ochoa, que se habían criado con él.

Rafaela Serrano y María del Rosario habían sido Hermanitas de los Pobres. Machado nunca estuvo de acuerdo de que hubieran dejado la vida religiosa. Habría preferido que se fueran a Colombia con las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver, como hicieron algunas de sus hijas más cercanas, pero ellas no quisieron.

Aunque sus principales ayudantes eran mujeres, Machado solía ser muy respetuoso en lo tocante al pudor y a la modestia, llegando a veces, según los cánones de la época, a rayar en el puritanismo. Con los gestos algo rudos que le caracterizaban, se cuenta que recién llegado a Prado de María, se ponía en la puerta del templo, y cuando llegaba una mujer con manga corta, le daba un pellizco en el brazo y le decía: “vaya a enseñarle las carnes al diablo”, y no la dejaba entrar.

En la casa de Machado durante su estancia en Prado de María entraba todo tipo de personas: desde arzobispos y obispos, pasando por el presidente de la República, hasta los pobres e indigentes en busca de ayuda material o espiritual.

La hermana Inés Aponte (en religión, sor María Antonia de San José), testimonia que en ciertas ocasiones algunas Hermanitas de los Pobres veían al padre por la calle, cuando salían a recolectar y a pedir limosna. En cuanto le divisaban, como sabían que él era el fundador de la congregación, le pedían la bendición, y él las bendecía y les decía: “ustedes son mis hijas”. Algunos sacerdotes jóvenes y seminaristas le querían mucho, porque era muy acogedor con ellos, y les solía agasajar con mucho cariño. Les invitaba a comer a su casa algunas veces, y les daba consejos, fruto de su larga experiencia en el campo pastoral. Se entiende así por qué en los homenajes que le hicieron algunos años después, estaban presentes algunos sacerdotes jóvenes, como por ejemplo Rafael Arias Blanco o Pedro Pablo Tenreiro, que llegaron a ser obispos. También tenía muchos amigos entre el clero regular, como el P. Ángel Sáenz, de la orden los Agustinos recoletos.

Al padre no le gustaba el nombre de Rincón del Valle y quiso cambiarlo al de Prado de María, por la devoción que tenía a la Virgen. Para ello repartió impresos explicativos y predicó sobre lo beneficioso del cambio de nombre. Visitó la compañía de tranvías para que colocaran el nombre de Prado de María en lugar de Rincón del Valle en el frontispicio, pero no le hicieron caso, porque con el nuevo nombre la gente se desorientaba.

Como no lograra su propósito, empleó otro método: elaboró unos letreros nuevos para los tranvías, que decían Prado de María en lugar de Rincón del Valle. Y como los conductores del tranvía se resistieran a colocar el letrero con el nuevo nombre, cada vez que pasaba un tranvía o un vehículo de pasajeros con el cartel de Rincón del Valle, les detenía y les reclamaba de tal modo que al final fueron los mismos conductores quienes convencieron al

jefe de los tranvías que debían cambiar el nombre, pues no querían meterse en problemas con el padre Machado. Algunas veces, para tomarle el pelo le decía algún pasajero del tranvía: “Padre, ¿va para el Rincón?”, y él, con un paraguas que solía cargar le golpeaba cariñosamente diciendo: “No, para Prado de María”.

No sólo logró que le cambiaran el nombre al lugar, sino que también alcanzó que le pusieran otro a algunas calles. Había una calle que llamaban “el infierno”, por la calidad de la gente que por ahí se agrupaba. El nuevo capellán comenzó a llamarla “calle de la providencia”, y así quedó. A otra calle le impuso el nombre de Lourdes, y a otra el de La Salette. Ésta última, por desconocimiento del origen y razón del nombre, se le llamó Saleya por el uso, pues los que con el tiempo siguieron usando ese nombre no sabían de donde venía.

En 1925, el capellán trajo a Prado de María la devoción de Nuestra Señora de La Salette, y organizó unas peregrinaciones que llegaron a ser muy concurridas, al modo como lo hacía en Maiquetía en otro tiempo. La Virgen de la Salette era una advocación francesa, que según cuentan surgió por una aparición el 19 de septiembre de 1846 a dos niños, Maximino Giraud y Melania Mathieu (de once y quince años respectivamente), en el lugar del mismo nombre.

La bendición de la primera imagen de esa advocación tuvo lugar el 17 de septiembre de 1925, y fue llevada a cabo por el nuncio Felipe Cortesi. Esa imagen, traída desde Francia, es una talla de madera de unos 30 centímetros de altura, y se conserva actualmente en el Salón de los Recuerdos de la Casa madre de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía. Machado siempre se cuidó de propagar las actividades que hacía para buscar colaboradores y para dar formación a la gente más sencilla. Por ello inició hacia 1932 la publicación de un boletín mensual llamado “El Eco de la Salette”, que tenía el mismo objetivo de aquel “Eco de Lourdes” que había hecho publicar en Maiquetía en 1889: formar doctrinalmente e informar a la gente de la capellanía sobre las iniciativas sociales y pastorales que allí se hacían. La publicación de ese periódico se hizo hasta el año 1935, y tuvo que suspenderse por falta de recursos. Llegaron a publicarse 19 números.

Tampoco dejó de promover las obras educativas, pues éstas eran su “debilidad”. Empleando su larga experiencia en este campo, Machado fundó en Prado de María dos escuelas, una para varones y otra para niñas, que sostuvo durante varios años con su propio esfuerzo y recursos. Machado contrató a los maestros que se destacaban por su sensibilidad social, pues se trataba de educar a niños pobres, y de darles una educación de calidad. Además, no tenía muchos medios económicos para pagarles como se merecían. Sin embargo, en la selección de los maestros era sumamente exigente, y no permitía que se diera una educación mediocre a los niños con la excusa de que fueran de bajos recursos económicos. Por ello algunas personas rehusaron trabajar con él, pues era demasiado exigente. No obstante, siempre consiguió personas dispuestas a ayudarlo. Aunque podríamos decir que

más que ayudar al capellán, a quienes realmente ayudaban era a los niños de esas escuelas. Debido a que los principales destinatarios de las escuelas eran los niños pobres, el capellán tuvo que ingeniárselas de muchos modos para conseguir los recursos económicos para llevar la obra adelante, y debido a eso mantuvo su situación permanente de estar siempre endeudado. La prueba de sus penurias económicas, fruto de emprender tantas iniciativas, algunas veces causando la impresión de ser imprudente y temerario, fue que al final de sus días, terminó en Prado de María en la pobreza más absoluta.

Antes de irse de la parroquia, el capellán hizo las gestiones para que el gobierno nacional se hiciera cargo de esas dos escuelas, pues era muy difícil sostenerlas desde el punto de vista económico, y no quería gravar esa preocupación sobre los padres paúles, que le sustituyeron en la atención pastoral de la capellanía.

## **2. La restauración del templo y otras obras pastorales y sociales**

Apenas llegado al Rincón del Valle, cinco días antes de recibir el nombramiento oficial de parte del arzobispo Rincón, Machado envió una circular a todos sus parroquianos, fechada el 19 de mayo de 1924, en la que invitó a la feligresía a colaborar económicamente con los trabajos de restauración de la Capilla.

Cuando Machado llegó a esta capellanía en 1924, ya habían pasado más de treinta años desde su construcción, que estaba algo deteriorada, y requería de mejoras y ampliaciones. Por ello el capellán se dedicó a buscar los medios para restaurar el templo. Además, se empeñó en añadir a la nave central, dos naves laterales, gracias a que el terreno tenía espacio suficiente.

Para iniciar las obras de restauración, empleó las ofrendas que se recogían con ocasión de las peregrinaciones de la Virgen. Otro medio que utilizó para buscar ayuda económica fue la institución de la sociedad de las Marías, que fundó el 19 de octubre de 1925. En el folleto de institución de esta sociedad, consta la manera por la que pasarían a formar parte de ella sus miembros (sólo mujeres): las que quisieran pertenecer a esta sociedad, debían colaborar cada una con Bs. 20. En una carta dirigida a ellas decía que aspiraba encontrar ocho mil Marías, pues con la donación de cada una se podría bien lograr recaudar lo suficiente para restaurar el templo. Machado acotó en esa comunicación que de no conseguir ocho mil que donen 20 cada una, tendría que conseguir 16.000 que donaran 10 cada una, o de lo contrario buscaría 32.000 que donaran cinco bolívares cada una. Con ello, en la práctica daba libertad para que cada una colaborara con la cantidad que pudiera, según su situación económica. Machado prometía a las colaboradoras poner “sus nombres bien escritos en un ALBUM, que será colocado a los pies de la imagen de Nuestra Señora de la

Saletta (...) y serán publicados sus nombres en este periódico”<sup>142</sup>. No sabemos cuántas Marías consiguió para la sociedad, pero lo cierto es que pudo recaudar una cantidad considerable, pues en breve tiempo puso manos a la obra de la restauración del templo.

Otra iniciativa del capellán para recaudar fondos fue la de extender algunas devociones populares, que llevaran a la gente a dar donativos por favores recibidos. Así lo hizo con la devoción a San José. Para extenderla, Machado fue a comprar unos tarantines que sirvieran para colocar una imagen de San José en un lugar visible que llamara la atención de la gente. Fue así como pudo colocar la imagen en un árbol, a la vista de los que pasaban. Luego desde el púlpito y desde la calle empezó a hacerle propaganda a San José, hasta que se difundió de tal modo su devoción, que empezaron a llegarle con ocasión de ello una considerable cantidad de donativos que empleó para los trabajos del templo.

A la antigua iglesia de una nave se le añadieron dos naves adicionales, formando así un templo mucho más espacioso (casi tres veces más grande).

El presbítero Alfonso Alfonso Vaz es una de las pocas personas que aún viven que conocieron personalmente a Machado. Además, Alfonso era su pariente, y el papá de Alfonso, dueño de un negocio de materiales de construcción, era originario de La Victoria. Cuenta Alfonso Vaz que con ocasión de los trabajos que estaba haciendo Machado al templo del Rincón del Valle (Prado de María), fue al negocio de su papá a pedir una gran cantidad de materiales para tal obra. Pero como no tenía dinero, pidió un crédito. Alfonso envió al poco tiempo a Prado de María la lista de materiales que Machado había solicitado a crédito, y en la factura puso: “Iglesia de Prado de María”. Machado, al ver la factura, mandó a decir a Alfonso que no iba a pagar, pues los materiales se perdieron porque “Prado de María no existe”. Dijo eso porque aún muchos llamaban al sector El Rincón del Valle. Lo cierto es que Alfonso, gracias a esta ocurrente salida, condonó la deuda a Machado.

No obstante las ayudas que le llegaban, las deudas siempre superaban a los ingresos. Por ello, en una ocasión Machado tuvo que vender algunos objetos de piedad que tenía guardados, de los que traía de sus viajes a Francia, para atenuar las muchas deudas que tenía. Y aún en esos momentos era capaz de escribir a Álvarez: “Mire, Padre, cuando me veo cargado de deudas es cuando mejor duermo, a pierna suelta”<sup>143</sup>. Sin embargo, la construcción del templo la terminaron los sacerdotes paúles, que fueron quienes sucedieron a Machado en Prado de María.

---

<sup>142</sup> S. MACHADO, “Carta a las Marías”, 19-10-1925, en: AHHPM (Actividades del P. Machado en el Prado de María).

<sup>143</sup> P. ÁLVAREZ, “Padre Santiago Machado entre los años 1928-1931”, p. 1, en: AHHPM (Actividades del P. Machado en el Prado de María).



Machado también mandó a construir una casa al lado del templo, que emplearían los capellanes que le sucedieron, donde actualmente funciona la casa y el despacho parroquial de la parroquia La Milagrosa.

Paralelamente a las obras del templo, quiso también mejorar las condiciones urbanísticas del lugar, al constatar su pobreza. Lo primero que hizo fue hablar con el ministro de Obras Públicas, para pedirle que se pavimentaran las calles del sector, pues cada vez que llovía el pantanero era tan grande que no podía transitar vehículo de ningún tipo, y había días en que quedaban incomunicados. Pero los resultados fueron nulos. Así que decidió ir a Maracay para entrevistarse con el mismo general Gómez, a quien envió una carta que comentaremos enseguida.

El capellán corría con una ventaja durante su labor en Prado de María, y fue el prestigio que tenía frente a las autoridades del gobierno de Gómez, a quien conocía personalmente desde la visita del general al internado de San José del Ávila. Hay que precisar que Machado nunca estuvo de acuerdo con la vida desordenada que llevaba Gómez en el plano personal, ni tampoco con las arbitrariedades de su régimen dictatorial, y así lo manifestó en varias ocasiones. Sin embargo, no tenía problemas en solicitar ayudas al mandatario cuando ello suponía un beneficio para el pueblo. El 19 de diciembre de 1927, aniversario de la fundación de Prado de María, el sacerdote llevó una carta a Gómez, donde le recordaba las obras que estaba realizando en Prado de María: la restauración de la iglesia de la capellanía con la anexión de una nueva nave que hasta el momento no estaba terminada, la construcción de aceras y composiciones de calles “que han despertado simpatías por el lugar y movido voluntades para hacer muchas construcciones que no muy tarde habían duplicado la población”<sup>144</sup> que el sacerdote había encontrado hacía cinco años. En la mencionada carta, pedía al presidente que “sea pavimentada por el sistema de concreto” la calle real o del Rey, y que se llame en adelante “avenida de la República”. Aquí deja ver su vena patriótica, que quizás tenía una segunda intención: ganarse la simpatía del dictador, que alardeaba de ser republicano y bolivariano.

No cesaba Machado en sus intentos de cambiar nombres de lugares y de calles, buscando siempre mejorarlos. El sacerdote apuntó también en la carta a Gómez que el pueblo de Prado de María “merecería ser por su fertilidad el *Versalles* de Caracas o el *Arcachón* de Bordeaux”. Gracias a esas gestiones, logró que el gobierno pavimentara las calles de Prado de María.

Pero había otro problema: no había alumbrado eléctrico y en las noches el sector se hacía intransitable por la oscuridad. Entonces el padre hizo diligencias para conseguir del gobierno el alumbrado eléctrico. No sólo consiguió que pusieran al sector la iluminación

---

<sup>144</sup> S. MACHADO, “Carta al Gral. Gómez”, 19-12-1927, en: AHHPM, tomo III (sin numerar).

eléctrica, sino que también alcanzó a que pusieran una línea de autobuses, pues el tranvía ya no era suficiente para el traslado de la población.

Una historia de caridad muestra el afecto que Gómez sentía por el sacerdote de Maiquetía. En Prado de María vivía un señor que se sostenía económicamente de la fábrica y venta de helados. Como él y su familia pasaban gran necesidad, y el negocio de los helados estaba a punto de quebrar, pidió una ayuda económica al capellán. Éste, al verse sin recursos, pero queriendo ayudar al heladero, hipotecó una casita y dio el dinero al hombre necesitado, el cual se comprometió a pagar en los plazos fijados. Sin embargo, el hombre adeudado no sólo no pagó, sino que se fue del lugar sin decir nada. Esto hizo que peligrara la casita hipotecada, que además era la única propiedad de Machado. Éste escribió una carta a Gómez, pidiéndole ayuda económica para pagar la hipoteca de la casita. La respuesta no llegaba y pasaba el tiempo inexorablemente. A punto de vencerse la hipoteca, Machado salió a hacer una diligencia por Caracas, a pie. Cuando iba caminando por Puente Hierro, vio que venía en su carro el presidente, quien al verlo mandó detener el vehículo, y le llamó diciéndole que sabía de una correspondencia suya que aún no había podido contestar. El sacerdote le contó los pormenores de la situación y el general le prometió expedir la orden por la cantidad necesaria, que estaría disponible al día siguiente.

Otra de las obras sociales, que gozó de gran popularidad, fue la institución durante el gobierno de Gómez de un donativo de leche para las familias pobres. El capellán percibía en sus visitas a las casas que había niños que no crecían ni se desarrollaban adecuadamente, porque sus familias no les alimentaban como era debido. Con el sentido práctico que le caracterizaba, consciente que la leche es un alimento esencial en esas etapas primarias del desarrollo, pidió al gobierno una ayuda económica para dar periódicamente a las familias más pobres un donativo de leche, que quedó popularizado como “La Gota de Leche del Padre Machado”<sup>145</sup>.

Sus iniciativas sociales solían ir paralelas a sus iniciativas religiosas. A Machado le gustaban mucho las procesiones, porque las consideraba como un medio para meter la fe por los ojos, sirviéndose de la religiosidad popular para acrecentar la vivencia de la fe cristiana. Siempre hizo mucho hincapié en los signos religiosos del catolicismo, y las procesiones eran uno de ellos, que al capellán se le daban muy bien. Pero a Machado le obsesionaba el orden, y su porte severo y carácter firme le ayudaba a mantenerlo. Según los testimonios, el sacerdote mandaba que en las procesiones se siguiera el siguiente orden: en primer lugar debían ir los hombres, luego iba él rezando el rosario, después la imagen del santo que se veneraba, y por último las mujeres. Se cuenta que en una ocasión durante una procesión, un joven se fue quedando atrás, alterando el orden que impuso el sacerdote. Éste le dijo que se

---

<sup>145</sup> Cfr. FUNDACIÓN POLAR, “Machado, Santiago Florencio”, en: FUNDACIÓN POLAR, *Diccionario de Historia de Venezuela*, tomo III, Caracas, 1997 (2ª edición), p. 8.

adelantara hacia donde estaban los hombres y el joven respondió: “Usted mandará en la Iglesia, pero en la calle no”. Machado no aguantó el reto y replicó al instante: “¿Cómo que no?”, al tiempo que le daba por las piernas con el bastón que llevaba en la procesión, haciendo llegar al joven hasta el lugar que le correspondía en la procesión, a bastonazos. Debido al respeto que le tenían, todos terminaban obedeciendo al porfiado capellán.

No era ésta la única salida del capellán del Prado. En una ocasión, estando de visita en Maiquetía por las festividades de la Virgen de Lourdes, vio que en la procesión había una mujer que avanzaba arrodillada por las calles detrás de la imagen de la Virgen, hasta el punto que tenía las rodillas ensangrentadas, porque estaba pagando una promesa. Apenas la vio Machado, le dijo: “Párese señora, ¿cree Ud. que si agarra una infección, Dios se la va a curar? Eso no son promesas”. La señora tuvo que ponerse de pie, y terminó la procesión caminando. En otra ocasión, el padre mandó a levantar a una mujer que hacía lo mismo, y le regañó exclamando: “levántese, porque después andan diciendo por ahí que el P. Machado manda a la gente a arrastrarse de rodillas en las procesiones”. Sabía el sacerdote que muchos hablaban de él, y algunos nada bien. Eran capaces de inventar cualquier fantasía de Machado, pues hacía cosas tan sorprendentes que cualquier invento que se dijera de él se hacía creíble, aunque fuera falso.

Su carácter fuerte se manifestaba también en los actos litúrgicos, en los que no permitía burlas de nadie. En una ocasión que estaba celebrando Misa en Maiquetía, en la víspera de la fiesta de Lourdes, había un hombre que se sentó en primera fila y estuvo toda la Misa sabotando al cura. Mientras Machado predicaba, el hombre decía: “eso no es verdad... eso es embuste... eso no se puede”, interrumpiéndole constantemente. En un arranque típico de su personalidad, el cura le dijo: “Si Ud. no se calla se las va a ver conmigo, porque aquí en la Iglesia no puedo irrespetar las vestiduras sagradas que porto, pero soy hombre como Ud., y allá afuera lo va a saber”. El hombre salió de inmediato del templo y desapareció, lleno de temor y terror por la golpiza que se imaginaba le iba a dar el cura.

El 19 de mayo de 1929 falleció a los 83 años su hermana Dominga Machado Oyarzábal, que vivía con él en Prado de María. Desde entonces la única familiar que le quedaba era Rafaela Villasana Machado. A partir de ese momento acompañaron a Machado María del Rosario Ochoa y Rafaela Serrano.

### **3. Los homenajes del sacerdote**

El 31 de mayo de 1920, Machado recibió la máxima condecoración que en la época podía recibir un educador, de parte del gobierno nacional: la “Medalla de Honor de Instrucción Pública”, que había sido creada el 18 de febrero de 1894. El galardón fue otorgado por el presidente de la República, y firmado por Victorino Márquez Bustillos, entonces ministro de Instrucción Pública. Era el reconocimiento a su labor educativa

desempeñada en San José del Ávila con el internado de niños que ayudó a tantas familias, y también a la labor formativa que había iniciado desde años atrás, cuando era párroco de Maiquetía. Machado se convirtió en un modelo de educador, y de hecho actualmente existe una condecoración que otorga la Asociación Venezolana de Educación Católica (AVEC), denominada: “Distinción Pbro. Santiago Machado”.

El jueves 10 de junio de 1926 celebró sus bodas de oro sacerdotales. La celebración contó con la asistencia del arzobispo Rincón González, que estuvo presente en la Misa que celebró Machado a las 9 de la mañana en Prado de María, predicada por el presbítero Reinaldo S. Esculpi. Ese día le fue otorgada la “medalla de oro del Santísimo Sacramento”.

El 16 de julio de 1926, el gobierno nacional le concedió la “Orden del Libertador” en grado de Oficial. El reconocimiento, firmado por Juan Vicente Gómez, venía refrendado por el ministro de Relaciones Interiores, Pedro M. Azuaje. Contemporáneamente, se le otorgó el título de “Benemérito Sacerdote”.

El 20 de junio de 1926 tuvo lugar la celebración de ese jubileo en su tierra natal de La Victoria, con una Misa solemne celebrada en la iglesia matriz de esa ciudad a las 9 de la mañana. Ese día la ciudad de La Victoria le otorgó una medalla de oro conmemorativa, a las 9 de la noche, luego de haber ofrecido al homenajeado una velada artístico-literaria. En el reconocimiento se le declaró “Hijo preclaro de La Victoria”.

Un día antes de cumplir las bodas de oro, el diario “La Religión” publicó un reconocimiento al sacerdote, diciendo: “La actividad del Padre Machado es la característica de su apostolado. No ha habido empresa a la que él haya prestado la fuerza de su concurso, que no haya logrado éxito completo”<sup>146</sup>.

El 27 de junio de 1926, la “Junta Coadyuvadora de Maiquetía”, presidida por Carlos Vidal, e integrada por Juan P. González, Francisco P. Ojeda, Eliseo Peraza, Elías Landaeta y E. R. Olivares, ofrecieron una velada artístico-literaria en honor del 50° aniversario de la ordenación del P. Machado, en la ciudad de Maiquetía.

No conformes con eso, los representantes del gobierno, con los privilegios que les otorgaba la ley de Patronato, también quisieron reconocer a Machado haciendo las gestiones para que lo nombraran obispo de Guayana, lo cual era visto por las autoridades civiles como algo honorífico. Ya Machado había estado a punto de recibir ese obispado a sus 40 años. No parecía que le apeteciera mucho recibirlo después de viejo. Con ese motivo, comentó en su estilo llano que él no quería ser obispo, pues eso le iba a quitar libertad y él siempre se había sentido libre y venturoso. Sin embargo, la gente que lo escuchaba pensaba para sus adentros, y luego lo manifestó, que Machado siempre estuvo “preso de sus obras”.

---

<sup>146</sup> ANÓNIMO, “El Padre Machado”, en: Diario *La Religión*, 9-9-1926.

También la Alcaldía o ayuntamiento de la ciudad de Barranquilla lo declaró “Huésped Ilustre de la ciudad” homenajeándole como bienhechor de Colombia en un acto público. Este reconocimiento se lo hicieron en 1930, con ocasión de su viaje a Barranquilla, a las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver.

Con ocasión de las bodas de oro sacerdotales de Machado, muchas personas se prodigaron en panegíricos en torno a junio de 1926, ponderando laudatoriamente las obras del sacerdote homenajeado. Entre los que escribieron o pronunciaron discursos en esas fechas en su honor están monseñor Marcos Tortolero, Juan Rodríguez Marín, Rafael Briceño Ortega, Antonio Rodríguez, doctor Luís Velásquez y Carlos A. Aponte. Los panegiristas le llamaban “corazón de héroe y de santo” (Juan Rodríguez Marín), “gran civilizador y gran patriota” (Antonio Rodríguez), “apóstol de la verdad y del bien”, “espíritu selecto de generosidad”, “una de las columnas más formidables sobre las cuales descansan el edificio de la Venezuela contemporánea” (Luis Velásquez), etc.

Diez años después, con ocasión de sus bodas de diamante sacerdotales, el 10 de junio de 1936, el pueblo de Caracas otorgó un sentido homenaje al famoso sacerdote, en el cual realizaron un retrato litografiado del Padre con un recuento de su vida, y se lo iban regalando a la gente. Cuando Machado veía que regalaban el escrito con su litografía, comentaba que estaban regalando su caricatura, porque no había quien la comprara.

Para conmemorar las bodas de diamante, se celebró una Misa a las 6:00 am, y otra Misa solemne a las 8:00 am, en el templo de Prado de María. El sermón estuvo a cargo del P. Ángel Sáenz, agustino recoleto, gran amigo de Machado. La invitación a tales actos fue hecha por un grupo de 39 personas, entre sacerdotes y laicos, amigos personales del homenajeado. Entre ellos se cuentan: Tomás Polanco, Hernán Ayala, y los presbíteros Francisco J. Iturriza, Jesús María Pellín, Rafael Arias Blanco y Pedro Pablo Tenreiro. Estos cuatro últimos llegaron a ser obispos.

#### **4. La suspensión *a divinis* de Machado**

Hemos de recordar que sobre Machado pesaba la amenaza de suspensión *a divinis*, desde el 12 de noviembre de 1910, si osaba visitar alguna de las casas de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía. El fundador se cuidaba muy bien de no contravenir esta orden de Roma, y por más que Castro y Aversa buscaron una ocasión para suspender al sacerdote, nunca la encontraron.

Con motivo de sus bodas de oro sacerdotales, las religiosas de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver, le habían invitado a su Casa madre en Barranquilla (Colombia) para agasajarlo. El padre le dio largas al asunto, pero ante la insistencia de las hermanas decidió viajar a Colombia a visitarlas, habiéndose asegurado de

que el arzobispo de Cartagena (Pedro Adán Brioschi), bajo cuya jurisdicción se hallaba la casa de Barranquilla, le hubiera concedido el permiso para ir a ver.

Con el consentimiento de Brioschi, en abril de 1930 embarcó desde el Puerto de La Guaira hacia Barranquilla en compañía de Rafaela Serrano y de otra señora amiga. Una religiosa de la congregación de San Pedro Claver contó que al enterarse de la visita de Machado, todas las hermanas de la casa de Barranquilla se pusieron en movimiento para darle la bienvenida. Al llegar, fue recibido en la capilla, donde estaba previsto hacer una exposición con el Santísimo. Al final del acto eucarístico, dirigió unas palabras a las hermanitas, en las que dijo: “Ahora puedo morir contento, porque he visto que mi obra no ha muerto”.

Estando en Barranquilla, el presbítero se hospedó en el Asilo San Antonio que él mismo había fundado en 1908. Desde allí visitó otras casas que la congregación de San Pedro Claver tenía en Colombia. Entre los homenajes que le prodigaron, la alcaldía de Barranquilla le declaró “Huésped Ilustre de la Ciudad”, como hemos indicado antes.

Informado el nuncio apostólico en Venezuela, monseñor Fernando Cento, por obra de alguna lengua privilegiada, de que Machado había ido a Barranquilla a visitar una de las casas de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver, Cento procedió a denunciar a Machado ante el Santo Oficio, con considerable premura. El nuncio había preguntado a monseñor Rincón González si conocía el motivo del viaje de Machado a Colombia, y éste le respondió que había hecho el viaje para tomarse un descanso. Lo dijo con la intención de no perjudicar al capellán del Prado.

Sin embargo, Cento continuó adelante con la denuncia, tal vez azuzado por algún enemigo del perjudicado. La denuncia del nuncio contra Machado tuvo lugar el 24 de abril de 1930, cuando el afectado se encontraba en Barranquilla. En el texto de la denuncia, Cento recordaba que ya Aversa había denunciado a Machado ante el Santo Oficio en febrero de 1911 por comunicarse epistolarmente con algunas hermanas, sin obtener ninguna respuesta, como escribe el nuncio: “ya desde el 17 febrero 1911, en la Relación N° 711/2252 al mismo Cardenal Secretario, lamentaba Mons. Aversa que el Machado, de hecho, transgredía las precisas disposiciones tomadas a su resguardo por la Santa Sede, tanto de pedir formalmente a él, Eminentísimo, si sería deber del Ordinario local ‘comunicar al rebelde la suspensión en que incurrió’: pregunta que, por lo que nos resulta en el Archivo, no fue dada ninguna respuesta por esa S. Congregación”<sup>147</sup>.

---

<sup>147</sup> F. CENTO, “Carta al cardenal secretario de la S. C. del Santo Oficio”, 24-4-1930, en: AHHPM (cartas, sin numerar).

Es lógico que la denuncia no haya venido de Rincón, que tenía gran estima a Machado, sino del nuncio Cento, que también estaba algo predispuesto, como sus predecesores, contra nuestro biografiado.

A su regreso a Venezuela, el 31 de julio de 1930 el arzobispo Felipe Rincón González hizo saber a Machado que había incurrido en suspensión *a divinis*. El sacerdote recién suspendido no tenía previsto regresar a Venezuela en esa fecha, pero fue mandado a llamar, para entregársele en Caracas el decreto de suspensión. En efecto, Rincón había recibido una comunicación del 13 de junio de 1930, en la que un oficial de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, monseñor N. Cassali, participaba que el presbítero Santiago Machado incurrió en suspensión *a divinis latae sententiae* por contravenir la disposición de la Santa Sede, al tiempo que le imponía “la obligación de romper con los dos Institutos de las Hermanitas de los Pobres, sean llamadas de Maiquetía o sean las que de San Pedro Claver se llaman”<sup>148</sup>.

Apenas enterado de la suspensión, como estaba en virtud de ella impedido para decir Misa y para celebrar cualquier otro sacramento, mandó a llamar a Pagüita a un sacerdote amigo suyo, el P. Álvarez, con el fin de que le supliera en la celebración de las Misas en Prado de María. Así lo cuenta el mismo Álvarez: “Impedido de celebrar hasta que Roma le levantase la suspensión me rogó que le tendiera la mano yendo a decir Misa al Prado de María, a primera hora. Y claro es que lo hice no obstante haber recibido mandato de que no pernoctara ningún congregado en la sacristía de la Iglesia. Para ello hube de levantarme aquellos días bien de mañana y andando y andando, corriendo aún, emprender el camino al Prado de María llegando siempre a tiempo. Cuánto me agradeció el favor y cuán grande gusto sentía en hacérselo”<sup>149</sup>.

Hay que señalar que Machado no tenía intención de contradecir las órdenes de Roma, pues tenía entendido que la prohibición de visitar las casas de la congregación por él fundada se limitaba a las que se encontraban en el territorio nacional. Además, pensaba que sólo estaba impedido para entrar en contacto con las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, sin tener claro que la prohibición incluía a las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver, que habían sido fundadas en Colombia por la madre Marcelina de San José. Tampoco esto estaba especificado en el decreto del 12-9-1910.

Esta pena canónica afectó mucho los ánimos del capellán, que al momento de recibirla se sometió humildemente a la sanción y pidió perdón, en estos términos: “Pido, pues, de rodillas a ese Supremo Tribunal el más sincero perdón, y suplico se me absuelva de esa censura cuando fuere posible, pues es la primera vez que paso por esa pena tan

---

<sup>148</sup> N. CASSALI, “Decreto de suspensión *a divinis*”, 31-6-1930, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>149</sup> P. ÁLVAREZ, “Padre Santiago Machado entre los años 1928-1931”, en: AHHPM (Actividades del P. Machado en el Prado de María).

amarga”<sup>150</sup>. El 1º de agosto, un día después de recibir el decreto, Machado se dirigió a la nunciatura a dar explicaciones al nuncio, al tiempo que envió una carta al Santo Oficio donde explicó que las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver formaban una congregación muy distinta de la que él había fundado en Maiquetía, y que además él había puesto como condición para ir a verlas que informaran sobre ello al arzobispo de Cartagena, Pedro Adán Brioschi, de quien ellas dependían. Ellas habían hecho saber a Machado que monseñor Brioschi había dicho que “ese pobre viejo octogenario podía ir a visitarlas”<sup>151</sup>. Dijo también en esa misiva: “En mi virtud, sin que por mi mente pasara la menor idea de cometer una falta y sin tener noticia alguna de que esa Congregación hubiera sido incluida en el decreto de 9 de noviembre de 1910, fui a Barranquilla y a Cartagena, di las gracias al Señor Arzobispo Brioschi e hice todo el bien que pude, y regresé en otro vapor, (sin que me ocurriera que había faltado a mi compromiso de 9 de noviembre de 1910)”<sup>152</sup>. Además de contar con la autoridad eclesiástica del lugar, Machado había compartido allí con monseñor Carlos Valiente, viejo amigo suyo, que ejercía el cargo de vicario del arzobispado y gobernador eclesiástico de vicaría de Barranquilla.

Luego de dar todas las explicaciones del caso, Machado suplicó a monseñor Fernando Cento que intercediera por él. Esta súplica conmovió en extremo al nuncio, que desde ese momento sintió un gran pesar por la pena canónica impuesta al anciano. Machado no era llorón, pero ese día hubo muchas lágrimas en el despacho de la nunciatura. Y si las cartas lloraran, la que envió Machado a Roma debía estar empapada.

Cento se dedicó desde entonces a gestionar la absolución del suspendido, pero no se imaginó que iba a ser tan difícil. Para ello, envió una carta el mismo 2 de agosto al Santo Oficio, en la que suplicó se le concediera cuanto antes la absolución de la censura, e incluso llegó a decir: “Me gustaría si esto sucede antes de la mitad de septiembre, fecha de la fiesta de titular de la Iglesia donde él es el Rector y que se suele celebrar con mucha solemnidad;

---

<sup>150</sup> S. MACHADO, “Carta al secretario del Santo Oficio”, 1-8-1930, en: AHHPM (sin numerar). Cfr. también: M. M. VILLALBA, *Un hombre de fe y acción*, cit., pp. 256-258.

<sup>151</sup> S. MACHADO, “Carta al secretario del Santo Oficio”, 1-8-1930, en: AHHPM (sin numerar). Por su parte, Cento dio la siguiente explicación: “Como en la carta aquí incluida que dicho sacerdote dirige a Su E. Revma, él se justificaba conmigo diciendo que las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver de Barranquilla (Colombia) forman una Congregación distinta de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, a propósito de la cual ese Supremo Tribunal emitió contra él la sentencia del 9 noviembre 1910, a lo que yo respondía diciéndole que **el espíritu** de esa sentencia no podía excluir de la prohibición de comunicarse con las Hermanas que, cuando fue emitido dicho decreto, formaban parte de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía. El hecho de haber salido posteriormente para formar otro Instituto, fue propiamente por un espíritu más o menos abierto de rebelión al decreto mismo, se diría, al contrario, que debería más particularmente incluirlas en dicha prohibición”: F. CENTO, “Carta al cardenal secretario de la S. C. del Santo Oficio”, 2-8-1930, en: AHHPM (cartas, sin numerar).

<sup>152</sup> S. MACHADO, “Carta al secretario del Santo Oficio”, 1-8-1930, en: AHHPM (sin numerar).



esto para evitar una penosa situación y un posible escándalo, dado que dicho Sacerdote es aquí muy popular”<sup>153</sup>. Entretanto, la noticia de la suspensión del P. Machado, por expreso mandato de la nunciatura apostólica, se mantenía en el más estricto secreto, y la gente de la parroquia ignoraba por qué Machado no estaba celebrando la Misa o los sacramentos esos meses. Pensaban que era por razones de salud.

El estado de tristeza y de angustia de Machado debido a la suspensión afectó mucho su salud. Algunos periódicos publicaron por esas fechas que estaba gravemente enfermo. Además, la enfermedad fue sido la única explicación que podía dar el mismo Machado para negarse a celebrar la Misa y administrar los demás sacramentos.

El mismo nuncio Fernando Cento se sintió muy mal de saber que el octogenario sacerdote estaba en ese estado, y por ello mandó un telegrama a Roma el 4 de septiembre explicando la actitud sumisa y humilde de Machado con el fin de que levantaran la suspensión cuanto antes. Como no obtuvo respuesta, Cento envió el 6 de octubre una carta al cardenal Sbarretti pidiendo la absolución del suspendido, explicando allí que “se trata de un anciano octogenario que tiene en su activo muchos y notables méritos, cuya pena sufrida con plena sumisión, opino que pueda decirse que es suficiente para expiar lo que hubo de incorrecto en su conducta”<sup>154</sup>. Cento añadió que el caso se había mantenido en secreto, pero manifestó su temor de que se enteraran las autoridades del gobierno, cuya estima para con Machado era tan grande que el conocimiento del castigo del capellán podría complicar las relaciones del gobierno con la Iglesia<sup>155</sup>. Como la absolución no llegaba, Cento pidió en una carta del 4 de noviembre al padre Lottini, comisario de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, que gestionara con la mayor premura la absolución del P. Machado<sup>156</sup>. La explicación más verosímil que encontramos de este ruego de un nuncio apostólico a un simple oficial de congregación, es el cargo de conciencia que debía tener, pues había sido él quien denunció a Machado ante el Santo Oficio.

---

<sup>153</sup> F. CENTO, “Carta al cardenal secretario de la S. C. del Santo Oficio”, 2-8-1930, en: AHHPM (cartas, sin numerar).

<sup>154</sup> F. CENTO, “Carta al cardenal secretario de la S. C. del Santo Oficio”, 6-10-1930, en: AHHPM (cartas, sin numerar).

<sup>155</sup> Cfr. F. CENTO, “Carta al cardenal secretario de la S. C. del Santo Oficio”, 6-10-1930, en: AHHPM (cartas, sin numerar): “Venezuela atraviesa un momento muy delicado por lo que se refiere a la política eclesiástica, como seguramente V. E. no ignora. Ahora, si este doloroso episodio, al prolongarse la suspensión *a divinis* hasta aquí conocida sólo por poquísimos, llegase a conocimiento de los dirigentes del gobierno, entre los cuales el Machado es muy considerado podría seguir cualquier endurecimiento no deseable”.

<sup>156</sup> Cfr. F. CENTO, “Carta al P. Lottini”, 4-11-1930, en: AHHPM (cartas, sin numerar): “el caso me interesa también por tratarse de un viejo sacerdote octogenario, que ha aceptado humildemente la grave medida; me permito dirigirme a V. P. Revma. para que, en la medida de sus posibilidades, quiera tomárselo a pecho: haría una cosa muy grata”.

En medio del dolor de la suspensión, sus amigos le prodigaron algunas muestras de afecto. El 7 de noviembre de 1930, hallándose suspendido sin que la mayoría de sus conocidos lo supiera, celebró con gran solemnidad su 80° cumpleaños, como cuenta el P. Álvarez: “Éramos los invitados varias docenas, además de las colectoras de limosna que habían llegado con tan fausto suceso, que llenaban toda la casa y patios. Veíasele feliz al glorioso anciano recibiendo los homenajes y presentes de toda aquella multitud. Día todo de luz y felicidad completa”<sup>157</sup>. Sin embargo, pasaban los meses y la absolución de la sanción no llegaba.

La nunciatura estaba más desesperada que el mismo suspendido por la dilación del Santo Oficio. Y ello era comprensible, pues aún en enero de 1931, luego de insistentes súplicas de la nunciatura apostólica para que le levantaran la suspensión a Machado, aún no se había obtenido respuesta de la Santa Sede. Por ello, en un acto de desesperación, el P. Basilio de Sanctis, auditor de la Nunciatura Apostólica en Venezuela, acaso solicitado por monseñor Cento, escribió una carta al Santo Oficio para que por favor agilizaran el asunto del P. Machado<sup>158</sup>. Y como el Santo Oficio no respondiera con la premura que se esperaba en Venezuela, Cento tuvo que recurrir a la Secretaría de Estado el 19 de enero, llegando a pedir al mismo cardenal Eugenio Pacelli, futuro papa Pío XII, que suplicara directamente al santo padre Pío XI, la absolución de Machado<sup>159</sup>. Pacelli respondió en un telegrama del 24

---

<sup>157</sup> P. ÁLVAREZ, “Padre Santiago Machado entre los años 1928-1931”, p. 1, en: AHHPM (Actividades del P. Machado en el Prado de María).

<sup>158</sup> Cfr. B. DE SANCTIS, “Carta al Santo Oficio”, 12-1-1931, en: AHHPM (Cartas, sin numerar). De Sanctis fue muy explícito acerca de la situación: “Ahora bien, este Excmo. Nuncio, que por deber de conciencia había dado las respectivas informaciones, ha, sucesivamente, en mérito a dicho caso, dirigido dos oficios al Excmo. Card. Secretario de ese Supremo Tribunal (2 agosto y 6 octubre 1930), una carta privada al Revmo. P. Lottini, C.S.O., y dos telegramas a la Secretaría de Estado (4 septiembre, 22 diciembre 1930) donde da a conocer varias circunstancias referidas a la misma materia, así como la sumisión perfecta con la que el Machado ha aceptado la pena infligida con el Oficio del 13 junio 1930 al Arzobispo de Caracas: la avanzada edad de dicho sacerdote y su delicada posición frente al pueblo, por ser rector de una capilla muy frecuentada por los fieles; finalmente la misma situación político – religiosa de este país es bastante delicada. Y sin embargo, hasta hoy, ni siquiera una sola raya de respuesta ha llegado a Mons. Nuncio. Naturalmente él no pretende que el S. Oficio tome en cuenta sus insinuaciones de indulgencia a favor del Machado, más no puede no estar extremada y dolorosamente sorprendido por el hecho que, de alguna manera, un Nuncio Apostólico no vea, después de 6 meses, alguna respuesta a sus repetidas misivas. No le será difícil comprender, Revmo. Monseñor, como S. E. debe sentirse no poco mortificado, al tener que dar razón de esto al Arzobispo, cuando éste le pregunte cuál fue el resultado de la recomendación y petición a favor del Machado que dirigió al S. Oficio junto a mi Relación del 2 de agosto. Escribo, Revmo. Monseñor, mi carta de manera puramente amistosa, rogándole que se interese piadosamente, a fin de que, por la dignidad misma del Representante de la Santa Sede, sea dado una respuesta solícita al respecto, atreviéndome, además, a agregar una palabra de recomendación por este pobre Sacerdote que inspira compasión”.

<sup>159</sup> Cfr. F. CENTO, “Telegrama al Card. Pacelli”, 19-1-1931, en: AHHPM (cartas, sin numerar): “Ninguna respuesta del S. Oficio sobre el caso Machado, a pesar de mis muchas insistencias me pone en una situación embarazosa también respecto al Arzobispo. Ruego a S. E. Revma. Suplicar esta gracia al S. Padre”.

de enero, diciendo que le pedían expresamente desde el Santo Oficio que no se insistiera más desde la nunciatura en Venezuela sobre el caso del P. Machado<sup>160</sup>. ¿Qué lectura darle a todo este abundante cruce epistolar que buscaba tan sólo absolver de la suspensión a Santiago Machado? No hay duda que monseñor Cento estaba arrepentido de haber denunciado a Machado, pues se trataba de un sacerdote muy popular, y si llegaba a la gente la noticia de su suspensión, iba a haber seguramente manifestaciones contra la nunciatura y contra la misma Santa Sede. Además, el gobierno nacional, que admiraba grandemente al sacerdote, podría tomar represalias contra la Iglesia, pues había sido su misma jerarquía quien había privado temporalmente a Machado del ejercicio de su sacerdocio. Se repetían así los mismos temores que manifestó en su tiempo monseñor Aversa.

Luego de haber enviado a Roma las numerosas informaciones sobre cómo Machado había recibido con gran humildad el castigo, no terminaba de llegar la anhelada absolución. También Rincón González suplicó a la Santa Sede la pronta absolución del sacerdote, sin ser escuchado. En efecto, el cardenal Donato Sbarretti señaló que monseñor Rincón González había enviado a Roma “las mejores informaciones en torno a dicho Sacerdote, en torno a sus disposiciones de ánimo, a sus sentimientos, a sus buenos méritos”<sup>161</sup>, con el fin de que se concediera cuanto antes la absolución de la suspensión. Este fue uno de los poquísimos casos en el que la autoridad eclesiástica (arzobispo de Caracas y nuncio apostólico) intercedía para que se concediera un beneficio a Machado. La diferencia era grandísima con respecto a los tiempos de Juan Bautista Castro y Giuseppe Aversa.

Finalmente, después de tanto esperar, debido a su actitud humilde y sumisa, y a los insistentes ruegos de la nunciatura y del arzobispado, le fue levantada la suspensión el 23 de febrero de 1931, casi siete meses después de haberle sido impuesta la pena<sup>162</sup>.

---

<sup>160</sup> Cfr. E. PACELLI, “Telegrama a Mons. Cento”, 24-1-1931, en: AHHPM (cartas, sin numerar): “Congregación del Santo Oficio me encarga de comunicar que mandará directamente a V.S.I. la respuesta acerca del caso Sacerdote Machado. El Santo Oficio agrega que no hacen falta posteriores insistencias”.

<sup>161</sup> D. SBARRETTI, “Carta a Mons. Fernando Cento”, 31-1-1931, en: AHHPM (cartas, sin numerar).

<sup>162</sup> F. CENTO, “Carta al cardenal secretario de la S. C. del Santo Oficio”, 24-2-1931, en: AHHPM (cartas, sin numerar): “También a nombre del Arzobispo agradezco a la Suprema Congregación del S. Oficio por haberse dignado, con un venerado folio de Vuestra Eminencia Reverendísima, N° 235/10, de enviarnos la absolución de la suspensión a divinis del Sac. Machado. De común acuerdo, en efecto, le hemos concedido tal gracia el 23 del corriente, primer Domingo de Cuaresma, después de casi siete meses de que él había recibido pena tan grave. Me permito ahora humildemente someter a V.E. que en mi carta N° 1656 del 24 abril 1930, yo me limitaba a comunicar pura y simplemente el hecho del viaje del P. Machado a Barranquilla, dejando el juicio a ese Sagrado Dicasterio, no pudiendo prever sus decisiones”. Aquí Cento se excusa explicando que se limitó a informar, y no a denunciar. Su conciencia debió haber estado bastante turbada. Cfr. también, F. RINCÓN GONZÁLEZ, “Carta a Mons. Cento”, 21-2-1931, en: AHHPM (cartas, sin numerar): “Me ha sido placentero saber la resolución de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, respecto del asunto Padre Machado. Convencido yo de las buenas disposiciones de espíritu en que se encuentra el referido padre, estoy perfectamente de acuerdo con V. Excelencia en que se le dé la absolución de la censura incurrida”.

Afortunadamente, sólo se habían enterado sus más allegados, pues la cuestión se manejó con bastante discreción. Machado se había limitado pedir al P. Álvarez y a otros amigos sacerdotes que le suplieran en la celebración de la Misa y en la administración de los demás sacramentos mientras él estaba suspendido.

No dejó de ser una gran alegría para los feligreses de Prado de María ver a su capellán de nuevo celebrando la Misa. Habrían pensado que la supuesta enfermedad del anciano se había alargado mucho tiempo.

## **5. El Via Crucis de la Plaza Jerusalén**

El capellán del Prado no se había conformado con levantar un monumento a Cristo crucificado en la Plaza Jerusalén, que fue bendecido por Pietropaoli el 6 de febrero de 1914. Concibió también la idea de construir alrededor de la plaza El Cristo las 14 estaciones del Via crucis. No quería que fueran de bronce o de mármol, sino más bien que resaltaran por el colorido y el realismo, para que así movieran más a la piedad. Una vez elaborado cuidadosamente el proyecto, las mandó a hacer en la casa “La Estatua Religiosa” de París.

Para poder obtener los recursos para las estaciones del Via crucis, Machado comenzó a pedir limosnas en 1914. Gracias a las contribuciones de los fieles, pudo adquirirse la primera estación en 1922.

Pero Felipe Rincón González, arzobispo de Caracas desde 1916, prohibió a Machado pedir limosnas. Le propuso en cambio que hiciera peticiones formales a familias pudientes para que cada una donara una estación. Por esa razón en adelante las capillas no se construirían en orden numérico, sino que cada donante escogería la estación que quisiera obsequiar, de acuerdo con el catálogo que se había elaborado en París. Así se fueron construyendo las estaciones dejando sitio a las faltantes según el orden correspondiente. Cada capilla tenía un costo de Bs. 15.000, cantidad muy elevada para la época, por lo cual no fue fácil conseguir a los catorce donantes.

La primera de las estaciones que se donó fue pagada por María Hernández de Hernández. También donaron su respectiva estación Jesusita Pérez Brito y su hermana la Sra. viuda de Manrique, el general Simón Bello, Mercedes María de Toledo Trujillo, Pedro N. Casas, Camila Valbuena de La Ville, Conchita Vallenilla de González, una familia que no quiso que se publicara su nombre, y Eduardo H. Amestoy, que fue el donante de la última estación, inaugurada el 10 de febrero de 1939.

Tomando al pie de la letra la recomendación del arzobispo de pedir la donación a personas pudientes, Machado formuló una petición a uno de los venezolanos más pudientes de la época: el general Juan Vicente Gómez. Y como éste conocía bien al sacerdote, respondió afirmativamente. Le tocó donar la octava estación.

Pero la donación de Gómez trajo cola. Cuando éste falleció en diciembre de 1935, los opositores del dictador quisieron destruir la octava estación, pues sabían que había sido donada por él. Enterado Machado, se trasladó de inmediato a la plaza para impedir la destrucción de esa estación. Una vez instalado en la plaza, esperó a los manifestantes, paraguas en mano. Ante los gritos de los antigomecistas, nuestro biografiado les dijo: “Aquí los estoy esperando”. Frente la inesperada presencia del sacerdote, la turba guardó silencio. El padre entonces improvisó un discurso en el que recordó la veneración que el pueblo venezolano tenía por las cosas sagradas, y que no podía pensar que ese mismo pueblo las profanaría. Dijo también que si el general Gómez había donado una estación, lo había hecho “para ornato de Maiquetía, en un gesto muy cristiano, pues todos tenemos cosas malas y cosas buenas”. Ante esas palabras, el pueblo se aplacó y desistió de acabar con la estación comprada por el mandatario fallecido. Machado tuvo entonces la osadía de pedir a los presentes que le acompañaran a rezar un padrenuestro, avemaría y gloria por el alma del general Juan Vicente Gómez, y todos asintieron a la petición.

A principios de 1939, en medio de los preparativos para la peregrinación de la Virgen de Lourdes en Maiquetía, pudo terminarse el vía crucis de la Plaza Jerusalén que Machado había iniciado años antes. La bendición de la última estación se efectuó el viernes 10 de febrero a las 8:30 pm. Las estaciones se iban construyendo de acuerdo con las donaciones, y por tanto sin el orden establecido. Por ello la última estación donada por Eduardo Amestoy y su familia, fue la novena estación (Jesús cae por tercera vez). Fue bendecida por monseñor Miguel A. Mejía, obispo de Guayana y auxiliar de Caracas, invitado por Machado para la ocasión.

El padre Ángel Sáenz, de la orden de los Agustinos Recoletos, llegó muy joven a Venezuela (como a sus 25 años), y desde que conoció a Machado se hizo muy amigo de él. En una ocasión éste le confió a Sáenz: “Yo no me puedo morir sin terminar las estaciones del Vía crucis, porque así me lo ha pedido el Señor”. En febrero de 1939, bajaron a Machado a la plaza Jerusalén en silla de ruedas, pues ya estaba muy anciano, para que participara en la bendición de la última de las estaciones del Vía crucis. Estaba presente Ángel Sáenz, que al ver a Machado le dijo: ¿Cómo está padre Machado? El sacerdote contestó: “Fregado, me voy a morir, porque cometí la estupidez de terminar el Vía crucis”. No terminaría el año sin que se cumpliera el vaticinio.

El interés de Machado por extender la devoción a Cristo crucificado, se manifestó también en las gestiones que realizó para restaurar la iglesia del Calvario en La Victoria, su patria chica, incluyendo la fachada que lo embellece, que el templo conserva en la actualidad. No contento con ello, consiguió los recursos para importar desde Francia las imágenes del Calvario que hoy existen en dicho templo. Como no le gustaba hacer las cosas a medias, concluyó la obra mandando a construir las escalinatas por donde hoy día se llega a esa iglesia.

## 6. Sus últimos años en Prado de María

A partir de 1930 se instalaron en la casa vecina a la de Machado dos personas muy amigas de él: Mercedes María Innes y su hermana Belén Innes de Martínez. Mercedes comenzó a trabajar como catequista de la parroquia. Venían con un niño de diez años llamado Carlos Soria Villaparedes, pues su mamá se hallaba en graves aprietos económicos y había consentido que fuera con las dos hermanas a hacerles compañía. Pero al llegar un sobrino de las Innes en 1932, Carlos debía abandonar la casa. Entonces Machado lo llevó a su casa, le ayudó a terminar los estudios de primaria, y Carlos comenzó a ayudarlo como secretario y enfermero. El padre le encomendaba diversas tareas como la atención a algunos enfermos, o la ayuda en algunas diligencias. El capellán se preocupó siempre por las necesidades de Carlos, llegando a tener con él muchos detalles, como por ejemplo darle dinero para comprar zapatos.

Carlos también se encargaba de recoger el dinero de tantos benefactores que tenía Machado, y que fueron destinados a las innumerables obras iniciadas por el sacerdote: Via Crucis monumental en la plaza Jerusalén de Maiquetía, templo de Prado de María, las dos escuelas en Prado de María, ayudas para los pobres y enfermos del sector, entre otras. Machado ayudaba a muchas personas enfermas y ancianas. Con frecuencia pedía a Carlos que fuera a una droguería mayorista a comprar lotes de las medicinas más comunes para surtir una pequeña farmacia que tenía en su casa. Los productos en polvo se compraban por paquetes de cinco kilos (bicarbonato, sal de higuera, y otros). Gracias a esto, se estableció en casa del capellán una despensa farmacéutica que servía para los enfermos pobres que solicitaban ayuda al sacerdote.

Santiago Machado siempre se distinguió por su elevado espíritu de patriotismo. Nunca desaprovechó la oportunidad para exaltar a los próceres de la independencia, y mantuvo siempre una gran admiración por el libertador Simón Bolívar. Una muestra de esto fue el pomposo funeral que organizó con ocasión del centenario de la muerte del Libertador, el 17 de diciembre de 1930. Ese día se celebró en Prado de María una Misa de Requiem a las 6:00 am por el alma de Simón Bolívar. A la 1:00 pm estableció un minuto de silencio, y seguidamente se tocaron campanas solemnes dobles por espacio de media hora, culminando el acto religioso con un responso por el eterno descanso del Libertador. Como solían ser los actos organizados por Machado, éste estuvo muy concurrido. Sin embargo, la Misa que se ofreció ese día no la pudo celebrar él, pues estaba en ese tiempo afectado por la pena de suspensión *a divinis*, que le fue levantada en febrero de 1931, como hemos referido anteriormente.

Entretanto, continuaban las peticiones para recaudar fondos para la restauración del templo. Así se logró que en 1931 el general Gómez donara la cantidad de dos mil bolívares

para las obras de construcción del templo de Prado de María, a través de la sociedad de “Hijos de la Santa Cruz”. Se había dado el dinero a Julián Olivo, presidente de esa sociedad, que entregó todo a Machado. Pero Machado no quiso decir públicamente la cantidad que había donado Gómez, pues no quería que le identificaran de alguna manera con el régimen del dictador. Así las cosas, los miembros de la sociedad pidieron al capellán que hiciera pública la donación de Gómez, pero el padre se transó en que no lo haría. Por ello, un emisario de Julián Olivo, Juan R. Rodríguez M., tuvo que escribir el 15 de julio de 1931 al arzobispo Rincón, para que le pidiera a Machado que dijera públicamente después de la Misa que Gómez había donado Bs. 2.000 para los trabajos del templo. La razón que adujo Rodríguez al arzobispo fue que así nadie podía decir que Olivo se había agarrado el dinero. El capellán tuvo que ceder, impelido por la autoridad. Este episodio demuestra que Machado nunca aprobó el sistema gomecista, y aunque Gómez le tenía aprecio, él nunca quiso hacer gala de ello, sino que más bien buscó distanciarse del dictador. Pero como no era tonto, se aprovechó del prestigio que tenía ante el mandatario para sacarle unas cuantas ayudas para sus obras sociales y de construcción. A fin de cuentas, el dinero que donaba Gómez era de los venezolanos, y a ellos lo destinó el cura del Prado.

Mientras tanto, crecían las iniciativas pastorales del incansable sacerdote. A inicios de la década de 1930 concibió la idea de formar una cofradía del Santísimo, y para ello pidió el permiso correspondiente al arzobispo. El 13 de abril de 1932, Rincón González concedió la Machado el permiso para erigir la cofradía del Santísimo Sacramento.

El Catecismo del P. Machado había recorrido todo el país. Pero en 1934, año en que Machado sacó la 18ª edición de su catecismo (20.000 ejemplares), el episcopado venezolano dispuso que el texto que debía emplearse en adelante para Venezuela era el catecismo de la doctrina cristiana de monseñor Nicolás Navarro, “con exclusión de todo otro”. Este nuevo catecismo abundaba en tecnicismos teológicos que lo hacían de difícil comprensión, sobre todo para los más pequeños. Sin embargo, los obispos venezolanos habían decidido que era el que debía emplearse en adelante. Ello trajo como consecuencia que la edición n° 18 de Machado se quedara fría. Debido a eso, al autor le costó mucho trabajo pagar la edición que había mandado imprimir. Sin embargo, en 1938 monseñor Mejía autorizó el catecismo de Machado por considerarlo útil al pueblo. Así que pudo aún imprimir la edición n° 19, que fue la última que de ese catecismo se hizo. El catecismo de Machado siempre gozó de gran prestigio entre la gente más sencilla. Algunos llegaron a decir que “el P. Machado es nuestro Ripalda”, haciendo referencia al famoso catecismo español de Astete y Ripalda, que tanta resonancia tuvo en la patria ibérica.

Santiago Machado pasó a la historia como gran catequista. Así lo reconocían los sacerdotes del clero de Caracas. Y así lo recuerda el Concilio Plenario de Venezuela: “En la historia de nuestra Iglesia ha habido excelentes catequistas que (...) han dado insigne testimonio de vida cristiana y han contribuido a la educación cristiana del pueblo. Entre tantos

sobresalen pastores como el Padre José Manuel Jiménez Gómez (1864-1914), fundador de las Hermanas Catequistas de Lourdes; el Padre Santiago Machado (1850-1939), fundador de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, y Mons. Rafael Arias Blanco (1906-1959), Arzobispo de Caracas”<sup>163</sup>. Era un gran catequista no sólo porque la publicación de su catecismo tuvo muchísima influencia, sino también porque él personalmente se dedicaba usualmente a catequizar a los niños. Carmen López (luego hermana Maximina de San José) contó que cuando ella era niña, como en 1926, pasó una vez Machado por la parroquia de Maiquetía y se detuvo en la Iglesia donde estaban reunidos los niños del catecismo. Allí les dio una lección magistral de catequesis, que esos niños nunca olvidarían.

En 1934 Machado mandó fabricar en Los Jardines del Valle una capilla donde instaló una imagen del Cristo de las Misericordias para su culto. Ya el arzobispo Rincón había concedido el permiso para la erección de una capilla en ese lugar, el 11 de octubre de 1932. El culto se inauguró el 6 de agosto de 1935, por lo cual pensamos que para esa fecha ya estaba instalado el Cristo. Para concluir la construcción de esta capilla utilizó un dinero que había recogido para que comprar la casita donde vivía alquilado, recolectado y entregado como regalo por sus bodas de diamante, en junio de 1936. Machado prefirió emplearlo para la “casa” del Cristo, en lugar de la suya.

Ese terreno lo tenía el padre destinado para construir un asilo para ancianos y ciegos. Aún con 84 años encima, Machado estaba pensando en nuevas obras sociales, pero en este caso no vivió para ver su conclusión. Aquejado por los achaques de la vejez, en 1938 entregó a las Hermanas Catequistas de Lourdes la capilla terminada, y las obras en construcción del futuro hogar de ancianos. Seguía fiel a su costumbre de siempre: nunca “disfrutar” de las obras que hacía, sino entregarlas totalmente a los demás.

A partir de 1936 los monjes benedictinos de San José del Ávila dejaron de dar a Machado la asignación mensual de Bs. 400 que habían venido dando desde que el padre se retiró de allí. Ello hizo que Machado recurriera a Roma para que se le diera lo que en justicia le correspondía, pues eso estaba en las cláusulas de la entrega del internado. Mientras Roma no se pronunció, el padre sufrió las penurias de la falta de recursos económicos, ya a sus 86 años de edad. Pasó así dos años, hasta que Roma falló a su favor.

Ese mismo año de 1936 comenzaba en España una sangrienta guerra civil. Machado siempre fue muy sensible ante los regímenes totalitarios, fueran de izquierdas (como los comunistas) o de derechas (como los nacionalistas)<sup>164</sup>. Informado de la feroz persecución que

---

<sup>163</sup> CONCILIO PLENARIO DE VENEZUELA, *Documento Conciliar N° 4: La catequesis*, 9, CEV, Caracas, 2006, p. 120.

<sup>164</sup> No fue una excepción el régimen gomecista. Hemos dicho que Machado no estuvo de acuerdo con los desmanes del dictador. Sólo se aprovechó de él para conseguir favores para el pueblo, pero nunca apoyó, ni pública ni privadamente, el proceso despótico de Gómez.



estaba sufriendo la Iglesia católica en España con ocasión de la guerra civil que comenzó en 1936, estaba muy preocupado por la suerte de la Iglesia en ese país. De hecho, en 1936, estando en la iglesia de Prado María, en una exposición frente al Santísimo, Machado oró casi gritando: “Señor, humilla a tus enemigos que están en España hundiendo a la Iglesia. Humíllalos Señor”<sup>165</sup>.

En tiempos del general Eleazar López Contreras (1936-1941), Machado implantó a sus 86 años un programa de comedor popular al mediodía para los pobres: consiguió que una familia importante que vivía frente a la iglesia, hoy Seminario de los padres paúles, cediera los terrenos de la parte de atrás de la casa, para que sirvieran de espacio para el almuerzo de los pobres, que consistía en darles a cada uno un buen plato de sopa. Dice Nora Vásquez que “ninguno se negaba a colaborar con el padre, recuerdo ver a todos los mendigos y locos del lugar al mediodía, llegando a comer, todos sucios y hediondos, pero felices, también personas necesitadas. Todos ellos en la noche dormían en el pasillo de entrada de la casa o ‘zaguán’, del Padre Machado, con su permiso, esta casa era la casa de todos, con la puerta siempre abierta, gentes de todas las esferas entraban y salían”<sup>166</sup>.

Ésta era una de las más fuertes sensibilidades de nuestro biografiado: dar comida a los que no tenían. Por ello en su casa siempre había invitados a comer. Fue una constante en su vida, tanto en Maiquetía, como en San José del Ávila, y no podía ser menos Prado de María. En este contexto se aprecia la anécdota, narrada por Óscar Mayora, hijo de Erasmo Avellaneda. Erasmo no era “curero”, pero era muy amigo de Machado, y como los dos tenían su buena dosis de rudeza, se llevaban muy bien, aunque se trataban precisamente por eso con notable hosquedad. Pues una vez que Machado comía en casa de Erasmo, éste le dijo con buena dosis de anticlericalismo: “No lo pueden negar, ustedes los curas son como los zamuros, comen de todo el mundo, pero nadie come de ustedes”<sup>167</sup>. En lugar de enojarse, Machado se sonrió, porque sabía que si eso se podía decir de otros curas, nunca de él. Si algo tenía muy claro la gente del pueblo era que de este cura comía muchísima gente.

Los que le conocieron coinciden en que era un hombre muy jovial, que sabía conjugar su carácter impulsivo con un sentido del humor muy agudo que se manifestaba en cantidad de ocurrencias. Veamos algunas de ellas. En una ocasión Carlos Soria dijo a Machado en una sobremesa: “Padre, ¿por qué no hay santos venezolanos?”. Le contestó con voz muy firme:

---

<sup>165</sup> A. ALFONZO VAZ, “Entrevista”, Caracas, 1º-11-2008.

<sup>166</sup> N. VÁSQUEZ DE CEDEÑO, “El Padre Machado”, Rohner Park California, 15-6-2002, en: <http://historiaprado.blogspot.com/>. Según este testimonio, la casa en cuestión es hoy el edificio “5 de Julio”.

<sup>167</sup> O. MAYORA, “Entrevista”, Maiquetía, 26-11-2010.

“Ignorante, ya tenemos dos y tú no te has enterado”. Soria volvió a preguntar al interlocutor: “¿y cuáles son?”. Él respondió: “Sanjón y Sancocho”<sup>168</sup>.

También se cuenta que una vez iba Machado a Maiquetía en el tren, en pasaje de segunda clase. Alguien en el tren nombró a Machado, y un general muy renombrado en la época escuchó que hablaban de Machado, enterándose que se encontraba en el tren. El general fue a buscar al sacerdote, pues tenía muchos deseos de conocerlo porque había escuchado decir muchas cosas de él, y aún no había logrado verle en persona. Cuando lo encontró le dijo: “¿Es Ud. el P. Machado?”, a lo que respondió: “Si Señor, para servirle”. El militar: “Pues yo soy el General ‘fulano de tal’”, a lo que respondió el sacerdote: “Y yo soy el Padre Machado del Carrizo”<sup>169</sup>.

En 1939, ya muy anciano, Machado se sentía sin fuerzas para seguir dirigiendo pastoralmente la capellanía de Prado de María. Por ello le dijo al arzobispo de Caracas que necesitaba a alguien que le supliera en su encargo pastoral. Y le pidió que la capellanía le fuera confiada a una congregación religiosa. El arzobispo Rincón pensó en los redentoristas, y así lo comunicó al capellán, pero a éste no le gustó la idea porque decía que ellos habían sido fundados por San Alfonso María de Liguorio para las misiones, y Prado de María no era una parroquia de misión. Entonces el arzobispo propuso a los padres de la Congregación de la Misión, fundados por San Vicente de Paúl. Como Machado tenía tanta sensibilidad social, y pensaba que la capellanía necesitaba un grupo de religiosos que pudiera continuar todas las iniciativas sociales que él había instaurado allí, le pareció muy bien que vinieran los Paúles, pues ellos habían sido fundados por San Vicente para el servicio de los pobres. Fue así como acordó con el arzobispo la llegada de los religiosos de esa congregación.

Cuando el 29 de abril de 1939 el obispo auxiliar de Caracas Miguel Antonio Mejía presentó al P. Domingo Maguregui a Machado, como su inmediato sucesor en la capellanía de Prado de María, le dijo: “Aquí le presento un hijo de San Vicente de Paúl, ¿le gustaría

---

<sup>168</sup> Cfr. C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 85.

<sup>169</sup> ANÓNIMO, “Ocurrencias del Padre Machado”, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987, p. 19. Juan Francisco Hernández cuenta la anécdota con algunas variantes: “Como muchos de ustedes recordarán, el ferrocarril, que tomaba sus dos horas bien completas en el trayecto desde Caño Amarillo hasta La Guaira, se detenía calmosamente en la vieja estación del zigzag, y allí los pasajeros podían salir un rato, estirar las piernas y beber un café a mitad del camino. El Padre Machado viajaba en segunda, y fue a la cantina y pidió su café. Pero de los vagones de primera descendió también cierto famoso personaje de la política de entonces, que se gastaba unos sonoros y rimbombantes apellidos de prosapia. Este caballero no conocía al sacerdote sino por su fama, y, avisado de que estaba en la cantina, quiso presentársele con la intención de deslumbrarlo. ¿Con que usted es el famoso sacerdote de los grandes éxitos? –No, señor –le respondió el Padre-; soy apenas un humilde curita con ganas de trabajar... ¡Oh! embistió el personaje-. Celebro conocerlo. Yo soy el doctor don Fulano de Tal de Tal Cosa y Cual Cosa. –Mucho gusto, señor –dijo el cura soltando su café y extendiéndole la mano-. Yo... no soy más que el Padre Machado del Carrizo...”: J. F. HERNÁNDEZ, “Firmo un contrato con la Providencia”, en: Boletín CIHEV, año 1, n° 1, abril-junio 1989, p. 29.

entregarle su Iglesia?”, a lo que el capellán saliente contestó con alegría: “A un hijo de San Vicente, sí le entrego la Iglesia”<sup>170</sup>.

Un día después, el 30 de abril llegaron con la formalidad del caso los Paúles a la capellanía, y el 1° de mayo se les entregó la iglesia del Prado de María. Las señoras del lugar se resistían al cambio, sobre todo por la juventud de Maguregui, que tenía sólo 31 años, pero al ver el cariño con que le trataba el antiguo capellán, cambiaron de opinión y lo aceptaron.

Quedaba Machado en total pobreza. Era tan evidente su estado de desamparo y de penuria, que en agosto de 1939 el Concejo Municipal, en atención a sus servicios en favor del pueblo, se comprometió a darle una pensión vitalicia de Bs. 300, que pudo recibir sólo los cuatro meses que le quedaban de vida. Todo lo que tenía lo había entregado en obras sociales y religiosas, para la atención de los más pobres. Ya no tenía nada, no le quedaba nada: pobre y desamparado. Y para completar, enfermo y achacoso. Las religiosas que él había fundado, algunas de las cuales le habían hecho sufrir tanto, lo supieron. Y dentro de la congregación un grupo selecto de religiosas puso manos a la obra a una iniciativa inédita y sorprendente: rehabilitar al fundador, y hacerlo retornar a casa...

## **7. Rehabilitación del fundador y vuelta a casa**

En 1939, poco antes de cumplir sus 89 años, algunas religiosas de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía quisieron que su fundador volviera a esa institución, como una manera de reivindicarle y de pagarle al final de su vida todo lo que él había hecho por la congregación desde los días duros de su fundación y de sus inicios. Entonces la madre Carlota de San José Rada del Olo (hermana del P. Rada), superiora general de la congregación, mandó recoger firmas entre las hermanas de todas las casas del instituto, para conocer el parecer general de las religiosas acerca del retorno del fundador. Aunque en la congregación estaba hasta entonces prohibido hablar del fundador, algunas hermanitas hablaban en secreto muy bien de él, con mucha emoción.

Luego de recoger las firmas y constatar que la mayoría de las hermanitas estaba de acuerdo con su regreso, las del consejo general acordaron hacer una petición formal a Roma, para que le permitieran el regreso a la congregación, pues estaba vigente la amenaza de suspensión *a divinis* si el P. Machado visitaba alguna de las casas de esa congregación. La madre Carlota de San José elevó esta petición el 22 de agosto de 1939 al papa Pío XII en estos términos: “La infrascrita, Superiora General de las ‘Hermanitas de los Pobres’, humildemente postrada a los pies de V.S., imploro como gracia especial para la celebración de los 50 años de la fundación de nuestra Congregación, el que nuestro Fundador Pbro.

---

<sup>170</sup> M. MOLINERO, “El Padre Machado entrega la Iglesia de Prado María a los padres Paúles”, 27-4-2002, en: Boletín informativo n° 1, Parroquia “La Milagrosa”, Prado de María, Caracas, p. 13.

Santiago F. Machado, separado de nosotras hace ya cerca de 28 años, vuelva al seno de la Congregación a celebrar con nosotras nuestras Bodas de Oro, y en atención a su avanzada edad que ya frisa en los 90, y los consiguientes achaques de su salud, pueda ser acogido durante sus últimos días en una de nuestras Casas-Asilos”<sup>171</sup>.

La petición de la superiora general fue acompañada por una carta de recomendación de la nunciatura, que reza así: “El juicio de la Autoridad Eclesiástica y Nunciatura es favorable acerca de la admisión del Padre Machado en una casa de asistencia de la Congregación Hermanitas de los Pobres. La Superiora General suplica a Su Eminencia se digne conceder esta gracia para el 25 del corriente mes, día en que celebra las Bodas de Oro dicha Congregación de la que el Padre Machado es el fundador”<sup>172</sup>. La Santa Sede juzgó razonable la petición, y concedió a Machado que fuese a la casa generalicia de la congregación fundada por él, pero con una cláusula: “a condición de que en ella no more ninguna Religiosa escandalizada con motivo de los asuntos del Padre Machado”<sup>173</sup>.

El permiso era sólo para volver a las casas de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, tal como lo testimonia la hermana Tarcisio: “En el año 1939, habiendo retornado el Pbro. Santiago F. Machado al seno de la Congregación de Hermanitas de los Pobres a la Casa generalicia ubicada de Pilita a Bucare N° 17, gracia especial concedida por la Sta. Sede como una deferencia en sus 50 años de fundación, las Madres de Barranquilla preguntaron a la Madre Carlota, S. G., si la gracia concedida era para ellas también. La Madre Carlota preguntó al Nuncio Apostólico y la respuesta fue negativa”<sup>174</sup>. Es decir, se mantenía la prohibición de visitar y mantener contacto con las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver, prohibición que nunca fue dada explícitamente el 12 de septiembre de 1910, sino que se introdujo con ocasión de su suspensión *a divinis* en julio de 1930.

Una vez concedido el permiso, las hermanas fueron a buscar al fundador, que no se esperaba esa sorpresa. El 24 de septiembre de 1939, a las 3:00 pm llegaron a Prado de María la madre Carlota de San José y la hermana Dolores de San José. Vino también con ellas el presbítero Julián Fuentes Figueroa, amigo del fundador. Venían a llevarse a Machado a la Casa madre de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, costase lo que costase. Al principio, Carlos Soria se resistió, mientras que el padre, debido a su senilidad, no se enteraba muy bien de lo que estaba pasando, y pensó que lo venían a buscar para la Misa. El P. Fuentes convenció a Carlos Soria de que llevarse lo era lo mejor para el padre, y de que el hecho de hacerlo retornar a las hermanas era una manera de reivindicarle ante todo lo que había pasado

---

<sup>171</sup> CARLOTA DE SAN JOSÉ, “Carta al papa Pío XII”, 22-8-1939, en: AHHPM (sin numerar)

<sup>172</sup> M. TUNZI, “Carta al Secretario Santo Oficio”, septiembre de 1939, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>173</sup> M. A. MEJÍA, “Carta a la madre Carlota de San José”, septiembre de 1939 en: AHHPM (sin numerar).

<sup>174</sup> TARCISIO DE SAN JOSÉ, “Testimonios verbales de la M. Carlota de San José”, en: AHHPM.

años atrás con la congregación. Medio convencido, Soria tuvo que ceder contra su voluntad. Pero no hizo falta convencer al anciano, pues aún no se enteraba. Fue entonces el mismo Carlos Soria el que ayudó a trasladar a Machado al automóvil que esperaba en la puerta de casa para llevárselo. En ello el padre, en un destello de lucidez, comprendió que lo iban a trasladar a una casa de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, y entonces dijo a Carlos Soria: “Usted como que es un traidor”.

De hecho, al principio el anciano sacerdote se resistía y no quería salir de su casa de Prado de María, y mucho menos regresar a la congregación que le había hecho sufrir tanto. Además, tal vez habría sentido temor de ser de nuevo suspendido *a divinis*, por contravenir el decreto del 12-9-1910. Pero luego de habersele explicado bien las cosas, aclarando también lo de la revocación de aquel decreto, accedió. Ese día fue llevado de Prado María a la Casa madre de la congregación, ubicada en el centro de Caracas. Se lo llevaron justamente un día antes de la celebración de las bodas de oro de la congregación, como a eso del mediodía. Machado había dejado la congregación en 1910 con 8 casas, y en 1939 la institución tenía ya 15 casas. Su obra había rendido sus frutos.

Lo primero que hicieron con Machado fue llevarlo a la enfermería para hacerle un chequeo médico, pues tenía una considerable cantidad de achaques debido a su avanzada edad. Allí estuvo muy confundido al inicio, al verse rodeado por las hermanitas que, aunque las consideraba sus hijas, le habían hecho sufrir muchísimo. Sin embargo, las hermanitas de la Casa madre estaban muy contentas por la llegada del fundador.

Cuenta la hermana Carmen López (Maximina de San José en religión), testigo ocular de la llegada de Machado a la congregación, que apenas lo trajeron lo llevaron a la gruta de la Virgen de Lourdes, que se quedó mirando emocionado. Las hermanitas le iban a visitar en la pieza en que estaba alojado. Carmen López, que entonces tenía 21 años de edad, y tres en la congregación, cuenta que la primera vez que fue a saludar al fundador a pedirle la bendición, éste le dijo: “Dios te bendiga hija, ¿cómo te llamas?”. Respondió: “Hermana Maximina”, y Machado le dijo en el acto: “Ah, como el niño de La Saletta”<sup>175</sup>.

La celebración de las bodas de oro de la congregación fue el 25 de septiembre de 1939. Un sacerdote jesuita celebró una Misa, y Machado asistió en silla de ruedas. Hubo luego un almuerzo. Estaban presentes todas las hermanas, encabezadas por la madre general, Carlota de San José, y la madre Providencia, que había sido años atrás superiora general de la congregación. Ambas querían mucho a Machado.

A las hermanitas les daban permiso para ir todos los días a saludar a su fundador, para pedirle la bendición en la mañana. Iban de dos en dos, porque les dijeron que no se amontonaran en torno a él para no incomodarlo. Sin embargo, aún había algunas hermanas

---

<sup>175</sup> C. LÓPEZ, “Entrevista”, Caracas, 19-11-2010.

que habían acusado a Machado en el proceso de 1910, y que estaban vivas. Algunas de ellas no estuvieron de acuerdo con su retorno, y en otras había sentimientos encontrados, como era el caso de la madre Esperanza, una de las que más duramente le acusó. Según el testimonio de la hermana Inés Aponte, que en religión se llamó María Antonia de San José, en una ocasión se refirió a Machado llamándole “Nuestro Padre”, e inmediatamente la hermana Josefina la mandó a callar, porque se encontraba delante la madre Esperanza. Sin embargo, Esperanza no estuvo en contra de la vuelta del fundador, al menos por cuanto muestra una carta suya del 7 de noviembre de 1939, enviada a la madre Carlota, para informarle sobre las actividades que habían tenido en la celebración de los 50 años. En ella escribió: “Muy querida Ntra. Madre y cómo está nuestro querido Padre? Hoy le pusimos telegrama de felicitación y todo ofrecido por él. Ayer lo fue una Misa. (...) Bendígame y a Ntro. Padre también”<sup>176</sup>. Esperanza firmó la carta como “la última de sus hijas”. Parecía ser la reconciliación de la que había atacado duramente al fundador en el proceso de 1910-1911. Pero hay más, hemos encontrado una carta de Esperanza al fundador, enviada desde El Tocuyo el 26 de septiembre de 1939, un día después de celebrarse las bodas de oro de la Congregación, en la que se dirigió al destinatario con las palabras “Muy amado Ntro. Padre”, y donde manifestó la confusión de sus sentimientos expresando: “No sé qué decirle, ni cómo empezar!”<sup>177</sup>, para continuar diciendo: “Dios en su infinita misericordia ha probado, una vez mas; y de que manera, su predilección por nuestra Congregación devolviéndonos a nuestro amado Fundador!”<sup>178</sup>. Así Esperanza mostró que estaba de acuerdo con el retorno de Machado. Pero no se sintió capaz de decir mucho más, excusándose en estos términos: “Ya comprenderá Ntro. Padre, mi emoción y como nada más puedo decirle”. Manifestó también su deber de gratitud: “cada día en mis oraciones lo he tenido presente, pues la gratitud me obliga”, para terminar presentándose como “la mas pobre y miserable de sus hijas”. Palabras asombrosas, de quien fuera una de las que más duramente atacó tiempo atrás al destinatario de esa carta. Sin embargo, no hay indicios de que haya encarado personalmente al anciano, pidiendo perdón. Sólo tuvo el valor de hacerlo de modo epistolar.

Machado pasó el resto de sus días en la casa generalicia de la congregación que había fundado. Durante esa estancia estuvo afectado por periodos de demencia senil alternados con momentos de lucidez. Cuenta Carlos Soria que había momentos en que no sabía dónde estaba: “muchas veces creía estar en San José del Ávila y cuando esto pasaba nos dábamos cuenta porque me preguntaba si ya le habíamos dado merienda a los niños y también decía que no les diera demasiada porque después, a la hora de la comida, no comían bien; también me dijo una vez que comprara sesenta pares de zapatos, con sus respectivas medias, y los

---

<sup>176</sup> ESPERANZA DE SAN JOSÉ, “Carta a la madre Carlota”, 7-11-1939, en: AHHPM (cartas sueltas).

<sup>177</sup> ESPERANZA DE SAN JOSÉ, “Carta al P. Machado”, 26-9-1939, en: AHHPM (cartas sueltas).

<sup>178</sup> *Ibidem*.

guardara para que los muchachos en los días festivos estuvieran decentemente presentados y que la factura de esos zapatos se la cobraran a él. A todas estas cosas no me quedaba más camino que decirle que sí para que se quedara tranquilo”<sup>179</sup>. Aunque solía perder la memoria, en algunos momentos de lucidez, se acordaba de algunos lugares de la casa, y decía: “esto lo hice yo”<sup>180</sup>.

En una ocasión una hermanita le preguntó qué debía hacer para ser santa. Él le contestó: “olvídense de sí misma y... manos a la obra”. A la madre Carlota, que le preguntó lo mismo, le dijo: “¿Quieres ser santa? Prepárate”, y a otra en cambio le contestó: “Busque quien la mate”<sup>181</sup>. Machado había sufrido mucho con ocasión de las obras que realizó, hasta tener la conciencia de que para ser santo había que estar preparados y dispuestos a que “nos maten”. Las mismas religiosas habían intuido que el fundador sufrió muchísimo debido al ataque de algunas hermanas de la congregación, que aún vivían y estaban dentro de ella.

En otra ocasión, una hermanita le dijo en ese periodo de la Casa madre: “Nuestro Padre, ¿cuándo nos va a dirigir un día de retiro para que nos dé duro?”. A lo que contestó: “Un día de estos, y se le dará duro a la que lo necesite; a la que sea observante no hay que decirle nada porque la Religión no entra a toletazos sino con cariño y amor”<sup>182</sup>. Muchas veces dio duro, hay que reconocerlo, y las religiosas lo sabían. Pero ahora estaba anciano, y los años lo habían ablandado mucho. No estaba para dar duro, más bien fue a él a quien dieron más duro. Sin embargo, en esos últimos días sus hijas le estaban dando bastante blando, y así se entiende este comentario que hizo, mientras le colmaban de cuidados y atenciones: “Hasta en la tierra empieza a tener la caridad su recompensa: como yo he hecho caridad, ahora tengo quien me la haga”<sup>183</sup>.

## 8. Muerte y funerales del padre Machado

Dos meses después de su llegada a la Casa madre, el 24 de noviembre de 1939, debido al delicado estado de salud y de senilidad en que se encontraba, las hermanas buscaron a un sacerdote para que recibiera los últimos sacramentos. Se los pudo administrar el P. Julián Fuentes Figueroa, a las 10:00 pm. Así narra esos momentos, de modo bastante piadoso, María Margarita Villalba: “el Padre estaba completamente lúcido y en absoluto silencio. Recibió con grandísima devoción el Santo Viático y después de un ratico el Padre Fuentes le dijo a

---

<sup>179</sup> C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 109.

<sup>180</sup> Cfr. I. APONTE, “Entrevista”, Maiquetía, 24-9-2010.

<sup>181</sup> Cfr. M. M. VILLALBA, *Un hombre de fe y acción*, cit., p. 283.

<sup>182</sup> Cfr. *ibid.*, p. 283.

<sup>183</sup> Cfr. *ibidem*.

las Hermanas que cantaran el Tantum Ergo. ¡Qué imponente! Todas las Hermanas lo cantaron al igual que el mencionado Padre, quien luego, con gran solemnidad impartió la bendición con el Copón (...). Luego el Padre Fuentes lo ungió con el Oleo Santo y le concedió la Indulgencia Plenaria para esa hora decisiva en medio de los sollozos de esas Hijas que despedían al Padre amado del que tan poco tiempo habían podido disfrutar”<sup>184</sup>. Luego de entonar un canto, Fuentes dijo al enfermo: “‘Ahora, Padre Machado, bendígame’. Lo bendijo. Después: ‘Bendiga a la Madre Carlota y a todas sus Hijas’. El preguntó: ‘Una a una?’ ‘Sí Padre’ contestó el Padre Fuentes; entonces sacó su mano sacerdotal que tantas bendiciones había impartido y les fue dando, muy despacio, su última bendición que ellas recibían de rodillas, hasta que la Madre Carlota, viéndolo tan agotado, le dijo: ‘Déles ahora una bendición para todas las que faltan y para toda la Congregación’ y así lo hizo. Así terminó aquella memorable escena; luego doloridas y silenciosas, se fueron retirando”<sup>185</sup>.

El 6 de diciembre Fuentes le hizo la recomendación del alma y la profesión de fe, después de la cual preguntó a Machado, siguiendo el orden del ritual: “¿Pedís perdón a todos aquellos que en algún tiempo hubiéreis ofendido por pensamiento, por palabras o por obras? – Sí pido. ¿Perdonáis de corazón a cuantos os hubieren ofendido por pensamiento, palabra u obra? – Sí perdono”<sup>186</sup>. En menos de dos horas, expiró.

Su muerte tuvo lugar ese mismo día, jueves 6 de diciembre, veinte minutos antes de las doce del mediodía. Apenas ocurrido el deceso, le asistieron los presbíteros Juan Francisco Hernández, Francisco Mazzulli, y Julián Fuentes Figueroa, quienes junto a Carlos Soria se dedicaron a amortajarlo.

Machado murió en la más absoluta pobreza. Martín Corera afirmó al respecto: “Quien tan considerables cantidades manejó para llevar a cabo sus obras a favor de los indigentes y desvalidos murió en la pobreza más absoluta, como había vivido, atendido por la más exquisita caridad y ardiente celo por sus hijas las Hermanitas de los Pobres. En La Victoria, en la Casa-Hogar que lleva su nombre, podemos contemplar los pocos enseres de su uso personal que atestiguan y son credencial de la pobreza en que vivió y murió. No puede darse mayor sencillez, modestia y pobreza en el mueblaje de una casa”<sup>187</sup>.

---

<sup>184</sup> M. M. VILLALBA, *Un hombre de fe y acción*, cit., pp. 285-286.

<sup>185</sup> *Ibid.*, p. 286.

<sup>186</sup> J. M. PELLÍN, “Elogio fúnebre al P. Machado”, 6-12-1939, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987, p. 13.

<sup>187</sup> M. CORERA, “El Padre Santiago Machado. Fundador de las Hermanitas de los Pobres”, 16-1-1940, en: Diario *La Religión*, 12-3-1963, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987.



Al poco tiempo de haber muerto, difundida la noticia, comenzaron a llegar ríos de gente a la Casa madre de la congregación, donde estaba siendo velado. La radio dedicó sus espacios, en la tarde del 6 de diciembre, a recordar al difunto sacerdote. Lo mismo hicieron al día siguiente los diversos diarios de la ciudad de Caracas y de Venezuela. De hecho, la noticia de la muerte del P. Machado era el titular de casi todos los periódicos del 7 de diciembre de 1939. Era evidente que había muerto un personaje muy importante de la Iglesia en Venezuela.

La primera Misa en cuerpo presente del viernes 7 de diciembre fue presidida por monseñor Felipe Rincón González. Luego celebraron Misas una detrás de la otra los siguientes sacerdotes: Mons. Sixto Sosa, Pbro. Francisco Codecido, P. Ángel Sáenz y P. Delgado. Monseñor Lucas Guillermo Castillo Hernández recitó un responso a las doce del mediodía, y a continuación tuvo lugar el funeral presidido por el Pbro. Fuentes Figueroa, y la oración fúnebre por monseñor Jesús María Pellín. Asistieron también al sepelio monseñor Miguel Antonio Mejía, y el encargado de la nunciatura apostólica, monseñor Tunzi.

A las 3:30 pm se apersonó en la Casa madre el presidente de la República, general Eleazar López Contreras, quien asistió con su gabinete en pleno. Tuvo que bajarse del auto oficial una cuadra antes del lugar del velorio, debido a la inmensa multitud que tenía bloqueadas las calles. Al llegar a pie a la Casa madre, la banda marcial que había mandado el Ministerio de Guerra y Marina comenzó a tocar el Himno Nacional. Al escuchar estas notas, López Contreras acalló con gesto enérgico la orquesta y expresó en alta voz: “Alto, los honores son para el Padre Machado”<sup>188</sup>. De ese modo rompió el protocolo, al considerar que no podía ser homenajeado al estar junto a un personaje que merecía más homenajes que él. El gesto también parece indicar que al mandatario no le pareció bien recibir honores protocolares en semejante situación luctuosa.

El mandatario también quiso cargar la urna del difunto sacerdote, pero los hombres del pueblo se lo impidieron, quizás porque pensaban en sus adentros que esa honra les tocaba a ellos.

El sepelio fue acordado para las cuatro de la tarde del 7 de diciembre. Las Hermanitas de los Pobres habían conseguido los permisos para que fuera enterrado en el presbiterio de la capilla de la Casa madre. Pero antes de bajar el ataúd al lugar destinado, fueron a llevar el féretro a la catedral de Caracas, con el fin de realizar allí un oficio solemne de difuntos.

Cuando salieron a llevar el féretro rumbo a la catedral, las cuatro calles que circundaban la Casa madre estaban completamente bloqueadas por una inmensa multitud. Todos los comercios cerraron sus puertas de manera espontánea, en señal de duelo.

---

<sup>188</sup> E. CHAPELLÍN L., *Maiquetía y el Litoral Central*, cit., p. 192.

Habían venido personas desde varias regiones del país. Según Carlos Soria, estuvo presente en el sepelio la mitad de la población de Caracas, y otro tanto del Litoral<sup>189</sup>.

También emprendieron el viaje desde Colombia algunas religiosas de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver, que debido a la larga distancia llegaron después que se había completado el entierro.

El cúmulo de cartas y telegramas de pésame era grandísimo, y tan innumerable fue la cantidad de ofrendas florales de tantas instituciones y personas, que hubo momentos en que no había dónde ponerlas. Muchas de ellas fueron llevadas por el pueblo porque todo el mundo quería rozar aunque fuera una flor con el cadáver del sacerdote y llevársela de recuerdo.

El cortejo fúnebre siguió la siguiente ruta: Pilita, Glorieta, Reducto, Municipal, Mercaderes, La Bolsa, San Francisco, Sociedad, Gradillas, La Torre (Catedral) y de regreso pasó por las siguientes esquinas: Gradillas, Monjas, Padre Sierra, Muñoz, Pedrera, La Gorda y San Pablo. Desde allí cruzó hacia la antigua plaza municipal. Llegados frente al Asilo de la Providencia, obra fundada por él, le hicieron otro solemne responso, en el que participaron todas las Hermanitas junto con los ancianos refugiados en dicho Asilo. Desde ese lugar siguió en cortejo por la esquina de Miranda, Maderero, Bucare y de allí regresaron a la Casa madre de las Hermanitas de los Pobres.

La esquina de Las Gradillas y parte de la plaza Bolívar estaba completamente llena de gente. También la Catedral, de modo que con muchísima dificultad pudieron entrar porque no había espacio para pasar el féretro. Su oración fúnebre en Catedral fue hecha por el P. Ángel Sáenz, quien había sido amigo y confidente de Machado. Luego de celebrar el solemne oficio de difuntos, llevaron el ataúd de regreso por la ruta antes mencionada. Llegaron a la Casa madre a las ocho de la noche, hora en que fue sepultado. Así que todo pudo terminar como a las 9:00 pm.

Concluía así uno de los más apoteósicos funerales que haya conocido la ciudad de Caracas. Un sepelio caracterizado por la espontaneidad de quienes recibieron algún beneficio del finado sacerdote. Un entierro que no fue programado ni ensayado, y que superó todas las expectativas de asistencia<sup>190</sup>.

---

<sup>189</sup> Cfr. *ibidem*.

<sup>190</sup> La madre Elba Rojas hizo la siguiente consideración al respecto: “Su entierro fue la más grande manifestación de duelo jamás vista en Caracas. Venezuela se vistió de luto; el Gobierno, consciente de la obra máxima del Padre Machado, prestó su cooperación y tanto el Presidente de la República como sus Ministros, las autoridades Eclesiásticas, Sacerdotes, Religiosos, Colegios, etc., se confundieron entre el pueblo para rendirle el más cálido homenaje”: E. ROJAS CHAPARRO, “Semblanza del Padre Machado. Año Jubilar del Sesquicentenario del Natalicio del Padre Santiago F. Machado”, en: Boletín CIHEV, año 13, n° 22, enero-julio 2000, pp. 51-63.

Sin embargo, el cuerpo de Machado no estaba en el lugar que él habría deseado. Él había manifestado su intención de ser sepultado en Maiquetía, al lado del monumento a Cristo crucificado en la Plaza Jerusalén.

Pasados 35 años de su muerte, en 1974, sus hijas resolvieron cumplir su deseo de sepultar sus restos en Maiquetía, aunque no consideraron prudente trasladarlo a la Plaza Jerusalén, porque allí se hallaría casi a la intemperie. Prefirieron llevarlos a la capilla del Hospital San José de Maiquetía, donde su tumba estaría más resguardada. Además, pesaban otras razones: ése fue el lugar donde había fundado la congregación, y allí también estaba sepultada la co-fundadora, madre Emilia de San José.

La exhumación se realizó el 24 de marzo de 1975, a las 4:30 pm, con la presencia del arzobispo de Caracas, José Alí Lebrún Moratinos, y del obispo auxiliar, Marcial Ramírez Ponce. Sus restos fueron trasladados desde la capilla de la Casa madre de la congregación, situada de Pilita a Bucare n° 17 en Caracas, hasta la capilla del Hospital San José. Allí se realizó la ceremonia de inhumación, presidida por monseñor Francisco de Guruceaga, obispo de La Guaira, quien celebró una Misa ante los restos del P. Machado acompañado por otros 18 sacerdotes. La homilía estuvo a cargo del monseñor Francisco Maldonado.

La obra social de Santiago Machado puede sintetizarse en una frase que pronunció el doctor Luis Velásquez con ocasión de las bodas de oro sacerdotales del padre: “La escuela, el hospital, el santuario; he aquí la trilogía moral que formó el objetivo de la intensa actuación del Padre Machado en sus aspiraciones hacia el perfeccionamiento de sus conciudadanos”<sup>191</sup>. El P. Víctor Iriarte, por su parte, calificó la obra de Machado como “altamente espiritual y eminentemente social”<sup>192</sup>, y afirmó que su obra maestra, “la que le robó el tiempo y la actividad, la que es como cristalización de su espíritu, su obra predilecta fueron las Hermanitas de los Pobres. De esta obra podríamos decir lo que Fray Luis de León de la Reformadora del Carmelo: ‘No conocí a la Madre Teresa, pero en sus hijas tengo como una pintura de ella’. Las generaciones que vengan no conocerán al Padre Machado, sino a través de sus hijas. Y ¿Qué dirán de él? Que fue un hombre espiritual, puesto que se acercó al pobre, al enfermo, al abandonado, donde sólo la fe puede encontrar el tesoro de la pobreza. Que fue un hombre abnegado, porque al alivio del pobre lo consagró todo: el afecto de su alma, la actividad de su cuerpo. Que fué un hombre generoso porque les dio todo a los pobres y los convirtió en señores, y a las señoritas que en ansias de perfección se acercaban a él, las

---

<sup>191</sup> L. VELÁSQUEZ, artículo de junio de 1926 recogido por: C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 95.

<sup>192</sup> V. IRIARTE, “Oración fúnebre”, 16-1-1940, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987, p. 15.

convirtió en mendigas, en pordioseras, las obligó a pedir por los pobres, hablando más exactamente y más en cristiano, las obligó a pedir por Cristo y para Cristo”<sup>193</sup>.

Por su parte, Carlos Mesa hizo el siguiente juicio: “Puede asegurarse que el P. Machado era un hombre-legión, como suele llamarse al que asume y desempeña las tareas de varios hombres dinámicos”<sup>194</sup>. Juicio que viene complementado por el de Víctor Iriarte: “en sus primeros años de apostolado en Maiquetía, aseguraba que tanto niño huérfano, tanto enfermo descuidado, tanto anciano desvalido era su gran tormento (...). Hombre sobre todo práctico, procuraba darle en su inteligencia una forma adaptada al medio y convertirla en rápida y palpable realidad”<sup>195</sup>. En ese orden de ideas, el editorial de la revista del Pan de San Antonio de octubre de 1950, con ocasión del centenario de su nacimiento, escribió: “El Pbro. Br. Santiago Machado fue un hombre providencial enviado por la divina Bondad para hincar grandes y necesarias obras de caridad en Venezuela (...). Fue realmente el *hombre de las iniciativas*. Cuando se proponía algo, pronto encontraba quien secundara sus planes, y al ponerse en contacto con las masas, las electrizaba para el bien. Si de momento era imposible llevar a la práctica las buenas obras que intentaba, no se cansaba de esperar la *hora de Dios*, trabajando entre tanto cuanto podía. La sangre vasca que corría por sus venas lo hacía tenaz en sus buenos propósitos, y su inmensa caridad le daba aliento para cuantos sacrificios se necesitaran en tratándose de dar gloria a Dios y de hacer bien a las almas”<sup>196</sup>.

No se puede negar que con su gran obra social ayudó a muchísimas personas. Sus frutos aún perduran, tanto en Venezuela como en otros países.

---

<sup>193</sup> *Ibid.*, pp. 17-18.

<sup>194</sup> C. MESA, *La Madre Marcelina. Su vida, sus virtudes, su congregación*, editorial Kelly, Bogotá, 1984, p. 36.

<sup>195</sup> V. IRIARTE, “Oración fúnebre”, 16-1-1940, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987, p. 17.

<sup>196</sup> ANÓNIMO, “Editorial del Pan de San Antonio”, en: *Boletín del Pan de San Antonio y Obra del Sufragio*, Año LIV, n° 333, octubre de 1950, p. 3.

## Conclusiones

Lo primero que debemos concluir es que el impacto de la obra social de Santiago Machado en la Venezuela de su tiempo fue grandísimo. Su solicitud y su obra influyeron muchísimo en gran cantidad de personas, de todos los ámbitos de la sociedad y de todas las clases sociales. Fue un hombre polifacético que supo despuntar en diversas esferas, como un pionero que desató en el país unas cuantas revoluciones copernicanas en varios campos, como en el de la atención hospitalaria, en el ámbito educativo o en la acción pastoral. Tomando impulso de esta idea, podemos sacar otras conclusiones.

En el ámbito eclesiástico, Machado fue uno de los principales restauradores de la vida religiosa en Venezuela, que estaba prácticamente extinguida a raíz de la supresión de conventos decretada en mayo de 1874 por Guzmán Blanco. Con la fundación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía el 25 de septiembre de 1889, primera congregación religiosa venezolana, se inició lo que Francisco José Virtuoso y otros autores han llamado “la restauración de la Iglesia católica en Venezuela”. En esto Machado fue un pionero, y su obra produjo la emulación de los que después de él fundarían también en nuestra patria una congregación religiosa. La institución de Machado nació como fruto de una sentida una necesidad social, para el cuidado de los enfermos que no tenían recursos para ser atendidos dignamente. Y esa obra asistencial se multiplicó grandemente con mucho fruto, de modo que ya en 1894 había 20 religiosas, cantidad que aumentó en más del doble cuando seis años después, en 1900, llegaron a ser 50. Es un crecimiento asombroso si tenemos en cuenta que en Venezuela no existía entre los católicos la tradición de entregar a sus hijas a la vida religiosa. Antiguamente la vida consagrada en Venezuela se había abastecido de vocaciones casi todas extranjeras, pero el caso de estas hermanitas fue singular, pues se formó con un grupo de mujeres en su mayoría autóctonas.

En el ámbito asistencial y médico, no deja de ser sorprendente el crecimiento exponencial de las casas de la congregación. Mientras Machado estuvo al frente de ella, se abrieron, además del Hospital San José de Maiquetía (donde nació la congregación), las siguientes casas: el Asilo de la Providencia en Caracas, el Hospital de San Antonio en Los Teques, el Asilo del Sagrado Corazón de Jesús en Barquisimeto, la Beneficencia del Carmen en Puerto Cabello, el Asilo Nuestra Señora del Socorro en Valencia, el Hospital de San Juan de Dios en La Guaira, el Noviciado en la Casa Madre al pie del Ávila, el Asilo San Antonio de Barranquilla (Colombia), y el Asilo La Estancia de Cotiza. Es decir, que en el arco de 21 años (1889-1910), el fundador pudo erigir un total de diez casas, a un promedio de una cada dos años. En ellas la congregación desempeñó una labor social sin precedentes en la historia del país. Gracias al crecimiento acelerado de esas estructuras, se pudieron atender a cientos

de personas necesitadas, ancianas o enfermas, que se beneficiaron de la acción social de las hermanitas de modo totalmente gratuito.

Evidentemente que Machado no realizó esta obra él solo. Contó con la ayuda de mucha gente, que desde los comienzos de sus iniciativas fueron guiados y animados por los ímpetus del inquieto sacerdote, que nunca imaginó que la semilla que sembró en Maiquetía se iba a extender tan rápidamente por toda la República, y que en poco tiempo llegaría a traspasar sus límites. Desde que tuvo la idea de fundar el hospital San José, Machado contó con la colaboración de personas como el doctor Leonardo Brito, el presbítero Domingo Lamolla, Carlos Devoes, Isabel Lagrange, Manuel Mayorca, Emilia Chapellín, María de Jesús Badillo, Rufina de Alfonzo, y un largo etcétera. En las obras subsiguientes le apoyaría otro grupo de personas, como los doctores José Gregorio Hernández y Fulgencio Carías, la familia Aponte, Carlos Soria, los sacerdotes Luis Ramón Rada, Fuentes Figueroa y Álvarez, y otro largo etcétera. Además, Machado siempre tuvo una gran habilidad para pedir recursos económicos a la gente pudiente, sin cuya ayuda no se habría hecho ni la cuarta parte de lo que logró en tan poco tiempo. La gente le solía ayudar de buena gana, tanto que algunos estafadores se aprovecharon de ello para hacer folletos y pedir dinero usando el nombre del padre Machado, con la certeza de que así podían conseguir cuantiosas sumas de dinero. Con ocasión de esas estafas, Machado tuvo que hacer sendas protestas públicas para que no siguieran engañando a la gente. También los gobiernos de turno, exceptuado quizás el de Guzmán Blanco o Joaquín Crespo, dieron importantes ayudas a la obra de Machado. Destacan los mandatos de Rojas Paúl, Andueza Palacio y Juan Vicente Gómez. Este último llegó incluso a donar personalmente una de las estaciones del Via crucis de la Plaza Jerusalén.

Sus obras sociales no se limitaban al ámbito asistencial (como el que brindaban los hospitales), sino que trascendieron hasta el ámbito educativo. Machado fue el autor de grandes obras educativas, que tuvieron su comienzo con la creación de la Escuela de la Inmaculada en 1890 en la parroquia de Maiquetía. Pero de mucha más envergadura fue la Escuela del Niño Jesús, fundada en septiembre de 1911, que a partir de mayo de 1913 se llamó internado de San José del Ávila y que, albergando a un promedio de 300 niños varones anualmente, fue dirigida por él mismo hasta 1923, con grandísimo éxito. Muchos niños pobres se beneficiaron de esta iniciativa, incluido el padre de quien escribe estas líneas. Con esta obra se iniciaba en Venezuela la era de los comedores escolares, de los que Machado fue el precursor. Esta obra hizo a Machado merecedor de la distinción de la medalla de Honor al Mérito de la Instrucción Pública, que le fue otorgada en 1920 por el gobierno de Gómez. Sin embargo, su obra educativa no se quedó allí. Nuestro biografiado fundaría dos escuelas más en el sector del Prado de María (una para niñas y otra para niños), donde estuvo asignado desde mayo de 1924 hasta pocos meses antes de su muerte.

Más allá de la obra educativa, Machado realizó una obra socio cultural de grandes dimensiones. En 1888 fundó el semanario “El Eco de Lourdes”. Más adelante inició la

publicación del “Pan de San Antonio”. También creó el boletín informativo de San José del Ávila. En Prado de María sacó el periódico “Eco de la Salette”, e hizo publicar una cantidad de folletos formativos e informativos que llegaron a mucha gente. No podemos dejar de mencionar su famoso catecismo, que dio a la luz pública diecinueve ediciones, y que se convirtió en un punto de referencia en la historia de la catequesis en Venezuela.

Machado se distinguió también por ser un gran constructor. Recordemos la fabulosa obra de ingeniería que fue el acueducto de Maiquetía en 1890, cuyo mérito se quisieron luego arrojar las autoridades civiles. Pensemos en la edificación del hospital San José y de las casas en las que inició su labor social la congregación, que el fundador mandó construir en los distintos lugares de Venezuela, llegando hasta Colombia. Consideremos la construcción del internado San José del Ávila que antes había sido la casa madre de la congregación, y cuya edificación hoy día se mantiene perfectamente en pie. Hemos visto que nuestro biografiado llevó a cabo la restauración del templo del Prado de María, y gracias a sus oficios y peticiones formales se pudieron pavimentar las calles y avenidas en el mismo sector, y se les pudo poner luz eléctrica a los lugares menos iluminados. Esas obras nos hablan de un espíritu emprendedor que muy pocos han podido emular. Eso sin mencionar la edificación de una ingente obra religiosa, que sólo por su valor artístico ya merecería un especial reconocimiento. Nos referimos a la gruta de la Virgen de Lourdes que inauguró en 1884 en el templo de San Sebastián de Maiquetía; a la plaza Lourdes de Maiquetía, cuya valiosa imagen que la preside se encuentra intacta y hermosa; al famoso Cristo de Maiquetía, icono de esa ciudad y de todo el estado Vargas; a las catorce estaciones del Via crucis en la plaza Jerusalén, que aunque no están tan visibles al público no dejan por ello de ser una obra maestra de la escultura, y a otras iniciativas de infraestructura que reflejan una ambición incansable por embellecer, mantener y arreglar las estructuras religiosas y sociales. Ejemplo de ello son las remodelaciones al Via crucis en el templo de su tierra natal de La Victoria, o la erección de una cantidad de imágenes de la Virgen y de cruces que mandó a poner en múltiples lugares de Caracas y de otras zonas del país.

No es extraño pues que su obra social haya producido un impacto singular en la sociedad venezolana. Y una obra de tales dimensiones no podía dejar indiferente a nadie, ni a las autoridades gubernamentales ni a las eclesiásticas. Como decía el mismo Machado, a alguien le podían perdonar cualquier debilidad, cualquier defecto o cualquier pecado, pero lo que no podían perdonarle es que tuviera éxito. Pensamos que si Machado hubiera sido un cura “del montón”, un hombre gris o mediocre, no hubiera alzado la polvareda de ataques que levantó, que llegaron a ser tan sistemáticos que al final ya el afectado estaba acostumbrado a ellos.

Pero el ataque más fuerte que sufrió fue el que le propinaron algunas de sus hijas, lideradas por Paula Linares, en los que se cuestionó su misma reputación en asuntos de moral. No es casualidad que los ataques hayan venido de una religiosa que sentía especial

resentimiento hacia el fundador, por haber sido reprendida por él en varias ocasiones. Hay que reconocer que el carácter del fundador no era fácil, y llegó a ser temido por algunas religiosas, porque no dejaba pasar ni una sola. Pues Paula no se lo perdonó, y por ello le acusó de modo tan insidioso que el representante de la Santa Sede para Venezuela en 1910, Giuseppe Aversa, inició un proceso canónico contra él apoyado por el arzobispo Juan Bautista Castro, que provocó que separaran a Machado de la congregación que había fundado. Las principales fautoras del proceso contra Machado se retractaron o arrepintieron de las acusaciones que hicieron contra él, lo cual deja ver que se trató de un proceso injusto, en el que se levantaron grandes calumnias. Recordemos las retractaciones de Pastora de San José al respecto, avaladas por otras dos religiosas, así como la petición de perdón de la misma Paula Linares, poco antes de morir en la estancia de Cotiza en 1922. Tenemos la carta de Esperanza de San José, en la que manifestaba su alegría por la vuelta del fundador, cuando fue reivindicado y recibido en la misma el 24 de septiembre de 1939. Además, otros elementos nos hacen pensar en que el proceso fue inmensamente injusto. Después de la separación, nadie volvió a acusar a Machado de nada semejante, antes bien, algunos lo tildaban de puritano porque no dejaba entrar a las mujeres en manga corta al templo de Prado de María.

Con respecto a las acusaciones económicas, aunque no parecía ser nada prudente que Machado haya puesto todos los bienes de la congregación a su nombre, ello se debe entender en un contexto en el que la congregación no podía ser propietaria de nada, pues no tenía personalidad jurídica al existir al margen de la ley (los conventos religiosos estaban prohibidos en ese tiempo). Machado había sido testigo de las dolorosas expropiaciones que Guzmán Blanco había hecho a la Iglesia en el septenio, y no quería que se repitiera algo semejante con sus hijas. Además, este modo de actuar le permitió erigir la plaza Lourdes y el Cristo de Maiquetía, pues al estar esos terrenos a su nombre, pudo edificar allí lo que quiso, sin ser acusado por el gobierno de hacer, en nombre de la Iglesia, proselitismo religioso. Al final, esas propiedades quedaron para el servicio público. Y las casas de la congregación, muchas de las cuales fueron compradas con su propio patrimonio, quedaron en manos de las religiosas, y el fundador no pudo nunca disfrutar de ellas, sino sólo al final de su vida en la Casa madre, cuando fue recogido por las hermanitas. La prueba de que sus bienes de herencia y su patrimonio fueron todos empleados en sus obras sociales fue que siempre estuvo endeudado, y solía gastar más de lo que tenía, de modo que al final de su vida terminó en la más absoluta pobreza, pues ni siquiera la casa del Prado donde vivía era de su propiedad. Fue precisamente por el estado de miseria en que se encontraba, que sus hijas pidieron a la Santa Sede que permitiera a Machado regresar a la congregación que había fundado para celebrar en su seno las bodas de oro de esa institución.

Si bien los ataques más duros contra Machado tuvieron lugar en 1910 y 1911, el sufrimiento más amargo, según su propio testimonio, fue la suspensión *a divinis* que le



propinó el Santo Oficio el 31 de julio de 1930, gracias a la denuncia del nuncio Fernando Cento, por haber visitado a las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver en Barranquilla. Hemos visto que Cento se arrepintió de haberlo denunciado, y después de tanto rogar pudo lograr que el Santo Oficio levantara la suspensión siete meses después, llegando a recurrir al mismo papa Pío XI a través de su secretario de Estado Eugenio Pacelli (futuro Pío XII). Machado sufrió mucho por esa suspensión, porque debido a ella estuvo impedido para celebrar la Misa y los demás sacramentos, y para él la Eucaristía era el centro de su vida, y no podía vivir sin ella.

Las persecuciones que sufrió Machado vinieron casi todas de los eclesiásticos de alto rango o de algunas religiosas, más aún que del ámbito civil o militar. Uno de los grandes enigmas que surgen al estudiar la vida de Machado, fue la ruptura entre nuestro biografiado y Juan Bautista Castro. Algunos autores espirituales han empleado la expresión “contradicción de los buenos” para referirse a casos como éste.

Como contraste a los grandes ataques que recibió, el aprecio que le tenían algunas autoridades queda avalado por los reconocimientos que en vida recibió el fundador de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía. En los años posteriores a 1910, fecha de la separación de la Congregación por él fundada, no recibió ningún reconocimiento público por parte de la Iglesia. Sin embargo, Machado recibiría en esos años no pocos reconocimientos del gobierno de Gómez. Además de la ya referida “medalla de honor de Instrucción Pública” en 1920, recibió en 1926 la Orden del Libertador y el Título de Benemérito Sacerdote, con ocasión de sus bodas de oro sacerdotales. Incluso quisieron galardonarle con el obispado de Guayana, pero el mismo Machado manifestó que no tenía ningún interés al respecto, y por ello desistieron de la idea.

Tampoco podemos olvidar el público reconocimiento del gobierno de Aragua, por parte de su presidente el general Linares Alcántara, por la heroica atención hospitalaria que Machado y sus hijas brindaron a los heridos del sitio de La Victoria, en plena Revolución Libertadora en octubre de 1902, cuando atendieron a los afectados de los dos bandos.

Machado se distinguió por ser guía de multitudes, como lo demostró en la organización de las populosas peregrinaciones de la Virgen de Lourdes, inauguradas en Maiquetía en 1884. Fue también servidor de los enfermos, como podemos constatar por su gestión de la magna obra asistencial de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía. Fue educador y maestro de niños y jóvenes, como lo vimos en su acción catequética y en la fundación de los institutos educativos por los que pasaron cientos de niños y de jóvenes de pocos recursos. Se distinguió por su amor a los ancianos, como lo demuestra la gran cantidad de asilos y ancianatos impulsados por él y atendidos por sus hijas. Pero fue sobre todo, amigo de los pobres, como lo demuestra la gran cantidad de obras, personales y colectivas, para con los más necesitados: así lo vemos en la institución del litro de leche para las mamás pobres,

que pasó a la historia como “la gota del leche del Padre Machado”, en el comedor popular que instaló en Prado de María en 1936, y en la incontable cantidad de favores que otorgó a cuantos acudían a él en busca de una ayuda económica o médica. Por supuesto que a estas atenciones siempre iba unida la ayuda espiritual, porque Machado nunca se sintió funcionario, sino sobre todo y fundamentalmente *sacerdote*. Ésta es la realidad de los hechos, y el sol no se puede tapar con un dedo.

Su personalidad era riquísima y multifacética. En cuanto a su fisonomía externa, Carlos Soria dio la siguiente descripción: “de estatura normal, rostro ovalado y muy rosado, dando siempre apariencia de mucha salud y contextura fuerte, cejas muy pobladas ligeramente arqueadas, ojos negros no muy intensos y con una mirada siempre afable y decidida (...) y tenía un lunar en la mejilla izquierda que le daba a su cara un aspecto simpático”<sup>197</sup>. Era también muy elegante, de buen porte y rostro agraciado, como se deja ver en las fotos y retratos del personaje.

En cuanto a su personalidad, de carácter colérico, ya que era emotivo, activo y primario. Su emotividad se muestra en episodios como el del canario, al llorar toda la noche cuando se separó de él con ocasión de su ingreso al Seminario en 1869. También se constata en el afecto por Emilia, a quien después de fallecida lloró muchas veces, y cada vez que la recordaba o la mencionaba se le aguaban sus ojos. Activo hasta el agotamiento, casi nadie era capaz de seguir su ritmo casi frenético, que le impedía estar sin hacer nada. Y cuando no tenía mucho que hacer era más peligroso que nunca, pues era entonces cuando empezaba a maquinarse ambiciosos planes, sin descansar hasta ponerlos por obra. Primario e impulsivo, reaccionaba prontamente a cualquier estímulo, a veces de modo brusco o violento. Y como se conocía tan bien, en muchas oportunidades buscó alejarse de las ocasiones que le pudieran llevar a dar una respuesta inapropiada fruto de su rudo carácter, como cuando buscó hacerse representar para defenderse de los cargos que le acusaban en Roma, por pensar que no iba a poderse controlar. Además, era un hombre bonachón, llano y sencillote, que decía lo que pensaba, a veces sin pensar mucho lo que decía, que no sabía mentir y cuya sinceridad le acarreó más dificultades que beneficios. Era salvajemente sincero, aunque toda su vida luchó para no convertirse en una persona sinceramente salvaje. De un gran sentido del humor, sabía sacarle punta a todo. A veces ácido e irónico en sus comentarios, tenía siempre la chispa del hombre que le da la vuelta a todo, y sabe sacar un chiste aún de los sucesos más trágicos. Hombre solidario y cercano, que no podía ver a nadie sufrir, que era capaz de quitarse literalmente el pan de su boca para dárselo al que no tenía, que era tan venezolanamente generoso que daba aún lo que no tenía, aunque ello supusiera endeudarse imprudentemente. Su desfachatada prodigalidad de mano floja perdido, le llevaron a estar siempre hipotecado. Por sus manos pasaron miles y miles de bolívares, pero sólo pasaron y nunca se quedaron en

---

<sup>197</sup> C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 85.

ellas. ¿Defecto o virtud? Para sus detractores fue defecto e imprudencia suma, pero para sus beneficiados, sin duda que fue virtud heroica. Hombre recio, de carácter fuerte y a veces porfiado. Al mismo tiempo, hombre extremadamente sensible, con muchos episodios de cariño y hasta de ternura. Hombre valiente, que se enfrentaba a quien fuera, pero supremamente obediente, que aceptaba las directrices de sus superiores eclesiásticos aunque estuviera totalmente en desacuerdo. Paradigma del venezolano, patriótico y bullanguero, con tanto apego a las tradiciones, que si no existían las creaba. Amante de la fe católica hasta rayar en el fanatismo, pero tan abierto a los otros credos que fue casi indiferentista. Hombre de contrastes fuertes, hombre paradójico e íntegro a la vez. Pero, ante todo, sacerdote al 100 %. Personaje de esos que nacen cada 200 años.

## Bibliografía

### 1. Fuentes:

#### a. Fuentes primarias

AA.VV., Artículos del periódico “El Eco de Lourdes” (1888-1890).

———, “El Libre Examen”, Caracas, 5, 17 y 26 de abril de 1890, en: H. GONZÁLEZ OROPEZA, *Iglesia y Estado en Venezuela. Historia de su proceso*, Publicaciones UCAB, Caracas, 1997, p. 215.

———, “Informe del cabildo catedralicio de Caracas al Papa León XIII”, Caracas, 24-7-1901, en: AHHPM (1889-1911).

———, *Obsequio de la Junta “Padre Machado”*, Maiquetía, 18-11-1910, p. 13.

———, *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XX. Documentos para su estudio*, Gobierno de la época del presidente Eleazar López Contreras, N° 23, Congreso de la República, Caracas, 1986.

———, “Sub secreto”, 1-11-1914, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), pp. 84-90.

ALVARADO, Águedo Felipe, “Carta al Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares”, Barquisimeto, 18-4-1901, en: AHHPM.

ÁLVAREZ, P., “Padre Santiago Machado entre los años 1928-1931”, en: AHHPM (Actividades del P. Machado en el Prado de María).

ANÓNIMO, “Bodas de diamante de un Meritorio Sacerdote Venezolano”, Caracas, 5 de junio de 1936, en: AHHPM.

———, “Editorial del Pan de San Antonio”, en: *Boletín del Pan de San Antonio y Obra del Sufragio*, Año LIV, n° 333, octubre de 1950, pp. 3-13.

———, “El Padre Machado”, en: *Diario La Religión*, 9-9-1926.

———, “Exhumados restos del Padre Machado”, en: *Diario Últimas Noticias*, 25-3-1975, p. 19.

———, “Hospital San José de Maiquetía”, Suplemento del Boletín del Pan de San Antonio, diciembre 1959, en: CIDOC-4218, B-3.

———, “Internado para niños pobres”, editorial de *La Religión*, n° 7343, (sin fecha), en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 75. Se infiere, por los datos del artículo, que fue publicado en agosto de 1914.

- , “Otro escándalo: un cura preso. Una niña negada a su madre en el convento del padre Machado”, en: *Boletín de la Razón*, 3-10-1893, en: CIDOC, 24500, N. E. NAVARRO, compilación de recortes de “La Religión”, “El Liberal” y otros (1893-1899), ficha 5.
- , “Plaza Lourdes”, en: *El Eco de Lourdes*, 28-12-1889, Año II, N° 25.
- , “90 años cumplió el Hospital san José de Maiquetía”, en: Diario *El Nacional*, 23 de abril de 1978.
- ARTEAGA Y MONTEJO, Ricardo, “Fiesta de las cincuenta Hermanas”, en: *Boletín del Pan de San Antonio*, N° 13, diciembre de 1900.
- ARZOBISPADO DE CARACAS, “Respuesta del arzobispado a la petición del Pbro. Machado”, s/f, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 79. Esta respuesta aparece también, sin fecha, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 330, pp. 161-163.
- AVERSA, Giuseppe, *Cartas*, en: AHHPM.
- , “Carta al Card. Merry del Val”, 1-2-1911, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 312, pp. 134-135.
- , “Cartas al secretario de Estado Vaticano”, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1900-1922, Castro y Gómez)*, cit., tomo I, pp. 192-212.
- , “Estado del Clero en Venezuela”, informe del 3-10-1910, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1910-1922, Castro y Gómez)*, cit., tomo II, p. 103.
- , “Informe al cardenal secretario de Estado: Un fenómeno extrañísimo: El Pbro. Santiago Machado”, 13-2-1910, en: AHHPM (Cartas 1889-1911), p. 32.
- BRIOSCHI, Pedro Adán, *Cartas*, en: AHHPM.
- , “Carta a la hermana Marcelina”, 26-12-1913, en: C. MESA, *La Madre Marcelina*, cit., pp. 147-148.
- , “Carta al P. Machado”, s/f., en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 141.
- BUENO, José A., “Carta al Dr. Juan B. Bance”, 4-11-1911, en: AHHPM (sin numerar).
- CARLOTA DE SAN JOSÉ (María Carolina Rada del Olló), “Carta al papa Pío XII”, Caracas, 22-8-1939, en: AHHPM (sin numerar).
- CASSALI, N., “Decreto de suspensión *a divinis*”, 31-6-1930, en: AHHPM (sin numerar).

- CASTILLO LARA, Lucas Guillermo, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1900-1922, Castro y Gómez)*. *Apéndice documental*, tomos I, II, III y IV, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia n° 75, 76, 77, 78, Caracas, 2000.
- , *Personajes y sucesos venezolanos en el Archivo Secreto Vaticano (Siglo XIX)*, tomos I y II, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia 70-71, Caracas, 1998.
- CASTRO, Juan Bautista, *Cartas*, en: AHHPM.
- , *Cartas y documentos*, en: Archivo Arquidiocesano de Caracas, sección Episcopales, 61 Ep (1904-1915).
- , *Libro de las bodas de plata*, Tipografía El Cojo, Caracas, 1996.
- CEBRONES, Gaspar de, “Carta a Mons. Aversa”, 22-6-1907, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1910-1922, Castro y Gómez)*, tomo II, p. 481.
- CENTO, Fernando, *Cartas*, en: AHHPM (cartas, sin numerar).
- CLOTILDE DE SAN JOSÉ, “Carta a Mons. Juan Bautista Castro”, 31-1-1912, en: AHHPM (cartas, sin numerar).
- CONGREGACIÓN PARA LA CAUSA DE LOS SANTOS, *Positio sobre las virtudes de la madre Marcelina de San José, fundadora de las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver*, Roma, 1996.
- , *Positio sobre las virtudes de la sierva de Dios Emilia de San José*, Roma, 1993.
- CORERA, Martín, “El Padre Santiago Machado. Fundador de las Hermanitas de los Pobres”, 16-1-1940, en: Diario *La Religión*, 12-3-1963, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987.
- , “Testimonio sobre el P. Machado”, 12-3-1963, en: AHSJ.
- CURIEL BRAVO, María, “Testimonios”, en: AHHPM (libro sin clasificar).
- DELFINA DE SAN JOSÉ (Adela Cabrera), *Apuntes personales*, 24-9-1949, en: AHHPM.
- DE SANCTIS, Basilio, “Carta al Santo Oficio”, 12-1-1931, en: AHHPM (Cartas, sin numerar).
- DEL VAL, Merry, “Carta al Card. Gagliano Azevedo”, 6-8-1913, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 71.
- , “Carta al Mons. Aversa”, 15-10-1910, n° 46678, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 70.

- DI MILIA, Bernardino, “Carta al secretario de la Congregación de los Negocios Eclesiásticos”, 10-10-1889, en: L. G. CASTILLO LARA, *Personajes y sucesos venezolanos en el Archivo Secreto Vaticano (s. XIX)*, tomo II, cit., pp. 407-408.
- ENRIQUETA DE SAN JOSÉ, *Historia de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía*, Caracas, 1914, en: AHHPM. Tomos I y II.
- ESPERANZA DE SAN JOSÉ, *Cartas*, en: AHHPM.
- FELÍCITAS DE SAN JOSÉ (Rafaela Serrano Guerra), *Cartas*, en: AHHPM.
- FOLIGNO, Michele, “Carta a don M. Rua”, 10-7-1907, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1910-1922, Castro y Gómez)*, cit., tomo II, pp. 484-487.
- FRÁNQUIZ, Régulo – PEÑALVER, Rafael, “Informe sobre varios de los abusos que se cometen en algunas Diócesis de Venezuela”, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 7.
- GIL, Adolfo, *El Liberalismo o Cartas al vicepresidente de Colombia*, Imprenta Colón, Caracas, 1895.
- GUERRA, Pedro, “Carta al P. Machado”, 24-4-1913, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 327, pp. 156-157.
- HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, “Acta de elecciones”, 19-1-1909, en: AHHPM.
- , “Bodas de oro de la Congregación de Hermanitas de los Pobres de Maiquetía”, 25-9-1939, en: AHHPM.
- , *Constituciones Autógrafas* n° 42 y 43. 1901, en: AHHPM.
- , *Libro de Elenco*, en: Archivo de la Congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía.
- , *Nuestra Historia (1889-1918)*, Caracas, 1974, en: AHHPM. Escrita por Tarcisio de San José, en el siglo Juana Josefina Bermúdez Pirela.
- , *Padre Fundador. Párroco en Maiquetía. El instituto – Inicios*, en: AHHPM.
- , *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987.
- HERMINIA DE SAN JOSÉ, “Sombras del cuadro”, s/f, en: AHHPM (sin numerar).
- IBARRETA, José María, “Informe al delegado apostólico Aversa”, 2-11-1911, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 71.
- , “Resultados de la visita apostólica”, 5-11-1911, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 124.

- IRIARTE, Víctor, “Oración fúnebre”, 16-1-1940, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987, pp. 15-17.
- JUNTA COAYUVADORA DE MAIQUETÍA, “Bodas de oro sacerdotales del Pbro. Santiago F. Machado”, 23-6-1926, en: AHHPM (Actividades del Padre Machado en Prado de María).
- L. B., “Hospital de San José”, en: *El Eco de Lourdes*, 11-1-1890, Año II, N° 27.
- LACARRA, María Inmaculada – FAJARDO, Teresa, *Espiritualidad congregacional de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía*, en: AHHPM.
- LISCANO, T., “Discurso del 21-11-1908”, en: AHHPM.
- MACHADO OYARZÁBAL, Santiago Florencio, “Apuntes para la Historia del Hospital ‘San José’ de Maiquetía”, en: Diario *El Universal*, 21-3-1939.
- , *Artículos y otros escritos*:
- , *Cartas*, en: AHHPM.
- , “Circular de desagravios N° 6”, 7-3-1908, en: AHSJ.
- , “La fiesta de las Cincuenta Hermanas”, en: *Boletín del Pan de San Antonio*, N° 13, diciembre de 1900.
- , “La Hermana Cándida de San José”. Declaración del Padre Machado, en: Diario *La Religión*, 6-10-1893.
- , “Manifestación”, en: Diario *La Religión*, 11-11-1911.
- MARCELINA DE SAN JOSÉ, “Carta a la madre Carlota de San José”, 28-6-1943, en: AHHPM (sin numerar).
- MARÍA DE LOS ÁNGELES DE SAN JOSÉ (Isabel Lange Litchfield), *Cartas*, en: AHHPM.
- , “Tarjeta. Despedida”, en: Diario *El Tiempo*, 7-2-1912. Citado por: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 138.
- MAYORCA, Manuel A., “Apuntes históricos”, en: AA.VV., *Obsequio de la Junta “Padre Machado”*, Maiquetía, 18-11-1910.
- MAYORCA, Manuel A. – RADA, Luis Ramón, *Pbro. Br. Santiago F. Machado, Fundador de la Congregación de las Hermanitas de los Pobres, en Venezuela*, Maiquetía, 1910.
- MEJÍA, Miguel Antonio, “Carta a la madre Carlota de San José”, septiembre de 1939 en: AHHPM (sin numerar).



- NAVARRO, Nicolás Eugenio, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 27-9-1901, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo II, n° 75, p. 239.
- , “Carta a Mons. Pietropaoli”, 18-8-1913, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 466, p. 363.
- , “Nuestras Hermanitas de los Pobres”, en: Diario *La Religión*, 30-10-1897, en: CIDOC, 24500, N. E. NAVARRO, compilación de recortes de “La Religión”, “El Liberal” y otros (1893-1899), ficha 3.
- PACELLI, Eugenio, “Telegrama a Mons. Cento”, 24-1-1931, en: AHHPM (cartas, sin numerar)
- PARROQUIA SAN SEBASTIÁN DE MAIQUETÍA, *Libro de Bautizos N° 11 (1882-1885) y N° 12 (folio 315)*, en: Archivo Parroquial de Maiquetía y Archivo Diocesano de La Guaira.
- , *Libro I de Gobierno (1828-1896)*, folios 114-117, en: Archivo Parroquial de Maiquetía.
- PASTORA DE SAN JOSÉ, “Carta a la superiora del Hospital San José”, 6-11-1910, (Circular N° 15), en: AHSJ.
- PAULINA DE SAN JOSÉ, “Testimonio”, abril de 1930, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 153.
- PELLÍN, Jesús María, “Elogio fúnebre al P. Machado”, 6-12-1939, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987, p. 13.
- PIETROPAOLI, Carlo, “Carta al Card. Merry del Val”, 10-7-1913, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 71.
- , “Carta al Card. Merry del Val”, 30-9-1913, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 374, p. 242.
- , “Informe al secretario de estado Vaticano”, 6-7-1913, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1900-1922, Castro y Gómez)*, cit., tomo I, p. 239.
- PROVIDENCIA DE SAN JOSÉ, “Carta al hospital San José”, 10-11-1912 (Circular n° 28), en: AHSJ.
- RADA DEL OLLO, Luis Ramón, “Discurso”, en: AA.VV., *Obsequio de la Junta “Padre Machado”*, Maiquetía, 18-11-1910.
- RAMPOLLA, Mariano, “Carta al P. Machado”, 16-7-1897, en: AHHPM (Cartas sueltas).

- RINCÓN GONZÁLEZ, Felipe, “Aprobación del Catecismo del padre Machado como texto exclusivo nacional”, 12-4-1917, en: B. PORRAS, *Conferencia Episcopal Venezolana, tomo II. Decretos y Reglamentos*, 1889-1984, Caracas, 1986, p. 85.
- , “Carta al cardenal Eugenio Pacelli”, 10-5-1937, en: J. H. QUINTERO, *El Arzobispo Felipe Rincón González*, cit., p. 156.
- , “Carta a Mons. Fernando Cento”, 21-2-1931, en: AHHPM (Cartas, sin numerar)
- , “Permiso para formar la Cofradía del Santísimo Sacramento”, 13-4-1932, en: AHHPM.
- RODRÍGUEZ, J. R., “Carta a Mons. Rincón González”, 15-7-1931, en: AHHPM (Actividades del P. Machado en el Prado de María).
- RUA, Michele, “Carta al Secretario de la congregación de Negocios Eclesiásticos Extraordinarios”, 20-5-1907, en: L. G. CASTILLO LARA. *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1910-1922, Castro y Gómez)*, cit., tomo II, p. 465.
- SÁENZ, Ángel, “Oración fúnebre”, 6-12-1940, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987.
- SABATUCCI, A., “Carta al delegado apostólico Tonti”, 20-4-1895, en: AHHPM (sin numerar).
- SBARRETTI, Donato, “Carta a Mons. Fernando Cento”, 31-1-1931, en: AHHPM (cartas, sin numerar).
- SIBILIA, E., “Carta al delegado apostólico Tonti”, 15-11-1895, en: AHHPM.
- SILVA, Antonio Ramón, “Carta a fray José Calazans de Llevanderas”, Mérida, 3-7-1897, en: AHHPM (cartas sueltas).
- SILVA, Antonio Ramón – ALVARADO, Águedo Felipe – ÁLVAREZ, Arturo Celestino, “Carta al P. Machado”, 14-7-1911, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), pp. 119-120.
- SORIA VILLAPAREDES, Carlos, *Vida del Pbro. Santiago F. Machado. Memorias de Carlos Soria*, Caracas, 1971, en: AHHPM.
- SUPREMA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL SANTO OFICIO, “Carta al delegado apostólico en Caracas”, 5-6-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 39.
- , “Decreto”, 12-11-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 82
- TARCISIO DE SAN JOSÉ (Juana Josefina Bermúdez Pirela), *Apuntes Personales*.
- , “Testimonios verbales de la M. Carlota de San José”, en: AHHPM.

TONTI, Giulio, “Carta al prefecto de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios”, 12-9-1901, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo II, n° 83, p. 215.

TORTOLERO, Marcos, “Discurso en las bodas de oro del P. Machado”, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987, p. 16.

TUNZI, M., “Carta al Secretario Santo Oficio”, septiembre de 1939, en: AHHPM (sin numerar).

Uzcátegui Oropeza, Crispulo, *Cartas*, en: AHHPM.

———, “Decreto de aprobación de las Constituciones de Congregación las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía”, Caracas, 4-5-1897, en: Archivo Arquidiocesano de Caracas, sección Episcopales, 58 Ep (1885-1904).

#### **b. Fuentes secundarias**

AA.VV., “Exposición del episcopado de Venezuela al Sr. Presidente de la República Dr. Juan Pablo Rojas Paúl”, 26-9-1889, en: B. PORRAS, *Conferencia Episcopal Venezolana, tomo II. Decretos y Reglamentos*, 1889-1984, Caracas, 1986, pp. 7-22.

———, *Pensamiento Político Venezolano del siglo XIX*, tomo 12, Congreso de la República, Caracas, 1961.

ANÓNIMO, “Asunto Conventos”, artículo del Diario *El Liberal*, octubre 1896, en: CIDOC, 24500, N. E. NAVARRO, compilación de recortes de “La Religión”, “El Liberal” y otros (1893-1899), ficha 1.

———, “Datos sobre la cuestión eclesiástica en Venezuela”, mayo de 1884, en: L. G. CASTILLO LARA, *Personajes y sucesos venezolanos en el Archivo Secreto Vaticano (Siglo XIX)*, cit., tomo II, pp. 265-266.

DI MILIA, Bernardino, “Carta al Card. Rampolla”, 25-4-1889, en: L. G. CASTILLO LARA, *Personajes y sucesos venezolanos en el Archivo Secreto Vaticano (Siglo XIX)*, cit., tomo II, p. 399.

FRÁNQUIZ, Régulo, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 23-11-1900, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1900-1922, Castro y Gómez)*, cit., tomo II, p. 38.

GÓMEZ CHACÓN, Juan Vicente, “Carta a Mons. Rincón”, 3-1-1919, en: J. V. GÓMEZ, *Documentos para la historia de su gobierno*, Caracas, 1925, p. 279.

- GUEVARA Y LIRA, Silvestre, *Cartas*, en: L. G. CASTILLO LARA, *Personajes y sucesos venezolanos en el Archivo Secreto Vaticano (Siglo XIX)*, cit., tomo I, pp. 441-506.
- IZQUIERDO MARTÍ, Francisco, “¿La casa de los Capuchinos de las Mercedes es un Convento?”, 1896, en: Diario *El Tiempo*, en: CIDOC, 24500, N. E. NAVARRO, compilación de recortes de “La Religión”, “El Liberal” y otros (1893-1899), ficha 2.
- MENDIBLE, L., “Carta abierta al Excmo. Sr. Carlo Pietropaoli”, en: AA.VV., *El Pensamiento Político Venezolano del Siglo XX. Documentos para su estudio. La oposición a la Dictadura Gomecista, Liberales y Nacionalistas N° 3*, Congreso de la República, Caracas, 1983, N° 40, p. 347.
- NAVARRO, Nicolás Eugenio, “Carta al Card. De Lai”, 1-3-1916, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1900-1922, Castro y Gómez)*, cit., tomo I, p. 255.
- PIETROPAOLI, Carlo, *Cartas*, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1900-1922, Castro y Gómez)*, cit., tomo I, pp. 233-246.
- , “Institutos Religiosos en la República de Venezuela”, 26-8-1913, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1910-1922, Castro y Gómez)*, cit., tomo II, pp. 221-227.
- PONTE S., José Antonio, *Cartas*, en: L. G. CASTILLO LARA, *Personajes y sucesos venezolanos en el Archivo Secreto Vaticano (Siglo XIX)*, cit., tomo II, pp. 87-182.
- PORRAS, Baltasar, *Conferencia Episcopal Venezolana. Cartas, Instrucciones y Mensajes (1883-1977)*, Tomo I-A, UCAB, Caracas, 1978.
- , *Conferencia Episcopal Venezolana, tomo II. Decretos y Reglamentos*, 1889-1984, Caracas, 1986.
- QUINTERO, José Humberto, *Para la historia*, Caracas, 1974.
- , *El Arzobispo Felipe Rincón González*, Trípode, Caracas, 1988.
- RINCÓN GONZÁLEZ, Felipe, “Carta al Dr. Urdaneta Maya”, Caracas, 24-6-1920.
- ROJAS PAÚL, Juan Pablo, “Carta al Papa Pío IX”, 6-4-1889, en: H. GONZÁLEZ OROPEZA, *Iglesia y Estado en Venezuela*, cit., p. 370.
- SILVA, Antonio Ramón, “Carta al Card. Rampolla”, 20-8-1903, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo II, n° 75, p. 383.

- , “Carta al secretario de Estado Vaticano”, abril de 1916, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1900-1922, Castro y Gómez)*, cit., tomo I, p. 257.
- URBANEJA, Diego Bautista, “Carta a Mons. R. Cocchia”, 25-7-1878, en: L. G. CASTILLO LARA, *Personajes y sucesos venezolanos en el Archivo Secreto Vaticano (Siglo XIX)*, cit., tomo II, p. 140.
- UZCÁTEGUI OROPEZA, Crispulo, *Cartas*, en: Archivo Arquidiocesano de Caracas, sección Episcopales, 58 Ep (1885-1904).
- , “Comunicado al clero y a los fieles de la arquidiócesis de Caracas”, 12-6-1885, en: Archivo Arquidiocesano de Caracas, sección Episcopales, 58 Ep (1885-1904).
- , “Comunicado al cabildo metropolitano, al clero y a los fieles”, 17-6-1898, en: Archivo Arquidiocesano de Caracas, sección Episcopales, 58 Ep (1885-1904).
- , “Estado histórico-geográfico de la Arquidiócesis de Santiago de Venezuela en la América Meridional”, 20-3-1888, en: L. G. CASTILLO LARA, *Personajes y sucesos venezolanos en el Archivo Secreto Vaticano (Siglo XIX)*, cit., tomo II, pp. 365-366.

## **2. Bibliografía complementaria:**

- AA.VV., *La Iglesia y la educación en Venezuela*, Memorias de las III Jornadas de Historia y Religión, Publicaciones, UCAB, Caracas, 2003.
- BLANCO RINCÓN, Mariana, *Las relaciones entre el Estado y la Iglesia en Venezuela: el arzobispado de Mons. Felipe Rincón González (1916-1946). Aproximación histórica a partir de las fuentes conservadas en Venezuela*, Tesis de posgrado, Lovaina, 1987.
- CHAPPELLÍN L., Eduardo, *Maiquetía y el Litoral Central. Crónicas, hechos y vivencias*, Gráficas TAO, Caracas, 1997.
- CONCILIO PLENARIO DE VENEZUELA, *Documento Conciliar N° 4: La catequesis*, 9, CEV, Caracas, 2006.
- CONDE TUDANCA, Rodrigo, “Los orígenes de la iglesia del Prado de María”, 27-4-2002, en: Boletín informativo n° 1, Parroquia “La Milagrosa”, Prado de María, Caracas, p. 8.
- , “Cómo vieron los nuncios la neutralidad del Régimen Gomecista durante la Primera Guerra Mundial (1913-1918)”, en: Boletín CIHEV, año 13, n° 22, enero-diciembre 2000, pp. 65-124.
- , *El renacer de la Iglesia*, Publicaciones UCAB, Caracas, 2005.
- DONÍS RÍOS, Manuel – STRAKA, Tomás, *Historia de la Iglesia Católica en Venezuela. Documentos para su estudio*, Publicaciones UCAB, Caracas, 2010.

- FERNÁNDEZ HERES, Rafael, “El Colegio Seminario y la Universidad de Caracas como factores de integración nacional”, en: Boletín CIHEV, año 11, n° 21, julio-diciembre 1999, pp. 24-32.
- , “La Iglesia Católica en la educación venezolana durante el siglo XX”, en: Boletín CIHEV, año 8, n° 13, julio-diciembre 1995, pp. 161-192.
- FUNDACIÓN POLAR, “Machado, Santiago Florencio”, en: FUNDACIÓN POLAR, *Diccionario de Historia de Venezuela*, tomo III, Caracas, 1997 (2ª edición), p. 8.
- GARCÍA ARMAS, Delfín, “Ya es nonagenario el Hospital San José de Maiquetía erigido sobre las ruinas de la cárcel vieja”, en: Diario *La Religión*, 22-4-1978.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Luis Enrique, *Vida y obras del padre Machado*, Cámara de Comercio de La Guaira, La Guaira, 1987.
- GONZÁLEZ OROPEZA, Hermann, *Iglesia y Estado en Venezuela. Historia de su proceso*, Publicaciones UCAB, Caracas, 1997.
- , “La Iglesia en el periodo gomecista”, en: “Boletín CIHEV”, año 8, N° 13, Caracas, 1995, p. 22.
- , *La liberación de la Iglesia venezolana del Patronato*, Paulinas, Caracas, 1988.
- GRACIA, Antonio, *Madre Emilia, testigo de amor a los enfermos*, Caracas, 1995.
- HERMINIA DE SAN JOSÉ, *Caridad en Acción. Vida de la Sierva de Dios Madre Emilia de San José, Fundadora de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía*, Caracas, 1968.
- HERNÁNDEZ, Juan Francisco, “El Padre Machado en el Cuatricentenario”, en: Diario *El Nacional*, B-8, 28-8-1966.
- , “Firmo un contrato con la Providencia”, en: Boletín CIHEV, año 1, n° 1, abril-junio 1989, pp. 26-31.
- JIMÉNEZ M., Rafael Simón, *50 años de Política Exterior de Venezuela (1908-1958)*, El Centauro, Caracas, 2006.
- JORDÁN HERNÁNDEZ, A., “Bajaron el Cristo de Maiquetía para reconstruir su Pedestal”, en: Diario *El Nacional*, 22-1-1976.
- LACARRA, M<sup>a</sup> Inmaculada, “Aproximación a la espiritualidad del P. Santiago F. Machado”, en: AAVV, *P. Santiago Machado, un pastor entre los pobres*, Publicaciones UCAB, Caracas, 2011, pp. 179-200.
- MARADEI DONATO, Constantino, *Venezuela: su Iglesia y sus Gobiernos*, Trípode, Caracas, 1978.

- MARTÍNEZ MORÁN, Felipe, *Santiago Florencio Machado. Su vida, personalidad y obras*, Caracas, julio de 1994, en: AHHPM.
- MESA, Carlos, *La Madre Marcelina. Su vida, sus virtudes, su congregación*, editorial Kelly, Bogotá, 1984.
- MOLINA, Honegger, “Perfil Biográfico del Padre Machado”, en: AAVV, *P. Santiago Machado, un pastor entre los pobres*, Publicaciones UCAB, Caracas, 2011, pp. 27-90.
- MOLINERO, M., “El Padre Machado entrega la Iglesia de Prado María a los padres Paúles”, 27-4-2002, en: Boletín informativo n° 1, Parroquia “La Milagrosa”, Prado de María, Caracas, p. 14.
- NAVARRO, Nicolás Eugenio, *Anales Eclesiásticos Venezolanos*, Caracas, 1929.
- ORTEGA-LIMA RUIZ, Rafael, *Iglesia y Estado guzmancista. Visión de las relaciones Iglesia-Estado durante la época guzmancista en Venezuela (1870-1898)*, Ediciones de la presidencia de la República, Caracas, 1996.
- POLANCO ALCÁNTARA, Tomás, *Juan Vicente Gómez, aproximación a una biografía*, Morales i Torres editores, Barcelona (España), 2004.
- RODRÍGUEZ CAMPOS, Manuel, “Bloqueo a las costas venezolanas”, en: FUNDACIÓN POLAR, *Diccionario de Historia de Venezuela*, tomo I, Caracas, 1997 (2ª edición), pp. 461-462.
- RODRÍGUEZ ITURBE, José, *Iglesia y Estado en Venezuela (1824-1964)*, Facultad de Derecho de la UCV, Caracas, 1968.
- ROJAS CHAPARRO, Elba, “Semblanza del Padre Machado. Año Jubilar del Sesquicentenario del Natalicio del Padre Santiago F. Machado”, en: Boletín CIHEV, año 13, n° 22, enero-julio 2000, pp. 51-63.
- VILLALBA, María Margarita, *Pbro. Santiago Machado. Escribió con su vida nuevas páginas del evangelio*, Monfort, Caracas, 1996.
- , *Un hombre de fe y acción. Vida y obras del Pbro. Santiago F. Machado O.*, Monfort, Caracas, 1998.
- VIRTUOSO, Francisco José, “Consideraciones sobre una historia pendiente por escribir”, 5-4-2000, prólogo de la obra de R. PEÑALVER, *La obra de Monseñor Pietropaoli en el marco del proceso de restauración de la Iglesia católica venezolana (1913-1917)*, Publicaciones Ucab, Caracas, 2000, pp. 5-10.

### **3. Artículos en Internet y páginas Web:**

CONDE TUDANCA, Rodrigo, “La iglesia parroquial de Prado de María de Caracas. Sus orígenes coloniales”, 14-9-2008, en: <http://historiaprado.blogspot.com/>

VÁSQUEZ DE CEDEÑO, Nora, “El Padre Machado”, Rohner Park California, 15-6-2002, en: <http://historiaprado.blogspot.com/>

<http://www.catholic-hierarchy.org/bishop/baver.html>.

<http://www.corazones.org/maria/salette.htm>

<http://historiaprado.blogspot.com/>

**4. Entrevistas:** ALFONZO VAZ, Alfonso (1º-11-2008); APONTE, Inés (24-9-2010); CASTILLO, Maximino (9-12-2008); LÓPEZ, Carmen (19-11-2010); MAYORA, Oscar (26-11-2010).



**Padre Santiago Machado (1850-1939)**  
**Corazón y sotana**

**Padre Abelardo Bazó Canelón**

## Tabla de contenidos

Prólogo

Introducción

### **Capítulo I. Los inicios de su obra pastoral (1876-1888)**

1. Los primeros años (1850-1876)
2. Ordenación sacerdotal y primer encargo pastoral
3. Santiago Machado en la parroquia de Maiquetía
4. El cura de Maiquetía
5. La oposición de los poderosos
6. El catecismo y la Escuela de la Inmaculada
7. El hospital San José

### **Capítulo II. Las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía (1889-1910)**

1. La primera congregación religiosa nacida venezolana
2. El rechazo del episcopado
3. El padre Machado y la madre Emilia de San José
4. La sucesión de madre Emilia
5. Machado y las labores sociales de la congregación
6. La plaza Lourdes de Maiquetía
7. Machado y la Revolución Libertadora
8. El legado de Machado a la congregación

### **Capítulo III: El proceso contra Machado (1910-1911)**

1. La resolución del padre Machado
2. *Adversus* Machado: Aversa contra Santiago
3. La huida a Roma (julio de 1910 – enero de 1911)
4. El juicio contra Machado y el fallo de la Santa Sede

5. La visita apostólica a la congregación
6. El retorno a Venezuela (11-1-1911)
7. Las secuelas de la separación
8. Las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver

#### **Capítulo IV. San José del Ávila y la plaza El Cristo (1911-1923)**

1. La Escuela del Niño Jesús
2. San José del Ávila
3. Con los auxilios de la Providencia
4. La plaza el Cristo de Maiquetía

#### **Capítulo V: El capellán de Prado de María (1924-1939)**

1. De “El Rincón del Valle” a “Prado de María”
2. La restauración del templo y otras obras pastorales y sociales
3. Los homenajes del sacerdote
4. La suspensión *a divinis* de Machado
5. El Via Crucis de la plaza Jerusalén
6. Sus últimos años en Prado de María
7. Rehabilitación del fundador y vuelta a casa
8. Muerte y funerales del padre Machado

#### **Conclusiones**

#### **Bibliografía**

1. Fuentes
  - a. Fuentes primarias
  - b. Fuentes secundarias
2. Bibliografía complementaria

3. Artículos en Internet y páginas Web

4. Entrevistas

*Dedicatoria:*

A las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía

Con las debidas licencias:

Nihil obstat (imprimi potest): Pbro. Lic. Alfonso Barbera Riccio, censor

Imprimatur: Mons. José de la Trinidad Valera Angulo, obispo de La Guaira

16 de septiembre de 2011

## Prólogo

Este libro tuvo su origen en una tesis doctoral que fue defendida por Abelardo Bazó Canelón, en la Universidad Católica Andrés Bello, 21 de marzo de 2011 bajo el título: “El padre Santiago Machado Oyarzábal (1850-1939) y el impacto de su obra social en la Venezuela de su tiempo”.

El jurado, integrado por los doctores Rodrigo Conde Tudanca, Tomás Straka Medina y quien escribe estas líneas, en su carácter de tutor, decidió calificarla con 20 puntos y recomendó su publicación por considerar que llenaba a cabalidad las exigencias requeridas para el Doctorado en Historia de esta Casa de Estudios, expresando “un manejo acucioso de documentación de fuentes primarias que ofrece aportes originales y abre nuevos horizontes para la comprensión de la historia de la Iglesia católica venezolana en un momento fundamental para su desarrollo, así como para un mejor entendimiento de la Venezuela moderna representada en la figura del Padre Santiago Machado Oyarzábal”.

El P. Machado aunque famoso en la época que le tocó vivir, es un personaje olvidado por la historiografía venezolana y particularmente por la Historia Eclesiástica. A este sacerdote diocesano venezolano, nacido en La Victoria (estado Aragua) en 1850, fundador de la Congregación religiosa “Hermanitas de los Pobres de Maiquetía” (primera fundada en territorio venezolano), del hospital San José de Maiquetía, la Escuela del Niño Jesús (llamada luego San José del Ávila), del monumento al Santo Cristo de Maiquetía y de diversas escuelas, entre otras obras, le correspondió vivir una etapa difícil de las relaciones entre la Iglesia Católica y el Estado venezolano.

El naciente Estado liberal, una vez separada Venezuela de la Nueva Granada en 1830, representó un grave peligro para la institución eclesiástica, particularmente por su pretensión de subordinar ésta al Estado. Al jurar la Constitución de ese año, el estamento eclesiástico quedó en una posición de cuasi funcionarios estatales. De ahí partió el enfrentamiento. Deístas y masones complicaron la situación, al visualizar a la Iglesia Católica como el gran obstáculo para el reinado de la razón y la ilustración de los pueblos.

La situación se complicó por la participación de la Iglesia en los avatares políticos de conservadores y liberales, siendo significativo el número de sacerdotes que actuaron como diputados en el Congreso Nacional. Los Partidos políticos, al menos en teoría, fueron pragmáticos con respecto a la Iglesia, pues en la práctica los conservadores tuvieron un pensamiento más liberal que los liberales mismos. Por ello, para algunos historiadores los conservadores fueron más consecuentes perturbadores de la Iglesia que los propios liberales.

El choque frontal con el Liberalismo se presentó en tiempos de Antonio Guzmán Blanco y el poder espiritual llevó la peor parte. La Iglesia sólo inició su recuperación institucional en las postrimerías del siglo XIX. Las relaciones con el Estado serían cordiales en el futuro pero se mantendrán las leyes anti-eclesiásticas, aunque se relajó su aplicación.

El siglo XX encontró a la Iglesia sufriendo las secuelas del guzmancismo, con una profunda división interna y disminuida en la cantidad y calidad de sus miembros. La institución eclesiástica tendrá que enfrentarse a un Estado infiltrado por anticlericales y positivistas, aunque la relación con los últimos tuvo poca importancia desde el punto de vista teórico, lo cual no significa que en ocasiones los positivistas se metieran con la Iglesia. Esto se debió en parte al gran peso que tenían en la sociedad venezolana los valores morales de la religión católica y los del pensamiento liberal.

No obstante, la Iglesia se recuperó e inició su restauración institucional. En el proceso jugó un papel significativo el *Concilio Plenario Latinoamericano* (Roma, 1899), el cual buscó la alianza con el Estado, partiendo del reconocimiento por la Iglesia de su papel en las sociedades modernas: darle cobertura legal y protectora a la institución eclesiástica. Los ideales del Concilio fueron plasmados en la *Instrucción Pastoral* del Episcopado de 1904. La Iglesia, como rectora de la conciencia religiosa y moral de la sociedad venezolana, buscó ser reconocida como independiente pero manteniéndose como un poder paralelo y en comunión con el Estado.

Durante la larga dictadura de Juan Vicente Gómez las preocupaciones de la Iglesia se centraron en problemas intra-eclesiales. Desarrolló una de sus principales características como institución: Su fuerte adhesión a la Santa Sede, precisamente como fruto de su debilidad en la lucha por su supervivencia. De igual manera mantuvo un carácter dependiente en cuanto sujetó su acción al marco estatal que le permitía la Ley de Patronato. Para algunos historiadores la Iglesia guardó durante el gomecismo 27 años de silencio.

La Restauración de la institución eclesiástica fue hecha por las órdenes religiosas femeninas y por hombres como el P. Santiago Machado, sin mucha formación en Derecho Canónico, producto en parte a lo irregular de su formación sacerdotal (sus estudios los tuvo que concluir en la isla de Trinidad). Recordemos que en 1872 el presidente Antonio Guzmán Blanco decretó el cierre de los seminarios y expulsó a varios sacerdotes que eran profesores en el Seminario de Caracas.

El P Machado fue sobre todo un pastor y se caracterizó no sólo por ser “un defensor de la fe que profesaba”, sino por su gran vocación de servicio e ideal social “que le llevó a realizar magnánimas obras a favor de los más necesitados. Amado y venerado por su pueblo, fue al mismo tiempo odiado y envidiado por algunos anticlericales, e incluso por ciertos eclesiásticos y religiosas. Despertó en sus contemporáneos sentimientos tan dispares que



podría precisamente por ello ponerse al mismo nivel de los grandes personajes de la historia”.

Pero no se crea que estamos en presencia de una hagiografía, una vida de santos. No. El autor advierte que trató con toda la precaución del caso la documentación, utilizando de manera rigurosa la crítica histórica para aproximarse al personaje y a su época. No le fue fácil, pero lo logró.

En cuanto se refiere a la documentación consultada y utilizada para esta obra, la fuente principal la representa el Archivo Histórico de la Congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, inédito y de difícil acceso para los investigadores. Otros documentos pertenecen al Archivo Secreto Vaticano, publicados por la Academia Nacional de la Historia (Caracas, 2000) bajo el título “Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1900-1922), Castro y Gómez. Apéndice documental”, por el historiador Lucas Guillermo Castillo Lara.

Se revisaron algunas investigaciones de religiosas de la Congregación y del P. Gerardino Barracchini, quien trajo al país alguna correspondencia del Archivo Vaticano correspondiente a los años 1922-1940. Destacan los Apuntes personales de la hermana Tarcisio de San José, quien ingresó a la Congregación en 1925. De igual manera los Apuntes personales de la hermana Delfina de San José, escritos en 1949. Otras fuentes de primer orden: “Historia de la Congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía”, escrita por sor Enriqueta de San José, culminada en 1914; “Nuestra historia (1889-1918)”, de la hermana Tarcisio, culminada en 1974; las memorias de Eduardo Chapellín; entre otros autores.

Bazó Canelón dedicó particular interés a las memorias de Carlos Soria Villaparedes, “una de las fuentes más importantes de nuestro trabajo”, expresó. Soria vivió con el P. Machado desde 1932 y le acompañó hasta la muerte del sacerdote, siete años después. Fue su secretario y enfermero y luego su confidente. Soria recopiló datos de la vida de Machado y entrevistó a testigos oculares que lo habían acompañado en sus obras sociales y religiosas. Las memorias representan un testimonio de primer orden; y aunque su autor, como era predecible, enalteció demasiado al biografiado, Bazó tuvo cuidado al analizarlas y buscó en todo momento la objetividad.

Además de la extensa bibliografía y artículos de prensa consultada, el autor entrevistó a cinco personas que conocieron personalmente al P. Machado, casi todos nonagenarios, los cuales ofrecieron valiosa información sobre el biografiado.

No todas las fuentes consultadas ofrecieron un juicio favorable al P. Machado y su obra, lo cual permitió al autor dar el justo equilibrio a la investigación. En este sentido expresó: “Naturalmente es necesario escuchar ‘las dos campanas’ para formar un juicio

objetivo acerca de nuestro controversial personaje”. Al historiador no le corresponde calificar, tampoco manipular la información para cuadrarla a una hipótesis, ocultando los aspectos que pudieran cuestionar la visión del personaje que se desea ofrecer. El historiador debe buscar la comprensión de los hechos por la vía del conocimiento, manejando las claves interpretativas de la época que estudia y luego someterlas al análisis correspondiente.

El autor se ha empeñado en presentar al biografiado de la manera más diáfana, con sus aciertos y errores. Un hombre, un sacerdote, un líder, un maestro. Que saque el lector sus conclusiones.

Prof. Dr. Manuel Alberto Donís Ríos

Individuo de número de la Academia Nacional de la Historia

Director del Instituto de Investigaciones Históricas “P. Hermann González Oropeza, sj”,

Universidad Católica Andrés Bello.

Octubre de 2011

## Introducción

¿Quién era el P. Santiago Machado? Sin duda, uno de los personajes más singulares en la historia de la Iglesia en Venezuela. Pocos sacerdotes han sido tan envidiados y tan atacados como éste. Fue un personaje sumamente controversial, cuya obra social fue tan evidente y tan eficiente, que aún muchos se benefician de ella. Sin llegar siquiera a ser obispo, aunque haya estado a punto de ello, sin poseer más que el modesto título académico de bachiller, sin ser descendiente de próceres, era en su tiempo uno de los sacerdotes más famosos de la República. Tanto que Guzmán Blanco fue expresamente a su parroquia de Maiquetía para conocerle. Tan reconocido que fue apoyado personalmente por Juan Pablo Rojas Paúl y por Raimundo Andueza Palacio. Tan famoso que se ganó el respeto y reconocimiento de Cipriano Castro, cuyo gobierno le otorgó una merecida distinción por su atención a los heridos (de ambos bandos) de la Revolución Libertadora en 1902. Fue admirado por Juan Vicente Gómez, que le otorgó la medalla de honor de Instrucción Pública en 1920, la Orden del Libertador en 1926 y el título de Benemérito sacerdote ese mismo año. Era venerado por Eleazar López Contreras, quien asistió a su sepelio y rehusó los honores presidenciales para otorgarlos al finado sacerdote.

Las grandes personalidades de la época en Venezuela desearon conocerlo. No hubo obispo en la República que no hubiere tenido que ver de algún modo con Machado. Desde el prelado Silvestre Guevara y Lira, que le concedió las órdenes sagradas en su exilio en Trinidad en 1876, hasta monseñor Felipe Rincón González, que le dio todo el apoyo que pudo, consciente de estar contribuyendo en la obra social y religiosa de una figura singular de la historia patria. Y entre esos episcopados, no podemos soslayar el de José Antonio Ponte, que le nombró cura de Maiquetía en 1881; el de Crispulo Uzcátegui, que aprobó la congregación de Machado, y dio el espaldarazo a todas sus obras sociales; y mucho menos el de Juan Bautista Castro, gran amigo de Machado desde que éste fue su “teniente cura” en Maiquetía a partir de 1877, hasta que por las acusaciones hechas a nuestro biografiado rompió radicalmente con él.

Todos los delegados y nuncios apostólicos de la época tuvieron que ver con él, desde Santaché y Cocchia con ocasión del conflicto de Guevara y Lira con Guzmán Blanco, pasando por Bernardino Di Milia que propuso su nombre para el episcopado de Guayana en 1890, siguiendo con Giulio Tonti, que bendijo la plaza Lourdes de Maiquetía construida por Machado, hasta el implacable Giuseppe Aversa, que le atacó despiadadamente hasta lograr separarlo de sus hijas, sin excluir a Pietropaoli, en un principio receloso de su obra, pero que al final se rindió ante el resplandor de las mismas, ni a Marchetti-Selvaggiani o a Felipe Cortesi que le respetaron sobremanera. No podía ser la excepción Fernando Cento, que le denunció al Santo Oficio en 1930 provocando que le suspendieran *a divinis*, delación de la

que Cento se arrepintió amargamente hasta el punto de intentar la absolución del cura condenado, que por más que hizo no llegó sino siete meses después.

A caballo entre los siglos XIX y XX, no había en Venezuela sacerdote ni religiosa que no hubiera oído hablar del cura de Maiquetía, del fundador de las Hermanitas de los Pobres, del iniciador de San José del Ávila, del capellán del Prado de María.

Aunque se trate de un pobre cura católico, creyente hasta los límites de la ingenuidad, obediente a las autoridades de la Iglesia hasta rayar en el servilismo, promotor incansable de devociones populares y de obras religiosas (procesiones, catecismos, novenas, vía crucis, templos...) que algunos motejaron de superstición, este hombre realizó una obra social tan magna, que sólo por eso merece que se estudie el curioso fenómeno de su vida. Un singular espíritu emprendedor le acompañó de por vida. Su obra social tuvo un grandísimo impacto en la sociedad de entonces, aún cuando ella hubiera estado inspirada en la caridad cristiana. Machado dijo en una ocasión cuál era la motivación última de sus obras: “Yo sentía que el Señor me inspiraba una idea. Entonces ponía manos a la obra; el Señor bendecía lo que yo hacía; y todo salía bien”. El éxito de su obra fue debido en parte a la inteligencia práctica que le caracterizaba, al dominio de las masas del que hacía gala con una psicología singular, y al tesón violento de un carácter que se crecía ante los obstáculos.

La obra social de Machado fue vasta, de un éxito inusitado. Se le llegó a llamar “el Don Bosco de América”. Contó con la ayuda de numerosas personas. Especial mención merecen el arzobispo Crispulo Uzcátegui, quien impulsó la fundación de la Congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía; la madre Emilia de San José, fundadora con él de dicha congregación; algunos sacerdotes amigos que le apoyaron, como Domingo Lamolla o Luis Ramón Rada; Carlos Devoes, iniciador y colaborador del Hospital San José; Carlos Soria, quien le atendió en los últimos años de su vida, y una larga lista.

Esperamos dar a conocer la obra social del personaje, y por ende, al protagonista de esa obra. No pretendemos hacer hagiografía, y aunque se trate de un personaje religioso, no queremos prevenir el juicio del lector haciendo ver que era un santo. De hecho, hemos querido que su personalidad quede al descubierto lo más diáfananamente posible. No ocultaremos sus terquedades, su impetuosidad e impulsividad, o su carácter encendido, pero tampoco su sensibilidad, ni sus atenciones a los demás que llegaron a tener visos de ternura. Queremos presentar al hombre, al sacerdote, al líder, al maestro...

## Capítulo I

### Los inicios de su obra pastoral (1876-1888)

#### 1. Los primeros años (1850-1876)

Santiago Florencio Machado Oyarzábal nació el viernes 7 de noviembre de 1850, a las 11:00 pm, en la calle Candelaria n° 63 de La Victoria, entonces capital del estado Aragua. El lugar donde nació ocupa actualmente la capilla de la “Casa Hogar Padre Machado” de La Victoria. Era el segundo y último hijo de Santiago Machado y León y Bernardina Oyarzábal García. Su padre era descendiente de españoles que se radicaron en La Victoria antes de la Independencia, mientras que su madre era oriunda de Vizcaya, en el País Vasco. Su única hermana se llamaba Dominga, era cuatro años mayor que él, y cultivó la afición por la guitarra, destacándose en la enseñanza de la música.

Santiago fue bautizado el 22 de diciembre de 1850 por el presbítero José María Bobadilla, en la Iglesia parroquial de Nuestra Señora de Guadalupe de La Victoria, siendo sus padrinos José León González y María Pía Solórzano. Cuando contaba siete años de edad, Santiago se sintió muy afectado porque su madre perdió la visión, sin llegar nunca a recuperarla.

La familia Machado Oyarzábal era bastante solvente económicamente. Don Santiago Machado y León era propietario de extensos campos de cultivo en los valles de Aragua, donde se cosechaba café, caña de azúcar, frutas tropicales, hortalizas diversas, y plantaciones de tabaco. Este último rubro era la especialidad en la producción de don Santiago, el cual dedicaba incansables jornadas a la agricultura, en las que le solía ayudar su hijo. El ejemplo de sus padres despertó en Santiago el deseo de ayudar a los demás, compartiendo lo que tenía, especialmente con los más pobres, como lo hizo a lo largo de su vida. El generoso patrimonio heredado por sus padres fue empleado por Santiago en sus obras sociales, y en la Congregación de Hermanitas de los Pobres. Para realizar sus obras, Santiago llegó a contraer numerosas deudas y tuvo que hipotecar bienes que luego no pudo rescatar, y que perdió llegando luego a no tener prácticamente nada.

En el hogar de los Machado Oyarzábal vivían también las hermanas Ochoa: María del Rosario, María Eustaquia y María Dona. Las tres acompañaron a Santiago Machado en diversos episodios de su vida. María Eustaquia llegaría a ser una de las tres primeras hermanas de la congregación que fundó Machado, con el nombre de Eustaquia de San José, y María del Rosario fue también hermanita de los pobres, pero cuando separaron al fundador

de la congregación, ella se fue con él para ayudarlo en sus nuevos proyectos. María Dona no fue religiosa, pero acompañó a Santiago en los últimos años de su vida.

En casa le llamaban familiarmente Santiaguito. En 1862 recibió su primera comunión, luego de una preparación catequética que había comenzado dos años antes, y que le había impartido su mamá. La catequesis de su infancia le marcó de tal manera, que ya de seminarista (en La Victoria), pero sobre todo desde que fue ordenado sacerdote, dedicó muchas fuerzas a la enseñanza de la catequesis y a la preparación de los niños para recibir los sacramentos de iniciación.

Santiago realizó sus estudios de primaria en La Victoria, en la Escuela Primaria de La Candelaria, culminándolos en 1865.

A finales de 1868, cuando Santiago pensó ir al Seminario, se presentaron en La Victoria unos parientes que quisieron quitarle una capellanía que le pertenecía por herencia. Aclaremos que las capellanías eran beneficios económicos que recibían los clérigos, y se ganaban por oposición, o bien se obtenían por herencia o por donación de algún benefactor. Pues bien, Santiago tuvo que pelear su capellanía, e inició un pleito contra esos parientes que duró seis meses. Incluso el párroco de La Victoria se puso en su contra, pero al final Santiago ganó y se ordenó sacerdote con el beneficio de esa capellanía.

Entre enero y febrero de 1869, abandonó su hogar para ingresar al Seminario Santa Rosa de Lima en Caracas, ubicado en el ángulo noreste de la esquina de Las Monjas, cerca de la esquina La Torre, al lado de la parroquia de Catedral, donde luego funcionaron los talleres del diario “La Religión” (actual edificio Juan XXIII, en la calle lateral a Catedral). Entonces el rector del Seminario era el presbítero Nicanor Rivero.

Machado tenía un canario en su casa de La Victoria, que le era muy querido. Se había acostumbrado a escuchar su canto todas las mañanas. Cuando se fue al Seminario, pasó toda la noche llorando por su canario que dejó en La Victoria, cuyo agradable canto no iba a poder oír más. Esta sensibilidad coexistía con un temperamento nervioso e impulsivo. Debido a ello, sufría de gastritis, que le acompañarían de por vida.

En el Seminario se destacó como uno de los mejores estudiantes, y era especialista en hacer estudiar hasta a los más flojos a través del buen humor y el optimismo. El 28 de agosto de 1869 recibió la *tonsura*, ceremonia por la cual ingresaba en el estado clerical.

Santiago solía ser muy generoso. En marzo de 1871, luego de haber recibido de su padre un cajón lleno de dulces de toda especie, de acuerdo con el comentario del beneficiado:

“parece que una confitería y una panadería fueron agotadas, para llenar el cajón”, comentó enseguida: “me alegro también por que mis compañeros participarán”<sup>1</sup>.

Sus estudios en el Seminario no siguieron un curso pacífico. Desde 1870 estaba gobernando el país Antonio Guzmán Blanco, y durante ese periodo se registró un agudo conflicto entre el gobierno y el arzobispo Guevara y Lira, que tocó de cerca de Santiago Machado.

El 26 de Septiembre de 1870 Guzmán Blanco pidió al arzobispo Guevara que se cantara un *Te Deum* en la Catedral en acción de gracias por el triunfo de la batalla de Guama, ganada por los liberales del partido de Guzmán. Guevara respondió que no cantaría el *Te Deum* hasta que llegara la paz a la República, cesara la represión y se concediera una amnistía a los vencidos y a los presos políticos. Como represalia a esta actitud, el 28 de septiembre Guzmán decretó la expulsión de monseñor Guevara y Lira del territorio de la República. El conflicto Guzmán-Guevara duró seis años, durante los cuales el arzobispo de Caracas no pudo tomar a su sede.

El 21 de de septiembre de 1872, Guzmán Blanco decretó la supresión de los seminarios de Caracas, Mérida, Guayana, Maracaibo y Barquisimeto. La supresión del Seminario de Caracas estuvo acompañada por la expropiación de sus edificios, que fueron tomados por el gobierno sin resarcir a la arquidiócesis ninguno de los bienes enajenados.

Guzmán Blanco también decretó la extinción de conventos de monjas el 5 de mayo de 1874, por considerar que la clausura de algunas religiosas iba en contra de la dignidad del ser humano. Además, un decreto del 2 de mayo resolvió expropiar los bienes pertenecientes a las comunidades religiosas, que en adelante pasarían a ser “propiedad nacional”.

## **2. Ordenación sacerdotal y primer encargo pastoral**

Los estudios de Machado en el Seminario de Caracas se vieron interrumpidos por el decreto de la supresión de Seminarios de septiembre de 1872 en el gobierno de Guzmán Blanco. Santiago continuó como pudo su formación académica, a través de la modalidad de tutoría con algunos profesores, de una forma semi clandestina.

Habiendo madurado la decisión de ordenarse sacerdote, viajó a la Isla de Trinidad el 12 de febrero de 1875, donde estaba su obispo exiliado, para culminar la etapa de formación que le quedaba y recibir las órdenes sagradas. El 18 de diciembre de 1875 recibió las órdenes menores. El 20 de febrero de 1876 el sub-diaconado. La ordenación de diácono tuvo lugar el 25 de abril de 1876. Finalmente, fue ordenado presbítero en la capilla de las religiosas de San

---

<sup>1</sup> S. MACHADO, “Carta a Santiago Machado y León”, 18-3-1871, en: AHHPM (Cartas sueltas).

José de Cluny el 10 de junio de 1876, poco antes de cumplir sus 26 años, de manos de monseñor Silvestre Guevara y Lira.

En la fiesta de Sagrado Corazón de Jesús, el viernes 23 de junio de 1876, Santiago Machado celebró su primera Misa solemne, en la Capilla del Calvario de Puerto España. La predicación de esa Misa estuvo a cargo del presbítero Nicanor Rivero, quien había sido su rector en el Seminario de Caracas.

A finales de 1876 o inicios de 1877, luego de ser ordenado sacerdote en la isla de Trinidad, Machado regresó a su patria. Se dirigió a su ciudad natal, La Victoria, y allí celebró una Misa solemne que contó con la asistencia de casi todo el pueblo. Al poco tiempo se fue a Caracas, a ponerse a la orden de monseñor José Antonio Ponte, sucesor de Guevara y Lira. El arzobispo Ponte pidió al neosacerdote que se encargara de la capellanía de la Ermita de Nuestra Señora del Carmen en La Guaira, alrededor del mes de marzo de 1877.

Apenas llegó a la Ermita, organizó la catequesis de los niños de la zona, y los preparó para la primera comunión, que recibieron el 16 de julio de 1877, fiesta de la patrona de la Ermita. El trabajo en la Ermita del Carmen duró muy poco, ya que Machado fue trasladado a la parroquia de Maiquetía en torno a octubre de 1877. Los fieles de la capellanía de la Ermita lo lamentaron mucho, pues habían sido muy prometedor el trabajo que el capellán hizo en el sector. De hecho, los fieles de la capellanía hicieron llegar al arzobispo Ponte un manifiesto, apoyado por todos los habitantes del lugar, en el que le pedían que dejara a Machado en la Ermita, pero la solicitud fue denegada.

### **3. Santiago Machado en la parroquia de Maiquetía**

En su nuevo encargo en la parroquia de Maiquetía, le tocó ser vicario cooperador o “teniente cura” del P. Juan Bautista Castro, futuro arzobispo de Caracas, entonces párroco de Maiquetía.

La relación entre párroco y vicario era armónica y cordial, aunque Castro y Machado tenían personalidades muy distintas. Juan Bautista Castro era un hombre más teórico, muy dado al estudio, y gran predicador. Santiago Machado poseía una inteligencia más práctica, y sabía poner por obra todos los planes que proponía el P. Castro. Sin embargo, muchas veces Castro tuvo que frenar los ímpetus apostólicos de Machado, que quería realizar una cantidad ingente de proyectos sociales y pastorales, dadas las sentidas necesidades que había en el pueblo de Maiquetía. Machado se dedicó a visitar a las familias de Maiquetía, y encontró que mucha gente vivía en pareja sin estar casada por la Iglesia. Entonces convenció a muchas de esas parejas a que recibieran el sacramento del matrimonio.



El vicario de Maiquetía también solía visitar a los enfermos más pobres para llevarles la comunión. En esas visitas percibió el pésimo estado en que vivían los enfermos, y también constató lo poco que se hacía, tanto a nivel gubernamental como eclesial, para remediar esa situación. Hizo lo que pudo: a los enfermos que dormían en el suelo mandaba a hacerles con un carpintero por la cantidad de seis bolívares, un catre para que durmieran más cómodamente. Luego llamaba al doctor Leonardo Brito para que atendiera a los enfermos, pagándole cinco bolívares por la atención de cada uno. Además, se llevaba también la receta del médico para buscar las medicinas y les conseguía la ropa que los enfermos necesitaban. Así armonizaba su labor pastoral y sacramental con la solicitud social, que era siempre un sello en todas sus obras.

Un incidente bajo el segundo gobierno de Guzmán Blanco, a finales de febrero de 1881, provocó la salida del P. Castro de la parroquia. Juan Bautista Castro salió a llevar la comunión a un enfermo que se estaba muriendo. Se hizo acompañar por varios monaguillos, que fueron revestidos tocando la campanilla para acompañar al Santísimo. Entretanto, Joaquín Tomé, un guzmancista muy cercano al jefe civil y que solía tomarse atribuciones de policía o comisario, vio al P. Castro con el viático y quiso apresararlo. Castro le pidió que esperara a que llevara la comunión al enfermo, y que luego le podría hacer preso. Joaquín dio la noticia jefe civil, y éste mandó arrestar a Castro. El párroco fue apresado, durmió en la policía y al día siguiente fue llevado a Caracas. Ya en la capital, le prohibieron regresar a su parroquia de Maiquetía.

Cuenta Carlos Soria que “el Domingo siguiente al incidente del Santo Viático hubo unos festejos populares con carreras de cintas y Joaquín Tomé iba en su caballo tomando parte en las mencionadas carreras, y el caballo se desbocó tirando el suelo al jinete, el cual resultó muerto en el mismo sitio donde de manera tan irreverente había amenazado el Padre Castro. Al Padre Machado lo llamaron para que fuera a administrarle los Santos Óleos y Absolución”<sup>2</sup>. Machado acudió al instante, y administró los sacramentos al moribundo. Acto seguido, el padre aprovechó la ocasión para alertar a los circundantes sobre cómo se manifiesta “la mano de Dios” cuando se le desafía.

La vacante por la salida del párroco Castro, hizo que Machado fuera nombrado cura de Maiquetía en marzo de 1881, aún bajo el arzobispado de José Antonio Ponte. Las iniciativas de Machado habían estado algo represadas: la prudencia de Castro muchas veces frenó los ímpetus apostólicos y sociales de Machado, pero cuando Castro tuvo que marcharse, “la represa” se desbordó. Ya no tenía a nadie que pusiera freno a sus ideas y proyectos, que

---

<sup>2</sup> Carlos SORIA VILLAPAREDES, *Vida del Pbro. Santiago F. Machado. Memorias de Carlos Soria*, Caracas, 1971, p. 12, en: Archivo Histórico de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, que se citará en adelante: AHHPM.

bullían incontrolablemente en su mente. Así que continuó su labor sacerdotal con un empuje mayor, poniendo todos los medios a su alcance, materiales y espirituales, para iniciar una obra social y pastoral sin precedentes en la historia de la Iglesia de Venezuela. Con tres años de trabajo pastoral como coadjutor de Castro, Santiago Machado ya conocía suficientemente Maiquetía como para darse cuenta de que el pueblo necesitaba más vida y más atención social, y de que había mucho por hacer, tanto desde el punto de vista urbanístico, como en el campo de la salud, de la educación, y de la formación cristiana.

Para entender por qué su solicitud social se hizo más intensa a partir de 1881, hay que recordar que ese año se estaban realizando los trabajos del ferrocarril Caracas-La Guaira, y la inauguración de esa obra implicaba la extinción de la carretera. Eso fue un golpe duro para la economía de Maiquetía, pues debían desaparecer más o menos 200 carros que visitaban diariamente esa ciudad. Además, ello iba a acabar con las rancherías y estancias destinadas al pasto de las bestias, con lo cual se perdieron en Maiquetía muchas fuentes de trabajo.

#### **4. El cura de Maiquetía**

Una de sus primeras obras en Maiquetía fue el haber impulsado el funcionamiento del Servicio Postal, que no existía, y haber logrado el mejoramiento del alumbrado en los alrededores de Maiquetía.

Entre junio y septiembre de 1882, cuando faltaba un año para que se cumpliera el 25º aniversario de las apariciones de la Virgen de Lourdes, viajó a ese santuario en Francia. Quedó admirado por el ambiente de piedad que había en el santuario de Lourdes, sobre todo por las conversiones que suscitaba. Por ello quiso llevar a Maiquetía lo que había visto en Lourdes. En 1883 gestionó las ayudas económicas correspondientes para construir una gruta de la Virgen de Lourdes adosada a la Iglesia de Maiquetía, guiándose por unas fotos que había tomado en el lugar, para que fuera en lo posible lo más parecido a la gruta original. Puso manos a la obra y pudo concluirla a inicios de 1884, habiendo participado él mismo en los trabajos de albañilería. La gente se fue animando a participar en los trabajos de la gruta, y colaboró trayendo para la construcción arenas y piedras del río Piedra Azul. Entre las piedras traídas destacaba una laja de inmenso peso, que fue trasladada como por 20 hombres, y que estaba destinada a ser el altar de la gruta, mandada a traer expresamente por el párroco. Esta obra fue muy alabada, de modo particular por el P. Juan Bautista Castro.

La gruta de la Virgen de Lourdes fue bendecida solemnemente el 8 de febrero de 1884 por el canónigo Mendoza. La que existe actualmente en la Iglesia de Maiquetía no es la original que construyó Machado, sino que fue fabricada cerca del sitio donde estuvo la anterior, por el P. Jesús María Encinozo, que contó con la colaboración de monseñor Manuel Antonio Pacheco, al inicio de la década de 1970.

El 8 de febrero de 1884 comenzó un Triduo hasta el 10, para preparar la fiesta central, el 11 de febrero. Cada día se invitaba a dos sacerdotes para que predicaran los sermones correspondientes. El sermón de la Misa del 8 de febrero estuvo a cargo de Juan Bautista Castro. El 9 de febrero predicaron Manuel Felipe Rodríguez y Antonio Ramón Silva (que llegaron a ser obispos de Guayana y Mérida respectivamente). El 10 lo hicieron Luis Felipe Esteves y Manuel Gámez. Y el día central, 11 de febrero, el sermón estuvo a cargo del presbítero Daniel Vizcaya.

La primera celebración de la Virgen de Lourdes en Maiquetía tuvo una enorme resonancia en la sociedad de entonces. Asistieron altas personalidades del mundo civil y militar. Entre ellos estaban los generales Juan Bautista Arismendi, Daniel Dible y Antonio Acosta con sus respectivas esposas, el doctor Fulgencio Carías, y otras personalidades del gobierno y de la sociedad local.

Cada año las peregrinaciones fueron creciendo en esplendor, devoción y número de participantes. Ya en 1885 eran tantos, muchos de los cuales venían de otras regiones del país, que Machado tuvo que organizar el alojamiento de los peregrinos. Carlos Soria recogió un testimonio de un participante de esas peregrinaciones, que contaba que “cada peregrinación era un acontecimiento piadoso y económico de gran magnitud, pues gracias a esto se abarrotaban los hoteles, que con los pocos recursos de la época normalmente nunca se veían llenos, y los restaurantes no se daban abasto para atender tanta gente y así se beneficiaban económicamente muchos, pues un hotel que tenía cinco empleados tenía que tomar cinco más ante la avalancha de peregrinos, y así también los restaurantes y otros comercios. Había también los ‘Abrigos de Peregrinos’, que eran estas unas casas muy grandes que en esa época se conseguían desocupadas en Maiquetía y cuando íbamos en nombre del Padre Machado nos las cedían de inmediato y sin pagar nada para mayor sorpresa de nosotros (digo nosotros porque siempre iba con el señor Eulalio Tavío a estas diligencias). Una vez en la calle Los Baños nos cedieron una casa donde había habido un gran hotel y esta tenía 40 cuartos con camas y todo, más sus servicios, nosotros creíamos nos cobraría mucho por la casa, pero el dueño dijo: ‘Es un placer y una gran satisfacción colaborar con el Padre Machado’”<sup>3</sup>.

La generosidad del párroco de Maiquetía era a prueba de todo, según cuenta un testimonio que recogió Carlos Soria: “Había gente muy abusadora y aprovechadora de la bondad del Padre Machado, pues se iban a comer a la casa y había algunos que hasta después le pedían el pasaje de regreso a Caracas; en la casa del Padre Machado en los días de peregrinación ponían hasta 4 ó 5 mesas de 20 y más personas y si nosotros, los de la casa, nos íbamos un rato a la playa, cuando regresábamos nos encontrábamos que no había comida; entonces el Padre nos daba dinero y nos íbamos a comer al restaurante y estos muchas veces

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 33-34.

tenían la comida ya agotada y... a pasar hambre”<sup>4</sup>. Cura limosnero y “mano floja”, su prodigalidad le acarreó siempre problemas económicos, hasta el punto de que no existió ninguna etapa de su vida en la que no hubiera estado endeudado.

Los días de peregrinación llegaban a Maiquetía hasta catorce trenes diarios. Uno de ellos venía desde Puerto Cabello para recoger por el camino a los que irían a la peregrinación. Mucha gente venía caminando desde Caracas, y otros llegaban por medios, terrestres o marítimos.

En febrero de 1885 comenzó la tradición de hacer la peregrinación desde La Pastora (Caracas), seguida por el camino de los españoles atravesando el cerro El Ávila, que culminaba en Maiquetía. La peregrinación se hacía con una imagen de la Virgen de Lourdes, mientras la gente que la acompañaba iba cantando y rezando el rosario. Desde entonces, cada año se realiza la peregrinación de la Virgen de Lourdes con el mismo recorrido, con gran afluencia de peregrinos. Sólo en cuatro ocasiones no se pudo realizar la peregrinación por el Camino de los Españoles: en 1918 por la epidemia de gripe que azotó a Caracas, en 1936 por los desórdenes ocurridos a raíz de la muerte del general Gómez; y en los años 2000 y 2001 debido al mal estado del Camino de los Españoles a consecuencia del deslave de Vargas de diciembre de 1999. Sin embargo, en estas dos ocasiones se hizo la peregrinación desde Quenepe en 2000 (parte alta de Maiquetía), y desde Las Ventas en 2001, hasta la Iglesia de Maiquetía, dirigidas por monseñor Samuel García Tacón, entonces párroco de Maiquetía.

Esa peregrinación contó siempre con el apoyo de la jerarquía eclesiástica. El 18 de enero de 1892 el arzobispo Crispulo Uzcátegui pidió a todos sus fieles que se celebrara en toda la arquidiócesis la festividad de Nuestra Señora de Lourdes, advocación recién aprobada por el papa León XIII. Y también exhortó a todos a participar en la peregrinación a Maiquetía, que había sido aprobada por él mismo algunos años antes.

Machado mantuvo la costumbre de acudir siempre a las fiestas de la Virgen de Lourdes en Maiquetía. En una ocasión en que Machado se disponía a ir a Maiquetía desde Caracas para esas celebraciones, llegó tarde a la estación de tren, y ya la taquilla había cerrado. Salió al andén y vio un automóvil, se montó sin preguntar y pidió al conductor que le llevara a Maiquetía. El conductor miró extrañado al padre, y éste pidió al chofer que se apurara porque tenía que llegar a las fiestas de la Virgen. Luego de un momento de vacilación, el conductor arrancó sin decir nada. Cuando estaban llegando, el padre le dice: ¿Cuánto le debo? Respondió el chofer: “Pues, señor... este es un auto particular... Yo soy el pastor protestante!”.

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 34.

El párroco de Maiquetía también se distinguió por gestionar muchísimas ayudas a personas necesitadas, que nunca regresaron con las manos vacías luego de haber recurrido a él. Dos casos concretos pueden ilustrar esta solicitud: el primero se refiere a una mujer que había perdido los dientes, y que además sufría de trastornos gástricos debido a la falta de dentadura. Machado le dijo que mandara a hacer la dentadura, pues él la pagaría. La dentadura costó doscientos bolívares, y cuando estuvo lista la señora fue a la casa parroquial a pedir al párroco el dinero prometido. El padre, sin embargo, no disponía de esa cantidad, e hizo esperar un poco a la señora mientras buscaba una solución. En esto un señor desconocido le abordó en la calle y le dio una limosna de doscientos bolívares por un favor que había recibido de la Virgen de Lourdes. Al momento, Machado entregó el dinero a la señora, y así pudo pagarle la dentadura.

El otro caso se refiere a una pareja que vivía en un rancho del sector de Quenepe. Tenían seis hijos y el hombre estaba desempleado, y por ello renegaba continuamente de Dios, y además tenía un gran resentimiento hacia la Iglesia y los sacerdotes. Machado sabía de la dura situación que estaban viviendo, y resolvió ir a visitar a la familia. La señora de la casa le atendió, pero le pidió que se retirara, porque su marido no podía ver a los curas, y podía llegar en cualquier momento. El párroco preguntó a qué hora llegaba y se volvió a presentar en la casa en el momento oportuno. El hombre al verlo le saludó con un insulto, añadiendo que no quería sotanas en su casa. Machado le respondió: “Si es necesario que me la quite, me la quito, pero he venido porque ustedes también son hijos de Dios y venezolanos que me duelen a mí porque son parte mía, por quienes tengo que luchar”<sup>5</sup>. El hombre bajó la guardia y replicó que él pensaba que él y su familia no le importaban a nadie, pero se dio cuenta que no era así. Machado les buscó ayuda económica, y consiguió trabajo al señor en los muelles del puerto de La Guaira. El hombre le pidió también que bautizara a sus hijos y que asistiera su matrimonio eclesiástico. Y en adelante se convirtió en un defensor de Machado.

## **5. La oposición de los poderosos**

Los partidarios del gobierno de Guzmán no veían con buenos ojos las celebraciones religiosas que promovía Machado, y debido a ello intentaron muchas veces boicotear dichas fiestas. Machado tuvo en varias ocasiones que inventar estrategias para evitar los boicots, y cuando se enteraba de que hombres pagados por las autoridades iban a provocar disturbios en la procesión y en la Misa, hablaba con algunos trabajadores del puerto de La Guaira, y los entrenaba, dándoles instrucciones sobre cómo neutralizar los saboteos. Machado podía hacer

---

<sup>5</sup> M. M. VILLALBA, *Un hombre de fe y acción. Vida y obras del Pbro. Santiago F. Machado O.*, Monfort, Caracas, 1998, p. 14.

eso sin tener que ofrecerles ni pagarles nada, porque contaba con el respeto y el cariño de la gente, y además porque muchos de sus defensores habían recibido ayudas de él.

A pesar del apoyo popular con que contaba, las autoridades continuaron el ataque. Amparados por el régimen anticlerical de Guzmán Blanco, le persiguieron y amedrentaron, pero no actuaron de modo más violento porque sabían que se trataba de un hombre influyente, que gozaba del afecto del pueblo. En una ocasión, el jefe civil de Maiquetía, apoyado por el prefecto Ignacio Leicibabaza, que azuzaba continuamente al jefe civil contra el párroco de Maiquetía, lo citó a la jefatura, y le pidió que acabara con sus fiestas religiosas, pues a él le molestaban mucho y le parecían exageradas. Además, le dijo que en esas fiestas los peregrinos habían atropellado a señores venerables, servidores del gobierno. Machado lo negó diciendo que la gente que iba Maiquetía en peregrinación no llevaba ese espíritu sino el de penitencia y oración. Entonces el jefe civil argumentó que los sacerdotes anteriores de Maiquetía no efectuaban ninguna de las fiestas y procesiones que estaba instaurando Machado. El padre se levantó un poco la sotana y le contestó: “Seguro que ellos no tenían pantalones como yo”. Acto seguido se fue a la casa parroquial, habiendo dejado a las autoridades plantadas.

Al jefe civil de Maiquetía no le gustó nada la respuesta de Machado, y empezó a decir que iba a llevar preso al sacerdote, sacándolo de la casa parroquial a como diera lugar. Mandó a buscar unos esbirros a Caracas para dar la batalla al cura que según el jefe civil, se había declarado en rebeldía. Algunos empezaron a decir que si el sacerdote salía a lo mejor lo mataban, por haber ofendido a la primera autoridad. Machado mandó a decir al jefe civil que si estaba muy interesado en verle, él saldría de la Iglesia a las ocho de la noche. La gente se enteró que el jefe civil quería amedrentar al párroco de Maiquetía, y avisaron a los obreros del Puerto de La Guaira, sabiendo que muchos de ellos habían recibido diversas ayudas de Machado. Entre ellos estaba el señor de Quenepe que tenía seis hijos, y al que el padre había conseguido trabajo en el Puerto. Éstos levantaron un pequeño ejército con gente de los muelles y se fueron a la casa parroquial de Maiquetía antes de las ocho de la noche. A esta hora el párroco mandó tocar las campanas de la Iglesia para alertar al pueblo, y el pueblo salió alborotado a la calle a defender a su sacerdote. El jefe civil y sus acompañantes, al presenciar la enorme turba que rodeaba al templo, y en especial a los fornidos obreros del puerto, se retiraron en desbandada hacia Caracas por el camino de los españoles. Este episodio hizo que aumentara aún más el apoyo popular del párroco.

A principios de marzo de 1885, durante el mandato de Joaquín Crespo, fue llevado al templo un niño gravemente enfermo, con el fin de ser bautizado. Machado le bautizó por la urgencia del caso, sabiendo que aún no había sido registrado en la jefatura. El jefe civil Agustín Torres, que además era su compadre, fue notificado acerca del hecho. Sin preguntar detalles, Torres mandó a dos policías que trajeran al sacerdote arrestado por desacato a la ley.

Éste no hizo caso a la orden y permaneció en la casa parroquial. A las cuatro de la mañana hizo repicar campanas, llamando a la Misa que celebró a las cinco, allí explicó al pueblo lo sucedido y pidió a todos que fueran prudentes y no se pusieran agresivos. Tomó luego el primer tren para Caracas y se dirigió al arzobispado para pedir una audiencia urgente con el arzobispo Crispulo Uzcátegui. El arzobispo tuvo que mediar por él ante las autoridades y se solucionó el problema.

Regresó a Maiquetía en medio del alborozo del pueblo, que se volcó a las calles acompañando a su párroco desde la estación del tren hasta la iglesia. Al día siguiente, las autoridades le ofrecieron un banquete como desagravio. Machado puso como condición para asistir a él, que fuera invitado también su compadre el jefe civil. Éste no tuvo alternativa, pues el pueblo estaba pendiente de su respuesta, y aceptó. El P. Machado le recibió con los brazos abiertos, tratándolo como si no hubiera pasado nada.

A finales de 1885 Uzcátegui anunció en un edicto del 3 de octubre que haría su visita pastoral a Maiquetía, inmediatamente después de haberla hecho en la Santa Iglesia Metropolitana. La visita pastoral anunciada comenzó el 23 de diciembre de 1885. El arzobispo fue acompañado por Juan Bautista Castro, y pudo apreciar de cerca las reformas que Machado había hecho a la parroquia, no sólo desde el punto de vista material, sino también en lo referente a iniciativas apostólicas y sociales. La visita pastoral del arzobispo culminó el 26 de enero de 1885.

El trabajo y las obras de Machado llegaron también a los oídos del general Guzmán Blanco durante su tercer mandato (1886-1888), el cual comenzó a sentir curiosidad por “el cura de Maiquetía”.

La ocasión de conocerle llegó cuando el presidente resolvió pasar unos días en Macuto. Pero antes quiso ir a Maiquetía y así lo hizo saber al párroco. Éste le esperó acompañado por un monaguillo. Al llegar el presidente, Machado, ataviado con sobrepelliz y estola, le saludó respetuosamente y le ofreció, según la costumbre, el hisopo de agua bendita. Guzmán lo rechazó bruscamente y entró en el templo cubierto con el sombrero. Machado no aguantó el gesto desafiante y dijo a Guzmán: “un momento mi General”, acto seguido le quitó el sombrero y lo puso en la bandeja que llevaba el monaguillo. El mandatario, frunciendo el ceño, siguió adelante y se detuvo frente a un cuadro de la Anunciación, e interrogó al sacerdote: “Padre, ¿ese ángel es hombre o mujer?” Machado respondió: “nunca he sabido que los ángeles como espíritus puros que son, tengan sexo, pero si usted quiere saberlo, pregúntele e infórmese en la Casa Paicardt de París, que fue la que lo pintó, y seguro debe Ud. conocer muy bien”. Disgustado, Guzmán pasó a conocer la gruta de la que tanto le habían hablado, y en tono de burla dijo: “Aquí están engañando al pueblo haciéndole creer que esa agua es milagrosa”, a lo que Machado respondió en voz alta: “¡Falso!, todo el mundo sabe que el agua viene del río, y la única propiedad que tiene, es la fe con que se toma”. El

presidente, mal encarado, salió del templo diciendo a la gente de alrededor: “yo creía que este curita era más inteligente”. El sacerdote comentó a los que estaban cerca de él: “eso es venir por lana y salir trasquilado”<sup>6</sup>.

## **6. El catecismo y la Escuela de la Inmaculada**

Los catecismos existentes en la época abundaban en tecnicismos teológicos, y eran difíciles de entender, sobre todo para los niños. Entonces Machado se dedicó a redactar un catecismo con un lenguaje más popular e inteligible, que facilitara la comprensión por parte de los más sencillos. El catecismo fue aprobado de palabra por monseñor Crispulo Uzcátegui el 22 de octubre de 1886, y recibió la aprobación oficial el 31 de marzo de 1887. Fue también aprobado y recomendado por los obispos de Guayana (4-11-1886), Mérida (15-11-1886), Barquisimeto (5-2-1887) y Calabozo (15-6-1887).

Años más tarde, el 24 de abril de 1917, el *Catecismo Elemental de la Doctrina Cristiana* del P. Santiago Machado fue aprobado por la Conferencia de los obispos como texto único de catequesis para todo el territorio nacional, gracias al apoyo del arzobispo de Caracas, Felipe Rincón González.

La solicitud educativa del párroco iba más allá de la redacción de un catecismo. Al padre le interesaba atajar el problema de la educación desde todos los ámbitos. Como manifestación de esa sensibilidad educativa, Machado se embarcó en 1888 en la fundación de una escuela para los niños varones más necesitados de Maiquetía, llamada “Escuela de la Inmaculada”. Dicha escuela se instaló el 7 de enero de 1889, luego de haber conseguido el local correspondiente, y haberlo acondicionado convenientemente. Se establecería no sólo para la instrucción, sino también para la “educación moral y religiosa” de los niños. Impartía tanto instrucción primaria como secundaria, en horario de 8 a 10 am, y de 1 a 4 pm, todos los días laborales. Sólo los jueves en la tarde no había clases. Esa Escuela, aunque gozó de gran prestigio, duró poco tiempo, pues no contó con suficientes colaboradores.

## **7. El hospital San José**

Ya Machado había constatado que en la parroquia de Maiquetía había una cantidad de enfermos en estado de completo descuido, y no había en los alrededores un centro adecuado donde se les pudiera atender. Muchos de los enfermos que vagaban a la intemperie

---

<sup>6</sup> Cfr. C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 16; L. E. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *Vida y obras del padre Machado*, cit., pp. 20-21; E. CHAPELLÍN L., *Maiquetía y el Litoral Central. Crónicas, hechos y vivencias*, Gráficas TAO, Caracas, 1997, p. 153.



no eran de Maiquetía, y por tanto no tenían allí ningún familiar que les acogiese, pues venían desde Caracas y de otras zonas del país buscando una mejoría con los baños medicinales y gratuitos de Quenepe y Macuto. El párroco solía visitar la zona de Quenepe y así pudo palpar la gran necesidad que padecían allí los enfermos. Algunos sufrían de reumatismo, parálisis, úlceras u otras enfermedades. Él les ayudaba económicamente y alquilaba casas para que se guareciesen, pero se dio cuenta de que las iniciativas que había promovido para paliar la preocupante situación de los enfermos no eran suficientes. Había que buscar una solución que pudiera resolver verdaderamente el problema, pues no bastaban los “pañitos calientes”.

En vista de ello, manifestó un domingo su proyecto desde el púlpito, para despertar en los fieles la sensibilidad social que les moviera a colaborar también en el aspecto material. En esa misa dominical invitó a las damas a una reunión el jueves siguiente a las 7:00 pm en el local de la escuela de Rosaura Ojeda. Después de la Misa, dijo a las damas que fueran a buscar amigas que les ayudasen a solicitar la pieza y a proporcionar lo necesario para cada enfermo.

Ese mismo día, la señorita Isabel Lagrange se dirigió a la casa parroquial, junto con otras damas que deseaban asistir a la reunión, y pidieron al párroco que les explicara mejor lo que debían hacer. Él les dijo: “lo que quiero es que vayan a buscar hermanas de la caridad”. Emprendieron ese mismo domingo la misión, y regresaron contentísimas por la buena acogida que les dispensaron, y por las donaciones que recibieron.

El jueves en la noche se llevó a cabo la reunión como se había previsto. El local de la escuela estaba lleno. Durante la reunión avisaron al párroco que las hermanas Duarte traían un catre para un enfermo grave que estaba abandonado en la Plaza El Cónsul, y le trajeron médico y medicinas. Sin embargo, por más que hicieron el enfermo murió, entonces le proporcionaron urna y recibió un digno sepelio. Esa atención de un desvalido hasta la muerte demostró a la comunidad que sí era posible hacer algo por los más pobres, si se ponían los medios para ello y se trabajaba coordinadamente.

Buscando resolver el problema de los enfermos, Machado se dio cuenta que la atención domiciliaria a los mismos, aún con el abnegado grupo de damas que le ayudaba, tenía la gran dificultad de la dispersión de los enfermos, y vio que concentrados en un mismo lugar podían estar mucho mejor atendidos. Entonces empleó la solución transitoria a la que había recurrido antes: alquilar unas habitaciones. Pero hacía falta algo más permanente, y por ello comenzó a moverse para buscar un terreno donde pudiera funcionar un hospital.

Machado se había percatado que en la plaza de Pariata había una parcela de tierra con escombros, con todas las piezas destechadas, menos una que podía ser habitada, y que llamaban “la cárcel vieja”, pues allí había funcionado un centro de reclusión. El lugar eventualmente servía para encerrar toros de coleo en las fiestas populares. Le pareció un lugar

ideal para la edificación de un futuro hospital, y buscó conseguir de la Junta Comunal del Municipio Aguado la donación de ese edificio en ruinas. La cosa parecía difícil, así que para negociar su adquisición se entrevistó en 1887 con el general José A. Mejías, jefe civil, pidiéndole le adjudicara esas tierras para instalar un centro asistencial. El general Mejías accedió, luego de entenderse con la junta comunal.

El párroco procedió a la limpieza del terreno, y trató de reconstruirlo como pudo. A los pocos días trasladó a la única pieza que estaba habitable a un enfermo que se hallaba en una habitación alquilada, y dejó de emplear la forma del alquiler.

En una reunión de 1887 en una escuela de Maiquetía, de las que se realizaban periódicamente para coordinar la atención a los enfermos, se formó en ella la “Sociedad de San José”, compuesta por un grupo de damas, a las que correspondería el servicio asistencial a domicilio. Para esa asociación se nombró presidenta a Isabel Lagrange, que sería la fundadora en 1890 de las Hermanas Franciscanas Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús, junto con el P. Calixto González.

Pero hacía falta una rama masculina que se encargara del sostenimiento económico de las labores con los enfermos. A tal efecto, se convocó una reunión con varones, y se formó así la junta de caballeros, cuya misión debía ser la de aportar el dinero necesario para el sostenimiento de los enfermos. Esa junta estuvo presidida por Carlos Devoes, e integrada por los siguientes miembros: Vicepresidente: Alejandro Colina; tesorero: Rafael Álvarez Ch.; secretario: Manuel A. Mayorca; vocales: Pbro. Santiago Machado, Eustaquio Mantilla, Tomás González, Pedro Augusto Salas, Isaías Salinas, Jesús Bello, Ruperto Angulo, Manuel Díaz y Juan Tovar. Aunque era Machado el de la iniciativa y el impulsor de todo aquello, prefirió formar parte de la junta tan sólo como vocal. El acta constitutiva de esa junta dejó constancia acerca del fin de la misma: “hemos proyectado establecer en esta ciudad un hospital en el cual reciban auxilios humanitarios, los que, agobiados por las enfermedades y sin recursos para procurar su curación, necesiten de sus hermanos que, más felices que ellos, gocen del inestimable beneficio de la salud”<sup>7</sup>.

Con la Sociedad de San José y la Junta de caballeros ya estaban los motores del proyecto totalmente encendidos. Sólo faltaba acondicionar el local que debía servir como hospital para enfermos pobres.

El 28 de diciembre de 1887, el jefe civil Mejías, en conformidad con los miembros de la Junta Comunal del Municipio Aguado, firmó el acta de cesión de las ruinas de la antigua cárcel, dirigida por Machado, para que se destinase a un “Hospital de Caridad”.

---

<sup>7</sup> ANÓNIMO, *Historia de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía*, Caracas, 1914, en: AHHPM, pp. 74-75.

Una vez conseguido el terreno, el párroco acudió al arzobispo Uzcátegui para solicitar el permiso para construir un pequeño Hospital. Poco antes del encuentro con el arzobispo, en las escaleras del palacio arzobispal Machado había visto a una joven que acababa de salir del despacho del arzobispo. Preguntó a éste quién era, y le dijo que era la señorita Emilia Chapellín Istúriz, que había venido a despedirse para ir a Curazao a una experiencia de vida religiosa. Al poco tiempo sería ella su mano derecha en los inicios del hospital. La reunión con el arzobispo dio el fruto esperado: Uzcátegui le concedió la autorización verbal para la construcción del hospital. Machado se dedicó entonces a edificarlo, trabajando con la Junta de caballeros. La Junta de damas, llamada “Sociedad de San José”, continuó con su labor en la visita a los enfermos en sus hogares. Mientras tanto, Isabel Lagrange elaboró un manuscrito que contenía las Normas para las afiliadas al apostolado asistencial, con fecha de enero de 1888.

La Sociedad de San José contó a partir del mes de marzo con la presencia de María Emilia Chapellín Istúriz. Emilia había hecho una experiencia en Curazao con las Hermanas Terciarias Franciscanas Holandesas, pero al poco tiempo se enfermó del pecho, y tuvo que regresar a Caracas el 8 de marzo de 1888, donde se restableció. A finales de marzo se trasladó a Macuto, pues los médicos le sugirieron frecuentar sus aires marinos.

Al poco tiempo de que Emilia se fue a La Guaira, Machado la reconoció paseando por la plaza de Pariata, y la invitó al hospital, sugiriéndole asociarse a la Junta de Damas de la Sociedad de San José. Emilia aceptó y comenzó a trabajar con Isabel Lagrange al servicio de los enfermos de Maiquetía. Mientras tanto, se construía la sede del hospital San José, que abosrbía todos los recursos, por lo que las damas se quedaron sin insumos para atender a los enfermos. Entonces Machado decidió enviarlas a pedir a las casas, puerta por puerta, lo necesario para proveer al sustento de los pobres y enfermos.

Los primeros días de abril de 1888 Isabel Lagrange, a quien llamaban “la presidenta”, se retiró de la Sociedad de San José. Pero antes de irse, había propuesto a Emilia para que la sustituyera en la presidencia de la Junta de damas. La Junta acogió la sugerencia, y eligieron a Emilia casi por unanimidad. Cuando Emilia comenzó a trabajar en Maiquetía, hizo este juramento: “El de servir a Jesucristo en la persona de los más pobrecitos abandonados en la vida religiosa hasta su muerte”<sup>8</sup>.

La preparación para la inauguración del hospital no fue fácil, y como la fecha prevista era el 22 de abril, a inicios de ese mes Emilia Chapellín organizó una colecta general en Maiquetía, La Guaira y Macuto, para proveer el Hospital de lo necesario. Ella estuvo a la

---

<sup>8</sup> TARCISIO DE SAN JOSÉ, *Apuntes Personales*, p. 71.

cabeza, mientras que las otras asociadas le secundaban. Entre ellas estaban María de Jesús Badillo, las hermanas Trías y las hermanas Luy Urbano.

El 22 de abril de 1888, a la hora acordada, fue inaugurado el hospital San José. En el patio del hospital, una orquesta dio inicio al acto con una obertura. Luego se bendijo el local, mientras la orquesta interpretaba el himno a Pío IX, y acto seguido el presidente de la Junta Directiva del Hospital dio lectura al acta de erección del Hospital. Después Santiago Machado improvisó las siguientes palabras: “No siempre ha sido sagrado el dolor; el paganismo lo veía con tanto desprecio y lo hacía objeto de burlas tan sangrientas, que se divertía con las torturas y las agonías de víctimas humanas y contaba como el primero de sus placeres el que le proporcionaban los espectáculos sangrientos del Circo. La sangre y las lágrimas le entusiasmaban. El anciano y el enfermo eran frecuentemente conducidos a la soledad y abandonados allí por sus deudos, para que muriesen solos y no turbasen la alegría de los festines a que se entregaban, los que gozaban de salud y de dinero. ¡Qué contraste! Los que nos encontramos en esta noche congregados en este humilde recinto nos sentimos entusiasmados porque tenemos la esperanza de poder enjugar lágrimas, aliviar dolores, detener sangre y hacer menos amargos los días de infortunio de nuestros semejantes”. Luego hubo un espacio para la oración, y la orquesta entonó el Ave María de Manuel E. Hernández.

La inauguración contó con la presencia del general José A. Mejías, jefe civil del Municipio Aguado, y de Félix María Castañeda. Estaban presentes también muchas personas de la parroquia, tanto benefactores como beneficiados. El acto concluyó con una colecta entre los presentes, en torno a las 8:00 pm, mientras la orquesta tocaba una marcha y un himno al Corazón de Jesús. Ese día Emilia quiso quedarse en el hospital, porque uno de los enfermos estaba muy grave, pero su padre Ramón no se lo permitió.

El Hospital San José fue uno de los pocos centros asistenciales de ese género en Caracas y sus alrededores. Uno de los centros asistenciales de este tipo, que emularon al Hospital San José, fue el Hospital Vargas de Caracas, fundado poco después por iniciativa del gobierno de Rojas Paúl, y que fue atendido en sus inicios por las Hermanas de la Caridad de San José de Tarbes.

Poco a poco se iban agregando más mujeres al grupo, como Rufina Ramírez de Alfonzo, una viuda que no tenía especiales obligaciones familiares. Rufina ya formaba parte de la Sociedad de San José, y había estado trabajando en el cuidado de los enfermos. Para cumplir con su encargo, Rufina recibió de Emilia las indicaciones sobre cómo debía llevarse el hospital, pues era Emilia quien estaba al frente.

Los inicios fueron duros, pues había que buscar continuas ayudas para la dotación y mantenimiento del hospital, para los alimentos y las medicinas, y para otros enseres. Sin embargo, la solidaridad se materializó no sólo en ayuda económica, sino también en personas

voluntarias que ayudaron en diversos trabajos (enfermería, limpieza, cocina) sin cobrar nada. Además, toda esa labor era seguida de cerca por su fundador, que exigía un cuidado especial para los enfermos. En muchas ocasiones era Machado quien personalmente cuidaba, limpiaba y sanaba a los enfermos.

El hospital se estaba manteniendo gracias a puras donaciones. El comercio de “La Guayra” empezó a dar una contribución mensual y una pequeña limosna semanal. La jefatura de Maiquetía se hacía cargo de pagar de ocho a diez camas en el hospital dando Bs. 40,00 mensuales por cada una. Otras personas con más recursos se habían comprometido a sostener varias camas con una ayuda periódica. También se hacía recolección por las casas, de puerta en puerta.

El párroco solía visitar el Hospital todos los días, luego de la Misa matutina, para estar con los enfermos, rezar con ellos, y entregar a Rufina lo recaudado por la Junta de caballeros, para cubrir los gastos necesarios. Los enfermos del hospital recibían también la atención casi diaria del doctor Leonardo Brito, que desde algunos años estaba ayudando en esas labores. También atendían a los enfermos los doctores Alcántara y Herrera. Los espacios del hospital solían mantenerse siempre muy limpios, pues Machado exigía con mano férrea que todo se mantuviera inmaculado, en especial las salas y habitaciones donde se atendía a los enfermos.

Machado redactó para las damas de la Sociedad el primer Reglamento para el trabajo en el hospital, que sustituyó a las Reglas de atención a los enfermos a domicilio que había redactado Isabel Lagrange. Dejó muy claro desde los inicios del hospital que éste estaría siempre abierto a cuanto indigente se presentara pidiendo ser atendido. La consigna de los fundadores era: “Ninguno será rechazado”.

Pero la fama del Hospital no venía sólo de la buena acogida que se daba a los enfermos, sino sobre todo de la eficacia de los cuidados que recibían, pues la mayoría de los enfermos salía del centro asistencial con notables mejorías o completamente curados. Hay un caso curioso de un musulmán asiático de 45 años llamado Luis Babí, que ingresó al hospital el 26 de mayo de 1888 con úlceras e hipertrofia palúdica, y que salió del hospital completamente curado el 12 de julio del mismo año, habiendo recibido el bautismo, luego de una adecuada preparación. Y aunque la parte religiosa no se descuidaba, Machado había dejado muy claro que el hospital no tenía fines proselitistas, y existía el compromiso de atender a todos sin distinción de religión, raza, nacionalidad, clase social, etc.

El cura de Maiquetía vio la necesidad de difundir la información de las obras que se estaban haciendo en su parroquia y en el hospital, para así despertar el interés de los cooperadores a seguir colaborando. También quiso crear un órgano formativo, en el que se publicaran artículos doctrinales para luchar contra la ignorancia religiosa en la que estaban

sumidas muchas personas. Así nació la iniciativa de crear un periódico parroquial llamado “El Eco de Lourdes”, cuyo primer ejemplar salió el 5 de mayo de 1888. Tenía una periodicidad mensual, pero luego se convirtió en semanario. El producto de su venta se destinó a mantener la gruta de la Virgen de Lourdes de la Iglesia de Maiquetía. Hasta el 24 de mayo de 1890 tuvo como director a Machado, y como administrador a Teodoro Marrero, pero desde el 31 de mayo de ese año, aquél fue al mismo tiempo administrador y director. A partir del 22 de noviembre de 1890, Manuel Mayorca asumió la administración de ese semanario. Este periódico se publicó hasta el 25 de abril de 1891, cuando dejó de salir por falta de recursos económicos.

En mayo de 1889 el hospital ya contaba con seis habitaciones. Pero el hospital había contraído una deuda, a pesar de haber recibido la ayuda de algunas personas. Ello fue una constante en las obras sociales de Machado: sus obras crecían, pero sus deudas también, de modo que estaba siempre endeudado. Sin embargo, las ayudas también eran continuas. En ese mismo mes de mayo el presidente Rojas Paúl regaló cuarenta barriles de cemento romano para el piso del Hospital.

El padre no cesaba de pedir y de hacer pedir ayudas. Pero algunas personas se aprovecharon de esto para pedir dinero fraudulentamente en su nombre. Por ello el padre se vio obligado a denunciar una estafa que estaban llevando a cabo unos tales Lorenzo Camúñez y Salvador Larrazábal, que habían recaudado una suma de dinero con un autógrafo falsificado del P. Machado. Tamaño disgusto se llevó Machado, y por ello previno a los lectores de “El Eco de Lourdes” para que no se dejaran engañar, señalando que debían colaborar sólo cuando la petición la hacía él personalmente, o uno de sus más cercanos conocidos y allegados.

El 11 de enero de 1889 el Hospital alojaba 24 enfermos: 17 hombres y 7 mujeres, y se habían practicado hasta entonces varias operaciones quirúrgicas. Entre los cirujanos destacó el doctor Alberto Guerra Marcano.

La labor del hospital San José fue creciendo progresivamente, con un ritmo tal que en septiembre de 1890 albergaba 32 enfermos, mientras que a finales de 1890 ya tenía capacidad para 40 enfermos. El hospital recibía enfermos de todas partes, incluso del extranjero. Tanto así que de los 34 enfermos que había en noviembre de 1890, ninguno era de Maiquetía.

El párroco se propuso ampliar los espacios del centro asistencial, y buscó hacerse con las casas que estaban alrededor del terreno. Por eso compró las tres casas contiguas a Rafaela Padrón de Montero, y las anexó a las instalaciones del hospital.

A pesar de los ataques de la prensa anticlerical, y quizás precisamente informado por ella, el presidente Raimundo Andueza Palacio tomó la iniciativa de visitar el hospital San José en diciembre de 1890. Allí vio un trabajo tan eficiente que felicitó al P. Machado y a las

hermanas por su labor humanitaria, y dejó un aguinaldo de cuatro mil bolívares, suma equivalente a mil pesos, que fue invertida en la construcción de dos salas para ampliar el servicio asistencial. Machado publicó un agradecimiento al presidente en el ejemplar del 13 de diciembre de 1890 del “El Eco de Lourdes”.

Cuando el párroco se enteraba que algún enfermo que había acudido al hospital no había sido admitido, exclamaba: “¡Cómo! ¿Han traído un enfermo al hospital y no lo han admitido? ¡Vayan inmediatamente a buscarlo donde sea y me lo traen!”.

Otra obra social de envergadura del cura de Maiquetía durante 1890 fue la mejora del acueducto de la zona de Maiquetía, Pariata y sus alrededores. El nuevo hospital necesitaba agua corriente para poder atender a los enfermos como lo exigía el párroco, y por ello se vio la necesidad de mejorar las vías de llegada del agua. Machado consiguió del presidente Andueza Palacio los tubos necesarios para completar el acueducto viejo que estaba deteriorado, y logró terminar la obra empleando sus propios recursos y los de gente pudiente, pues la aportación del gobierno, a quien se había pedido la obra, no era suficiente. El sacerdote administraba esa construcción con la condición de que el municipio le reembolsara lo que había gastado en ella, pero el municipio no le reembolsó nada, y encima le arrebató arbitrariamente la obra. Estaba detrás de eso el gobernador de Caracas, que quiso apropiarse los méritos del dichoso acueducto, y lo confiscó. Machado estuvo muy apesadumbrado por ello, pero al cabo de algunos años tuvo ocasión de hacer ver al responsable la injusticia que con él había cometido. En uno de sus viajes a Europa, pasando por España, en el restaurante de un hotel de Sevilla, el sacerdote se encontró con el antiguo gobernador de Caracas, que al verlo le dijo: ¿No me conoce Padre Machado?, a lo que replicó el interlocutor con la mirada clavada y señalándolo con el índice: “¿Cómo no te he de reconocer, si tú eres el bribón que, metiéndose en hacienda ajena, me robaste descaradamente el acueducto de Maiquetía, y que era mío, muy mío?”. El aludido, que no esperaba esa respuesta, se quedó sin aliento.

Al fin y al cabo, el acueducto era un hecho, y el pueblo entero de Maiquetía se benefició de él. También el hospital San José, que continuó funcionando con mucho éxito, y que perdura hasta nuestros días.

## *Capítulo II*

### **Las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía (1889-1910)**

#### **1. La primera congregación religiosa venezolana**

El hospital San José fue la obra que marcó el inicio de lo que sería la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, que fueron llamadas al principio “Hermanas Hospitalarias de los Pobres” o también “Hermanas Hospitalarias de la Caridad”, y que se formó con las señoritas que atendían el recién fundado hospital.

La primera que recibió la invitación de Machado a dedicarse por entero al servicio de los pobres y enfermos del hospital, fue María de Jesús Badillo, miembro de la Sociedad de San José, que se instaló definitivamente en el hospital a principios de 1889, sustituyendo a Rufina de Alfonzo, cuando ésta dejó la labor por hallarse enferma. A los dos meses María Eustaquia Ochoa, que se había criado con Machado, se unió a María de Jesús Badillo, para dedicarse totalmente al servicio de los enfermos en el hospital San José.

En mayo de 1889 Machado viajó a Roma con su amigo Juan Bautista Castro, que iba a comprar ornamentos para la Iglesia de La Pastora, tal como se lo había encargado el cura de esa parroquia, fray Olegario Planas. Antes de ausentarse de Maiquetía, en un viaje que duraría como cuatro meses, exigió a la Junta de caballeros que entregara cada día ocho bolívares para los gastos del Hospital durante su ausencia.

Su viaje a Europa sirvió para conocer y esoger el hábito de las hermanas de la congregación que deseaba fundar.

Camino a Europa, Machado y Castro conversaron acerca de sus proyectos. Aunque Castro se mostraba escéptico con de la obra del párroco de Maiquetía, éste le manifestó su deseo fundar una Congregación religiosa, pero Castro no creía que eso podía ser posible, y por eso preguntó a Machado si estaba loco, diciendo además que era un visionario, que esa idea era una utopía, y que estaba obsesionado con sus ideas. Como Santiago sufría de mareos por el balanceo del barco, Castro le decía: “Te estás muriendo con el mareo y ¿estás pensando en fundar congregación?”. Ya en la ciudad eterna, Machado le preguntó si creería al presentarle 50 hermanas de hábito, pero Castro replicó que se conformaba con 20. Machado ofreció a Castro celebrar una fiesta en su honor apenas contara con 20 hermanas, pero aseveró que no se sentiría satisfecho hasta presentarle 50.

En Roma, fueron recibidos por el papa León XIII en audiencia privada. Machado comunicó al papa sus intenciones de establecer en Venezuela una congregación religiosa



femenina, y recibió un espaldarazo, pues León XIII conocía la difícil situación de Venezuela en lo que a la vida religiosa se refería.

Regresó de Roma a finales de agosto de 1889. En septiembre pidió a Emilia que se instalara definitivamente en el hospital, y ésta pidió permiso a su padre, que obtuvo sin problemas. Emilia también pidió autorización a monseñor Uzcátegui para consagrarse a Dios al servicio de los pobres, enfermos y desvalidos, y obtuvo de éste su autorización verbal. Por su parte, Machado pidió permiso al arzobispo para fundar la congregación, y éste le dio su beneplácito.

Luego de que el párroco le predicara un retiro de varios días, Emilia comenzó a vivir en el hospital y se consagró a Dios el 25 de septiembre de 1889. Así se fundó la primera congregación religiosa venezolana. Ese día, para recibir a Emilia, Machado había instalado una imagen de San José en medio del Hospital, diciéndole: “Señorita Emilia, mire al Dueño de la Casa”. Ésta fue acompañada al hospital por fray Olegario de Barcelona, párroco de la Pastora, que era su director espiritual, y la guió para iniciar la vida consagrada.

A la llegada de Emilia, María de Jesús y María Eustaquia le entregaron las llaves del Hospital. Emilia no las aceptó, diciendo que el Hospital era de la Parroquia, y que a ella sólo correspondía el servicio asistencial y dirección de las jóvenes. Entonces las tres se presentaron ante el párroco, y Emilia le preguntó: “¿Cuál de las tres es la superiora?”, a lo que el P. Machado respondió: “Usted, porque es quien dirige a las demás”. Esto lo sabía Emilia, pero quería que quedara claro que era el párroco, administrador y fundador de ese hospital, quien le había entregado esa potestad, como fundadora de una comunidad religiosa y a la vez administradora del servicio asistencial y de su desarrollo.

El 25 de diciembre de ese año también María de Jesús Badillo y María Eustaquia Ochoa, que ya vivían en el Hospital, consagraron sus vidas a Dios. Junto con María Emilia, serían las primeras religiosas de esa congregación autóctona. Había entonces en el Hospital 30 enfermos (18 mujeres y 12 varones), y habían ya pasado por el centro asistencial unos 109 enfermos, número elevado si se considera la población poco numerosa, las dificultades económicas de la época y lo reducido del espacio del hospital en ese tiempo.

Esta congregación nació a pesar de estar vigente el decreto del 5 de mayo de 1874 de Guzmán Blanco, por el que se prohibía la fundación de comunidades religiosas en Venezuela. Por ello, para evitar problemas con la ley, la aprobación del arzobispo fue oral.

El 25 de octubre de 1889, con licencia del arzobispo Uzcátegui, Machado bendijo y entregó a Emilia el primer hábito de las “Hermanas Hospitalarias de los Pobres”, que había sido confeccionado por la fundadora siguiendo las instrucciones del fundador. Por los momentos sólo la fundadora de la congregación vistió el hábito aprobado por el arzobispo. Las otras vestían un traje negro en calidad de aspirantes. Se unía ese día a la fundación una

cuarta mujer: María Trinidad Orta. Desde ese 25 de octubre comenzaron a dar a Emilia el título de *Madre*.

Machado había manifestado que “no sabía absolutamente nada de vida religiosa”. Por ello se hizo asesorar del P. Domingo Lamolla, que conocía bien el estado religioso, y le ayudó a redactar las primeras reglas de la congregación, con el fin de que resultaran acordes con la manera de ser de los venezolanos, y con las necesidades que debía atender la congregación. Al poco tiempo se unió a la congregación Dolores Luy Urbano, de modo que el 2 de febrero de 1890 la congregación tenía ya cinco religiosas, incluida a la fundadora.

Al poco tiempo, el 12 de febrero, se unió una quinta hermana, la señorita Carmen Ayala, perteneciente a una de las familias más acomodadas de Caracas. Al poco tiempo, ésta fue invitada por madre Emilia a dejar la congregación, pues no pudo soportar los duros trabajos del hospital. El 1° de noviembre de 1890 ingresaron en la congregación Elena Benítez Franco y Paula Linares Mujica. Esta última, que había sido enfermera en el hospital de mujeres de Caracas, dio posteriormente muchísimos dolores de cabeza al P. Machado, y se convertiría en su principal acusadora.

El 12 de febrero de 1890 se bendijo y se colocó la primera piedra de la capilla del hospital por parte de Machado, estando también presente el presbítero Antonio Ramón Silva, párroco de San Juan en Caracas y futuro obispo de Mérida.

El 19 de abril de 1890, en la Iglesia parroquial de Maiquetía, Emilia pronunció los votos de pobreza, castidad y obediencia ante el fundador, que había sido autorizado para ello por el arzobispo Uzcátegui. Ese día las otras cinco postulantes recibieron el hábito de la nueva congregación, siendo novicias a partir de entonces. Ellas eran: María de Jesús Badillo, María Eustaquia Ochoa, Trinidad Orta, Dolores Luy Urbano y Carmen Ayala. Antes de realizar la profesión y la vestición de hábito, Emilia había hecho dos retiros en Quenepe, de ocho días cada uno: uno para la vestición de las novicias, y otro para la vestición y profesión de las primeras.

El 4 de mayo, una vez finalizadas las obras de construcción de la capilla, ésta fue bendecida por monseñor Román Lovera, obispo de Mérida, acompañado por monseñor Gámez, los sacerdotes Olegario Planas y Antero Delgado, y una gran cantidad de fieles. En la noche se realizó un acto eucarístico presidido por el P. Nicanor Rivero, que había sido el rector del Seminario cuando Machado hizo sus estudios sacerdotales. El Santísimo no pudo instalarse definitivamente sino hasta el 30 de agosto cuando llegó el permiso de la Santa Sede. En esas fechas la congregación aún no tenía un nombre oficial, y sus integrantes eran conocidas como “Hermanas Hospitalarias de Maiquetía”.

La fundación de estas hermanitas provocó en 1890 la reacción de los anticlericales y librepensadores masones, quienes en un periodiquito semanal llamado “El Libre Examen”,

en un artículo titulado “Peligroso intento”, calificaban a Machado de “fanático por excelencia”, mientras aseveraban que su intento de fundar un hospital era una “infame tarea” con una “intención peligrosa”, pues con ella se “intenta echar de nuevo los fundamentos de la odiosa institución de los conventos”, que es “contraria a la ley”. Los artículos contra Machado publicados por “El Libre Examen” solicitaban que la “infame obra” del cura de Maiquetía “se haga desaparecer”<sup>9</sup>. Los que rodeaban a Machado conocían los ataques de los que era víctima. Aunque el padre no respondiera a esos ataques, porque no era ese su estilo, sí lo hicieron sus discípulos a través de algunas publicaciones.

En 1890 nacieron también las “Hijas de San José”, que eran jóvenes que ayudaban a las hermanitas en las labores asistenciales del hospital y en la recolección de la limosna y de los alimentos necesarios para los enfermos con una cestita de casa en casa. Algunas de las hijas de San José formaron luego, a partir de noviembre de 1897, la clase de hermanas “coadjutoras” o ayudantes, que tenían exigencias muy similares a las otras hermanas, pero eran externas y vivían en sus propios hogares, aunque estaban vinculadas con los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. Las hermanas coadjutoras existieron hasta marzo de 1909, cuando la Sagrada Congregación de Religiosos decretó que debía existir una sola clase de hermanas, a petición del fundador y de la madre general de entonces. Oficialmente se anexaron en junio de 1910. La primera en formar parte de las hijas de San José fue María de Jesús Méndez en 1890.

## 2. El rechazo del episcopado

Corría el año de 1890, uno después de la fundación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, dos luego de la inauguración del hospital de San José de Maiquetía, en el pleno vigor de sus 40 años, cuando se propuso el nombre de Santiago Machado para el obispado de Guayana.

---

<sup>9</sup>“El Libre Examen”, Caracas, 5, 17 y 26 de abril de 1890. Citado por: H. GONZÁLEZ OROPEZA, *Iglesia y Estado en Venezuela*, cit., p. 215. El artículo de “El Libre Examen” del 5 de abril de 1890, encontrado en la Academia Nacional de la Historia, dice así: “PELIGROSO INTENTO. Sabido es de todos que la población de Maiquetía es actualmente presa del monstruo del fanatismo religioso. Un sacerdote católico, fanático por excelencia, es el señor Santiago F. Machado, está desempeñando a maravilla la infame tarea de barbarizar a los sencillos habitantes de aquel pueblo. (...) pretextando sentimientos caritativos, idea, como en el caso de que vamos a ocuparnos, la construcción de un edificio a que da el nombre de Hospital, para disfrazar sus intenciones peligrosas. Escudándose en la caridad, el ciudadano Machado, según se dice, intenta echar de nuevo los fundamentos de la odiosa institución de los conventos. (...) el MALIGNO PENSAMIENTO QUE GENERALMENTE SE LE ATRIBUYE: ‘De forjar la Cadena de los Claustros’ para inesperadas Hijas de Eva, que han confundido con el sentimiento de la caridad y la filantropía, la servidumbre religiosa”.

El párroco de Maiquetía gozaba entonces de muy buena fama entre las autoridades eclesiásticas, y a pesar de poseer tan sólo el modesto título de bachiller, el arzobispo de Caracas Crispulo Uzcátegui propuso su nombre para el obispado de Guayana, que en mayo de 1890 se encontraba vacante. Monseñor Uzcátegui lo presentó al delegado apostólico fray Bernardino Di Milia el 20 de mayo de 1890, apelando tan sólo a su *nombre*: “Su Excelencia conoce bien al P. Machado y creo que se alegrará de su presentación”<sup>10</sup>.

Su candidatura fue más allá y llegó a manos del gobierno. En efecto, en vista de la renuncia del presbítero José Antonio Ramos Martínez para el obispado de Guayana, el arzobispo Uzcátegui presentó al Congreso el nombre de Santiago Machado (junto con el de los presbíteros Woshiedler, Bereciartu y Antonio Ramón Silva, pues además estaban vacantes las diócesis de Calabozo y de Barquisimeto), e informó sobre ello al delegado apostólico Di Milia. También el presidente Andueza Palacio, que conocía bien las obras sociales del fundador de las Hermanitas de los Pobres, presentó a Machado a la Santa Sede para ocupar la sede de Guayana. Testimonió Uzcátegui que “de los dos sacerdotes en quienes se ha fijado el Gobierno, el Br. Pbro. Santiago Machado es mui bueno en moralidad, en laboriosidad y en celo por la Iglesia es de los primeros de esta Arquidiócesis”<sup>11</sup>.

Aún en diciembre no se había resuelto lo de la provisión de los obispados de Guayana y Calabozo, y por ello el arzobispo Uzcátegui comunicó al delegado Di Milia la conversación que había tenido al respecto con el presidente. Según el arzobispo de Caracas, el presidente Andueza tenía como candidato a Machado para Guayana, pero por insinuación del delegado apostólico, el presidente desistió de Machado, y se fijó en el presbítero Baralt. Di Milia desaconsejó al presidente que se fijara en Machado, debido a que Machado no aceptó la propuesta de la mitra de Guayana, pues no quería dejar huérfanas a sus hijas de la congregación recién fundada.

### **3. El padre Machado y la madre Emilia de San José**

Machado había preparado a Emilia para cumplir la dura misión que le esperaba, aunque ella ya tenía experiencia, pues desde muy joven había mostrado una gran sensibilidad hacia los pobres y los enfermos. En una ocasión, antes de la fundación de la congregación, habiéndole Emilia manifestado que quería ponerse por completo bajo su dirección, el párroco tomó un pañuelo de seda, lo estrujó y lo arrugó completamente manteniéndolo apretado dentro de su mano, y presentándosele le preguntó: “¿Está usted dispuesta a dejarse hacer lo que acaba de ver que he hecho con este pañuelo? Es decir: a dejarse plegar y desplegar según

---

<sup>10</sup> C. UZCÁTEGUI, “Carta al delegado apostólico Di Milia”, 7-5-1890, en: AHHPM (Cartas sueltas).

<sup>11</sup> C. UZCÁTEGUI “Carta al Card. secretario de Estado”, 22-5-1890, en: AHHPM, (Cartas, tomo II), p. 3.

la obediencia, renunciando por completo a su propia voluntad, para hacer sólo la voluntad de Dios?”. Emilia respondió que estaba dispuesta, y lo demostró llevando adelante la obra social y espiritual que inició de la mano del párroco de Maiquetía.

La madre Emilia se distinguió por su cariño hacia los enfermos del hospital y muy pronto se ganó su corazón. Cuando llegaba de la calle, solía entrar directamente a las habitaciones de los enfermos, en especial de los más graves. Algunos le preguntaban: “¿Qué me trae Madrecita?”, y ella solía responder: “¿Qué quieres que te traiga?”. Y al momento buscaba satisfacer el deseo del enfermo.

Cada vez eran más los enfermos que iban al hospital, y cada vez más los recursos económicos que necesitaban. Por ello Machado tomó la determinación de enviar a madre Emilia y a la hermana Dolores Luy a Caracas a pedir limosnas entre los conocidos. Esto lo hicieron en tres o cuatro ocasiones, y así se fueron dando a conocer entre la gente de Caracas. La petición de limosna se hacía de puerta en puerta con una cesta, diciendo: “una limosna para nuestros pobres, por amor de Dios”. En Caracas no solía verse a ninguna religiosa pidiendo limosna como si fuera una pordiosera. Por ello algunos empezaban a llamarles mendicantes y limosneras. Pero como pedían era para los pobres, entonces les llamaban “hermanitas de los pobres”, pues eran tan pobres como ellos. Así comenzó a llamárseles con el nombre que llevan hoy día.

El fundador y las hermanas comenzaron a buscar una casa en Caracas para la congregación, que a finales de 1891 contaba con doce miembros, de los cuales siete eran hermanas profesas y cinco novicias. En diciembre de 1891 Machado solicitó a monseñor Crispulo Uzcátegui el permiso para erigir una casa en Caracas para la congregación.

Consiguieron una casita en alquiler en las inmediaciones de La Pastora, de Cuño a Guanábano N° 28. Emilia y Trinidad Alvarado se encargaron de acondicionar y arreglar la casa antes que se instalaran las demás. Contaron con el impulso y el apoyo del párroco del lugar, fray Olegario de Barcelona, que había sido director espiritual de Emilia y le tenía mucho aprecio. El 15 de enero de 1892 fueron trasladadas a esa casa las siguientes religiosas: Emilia, Trinidad, Dolores, Elena y Jerónima. Llevaron consigo al primer asilado: Nicolás Placencio, de 69 años y natural de Islas Canarias.

Funcionaría como un asilo para ancianos, y al poco tiempo de ser instalada contaba con cuatro asilados, pero muy pronto llegaron a ser doce. Esa segunda casa de la congregación se llamó Asilo de la Providencia. La madre Emilia hacía de superiora en esa casa, pero los trabajos de la naciente congregación como fundadora le llevaban a movilizarse continuamente de un lugar a otro, por lo cual decidieron nombrar a una superiora para el Asilo de la Providencia. El nombramiento recayó sobre la hermana Paula Linares, que llegó

allí con otras tres novicias el 2 de febrero de 1892. La hermana Jerónima se quedó en el Asilo, mientras que las hermanas Trinidad, Dolores y Elena regresaron a Maiquetía.

En mayo de 1892 murió la primera hermana de la congregación, Josefa Acevedo Izquierdo, que enfermó gravemente y el 12 de mayo hizo los votos perpetuos *in articulo mortis* ante la madre Emilia, falleciendo el 19 de mayo, después de haber pedido a la madre “permiso para morir”.

En medio de las adversidades surgían cada vez más vocaciones para la congregación. Entre marzo y abril de 1892 ingresaron en la congregación tres señoritas: Elena Boronat, Gertrudis Oropeza e Isabel Lange. Fueron admitidas por la hermana Paula, con la autorización de la madre Emilia. Isabel Lange, de nacionalidad norteamericana, sería la sucesora de la madre Emilia.

Ese año de 1892 estalló la Revolución Legalista en Venezuela, uno de cuyos bandos estaba liderado por el general Joaquín Crespo, y debido a la contienda las hermanas se vieron más necesitadas que antes desde el punto de vista económico. Por ello a pesar de la guerra civil que estaba azotando el país, debían salir a la calle a mendigar pan y alimentos para los ancianos y enfermos del Asilo. Con ocasión de la guerra, el gobernador del Distrito Federal pidió a la superiora del Asilo de la Providencia, hermanas para enviarlas a algunos hospitales que carecían de personal de servicio. Todas las hermanitas del asilo se ofrecieron para tal servicio, incluso las novicias. Así que la madre Emilia presidió la “Ambulancia” de ayuda para los heridos, acompañada de las hermanas Dolores, Paula, Vicenta, Claudia, María de los Ángeles, Teresa, Emelina y Jerónima. Armadas con todas las provisiones necesarias para atender a los heridos, y poniendo en riesgo sus propias vidas, partieron al Capitolio. Allí atendieron a los lesionados en las batallas, y se quedaron al pie del cañón a las órdenes del gobernador, que les pidió que no volvieran al Asilo hasta nuevo aviso. Cuando al fin cumplieron su misión y tuvieron que regresar a casa, la alegría de quienes les recibieron fue muy grande al verlas de vuelta con vida.

El fundador también tuvo que atender personalmente a los enfermos de las guerras, y consolar como sacerdote a muchas personas que perdían a sus familiares en las contiendas. En ese año de 1892, el padre atendió y consoló a una señora que tenía graves problemas, y luego de recibir la ayuda y el consuelo del sacerdote la señora exclamó: “El Padre Machado es el Don Bosco de estos tiempos”. A partir de ese episodio, Machado fue llamado “el Don Bosco de América”. De hecho, la obra y la vida de San Juan Bosco sirvieron de inspiración a Machado.

Los menesteres de la nueva congregación le llevaron a renunciar la parroquia de Maiquetía, para que le sucediera, de acuerdo con el arzobispo Uzcátegui, el presbítero Nicolás Eugenio Navarro. Pero Navarro no quería aceptar la parroquia debido a que Machado

había dejado una deuda con una casa comercial de Francia, por la compra de ornamentos y objetos de culto para la Iglesia San Sebastián de Maiquetía. Como Navarro no quería hacerse cargo de esa deuda, Machado tuvo que asumirla, y sólo así pudo entregar la parroquia al presbítero Nicolás Navarro el 4 de agosto de 1892.

Durante los 15 años que estuvo al frente de la parroquia de Maiquetía, Machado realizó seis viajes a Europa, desde donde trajo las campanas y el reloj de la torre que aún existen, los ornamentos sagrados, las imágenes de Semana Santa y las preciosas arañas de cristal para las lámparas. También mandó construir en la Iglesia el retablo del altar mayor.

El padre entonces se dedicó de lleno a las obras sociales atendidas por la congregación que había fundado, y luego de pasar unos días en La Victoria con sus padres y su hermana Dominga, fijó su residencia en Caracas, en el convictorio de sacerdotes que atendían Santa Capilla, pues comenzó a atender pastoralmente ese templo. El fundador también atendía a los que vivían en el Asilo, y a todo el que necesitara de él, cualquiera sea el asunto a tratar, sin distinción de persona, clase y condición.

En 1892 la madre Emilia comenzó a sufrir problemas de salud, y los médicos le mandaron guardar reposo, pues el trabajo de la congregación en la atención a los enfermos y a los ancianos la estaba consumiendo. Emilia fue de reposo a Los Teques en agosto de 1892, junto con la hermana María de los Ángeles, a la casa de la familia León, colaboradora de la congregación.

En Los Teques Emilia se enteró de que había un asilo de enfermos mentales, y cuando se sintió mejor fue a visitarlo con María de los Ángeles y su amiga Trina Alvarado. El cuadro que vio en ese asilo era dantesco: enfermos hambrientos, algunos en el suelo entre los desperdicios de comida o entre suciedad de todo tipo, y quienes se encargaban de cuidarlos cargaban un látigo para someter a los enfermos mentales. Ante tan deprimente panorama, madre Emilia y sus acompañantes se pusieron a asear a los enfermos uno por uno, y a atenderles en sus necesidades más apremiantes. Con el fin de buscar una solución, Emilia hizo llamar al P. Machado, que se trasladó a Los Teques de inmediato y pudo contemplar con lágrimas en los ojos la miseria de aquella situación.

Machado pidió a Emilia que se fuera a descansar, y envió a tres hermanas para que atendieran provisionalmente a los enfermos, y en adelante visitó con frecuencia por un tiempo el asilo de enajenados. En una de esas visitas, un hombre demente le lanzó una piedra, que cayó dos o tres pulgadas por encima de su cabeza, dejando un cráter en la puerta donde cayó.

Buscando una solución al problema del centro psiquiátrico, el padre se entrevistó con el gobernador, el cual pidió al fundador que las hermanitas se hicieran cargo del asilo. Machado respondió negativamente, aduciendo que la atención a enfermos mentales no

formaba parte del carisma de la congregación, y que lo que habían hecho era dar una atención provisional ante una situación urgente. Se entrevistó luego con el doctor Guillermo Tell Villegas Pulido, consejero federal encargado de la Presidencia de la República, que había pensado en trasladar a esos enfermos al Hospital Militar situado en Catia, y que el presidente Andueza Palacio había hecho reparar. El mismo consejero Villegas no sabía bien qué hacer con esos enfermos mentales, y para asesorarse mejor invitó a Machado a la parte del Hospital Militar que se había proyectado para tal fin. Ambos visitaron el futuro asilo y Machado indicó la necesidad de hacer algunas modificaciones o reparaciones que se ejecutaron inmediatamente. Pero ahora surgía el problema de quién atendería a esos enfermos. Machado buscó una solución y habló con la madre San Simón de las Hermanas de San José de Tarbes, consiguiendo que se hicieran cargo del Hospital Municipal Psiquiátrico, como se llamaría en adelante. El 17 de septiembre de 1892 los enfermos mentales, que hasta esa fecha habían sido cuidados por las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, fueron trasladados en un tren especial a su nuevo destino, acompañados por los nuevos enfermeros, que habían sido capacitados para atender dignamente a esa clase de enfermos. En la estación de tren de Caracas esperaba el gobernador del Distrito Federal, Pablo Hernández Madrid, que además era administrador de los hospitales.

Madre Emilia regresó a Caracas a inicios de septiembre. Inesperadamente, el 6 de septiembre enfermó gravemente la hermana Elena Benítez, en quien habían pensado como futura madre general de la congregación. Luego de haber recibido la unción de los enfermos y de haber hecho la profesión perpetua *in articulo mortis*, murió el 12 de septiembre. Emilia también se agravó y tuvo que guardar cama. Machado pidió al arzobispo autorización para que Emilia pudiera hacer sus votos perpetuos *in articulo mortis*, que le fue concedida de inmediato. Así que el 11 de diciembre de 1892 la fundadora hizo los votos perpetuos en la capilla del Asilo de la Providencia de Caracas, ante el canónigo Santiago García, comisionado por el arzobispo para recibir sus votos.

El 22 de noviembre de 1892 Machado había dirigido una petición al gobernador del Distrito Federal, general Ignacio Andrade, para solicitar un local más grande donde se pudiera atender a los ancianos del Asilo de la Providencia. La petición fue aceptada, y Andrade respondió el 10 de diciembre invitándole a pasar por el despacho de la gobernación. El 13 de diciembre, en el despacho de la gobernación, el fundador recibió la comunicación de la sesión del Asilo de ciegos de Caracas, para que pudiera instalar allí su asilo. A mediados de diciembre de 1892 los ancianos y las hermanas pudieron trasladarse a la nueva sede del Asilo, ahora con cupo para 45 o 50 ancianos. Los nuevos espacios estaban ubicados entre las esquinas del Teatro Municipal y San Pablo. Así ya no tenían que vivir alquilados en una casa que no tenía suficiente espacio para los ancianos que venían llegando. En la nueva sede del



Asilo de la Providencia el padre mandó a hacer las reparaciones y adaptaciones correspondientes, y sembró él mismo varios árboles frutales para dar al Asilo calor de hogar.

Luego de celebrar la navidad en Caracas, con su precario estado de salud, madre Emilia salió del Asilo de la Providencia el 26 de diciembre y se trasladó al Hospital San José de Maiquetía unos días. El 29 de diciembre fue a Macuto, por indicación de Machado, a una casa de su hermana Dolores Chapellín de Castillo. Allí era atendida por su enfermera, la hermana Trinidad Orta.

Poco antes de morir, Emilia dijo al fundador: “Nuestro Padre, me estoy preparando para la muerte del mismo modo que me preparo para la comunión”, indicando así que la muerte suponía el encuentro definitivo y pleno con Jesús. Luego de haber recibido los últimos sacramentos, Emilia de San José falleció en Macuto, el 18 de enero de 1893, en horas de la mañana. Había estado al frente de la congregación tres años y cuatro meses.

La fisonomía de madre Emilia quedó inmortalizada en un lienzo de Martín Tovar y Tovar, célebre pintor venezolano, que le profesaba una gran veneración y admiración. El lienzo pasó luego a ser propiedad de la congregación, por obsequio del pintor, pues la congregación era muy pobre.

La muerte de la fundadora fue un golpe muy duro para Machado. Estaba convencido de que era una santa mujer, y de que la congregación había perdido lo mejor que tenía. Madre Emilia fue un modelo para las primeras hermanas de la congregación, pero hubo algunas pocas que no la querían, y que comenzaron a regar la especie de que ella no había sido la fundadora de la congregación, y llegaron a quemar todos sus papeles personales, donde era evidente que ella era la fundadora, con la excusa de que podrían estar contaminados con alguna bacteria, pues la madre Emilia había muerto de una grave infección pulmonar.

¿Qué tenían contra Emilia esas religiosas que no la querían? A algunas de las primeras les parecía que a una monja tan simple como Emilia le quedaba muy grande el honor de ser la fundadora de la primera congregación religiosa venezolana. Otras de las primeras, que habían sido ciertamente cofundadoras, habrían deseado arrogarse ese laurel. Pero Machado tenía bien claro que Emilia era la fundadora. Algunas se habrían preguntado qué tenía Emilia de especial, que había acumulado ella sola los máximos honores de la congregación: fundadora, superiora general, la única en ser llamada “la madre”, mano derecha del fundador, la más querida por los enfermos... Eso, unido a la hermosura de su semblante y a la dulzura de su carácter, habría acarreado la envidia de algunas, que no podían sufrir que una sola mujer acumulara tantas dotes. Por ello intentaron opacar su memoria todo lo que pudieron, pero el sol no se podía tapar con un dedo. Al final prevaleció el cariño de la mayoría de las hermanas para con Emilia.

#### 4. La sucesión de madre Emilia

A la muerte de la fundadora, la congregación quedaba con 19 miembros: cinco profesas, diez novicias y cuatro postulantes. Había entre ellas cinco nacionalidades: trece venezolanas, tres españolas de las Islas Canarias, una colombiana, una italiana y una estadounidense.

Según la hermana Tarsicio, la sucesora de la madre Emilia habría sido la hermana Paula Linares, pues ella “estaba curtida en las luchas diarias del vivir en el ejercicio de su profesión con médicos y personal del hospital ‘San Pablo’. La caridad, la moral, honestidad en sus años de servicio, los une a una entrega incondicional a Cristo al unirse a Emilia, en la misión en que Dios la ha embarcado: ‘los pobres enfermos, sin recursos y en abandono’ (...). En abril de 1.893, la Madre Paula fue destituida de los cargos de Madre General y Maestra de Novicias por el Párroco Santiago Machado; y entregó estos cargos a la novicia última ingresada, Isabel Lange W. La Madre Paula fue enviada a Los Teques”<sup>12</sup>. Paula se había arrogado inmediatamente la sucesión de la congregación. Como era la superiora del Asilo de la Providencia, pensó tal vez que le correspondía por cargo suceder a la fundadora. Sin embargo, este modo de proceder manifestaba muy poco conocimiento de las leyes canónicas, que obligaban a las religiosas de una congregación a hacer una elección en caso de deceso de la superiora general. En efecto, Machado la reprendió y el conminó a someterse a las normas.

El 24 de abril de 1893 se realizó la elección de la nueva madre general en capítulo general. Había ahora diez profesas: M<sup>a</sup> de Jesús, M<sup>a</sup> Eustaquia, Trinidad, Dolores, Paula, Cristina, Vicenta, Claudia, M<sup>a</sup> de los Ángeles y Jerónima (entre ellas están las cinco ex-novicias que habían hecho profesión el día anterior); cinco novicias: Águeda, Jacinta, Norberta, Teresa y Victoria; y cuatro postulantes: Juliana, Josefa, Antonia y Emelina. En la elección estaban presentes Machado y Nicolás Navarro, párroco de Maiquetía. Al sonar la campana, la comunidad se reunió en la capilla, se eligió a una escrutadora, que resultó ser la hermana Claudia. Enseguida pasaron a escribir los “billetes de elección”. La escrutadora iba abriendo los billetes uno a uno, e iba diciendo en voz alta el nombre que aparecía en el papel, tocándole decir alguna vez el propio nombre. Machado, que presidía las elecciones, pronunció al final el decreto de elección, que recayó sobre la hermana María de los Ángeles de San José. Al momento se sentó en la silla central, y las demás hermanas le fueron dando el propio testimonio de adhesión, que manifestaban besándole la mano derecha.

María de los Ángeles de San José se llamaba en el siglo Isabel Lange Litchfield. Había nacido en Filadelfia (Estados Unidos) el 2 de agosto de 1859, aunque su padre era

---

<sup>12</sup> TARCISIO DE SAN JOSÉ, *Apuntes Personales*, pp. 69-70.

alemán. Isabel apenas tenía diez meses en la congregación, pero era la mayor de todas en edad (tenía 33 años), y era la más preparada, mientras que la otra candidata, la hermana Trinidad, era de mediana cultura humana.

Sin embargo, María de los Ángeles no era la preferida de Machado. Antes bien, éste muchas veces no estuvo de acuerdo con su forma de gobernar, y por ello se vio obligado a confesar años más tarde: “cuántas veces tuve que callar para no desautorizar”<sup>13</sup>. Sobre todo, a Machado nunca le agradó el desapego de María hacia la fundadora, que llegó incluso a convertirse en desprecio. Al parecer, María no conservó el espíritu de Emilia, y ello contrariaba en extremo al fundador.

## 5. Machado y las labores sociales de la congregación

Luego de resolver el problema de la sucesión de madre Emilia, Machado regresó a sus labores pastorales en Santa Capilla, mientras que la nueva superiora fijó su residencia en el Asilo de la Providencia.

El 9 de julio de 1893 fallecía la mamá del P. Machado, doña Bernardina, que hasta ese momento había sido atendida por don Santiago y por su hija Dominga.

El 8 de septiembre de 1893 debían profesar tres novicias de la congregación, y tomar hábito una postulante, con lo cual quedaría completo el número de las 20 hermanas que Machado había prometido a Castro en el viaje de 1889. Así fue que Machado, conforme a lo acordado, organizó una fiesta al P. Castro. La ceremonia fue presidida por el arzobispo Uzcátegui. Luego se ofreció un almuerzo en “la fiesta para el P. Castro”. Después de bendecir los alimentos, Machado dijo con acento triunfal a su amigo: “Padre Castro, aquí tiene Ud. las veinte Hermanas que me pidió para poder creer en mi Congregación. Cuente: una, dos, tres, cuatro,... veinte! ¿Está contento?... ¿Existe la Congregación?”<sup>14</sup>. Castro tuvo que rendirse ante la evidencia, y felicitó al fundador y a las hermanas. Recordando la conversación que habían tenido años antes en Roma, Machado continuó: “Bien, ésta es su fiesta, la mía será cuando pueda presentarle cincuenta Hermanas de Hábito”. Castro respondió: “Convenido”.

En 1893 Machado era ya bastante famoso en todo el territorio nacional por sus obras benéficas y sociales, y por el bien que estaban haciendo sus Hermanitas de los Pobres. Hacia julio de ese año la Junta de Caridad de Puerto Cabello le pidió que tomara a su cargo la obra de la “Beneficencia del Carmen”, que funcionaba en esa población. Machado consultó a la superiora general, y de acuerdo con ella se negó a aceptar la propuesta, pues la congregación

---

<sup>13</sup> HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 74.

<sup>14</sup> M. M. VILLALBA, *Un hombre de fe y acción*, cit., p. 76.

no contaba aún con personal suficiente como para atender más establecimientos de los que dirigía. La Junta de la “Beneficencia del Carmen”, no conforme con la respuesta de Machado, se dirigió entonces al arzobispo Uzcátegui para que fuera él quien hiciera la petición al fundador de las Hermanitas de los Pobres. El arzobispo insistió tanto al fundador, que éste se vio forzado a aceptar y enviar a cuatro hermanitas a Puerto Cabello. Ellas eran: Dolores, Cristina, Jerónima y Vicenta, que iba a fungir como superiora. También fueron cuatro hijas de San José. El 19 de septiembre las cuatro hermanitas y las cuatro hijas de San José partieron por vía marítima a Puerto Cabello, acompañadas por la madre María de los Ángeles y el P. Machado. Fueron recibidos por la Junta en pleno, y un numeroso grupo de personas, que querían conocer a Machado, cuya fama era muy grande también en esa región.

Ese año de 1893 se suscitó un incidente con la última de las profesas, la hermana Emelina Gil, que en religión tomó el nombre de Cándida de San José. Esta hermana había llegado a Venezuela un año antes, con su hermano clérigo Adolfo Gil y su madre Práxedes de Gil. Los tres eran naturales de El Cocuy, en Tunja (Colombia). El clérigo Gil, que estaba gestionando su ordenación sacerdotal, pidió a Machado que diera asilo a su madre y hermana en el Hospital San José. Emelina, en el albor de sus 15 años, tenía deseos de ser religiosa, y decidió ingresar en las Hermanitas de los Pobres, pero ni a su hermano ni a su madre les gustó la idea. Como veían que la cosa iba en serio, su madre, de conformidad con el P. Gil, se dispuso a dirigirse al Asilo a reclamar a su hija Emelina. La mamá de Emelina llegó de improviso el 4 de octubre de 1893 al Asilo de la Providencia, a pedir que le entregaran a su hija. Venía acompañada por un abogado, por el prefecto de la policía, general Cosme Rodríguez García, y por un agente policial<sup>15</sup>. Emelina contaba entonces 16 años de edad.

El fundador y la superiora general se encontraban aún en Puerto Cabello, así que las hermanas recurrieron al P. Nicolás Navarro para resolver el asunto. Éste, que también era capellán del Asilo, manifestó lo irregular del procedimiento y pidió que, si no se quería esperar el regreso de Machado, acudieran al arzobispo. Tanto las hermanas del asilo como la misma Emelina se resistieron a la petición de la señora Práxedes. Pero el prefecto ordenó registrar el asilo y sacar a Emelina a como diera lugar. Navarro formuló en el acto una protesta formal contra esa orden de registro, argumentando que era una manifiesta violación de domicilio, y que iba contra las garantías constitucionales. El prefecto consideró esa protesta como una falta de respeto a la autoridad, y mandó a meter preso a Navarro. El P. Navarro fue detenido, enviado a la gobernación y luego a la cárcel, donde permaneció tres días, mientras que Emelina partió, contra su voluntad, con su madre Práxedes. Este incidente fue referido con detalle por el diario “El Republicano”.

---

<sup>15</sup> Cfr. ANÓNIMO, Editorial del Diario *El Republicano*, N° 260, 5-10-1893. Citado por: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., pp. 56-57.

Además del diario “El Republicano”, los periódicos “El Progreso”, “El Tiempo” y “El Pregonero” se hicieron eco de estas noticias. Este último cargó toda la responsabilidad del caso sobre el P. Machado. Pero el más duro de todos fue el diario “La Razón”, que contó el episodio de Emelina con un aire dramático, en estos términos: “Había desaparecido una niña del seno de su familia, y las inquisiciones practicadas, ninguna luz arrojaban sobre el paradero de la infeliz. Averiguose al fin que estaba depositada en el convento que tiene establecido el Padre Santiago Machado”. Pero el artículo se puso aún más amarillista cuando, luego de narrar el impasse con Navarro, se lamentó por el “horrible atentado cometido por el padre Machado contra la moral pública y la dignidad social”<sup>16</sup>.

Las cosas se habían puesto tan candentes gracias a la prensa, que aún cuando el episodio hubiera tenido lugar en ausencia de Machado, el fundador formalizó su protesta pública con una carta impresa en el Diario “La Religión”, en la que dice: “protesto contra el Pbro. Adolfo Gil, autor e instigador de dicho atentado, y luego contra las personas que lo perpetraron; caigan sobre unos y otros la execración de la sociedad cristiana hondamente herida por semejante procedimiento, y la sanción de la justicia divina que sabe dar tarde o temprano a cada uno según lo merecido”<sup>17</sup>. Como los comentarios de la prensa se hacían cada vez más ácidos, y los ataques mutuos más fuertes, el mismo arzobispo Uzcátegui tuvo que intervenir en el asunto, y ordenó en un comunicado al diario “La Religión” del 13 de octubre, “suspender toda discusión”<sup>18</sup> acerca del asunto.

Detrás de todo este incidente estaba el presbítero Adolfo Gil, que había instigado a su madre para que se llevara a Emelina de la congregación. Gil continuó sus ataques calumniando duramente a Machado y Navarro, en los folletos “Réplica” y “El Liberalismo”, entre 1893 y 1895, donde les acusó de haber cometido acciones inmorales.

Pero, ¿quién era en realidad Adolfo Gil? Este sacerdote se había trasladado a San Cristóbal en 1893, y a Colombia en 1894. Debido a su conducta escandalosa, ni en Bogotá ni en Tunja le permitieron ejercer el ministerio. En varias cartas de algunos eclesiásticos en 1895, se habló de su indigna conducta, de sus inmoralidades, de sus escándalos, de su soberbia, etc. En 1895 regresó al Táchira, pero una vez demostrada su pertenencia a la masonería, fue expulsado del país en 1909, durante el gobierno de Gómez.

---

<sup>16</sup> ANÓNIMO, “Otro escándalo: un cura preso. Una niña negada a su madre en el convento del padre Machado”, en: *Boletín de la Razón*, 3-10-1893, en: CIDOC, 24500, N. E. NAVARRO, compilación de recortes de “La Religión”, “El Liberal” y otros (1893-1899), ficha 5.

<sup>17</sup> S. MACHADO, “La Hermana Cándida de San José”. Declaración del Padre Machado, en: Diario *La Religión*, 6-10-1893.

<sup>18</sup> C. UZCÁTEGUI, “Carta al Diario La Religión”, 13-10-1893, en: Archivo Arquidiocesano de Caracas, sección Episcopales, 58 Ep (1885-1904).

Cuando acabaron las polémicas por el incidente del Asilo, Machado trató de encontrar una casita donde pudiera instalarse aparte el noviciado de la congregación. Se consiguió una al lado del Asilo de la Providencia, y el 3 de julio de 1894 fue inaugurada.

A partir del 15 de abril de 1894 hubo una curiosa alteración de la fórmula de profesión y renovación de votos de las Hermanitas de los Pobres. El fundador mandó añadir un cuarto voto “de pedir limosna, cuando fuere necesario para el sostenimiento de los pobres asilados en las casas de la Congregación”<sup>19</sup>. La inclusión de este voto se realizó en un acto de suprema libertad del fundador, y no fue consultado con ninguna de las hermanas más antiguas, algunas de las cuales estaban en desacuerdo con ese voto. Por ello la moción del cuarto voto, que el fundador introdujo por la necesidad material de las obras sociales de la congregación, no prosperó en el futuro, y tuvo que ser eliminado.

Como había que seguir buscando ayudas para todas las necesidades de las casas que atendía la congregación, el 13 de junio de 1895 Santiago Machado estableció la Obra del Pan de San Antonio, en el Asilo de la Providencia, que llevaban las Hermanitas de los Pobres en Caracas. A través de esa obra, se recogían limosnas y ayudas para los pobres y necesitados que acudieran a esa casa, para recibir asilo, cuidado y alimentación. Se colocó en la entrada del Asilo una imagen de San Antonio de Padua, patrono de dicha obra, y desde entonces copatrono de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, para que los benefactores depositaran su colaboración en una alcancía que estaba a sus pies. La Obra del Pan de San Antonio contó a partir del 13 de junio de 1897 con un boletín informativo y formativo, donde se publicaban algunos artículos de formación religiosa y humana, así como las noticias relacionadas con la Obra de San Antonio y con la congregación. Al principio se publicó mensualmente, luego cada dos meses, y en la actualidad se publica el 13 de junio de cada año.

En octubre de 1896 Machado se dedicó a preparar las constituciones de la congregación, retirándose a Mamo (al oeste del Litoral Central) para tal fin. Luego de consultar la regla de San Benito, vio que ésta no encajaba con las labores de la congregación. Entonces consultó la regla de San Agustín, y decidió tomarla como base para redactar las constituciones, pues era la que más se adaptaba a los fines de la congregación. Las constituciones fueron aprobadas el 4 de mayo de 1897 por monseñor Crispulo Uzcátegui<sup>20</sup>,

---

<sup>19</sup> HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 60.

<sup>20</sup> Cfr. C. UZCÁTEGUI, “Decreto de aprobación de las Constituciones de Congregación las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía”, Caracas, 4-5-1897, en: Archivo Arquidiocesano de Caracas, sección Episcopales, 57 Ep (1885-1904): “Vista la solicitud que nos ha dirigido el Pbro. Br. Santiago F. Machado, Capellán de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, y visto el informe favorable del Revisor, Pbro. Dr. J. M. Delgado Palacios, venerable Cura de la Parroquia de San Juan Bautista de esta ciudad, por las presentes aprobamos las

y cinco años más tarde, el 27 de abril de 1902, recibieron la aprobación de la Santa Sede. Así quedó plasmado el carisma de la congregación, que consistía en “trabajar en la extensión del reino de Dios mediante al asistencia a los pobres, el cuidado de los enfermos y la educación cristiana de la niñez”.

A finales de abril de 1897 Machado viajó a Roma con la madre general de la congregación, María de los Ángeles de San José, y con otras dos hermanas, Eugenia e Inocencia, en el vapor francés *La France*, que les condujo al puerto de Saint Nazaire. Viajaban con el fin de pedir la bendición y la aprobación definitiva de la congregación al papa León XIII. Primero fueron a Becherel, a visitar al P. La Pailleur, fundador de las Hermanitas de los Pobres Francesas. Luego se dirigieron a París, donde visitaron la catedral de Notre Dame. También visitaron en París la casa madre de las Hermanas de San Vicente de Paúl, al igual que algunos asilos y hospitales del lugar. Después visitaron Paray-Le-Monial, lugar donde santa Margarita María de Alacoque recibió la revelación del Corazón de Jesús, y fueron acto seguido a La Salette, lugar de una aparición mariana.

De La Salette partieron a Italia, donde visitaron en Turín la obra de los salesianos de Don Bosco. Después de pasar por Milán y Padua, fueron a Roma, donde peregrinaron a las siete Basílicas, algunos santuarios y las catacumbas. En la Ciudad del Vaticano, en julio de 1897, Machado y las tres hermanitas fueron recibidos por el papa León XIII, el cual quedó admirado por los frutos de la congregación, de la que había oído hablar a través del delegado Giulio Tonti. León XIII manifestó sus sentimientos de apoyo a la congregación a través de una carta firmada por el cardenal Rampolla, el 16 de julio de 1897: “La benevolencia que se han captado las Hermanitas de los Pobres en el corto tiempo que hace existen, y el favor con que se las acoge por doquiera, son argumentos satisfactorios para que Su Santidad desee que la nueva institución fundada por Ud., animada del espíritu de caridad cristiana y del sacrificio de sí misma, se consolide más y más y se propague constantemente”<sup>21</sup>. Las visitas al santuario de Lourdes, y a otros santuarios u obras de diversas congregaciones, les sirvió de inspiración a las hermanas para seguir renovando la labor que hacían. Regresaron a Venezuela a mediados de septiembre.

El 27 de septiembre de 1897 les recibieron con una ceremonia de acción de gracias en el Asilo de la Providencia, donde Navarro pronunció un florido discurso, en el que se prodigó en alabanzas hacia la congregación que había fundado Machado. Un mes después, el 30 de octubre, Navarro publicó en *La Religión* un artículo laudatorio de las Hermanitas de los Pobres. Machado nunca imaginó que años más tarde Navarro no haría nada por defenderlo

---

Constituciones de la Congregación de Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, y ordenamos se observen ellas sin perjuicio de sufrir las modificaciones que la práctica indique”.

<sup>21</sup> M. RAMPOLLA, “Carta al P. Machado”, 16-7-1897, en: AHHPM (cartas sueltas).

ante los ataques, sino que más bien se distanció notablemente, uniéndose a sus mismos atacantes.

El 31 de enero de 1898, el fundador y sus hermanitas tomaron a cargo el Hospital de Los Teques, donde antes había funcionado el Asilo de enfermos mentales que había atendido la madre Emilia. Les fue entregado por la hasta entonces directora, la señorita Duplat, que era la que había hecho la petición formal al P. Machado. Fueron destinadas a Los Teques cuatro hermanas: Enriqueta (superiora), Paula, Juliana y Biviana, más cuatro hijas de San José, asociación que había sustituido en 1889 a la Junta de damas del Hospital San José. El hospital comenzó a llamarse Hospital San Antonio. Cuando llegaron al hospicio, había tan sólo doce camas, cuatro sillas, una mesa, y otros pocos enseres. Así que tuvieron que equiparlo con mobiliario traído desde Caracas, que el fundador gestionó con la ayuda de personas pudientes y colaboraciones recogidas en sus apostolados personales. Al poco tiempo el hospital amplió su capacidad, de 12 a 40 enfermos.

También tuvieron que poner a hombres y mujeres en dos departamentos separados, pues hasta entonces los enfermos de ambos sexos estaban en el mismo local. Además, el mantenimiento diario de la casa, en lo que a alimentación se refiere, tuvo que ser provisto desde el Asilo de la Providencia de Caracas. Esto funcionó así hasta que en 1908 el gobierno comenzó a dar una asignación de 800 bolívares mensuales para el Hospital San Antonio.

El 14 de diciembre de 1898 se desató en horas de la noche un incendio en el Asilo de la Providencia. De inmediato fueron a avisar a Machado, que vivía entonces en Santa Capilla. El padre corrió inmediatamente al Asilo, mientras la policía había dominado el fuego, rescatando a un anciano a quien las llamas alcanzaron, que sin embargo falleció diez días después.

En 1898 se hizo una petición al fundador para que las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía atendieran el Hospital San Juan de Dios de La Guaira, ubicado más abajo de la Ermita del Carmen, donde actualmente funciona la escuela adyacente a la Catedral de La Guaira. Machado conocía bien esa zona, pues había sido su primer destino como sacerdote, y por ello no dijo que no, aunque sus hermanitas no se daban abasto con tanto trabajo. El 25 de marzo llegaron las religiosas, y tomaron las riendas del Hospital, que comenzó a funcionar mucho mejor, con una atención más dedicada y una limpieza más cuidada. Sin embargo, el 1903 las hermanas tuvieron que retirarse por no poder aceptar en conciencia las modificaciones que la Junta del hospital les proponía.

En 1899 Machado redactó la Instrucción para las Novicias, que en adelante sería el vademecum para la formación de las que ingresaban a la congregación.

El 24 de abril de 1899 se cumplieron seis años del gobierno de la madre María de los Ángeles al frente de la congregación, y las constituciones disponían que pasado ese periodo



se debía proceder a la elección de una nueva superiora general. El 26 de abril se hizo la elección, ante la presencia del fundador, de fray Baltasar de Lodaes y del presbítero Domingo Lamolla. Resultó elegida por mayoría absoluta la hermana Inocencia de San José (en el siglo, Matilde Molina), quien hasta ese entonces se desempeñaba como superiora del Hospital San José de Maiquetía. La elección fue confirmada por monseñor Uzcátegui, arzobispo de Caracas.

El fundador se llevó mucho mejor con la madre Inocencia que con su predecesora María de los Ángeles. Y desde luego que Machado estaba mucho más contento con Inocencia, pues no compartía muchas de las decisiones de María, sino que más bien las toleraba en atención al respeto por el principio de autoridad. Además, Inocencia tenía mucha confianza con el fundador, y era más clara con él.

En 1900, en los inicios del gobierno de Cipriano Castro, se trató en el Congreso nacional el tema de las congregaciones religiosas. Con ocasión de ello, el fundador invitó a sus hijas a orar por esa intención, al tiempo que les animó diciéndoles: “no se preocupen por nada porque si las resuelven eliminar, por mi parte sé lo que haría con todas las hermanitas profesas, novicias y postulantes: nos vamos a fundar a Trinidad. No hablen ni piensen en esto, Dios lo arreglará, y ustedes cuenten con Dios y conmigo”<sup>22</sup>. A los tres días, vino Machado contentísimo y dijo a las religiosas: “¡se salvó la Patria! El Dr. Betilines, que era del congreso, dijo que dejaran ese asunto de las Religiosas, pues sería una nota muy discordante en la historia de Venezuela que fueran a echar de ella a sus hijas. Con esto convinieron todos y no hablaron más de este asunto”<sup>23</sup>. Fue una moción muy acertada, pues la mayoría de las que pertenecían a la congregación eran venezolanas.

El 9 de mayo de 1900 falleció a los 85 años de edad don Santiago, papá del P. Machado, que vivía junto a su hija Dominga en una casa al lado del hospital San José. Los padres del fundador están actualmente sepultados en la nave central de la Iglesia de San Sebastián de Maiquetía.

El domingo 21 de octubre de 1900, con la toma de hábito de cuatro postulantes, se completó el número de las cincuenta hermanitas que Machado le había prometido al P. Castro en Roma. Machado había dicho hacía siete años que esa sería “su fiesta”, pero para no darse importancia, la llamó “la fiesta de las cincuenta hermanas”, y con ese nombre pasó a la historia. Se realizó para la ocasión un solemne acto en la capilla del Asilo de la Providencia en Caracas, que contó con la presencia del P. Calixto González, fundador junto con Isabel Lagrange de las Hermanas Franciscanas del Sagrado Corazón de Jesús. También estuvieron

---

<sup>22</sup> DELFINA DE SAN JOSÉ, *Apuntes personales*, 24-9-1949, en: AHHPM.

<sup>23</sup> *Ibidem*.

presentes el P. Rafael Lovera y el invitado obligado Juan Bautista Castro, que para esa fecha era vicario general de la arquidiócesis de Caracas. El discurso del día estuvo a cargo del P. Ricardo Arteaga, canónigo de Caracas, quien habló magistralmente de la fundación de la congregación.

Esta fiesta de las cincuenta hermanas estuvo marcada por la alegría y el buen humor. Tanto que las hermanitas compusieron unos versos sobre la historia de las 20 y de las 50 hermanas, dedicadas al P. Castro, a quien se llamó “el vencido vencedor de la jornada gloriosa”. También se cantó por primera vez el himno de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, compuesto expresamente para esa solemnidad por el doctor Domingo Alas. En ese mismo acto las hermanitas pidieron al vicario Castro el permiso para llamar al fundador con el título de “Nuestro Padre”, y en el acto Castro les concedió lo que pedían. Cerró el día festivo una meditación pronunciada por el presbítero Reinaldo Esculpi, cura de El Recreo.

Unos días después de esa fiesta, Caracas y otras ciudades de Venezuela sufrieron un violento terremoto el 29 de octubre de 1900 a las 4 de la tarde. Varias ciudades quedaron en ruinas. Además, cayeron fuertes lluvias en Venezuela y se desató una epidemia de gripe. Macuto, La Guaira y Maiquetía se vieron muy afectadas por el terremoto, y las hermanitas que trabajaban en La Guaira y en el hospital San José tuvieron que multiplicarse para atender a tantos afectados. La hermana Trinidad Orta, una de las primeras, se entregó tanto para auxiliar a los enfermos y afligidos por la tragedia, que también contrajo la gripe. El 26 de noviembre empeoró notablemente su salud. Fue atendida por el doctor José Gregorio Hernández, que en otras ocasiones había sido llamado para atender a los enfermos de los hospicios de las Hermanitas de los Pobres. Pero la hermana Trinidad no pudo curarse, y luego de recibir los últimos sacramentos y pronunciar sus votos *in articulo mortis*, murió el martes 3 de diciembre de 1900, a las 6:00 am, a sus 46 años.

Machado atendía por esas fechas el Asilo de la Providencia. Cuenta sor Delfina de San José que a ese Asilo “iban personas de todas las clases sociales buscándolo. En una ocasión entró un hombre joven, muy mal vestido, buscándolo. Habló a solas con él: me mandó Nuestro Padre a la ropería de Ancianos, a la Hermana encargada para que le mandara ropa, sombrero y zapatos como para un joven decente. La Hermana se esmeró, me entregó una ropa nueva, sombrero y zapatos nuevos. Todo se lo entregué a Nuestro Padre. Él muy contento, abrió la puerta de la sala, condujo al joven allí, cerró la puerta y lo dejó solo. Al rato salió un caballero bien vestido con ropa de casimir, dándole las gracias a Nuestro Padre,

y muy agradecido se fue. Entonces me dijo Nuestro Padre: coja esa ropa y quémela. La que dejó el joven no servía sino para el fuego”<sup>24</sup>. Este tipo de episodios se repetía con frecuencia.

Machado quiso extender las labores de la congregación fuera del territorio de la arquidiócesis de Caracas, pues era condición indispensable para que Roma concediera la aprobación definitiva a la congregación. El fundador eligió Barquisimeto, pues el vicario de esa Diócesis deseaba que las hermanitas fueran allá. Por ello el padre pidió a sus hermanitas a fines de 1900 que rezaran para que pudieran abrir una casa en Barquisimeto. La maestra de novicias le dijo: “prométale al Sagrado Corazón de Jesús que le pondrá ese Asilo bajo su patrocinio y que le dará su nombre, y verá realizarse la fundación”. El fundador respondió: “prometido”.

El 8 de abril de 1901 llegó el día en que se cumplió el anhelado deseo de abrir la primera casa de la congregación fuera de los límites de la arquidiócesis de Caracas, en la ciudad de Barquisimeto. Padre Machado, la madre Inocencia y sus hermanitas fueron recibidos apoteósicamente en Barquisimeto, por un nutrido grupo de gente a la cabeza del vicario capitular presbítero Águedo Felipe Alvarado (futuro obispo de Barquisimeto). A las hermanas y al padre les dieron en Barquisimeto el título de Misioneros de la Caridad. Así se fundó el Asilo del Sagrado Corazón de Jesús de Barquisimeto, para ancianos y necesitados, en el que quedó como superiora la hermana Victoria de San José.

Sin embargo, no todo fueron flores para la congregación, pues había también en Barquisimeto un grupo de personas prejuiciadas contra las hermanas, que pensaron quizás que su labor social tenía la intención de encubrir un pretendido proselitismo religioso. Ese grupo se opuso a la instalación del Asilo, llegando a ofrecer que llevarían a las hermanitas ante los tribunales y aún a la cárcel. Pero las hermanas contaron con la defensa del presbítero Francisco Arráiz, que las protegió contra el grupo opositor. Al final, fueron sólo amenazas, y no se concretó ningún hecho hostil.

Luego de dejar todas cosas en orden en el Asilo de Barquisimeto, donde recibió alabanzas pero también ultrajes, el fundador regresó a Caracas el 22 de abril.

Hasta esa fecha la congregación no había recibido aún la aprobación de Roma, así que el fundador se dispuso a viajar a la ciudad eterna con todos los documentos necesarios para solicitar de la Santa Sede la aprobación definitiva de la institución. La partida fue el 8 de mayo de 1901. El fundador llevaba consigo las Constituciones de la congregación que habían sido aprobadas por monseñor Uzcátegui en 1896, y las cartas de recomendación del arzobispo de Caracas, del vicario capitular de Barquisimeto y del delegado apostólico Giulio Tonti. En esas Constituciones estaba plasmado el carisma de la congregación, que consistía

---

<sup>24</sup> *Ibidem*.

en el cuidado y asistencia de los enfermos y los pobres de los hospitales, beneficencias y orfanatos, y en el sostenimiento de escuelas de pobres. Se puso bajo el patrocinio de San José y de Nuestra Señora de Lourdes.

En Roma se hospedó con los padres pasionistas, donde estaba también alojado un sacerdote que como Machado iba a presentar a Roma las Constituciones de una congregación que había fundado. Éste facilitó a Machado unas Normas, dadas por la Santa Sede para las congregaciones religiosas, que aún no habían sido publicadas pero que él había conseguido con un conocido en la Curia romana. Ello movió a Machado a elaborar de nuevo las constituciones de la congregación, ajustándose a las Normas de la Santa Sede, y así poder acelerar el proceso de aprobación. Mientras tanto, el fundador celebró sus bodas de plata sacerdotales el 23 de junio, en la “soledad” de la ciudad de Roma, lejos del calor de su patria y de sus hermanitas. Desde Roma escribió una carta a los enfermos de las casas de la congregación, en la que les habló de sus bodas de plata sacerdotales celebradas allá, al tiempo que les exhortó que ofrecieran a Dios sus dolores. También les reiteró que siempre se acordaba de ellos, sobre todo en la oración.

Una vez entregados los documentos necesarios al dicasterio vaticano competente, Machado visitó Lourdes, y llegó a La Guaira el 24 de septiembre de 1901, víspera del aniversario de la fundación de la congregación. Allí fue recibido por un nutrido grupo de gente, casi todos de la parroquia de Maiquetía, donde Machado había trabajado por 15 años. El padre, aunque no le gustaban los recibimientos ni los homenajes, nunca pudo detener la espontánea ovación de la gente del pueblo que le profesaba un cariño y una veneración muy particulares. Desde el puerto de La Guaira el padre fue conducido a la casa parroquial de Maiquetía, donde recibió unos obsequios que le habían preparado, y luego fue al hospital San José, donde le esperaban sus hijas y los enfermos. Allí se enteró que la madre Inocencia estaba muy enferma. Entonces se dirigió a Caracas a verla.

La salud de la madre Inocencia de San José se fue agravando poco a poco. El 1° de noviembre de 1901, día en que había recibido los votos temporales de catorce novicias en horas de la mañana, hacía ella sus votos perpetuos *in articulo mortis* a las 10:30 pm, pues su salud se agravó aún más. La madre Inocencia murió el 11 de febrero de 1902. El 12 de mayo de ese año emitían votos perpetuos las diez hermanitas más antiguas, ante el fundador de la congregación. La congregación era aún joven, y por ello hasta esa fecha no había hermanas con votos perpetuos, con excepción de las que habían fallecido, que los tuvieron que hacer *in articulo mortis*.

La aprobación de la congregación por parte de la Santa Sede no tardó en llegar. El decreto *Laudis* de aprobación definitiva de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía fue promulgado el 27 de abril de 1902. Según las constituciones aprobadas por la Santa Sede, en la congregación habría dos clases de hermanas: las coristas o limosneras,

que tendrían una dedicación exclusiva a las labores de la congregación, y las coadjutoras, que eran fundamentalmente ayudantes de las coristas. Esta división en dos clases de hermanas llevó con el tiempo a que las coadjutoras fueran de algún modo relegadas a un segundo plano en las decisiones de la congregación, por lo cual en 1909, a petición del mismo fundador y de la madre general de entonces, la Santa Sede dispuso que hubiera un solo tipo de hermanas.

En 1902 Machado fundó la Obra del Sufragio, elevada a Cofradía de ánimas por el arzobispo Castro, quien había aprobado sus estatutos en 1905. En 1906 fue unida a la archicofradía de Santa María Monterone en Roma. Esta iniciativa consistía en ofrecer oraciones e intenciones de Misa por las almas del purgatorio.

## **6. La plaza Lourdes de Maiquetía**

Otra obra socio-religiosa del P. Machado fue la construcción de la plaza Lourdes de Maiquetía, que hoy día constituye el centro cívico de esa ciudad. Esta es su historia: al frente de la Iglesia de Maiquetía había un terreno limitado por dos caminos y ocupado por algunos ranchos y modestas casas. Machado visitó a los propietarios de las tierras y viviendas y les propuso su compra, exponiéndoles al mismo tiempo la idea de erigir allí una plaza de utilidad pública. Desde 1889, el padre comenzó a recoger ayudas para comprar ese terreno. El 28 de diciembre de ese año realizó la compra de cinco mil metros cuadrados gracias a la generosidad de cinco benefactores.

En el centro de la plaza hizo levantar la imagen de la Virgen de Lourdes, dirigida hacia el templo de San Sebastián. La plaza fue inaugurada el 21 de febrero de 1902, bajo la bendición especial del papa León XIII, a través del delegado apostólico Giulio Tonti, que estuvo presente. También hicieron acto de presencia casi todos los obispos de Venezuela y alrededor de 25.000 peregrinos, muchos de los cuales tuvieron que ir a Macuto a hospedarse.

El monumento de la Virgen en la plaza es una copia exacta del de Lourdes. En Lourdes, Machado había pedido a un dibujante que plasmara en el papel una copia igual a los ramos eléctricos que la Virgen tiene a los lados, y se hizo del modo más fiel posible. La imagen era de tres metros de alto, para que se viera bien desde lejos. Estaba hecha de un metal especial para que no fuera afectada por el agua, y con una capa anticorrosiva para que no la deteriorara el salitre. Sin embargo, para mantenerla había que pintarla periódicamente.

Esa imagen fue coronada solemnemente por monseñor Juan Bautista Castro, arzobispo de Caracas, en febrero de 1907.

## **7. Machado y la Revolución Libertadora**

El general Cipriano Castro había asumido las riendas del país el 23 de octubre de 1899, luego de haberse proclamado vencedor de las lides que asolaron al país durante la Revolución Liberal Restauradora, de la que Castro era líder. Casi tres años después, a mediados de 1902, estalló un conflicto distinto que fue llamado la “Revolución Libertadora”, el cual sumió a algunas zonas de Venezuela en los horrores de la guerra.

Esta revolución fue encabezada por Manuel Antonio Matos, un rico accionista del Banco de Venezuela que se había negado conceder un préstamo al gobierno en 1900 para solventar la crisis económica que habían ocasionado las guerras. Por esta causa, Matos fue enviado con sus partidarios a la cárcel de La Rotunda por mandato de Cipriano Castro. Esto le llenó de resentimiento, y para vengase buscó el apoyo de las grandes transnacionales que habían tenido choques con el gobierno de Castro, y éstas ofrecieron a Matos un apoyo logístico con el fin de declarar la guerra a Cipriano Castro. Bajo el nombre de Revolución Libertadora, Manuel Antonio Matos reunió a varios caudillos y se enfrentó contra el gobierno del general Castro. Esta revolución comenzó con el levantamiento de Luciano Mendoza en La Victoria y se extendió por otras regiones del país, en especial en Oriente y en Guayana. Al principio la revolución fue acaparando triunfos, y Castro quedó reducido a Caracas, algunos estados vecinos y la región de los Andes. Pero aún así, a los que combatieron al general Castro les esperaba el fracaso. Rodrigo Conde narra que “los diferentes caudillos no supieron coordinar sus acciones, surgieron rivalidades e intrigas entre ellos y así se presentaron ante las tropas del Gobierno que les infligió una contundente derrota en la batalla de La Victoria, en octubre de 1902. De ahí en adelante los caudillos liberales no levantaron cabeza y no causaron serios problemas al poder central. Los restos dispersos se concentraron en Ciudad Bolívar, a las órdenes de Nicolás Rolando, quien fue definitivamente derrotado por Juan Vicente Gómez el 22 de julio de 1903. Aquí recibió la Revolución el golpe de gracia”<sup>25</sup>.

El levantamiento de Luciano Mendoza en La Victoria convirtió a esta ciudad en el foco central de la guerra, y sus horrores alcanzaron su cénit en octubre de 1902, con el sitio que preparó contra los revolucionarios el gobierno de Castro. Debido a los gritos de auxilio de los afectados por la guerra, la señora Maninat organizó un grupo de personas para que apoyaran con recursos a una embajada de voluntarios para auxiliar a los heridos por la guerra. A los grupos que iban a enviar a socorrer a los heridos les llamaron “Ambulancias”. La señora Maninat había pedido a las Hermanas de la Caridad de San José de Tarbes que se fueran a La Victoria a acometer esa empresa. Pero, además de la congregación referida, no había casi instituciones disponibles para tal servicio. Así que Maninat se dirigió al P. Machado, quien de inmediato respondió al S.O.S., con el estímulo de que se trataba de su pueblo natal.

---

<sup>25</sup> R. CONDE, *El renacer de la Iglesia*, Publicaciones UCAB, Caracas, 2005, p. 63.

Ante la urgente contingencia, Machado junto con la hermana Eugenia, vicaria general de la congregación (los hechos ocurrieron poco después de la muerte de la madre Inocencia y aún no había sido elegida la nueva superiora general), organizó a un grupo de Hermanitas de los Pobres, y partió con ellas a La Victoria a socorrer a los heridos y afectados por la guerra.

El grupo de Machado y sus hermanas pasaron a engrosar las filas de la recién fundada “sociedad de la Ambulancia”, instituida *ad hoc* por la Junta administradora de la arquidiócesis de Caracas. La Ambulancia de Machado la componían 8 hermanitas, 4 hijas de San José y 5 colaboradoras llamadas “Practicantes”. Con Machado iba también el P. Francisco Lovera.

El camino de Caracas a La Victoria no fue fácil, pues estaba interceptado por fuerzas revolucionarias. Además, durante las paradas tuvieron que atender a gran cantidad de heridos. El 22 de octubre de 1902 pasó Machado por Los Teques, junto al grupo de las doce voluntarias (entre hermanitas e hijas de San José) que habían ido con él. En Los Teques encontró con más de sesenta heridos, algunos mutilados y otros agonizando, y se dedicó con sus hermanitas a atenderlos. Se alojó dos días en el Hospital San Antonio, que dirigían las hermanas por él fundadas. Había allí algunos heridos recibiendo los cuidados necesarios. Machado y las hermanas que venían con él colaboraron con la atención de los heridos de San Antonio, que estaban siendo atendidos por el doctor Perdomo Hurtado. El 24 de octubre a las 11 de la mañana partieron hacia La Victoria en el único tren que había. También viajaron en él algunas tropas, que de paso les sirvieron como custodia y defensa.

El viaje estuvo lleno de dificultades. Tuvieron que parar varias veces pues cada puente debía ser revisado, ya que habían recibido la noticia de que la gente contraria había destornillado uno de los puentes. Por ello cada vez que divisaban un puente, los que iban en el tren temblaban de miedo.

Luego de pasar por el túnel 77, ya en horas de la noche, el tren comenzó a temblar como si estuviera sobre piedras. En efecto, los rieles del puente por donde iban a pasar estaban destornillados. Tuvieron que bajar, pasar caminando y ser transbordados a otro tren. El fundador se quedó ayudando a pasar las provisiones de un tren a otro. Luego, a las 3:00 pm., debieron parar por la misma razón entre un túnel y otro y allí pasaron 8 horas. A las 11:00 de la noche llegaron a La Victoria en medio de tiroteos y bullarangas. Algunos niños manifestaron su alegría al ver llegar a las hermanitas. Todos se dirigieron a la plaza mayor, donde fueron alertados por los guardias del cuartel. Atravesaron la ciudad y llegaron a casa de la familia Aponte, conocida del padre, donde además les esperaba Dominga Machado.

Al día siguiente Machado celebró la Misa con quienes le acompañaban en su parroquia natal, desayunaron y fueron conducidos a casa de Mercedes Landaeta de Richard

y su hermana Soledad, que con sus amigas y otros bienhechores habían logrado colocar en tres casas a cerca de doscientos heridos. Esas tres casas fueron convertidas en hospitales improvisados, y fue así que Machado comunicó al P. Castro, vicario general de Caracas, su llegada a La Victoria, informándole que habían tomado a su cargo tres hospitales.

Las tres casas-hospitales fueron custodiadas por Gabriel Rodríguez, hermano de monseñor Manuel F. Rodríguez, obispo de Guayana. Los heridos que había allí fueron asistidos gratis por los doctores Carías y Maldonado. Las hermanitas que vinieron con el P. Machado fueron llevadas a estas tres casas. La primera casa-hospital, llamada “La Trinidad” albergaba cerca de sesenta heridos. La segunda, que llamaron San José, tenía más de treinta; y la tercera unos noventa y seis, y la llamaron San Rafael en honor al arcángel al que habían encomendado su viaje a La Victoria. La vicaria general de la congregación, hermana Eugenia, se alojó en la casa-hospital San José.

Las Hermanitas de los Pobres, con su fundador al frente, se distinguieron por recibir a los heridos sin preguntar de qué bando eran. Este hecho lo reseñaron dos diarios: “La Religión” (18-7-1902) y “El Heraldo” (19-7-1902). En el artículo de La Religión se llamó al P. Machado “gloria de nuestro pueblo venezolano heroico y hospitalario”, y se dijo que “sus hospitales de Caracas, Maiquetía, Los Teques, Puerto Cabello y Barquisimeto, no sólo reciben los desgraciados o desamparados civiles; sino hasta los militares (...). Pero el Pbro. Machado y las Hermanitas de los Pobres, ven en los heridos, de uno y otro bando, hijos de una misma Patria y redimidos en una misma cruz. A sus hospitales pueden ir todos los heridos, sin preguntarles de dónde vienen, y si las respectivas Comisaría de Guerra darán o no raciones para ello. Eso no importa a la caridad”<sup>26</sup>.

Las hermanas permanecieron dos meses en La Victoria, hasta que quedaban sólo once pacientes, que fueron trasladados al Hospital San Agustín del estado Aragua porque aún requerían cuidados especiales. El 30 de diciembre de 1902, el presidente del estado Aragua, general Francisco Linares Alcántara, hijo del ex presidente del mismo nombre, y el doctor Fulgencio Carías, que había atendido junto a Machado a los heridos de La Victoria, ofrecieron en nombre propio y del presidente de la República un público agradecimiento al fundador de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía y a sus hijas a través de un documento fechado el mismo día. Además, no las dejaron ir sin antes hacerles un merecido homenaje con una velada artístico-literaria. También recibieron un homenaje quienes ayudaron a Machado en la atención a los heridos: los doctores Fulgencio Carías y Leopoldo García Maldonado, y los bachilleres Manuel Heredia Alas, Pedro E. Rebollo, César Amaral,

---

<sup>26</sup> Diario *La Religión*, 18-07-1902. El artículo concluía diciendo: “Adelante, Padre Machado, recoged en vuestros Hospitales, güelfos y filidinos, ambos son nuestros hermanos en Jesucristo. Dios está sobre todo y por sobre todo!”.



Francisco Troconis y José Antonio Reyes. Ese mismo día, buscando eludir más reconocimientos, Machado regresó a Caracas.

Era tanto el agradecimiento de la gente de La Victoria, que el 7 de enero de 1903 el gobierno del Estado Aragua propinó un homenaje a las Hermanitas de los Pobres, donde se reconocía la labor abnegada del presbítero Santiago Machado, quien condujo la gesta de las hermanas. Este reconocimiento se hizo aún cuando el gobierno sabía que las hijas de Machado, a instancias de su fundador, habían atendido a los heridos de los dos bandos.

## **8. El legado de Machado a la congregación**

La amenaza de las guerras no cesaba. En diciembre de 1902 se hallaban Machado y la hermana Esperanza en Puerto Cabello, cuando el día 12 esa ciudad fue sorprendida por el bombardeo de las armadas inglesa y alemana hacia el Fortín y el Castillo del Puerto.

Este conflicto armado entre Venezuela y tres potencias europeas (Inglaterra, Alemania e Italia) había comenzado el 9 de diciembre de 1902, cuando quince unidades de la armada inglesa y alemana atacaron en operación conjunta el Puerto de La Guaira. Así lo relata Manuel Rodríguez Campos: en La Guaira “tomaron, sin combatir, a 6 naves de guerra venezolanas; desembarcaron tropas en los muelles, de los cuales se apoderaron; a las 12 de la noche fuerzas armadas alemanas atravesaron la ciudad para conducir sus representantes diplomáticos a la flota y así ponerlos a salvo de una eventual represalia venezolana; a las 5:00 a.m. del día 10 los ingleses harían lo mismo, trasladando además a varios connacionales que exigían protección (...). Entre los días 12 y 13 siguientes, una expedición inglesa tomó por asalto el castillo Libertador y el fortín Solano de Puerto Cabello”<sup>27</sup>.

Debido al ataque en Puerto Cabello, hubo una gran alarma, pues se temía que la ciudad fuese tomada por los atacantes. Después de dos horas de combate, se solucionó el conflicto, y volvió la calma. Durante el intercambio de fuego, la casa de las Hermanitas de los Pobres había servido de refugio al cónsul alemán con su familia, y otras familias de nacionalidad extranjera. El bloqueo continuó, de forma menos agresiva, en los puertos de Venezuela hasta el 13 de febrero de 1903, día en que se detuvo la agresión extranjera gracias al compromiso por parte del gobierno venezolano de reiniciar el pago de la deuda externa. Sin embargo, aún con el bloqueo vigente, el fundador continuó con sus proyectos.

No olvidemos que la congregación estaba sin superiora general y había que elegirla. La elección de la nueva madre superiora se hizo el 19 de enero de 1903, al poco tiempo de que la hermana Eugenia y las que estaban en el sitio de La Victoria regresaran a Caracas el

---

<sup>27</sup> M. RODRÍGUEZ CAMPOS, “Bloqueo a las costas venezolanas”, en: FUNDACIÓN POLAR, *Diccionario de Historia de Venezuela*, tomo I, Caracas, 1997 (2ª edición), pp. 461-462.

30 de diciembre pasado. En esa época las casas existentes de la congregación eran las siguientes: Hospital San José de Maiquetía, Asilo de la Providencia de Caracas, Hospital San Juan de Dios de La Guaira, Beneficencia del Carmen de Puerto Cabello, Hospital San Antonio de Los Teques y Asilo del Sagrado Corazón de Jesús de Barquisimeto.

El fundador invitó al P. Castro a presidir el capítulo del 19 de enero. Fue elegida como superiora general la madre María de los Ángeles, que había ya desempeñado ese cargo antes de la hermana Inocencia. La vicaria continuó siendo la hermana Eugenia. Las consejeras elegidas fueron las hermanas Claudia, Dolores y Paula.

A mediados de mayo de 1903, Machado comenzó la visita canónica a todas las casas de la congregación. Durante la visita a la casa de Puerto Cabello, el consejo municipal de esa localidad pidió al fundador poner bajo la dirección de las Hermanitas la Casa de la Caridad que ellos habían establecido. Así se amplió más aún el radio de acción de la congregación, que iba creciendo debido a las solicitudes que se le hacían, pues su fama se iba extendiendo cada vez más. En esa casa eran atendidas en sus necesidades más básicas entre setenta y ochenta personas diariamente. Pero la atención de esa casa por las Hermanitas sólo duró cuatro años, pues los concejales del sector, al ser cambiado su presidente, introdujeron en la casa normas que no convenían a la naturaleza de la congregación.

El 15 de agosto de 1903 comenzaron su labor en Valencia, con el Asilo de María Auxiliadora, que hubo que fundar para socorrer a las personas que habían sido afectadas por la guerra que ya había concluido, y la peste que acababan de sufrir. Llegaron a Valencia cuatro hermanas y cuatro hijas de San José. La superiora era la hermana Dolores. El problema que tenían era que el edificio no era propio, y casi todo el dinero del que disponían se les iba en el pago del alquiler. El propietario, Domingo Quintero, les cobraba 30 pesos mensuales. La hermana Dolores tuvo que dirigirse al presidente del estado Carabobo, pidiéndole una ayuda mensual para el Asilo, y le fue concedida una asignación de Bs. 120 mensuales. Pero esta ayuda les fue quitada al poco tiempo por el cambio del presidente del estado. No volverían a dar la ayuda hasta el 26 de noviembre de 1907.

Es por ello que en 1904 la situación económica del Asilo era crítica, y las hermanitas alzaron un grito de auxilio. El presbítero Luis Ochoa respondió a la llamada de auxilio, y les cedió un terreno de su propiedad en unas ruinas denominadas "Sitio del Socorro". La entrega del terreno se formalizó en diciembre, pero las escrituras no fueron registradas sino hasta marzo de 1904. Sin embargo, el problema ahora consistía en pagar la construcción del Asilo sobre las ruinas que les habían entregado. Iban funcionando como podían en la edificación alquilada, pero pensaron cerrar la casa porque ya no había recursos para pagar ese alquiler y mucho menos para construir una nueva sede en el terreno que ya tenían.

Informado sobre ello, el padre fundador se dirigió al lugar a finales de 1906 a ver qué solución se podía dar al problema. Al poco tiempo llegaron unos amigos a visitarle, y el fundador les manifestó la preocupación que sentía ante el gran problema económico que había con el Asilo y la construcción de la nueva sede. Sus amigos comenzaron a deliberar cómo podían ayudarlo, y Machado les dijo en uno de sus arranques característicos: “no necesito más que real y medio, con eso tengo”. Aunque los amigos se echaron a reír, él insistió que eso era lo único que necesitaba. Entonces uno de los presentes, Ladislao Acosta, benefactor de las obras de la congregación, sacó su portamonedas y le dio real y medio al fundador. Machado lo tomó y mandó comprar un machete mediano, se fue con dos de los asilados al terreno y les pidió que fueran cortando el monte que estaba alrededor. Todos los presentes le ayudaron y consiguieron otras personas que imitaron el gesto. El padre contrató entonces a algunos obreros para que iniciaran la construcción, y continuó gracias a las limosnas que las hermanitas iban pidiendo a los valencianos. “La Sra. Lucrecia de Castillo, tomó a su cargo la distribución de listas para recaudar cinco céntimos semanales por persona, (...) y así recaudó la mayor parte de señoras y señoritas valencianas la suma necesaria”<sup>28</sup>. Se pudo terminar centavo a centavo el 15 de agosto de 1908. Al cabo fueron trasladados allí todos los ciegos y ancianos del Asilo María Auxiliadora, pero se le cambió el nombre a Asilo del Socorro, por llamarse así el lugar donde habían construido, y por ser Nuestra Señora del Socorro la patrona de Valencia. El Asilo fue bendecido en octubre de 1908.

Machado estaba también haciendo gestiones para conseguir una casa en Caracas que pudiera funcionar como casa generalicia de la congregación. Pensando en ello adquirió un terreno el pie del Ávila ubicado en el sector Sabana del Blanco en 1894. En 1898 pudo terminar de pagar el terreno con el propio peculio (en total, se pagó por el terreno la cantidad de Bs. 25.000), y pudo iniciar la construcción de una sencilla casona para que vivieran los obreros, que aún existe. En 1900 comenzaron las obras de construcción del edificio, gracias a las donaciones eventuales que le iban haciendo. La obra se paralizó por las guerras de 1902, pero en 1903 se reiniciaron los trabajos. El P. Machado urgió a los trabajadores a apurar la obra, que ya tenía mucho tiempo parada. Para poder costear los gastos de construcción, hubo que acortar los presupuestos de las demás casas, hasta el punto que en ese tiempo hubo hasta escasez de alimentos en los establecimientos de la congregación. Un médico que conocía los detalles de esa época, comentó lo siguiente: “La casa madre, fue construida con el hambre de las hermanitas”. Machado pudo concluir esa casa en 1904, y aprovechando que en junio de ese año el episcopado venezolano estaba reunido en Caracas, invitó a los obispos a bendecir los salones de la casa que hasta ese momento estaban terminados, el 18 de junio de 1904. La

---

<sup>28</sup> HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, “Bodas de oro de la Congregación de Hermanitas de los Pobres de Maiquetía”, 25-9-1939, p. 16, en: AHHPM.

bendición de los espacios fue hecha por el arzobispo Juan Bautista Castro, y seguidamente Machado ofreció a los obispos e invitados un frugal almuerzo.

El 24 de septiembre se trasladó el noviciado de la congregación a esa casa. Al poco tiempo la madre general, la vicaria general y algunas consejeras fijaron allí su residencia, pasando a ser en adelante la casa madre de la congregación.

El 17 de enero de 1906, la madre María de los Ángeles envió a la Santa Sede un informe acerca del estado de la congregación. El informe, que estaba autenticado por monseñor Juan Bautista Castro, reflejaba una congregación floreciente y prometedora, con una labor social muy fructífera. La superiora general apuntó que desde el punto de vista material, la congregación tenía “siete casas de pobres y enfermos y el noviciado. Las casas son: El Hospital San José, en Maiquetía.- El Asilo de la Providencia, en Caracas.- El Hospital de San Antonio, en los Teques.- El Asilo del sagrado Corazón de Jesús, en Barquisimeto; y el Asilo de María Auxiliadora, en Valencia.- El Noviciado lo tenemos en la Casa Madre, que la tenemos en construcción”<sup>29</sup>. El informe también señaló que “La casa del Hospital de san Juan de Dios, en la Guaira, fue suprimida por inconvenientes en su administración”. En cuanto al personal de la congregación, la misiva contabilizaba a “66 Hermanas profesas, 9 Novicias y 13 Postulantes”, así como a 311 asilados en las diferentes casas. En lo tocante al estado económico, decía que las casas se sostienen “con las limosnas que recolectan las hermanas de puerta en puerta y las que traen a ellas los bienhechores, con la limosna del Pan de San Antonio y con las economías que ocasionan varias industrias que tenemos en las casas para el gasto interior de ellas”. Sin embargo, reseñó la madre general, la labor se habría extendido más si no hubiera sido por las guerras en que ha estado envuelto el país, que “han sido muy grande obstáculo para el desarrollo de nuestra Congregación”<sup>30</sup>.

En 1906 tuvo lugar un impasse cuya protagonista era la hermana Paula Linares. Debido a que esta hermana estaba continuamente desaprobando las disposiciones de la superiora general y del fundador, se reunió el consejo general de la congregación (M. María de los Ángeles, hermanas Eugenia, Claudia y Dolores), y dictaminó deponerla del cargo de consejera general de la congregación. El consejo general adujo que Paula estaba dando escándalo a las otras hermanas, pues no estaba viviendo la obediencia, destruyendo así el principio de autoridad. Esto produjo una herida en la hermana Paula, que poco tiempo después se desató atacando al fundador.

Mientras tanto, las hermanitas que estaban en Barquisimeto fueron adquiriendo fama, y ello llevó a los moradores de El Tocuyo a hacer una petición al obispo de Barquisimeto, a

---

<sup>29</sup> MARÍA DE LOS ÁNGELES DE SAN JOSÉ, “Carta al Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares”, 17-1-1906, en: AHHPM (1889-1911).

<sup>30</sup> *Ibidem*.

Machado y a la superiora general María de los Ángeles, para fundar un asilo en el Tocuyo, pues había allí mucha gente necesitada. Los tres solicitados accedieron a la petición, y así se pudieron instalar allí las hermanitas el 25 de junio de 1906. La nueva casa se llamó Asilo San Antonio. La gente les recibió con gran alegría, sobre todo al fundador de la congregación, a quien los habitantes del sector admiraban grandemente. En el acto de recibimiento había sacerdotes, médicos y empleados del gobierno, acompañados de una gran multitud.

Dos años más tarde, el 21 de noviembre de 1908, a las 4:00 pm, se bendijo y se inauguró la capilla del Asilo, con la presencia del fundador, de la madre general y de algunas hermanas de Caracas que habían venido a acompañarles.

Las noticias de los frutos de la congregación traspasaron las fronteras de la patria, y el 19 de marzo de 1907 la superiora del Hospital San José de Maiquetía recibió una carta procedente de Colombia, firmaba por el doctor Rafael Rangel Gabiras, en la que solicitaba a la madre general y al fundador que las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía abrieran una casa en Barranquilla. En marzo de 1908 Machado aceptó la petición del doctor Rangel. Se escogió a la hermana Felicitas como superiora, quien iría acompañada por 4 hermanas y 4 hijas de San José. Éstas partieron el 5 de abril en el vapor “Guadalupe”, junto con el fundador y la madre general. Al llegar a Barranquilla, se trasladaron al Hospitalito que debía serles confiado y que estaba dirigido por masones, que pretendían que la institución siguiera dependiendo de ellos. Machado no aceptó, y al intercambiar opiniones con Rangel, resolvieron abrir una casa aparte bajo el subsidio del gobierno y la protección del pueblo. El doctor Francisco Parias Vargas cedió su propia casa para fundar el asilo, y las hermanas se instalaron definitivamente el 24 de mayo de 1908, en la quinta “El Silencio”, que estaba bastante retirada del centro comercial de Barranquilla. La casa tenía capacidad para ocho enfermos. Se le puso el nombre de Hospicio de San Antonio. El presbítero Carlos Valiente, amigo de Machado, prestó el dinero necesario para los gastos de mantenimiento del nuevo asilo de Barranquilla. El 13 de junio de 1908 Machado inauguró la casa con una sencilla ceremonia, y en adelante se llamó Asilo San Antonio. Luego de la inauguración del asilo, el fundador y la madre general regresaron a Venezuela.

Mientras tanto, en abril de 1908 se había desatado en Venezuela una alarma por la amenaza de la peste bubónica, y se había bloqueado la entrada de víveres y enseres por el Puerto de La Guaira, prohibiendo también el desembarco de las naves que llegaban a puerto. Eso produjo un desabastecimiento que afectó a la ciudad, y también a los hospitales y asilos de las Hermanitas de los Pobres. Tal como se temía, se registraron algunos casos de la peste, y fueron inmediatamente puestos en cuarentena, y algunos llevados al hospital San José. Al mismo tiempo, se desataron algunos casos de fiebre amarilla. Las hermanitas realizaron una labor intensa para atender a los afectados, y contaron con la ayuda del doctor Santiago Martínez, sucesor del doctor Leonardo Brito desde 1903. También se destacó en su acción a

favor de los enfermos de la peste el presbítero Luis Ramón Rada, gran amigo de Machado. Los mendigos, más susceptibles que otros a la peste, por vivir en la intemperie, ingresaron en masa al hospital. En una semana fueron admitidos más de veinticinco mendigos. La superiora del Hospital era a la sazón la hermana Marcelina de San José, que sería pocos años después la fundadora de las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver.

En el hospital estaba también la hermana Genoveva, que aunque estaba enferma, se dedicó a socorrer a los enfermos y a los mendigos del hospital. Las gestas de las hermanitas y de sus bienhechores durante esa contingencia duraron hasta el mes de junio, fecha en que Machado regresaba de Barranquilla. El 14 de junio, el fundador presidió una ceremonia de Primera comunión en la capilla del Hospital San José. Ese mismo día fallecía la hermana Genoveva a las 10:30 am, que aún enferma se había ocupado de atender a los apestados y de preparar a algunos para recibir la comunión.

El 15 de enero de 1909, poco antes de entregar el mandato como superiora general, la madre María de los Ángeles envió a Roma un informe sobre el estado de la congregación para la fecha. El informe añadió como novedad con respecto al informe de 1906, que el Asilo María Auxiliadora de Valencia es ahora el Asilo de Nuestra Señora del Socorro, e incluye la existencia del Hospicio de San Antonio en Barranquilla (Colombia), fundado en 1908. También dio cuenta del Hospital de la Caridad de Puerto Cabello, que habiendo sido subvencionado por el Consejo Municipal del mismo Puerto, fue suprimido porque dicho Consejo, en sus acuerdos de reglamentos y gastos, estableció normas “que pugnaban directamente con nuestras reglas y costumbres”<sup>31</sup>. También señaló la madre general que tenían “en la casa madre doce niñas pobres, para dar principio, Dios mediante, a la fundación de un Orfanato”<sup>32</sup>. Para esa fecha había en la congregación 72 hermanas profesas, 17 novicias y 9 postulantes. Además, la congregación había organizado un grupo de jóvenes, que aunque no llenaban todas las condiciones para formar parte de ella, eran honradas y laboriosas, y bajo el título de Hijas de San José eran Ayudantas en las obras de la congregación. A inicios de 1909 eran en total 117 Ayudantes. El personal que era atendido por la congregación para esa fecha en las diferentes casas era de unos 450, entre asilados y enfermos.

El 19 de enero de 1909, luego de haberse cumplido el periodo canónico de gobierno de la madre María de los Ángeles, se reunió el capítulo general de la congregación bajo la presidencia de monseñor Juan Bautista Castro, acompañado por el fundador. En el capítulo resultó elegida la hermana Felicitas de San José como superiora general (que se llamaba en

---

<sup>31</sup> MARÍA DE LOS ÁNGELES DE SAN JOSÉ, “Carta al Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares”, 15-1-1909, en: AHHPM (1889-1911).

<sup>32</sup> *Ibidem*.

el siglo Rafaela Serrano Guerra), y siguió la hermana Eugenia como vicaria. Como consejeras resultaron elegidas las hermanas Pastora, Esperanza y Ángela<sup>33</sup>. La madre María de los Ángeles se desempeñaría en adelante como secretaria general de la congregación. Felicitas había nacido en Charallave el 7 de marzo de 1871, y había ingresado en la congregación el 24 de febrero de 1899. Era muy cercana al P. Machado, y los serios conflictos que sufrió la congregación en 1911 le llevarían a dejar la misma el 5 de febrero de 1912.

El 31 de marzo de 1909, en respuesta a una petición que dirigió el fundador a la Sagrada Congregación de Religiosos, la Santa Sede dispuso que en adelante iba a haber en la congregación una sola clase de hermanas, llamadas coristas o limosneras, y que las coadjutoras debían asimilarse a las coristas.

A mediados de junio de 1909, los comerciantes de Caracas y los representantes del gobierno decidieron fundar un asilo para mendigos. La Junta presidida por Carlos Zuloaga llegó a la conclusión de que las personas más indicadas para dirigir el asilo eran las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, por lo cual se dirigieron al P. Machado para pedirle que aceptara que sus hijas llevaran el asilo. Ante peticiones semejantes Machado nunca había dicho que no, y esta no podía ser la excepción. Así que él mismo comenzó a moverse para buscar una edificación apropiada para el proyecto, y lo que consiguió fue la llamada “Estancia Cotiza”, ubicada al noroeste de la ciudad, que tenía que ser reparada casi totalmente por el estado en que se encontraba. Duraron dos meses las reparaciones, pues el edificio estaba en muy malas condiciones. Antes de terminar la reparación ya el gobernador del Distrito Federal había dado orden de reclusión para todos los mendigos que deambulaban por Caracas, alojándolos de manera provisional en dos sedes: primero en el edificio “El Polvorín” y luego en una casa cedida por el presidente Gómez llamada “El Empedrado”. Entre los mendigos recluidos había algunos heridos e inválidos de guerra, y en general fueron tratados despóticamente por las autoridades policiales, lo que provocó en ellos gran resentimiento. El 23 de octubre de 1909 se instalaron las Hermanitas en el Asilo, y el 24 recibieron a unas treinta mujeres. El 26 llegaban también alrededor de cuarenta hombres, y el 28 el gobierno nacional realizó la solemne inauguración. Las hermanas prepararon a los asilados para el día de la inauguración cortándoles el cabello y la barba, y cambiándoles de ropa. La ropa vieja fue incinerada. En la inauguración estuvieron presentes el general Ramón Ayala, en representación del presidente Gómez, y altas personalidades civiles, militares y eclesiásticas de Caracas. Entre los asilados había gente de todas las edades.

No todos los asilados eran mendigos, sino que algunos eran inválidos de la guerra, y se habían sentido humillados por la reclusión que les impuso la policía en los dos establecimientos anteriores, entonces se regresaron a sus casas a los pocos días de haber

---

<sup>33</sup> Cfr. HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, “Acta de elecciones”, 19-1-1909, en: AHHPM.

llegado al asilo recién inaugurado. Sin embargo, no todos los inválidos de guerra se fueron. Uno de ellos, hizo al poco tiempo una confidencia a una hermanita: “Nosotros, nos decía X, estábamos por demás disgustados con el Gobierno por el despotismo con que se nos trataba después de haber perdido parte de nuestros miembros en su servicio, y cuando nos comunicaron que vendríamos a parar a un asilo, nuestra indignación subió de punto y nos preparamos a hacer una ‘*sampablera*’ (un escándalo que termina a palos) si las Hermanitas no se portaban bien con nosotros. Esa era la determinación que teníamos y por eso únicamente nos resolvimos a venir con los otros en lugar de *huir*. Pero pasó el primer día... el segundo... el tercero... ah! Las armas se cayeron de nuestras manos y los infames propósitos de nuestro corazón!... Imposible, el cariño de Uds., su bondad, su caridad, nos rindieron y hoy... mejor es callar...”. De hecho, cuando alguna hermanita iba pasando por las piezas a recoger los bastones o las cosas que ya no les servían a los asilados, vieron cómo alguno le daba instrumentos cortantes, que habían preparado para la referida “*sampablera*”.

Además del cuidado de las hermanitas, los asilados de Cotiza recibían periódicamente la visita de Machado, que se dedicaba a enseñarles e instruirles en las virtudes de un buen ciudadano y de un buen cristiano. Al padre nunca le resultó difícil dirigirse a la gente sencilla o incluso ruda, porque era muy llano y muy desenvuelto. Entre los mendigos del asilo, Machado se sentía como entre los suyos, y eso los mendigos lo percibían inmediatamente y entraban en total confianza. También los sacerdotes Pierre Michaud y Mendoza ayudaron a Machado en la atención pastoral de los asilados de Cotiza.

A pesar de las diferencias que ya comenzaban a sentirse entre Santiago Machado y su amigo Juan Bautista Castro, el fundador invitó al arzobispo, como era su costumbre, a bendecir las nuevas instalaciones, lo que hizo en abril de 1910, cuando fue terminada la capilla del Asilo.

Un episodio de 1909 manifiesta el cariño paternal de Machado hacia sus hijas de la congregación. El fundador fue un día a visitar el hospital de Los Teques, y entró a ver a una hermana que estaba en su último periodo de la tuberculosis. Como sabía que la hermana tenía buen apetito, le preguntó: ¿qué le provoca comer?, y ella respondió con toda sencillez que le provocaba comer un pollito. El fundador le dijo: “¡Ah caramba!, eso es comida de ricos, pero vamos a ver cómo se le consigue”. Salió inmediatamente de la habitación, y atravesando el patio cayó un pollito medio muerto, que había soltado un gavián que lo llevaba agarrado con el pico o con las patas. Acto seguido lo tomó del piso y lo llevó a la cocina, pidiendo a las encargadas que le arreglaran el pollito a la hermana enferma y se lo sirvieran.

El 10 de agosto de 1910 se efectuó en el Hospital San José una velada en honor de Machado, organizada por la Junta “Padre Machado”, cuyo cronista era Manuel A. Mayorca. La Junta estaba presidida por el presbítero Luis Ramón Rada del Olló, gran amigo de Machado. En ella se tributó un público reconocimiento al fundador de las Hermanitas de los



Pobres de Maiquetía, y se desveló un retrato suyo, que desde entonces está colocado en la entrada del hospital. En el discurso que pronunció en ese acto, Rada comparó a Machado con Don Bosco, y llegó a decir que la obra de Machado, como todas las obras de Dios, “ha sido censurada, perseguida, calumniada”<sup>34</sup>. También se refirió a la “violencia” con que había vencido los obstáculos, que se puede interpretar como una referencia velada a su carácter impetuoso: “El Padre Machado (...) con voluntad rebelde y corazón grande, cumple el consejo del gran Vargas; ‘A los venezolanos hay que hacerles el bien aunque sea por la violencia’”<sup>35</sup>. Pero los homenajes a Machado estaban a punto de acabarse, y vendría un vendaval de ataques...

---

<sup>34</sup> L. R. RADA, “Discurso”, en: AA.VV., *Obsequio de la Junta “Padre Machado”*, Maiquetía, 18-11-1910.

<sup>35</sup> *Ibidem*.

### *Capítulo III*

#### **El proceso contra Machado (1910-1911)**

Desde que Santiago Machado fue “teniente cura” de Juan Bautista Castro, se fraguó entre ellos una amistad que duró muchos años. Entre los dos sacerdotes había mucha confianza, que llegó a convertirse en ocasiones en mutuo desafío amigable. Recordemos el reto que puso Machado a Castro de llegar a tener 50 hermanitas, y el desafío de Castro de que no llegarían ni a 20, metas que fueron celebradas en dos sendas fiestas: “la fiesta del P. Castro”, y “la fiesta de las cincuenta hermanas”.

Otra de las manifestaciones de su amistad, que llegaba incluso a admiración entre estos dos personajes, estuvo en las invitaciones que Machado solía hacer a Castro con ocasión de las fiestas religiosas que a menudo organizaba. En las predicaciones que hacía Castro por invitación de su amigo, solía alabar públicamente tanto a Machado como a su obra. Incluso, aunque Castro al principio no creyó en la posibilidad de fundar una congregación religiosa dadas las condiciones legales de Venezuela, y así trató de hacerlo ver a Machado, en 1896 el “vencido vencedor” emuló a su amigo fundando él también una congregación religiosa: las Siervas del Santísimo.

Al pasar de los años, Machado siempre mantuvo a Castro al corriente de sus múltiples actividades sociales y pastorales, y siguiendo esa línea fue fiel a su costumbre de invitarlo a predicar en las distintas festividades religiosas, o en los actos más trascendentales de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía. Cuando Castro asumió su cargo de vicario general de Caracas en 1900, Machado acudió siempre a él como a su superior, y cuando aquél llegó a ser arzobispo de Caracas en 1903, Machado siguió actuando según el principio de no hacer nada sin el obispo.

Con ocasión de los fuertes conflictos en la arquidiócesis de Caracas por la sucesión del arzobispo Uzcátegui, Castro fue fuertemente atacado por un grupo de sacerdotes encabezados por los presbíteros Ricardo Arteaga y Régulo Fránquiz. Esos ataques suscitaron como contrapartida el fiel apoyo de otro grupo más numeroso de sacerdotes, entre los que se encontraba Santiago Machado. Pero la defensa de Machado a su amigo Castro no fue correspondida, como veremos.

#### **1. La resolución del P. Machado**

En 1909, cuando faltaba poco tiempo para cumplirse los 21 años de la fundación de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, Santiago Machado resolvió separarse de ella, pues pensaba que la institución había cumplido su mayoría de edad, y tenía capacidad para gobernarse ella sola.

Por ese tiempo el fundador empezó a decirles a las hermanas que se fijaran en todo lo que él les enseñaba, pues así podían prepararse mejor para independizarse del él. Machado pensó en ir a vivir en casa de una familia amiga junto con su hermana Dominga, en calidad de pensionado.

Pero no fue ésta la primera vez que consideró seriamente independizarse de sus hijas. El 24 de julio de 1906 había pensado separarse de la congregación, fundamentalmente por dos razones: en primer lugar quería dedicarse a otras labores sociales y creyó que la congregación podía caminar por sí sola sin necesidad de tener al fundador a su lado. En segundo lugar, no quería dar más motivos de habladurías, pues algunos estaban diciendo que convivía con las hermanitas, e inventaban con ocasión de ello cualquier cantidad de fantasías malsanas.

Sin embargo, consideró que debía esperar un poco más, hasta que la congregación pudiera manejarse con más estabilidad. Pesaban también otras razones en esta espera: Machado había contraído numerosas deudas para poder iniciar las acciones sociales en las casas de beneficencia que se iban abriendo en diversas regiones de Venezuela, y en la ciudad colombiana de Barranquilla. Como la congregación aún no tenía personalidad jurídica, por mantenerse en vigencia el decreto guzmancista de la prohibición de los conventos, el fundador tenía todos los bienes de la congregación a su nombre. Pero también las deudas lo estaban. Por ello, pensó que no era prudente dejar a las hermanitas hasta que no hubiera saldado todas las deudas, para no cargar sobre ellas una preocupación que tuvo su origen en lo que consideró su “imprudencia”.

Sin embargo, en 1909 ya la decisión estaba tomada. Aunque la superiora general de entonces, la madre Felícitas de San José, y otras hermanas de su confianza, lo disuadieron para que no se separara del instituto, él decidió ese año ir a despedirse de todas las casas de la congregación. Para ello emprendió un viaje con la superiora general y una hermanita, con el fin de comenzar por las casas más lejanas. Primero fue a la de Barranquilla. Allí comunicó a sus hijas la resolución que había tomado, al tiempo que les intimó a cumplir fielmente las constituciones de la congregación. Luego se fue a El Tocuyo (estado Lara), y de allí pasó al “Asilo del Corazón de Jesús” en Barquisimeto. Desde allí se dirigió a la casa de Puerto Cabello, para ir acto seguido al “Asilo de Nuestra Señora del Socorro” en Valencia. En todas las casas, dio las mismas recomendaciones, y explicó a las hermanas que había comprendido que su presencia ya no era necesaria en la institución.

En la balanza de su decisión también pesaban las acusaciones y ataques que sobre él se venían haciendo desde 1901. También pensó en las consecuencias que esas habladurías iban a tener en la honra de las hermanitas que él había fundado.

Pues bien, en la capilla del Asilo del Socorro en Valencia, antes de partir a Caracas, ocurrió un hecho peculiar, que fue narrado por varios testigos oculares. En la capilla del Asilo del Socorro “se procedió como siempre a la exposición del Santísimo Sacramento, el domingo víspera de la partida para Caracas. Sucedió en esta exposición un acontecimiento muy raro y significativo. Como a las 10 de la mañana fui a hacer una hora de adoración a la Capilla, y me coloqué a la izquierda del altar, y al dirigir la vista a la Sagrada Custodia, noté que la Hostia había desaparecido y en el lugar de ella sólo se veía mi retrato, el busto solamente. Creyendo yo que esto fuera efecto de la luz de las ventanas que daban a la calle, me pasé para el otro lado y observé que se veía la custodia lo mismo que se veía del lado de la calle, no la Hostia sino mi retrato. Esto duró como una hora, al fin de la cual desapareció mi retrato y apareció de nuevo la Sagrada Hostia. Yo dije a los presentes: ‘Acontecimientos como éste han sucedido muchas veces en la Historia Sagrada, anunciando unas veces catástrofes y otras triunfos; veremos lo que esto indica...’. Al día siguiente emprendimos viaje para Caracas. Al llegar allá una Hermanita me llamó aparte y me dijo: Nuestro Padre, aquí estuvo un Sacerdote y le dejó a usted un recado: ‘dígame al Padre Machado que se prepara una persecución contra él; que no sea bobo, que se defienda’. Le contesté: ¿y qué puedo hacer yo? Toda mi vida he tenido muchos ‘émulos’, de los cuales he sufrido 14 persecuciones; ésta será la ‘15’. Pero como Dios ha sido siempre mi defensor, pues no he confiado jamás en nadie para mi defensa, sino en El, así como me sacó triunfante de las 14 primeras, me sacará también de esta. COMO ASÍ HA SUCEDIDO”<sup>36</sup>. El sacerdote que dejó el recado a Machado anunciándole en vendaval que sobre él se avecinaba, era el P. Pierre Michaud, de la congregación de los Hijos de María Inmaculada, que había trabajado como capellán en la Casa de Cotiza y en diversas obras sociales de Machado. El mismo que después de la separación del fundador de su congregación, fue confesor de las hermanitas.

Luego de este episodio se suscitó un vendaval de acusaciones y persecuciones contra Machado, como no había tenido lugar en toda su vida. Ello produjo una fuerte crisis en la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía.

Hubo un hecho que ocurrió con la hermana Paula, que ya llevaba consigo cierto resentimiento por haber sido destituida por Machado de una dignidad que ella se había arrogado, cuando se constituyó a sí misma en madre general a la muerte de la fundadora de la congregación en enero de 1893. Pero además, la hermana Paula había sido destituida del cargo de consejera general por su desobediencia tanto para con el fundador como para con la

---

<sup>36</sup> C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 63.

superiora general de entonces (María de los Ángeles), en 1906. La gota que rebose el vaso, vino con el siguiente episodio, ocurrido a finales de 1908.

En una ocasión Machado estaba visitando a los enfermos de la dependencia “La Estancia” de la casa madre de la congregación. Estando allí, reparó en un enfermo, llamado Federico, que tenía ya mucho tiempo postrado, y que por no poder valerse por sí mismo estaba en extremo desaseado de la cabeza a los pies. Federico, que era paralítico, tenía una afección intestinal y su estado requería una atención continua y un cambio de ropa frecuente. Al ver el estado del enfermo, el fundador pidió al instante que se hiciera presente la hermana encargada de aquel salón, que era a la sazón Paula Linares. Cuando ésta se presentó, el padre le preguntó: “¿Usted permitiría que su padre estuviera en ese estado?”. La hermana, no sabiendo cómo justificarse, le dijo: “Nuestro Padre, es que no tengo enfermero y mi voto de castidad no me permite...”. Sin dejarla terminar de hablar, el padre le dijo enérgicamente: “Hermana, ¿y usted cree que pecaría contra la castidad porque viera desnuda a ésa criatura que necesita de sus cuidados porque no puede valerse?”<sup>37</sup>. El fundador mandó a llamar de inmediato a la hermana Providencia, y le pidió que con la ayuda de un enfermero aseara al enfermo, y que tan pronto terminara le llamara. Providencia se hizo ayudar por un asilado al que llamaban “el Mocho”, y cuando bañó y cambió la ropa del enfermo, llamó a Machado, para mostrarle al enfermo ya arreglado. Él preguntó a Providencia en presencia de Paula: “¿Ud. faltó a la castidad al ocuparse del arreglo de este enfermo?”. Ella contestó que no, pues el Mocho le había ayudado. Paula manifestó un enojo sin igual, que le llevó a contarle su versión de los hechos a la superiora de la casa, la hermana Esperanza de San José. Paula se mostró escandalizada de que el fundador le pidiera que se pusiera en ocasión de pecado contra la castidad, y la superiora también se escandalizó. Fue así como Esperanza se puso del lado de Paula, y desde entonces ambas comenzaron a tramarse cómo hacer para que cesara el “despotismo” del fundador.

Por su parte Machado, para que en el futuro los enfermos no se encontraran en estado de descuido, redactó en esos días unos reglamentos sobre las obligaciones de las hermanas para con los enfermos, que fueron considerados muy rígidos por algunas. Las normas redactadas fueron impresas, copiadas y distribuidas en las casas de la congregación. Pero ello comenzó a producir el descontento de algunas hermanitas para con el fundador, y a partir de allí le miraban con gran recelo.

Algunas hermanas, azuzadas por Paula y Esperanza, quedaron perplejas al leer las nuevas reglas, pues pensaban que si no cumplían el reglamento faltarían a la obediencia, pero si lo hacían faltarían a la castidad. El problema de conciencia de algunas hermanas más escrupulosas pasó a ocupar las mentes estrechas de algunos confesores, que invitaban a

---

<sup>37</sup> *Ibidem.*

algunas en el tema del cuidado a los enfermos a salvaguardar la “castidad” en desmedro de la obediencia. En este sentido, hay que señalar que, sólo en la casa madre de la congregación, había 24 confesores ordinarios. Es muy fácil suponer que no todos los confesores tenían el mismo nivel de ciencia ni de sentido común; además, algunos tenían ojeriza a Machado. En medio de esos descontentos y perplejidades, algunas hermanas pidieron una revisión de esas normas a los sacerdotes expertos en Derecho Canónico, mientras que la disposición del fundador iba quedando cada vez más en entredicho.

Sin embargo, según algunos testimonios, las que hacían oposición al fundador eran poquísimas. Herminia de San José dice al respecto: “La casi totalidad de ellas admiraba la virtud del venerable Fundador y su gran fervor y celo en el servicio divino. Su trato con las Hermanitas, recuerda una de las antiguas, era circunspecto y aún serio; algunas veces ocurrente, para alegrarlas, muy paternal para remediar las necesidades espirituales y materiales de sus hijas. Nos encomendaba mucho la observancia de nuestros Votos, y la Regla y las Constituciones; la caridad fraterna, la humildad, la guarda de las miradas, aún unas con otras”<sup>38</sup>. Es curioso que se haya dicho tanto de un sacerdote que era tan cuidadoso en el punto del pudor y la castidad. Las recomendaciones que solían dar los sacerdotes en esa época sobre esos temas, máxime los fundadores, eran extremadamente cuidadosas, por no decir exageradas. Sin embargo, algunas hermanas se escandalizaban de que Machado fuera tan exigente de palabra, pero que al mismo tiempo las hiciera poner en peligro al colocar en entredicho “el pudor” en el trato con los enfermos.

## **2. *Adversus Machado: Aversa contra Santiago***

En medio del revuelo que se había armado dentro de la congregación por las nuevas reglamentaciones impuestas por el fundador, y por los comentarios que corrían por los pasillos sobre su moralidad, el 3 de diciembre de 1909 llegó a Venezuela monseñor Giuseppe Aversa, para encargarse de representar a la Santa Sede en este país, que no tenía hasta esa fecha un delegado apostólico.

El 5 de diciembre Giuseppe Aversa fue recibido por el cabildo metropolitano en la catedral de Caracas, donde se cantó un *Te Deum* en acción de gracias. Las palabras de bienvenida estuvieron a cargo del presbítero Marcos Sergio Godoy. Aversa venía a Venezuela para controlar el estado de la Iglesia en el país, que se mantenía a la expectativa en los inicios del gobierno de Gómez. Su intención era “poner orden” en el clero de Venezuela, incluido el episcopado. Y para ello se informó minuciosamente de todo lo que

---

<sup>38</sup> HERMINIA DE SAN JOSÉ, “Sombras del cuadro”, s/f, en: AHHPM (sin numerar).

pudo, y empezó a enviar informes a la Santa Sede, siempre con un tono definitivamente negativo.

Con la llegada del nuevo delegado, el problema que se había formado en la congregación se fue ahondando cada vez más. Aversa recibió a la hermana Paula, que tenía algo muy serio que contarle, algo que hoy llamaríamos “una bomba”. La supuesta “bomba” consistía en que Machado habría dejado embarazada a una postulante de la congregación.

Los hechos ocurrieron del siguiente modo. En medio del gran descontento de Paula, ingresó a la congregación una sobrina suya que ya estaba embarazada sin saberlo. Cuando se comenzó a notar su estado de gravidez, Paula se lo imputó a Machado, pues era el único hombre que visitaba la casa donde habitaba la hermanita embarazada. La postulante dejó de inmediato la congregación, pero el honor del fundador ya estaba cuestionado. Esto produjo un gran escándalo dentro de la institución, y una marcada división entre las hermanas. Paula escribió de inmediato una carta a Roma, luego de haber hablado con Aversa, acusando al fundador de haber dejado embarazada a su sobrina.

Entre las que se unieron a la hermana Paula contra el fundador se cuentan las hermanas Vicenta, Enriqueta<sup>39</sup>, Ángela y otras. Se añade a la lista, según su propio testimonio, Pastora de San José, que pertenecía al consejo general. También estaba allí Esperanza, que logró ser nombrada, después de todo el proceso, superiora general de la congregación. Pero las que al principio dirigieron todo el escándalo fueron, según Soria, Paula y Vicenta (que se llamaba en el siglo Luisa Troya).

Las hermanas Paula y Vicenta contaron a monseñor Castro y al padre Navarro que el fundador había dejado encinta a la sobrina de Paula, y ellos le creyeron, y desde entonces se distanciaron de su amigo. Así, ellos corroboraron con Aversa todo lo que las hermanas habían dicho al delegado.

Prevenido como estaba contra los “sacerdotes malos”, Aversa, que ya conocía a Machado, cuya obra le produjo al principio muchísima admiración, recibió a la hermana Paula, quien le presentó todas sus quejas. Entre otras cuestiones, según Paula, Machado “se ocupaba demasiado de las cosas de la Congregación”. Pero además de acusarlo ante Aversa, Paula envió a Roma las normas que había redactado el fundador, anexadas con una carta firmada por ella y siete hermanas más, donde lo acusaba de ponerlas en ocasión de pecado

---

<sup>39</sup> Enriqueta de San José se arrepintió luego de haber formado parte de este grupo. Ella envió más tarde una carta a Machado a Roma, y recibió de él como respuesta una preciosa misiva. Ella es la autora de la primera Historia de la congregación en la que muestra gran cariño, respeto y gratitud al P. Machado. También escribió “Sombras del cuadro”, donde queda clara la inocencia de Machado de todos los cargos que se le imputaban.

contra la castidad, debido a las reglamentaciones recientemente redactadas sobre el cuidado de los enfermos de las casas de la congregación.

Con la cabeza llena de resquemores, el 13 de febrero de 1910, Aversa envió a la Santa Sede un informe titulado: “Un fenómeno extrañísimo: El Pbro. Santiago Machado”. En ese informe anexó la carta de Paula, en la que se acusaba gravemente a Machado de las cosas ya referidas.

El fenómeno extrañísimo, que Aversa dice jamás haber observado en toda su vida, “digno verdaderamente de un estudio especialísimo”, consistía en que Machado era un hombre de una actividad “casi fenomenal”, presente en todos los ambientes religiosos y sociales: en la capilla para la adoración del Santísimo, en la casa de las hermanas para predicar retiros, en el hospital para visitar a los enfermos, en la peregrinación a la Virgen de Lourdes, instituida por él, etc., pero era al mismo tiempo “un hombre corrupto hasta la médula de los huesos”<sup>40</sup>. Además, apuntaba el informe, es un hombre del que hablan todos los periódicos. Pero lo extraño del fenómeno, según Aversa, consistía en que ese “Don Bosco de Venezuela” (así le llama) “ha sabido mezclar en sí las buenas obras de celo, de piedad, de la devoción al Santísimo, a la Virgen Inmaculada, con la corrupción carnal, la más baja”<sup>41</sup>.

¿Y en qué consistía la “corrupción carnal” de Machado? Según ese informe, consistía en que consentía, e incluso así lo dispuso en las normas, en que las Hermanitas de los Pobres bañaran a los enfermos, “desnudándolos completamente”. Aversa añadió a todo esto que Machado tenía una “vida disipadísima”, y que incluso “mantiene a una viuda”. El delegado apostólico apuntó que había ido a ver al arzobispo Castro para hablarle del asunto, y que éste le confirmó en toda esa información, añadiendo que “había perdido toda esperanza de encaminar al P. Machado por la buena vía”<sup>42</sup>.

Al final del informe, Aversa reconocía que “la reputación del P. Machado ante la sociedad es intachable”. También dijo que “las hermanas a excepción de pocas (...) lo creen un santo. Él predica a ellas la virtud, el celo, el amor de Dios y del prójimo, el premio y el castigo eterno”<sup>43</sup>. A pesar de ello, el informe deja, en su lectura global, muy mal parado a Machado ante la Santa Sede.

Las obras de Machado causaron tanta admiración a Aversa que llegó a compararlo con San Juan Bosco. Además, reconoció que Machado tenía una reputación intachable entre

---

<sup>40</sup> G. AVERSA, “Informe al cardenal secretario de Estado: Un fenómeno extrañísimo: El Pbro. Santiago Machado”, 13-2-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 32.

<sup>41</sup> *Ibidem*.

<sup>42</sup> *Ibidem*.

<sup>43</sup> *Ibidem*.



la gente y entre la mayoría de las hermanas, que lo consideraban un santo. Pero el informe mostró con asombro que esos aspectos positivos de la persona del fundador se hubieran mezclado con la corrupción carnal más baja. La primera baja corrupción carnal que refiere el informe es que las Hermanitas de los Pobres, con el consentimiento del fundador, lavaban a los enfermos desnudándolos completamente. Detengámonos acá por un momento. En la cuestión específica del cuidado de los enfermos, Aversa estaba prevenido y prejuiciado contra Machado, pues ya había recibido las acusaciones de la hermana Paula al respecto, que estaba personal y profundamente herida por ese asunto. Para hacer un juicio ponderado sobre la cuestión del modo de practicar la higiene a los enfermos, hay que ubicarse en el contexto: estamos ante un hombre sumamente exigente en lo que al cuidado y limpieza de los enfermos se refiere, que vió a un enfermo en una situación higiénica deplorable, debido a lo que él interpretó como la negligencia de una religiosa, que se excusó aduciendo razones de castidad. Y Machado, como fundador de una congregación que tenía como carisma el cuidado de los enfermos, sintió que no podía tolerar que se descuidara la limpieza de los asilados, y mucho menos que la castidad tuviera que ser un obstáculo para ello. Hay que tener también en cuenta las costumbres de la época, en la que existían una cantidad de tabúes culturales en el tema de la sexualidad, donde se llegaba al extremo de especificar a cuántos centímetros (mientras más, mejor) por debajo del codo y de las rodillas se debía confeccionar el hábito de una religiosa o el uniforme de una enfermera. Nos encontramos además ante un hombre de vanguardia en este tema, que anteponía el bien de los enfermos a las visiones estrechas de una época llena de formalismos. Por lo demás, ¿quién podría decir hoy día que una enfermera cristiana falta contra la castidad porque tiene que lavar y practicar la higiene a un anciano que no puede valerse por sí mismo?

El informe de Aversa habló de otras dos “corruptelas” en el fundador: “vida disipadísima”, y “mantener a una viuda”. Estas dos “corruptelas”, por lo vagas e imprecisas que son, no merecen más comentario que el siguiente: “mantener a una viuda” no parece ser nada malo, sino más bien una obra de caridad, mientras que tener una “vida disipadísima” no tiene nada de concreto, y parece más un prejuicio que una acusación.

El tono en que está escrito el informe invita ciertamente a descalificar al acusado. Pero al final, puede uno quedarse con la impresión de que lo que Aversa llama “las bajezas morales” del P. Machado hayan sido el fruto de una audaz y fantasiosa imaginación alimentada de grandes prejuicios. En efecto, Aversa estaba envenenado contra Machado, y se afianzó más aún en su actitud cuando Castro le confirmó en todas las acusaciones que cargaba sobre el fundador de las Hermanitas de los Pobres. También hay que decir que los cánones de la época eran excesivamente puritanos, y en ese punto tanto Aversa como Castro manifestaron de modo particular ser hijos de su tiempo.

El 19 de febrero, Aversa envió otro informe sobre el caso Machado, esta vez al cardenal Vives y Tutó, prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos. En este informe dijo que Machado “deja muchísimo que desear desde el punto de vista de la moral”, especificando que “obliga a las Hermanas contra su voluntad a servicios muy delicados, hasta desnudar a los enfermos completamente para lavarlos y curarlos”<sup>44</sup>.

Debido a los informes tan negativos de Aversa, al poco tiempo se ordenó desde Roma hacer una investigación a fondo de lo que estaba ocurriendo en la congregación de las Hermanitas de los Pobres, nombrando visitador apostólico al otrora amigo incondicional de Machado, el arzobispo Juan Bautista Castro.

Inocente de todo lo que se estaba fraguando contra su persona desde la delegación apostólica en Venezuela, Machado escribió una carta a monseñor Aversa (fecha el 15 de abril de 1910), en la que pedía le fueran concedidas de la Santa Sede facultades para bendecir medallas que sustituyeran al escapulario del Carmen, al tiempo que le informaba sobre la decisión de la Santa Sede de permitir que las Hermanitas de los Pobres recogieran limosna en Caracas. Mientras él estaba ocupado en las cosas espirituales, Aversa lo estaba en acusarle ocultamente. No hace falta decir que el delegado no hizo ni el más mínimo caso a la petición del fundador, que era algo insignificante comparado con lo que se avecinaba.

En julio llegó a la delegación apostólica una misiva de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, fechada el 5 de junio, en la que se pedía que se avisara al P. Machado que fuera a Roma cuanto antes, pues debía comparecer ante la Sagrada Congregación de Religiosos, de acuerdo con el decreto del 1º de junio de 1910 emanado por el Santo Oficio. En esa carta se pidió que se interrogara a las hermanitas “que posean ciertos conocimientos para declarar no sólo sobre el desorden que reina en el Instituto por culpa del Padre Machado, sino también, y particularmente sobre los atentados vergonzosos que hayan sufrido personalmente de él o sepan haber sufrido otros. Lo mismo deberá hacerse por las acusaciones hechas al mismo sacerdote acerca de sus relaciones inmorales fuera del Instituto”<sup>45</sup>. El Santo Oficio mandó a instruir el caso como si se tratase de un delito de sollicitación *ad turpia* (sobre pecados contra el sexto mandamiento del decálogo, que añadían una malicia peculiar con la cualificación de sacrilegio, pues habrían sido presuntamente cometidos con mujeres consagradas, y lo que es peor, su autor sería un sacerdote), pidiendo que el proceso se realizara bajo el más absoluto secreto. Sin embargo, lo que supuestamente se estaba llevando a cabo en un riguroso sigilo

---

<sup>44</sup> G. AVERSA, “Carta al cardenal Vives y Tutó”, n° 411/1465, 19-2-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 34.

<sup>45</sup> SUPREMA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL SANTO OFICIO, “Carta al delegado apostólico en Caracas”, 5-6-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 39.

trascendió al ámbito público, pues algunos implicados filtraron algunas informaciones, que creó en torno un clima muy turbio.

Mientras tanto, Aversa enviaba a la secretaría de Estado Vaticano, el 9 de junio, una comunicación a la que anexaba dos cartas de dos hermanas (una de ellas era Paula de San José), en la que a las acusaciones que habían hecho contra Machado añadían que éste se había descargado violentamente con un padre capuchino de nombre Constantino de la Vega, que era confesor de esas dos hermanas. La minuta de Aversa concluía que Machado “quería tener el monopolio de la confesión de las Hermanas”<sup>46</sup>.

Sobre este punto cabe hacerse una pregunta: ¿Por qué había tantos confesores en la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, si no es porque el fundador les daba libertad para que escogieran el confesor que quisieran, siempre que estuviera aprobado por el arzobispado? Además, esta referencia acerca del enfrentamiento de Machado con un capuchino tenía una segunda intención: hacer más odioso a Machado ante el prefecto de la Congregación de Religiosos, el cardenal José Vives y Tutó, que también era capuchino. Esto se infiere por lo que escribió Aversa en la carta que envió el 16 de julio a Vives: “su tiro al blanco actual está formado por los religiosos Capuchinos y particularmente el P. Constantino de la Vega, que es un piadoso y santo religioso. El P. Machado por motivos fáciles de comprender se abstendrá quizás de lanzarse contra los capuchinos”<sup>47</sup>. En efecto, lo más probable es que entre esos “motivos fáciles de comprender” esté la pertenencia del cardenal Vives a la orden capuchina.

En definitiva, aunque Machado tenía en 1910 una excelente reputación entre la gente del pueblo de Maiquetía, y también de Caracas, no fue así entre algunos altos eclesiásticos. Apenas once meses después de su llegada a la delegación de Venezuela, Giuseppe Aversa tenía subjetiva certeza de la inmoralidad de Machado, y de esta “certeza” continuó haciendo apología. En carta del 3 de octubre de 1910 al secretario de Estado Vaticano Merry del Val, Aversa hizo una descripción del estado de los sacerdotes en Venezuela, y se quejó amargamente de las bajezas morales del clero, toleradas por algunos obispos (como Juan Bautista Castro) hasta límites insospechados. Y como ejemplo de este mal endémico puso a Santiago Machado: “V. E. ya conoce los increíbles desórdenes del P. Machado que continuaría con sus famosas hazañas si yo no le hubiese roto, como se dice, los huevos en el

---

<sup>46</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Merry del Val”, 9-6-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 40.

<sup>47</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 16-7-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 43.

cesto”<sup>48</sup>. Lo único positivo de Machado que podemos ver en esta exposición es que habían cesado “sus hazañas”. Pero, ¿realmente existieron esas “famosas hazañas”?

### 3. La huida a Roma (julio de 1910 – enero de 1911)

Como ya hemos acotado, Aversa había recibido de la Santa Sede un oficio (fechado el 5-6-1910) en el que se le ordenaba llamar a Machado a Roma para que aclarara los asuntos referentes a la congregación. Contemporáneamente, Machado fue también invitado a ir a Roma por el cardenal José Vives y Tutó, prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos, a quien conocía desde que era un fraile capuchino, y a quien siempre consideró su amigo. Sin embargo, aunque Machado tenía sus sospechas, el proceso que contra él se había iniciado se fraguaba en el más absoluto secreto. El mismo Aversa reconoció que aunque Machado ignoraba lo que verdaderamente estaba pasando en cuanto a su persona, “sospecha de dónde proceden las acusaciones contra él”<sup>49</sup>. ¿De dónde? Nada menos que de la delegación apostólica.

Según el testimonio de María Curiel, antes de viajar a Roma, Machado reunió a las hermanitas de la Casa madre, donde actualmente está San José del Ávila, y mandó a hacer dos filas en la capilla para despedirse de ellas. Conforme iban pasando, les ponía las manos sobre la cabeza, mientras las bendecía. Continúa Curiel, tal como se lo contó una religiosa que fue la protagonista del relato: “Al terminar nos dijo, la que quiera confesarse, puede ir al confesionario que ya yo voy para allá. Enseguida fuimos sus hijas espirituales. Después que me confesé me dijo: Me llaman de Roma, no sé qué pueda pasar; pero pase lo que pase, yo siempre seré su padre. Uds. obedezcan siempre a la Iglesia”<sup>50</sup>.

Así pues, antes de que se iniciaran los minuciosos interrogatorios de Aversa a las religiosas de la congregación, Machado se dispuso a viajar a Roma para intentar resolver allá el problema que se había iniciado, y para llevar unas correspondencias para el papa que le había dado monseñor Aversa, que estaban selladas y no podían ser abiertas hasta llegar al destinatario.

Desde la delegación apostólica le seguían minuciosamente los pasos. Y eso era muy fácil, pues el fundador siempre mantenía informado al arzobispado y a la delegación acerca de todo lo que hacía. Fue así como la delegación apostólica pudo informar con lujo de

---

<sup>48</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Merry del Val”, 3-10-1910, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 295, p. 102.

<sup>49</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Merry del Val”, 18-7-1910, n° 362/1803, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 45.

<sup>50</sup> M. CURIEL BRAVO, “Testimonios”, en: AHHPM (libro sin clasificar), p. 4.

detalles, en una carta del 15 de julio de 1910, que Machado viajaría a Roma el 18 de julio, en el vapor español de la Compañía Transatlántica “El Monserrat”<sup>51</sup>. Como solía ocurrir en las cartas de Aversa sobre Machado, ésta también tenía el respectivo comentario negativo. En esta ocasión sólo diría: “el Padre Machado tiene una lengua infernal”<sup>52</sup>.

En efecto, su partida para Roma tuvo lugar el 18 de julio de 1910, en el vapor Monserrat, que haría escalas en Puerto Rico, Curazao, Cádiz y Génova. Llegó a Roma el 10 de agosto, y se instaló en una residencia de sacerdotes. En un principio se dedicó a rehacer las Constituciones de la Congregación según los últimos decretos emanados por la Santa Sede.

Una de las primeras cosas que hizo en Roma fue entrevistarse con el cardenal Vives. Al parecer, esa entrevista tuvo lugar en la primera quincena de septiembre, pues durante el mes de agosto el Vaticano estaba paralizado por vacaciones, y en carta del 15 de septiembre Machado dejó ver que ya había realizado la visita al prefecto capuchino.

Mientras estaba en Roma, la joven que había salido de la congregación por estar embarazada, al conocer que se estaba llevando a cabo un proceso contra el fundador, confesó públicamente que había sido presionada a callar por las hermanas Paula y Vicenta acerca del verdadero padre de su criatura (un joven con quien había estado antes de ingresar en la congregación). Sin embargo, ya los comentarios estaban rodando, y casi nadie quiso dar a Machado ni siquiera el beneficio de la duda.

Estando en Roma, se instaló en una residencia de sacerdotes, y se asesoró sobre cómo debía defenderse en el juicio eclesiástico. Uno de los religiosos, que sabía de derecho procesal, le recomendó que si no quería presentarse al juicio, tenía derecho de hacerse representar por otro sacerdote que pudiera hacer las veces de abogado. El religioso también le recomendó y dio el nombre y la dirección del sacerdote que podía hacerlo. A Machado le pareció bien esta idea, porque no quería ponerse en ocasión de descargar su ira contra el tribunal eclesiástico en caso de que éste le condenara. Así se dirigió en un taxi a la residencia del sacerdote que le habían recomendado. Para distraerse en el camino sacó de su bolsillo el ejemplar de “La Imitación de Cristo” de Tomás de Kempis, que siempre llevaba consigo, y lo abrió en el capítulo 39, que dice: “Que el hombre no sea inoportuno en los negocios, hijo, encomiéndame siempre tus negocios porque Yo los dispondré bien y oportunamente. Espera mi voluntad y sentirás provecho”. Al leer esto, pensó que era una señal divina para dejar el asunto completamente “en manos de Dios”, y pidió enseguida al chofer que le regresara al lugar donde le había recogido. Pero una vez en la residencia, hizo el firme propósito de ir a

---

<sup>51</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Merry del Val”, 15-7-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 42.

<sup>52</sup> *Ibidem*.

enfrentarse a la acusación en la persona del mismo papa. Ahora bien, aunque dejó en manos de la Providencia lo que sería su defensa, y no quiso que ningún sacerdote experto en derecho lo representara, nunca fue llamado por el Santo Oficio a presentar su defensa.

Machado llevaba consigo una correspondencia para el papa Pío X. Pidió una audiencia, y cuando fue recibido, ya el papa estaba informado sobre la cuestión. Al presentarse, y puesto de rodillas, el fundador le dijo al papa quién era, y éste se le quedó mirando. El fundador le entregó la correspondencia que llevaba, y Pío X le dijo: “Levántese, Padre, que en su rostro se ve la inocencia y esta correspondencia que usted trae inocentemente son más acusaciones e infamias contra usted”<sup>53</sup>. Se levantó sorprendido, sin saber qué decir ni hacer.

Aunque estaba alentado por las palabras del papa, Machado quería saber el resultado de lo que ocurría en Venezuela con ocasión de las investigaciones e interrogatorios de Aversa a las hermanas.

Antes de tener más tiempo de informarse, le llegó la respuesta del Vaticano, y fue llamado a las oficinas del Santo Oficio no para que presentara su defensa, sino para comunicarle un veredicto. El miércoles 9 de noviembre de 1910 se le dio a conocer que el Santo Oficio había tomado la resolución de separarlo de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, agregando que no se podía comunicar con ellas sino a través del arzobispo Juan Bautista Castro. Asimismo, se le hizo firmar una declaración en esos términos. También se le informó que contravenir la prohibición de visitar cualquiera de las casas de la congregación le iba a acarrear la pena de suspensión *a divinis latae sententiae*. Era evidente que el Santo Oficio había dado crédito a todas las acusaciones que llegaron desde Venezuela, sin dar al acusado la oportunidad de defenderse.

Poco antes de conocer la decisión de la Santa Sede, Machado había dirigido el 24-10-1910 una larga carta a la entonces superiora general, madre Felícitas de San José. Este documento es considerado por las religiosas de la congregación como el último mensaje colectivo del fundador a sus hijas.

En esa carta se lamentó amargamente de la letanía de quejas que algunas hermanitas tenían contra él, y se preguntó “¿de dónde han sacado tantas dudas, o mejor dicho, tantas diabluras?”<sup>54</sup>. Hay que resaltar que uno de los motivos principales del proceso contra Machado, fue el desacuerdo de algunas hermanas con las constituciones que había redactado

---

<sup>53</sup> C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 66. Una muestra de la veneración que Machado tenía hacia Pío X, es que desde Roma le envió un “retratito del Papa” a su hermana Dominga, como muestra de la devoción que sentía hacia el pontífice: cfr. S. MACHADO, “Carta a Dominga Machado”, Roma, 29-9-1910, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>54</sup> S. MACHADO, “Carta a la madre Felícitas”, Roma, 24-10-1910, en: AHHPM (sin numerar).

el fundador, sobre todo en lo referente a la atención de los enfermos, que podía poner el peligro la castidad según algunas. Pero el fundador afirmó que “esa Congregación tienen todo lo que la Iglesia quiere que tengan las Normas que ella misma ha establecido, y sólo se le han corregido ahora aquellos puntos que han sido variados por Decretos posteriores a la fecha en que fueron hechas”<sup>55</sup>. De todos modos, para él las normas nunca fueron lo más importante, sino que el fundamento de todo era más bien el espíritu de la congregación. Según su visión, la norma era algo que venía concretándose poco a poco, y era la consecuencia de una vivencia por lo demás totalmente novedosa para la Venezuela de la época. Se entiende así que Machado dijera: “para una Congregación basta una sola ley, un solo voto; más todavía, una sola palabra: obediencia, pero bien cumplida”. Hay que recordar también que el fundador no era muy versado en derecho canónico que digamos, y le parecía que el legalismo formal lo que hacía era complicar las cosas y entorpecer el funcionamiento de una empresa, ya fuera apostólica o social.

Algunas hermanitas estaban diciendo que Machado se inmiscuía demasiado en el gobierno interno de la congregación. Evidentemente no podía mantenerse al margen de lo que ocurría en ella, pues era su fundador. Sin embargo, Machado se defendió en esta carta contra esta especie y puntualizó que la congregación era gobernada por la superiora general y su consejo, y no por él. Él era tan solo “consultor de ellas en las cosas de alguna trascendencia, y sostenedor de su autoridad, a todo trance, contra las rebeldes”, que siempre las hubo. Es más, dijo que muchas veces las superioras dispusieron todo lo que les parecía sin él saberlo, y en muchas ocasiones ellas y su consejo resolvieron cosas contrarias a las que el fundador había aconsejado, incluso en asuntos graves, y entonces él “tragaba aquella píldora amarga”, y se quedaba “serenito, apoyando su autoridad”.

En ese documento también formuló una defensa de las acusaciones contra su persona. Uno de los ataques se refería a las deudas contraídas “imprudentemente”. Y reconoció que era verdad: “he sido muy imprudente y muy necio, en el anhelo de hacer Casas para recibir bastantes pobres y huérfanos y enfermos y en formarles Imprenta. Se deben más de ochenta mil bolívares por esas Obras; pero esa deuda era mía, y yo la hubiera pagado dentro de pocos años. Hoy la tendrá que pagar la Congregación *forzosamente*; a menos que se presente algún *magnate* lleno de celo y de cariño para con ustedes”<sup>56</sup>. Pero las cosas no fueron así. Fue él quien al final tuvo que cancelar esa deuda.

Otra de las acusaciones se refería a la clausura. Según el derecho canónico, las religiosas eran tales por estar obligadas a clausura, pero el fundador nunca quiso prescribirla. ¿Por qué? Machado explicó que en su congregación la clausura se practicaba, pero no se le

---

<sup>55</sup> *Ibidem*.

<sup>56</sup> *Ibidem*.

llamaba así, debido a que estaba legalmente prohibida en Venezuela. Así lo dijo en su coloquial estilo: “cabezas de chorlito, si estamos en un país donde no se puede nombrar siquiera la Clausura, porque hay una Ley que la prohíbe terriblemente, en virtud de la cual fueron echadas ignominiosamente de sus Conventos, y robados sus edificios y sus rentas, todas las Monjas de los tres Conventos de Caracas, las de Valencia, las de El Pao, las de Mérida, etc”. Lo podía decir con propiedad, porque lo había sufrido en carne propia durante el primer gobierno de Guzmán Blanco. Pero la amenaza no había sido exclusiva del guzmancismo, sino también de cualquier gobierno. Se entiende así que Machado dijera: “El día menos pensado se presenta ahí una persecución contra las Monjas y los Frailes. El General Castro la emprendió, pero después desistió de ello contentándose con desterrar a los Frailes de Maracaibo y del Táchira, y con prohibir que entraran Religiosos y Religiosas al país, sin una expresa orden de él; y creo que jamás quiso dar permiso. Pues bueno, un día de estos se presenta ahí la persecución, y no faltarán personas de dentro de las Casas que vayan a denunciar a los perseguidores la Clausura que tienen escondida las Hermanitas de los Pobres como lo han hecho ahora varias de ustedes”<sup>57</sup>. La cuestión en torno a la Clausura consistía en que estaba prohibida en el país, que era peligroso hacerla pública, y que por ello él nunca la había mandado y ni siquiera mencionado, pues quería cuidar a sus hijas de una posible persecución, y no quería dar ocasión de más ataques contra la congregación, pues hasta entonces ya había sufrido unos cuantos.

Siempre consideró todos esos ataques contra su persona como una calumnia, y decía sentirse limpio de conciencia acerca de los cargos que se le imputaban, afirmando que nunca tuvo miedo de que lo hubieran llamado a Roma: “según los cánones que yo he estudiado (...), yo no he cometido falta alguna que merezca censura o pena canónica de ningún género, a menos que se me juzgue por los malos testimonios o calumnias que enemigos sin conciencia forjan contra mí (...). No quiero decir con esto que soy santo; ante el tribunal Divino yo merezco el infierno y mil infiernos, pero ante tribunales humanos, no”<sup>58</sup>. Este estilo es muy común en los autores espirituales del siglo XIX, a quienes el autor de la carta había leído y conocía bastante bien.

Sin embargo, habiendo sido separado de la congregación, en sus cartas desde Roma Machado se cuidó de no informar a otras personas, ni siquiera a su hermana Dominga, sobre la decisión del Santo Oficio. En otras cartas enviadas a algunos amigos o a otras hermanitas, no dice nada al respecto. A mediados de septiembre de 1910 se puso a hacer un retiro espiritual, y en esos días meditó largamente sobre la situación de la congregación, y sobre lo que debía hacer al llegar a Venezuela. En las cartas de esta etapa se descubre su faceta

---

<sup>57</sup> *Ibidem*.

<sup>58</sup> S. MACHADO, “Carta al Pbro. Carlos Valiente”, Caracas, 23-1-1911, en: AHHPM (sin numerar).



mística, cuando llega a decir: “deberé ordenar las cosas de tal manera que viva como un monje del desierto a quien se obliga a vivir en el mundo, pero que toma todas las precauciones para hacer el bien a los demás sin perjudicar en nada el espíritu de su vocación”<sup>59</sup>. También en la manera de dar consejos se le nota muy espiritual, como testimonian las recomendaciones que hace a su ahijado desde Roma, en las que le desea: “mucho juicio, mucha oración, frecuente confesión bien hecha, frecuente comunión, y alejamiento de los peligros que tiene un joven en este mundo corrompido”<sup>60</sup>. A la hermana Enriqueta, dejando traslucir los dolorosos momentos por lo que pasaba, le escribió: “todo lo que nos sucede, por duro que sea, redundará en nuestro bien si lo recibimos de las manos de Dios”<sup>61</sup>. Es difícil pensar que esas consideraciones hayan salido de un hombre corrompido hasta los tuétanos, como lo juzgaba Giuseppe Aversa.

#### **4. El juicio contra Machado y el fallo de la Santa Sede**

El 30 de julio de 1910, Aversa envió una comunicación a la Santa Sede, en la que anexaba las declaraciones en contra de Machado de cinco sacerdotes: Rafael Lovera, Nicolás Navarro, Jesús Ornés Mota, Manuel Pacheco y el capuchino Constantino de la Vega. El único que causa sorpresa de esta lista es Nicolás Eugenio Navarro, que había sido gran admirador y “amigo” suyo, pero que se le volteó completamente. Aversa señaló que “las disposiciones de las pocas Hermanas que he podido interrogar hasta ahora no son verdaderamente favorables”. ¿Por qué razón? Porque, según Aversa, “han buscado defender al P. Machado”<sup>62</sup>.

Pero la comunicación de la delegación apostólica del 2 de septiembre de 1910 fue el detonante final del fallo de la Santa Sede contra el fundador. En esa comunicación, Aversa dio cuenta de los últimos interrogatorios hechos a algunos sacerdotes y religiosas sobre Machado. Ese documento se refirió a la hermana Paula como una mártir, “que ha soportado con resignación las injurias y castigos que le han ocasionado injustamente”<sup>63</sup>. El mismo señaló que algunas hermanas estaban ciegas por la admiración y afecto que tenían por el fundador, como Carmen y María de los Ángeles.

Existe un informe secreto de las hermanas Pastora, Marta y Providencia de San José, en el que se señala que los interrogatorios realizados por el delegado apostólico impusieron

---

<sup>59</sup> S. MACHADO, “Carta a la madre Clotilde”, Roma, 15-9-1910, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>60</sup> S. MACHADO, “Carta a su ahijado”, Roma, 19-9-1910, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>61</sup> S. MACHADO, “Carta a la hermana Enriqueta”, Roma, 28-9-1910, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>62</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Mariano Rampolla”, 30-7-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 48.

<sup>63</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Mariano Rampolla”, 2-9-1910, n° 460/1929, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 53.

un halo de terror en las hermanas: “unas lloraban, otras salían a confesarse, otras bravas y nadie sabía qué iría a suceder; las que no eran llamadas preguntaban, pero nadie les decía. Lo más extraño del caso es que, lo que las hermanitas no podían hablar, porque quedaban excomulgadas, era tratado en todos los centros de la ciudad, salones, plazas, establecimientos hasta de la última condición”<sup>64</sup>. También manifiestan que el interrogatorio “versó sobre la vida privada del P. Machado”, tratando de sacar las más mínimas informaciones.

Durante el proceso cuasi inquisitorial que estaba realizando, el delegado Aversa creyó sólo las cosas malas que se dijeron contra Machado, pero no las buenas. Hizo caso sólo a las atacantes, no a las defensoras. Estando así la situación, el resultado del proceso que se estaba instruyendo desde Venezuela era de esperar: la decisión de que Machado debía separarse de la congregación. En efecto, el 12 de noviembre de 1910, la Suprema Sagrada Congregación del Santo Oficio, luego de hacerlo firmar al sancionado, dictó un decreto en el que se prohibía al fundador cualquier comunicación con las Hermanitas de los Pobres, incumplimiento que acarrearía la suspensión *a divinis ipso facto*. Por ese decreto se nombró al arzobispo Juan Bautista Castro visitador apostólico de la congregación. Cualquier asunto a tratar con estas hermanas se debía hacer a través de Castro, o del sacerdote que éste hubiere delegado<sup>65</sup>. Éste nombró al poco tiempo como su delegado al P. José María Ibarreta, de la orden de los predicadores, especialista en Derecho Canónico y superior de los dominicos en Caracas.

El decreto de la Santa Sede fue aceptado por Machado en estos términos: “Ante todo yo soy hijo de la Iglesia y sacerdote y si siempre fui pronto a obedecer a las órdenes de la Iglesia hasta en las cosas mínimas lo haré de manera especial en cosas de gran importancia. Y por lo tanto acepto humildemente el decreto del Santo Oficio”<sup>66</sup>.

El proceso que se llevó contra Machado, y que dio como resultado la separación del fundador de la congregación, se convirtió luego para el delegado Giuseppe Aversa en ocasión de temor. Después de conocer el fallo de la Santa Sede, Aversa manifestó un miedo y terror sin igual por el posible retorno de Machado. Una de las razones fue que por más que impuso a las interrogadas el secreto pontificio con todas las amenazas del caso, el problema se le fue de las manos, pues ya había traspasado las barreras de la comunidad y estaba rondando en la

---

<sup>64</sup> AA.VV., “Sub secreto”, 1-11-1914, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 84.

<sup>65</sup> Cfr. SUPREMA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL SANTO OFICIO, “Decreto”, 12-11-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 82: “El sacerdote Santiago Machado sea amonestado en manera gravísima en el Santo Oficio y se le ordene so pena de suspensión *a divinis* con la sola transgresión *ipso facto incurrenda* que se abstenga en el porvenir de cualquier relación, sea moral, sea económica, sea directa, sea indirecta, sea personal, sea por correspondencia, sea por sí mismo, sea por intermedio de personas, con la Congregación por él fundada y con todos y cada uno de sus miembros”.

<sup>66</sup> SUPREMA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL SANTO OFICIO, “Decreto”, 12-11-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 82.

calle. Por ende, los amigos de Machado, que eran muchos, comenzaban a manifestar su desacuerdo con la Santa Sede, y más en concreto con la delegación apostólica, por la injusticia que se estaba cometiendo contra el sacerdote a quien tanto querían y a quien tanto debían.

Es así que el delegado escribió a la Secretaría de Estado del Vaticano una carta el 13 de septiembre de 1910, en la que dijo que “lo mejor sería que el P. Machado no tornase jamás a Venezuela”<sup>67</sup>. ¿Por qué? Según Aversa, en primer lugar, porque algunas hermanitas habían regado la especie (ciertísima, por lo demás) de que se estaba tratando de separar al P. Machado de la Congregación, y la gente, que le quería mucho, estaba indignada por ello. En segundo lugar porque el P. Lamolla, fiel amigo de Machado, que decía ser además amigo de muchos años del cardenal Vives y Tutó, había hecho ver a algunas hermanas la injusticia que se estaba cometiendo contra el fundador, y éstas se habían prevenido contra el delegado apostólico. Y en tercer lugar, porque el P. Constantino de la Vega, lo cuenta el mismo Aversa, “cometió una de las impertinencias más colosales que se pueden imaginar”<sup>68</sup>. Así narra el prelado la mencionada impertinencia: “Como una de las Hermanas me había pedido poder confesarse con él, pedí al Ordinario que lo autorizara. Él se fue un día a una de las Casas de las Hermanitas para decir a la Superiora la autorización recibida. No encontró a la Superiora; llamó otras Hermanas y comenzó un discurso tremendo contra el P. Machado, despotricando la vida y aquello que no son precisamente milagros del mismo, dentro y fuera de la Congregación, que estaba separado de la Santa Sede, que corría por la vía de la perdición. Y continuó largamente, gritando y agitándose y conmoviéndose; y agregando que el momento de la expiación había llegado: el Delegado, el Arzobispo y la Santa Sede sabían todo”<sup>69</sup>. La impertinencia de Constantino fue calificada por Aversa como “un verdadero desastre”. Y el desastre consistió sobre todo en las consecuencias que tuvo esa “impertinencia”: lo que gritando había dicho el capuchino a las hermanas trascendió a la gente de la calle, que comenzó a recurrir a los tribunales, al gobierno, e incluso al presidente, diciendo que el delegado apostólico estaba excediendo los límites de sus atribuciones. Es curioso que el desastre que refiere Aversa haya sido cometido por un fraile a quien consideraba en una carta anterior como un “piadoso y santo religioso”<sup>70</sup>.

Ahora bien, ¿por qué Aversa tenía tanto miedo de que Machado regresara a Venezuela? La verdadera razón la da él mismo en el comunicado: aunque la calma parecía

---

<sup>67</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Merry del Val”, 13-9-1910, n° 490/1965, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 60.

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 61.

<sup>69</sup> *Ibidem*.

<sup>70</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 16-7-1910, n° 360/1801, en: AHHPM (sin numerar).

tornar, gracias a las amenazas del delegado contra los que siguieran hablando o manifestándose a favor de Machado, “el día que el P. Machado retorne aquí no se qué sucedería. Ya la mayoría de las Hermanas tiembla al pensarlo. Las pocas Hermanas adictas a él, con los padres iguales a él, van pregustando los gozos de la venganza. En la Congregación sería el fin del mundo. ¿Y fuera? Yo he dicho a V. E. otras veces que el P. Machado goza afuera de una cierta reputación y conoce muchos hombres políticos. Si él y sus amigos hacen conocer estas cosas a esta gente se abriría la era de escándalos, gritos y toda clase de insolencias contra la Santa Sede y contra la Iglesia. Se sabe que oficialmente el gobierno no quiere reconocer en el Delegado Apostólico algunas jurisdicciones espirituales”<sup>71</sup>.

En una comunicación enviada a la Santa Sede el 18 de septiembre, Aversa reiteró que “el retorno del P. Machado a Venezuela podría traer consecuencias desastrosas”<sup>72</sup>. Fue por ello que en Roma intentaron retenerlo, como dice la comunicación que el cardenal Merry del Val envió a la delegación apostólica en Venezuela el 15 de octubre de 1910. La misiva indicaba que se estaban poniendo todos los medios para lograrlo, pero a juzgar por su retorno, no parece haber sido cierto que se hayan puesto todos los esfuerzos.

Los temores del delegado apostólico fueron corroborados por los rumores de la hermana Esperanza de San José, que se había enterado de que en Maiquetía iban a hacer una manifestación a la Santa Sede en favor de Machado. Sor Esperanza comunicó al delegado la sospecha de que el P. Luis Ramón Rada y el pueblo tenían parte en la organización de esa manifestación.

Conociendo de la acción de Aversa, en la que no se tuvo ninguna contemplación con el acusado, se explica que Machado dijera, con la acidez y agudeza que le caracterizó, que “el delegado Mons. Aversa (...), había instalado contra mí el tribunal de la Inquisición, como en los mejores tiempos de Don Juan de Torquemada, imponiendo excomuniones a quién revelara el secreto de lo que él hacía”<sup>73</sup>.

## **5. La visita apostólica a la congregación**

El 12 de noviembre de 1910, la Santa Sede ordenó hacer una visita apostólica a la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía. El documento correspondiente

---

<sup>71</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Merry del Val”, 13-9-1910, n° 490/1965, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), pp. 61-62.

<sup>72</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Mariano Rampolla”, 18-9-1910, n° 490/1972, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 65.

<sup>73</sup> S. MACHADO, “Carta al Pbro. Carlos Valiente”, 23-1-1911, en: AHHPM (sin numerar).

fue enviado al arzobispo Juan Bautista Castro. En ese decreto se le nombró visitador apostólico, con las facultades para corregir, subsanar y rectificar cuanto fuera necesario en la congregación. Castro, de acuerdo con Aversa, nombró a su vez como delegado suyo para la visita apostólica al P. José María Ibarreta, como ya hemos asomado antes.

José María Ibarreta llegó a la casa madre de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía el 28 de diciembre, y pidió a la superiora que reuniera a la comunidad en la capilla. Les leyó la carta por la cual el arzobispo, con autorización de la Santa Sede y de acuerdo con el delegado apostólico Aversa, le nombraba visitador apostólico de la congregación de las Hermanitas de los Pobres, y que en adelante el P. Machado, “fundador de dicha congregación”, se podía comunicar sólo con él en lo relativo a la congregación. Con la autoridad que se le otorgó, Ibarreta se dispuso a visitar las casas de la congregación, donde ya había gran turbación debido a los interrogatorios inquisitoriales de Aversa. Ibarreta tuvo que estudiar muy bien la situación de la congregación, y como la cosa era tan compleja, la visita duró casi un año, concluyéndose oficialmente el 5 de noviembre de 1911.

Durante la visita apostólica de Ibarreta, salieron a la luz algunas irregularidades canónicas en la congregación, debidas en gran parte a la inexperiencia del fundador sobre la vida consagrada y a sus escasos conocimientos en derecho canónico. Téngase en cuenta que la vida religiosa estuvo prácticamente extinguida en Venezuela hasta la fundación de esa congregación. No existían aún congregaciones religiosas autóctonas, y no había experiencia en la cual apoyarse.

A las acusaciones de faltar a la castidad que alzaron contra el fundador, se unieron otras más. Por ejemplo, se decía que había hermanitas que entregaban el fruto de la recolección y de la limosna que pedían en las casas, directamente al fundador y no a la ecónoma, lo cual era una muestra de que el fundador no respetaba los cauces establecidos para recibir las donaciones.

Esas hermanas también manifestaron su descontento porque decían que las novicias no debían salir a recoger limosna, y porque tampoco estaba claro si las que estaban achacosas debían o no recoger limosna. También estaban molestas porque no sabían qué tipo de clausura debían tener, porque no estaban de acuerdo con que la congregación recibiera casas que sostenía el gobierno, porque no estaba claro que ellas eran verdaderas religiosas, porque el horario no estaba en las constituciones y decían entonces que no debía ser obligatorio, y un largo etcétera. En el fondo, muchas cosas eran cuestiones de casuística, y sin embargo se cargaba la responsabilidad sobre el fundador, que era quien había guiado el camino práctico de la congregación, además de haber redactado las normas que debían ser observadas.

Ibarreta visitó personalmente las casas de Caracas, Puerto Cabello, Valencia, Los Teques y Maiquetía. Las casas de Barquisimeto, El Tocuyo y Barranquilla no pudieron ser

visitadas debido a la distancia y a las múltiples ocupaciones del visitador. Pero éste se informó minuciosamente sobre la situación en aquellas casas, con lo cual pudo tener una idea de cómo andaban las cosas.

Al final de la visita, Ibarreta elaboró un informe acerca de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, en el que resultó que los capítulos generales celebrados en 1903 y 1909 fueron nulos y anticanónicos, pues no se ajustaron a las leyes canónicas vigentes. Debido a ello, Ibarreta apuntó que había que sanar en la raíz los nombramientos de superiora general y de consejeras locales, los actos realizados por ellas desde el capítulo general de 1903, así como los votos emitidos por todas las religiosas desde esa fecha. Según Ibarreta, esas eran “las irregularidades más salientes” que había podido observar en la institución.

Para poder subsanar esos actos nulos, las hermanas tuvieron que renovar sus votos. Se les explicó que esos actos habían sido nulos porque “se habían dejado de cumplir algunos artículos de las Constituciones”<sup>74</sup> por ignorancia. Todas las hermanas pidieron la subsanación de sus votos, a excepción de Filomena y Guillermina, que no renovaron y dejaron la congregación.

Además, la visita apostólica arrojó que muchos puntos de la Constitución para los institutos de vida consagrada no se observaban con fidelidad, sobre todo porque la mayoría de las superiores de las casas ignoraba las normas del derecho. Esa responsabilidad se cargó sobre el fundador, que en parte la tenía, aunque movido por poderosas razones: la más importante era que tenía la conciencia de estar actuando al margen del derecho civil, y no quería que le atacaran diciendo que su institución era ilegal en Venezuela, donde estaba prohibida la vida conventual. Machado quería que su congregación se pareciese externamente lo menos posible a un convento, y por ello se hacía la vista gorda en cuestiones de derecho canónico sobre la vida religiosa. Ya había sufrido en carne propia los ataques del periódico “El libre examen” en 1890, en los que se le acusó de actuar contra la ley, pidiendo que se hiciera desaparecer la obra que había fundado, calificada por los anticlericales como un “peligroso intento”.

La visita apostólica también dispuso que la madre María de los Ángeles, entonces secretaria general de la congregación, quedara privada de voz activa y pasiva para todo cargo general del Instituto, quedando imposibilitada para ser nombrada maestra de novicias, privación que debía durar doce años. La visita dictaminó que durante los dos períodos de gobierno de sor María de los Ángeles, “no se observaron las Constituciones ni aún siquiera

---

<sup>74</sup> HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 122.

las leyes más elementales”<sup>75</sup>. Según Ibarreta, debido a que María había permitido la injerencia de Machado en la administración de los bienes del Instituto, se originaron muchos males.

Otra de las irregularidades que salieron en la visita apostólica fue la gran deuda que contrajo el fundador para poder sostener las obras sociales de la congregación. Ibarreta constató que esta deuda fue contraída por haber actuado al margen del derecho, pues el consejo de la congregación nunca lo autorizó a contraer dicha deuda. Las hermanas que redactaron el informe secreto que hemos referido antes, explican el desafuero diciendo que aunque efectivamente no se había observado en ese punto la Constitución, el fundador “estaba autorizado moralmente porque todas lo sabíamos y de hecho era aceptado”<sup>76</sup>. Una vez más, la libertad con que Machado actuaba en estos asuntos se convirtió en una soga para su cuello. Lo peor fue que el visitador concluyó que la congregación no tenía ninguna deuda, sino que ésta era exclusiva del fundador, que la contrajo sin autorización del consejo de la congregación, y que por tanto no tenía derecho a reclamar los bienes que demandaba de las hermanitas al ser separado de la congregación. En definitiva, según Ibarreta la congregación no tenía porqué entregarle la Casa madre en restitución de nada. Pero al final, las hermanas sabían que la deuda que contrajo Machado fue por el bien de la congregación, y por ello prevaleció la decisión de entregarle la Casa madre, para satisfacer la justicia más básica.

En cuanto al número de religiosas se refiere, el balance de la visita fue el siguiente. Al comenzar la visita apostólica, había noventa y un hermanas en la congregación. Durante la visita, nueve abandonaron la congregación (de las cuales sólo Alejandrina era de votos perpetuos), cinco fueron dimitidas y dos fallecieron. Al final de la visita, el 5 de noviembre de 1911, quedaban en la congregación setenta y cinco hermanas profesas y dos novicias.

Debido a la disminución de hermanitas, el consejo general de la congregación se vio en la necesidad de disponer el cierre el Hospital de Los Teques, el día del final de la visita.

## **6. El retorno a Venezuela (11-1-1911)**

A Machado le empezaba a afectar el invierno romano y es muy probable que no le quedaran muchos medios económicos para seguir en Roma, así que partió de la ciudad eterna a fines de noviembre de 1910. Llegó a Lourdes el 1º de diciembre, con la intención de celebrar allí la fiesta de la Inmaculada, que es el 8 de diciembre.

---

<sup>75</sup> J. M. IBARRETA, “Resultados de la visita apostólica”, 5-11-1911, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 124.

<sup>76</sup> AA.VV., “Sub secreto”, 1-11-1914, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 86.

El 11 de enero de 1911 arribó a La Guaira. Su llegada tomó por sorpresa a Aversa, que había puesto todos los medios para impedir su retorno. Su recibimiento fue apoteósico. Se había corrido la especie de que lo habían expulsado del estado clerical, y por eso algunos pensaban que regresaría sin sotana. Pero sus partidarios comentaban que “aunque venga sin sotana, siempre será para nosotros el Padre Machado”. Sin embargo, llegó con sotana y con la cabeza en alto, aún cuando la sentencia de Roma no le favoreció.

En La Guaira le esperaba mucha gente, que le hizo un recibimiento espectacular, mucho más grande que el que solía hacérselo cuando regresaba de los viajes largos. En ese mismo barco viajaba el nuevo delegado apostólico para Venezuela, monseñor Carlo Pietropaoli. Cuando el barco se aproximaba al puerto, el padre estaba en la cubierta divisando el Litoral y el capitán le dijo: “Padre, en La Guaira pasa algo, pues por el largavista he observado una gran concentración de agentes en el muelle”. El padre tomó el largavista, observó y dijo al Capitán: “Seguro que usted trae alguna persona importante”. El capitán le contestó que salvo el delegado Pietropaoli, no había nadie importante en el barco. Pero a Pietropaoli nadie le conocía y nadie le esperaba. La verdadera razón del gentío era el padre Machado.

Apenas divisaron su sotana, la multitud prorrumpió en gritos de alegría y en ovaciones al antiguo párroco de Maiquetía. El alboroto del recibimiento fue tan grande que algunos cayeron al mar empujados por la multitud. Lo llevaron en comparsa a Maiquetía, y lo detuvieron en la plaza Los Maestros, y gritaron allí varias veces: “Viva el Padre Machado”, porque sabían que frente a esa plaza se hallaba temperando el arzobispo Castro, que en el proceso contra Machado, había vuelto la espalda a su antiguo amigo. Cuando Machado vio que se detenían ante la residencia del arzobispo, gritó con voz más fuerte: “Viva el arzobispo Castro”, y todos los presentes le hicieron coro, tanto que el arzobispo tuvo que salir, intimado por el P. Baudilio Rodríguez, que también se estaba quedando con él en la residencia. De inmediato Castro telefoneó a Aversa, para darle la “mala noticia” de que Machado había regresado.

La irritación de Aversa por el retorno del sacerdote llegó a límites insospechados: el delegado llegó a reprochar al secretario de Estado Vaticano que lo hubieran dejado venir a Venezuela. Y no contento con eso, atribuyó al retorno de Machado la decisión que tomó el gobierno gomecista de no permitir la entrada de sacerdotes extranjeros a Venezuela. El delegado pensaba que la represalia del gobierno contra la Iglesia se debía a la influencia malsana del sacerdote aclamado.

Machado se alojó en la casa de su amigo, el presbítero Luis Ramón Rada, que siempre le apoyó, aún en los más duros momentos. Rada siempre quiso mucho a la congregación. Tenía una hermana en ella, que se llamó en religión Carlota de San José, y que llegó a ser superiora general. Tiempo después llegó a tener en ella también a tres sobrinas.



Al poco tiempo de estar en Venezuela, Machado se enteró del malestar que había causado su retorno. El supremo disgusto de los obispos Aversa y Castro, fue causado no sólo por el simple regreso del sacerdote, sino también por la ovación que le propinó el pueblo con ocasión de su llegada. Así lo expresó Machado en una de sus cartas: “Es verdad que hubo a mi llegada una manifestación extraordinaria de los pueblos de la Guaira y Maiquetía, sobre todo este último, al cual he consagrado las energías de toda mi vida; pero para mí fue inesperada y mortificante (...) porque supuse que la llevarían a mal mis enemigos, principalmente el Delegado y el Arzobispo, y así fue en efecto, supe después que a ambos les había ardidado esa recepción, y estaban más furiosos que nunca contra mí. Pero ¿qué culpa tenía yo de esa recepción que resultó superior a las otras cinco que me habían hecho con motivo de los cinco viajes anteriores a Europa?”<sup>77</sup>. Este recibimiento fue mal recibido por los prelados porque se interpretó, según dijo Machado, “como una protesta contra el delegado y mi separación de la Congregación”<sup>78</sup>. Su llegada fue tan comentada, que un periódico ultra liberal publicó su retrato, como muestra de reconocimiento para con el famoso sacerdote. Esto acabó de crispar los ánimos de Aversa y de Castro, pues vieron en ello una afinidad entre el cura y la prensa liberal anticlerical, y confirmaron así una vez más su idea de lo peligroso que era este sacerdote.

Tan pronto llegó, Machado se dirigió a Caracas, y desde allí comenzó a preparar la peregrinación de la Virgen de Lourdes que tendría lugar el 11 de febrero. Pero Aversa estaba muy nervioso por ello, pues lo veía como una manifestación popular a favor de Machado. Aversa llegó a decir que “la peregrinación misma mientras sirve de propaganda, es una fuente de especulaciones y de desórdenes morales. A Maiquetía bajo el pretexto de la peregrinación, la gran muchedumbre va a gozar y a ser peor”<sup>79</sup>. Afortunadamente, el ataque de Aversa cesó cuando el 5 de abril de 1911 lo enviaron a la nunciatura apostólica de Brasil.

Al poco tiempo del retorno del fundador, una hermanita le vio por la calle en una ocasión y le pidió la bendición. Ya estaba vigente la prohibición de la comunicación entre el fundador y las hermanitas. Sin embargo, como esta prohibición no decía que no se las podía saludar, Machado le dio la bendición y le dijo: “aunque indigno, siempre soy su padre”. Al llegar a su casa, la religiosa no aguantó el sentimiento y rompió a llorar, por el dolor que le produjo ver al fundador separado de ellas. Entonces sus superiores, que vieron en las lágrimas de la hermanita una muestra de mal espíritu, la mandaron a confesarse con el P. Ibarreta.

---

<sup>77</sup> S. MACHADO, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 4-3-1912, en: AHHPM (Cartas 1912-1914), p. 32.

<sup>78</sup> S. MACHADO, “Carta al Pbro. Carlos Valiente”, 23-1-1911, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>79</sup> G. AVERSA, “Carta al Card. Merry del Val”, 24-1-1911, n° 673/2212, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 88.

## 7. Las secuelas de la separación

La crisis de la congregación por la separación de su fundador se comenzó a manifestar con la renuncia presentada por la madre María de los Ángeles a su cargo de secretaria general, “por no tener fuerzas físicas ni morales para su desempeño”<sup>80</sup>. La sustituyó Esperanza de San José.

María de los Ángeles se había sentido muy dolida por las conclusiones de la visita apostólica realizada por el P. Ibarreta. Sobre todo por aquello de que casi todos los actos canónicos de la congregación, realizados en su último mandato, habían sido nulos, incluida su elección en 1903 como madre general.

Como algunas hermanitas querían cargar la responsabilidad de las nulidades canónicas sobre Machado, María de los Ángeles reconoció que muchas de las irregularidades jurídicas que se hicieron bajo su mandato la tenían como única responsable a ella misma: “nos alarman las irregularidades que vemos y yo seré la primera en reparar con todo lo que esté mi alcance, mis descuidos e ignorancia anteriores”<sup>81</sup>. Más bien la religiosa reconoció que Machado sólo había hecho con ellas cosas buenas: “lo amamos como un verdadero Padre, y sabemos apreciar todo lo que ha hecho por la Congregación y sobre el bien espiritual de cada una de las religiosas, que jamás nos podemos olvidar de sus enseñanzas”<sup>82</sup>.

Estas expresiones se enmarcan en un contexto un tanto complejo. Hemos de recordar que María de los Ángeles, contrariamente a los sentimientos del fundador, no sentía el debido aprecio por la madre Emilia de San José, y por ello destruyó en 1893 todo lo que pudo haber testificado la virtud de la fundadora, con la excusa de que podía estar contaminado con alguna bacteria. Por otra parte, Machado muchas veces estuvo en desacuerdo con María de los Ángeles, sobre todo en lo referente a su modo “tiránico” de gobernar, en el que casi no había consultas, y donde no se llevaba registro escrito de casi nada. Al final de su vida, en 1936, cuando formaba parte de las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver, María reconoció haberle hecho mucho daño a la congregación, y de ello se desahogó con Felicitas (Rafaela Serrano Guerra en el siglo), considerando su ceguera y sus sufrimientos finales como una ocasión para hacer penitencia: “pida mucho por todas y también por mí, yo me quedo sola con Jesús, sin ejercicios, ni oigo, ni veo, y el cuerpo dolorido; tengo esperanza de partir

---

<sup>80</sup> PASTORA DE SAN JOSÉ, “Carta a la superiora del Hospital San José”, 6-11-1910, (circular N° 15), en: AHSJ.

<sup>81</sup> MARÍA DE LOS ÁNGELES, “Carta al Card. Vives y Tutó”, Valencia, 8-6-1911, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 117.

<sup>82</sup> *Ibidem*.

pronto, ese es mi deseo, en fin tengo que sufrir para expiar todo el mal que hice en la otra congregación”<sup>83</sup>.

En cambio, el caso de la entonces superiora general, Felicitas de San José, era distinto. Su aprecio hacia el fundador era a prueba de todo. Nunca se mostró, ni antes ni después del proceso, recelosa con Machado. Y por ello estaba sufriendo tanto lo que estaba pasando, porque le parecía sobre todo una falta suprema de lealtad y de justicia. Y mientras fue superiora general puso todos los medios para mantener intacta la buena fama de Machado, sin lograr el fruto esperado. Por ejemplo, en abril de 1911, habiendo sido informada que con frecuencia se oían murmuraciones entre la comunidad sobre los asuntos actuales de la congregación, tuvo que prohibir terminantemente que se hablara sobre el tema. Pero no fue obedecida, y es que Felicitas, en medio de esos momentos críticos, estaba prácticamente sola en el gobierno de la congregación. En efecto, tenía a todo el consejo en su contra, con excepción de la vicaria general, sor Eugenia de San José.

Felicitas quiso también que se hiciera justicia con Machado en el aspecto económico, restituyéndole lo que se le debía. Para ello tuvo que arreglar el problema jurídico de la congregación de cara a las autoridades civiles, pues el decreto de extinción de los conventos y fundación de nuevas congregaciones estaba aún vigente. La solución era entonces constituir una asociación, y ello se logró en noviembre de 1911, fecha en la que Felicitas comunicó que a efectos civiles la congregación se llamará en adelante “sociedad”<sup>84</sup>.

La preocupación de Felicitas por el estado económico en que quedó el fundador luego de la separación, la llevó a hipotecar una casa de su familia. Como fruto de esa hipoteca, le entregaron unas monedas de oro, y ella las dio al fundador. Felicitas hizo esto en total sigilo, y se lo confió años después a Carlos Soria, quien refirió cómo Felicitas entregó a Machado, apenas bajó en La Guaira del barco que venía desde Roma, “una cartera llena de monedas de oro, dinero que el Padre tardó mucho en poderle pagar”<sup>85</sup>.

Para lograr una restitución justa al fundador, se propuso entonces el deslinde de bienes entre él y la congregación. Esta fue una cuestión muy espinosa, pues amén de que la congregación no tenía personalidad jurídica por estar aún vigente la prohibición de conventos en el país, el fundador había puesto todos los bienes de la congregación a su nombre. Esto lo hizo no sólo para cubrirle las espaldas a sus hermanitas, sino también porque era la única manera de que los hospitales y asilos de la congregación funcionaran sin acarrear problemas jurídicos. Para adquirir todos los bienes de las ocho casas que entonces tenía la congregación

---

<sup>83</sup> MARÍA DE LOS ÁNGELES, “Carta a Rafaela Serrano”, Colombia, 26-11-1936, en: AHHPM (cartas sueltas).

<sup>84</sup> FELICITAS DE SAN JOSÉ, “Carta a la superiora del Hospital San José”, 28-11-1911, en: AHSJ.

<sup>85</sup> C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 69.

(incluyendo las mismas propiedades), el fundador tuvo que endeudarse grandemente. De hecho, en 1911 la congregación tenía una deuda, en la persona de Machado, de 18.000 pesos, el equivalente a 80.000 bolívares. Por eso en la cuestión del deslinde de bienes Machado pidió a las hermanitas que le pagaran a él la cantidad que él adeudaba, poniendo esto como condición para que la propiedad de todas las fincas y terrenos donde estaban las casas de la congregación fueran traspasadas a la misma congregación. Recordemos que todas esas propiedades, desde el punto de vista jurídico, le pertenecían.

Para llegar a un acuerdo en el asunto del deslinde de bienes, cada una de las partes eligió a un abogado que le representara. El fundador eligió al doctor José A. Bueno, mientras que la congregación, representada por la madre Felicitas y su consejo, escogió como abogado al doctor Juan Bautista Bance.

Durante la discusión acerca de la separación de bienes, el abogado de las hermanitas, Juan Bautista Bance, propuso en un principio que para arreglar el asunto lo primero que tenía que hacer el fundador era traspasar todos los bienes en los que la congregación ejercía su labor, que estaban a su nombre, al instituto. Además, propuso a las hermanitas que pagaran la deuda a Machado en efectivo (18.000 pesos), arguyendo que con la Casa madre Machado no podría satisfacer a sus acreedores, que le pedían continuamente el pago de la deuda. Como el visitador Ibarreta se transó diciendo que no podía ser así por decisión del consejo de la congregación, Bance se retiró del caso por estar en desacuerdo con Ibarreta, y le sustituyó el doctor Carlos F. Grisanti.

Pero como las cosas no acababan de resolverse, Machado propuso al arzobispo que se pusiera un árbitro para solucionar rápidamente el asunto. Se llamó entonces al doctor Juliac, que armó un “alboroto imprudente” y como consecuencia fue dado de baja del caso. El último cartucho fue poner en manos del gobierno todos los expedientes. El remedio fue peor que la enfermedad, pues con ocasión de ello Machado fue citado por altos funcionarios, y no se sabe por qué, amenazado con cárcel. Pero la cosa no pasó de allí.

Al final, después de tantos manejos, la cuestión se dilucidó de la siguiente manera: Machado debía recibir en plena propiedad y posesión la Casa madre de la congregación, ubicada en Sabana del Blanco, al pie del Ávila. Pero a su vez quedaban a su cargo todas las deudas de la congregación adquiridas hasta el momento en que fue separado, que alcanzaban los Bs. 80.000. Por su parte, el fundador debía transmitir la plena propiedad y posesión de todas las fincas donde estaban las casas de la congregación, libres de gravámenes. Para poder realizar la transacción en forma legal, la congregación tuvo que regularizar su personalidad jurídica. Para ello la institución pasó a llamarse en adelante “Sociedad de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía”, de cara a la autoridad civil.

Pero el deslinde de bienes tardó más de lo esperado, y el abogado de Machado (el doctor Bueno) tuvo que solicitar más premura para el caso. Pudo concluirse por fin en 1913, cuando el padre recibió de la congregación la Casa madre, ubicada en el extremo norte de la avenida Baralt, al pié del Ávila. Machado pudo haber vendido esa propiedad para pagar la deuda de los Bs. 80.000 que tenía contraída. El terreno y la construcción de la Casa madre en Sabana del Blanco le había costado en total unos 130.000 bolívares. Si lo hubiese vendido a ese precio, habría podido pagar su deuda tranquilamente y le hubiera quedado un remanente de Bs. 50.000. Sin embargo, prefirió emplear la edificación para instalar allí la escuela del Niño Jesús, que había iniciado en el sector de Caracas donde vivía hasta entonces (de Cuño a Guanábano). La resolución de Machado no era nada rentable, pero sin duda más beneficiosa para los niños necesitados de esa zona de Caracas.

Por su parte, la situación interna de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía posterior a la separación de su fundador fue de grave crisis. Muchas hermanas dejaron la congregación por la división interna que había en ella o bien porque consideraban que la separación del fundador había sido una gran injusticia.

Debido a la deserción de religiosas en la congregación, algunos acusaron a Machado de alborotar a las hermanas, diciendo que pedía a sus más allegadas que abandonasen el instituto. Eran tales estas habladurías, que Machado tuvo que hacer manifestación pública de su inocencia en el Diario “La Religión” del 11 de noviembre de 1911: “He sabido que se dice, con motivo de los últimos acontecimientos de la Congregación de Hermanitas de los Pobres que yo estoy en abierta rebelión ó contradicción con la Santa Sede, suponiendo que yo excito á aquellas á que abandonen la Congregación. Todo eso es falso, pues siempre he sido hijo sumiso y amoroso de la Santa Iglesia y defensor de sus derechos y de su autoridad hasta estar dispuesto a dar mi vida por esta causa”<sup>86</sup>. Y se defendió diciendo: “Cuanto a que yo haya excitado a alguna Hermanita de los Pobres a que salga de la Congregación, por cualquier motivo que sea, lo niego en absoluto y reto a cualquiera de ellas a que diga, con verdad, lo contrario, pues yo vería con sumo dolor la destrucción de una Obra que la juzgo de grande utilidad para la Iglesia y para la Patria, y a la cual consagré veintiún años de mi vida”<sup>87</sup>. Lo que sí era verdad era que algunas hermanas habían abandonado la congregación como muestra de apoyo hacia el fundador, y fueron las que, como veremos más adelante, se retiraron a Barranquilla para fundar una nueva congregación, pues consideraban que sólo así

---

<sup>86</sup> S. MACHADO, “Manifestación”, en: Diario *La Religión*, 11-11-1911. El 9 de marzo de 1912 Machado tuvo que recurrir al gobernador del Distrito Federal para denunciar la campaña en su contra, y defenderse de la acusación de que había mandado lanzar piedras a las casa de las hermanas: cfr. S MACHADO, “Carta al gobernador del Distrito Federal”, 9-4-1911, en: AHHPM (cartas, 1882-1914), p. 37.

<sup>87</sup> S. MACHADO, “Manifestación”, en: Diario *La Religión*, 11-11-1911.

se habría podido mantener el espíritu primitivo con que fueron fundadas de las Hermanitas de los Pobres.

Aunque algunos se hayan empeñado en decir que la crisis que sufrió la congregación fue culpa de su mismo fundador, no faltaron voces que descargaban la responsabilidad sobre Juan Bautista Castro. Fue el caso de la hermana Clotilde de San José, que llegó a elevar una apremiante súplica al arzobispo, diciéndole: “Monseñor, salve la Congregación! Como cristiana, como religiosa y como venezolana se lo pido!”<sup>88</sup>.

Castro hizo lo que pudo. Debido a la tensa situación de división en que estaba la congregación, y considerando que Felicitas de San José contribuía a ella por su adhesión a Machado, el 2 de febrero de 1912 Castro le solicitó a la madre Felicitas la renuncia de su cargo, *la cual aceptó*. En efecto, la madre Felicitas la estaba pasando muy mal, y por ello la petición de su renuncia a fin de cuentas iba también a significar un alivio para ella. Felicitas envió la carta de renuncia el 3 de febrero. El arzobispo respondió *ipso facto* a la petición, el 5 de febrero de 1912, con estas lacónicas palabras: “En nombre de la Santa Sede aceptamos la presente renuncia”<sup>89</sup>.

Felicitas había sido superiora general por casi tres años. Nunca había recibido apoyo de Castro mientras fue madre general, porque el arzobispo sabía que su lealtad hacia Machado era inquebrantable. Felicitas también estaba descontenta con el visitador apostólico Ibarreta, y llegó a quejarse ante el cardenal Vives de que Ibarreta, desde que fue nombrado visitador apostólico de la congregación, “empezó a dar leyes y órdenes muchas de ellas contrarias al espíritu de la Congregación”<sup>90</sup>. Su impresión era compartida por otras hermanas, entre las que se encontraba María de los Ángeles de San José. Ésta escribió también al cardenal Vives, diciendo que el arzobispo Castro había discriminado a las que apoyaban a fundador, y les había llamado “las del partido del Padre Machado”<sup>91</sup>. María de los Ángeles se quejó amargamente diciendo: “¿Será su Señoría que él le da ese nombre porque no le odiamos, aborrecemos, calificamos de ladrón; porque no nos avergonzamos de los beneficios recibidos por él y guardamos el agradecimiento en nuestro corazón?”<sup>92</sup>. María de los Ángeles prefirió llamarlas “partido de la autoridad legítima”, mientras que dijo que las otras deberían llamarse “partido de la Hna. Esperanza”. María denunció en esa carta que el visitador apostólico se había dejado conquistar por las del “partido de la hermana Esperanza”, las

---

<sup>88</sup> CLOTILDE DE SAN JOSÉ, “Carta a Mons. J. B. Castro”, 31-1-1912, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>89</sup> J. B. CASTRO, “Carta a la madre Felicitas”, 5-2-1912, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>90</sup> FELICITAS DE SAN JOSÉ, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 3-1-1911, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>91</sup> MARÍA DE LOS ÁNGELES, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 19-1-1911, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>92</sup> *Ibidem*.

cuales la querían como superiora general, y de ello convencieron al arzobispo Castro, que acabó dándole ese cargo. Ello se realizó del siguiente modo.

Habiendo renunciado Felicitas, el arzobispo se reunió el mismo 5 de febrero con las hermanas de la congregación en la Casa madre, acompañado por los presbíteros A. M. García, M. T. Matute, R. Lovera, Nicolás E. Navarro, M. Acuña, Gustavo E. Wanloxten y M. A. Pacheco. Allí Castro recibió a todas las hermanitas de la congregación que vivían en las casas de Caracas, a quienes había convocado con carácter de urgencia a las 4 de la tarde. Inició la reunión leyendo la renuncia de la madre Felicitas. Inmediatamente se leyó el nombramiento de la madre Esperanza de San José como nueva superiora general. El arzobispo hizo esto a sabiendas de que Esperanza era una de las religiosas que había testificado contra el fundador. Éste fue un caso singular en la elección de superiora general, que en circunstancias normales se hacía a través del voto de las hermanas profesas. Castro consideró conveniente hacer un nombramiento a dedo, pues la división reinante en la congregación era muy grande. Además, sabía que la mayoría de las hermanas estaban a favor de Machado, y una elección por mayoría habría recaído seguramente sobre una de sus partidarias.

El nombramiento de la nueva superiora general recalcaba que tenía “todas las facultades, honras, prerrogativas y derechos que corresponden a las Superiores de esta misma Congregación cuando son elegidas en Capítulo”<sup>93</sup>. Por su parte, el consejo general de la congregación quedó conformado por la hermana Pastora (vicaria general) y las hermanas Ángela, Marta y Providencia (consejeras). Conforme a las normas del derecho, el 6 de febrero Castro comunicó al cardenal Vives el nuevo nombramiento que había realizado<sup>94</sup>. Esperanza de San José ejerció como madre general hasta el 19 de marzo de 1918.

Luego de abandonar el cargo de superiora general, Felicitas decidió también dejar la congregación, pidiendo el 30 de enero de 1912 al cardenal Vives la dispensa de los votos perpetuos que había realizado el 1º de noviembre de 1907.

Además de Felicitas, otras 18 religiosas decidieron abandonar la congregación (incluida María de los Ángeles). La salida masiva de ese grupo de hermanas, fue interpretada por el arzobispo Castro como un acto de rebeldía, y así lo manifestó en un comunicado a los sacerdotes de la arquidiócesis de Caracas, publicado el 8 de febrero en forma de decreto, en el que informaba sobre un “escándalo inaudito”: “cierto número de religiosas de la Congregación de Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, han abandonado este Instituto a que pertenecen, en estado de rebelión y son de protesta contra la autoridad del Papa y del

---

<sup>93</sup> J. B. CASTRO, “Nombramiento”, 5-2-1912, en: AHHPM.

<sup>94</sup> Cfr. J. B. CASTRO, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 6-2-1912, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 18.

Obispo (...). Ha sido un pecado gravísimo, o mejor dicho, muchos pecados en uno, al cual tal vez se agrega una excomunión: estos pecados se han cometido con la más escandalosa publicidad”<sup>95</sup>. En ese decreto, el arzobispo dispuso: “ningún confesor podrá absolverlas fuera del artículo de muerte, sin habernos antes dado cuenta de cada caso”. Como había hecho en otras ocasiones, en ésta el prelado cargó la mano con todas sus fuerzas hacia las hermanas más afectas a Machado. Y ello causó gran molestia a las antedichas ex religiosas, que debido al decreto de Castro no podían ser absueltas por cualquier sacerdote sin permiso del arzobispo. El malestar era mayor en las más devotas, que solían confesarse frecuentemente.

Las principales destinatarias del decreto de Castro fueron las 18 que habían dejado la congregación junto con Felicitas. Éstas alzaron su voz contra ese decreto, siendo María de los Ángeles (en el siglo Isabel Lange) la vocera de ese grupo. Con manifiesto disgusto, María escribió nada menos que al papa Pío X el 9 de febrero de 1912, para defenderse de lo que ella consideraba una suprema injusticia, que contra las que habían dejado la congregación había infligido el arzobispo Castro. En primer lugar, María apuntó que la razón por la cual abandonaron la Institución fue porque el visitador apostólico, P. Ibarreta, había introducido en la congregación “reformas en contra del espíritu primitivo”: “hemos preferido salir, dejar nuestro amado Instituto, antes que ser traidoras a su primitivo espíritu”<sup>96</sup>. Por esto, se quejó amargamente de que el arzobispo Castro las hubiera acusado de que se han rebelado contra la Iglesia, diciendo que están en contra de ella. María apuntó que la crisis de la congregación no hubiese ocurrido “si Monseñor Castro no se hubiera mostrado completamente parcial desde el principio”<sup>97</sup>. Y una vez más, María defendió a Machado, diciendo que “jamás en los años que tengo en el Instituto vi nada que reprocharle a nuestro Fundador”<sup>98</sup>.

Las protestas epistolares continuaron, y esta vez fueron dirigidas al mismo arzobispo. El 12 de febrero de 1912 un grupo de 14 ex religiosas, encabezadas por María de los Ángeles, envió a Castro una misiva en la que aclaraban que no salieron de la congregación “en estado de rebelión”, pues tenían el permiso correspondiente de la actual superiora general, ni “en son de protesta”<sup>99</sup>, pues lo habían hecho por razones de conciencia, mas no de rebeldía. María explicó que las religiosas que salieron lo hicieron acogiéndose a la disposición de la visita apostólica según la cual podían retirarse libremente “cuando no se sienten con fuerzas para

---

<sup>95</sup> J. B. CASTRO, “Decreto: A todos los sacerdotes de la Arquidiócesis que tengan facultad para oír Confesiones”, 8-2-1912, en: Archivo Arquidiocesano de Caracas, sección Episcopales, legajo 61 Ep (1904-1915).

<sup>96</sup> MARÍA DE LOS ÁNGELES, “Carta al papa Pío X”, 9-2-1912, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 21.

<sup>97</sup> *Ibid.*, p. 22.

<sup>98</sup> *Ibidem*. Esta afirmación viene reiterada por María en varias cartas, con particular énfasis.

<sup>99</sup> AA.VV., “Carta al arzobispo Castro”, 12-2-1912, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 28.



la reforma del primitivo espíritu del Instituto”<sup>100</sup>. Cinco días antes, el 7 de febrero, María había publicado en el periódico “El Tiempo” una declaración en la que dio la razón por la cual se separó de la congregación: “que se han introducido reformas en el espíritu del Instituto”, y para apoyar esto citó una obra clásica de espiritualidad (Ejercicio de Perfección) de San Alonso Rodríguez, donde se dice: “Los reformadores del primitivo espíritu de un Instituto, no tienen el espíritu de Dios, sino el espíritu del demonio”. Esta cita lapidaria era la justificación de su decisión. Al final del artículo, María hizo la siguiente declaración: “Perdono de corazón todo el mal que se nos hace, pero pido a Dios, Justicia! Y que tenga misericordia!”<sup>101</sup>. María de los Ángeles formó parte luego de las que se fueron a Barranquilla a fundar la nueva congregación que se desmembró de la de Maiquetía.

Las que dejaron la congregación se mantuvieron en su decisión, con algunas excepciones. Así lo manifiesta una comunicación de la nueva superiora general, Esperanza de San José, del 23-9-1912, donde informó que las hermanas Hipólita, Cecilia, Felicitas, Casta, Carmen, Teodora, Caridad, Albertina, Eufemia, Ana Dolores, Rosa, Fermina, Amanda y Jesús, habiendo pedido y obtenido la dispensa de sus votos, no deben ser llamadas en adelante Hermanitas de los Pobres. Sin embargo, aclaró al final que las tres últimas (Fermina, Amanda y Jesús) pidieron dispensa, pero ingresaron de nuevo al instituto.

La salida de esa cantidad de hermanitas hizo poner en crisis la atención de las diversas casas, asilos y hospitales de la congregación, hasta el punto que se vieron obligadas a hacer disminuir la cantidad de plazas de los hospitales y asilos. Un ejemplo de esta realidad está en el hecho de que el 10 de mayo de 1912 la madre Providencia haya enviado una circular al hospital San José, donde se fijaba como tope la cantidad de 20 enfermos para ese hospital, no pudiendo aceptarse ni uno más.

Como balance general de la crisis de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía (1911-1912), las religiosas que dejaron la congregación con ocasión de la misma fueron treinta y dos, contando las novicias. Entre ellas siete volvieron a la congregación, donde perseveraron hasta la muerte. Pero no todas las que dejaron, se retiraron de la vida religiosa. Algunas siguieron en su vocación, pero comenzaron otra nueva congregación religiosa, como veremos a continuación.

## **8. Las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver**

---

<sup>100</sup> *Ibidem*.

<sup>101</sup> MARÍA DE LOS ÁNGELES, “Tarjeta. Despedida”, en: Diario *El Tiempo*, 7-2-1912. Citado por: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 138.

La mayoría de las que dejaron la institución definitivamente, especialmente las que siempre habían apoyado al fundador, se retiraron a Barranquilla (Colombia). Allí fundaron una nueva congregación llamada “Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver”. Ese grupo de hermanas fue liderado por la venerable Marcelina de San José, actualmente en proceso de beatificación. Su nombre completo era Luisa Marcelina Aveledo y Aveledo, nacida en Caracas el 18 de junio de 1874. Había ingresado en la congregación en junio de 1899 como hermana coadjutora. En febrero de 1909 fue destinada como superiora del Asilo de Barranquilla.

La nueva congregación se consideró una prolongación de la obra del P. Machado, e incluso para ellas él es su fundador. Se distinguieron por su cariño hacia el padre, y algunas solían mantener relación epistolar con él. Pensaron que los cambios introducidos por el visitador en las de Maiquetía traicionaban el espíritu primitivo de la misma, y por ello decidieron dejarla para fundar una congregación que fuera completamente fiel al espíritu con que Machado fundó a las Hermanitas de los Pobres en 1889. Sin embargo, no podemos decir que todas las que se quedaron en la congregación de Maiquetía fueron infieles al espíritu primitivo. Este espíritu fundacional se mantuvo en el grupo de religiosas de Maiquetía, que fiel a la Iglesia y a los fundadores vivieron su vocación tal como se lo habían enseñado los iniciadores del carisma. Ese grupo hizo posible que 27 años después Machado regresara a la institución como el gran regalo en sus bodas de oro sacerdotales. También perduró en las que reconocieron su error e intentaron repararlo como pudieron.

La nueva fundación no fue bien vista por el arzobispo Castro, que consideró el hecho como una insurrección. Llegó a afirmar que la “Casa de Barranquilla está enteramente en manos de las religiosas rebeldes que se quitaron el hábito protestando contra las órdenes de la Sagrada Congregación: tienen el propósito de formar allí una comunidad aparte, y todo esto lo están haciendo bajo la inspección y dirección del Pbro. Machado, secundado poderosamente por Sor María de los Ángeles, que (...) ha ido a Colombia únicamente para ponerse a la cabeza de la Casa insurrecta. La autoridad eclesiástica de Cartagena, a la cual pertenece la Casa de Barranquilla, parece inclinada a ayudar y proteger a estas Religiosas rebeldes con el propósito que tienen”<sup>102</sup>. Castro apuntó que le parecía “una monstruosidad” que esta nueva institución “se forme con Religiosas apóstatas que han dado el escándalo que ha asombrado a la sociedad de Caracas”<sup>103</sup>. Y añadió como colofón: “El Pbro. Machado es muy culpable y además muy responsable de todo eso”<sup>104</sup>.

---

<sup>102</sup> J. B. CASTRO, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 23-4-1912, en: AHHPM (Cartas 1912-1914), p. 41.

<sup>103</sup> *Ibidem*.

<sup>104</sup> *Ibidem*.

No contento con lo dicho en esta misiva, el arzobispo envió a la Santa Sede otra en la que invitaba a la Sagrada Congregación de Religiosos a que declarase que la casa de Barranquilla “pertenece única y exclusivamente a la Congregación de Hermanitas que tiene su centro en Caracas y que las que ahora permanecen en ella la poseen indebidamente”<sup>105</sup>. Castro llegó a decir que el arzobispo de Cartagena, bajo cuya jurisdicción estaba la casa de Barranquilla, “no quiere por temor mezclarse en el asunto”<sup>106</sup>. La realidad era que el arzobispo de Cartagena apoyaba a las hermanas de Barranquilla, y las aprobó al cabo de un tiempo como congregación autónoma. Esta vez la Sagrada Congregación de Religiosos no hizo caso a Castro, y permitió que las hermanas “rebeldes” siguieran en Barranquilla, y no sólo eso, sino que al pasar un tiempo les dio también aprobación canónica. ¿Y qué razones tenía? El mismo arzobispo de Cartagena, monseñor Pedro Adán Brioschi, envió el 18 de mayo de 1912 una carta al cardenal Vives, en la que expuso el estado de la cuestión de la casa de Barranquilla, mientras afirmaba: “Yo no he querido mezclarme en tan grave cuestión porque la considero de la competencia de la Santa Sede y de esa Congregación, que sabrá vencer todas las dificultades”<sup>107</sup>. Aunque Brioschi dijo no querer mezclarse en el asunto, en realidad estaba apoyando subrepticamente a las hermanitas “disidentes” que se separaron de la congregación de Maiquetía para fundar una nueva. Así lo muestra el hecho de que el prelado enviara a la Santa Sede dos cartas de recomendación con la hermana María de los Ángeles, que viajó a Roma en mayo de 1912, en las que manifestaba su apoyo a la nueva fundación. De hecho, Brioschi no quería que se fueran de Barranquilla las ex hermanitas de los Pobres que estaban allí en el Asilo, pues “los únicos elementos favorables a la Iglesia que hay en esa ciudad”, habían amenazado con armar un motín si se retiraban las actuales directoras. Brioschi también temía que, de irse las hermanitas que según Castro eran rebeldes, la casa podría ser vendida a los masones<sup>108</sup>, con lo cual se hubiese acabado el centro asistencial que tanto bien estaba haciendo en Barranquilla, especialmente a los más necesitados. Era muy consciente del gran apoyo popular que tenían las hermanas. Además, las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía no tenían suficiente personal para enviar religiosas a Barranquilla, por lo que la permanencia de las hermanas “disidentes” en Barranquilla estaba permitiendo continuar esa gran obra social. Las hermanas de Barranquilla también recibieron un gran apoyo de parte del presbítero Carlos Valiente, gran amigo de Machado, que las defendió valientemente, pero a la vez veladamente. Aún así, no pudo librarse de los juicios

---

<sup>105</sup> J. B. CASTRO, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 17-5-1912, en: AHHPM (Cartas 1912-1914), p. 44.

<sup>106</sup> *Ibidem*.

<sup>107</sup> P. A. BRIOSCHI, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 18-5-1912, en: AHHPM (Cartas 1912-1914), p. 45.

<sup>108</sup> Cfr. P. A. BRIOSCHI, “Carta a la Hna. María de los Ángeles”, 20-7-1912, en: AHHPM (Cartas 1912-1914), p. 53.

de la autoridad, pues su apoyo fue interpretado como complicidad con la “rebelión”, por parte de Castro y de algunos jerarcas del Vaticano.

Como ya no se podía hacer nada más con estas hermanitas, dado el gran prestigio que tenían en Colombia, al final la superiora general de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, Esperanza de San José, decidió en junio de 1913 que las religiosas de Barranquilla quedaran separadas totalmente de la congregación de Hermanitas de los Pobres de Maiquetía. Juan Bautista Castro, que estaba a la cabeza de la congregación en Caracas, confirmó la moción de Esperanza, añadiendo la conveniencia de que se prohibiera a las hermanitas que estaban en Venezuela pasar a la casa de Barranquilla, bajo ningún pretexto.

Durante esos avatares, Machado se mantuvo siempre en contacto epistolar con Marcelina, Valiente y Brioschi. Lo hacía con mucha prudencia, porque no quería ocasionar problemas a las hermanas de Barranquilla, pues sabía que la autoridad eclesiástica de Caracas estaba en desacuerdo con la nueva fundación, como lo explicó claramente en una de sus cartas: “Yo tengo que observar una reserva muy grande en todo lo que se relaciona con este asunto, pues tengo por enemigo al arzobispo de Caracas que anda buscando algún pretexto para suspenderme”<sup>109</sup>. Se supo cuidar muy bien, pues la suspensión no llegó durante el gobierno eclesiástico de Castro. Llegaría años más tarde, en 1930.

Por su parte, Brioschi y Valiente apoyaron en todo a la nueva fundación, y gracias a ello Marcelina pudo llevar adelante su propósito, de continuar siendo fiel a su vocación a la vida consagrada, bajo la dirección de Machado, según el espíritu primitivo de la congregación que él fundó.

A finales de diciembre de 1912, Marcelina envió una comunicación a las hermanitas que querían unirse a ella en la fundación de una nueva congregación, en los siguientes términos: “El día 23 de este mes reuní a las Hermanas con el objeto de tratar el punto siguiente: Las Hermanas que estén de acuerdo con lo que hemos resuelto de independizar esta casa de las de Venezuela, y por consiguiente, aceptar algunas pequeñas reformas, quiero den a conocer que lo aceptan gustosas, incluyendo aquí sus firmas. Está demás decirles que esto ha sido muy consultado con los principales Miembros del Gobierno Eclesiástico, bajo cuya protección hemos sido acogidas”<sup>110</sup>. Entre las primeras que firmaron esa comunicación, están las hermanas Laura, Leonarda, Rosa, Bernardina, Tarcisia, Amalia, Dominga e Hipólita.

Brioschi no se limitó a apoyar a las hermanas de Barranquilla. También manifestó su cercanía y su apoyo hacia Machado, como lo expresó en una carta al fundador: “Lamento lo

---

<sup>109</sup> S. MACHADO, “Carta a Daniel Carbonell”, 22-3-1912, en: C. MESA, *La Madre Marcelina*, cit., pp. 103-104.

<sup>110</sup> Citado por: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 141.

ocurrido en la Congregación (...) dejó al cuidado de la Providencia lo referente a la casa de Barranquilla (...) Siento la prueba que está pasando Ud., no hay que perder el ánimo. Las pruebas son el crisol con que se purifica la virtud y nosotros no debemos esquivar las que el cielo nos envía. El campo en que Dios lo quiere a Ud. es Venezuela y creo que debe permanecer ahí”<sup>111</sup>.

La separación definitiva de las hermanitas de Barranquilla de las de Maiquetía fue sancionada en diciembre de 1913. A partir de entonces las de Colombia debían modificar el hábito para distinguirse de las de Venezuela, y también debían cambiar el nombre: se llamarían en adelante Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver. En enero de 1914 fueron aprobadas como congregación de derecho diocesano. El 16 de julio de 1914 Marcelina fue elegida como primera superiora de la casa de Barranquilla. Poco después llegó a ser madre general de la congregación, y es hoy día considerada como la fundadora de esa institución.

Con ocasión de la crisis, la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía quedó reducida en 1913 a cuarenta y cinco hermanas, menos de la mitad de las que había en 1910. Pero una falleció y otra se salió, con lo cual quedaron cuarenta y tres. Debían atender las siete casas existentes hasta ahora, que para completar se hallaban en serios apuros económicos. Además, como se estaba corriendo la voz de que la congregación iba a desaparecer, los bienhechores dejaron de enviar ayudas y la congregación se vio en una grave dificultad económica. Las consecuencias de la separación del fundador fueron mucho más allá de lo que ellas imaginaron, pero aún con todo eso la congregación pudo seguir adelante.

Por su parte, la nueva congregación iniciada en Colombia dio muchísimos frutos, y con el tiempo se extendió no solamente por toda la nación neogranadina, sino también por otros países de varios continentes.

---

<sup>111</sup> P. A. BRIOSCHI, “Carta al P. Machado”, s/f., en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 141.

## *Capítulo IV*

### **San José del Ávila y la Plaza El Cristo (1911-1923)**

Una de las religiosas que redactaron el informe secreto del 1º de noviembre de 1914, enviado a Pietropaoli, hizo una declaración en la que se retractaba de todas las acusaciones que había hecho contra el fundador durante el proceso que llevó a cabo el delegado Aversa y el P. Ibarreta. La religiosa era Pastora de San José, vicaria general de la congregación, como se deduce porque más adelante aparece su nombre entre paréntesis. La hermanita arrepentida apuntó, con un estilo poético: “Una cosa desearía y es: que el P. Machado, Nuestro Padre inolvidable, no cerrara los ojos sin cicatrizar esas heridas que nosotras sus hijas hemos abierto en su alma, pero como eso es imposible por la separación horrible que nos divide, ruego a Su Excelencia, se digne obtener su *perdón*. Siempre que no sea imprudencia para la Iglesia ni se denigre vuestra *Dignidad*. Él me perdonará! Yo, entretanto, devoraré en silencio el pan de mis dolores, mezclado con la hiel del arrepentimiento”<sup>112</sup>. Pastora estaba muy arrepentida porque había sido una de las siete hermanas que había firmado el primer informe preparado por la hermana Paula, que se envió a Roma acusando gravemente a Machado.

No fue Pastora la única que se retractó de haber acusado injustamente a Machado. También lo hizo la autora principal de todo el problema: nada menos que la hermana Paula Linares. El arrepentimiento de esta religiosa, de acuerdo con esa fuente, tuvo lugar poco antes de su muerte, como lo cuenta Curiel: “estando grave en el Hospital de Cotiza le hizo una carta pidiéndole perdón y la respuesta que obtuvo de él fue: ‘mi hijita, de qué me pide perdón, cuando tú sólo has sido escogida por Dios para santificarme’”<sup>113</sup>. Luego de su penosa enfermedad, a sus 63 años, Paula murió reconciliada con el fundador, en el hospital de Cotiza, el 20 de julio de 1922.

Aún cuando Machado estaba en entredicho por la autoridad de la Iglesia, continuó con una iniciativa social de grandes dimensiones, encargándose de la educación de los niños más pobres y abandonados del centro de Caracas, e incluso de otras zonas del país, en una obra que dura hasta nuestros días.

---

<sup>112</sup> AA.VV., “Sub secreto”, 1-11-1914, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 89.

<sup>113</sup> M. CURIEL BRAVO, “Testimonios”, en: AHHPM (libro sin clasificar), p. 6.

## 1. La Escuela del Niño Jesús

Ya estando en Roma, el P. Machado, una vez separado de la congregación, concibió el proyecto de iniciar una obra educativa y social, y así lo manifestó desde la ciudad eterna a su amigo el P. Fuentes, el 20 de noviembre de 1910: “Estoy, pues, libre para emprender la obra de que hablamos en la esquina del Guanábano, cuando todavía no pensaba venir a Europa. Puedo contar contigo? No te vayas al extranjero, que nuestra patria necesita de nosotros”<sup>114</sup>. Fuentes correspondió al llamado de su amigo, y siempre le brindó su apoyo, sobre todo en los momentos más duros.

Una vez que Machado se instaló en Caracas, muchos sacerdotes le volvieron la espalda, y muy pocos mantuvieron su fiel amistad con el padre perseguido. Estos eran Domingo Lamolla, José Vicente Lozano y Mariano Parra Almenar.

A su regreso a Caracas, a mediados de 1911, una vez separado de la congregación, Machado se fue a vivir con su hermana Dominga y con María del Rosario Ochoa a una casita situada de Cuño a Guanábano, en La Pastora, cerca de donde había estado la primera sede del Asilo de la Providencia.

Allí comenzó a reunir a los muchachos pobres de la zona y a darles instrucción gratuita en lo que podía. Por esas sesiones de instrucción se dio cuenta de que había necesidad de un centro educativo para niños abandonados, y por ello pensó en crear una escuela para ellos. Esta obra social tuvo un considerable impacto en la Venezuela de entonces.

Machado siguió dando clases a los niños, durante la mañana y durante la tarde. Pero se dio cuenta de que los que regresaban en la tarde llegaban pálidos y desganados, y se enteró que la razón era que eran muy pobres y sus padres no tenían para darles almuerzo. Entonces les empezó a dar un frugal almuerzo, según lo permitían sus limitadas finanzas. Así llegó a ser sin advertirlo el iniciador de los comedores escolares en Venezuela.

Al querer darle un nombre a esa escuelita que comenzó en La Pastora, de Cuño a Guanábano, se decidió por el nombre “Escuela del Niño Jesús”. Ésta inició oficialmente el 18 de septiembre de 1911. Fiel a su principio de no hacer nada sin contar con el obispo, pidió al arzobispo de Caracas la aprobación para fundar una escuelita para niños abandonados, pero le fue denegada. Así que la escuelita comenzó a funcionar sin la aprobación de la autoridad eclesiástica. Entonces insistió tantas veces que al final Castro tuvo que darle la aprobación para que lo dejara tranquilo.

---

<sup>114</sup> S. MACHADO, “Carta al P. Fuentes”, 20-11-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 80.

Las dificultades que tuvo en los inicios de la escuela, corrían paralelas con el éxito de la misma. Entre esas dificultades estaba la oposición del arzobispo, como dice Machado: “A él le dolió mucho el que yo emprendiera (con su aduicencia) otra obra popular: la de establecer un instituto de enseñanza gratuita para niños pobres, con el nombre de “Escuela del Niño Jesús” en la cual se educan hoy 130 niños, con motivo de esto publicó “El Universal”, periódico semi-oficial, un magnífico editorial alabando la nueva obra mía; pues el Sr. Arzobispo (o sus adláteres) hizo que el gobierno le prohibiera a ese periódico que publicara nada en mi favor, como me lo mandaron a decir a mí”<sup>115</sup>. Ese tipo de dificultades le acompañaron mientras vivió Castro.

Por ese tiempo, aún las Hermanitas de los Pobres habitaban la casa que hoy es San José del Ávila, y junto a ella había un terreno vacío en el que los muchachos solían hacer deporte, pero algunos en sus travesuras lanzaban piedras contra la casa donde estaban las hermanas. Ellas reclamaron varias veces a los muchachos, pero éstos no hicieron caso. Los enemigos de Machado hicieron ver a las hermanas que era el fundador quien había mandado a los niños a lanzar piedras y a molestarlas. Las hermanas entonces recurrieron al prefecto de Caracas y plantearon su problema. Machado fue citado a la prefectura, y allí tuvo que dar razón, lleno de vergüenza, de que él de ningún modo podía mandar a atacar a quienes eran sus hijas espirituales. De hecho, tuvo que enviar una carta al gobernador del Distrito Federal, en la que explicó que algunas habían dicho que él se la pasa “molestando a las Hermanas que están en la Casa Madre, mandando a los muchachos que les tiren piedras”<sup>116</sup>. Y explicó que “alrededor de esa casa retozan multitud de muchachos vagos y desordenados que toda la vida han mortificado allá con piedras y con gritos a los habitantes de esa casa”<sup>117</sup>. Machado lo sabía por experiencia, pues él mismo lo había sufrido desde que inició los trabajos de la construcción de esa edificación.

Como los chismes llegaron también al arzobispado, el sacerdote tuvo que explicar la situación al prelado: “Me denunciaron falsamente ante las altas regiones del gobierno diciendo: que yo mandaba muchachos que le tiraran piedras a las Hermanitas que se hallaban en la Casa Madre”<sup>118</sup>. A través de esta acusación se logró que fuese dada una orden de prisión contra el presbítero, “no por el señor General Juan Vte. Gómez”<sup>119</sup>, como se lo había comunicado el gobernador del Distrito Federal, sino por las autoridades locales excitadas por

---

<sup>115</sup> S. MACHADO, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 4-3-1912, en: AHHPM (Cartas 1912-1914), p. 33.

<sup>116</sup> S. MACHADO, “Carta al gobernador del Dtto. Federal”, 9-3-1912, en: AHHPM (Cartas 1912-1914), p. 37.

<sup>117</sup> *Ibidem*.

<sup>118</sup> S. MACHADO, “Carta a Mons. Castro”, Caracas, 30-6-1912, en: AHHPM, Cartas, tomo III (sin numerar).

<sup>119</sup> *Ibidem*.



las denuncias de sus enemigos. Al final, el padre se defendió de la especie que había llegado al arzobispado, dando una serie de razones que demostraban su inocencia.

De todos modos, para ayudar a las hermanitas que habían pensado mal de él, Machado subió al terraplén donde jugaban los muchachos, se les acercó y trató de ganárselos. Los muchachos aún no le conocían, ya que ninguno asistía a su escuela. El padre les contó con toda franqueza lo que estaba pasando, y los muchachos se sorprendieron mucho, y a algunos les dio más bien vergüenza de que estuvieran acusando al sacerdote por culpa de ellos. Luego de habérselos ganado, les pidió que no jugaran más allí, para que las hermanas pudieran estar tranquilas. Los adolescentes le prometieron que en adelante no volverían a jugar allí, cosa que cumplieron fielmente.

Como hemos referido antes, Machado había reclamado a la congregación que fundó los bienes de su patrimonio, con los que se habían comprado muchas de las casas de esa congregación. Para pagar la inmensa deuda material que tenía con el fundador, la congregación, en conformidad con los abogados que llevaban el caso, resolvió otorgarle la edificación que funcionaba como Casa madre, ubicada en Sabana del Blanco, para trasladar la casa generalicia al lado del Asilo de la Providencia.

Pero no fue sino hasta el 1° de mayo de 1913, cuando las Hermanitas de los Pobres que estaban en la casa de Sabana del Blanco se trasladaron al Asilo de la Providencia, entregando por fin la Casa madre al fundador.

Una vez que logró tener posesión de la nueva casa, Machado trasladó a ella la escuela que había fundado, y comenzó a funcionar en lo que se lo permitían los espacios recién acondicionados. Los alumnos más pobres estaban en calidad de internos, y el resto, de seminternos. También había alumnos en calidad de externos, grupo constituido por quienes vivían en las cercanías del plantel. Se pedía a cada alumno una mensualidad según sus posibilidades. A los internos se estableció la cuota de Bs. 20. Como eran muy pocos los que podían pagar esa cantidad, el mismo padre cargó con los gastos de los que no podían cancelar.

Lo único que Machado solicitaba a las familias de los internos era que les lavaran la ropa. Por su parte, los seminternos no pagaban nada. Pero el padre les pedía a sus familias que ayudaran con algo en la medida de sus posibilidades. Por estas razones la situación económica de la Escuela del Niño Jesús, sobre todo en sus inicios, fue siempre muy apretada.

El padre contrató desde el inicio en la casa de Sabana del Blanco unos maestros, pero como no tenía suficientes recursos para pagarles, hizo una solicitud al gobierno de Gómez. Recurrió a esta iniciativa al verse con la soga al cuello, pues llegó a deber a los maestros tres o cuatro meses de sueldo. Sin embargo, aún cuando se les debía dinero, los profesores nunca abandonaron el centro educativo. Como el gobierno tardara en responder, los profesores al principio fueron pagados gracias a alguna limosna extraordinaria que llegaba de algún

benefactor inesperado. Con el tiempo, el gobierno de Gómez concedió al instituto la ayuda solicitada, y pudo seguir adelante con notable éxito.

## 2. San José del Ávila

A mediados de 1913 San José del Ávila ya albergaba a unos 200 niños, y el fundador de la escuela aspiraba a aumentar su capacidad a 500. Machado recogía niños de entre los más necesitados para llevarlos a San José del Ávila, pues sabía que en otro lugar se perderían y no recibirían ningún tipo de educación. Esto se corrobora por el testimonio de un ex-inspector técnico de los Estados Anzoátegui y Monagas, según el cual Machado estuvo en su jurisdicción escolar “solicitando niños pobres para llevar a su instituto de Caracas, y se empeñaba en recogerlos entre aquellos que carecían de recursos, abandonados a su propia suerte, o entre aquellos que se hubiesen señalado como incorregibles y los que necesitaran por consiguiente una educación especial”<sup>120</sup>.

Aunque el instituto estaba marchando muy bien, atravesó por muchos momentos duros. Hemos conseguido una carta de nuestro biografiado, en la que se dice que un enemigo trataba de quitarle la casa en que habitaba. No se sabe de qué enemigo se trate, y aunque el afectado manifestó su confianza en que tenía las armas para defenderse de ese enemigo, apuntó que al arzobispo de Caracas, a quien va dirigida la carta, le “sobra influencia” para defenderle, y “para impedir esa injusticia que se pretendiera cometer”<sup>121</sup>. Aunque no tengamos más datos sobre el misterioso enemigo, sabemos que no fue adelante en la intención de quitarle la casa en la que vivía, y en la que se educaban y habitaban cientos de niños.

Cuando el padre quiso poner la casa bajo el patrocinio de San José, antes de cambiarle a la escuela el nombre de “Escuela del Niño Jesús” al de “San José del Ávila”, fue al arzobispo a solicitar su permiso. Castro le atendió y le dijo de modo despectivo: “Ya usted vino con un lío pidiendo permiso para fundar una escuela y se lo dimos, ¿ahora que es lo que quiere?”. El padre formuló su petición, y el arzobispo le dijo: “Padre Machado, haga lo que le parezca con mi aprobación”.

A partir de entonces la escuela cambió de nombre. Pensó en llamarla “San José de la Montaña”, tal como se llamaba una institución similar que había conocido en España, pero luego prefirió un nombre más venezolano. Estaba seguro que la casa se llamaría San José y

---

<sup>120</sup> AA.VV., “Homenaje”, periódico editado en honor del Padre Machado en sus Bodas de Oro Sacerdotales. Citado por: C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 93.

<sup>121</sup> S. MACHADO, “Carta a Mons. Castro”, 13-7-1913, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 73.

por ello mandó a hacer un cuadro de ese santo y lo puso en la sala principal. En una ocasión una señora fue en tiempo de navidad a visitar a uno de los muchachos internos, y en eso un cohete de los que lanzaban en las afueras vino a parar y a explotar dentro de la casa, y la señora exclamó: “San José del Ávila bendito”. Machado, que estaba rezando, oyó la exclamación, le gustó el nombre, y decidió que era el nombre que llevaría la escuela en adelante.

Los frutos de esa Escuela eran patentes, no sólo desde el punto de vista social, sino también educativo y religioso. Antes de que le entregaran la casa donde había de iniciar el internado San José del Ávila, Machado había enviado una carta al arzobispo de Caracas, el 26 de abril de 1913. En ella expuso al arzobispo Castro los beneficios que dicha Escuela producía en los niños que allí se formaban, “no sólo en cuanto a la instrucción de niños, sino, sobre todo, en cuanto a la educación y aprendizaje religioso”<sup>122</sup>. La Escuela del Niño Jesús, que había podido sostener durante año y medio, ha dado un resultado muy satisfactorio. A través de esa carta, el padre pidió permiso para reservar el Santísimo Sacramento en la capilla del lugar, y tener allí exposición con el Santísimo todos los días por la tarde, y solicitó las licencias necesarias para erigir en el centro educativo una capilla en honor de San José.

También propuso un plan pastoral, y lo sometió al visto bueno del arzobispo, suplicando el permiso para instituir una Pía Unión que ayudara a mantener económicamente las labores de la escuela. Pidió también el permiso para publicar un periodiquito, cuyo fin sería ir informando a la gente sobre las actividades de esa Pía Unión, al tiempo que solicitaba que el culto de la capilla de San José del Ávila se abriera a personas de afuera. Al final, Machado ofreció “presentar a la Curia las cuentas anuales de la obra para su examen y calificación”<sup>123</sup>.

El arzobispado tardó casi cuatro meses en responder, pero antes de hacerlo envió un comunicado a la delegación apostólica el 18-8-1913 a través de Nicolás Navarro, en el que explicaba los términos de la concesión del arzobispado a la petición de Machado: “El Señor Arzobispo dice que no puede favorecer con su autoridad la obra escolar del P. Machado, sino en conformidad con esas bases que ha dictado y que me apresuro a remitirle. Si el P. Machado las acepta, puede dar los pasos necesarios ante el Señor Arzobispo para ponerlas en práctica. Por mi parte juzgo también que Monseñor Castro no debería proceder de otra manera”<sup>124</sup>.

---

<sup>122</sup> S. MACHADO, “Carta a Mons. Castro”, 26-4-1913, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 62. Esta carta también está en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 329, pp. 160-161.

<sup>123</sup> S. MACHADO, “Carta a Mons. Castro”, 26-4-1913, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 78.

<sup>124</sup> N. E. NAVARRO, “Carta a Mons. Pietropaoli”, 18-8-1913, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 466, p. 363.

Probablemente lo hizo así para adelantarse a cualquier recurso que al respecto pudiera presentar Machado a la delegación apostólica.

A la carta de Navarro se anexó la respuesta del arzobispado. Fue enviada sin fecha y de modo casi anónimo (no viene firmada), y no era muy alentadora que digamos. Explicó que debido a “la situación especial en que el Pbro. Santiago F. Machado se ha puesto ante el Prelado y la Santa Sede”<sup>125</sup>, el arzobispo había puesto unas condiciones, de las que sólo mencionaremos cinco (el I, IV, V, VI y VII), por ser las que se refieren a los aspectos esenciales de la petición de Machado.

“I. La creación de fondos para la escuela debe hacerse directamente, proponiendo a los fieles desde luego el objeto de la recaudación y estableciéndose enseguida una Junta administradora de dichos fondos, la cual se mantenga en constante relación con el Prelado y le de cuenta debidamente de sus operaciones. De ninguna manera se tomará una obra de culto como pretexto para arbitrar los mencionados fondos.

IV. El servicio del plantel debe organizarse con los elementos necesarios para proporcionarle estabilidad y eficacia, pero prescindiendo por completo de la intervención de mujeres, bajo cualquier forma que sea (...).

V. La fundación del Asilo de niños pobres sería asunto de tratarse y reglamentarse más tarde.

VI. El Arzobispo no tiene por conveniente la organización de la Capilla con el servicio de culto e instalación del Ssmo. Sacramento que el Pbro. Machado desea, pues lo considera prematuro e incompatible con las atenciones de la escuela (...).

VII. La dirección de la Escuela debe estar en relación constante con el Prelado y sometido con toda humildad a las indicaciones y rectificaciones que éste tenga a bien intimarle”<sup>126</sup>.

Al final, el comunicado añade que si no se cumplen con estas condiciones, el arzobispo no podría mirar esa obra sino “con la tolerancia que hasta ahora le ha concedido”<sup>127</sup>.

---

<sup>125</sup> ARZOBISPADO DE CARACAS, “Respuesta del arzobispado a la petición del Pbro. Machado”, s/f, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 79. Esta respuesta aparece también, sin fecha, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 330, pp. 161-163.

<sup>126</sup> ARZOBISPADO DE CARACAS, “Respuesta del arzobispado a la petición del Pbro. Machado”, s/f, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 79.

<sup>127</sup> *Ibidem*.

Analicemos ahora con detenimiento la respuesta del arzobispado. En primer lugar se negó la petición de establecer una Pía Unión, que tenía como fin recaudar fondos para la escuela. Machado sabía por experiencia que las obras piadosas eran muy propicias para obtener recursos económicos, pues a través de peticiones o intenciones de Misa la gente colaboraba más generosamente, con el aliciente de estar recibiendo un beneficio religioso. También la autoridad lo sabía, y sin embargo, no concedió que se estableciera ninguna obra religiosa, sino sólo una Junta recaudadora de fondos, prohibiendo que se erigiera “una obra de culto como pretexto para arbitrar los mencionados fondos”.

En segundo lugar, la autoridad prohibió la intervención de mujeres en la obra, lo cual se puede interpretar como una manifestación de desconfianza hacia Machado, como si a sus 64 años estuviera propenso a enredarse en faldas, supuesto motivo por el que fue expulsado de la congregación que fundó. Quizás tuviera que ver esa prohibición con que Rafaela Serrano, antigua madre Felicitas, estaba apoyando a Machado en la obra de San José del Ávila. Se la ponían bien difícil a Machado, pues las personas que cocinaban en el internado eran todas mujeres, y el padre no podía prescindir de sus servicios.

En tercer lugar, el arzobispo prohibió “la fundación del Asilo de niños pobres”, alegando que sería un asunto que debía tratarse y reglamentarse más tarde. Este tipo de respuestas, en la que se reenvía el asunto a un futuro indefinido, es casi igual que una negativa. Ahora bien, es sorprendente que se le prohíba tal iniciativa. Sólo se nos ocurre una razón: los que más querían a Machado eran los más pobres, y un asilo de niños pobres no hubiera hecho sino aumentar su popularidad a niveles astronómicos. ¿Sería esto lo que temía el arzobispo Castro?

En cuarto lugar, el arzobispo negó una vez más que se estableciera en la capilla del centro educativo el Santísimo Sacramento, por considerarlo “prematureo e incompatible con las atenciones de la escuela”. Aquí no nos aventuramos a hacer ninguna interpretación, mientras impresiona aún más cómo a Castro, considerado como apóstol de la Eucaristía, le parecía inconveniente que el Ssmo. Sacramento se instale permanentemente en San José del Ávila.

Sin embargo, aún con todos los obstáculos que se le pusieron, la obra de San José del Ávila siguió adelante con mucho éxito. Y aunque no fue totalmente apoyada por la jerarquía eclesiástica, sí lo fue por algunos medios impresos, como el diario “La Religión”. En efecto, una editorial del diario “La Religión” de agosto de 1914, hizo una apología del internado para niños pobres, invitando a su inauguración el 22 de agosto. El artículo explicó que

Machado estableció un internado gratuito para 40 niños desamparados, e informó que iba a fundar otro, en el cual se pagaría por cada interno 40 ó 60 bolívares mensuales<sup>128</sup>.

Aún cuando las relaciones entre Machado y Castro no estaban en su mejor momento, aquél siempre quiso hacer al arzobispo partícipe de sus obras sociales. Un día de san Juan Bautista, onomástico del arzobispo, Machado fue con todos los niños del colegio hacia el palacio arzobispal a presentar un homenaje al prelado, con unos cantos que habían ensayado afanosamente. La sorpresa que se encontraron el padre y los niños fue que el arzobispo no quiso recibirlos, con lo que se quedaron con una gran frustración. El padre, callado, tuvo que mandar salir en orden a los infantes del recinto del palacio<sup>129</sup>.

El 7 de agosto de 1915 fallecía al arzobispo Castro. ¿Qué hizo Machado al enterarse de la muerte del personaje que tanto le había hecho sufrir? Así lo narra el P. Álvarez: “en torno a su cadáver, expuesto en la Capilla ardiente, se apiñaron las multitudes y fueron circulando con el bullicio y apretamiento que en tales casos es usual por desgracia. También acudió segregado de la muchedumbre el P. Machado, que se colocó a la cabecera del féretro en actitud orante, desgranando con las cuentas de su Rosario los sufragios que le pedía su generosidad de hijo. Casi seguro de que aquellas filas interminables que se iban sucediendo, más por curiosidad que pensando encomendarlo a Dios, fueron éstas del Padre las plegarias más sentidas que se elevaron al cielo, sin resquemor de ninguna clase”<sup>130</sup>.

Fue después de la muerte del arzobispo, cuando el 24 de octubre de 1915, pudo Machado fundar la “Pía Unión de San José del Ávila”. Así se instituyó el culto a San José del Ávila en la capilla de la escuela, que hasta entonces había estado dedicada al Niño Jesús. En consecuencia, el 19 de diciembre de ese año, se sacó a la luz pública el primer ejemplar del “Mensajero de San José del Ávila”, publicación informativa y formativa acerca de las actividades y noticias del internado San José del Ávila. De este modo se pudo hacer realidad el anhelado periodiquito que no pudo sacar antes a la luz pública por los obstáculos que ponía el arzobispado.

### **3. Con los auxilios de la Providencia**

En una ocasión que no tenían dinero para la comida del día siguiente, una mujer tocó la puerta de la escuela en la noche, con el fin de donar al padre Bs. 500 para la institución.

---

<sup>128</sup> Cfr. ANÓNIMO, “Internado para niños pobres”, editorial del Diario *La Religión*, n° 7343, (sin fecha), en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 75. Se infiere, por los datos del artículo, que fue publicado en agosto de 1914.

<sup>129</sup> Cfr. C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 76.

<sup>130</sup> P. ÁLVAREZ, “Padre Santiago Machado entre los años 1928-1931”, p. 4, en: AHHPM (Actividades del P. Machado en el Prado de María).

Llegó a haber momentos críticos desde el punto de vista económico, en los que Machado se vio obligado a devolver a muchos muchachos a sus casas. Pero no hubo necesidad de cerrar la escuela porque siempre llegaba alguna ayuda de alguna parte.

Esos momentos críticos hicieron que se agudizaran las gastritis que sufría el padre. Estando muy aquejado del padecimiento del estómago, Machado fue invitado por el doctor Germán Rodríguez Lange a una casa que tenía en Puerto La Cruz, a pasar una temporada con el fin de tomar las aguas medicinales del vecino pueblo de Pozuelos, reconocidas como muy buenas para esas dolencias. Ese viaje tuvo lugar en septiembre de 1918. Apenas llegó a Puerto La Cruz, comenzó a visitar hogares. Organizó la catequesis e hizo muchísimos matrimonios en los hogares que no tenían este sacramento. También organizó una peregrinación al templo colonial de Pozuelos, y recogió un numeroso grupo de niños muy pobres y se los trajo por su cuenta a “San José del Ávila” para darles educación. Rodríguez Lange pidió al padre que se quedara tranquilo, argumentando que no lo había llevado a Puerto La Cruz a trabajar, sino a descansar. El padre le replicó que era él quien le tenía que dejar tranquilo, pues esa era una oportunidad que se le presentaba en bandeja de plata para ayudar a los demás. Como colofón, añadió que si se quedaba tranquilo se moriría.

Fue Felipe Rincón González, arzobispo de Caracas desde 1916, quien le dio la aprobación definitiva a la obra de San José del Ávila. Gracias a esta aprobación de la autoridad eclesiástica, el 22 de octubre de 1916 el padre logró que se otorgaran 40 becas a los niños más necesitados del internado, y se pudo así aumentar el cupo, llegando hasta 300 niños.

Machado había adquirido las dos hectáreas que estaban adyacentes a la casa, para que los muchachos pudieran recrearse, y también para que pudieran sembrar hortalizas y criar animales para el sustento de la casa. Así pudieron ampliarse las actividades de los niños del internado.

En su momento más esplendoroso, la institución llegó a albergar a más de 300 niños. Esto fue motivo de la admiración del mismo Juan Vicente Gómez, que oía hablar mucho de Machado, y acabó por tenerle estima. De hecho, el general Gómez se presentó en una ocasión en la Escuela sin avisar, causando acaso una sorpresa similar a la que provocó tiempo atrás Guzmán Blanco en el templo de Maiquetía. Machado, respetuoso como era con las autoridades, pero sin apocamientos ni complejos, mostró a Gómez la casa y los terrenos del internado. Al verlos, Gómez exclamó: “esto es magnífico, domina todo el valle de Caracas y su situación es extraordinaria para instalar un cuartel que haría la ciudad intomable”<sup>131</sup>. Estas palabras turbaron al sacerdote, pues las percibió como si fueran una amenaza. El trago

---

<sup>131</sup> C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 78.

amargo fue suavizado por un donativo que otorgó Gómez al final del encuentro, de Bs. 500 (fuerte suma en esa época). Esto disipó sus temores, pues el general se interesó por su obra educativa, viéndola como una iniciativa de enorme dimensión social.

A fin de cuentas, la aparente amenaza de Gómez fue beneficiosa porque llevó a Machado a poner todos los papeles del terreno en regla con la ayuda del doctor Ayala y sus abogados. Se legalizaron así algunos detalles que aún no estaban en orden. Y se logró que “San José del Ávila” fuera una propiedad privada, para que no pudiera ser objeto de una expropiación sorpresa. No obstante, hay que decir que Gómez nunca intentó expropiar el terreno, antes bien se mostró como admirador de Machado y desde entonces colaboró con sus obras.

Machado solía hacer compras al por mayor para los niños de la escuela. Adquiría grandes cantidades de alpargatas para los días corrientes y botas o brodequines para los días festivos, así como cobijas, sábanas, almohadas, colchones. Todo eso se lo daban a crédito y algunos vendedores decían: “El Padre Machado que pague cuando pueda pues él está haciendo lo que nadie hasta ahora ha hecho”<sup>132</sup>.

Desde San José del Ávila el padre ayudó también a mucha gente necesitada, como es el caso de un hijo de Encarnación de Tovar, que sufrió un accidente que le dejó grandes quemaduras. Machado lo recibió en la escuela y lo hizo atender por los médicos, hasta que logró su recuperación. Hizo muchos favores como este mientras estuvo al frente de ese centro educativo.

Después de más de diez años en San José del Ávila, Machado quiso entregar la obra a alguien que se hiciera cargo y continuara con sus actividades. Los destinados para ello serían los padres benedictinos de Santa Otilia de Baviera.

Para reacondicionar los espacios de modo que sirvieran como monasterio benedictino, Machado se dirigió en 1922 a Gómez pidiéndole recursos económicos para hacer los trabajos necesarios y su apoyo para la concesión de los permisos que hacían falta. Una vez obtenida la ayuda del gobierno, Machado habló con el nuncio Felipe Cortesi para gestionar la llegada de los monjes de San Benito. Fue así que se hicieron los trámites con los benedictinos, y se logró que firmaran el contrato. El lunes 2 de abril de 1923, Machado los recibió en el Puerto de La Guaira, y dejó a los pocos días la institución en sus manos.

De esta manera, corresponde a Santiago Machado, a través de sus diligencias ante al gobierno nacional y la autoridad eclesiástica, el mérito de la venida de los benedictinos de Alemania a Venezuela.

---

<sup>132</sup> *Ibid.*, pp. 78-79.



A sus 72 años se jubiló de la obra, habiéndola dejado consolidada, también desde el punto de vista económico. Como había quedado sin medios de subsistencia, desde ese momento el arzobispado pidió a los benedictinos que le otorgaran una pensión de Bs. 400 mensuales. Eran otros tiempos. Rincón González, sucesor de Castro, siempre apoyó en lo que pudo a Machado. Sus relaciones fueron muy buenas, y el aprecio sincero y mutuo.

En adelante, Machado se quedó en una habitación en San José del Ávila, que ahora estaba en manos de los benedictinos. Sin embargo, la convivencia con los benedictinos no fue fácil, pues estando el padre aún en la casa, los empleados solían consultarle a él todas las cosas que tenían que ver con el sostenimiento y funcionamiento del internado. A los benedictinos, que estaban ahora a cargo, no les gustaba su “intromisión”. Los monjes, germánicos rígidos, alegaron que no podía haber dos directores, y así lo hicieron saber al padre. Éste, comprendiendo la situación, tuvo que recoger sus cosas e irse, mudándose de nuevo a la casita donde había vivido antes, de Cuño a Guanábano.

Machado seguía a la orden de la arquidiócesis de Caracas, de la que Felipe Rincón González era arzobispo. Y no tardaría mucho en recibir un nuevo encargo pastoral.

#### **4. La plaza El Cristo de Maiquetía**

En un espacio aproximado de 3.500 metros cuadrados, al norte de la plaza Lourdes, había un terreno que servía de botadero de basura, y donde había algunos ranchos que afeaban el ambiente. Estaba cercado con alambre de púas y en estado deplorable. A principios del siglo XX, Machado concibió la idea de erigir allí un monumento de grandes proporciones, que sirviera para la meditación de la pasión del Señor por parte de los fieles. La idea surgió luego de haber observado una plaza similar en Francia, que le sirvió de modelo.

A través de limosnas y donaciones, pudo obtener los suficientes recursos para la compra del terreno en 1910. Su proyecto de erigir un monumento fue anunciado en la peregrinación de 1913, una vez que el terreno había sido limpiado y acondicionado para construir la obra proyectada. Este anuncio público aumentó el deseo de colaboración económica para el mismo. Machado también había proyectado la fabricación de catorce nuevas estaciones del *Via crucis*, de tamaño natural, que debían estar ubicadas alrededor de la plaza.

Para recoger el dinero con que había que pagar el Cristo, el cura se las tuvo que ingeniar. Uno de los inventos que más surtió efecto fue el de enviar a pedir limosna a unas señoras de la parroquia de Maiquetía, amigas de Machado. Las susodichas iban con un perolito envuelto en una imagen de la Virgen, en el que la gente debía depositar su donativo. Pero el cura había avisado a la gente que la limosna que tenían que dar iba a ser en forma de

multa: cada vez que alguien dijera una palabrota, debía depositar una moneda en el perol. Como en la plaza Lourdes se decían muchas, las señoras cobraban multas suficientes como para llenar los perolitos en poco tiempo. Pero cuando la gente se había habituado al sistema, estaban prevenidas cuando se acercaban las señoras con el perol, y se cohibían de decir groserías. Así que las señoras comenzaron a llegar con el perol casi vacío a entregarlo al padre. Entonces Machado tuvo otra idea: las señoras debían ir a las riñas de gallos. Fue así como pudieron recolectar mucho más, pues en las riñas se decían palabrotas a cada momento.

Algunos años antes de 1913 ya Machado había hecho los contactos con una casa especializada en Francia para fabricar el Cristo de Maiquetía. Mientras tanto se hacían gestiones para conseguir donaciones y ayuda económica para mandar a hacer la imagen. Tan pronto se contó con la ayuda económica necesaria, Machado ordenó la construcción del Cristo pidiendo que fuera elaborado con un metal lo más resistente al salitre y a la intemperie posible, sin reparar en costos. La cruz que debía sostener el Cristo se mandó a hacer en Venezuela.

Mientras tanto, Machado hacía gestiones burocráticas para erigir el monumento que se estaba fabricando en Francia. Las autoridades no parecían ver con buenos ojos semejante obra, que concebían como una expresión de proselitismo religioso, y quizás de inadecuado confesionalismo. Como conocía esos prejuicios, Machado quiso dejar muy claras las cosas con el máximo mandatario, y le escribió una carta el 13 de marzo de 1913, en la que le participó el proyecto “de levantar en Maiquetía un monumento a Jesucristo Crucificado”<sup>133</sup>, al tiempo que pidió a Gómez “su apoyo y su auxilio ya que en sus manos están los destinos de la patria”<sup>134</sup>. El autor de la iniciativa también comunicó en esa carta el motivo de la erección del monumento: la “conmemoración del XVI centenario del triunfo de la Iglesia Católica”.

Como vemos, Machado quería celebrar con ese monumento los 1.600 años de la declaración de la paz constantiniana, en la que a través del edicto de Milán, dictado por el emperador Constantino en el año 313, se permitía a la religión cristiana la libertad de culto en los amplios ámbitos del Imperio Romano.

El iniciador del monumento también había escrito cinco días antes al arzobispo Castro, para informarle acerca de la obra y ponerla bajo su protección. Pero las cosas no iban por el camino deseado. El 19 de abril de 1913 el gobernador del Distrito Federal, general Pedro Guerra, envió una notificación al prefecto del Departamento Vargas para ordenarle que prohibiera la erección del Cristo, al tiempo que le decía que las autoridades no estaban

---

<sup>133</sup> S. MACHADO, “Carta al Gral. Gómez”, 13-3-1913, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>134</sup> *Ibidem*.

informadas acerca de dicha instalación. Estaba vigente una orden del Estado que prohibía la erección de monumentos religiosos en plazas públicas, en virtud de las atribuciones que la ley del Patronato Eclesiástico daba al gobierno en lo referente a la supervigilancia de los cultos.

Machado reaccionó contra esta prohibición enviando una carta al general Guerra, gobernador del Distrito Federal<sup>135</sup>. En ella explicaba que la plaza donde tenía intención de erigir el monumento era de su “exclusiva propiedad”, y que por tanto no aplicaba la prohibición de erección de imagen religiosa en sitio público. Además, recordaba que las autoridades estaban ya informadas acerca del propósito de levantar esa imagen: “No debo omitir, para satisfacción del señor Gobernador y la misma mía que, por un motivo de mera cortesía y a fin de evitarme sinsabores, sí participé mi propósito al señor Gobernador, y conservo el documento público que lo comprueba, fechado el 12 de septiembre de 1903, marcado con el número 2.339”<sup>136</sup>. En efecto, hacía casi 10 años que Machado había comenzado las gestiones para este anhelado proyecto, comenzando por el aspecto legal.

La respuesta de Guerra fue intempestiva, dada el mismo 24 de abril. La misma, en tono de disculpa, hacía notar que la gobernación del Distrito Federal recibió información sobre el monumento al Cristo Crucificado a través de un artículo publicado en *El Universal*, que habló de una plaza en Maiquetía, y no de un solar de la propiedad de Machado. Esta información a su vez, anotaba la misiva, había sido suministrada por el arzobispo de Caracas, que debía estar “muy empapado en el asunto”<sup>137</sup>. Con estas explicaciones, el gobernador daba vía libre para la erección del Cristo. No es muy aventurado imaginar que en esta respuesta había influido el primer mandatario tras bastidores. De hecho, éste ya conocía la intención de erigir ese monumento, pues el de la iniciativa ya le había enviado un oficio informándole al respecto.

Machado fue notificado de la llegada del Cristo dos meses después de estar depositado en los almacenes del puerto de La Guaira, a fines de 1913. Cuando el inmenso monumento llegó a la aduana, los funcionarios de la misma se negaron a entregárselo, pues decían que no tenían órdenes de Caracas. Machado se dirigió enseguida al gobernador Pedro Guerra, quien algo evasivo le dijo: “vuelva a La Guayra para que le entreguen la caja; sí se la darán”. Cuando volvió, se encontró con que había una multa por error en la declaración y

---

<sup>135</sup> Cfr. S. MACHADO, “Carta al Gral. Guerra”, 24-4-1913, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 326, p. 156. Cfr. también: Diario *La Religión*, 30-4-1913.

<sup>136</sup> S. MACHADO, “Carta al Gral. Guerra”, 24-4-1913, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 326, p. 156.

<sup>137</sup> P. GUERRA, “Carta al P. Machado”, 24-4-1913, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 327, p. 157.

un pago por almacenaje prolongado. La suma era tan grande, que éste tuvo que ir de nuevo al gobernador, exigiéndole que arreglara el asunto. El general se excusó, diciéndole que debía dirigirse a alguien más poderoso, que era quien realmente estaba poniendo las trabas: el ministro de Hacienda, que era a la sazón el anticlerical César Zumeta. Ya entrado en confianza, Machado dijo al gobernador: “¡Ah sí! Tú sabes que me debes dar el Cristo... pero... por temor al César...”. El general Guerra le animó entonces a que fuera él mismo ante el ministro.

Aunque Zumeta era bastante anticlerical y pertenecía a la masonería, Machado no se amilanó y pidió audiencia privada, que le fue concedida. Zumeta le explicó que para retirar el Cristo debía pagar una multa de Bs. 5.000, y acto seguido Machado pidió que la suma adeudada fuese rebajada. Ante la negativa del ministro, el sacerdote le dijo en uno de sus característicos arranques, aunque en tono respetuoso: “Yo no creo que el Sr. Ministro sea peor que Judas, porque Judas dio a Cristo vivo por treinta monedas, y ahora por dármele muerto me piden a mí cinco mil”<sup>138</sup>. El ministro, sorprendido y agrado por tan ocurrente salida, respondió: “Padre Machado, yo no soy peor que Judas. Llévase su Cristo y solamente pague 29 bolívares”<sup>139</sup>. Suma irrisoria comparada con los 5.000 que pedían. El cura se apuntó otro triunfo, gracias a su picardía y astucia. Una vez cancelados los 29 bolívares, se procedió a sacar la pesada imagen de la aduana, y a instalarla en el sitio previsto.

Cuando trajeron por fin la imponente imagen del Cristo a Maiquetía, un nutrido grupo de habitantes esperaba con ansias. Fueron sacando sus piezas, que estaban en una caja muy grande de madera. La imagen venía protegida con paja y aserrín en grandes cantidades. Al sacar la imagen, la paja y el aserrín quedaron diseminados en el salón donde hicieron la operación. Como Machado era tan cuidadoso de la limpieza y del orden, se preocupó mucho por ese montón de paja y aserrín, y se preguntaba cómo iba a limpiar tanto gamelote. Entonces se le ocurrió la idea de mandar a buscar agua bendita, y dijo a la gente: “voy a bendecir el aserrín y la paja donde vino el Cristo”. Apenas lo hizo, la gente comenzó – inquieta– a llevarse la paja y el aserrín bendecido por el padre. A los pocos minutos, no había una sola paja en el piso del salón.

Ahora venía uno de los trabajos más difíciles: montar el pesadísimo Cristo de metal fundido sobre una cruz vertical. Machado encargó ese trabajo al herrero Erasmo Avellaneda, que aunque no era muy creyente, era muy amigo del padre. El sacerdote había quedado en verse con él en la plaza Jerusalén a una hora determinada, pero Erasmo llegó tarde. Al verlo llegar, exclamó Machado “Erasmo, tú te vas a beber con tus amigos y me dejas aquí esperándote”. Entonces el padre encargó a Erasmo el trabajo de montar el Cristo en una cruz

---

<sup>138</sup> M. M. VILLALBA, *Un hombre de fe y acción*, cit., p. 229.

<sup>139</sup> E. CHAPELLÍN L., *Maiquetía y el Litoral Central*, cit., p. 156.

de madera mandada a hacer para ello. Erasmo hizo un trato con Machado en estos términos: “no te preocupes, yo te monto el Cristo en la cruz, pero no te metas en mi trabajo, que lo voy a hacer a mi manera, yo busco a mi gente y mi método”. Erasmo ideó hacer unos tornillos muy gruesos y resistentes, como de treinta centímetros de largo cada uno. Eran en total cinco. Al final, pudo hacer el trabajo, y lo acabó muy bien, quedando satisfecho el que se lo encargó.

Aunque Machado tenía la esperanza de instalar e inaugurar el monumento en 1913, 1.600 aniversario de edicto de Milán proclamado por emperador Constantino en el año 313, la bendición del Cristo de Maiquetía tuvo que esperar unos meses. Pudo llevarse a cabo el 6 de febrero de 1914, de manos de Carlo Pietropaoli, delegado apostólico en Venezuela, con la presencia del arzobispo Juan Bautista Castro. El discurso de inauguración estuvo a cargo del P. Reinaldo Esculpi. Hubo también una numerosa concurrencia, venida no sólo del litoral central, sino también de Caracas y de otras regiones del país. Así narra Luis Enrique González el acontecimiento: “Los peregrinos y los curiosos plenaban las calles del centro de Maiquetía, especialmente la Plaza Lourdes y la del Cristo o Jerusalem. Al descorrer el velo que cubría la imagen, sonaron alegremente las campanas donadas por el mismo Padre Machado a la iglesia de Maiquetía, con estampidos de cohetones y morteros en cantidad abrumadora, mientras los feligreses guiados por el Padre Machado, daban el reverencial saludo a Jesús Crucificado (...). Hubo cantos de himnos religiosos con coros de voces acompañadas de música orquestal, concluyendo el acto a las seis de la tarde con el canto del ‘Miserere’ del Maestro Arcilago, a toda orquesta”<sup>140</sup>.

La presencia de Castro y de Pietropaoli en la inauguración de la Plaza El Cristo sorprende a todas luces. Ya conocemos los sinsabores que Castro había causado a Machado. Por su parte, Pietropaoli había enviado el 10 de junio de 1913 a la Santa Sede un informe en el que denigraba fuertemente del sacerdote. Ahora bien, ¿Por qué Pietropaoli asistió a la inauguración y bendición de la obra de un sacerdote que estaba en entredicho por las autoridades de la Iglesia? ¿Será que cambió al cabo de unos meses la opinión acerca del sacerdote que llamaba en el informe de 1913 “funestamente famoso”, o “malo y astuto”? Hay algunos motivos para pensarlo. En una carta que Machado envió a la madre Marcelina el 13 de mayo de 1914, tres meses después de que Pietropaoli bendijo el Cristo, nuestro biografiado hizo la siguiente apreciación: “El nuevo Delegado Apostólico Monseñor Pietropaoli se porta conmigo de modo contrario de cómo se portó el tal Aversa. El actual me alaba en todas partes y ha llegado a decir que soy el sacerdote de más prestigio de Venezuela, que yo soy el que más influyó en la conciencia de los venezolanos (...) Por supuesto que al saberlo Tío Tigre se ha disgustado tomándolo como una injuria para él. Por mi parte no se me da nada de lo de

---

<sup>140</sup> L. E. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *Vida y obras del padre Machado*, cit., p. 58.

ahora ni de lo de antes. Lo que somos delante de Dios, eso somos”<sup>141</sup>. El “Tío Tigre” al que Machado alude es Juan Bautista Castro, a quien llama así en algunas cartas familiares.

Además de eso, no es descabellado pensar que Pietropaoli hizo la bendición de la Plaza El Cristo en un afán de congraciarse con el pueblo, pues éste estaba muy contento de la obra de Machado. Asistir a esa bendición, por más que fuera obra de Machado, era ganar en popularidad, aunque nunca igualaría a la que poseía nuestro biografiado, que era venerado por la gente llegando a límites algo excesivos, y ciertamente preocupantes para las autoridades. Ya las civiles habían aprendido la lección, pues el apoyo popular de Machado había neutralizado todos los ataques de los guzmancistas y anticlericales de la década de 1880. Esta lección la empezaban a aprender las autoridades eclesiásticas.

Hoy día la plaza El Cristo es un icono cultural y artístico del Estado Vargas, exaltado incluso por los partidarios del sector oficialista, aún cuando se trata de un monumento eminentemente religioso.

---

<sup>141</sup> S. MACHADO, “Carta a la madre Marcelina”, 13-5-1914, en: C. MESA, *La Madre Marcelina*, cit., p. 42.

## *Capítulo V*

### **El capellán de Prado de María (1924-1939)**

Felipe Rincón González (1861-1946), arzobispo de Caracas desde el 18 de octubre 1916, al ver a Machado separado de “San José del Ávila” desde 1923, comenzó a insinuarle que se hiciera cargo de la capellanía del Rincón del Valle. De entrada, Machado no quiso aceptar, argumentando que si acababa de entregar una obra, no era prudente “tan de repente” meterse en otra.

Pasados pocos meses el arzobispo le insistió de nuevo sobre la capellanía de Rincón del Valle y le dijo que era allí donde lo necesitaba, pues el antiguo capellán, P. Mendoza, había fallecido, y no había ningún otro sacerdote que pudiera atender ese sector. Como Machado era sumiso y obediente a la jerarquía, aceptó el mencionado encargo pastoral, aunque sus fuerzas y su salud no estaban en el mejor momento. De hecho, desde los tiempos de San José del Ávila sufría mucho por la gastritis, que se le agudizaba en los tiempos de crisis, que eran frecuentes. Era su modo de somatizar todos los problemas en que se metía, la mayoría de ellos económicos.

Así fue como en 1924 Rincón González le encargó la capellanía de la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen del Rincón del Valle. El nombramiento tuvo lugar el 24 de mayo. Poco antes de cumplir sus 74 años de edad, nuestro biografiado llegaba a ese sector, con la ilusión de un sacerdote joven.

Cuando Machado llegó a ese sector ya había una población consolidada, pero que aún carecía de todos los servicios, pues estaba en pleno desarrollo. Por ello se dedicó desde su arribo a mejorar la calidad de vida de sus habitantes, tanto desde el punto de vista espiritual como social, pues él no concebía que hubiera solución de continuidad entre estos dos aspectos.

#### **1. De “El Rincón del Valle” a “Prado de María”**

En la capellanía del Rincón del Valle no había casa donde alojarse. Machado tuvo que alquilar una, ubicada a unos cien metros del templo, donde vivió hasta pocos meses antes de su muerte. Durante su estancia en Prado de María, estuvo con su hermana Dominga, hasta que ella murió en 1929. Desde entonces le acompañó la única familiar que le quedaba, una prima llamada Rafaela Villasana Machado. Con ella estaba también la señorita Rafaela Serrano Guerra, que en religión había sido la madre Felicitas de San José, antigua superiora

general de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía. Rafaela Serrano acompañó a Machado desde 1929 hasta que éste se retiró en 1939 a la Casa madre de la congregación que había fundado, a petición de las mismas religiosas. También vivían en su casa María del Rosario y María Dona Ochoa, que se habían criado con él.

Rafaela Serrano y María del Rosario habían sido Hermanitas de los Pobres. Machado nunca estuvo de acuerdo de que hubieran dejado la vida religiosa. Habría preferido que se fueran a Colombia con las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver, como hicieron algunas de sus hijas más cercanas, pero ellas no quisieron.

Aunque sus principales ayudantes eran mujeres, Machado solía ser muy respetuoso en lo tocante al pudor y a la modestia, llegando a veces, según los cánones de la época, a rayar en el puritanismo. Con los gestos algo rudos que le caracterizaban, se cuenta que recién llegado a Prado de María, se ponía en la puerta del templo, y cuando llegaba una mujer con manga corta, le daba un pellizco en el brazo y le decía: “vaya a enseñarle las carnes al diablo”, y no la dejaba entrar.

En la casa de Machado durante su estancia en Prado de María entraba todo tipo de personas: desde arzobispos y obispos, pasando por el presidente de la República, hasta los pobres e indigentes en busca de ayuda material o espiritual.

La hermana Inés Aponte (en religión, sor María Antonia de San José), testimonia que en ciertas ocasiones algunas Hermanitas de los Pobres veían al padre por la calle, cuando salían a recolectar y a pedir limosna. En cuanto le divisaban, como sabían que él era el fundador de la congregación, le pedían la bendición, y él las bendecía y les decía: “ustedes son mis hijas”. Algunos sacerdotes jóvenes y seminaristas le querían mucho, porque era muy acogedor con ellos, y les solía agasajar con mucho cariño. Les invitaba a comer a su casa algunas veces, y les daba consejos, fruto de su larga experiencia en el campo pastoral. Se entiende así por qué en los homenajes que le hicieron algunos años después, estaban presentes algunos sacerdotes jóvenes, como por ejemplo Rafael Arias Blanco o Pedro Pablo Tenreiro, que llegaron a ser obispos. También tenía muchos amigos entre el clero regular, como el P. Ángel Sáenz, de la orden los Agustinos recoletos.

Al padre no le gustaba el nombre de Rincón del Valle y quiso cambiarlo al de Prado de María, por la devoción que tenía a la Virgen. Para ello repartió impresos explicativos y predicó sobre lo beneficioso del cambio de nombre. Visitó la compañía de tranvías para que colocaran el nombre de Prado de María en lugar de Rincón del Valle en el frontispicio, pero no le hicieron caso, porque con el nuevo nombre la gente se desorientaba.

Como no lograra su propósito, empleó otro método: elaboró unos letreros nuevos para los tranvías, que decían Prado de María en lugar de Rincón del Valle. Y como los conductores del tranvía se resistieran a colocar el letrero con el nuevo nombre, cada vez que pasaba un



tranvía o un vehículo de pasajeros con el cartel de Rincón del Valle, les detenía y les reclamaba de tal modo que al final fueron los mismos conductores quienes convencieron al jefe de los tranvías que debían cambiar el nombre, pues no querían meterse en problemas con el padre Machado. Algunas veces, para tomarle el pelo le decía algún pasajero del tranvía: “Padre, ¿va para el Rincón?”, y él, con un paraguas que solía cargar le golpeaba cariñosamente diciendo: “No, para Prado de María”.

No sólo logró que le cambiaran el nombre al lugar, sino que también alcanzó que le pusieran otro a algunas calles. Había una calle que llamaban “el infierno”, por la calidad de la gente que por ahí se agrupaba. El nuevo capellán comenzó a llamarla “calle de la providencia”, y así quedó. A otra calle le impuso el nombre de Lourdes, y a otra el de La Salette. Ésta última, por desconocimiento del origen y razón del nombre, se le llamó Saleya por el uso, pues los que con el tiempo siguieron usando ese nombre no sabían de donde venía.

En 1925, el capellán trajo a Prado de María la devoción de Nuestra Señora de La Salette, y organizó unas peregrinaciones que llegaron a ser muy concurridas, al modo como lo hacía en Maiquetía en otro tiempo. La Virgen de la Salette era una advocación francesa, que según cuentan surgió por una aparición el 19 de septiembre de 1846 a dos niños, Maximino Giraud y Melania Mathieu (de once y quince años respectivamente), en el lugar del mismo nombre.

La bendición de la primera imagen de esa advocación tuvo lugar el 17 de septiembre de 1925, y fue llevada a cabo por el nuncio Felipe Cortesi. Esa imagen, traída desde Francia, es una talla de madera de unos 30 centímetros de altura, y se conserva actualmente en el Salón de los Recuerdos de la Casa madre de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía. Machado siempre se cuidó de propagar las actividades que hacía para buscar colaboradores y para dar formación a la gente más sencilla. Por ello inició hacia 1932 la publicación de un boletín mensual llamado “El Eco de la Salette”, que tenía el mismo objetivo de aquel “Eco de Lourdes” que había hecho publicar en Maiquetía en 1889: formar doctrinalmente e informar a la gente de la capellanía sobre las iniciativas sociales y pastorales que allí se hacían. La publicación de ese periódico se hizo hasta el año 1935, y tuvo que suspenderse por falta de recursos. Llegaron a publicarse 19 números.

Tampoco dejó de promover las obras educativas, pues éstas eran su “debilidad”. Empleando su larga experiencia en este campo, Machado fundó en Prado de María dos escuelas, una para varones y otra para niñas, que sostuvo durante varios años con su propio esfuerzo y recursos. Machado contrató a los maestros que se destacaban por su sensibilidad social, pues se trataba de educar a niños pobres, y de darles una educación de calidad. Además, no tenía muchos medios económicos para pagarles como se merecían. Sin embargo, en la selección de los maestros era sumamente exigente, y no permitía que se diera una educación mediocre a los niños con la excusa de que fueran de bajos recursos económicos.

Por ello algunas personas rehusaron trabajar con él, pues era demasiado exigente. No obstante, siempre consiguió personas dispuestas a ayudarlo. Aunque podríamos decir que más que ayudar al capellán, a quienes realmente ayudaban era a los niños de esas escuelas. Debido a que los principales destinatarios de las escuelas eran los niños pobres, el capellán tuvo que ingeniárselas de muchos modos para conseguir los recursos económicos para llevar la obra adelante, y debido a eso mantuvo su situación permanente de estar siempre endeudado. La prueba de sus penurias económicas, fruto de emprender tantas iniciativas, algunas veces causando la impresión de ser imprudente y temerario, fue que al final de sus días, terminó en Prado de María en la pobreza más absoluta.

Antes de irse de la parroquia, el capellán hizo las gestiones para que el gobierno nacional se hiciera cargo de esas dos escuelas, pues era muy difícil sostenerlas desde el punto de vista económico, y no quería gravar esa preocupación sobre los padres paúles, que le sustituyeron en la atención pastoral de la capellanía.

## **2. La restauración del templo y otras obras pastorales y sociales**

Apenas llegado al Rincón del Valle, cinco días antes de recibir el nombramiento oficial de parte del arzobispo Rincón, Machado envió una circular a todos sus parroquianos, fechada el 19 de mayo de 1924, en la que invitó a la feligresía a colaborar económicamente con los trabajos de restauración de la Capilla.

Cuando Machado llegó a esta capellanía en 1924, ya habían pasado más de treinta años desde su construcción, que estaba algo deteriorada, y requería de mejoras y ampliaciones. Por ello el capellán se dedicó a buscar los medios para restaurar el templo. Además, se empeñó en añadir a la nave central, dos naves laterales, gracias a que el terreno tenía espacio suficiente.

Para iniciar las obras de restauración, empleó las ofrendas que se recogían con ocasión de las peregrinaciones de la Virgen. Otro medio que utilizó para buscar ayuda económica fue la institución de la sociedad de las Marías, que fundó el 19 de octubre de 1925. En el folleto de institución de esta sociedad, consta la manera por la que pasarían a formar parte de ella sus miembros (sólo mujeres): las que quisieran pertenecer a esta sociedad, debían colaborar cada una con Bs. 20. En una carta dirigida a ellas decía que aspiraba encontrar ocho mil Marías, pues con la donación de cada una se podría bien lograr recaudar lo suficiente para restaurar el templo. Machado acotó en esa comunicación que de no conseguir ocho mil que donen 20 cada una, tendría que conseguir 16.000 que donaran 10 cada una, o de lo contrario buscaría 32.000 que donaran cinco bolívares cada una. Con ello, en la práctica daba libertad para que cada una colaborara con la cantidad que pudiera, según su situación económica. Machado prometía a las colaboradoras poner “sus nombres bien

escritos en un ALBUM, que será colocado a los pies de la imagen de Nuestra Señora de la Saletta (...) y serán publicados sus nombres en este periódico”<sup>142</sup>. No sabemos cuántas Marías consiguió para la sociedad, pero lo cierto es que pudo recaudar una cantidad considerable, pues en breve tiempo puso manos a la obra de la restauración del templo.

Otra iniciativa del capellán para recaudar fondos fue la de extender algunas devociones populares, que llevaran a la gente a dar donativos por favores recibidos. Así lo hizo con la devoción a San José. Para extenderla, Machado fue a comprar unos tarantines que sirvieran para colocar una imagen de San José en un lugar visible que llamara la atención de la gente. Fue así como pudo colocar la imagen en un árbol, a la vista de los que pasaban. Luego desde el púlpito y desde la calle empezó a hacerle propaganda a San José, hasta que se difundió de tal modo su devoción, que empezaron a llegarle con ocasión de ello una considerable cantidad de donativos que empleó para los trabajos del templo.

A la antigua iglesia de una nave se le añadieron dos naves adicionales, formando así un templo mucho más espacioso (casi tres veces más grande).

El presbítero Alfonso Alfonso Vaz es una de las pocas personas que aún viven que conocieron personalmente a Machado. Además, Alfonso era su pariente, y el papá de Alfonso, dueño de un negocio de materiales de construcción, era originario de La Victoria. Cuenta Alfonso Vaz que con ocasión de los trabajos que estaba haciendo Machado al templo del Rincón del Valle (Prado de María), fue al negocio de su papá a pedir una gran cantidad de materiales para tal obra. Pero como no tenía dinero, pidió un crédito. Alfonso envió al poco tiempo a Prado de María la lista de materiales que Machado había solicitado a crédito, y en la factura puso: “Iglesia de Prado de María”. Machado, al ver la factura, mandó a decir a Alfonso que no iba a pagar, pues los materiales se perdieron porque “Prado de María no existe”. Dijo eso porque aún muchos llamaban al sector El Rincón del Valle. Lo cierto es que Alfonso, gracias a esta ocurrente salida, condonó la deuda a Machado.

No obstante las ayudas que le llegaban, las deudas siempre superaban a los ingresos. Por ello, en una ocasión Machado tuvo que vender algunos objetos de piedad que tenía guardados, de los que traía de sus viajes a Francia, para atenuar las muchas deudas que tenía. Y aún en esos momentos era capaz de escribir a Álvarez: “Mire, Padre, cuando me veo cargado de deudas es cuando mejor duermo, a pierna suelta”<sup>143</sup>. Sin embargo, la construcción

---

<sup>142</sup> S. MACHADO, “Carta a las Marías”, 19-10-1925, en: AHHPM (Actividades del P. Machado en el Prado de María).

<sup>143</sup> P. ÁLVAREZ, “Padre Santiago Machado entre los años 1928-1931”, p. 1, en: AHHPM (Actividades del P. Machado en el Prado de María).

del templo la terminaron los sacerdotes paúles, que fueron quienes sucedieron a Machado en Prado de María.

Machado también mandó a construir una casa al lado del templo, que emplearían los capellanes que le sucedieron, donde actualmente funciona la casa y el despacho parroquial de la parroquia La Milagrosa.

Paralelamente a las obras del templo, quiso también mejorar las condiciones urbanísticas del lugar, al constatar su pobreza. Lo primero que hizo fue hablar con el ministro de Obras Públicas, para pedirle que se pavimentaran las calles del sector, pues cada vez que llovía el pantanero era tan grande que no podía transitar vehículo de ningún tipo, y había días en que quedaban incomunicados. Pero los resultados fueron nulos. Así que decidió ir a Maracay para entrevistarse con el mismo general Gómez, a quien envió una carta que comentaremos enseguida.

El capellán corría con una ventaja durante su labor en Prado de María, y fue el prestigio que tenía frente a las autoridades del gobierno de Gómez, a quien conocía personalmente desde la visita del general al internado de San José del Ávila. Hay que precisar que Machado nunca estuvo de acuerdo con la vida desordenada que llevaba Gómez en el plano personal, ni tampoco con las arbitrariedades de su régimen dictatorial, y así lo manifestó en varias ocasiones. Sin embargo, no tenía problemas en solicitar ayudas al mandatario cuando ello suponía un beneficio para el pueblo. El 19 de diciembre de 1927, aniversario de la fundación de Prado de María, el sacerdote llevó una carta a Gómez, donde le recordaba las obras que estaba realizando en Prado de María: la restauración de la iglesia de la capellanía con la anexión de una nueva nave que hasta el momento no estaba terminada, la construcción de aceras y composiciones de calles “que han despertado simpatías por el lugar y movido voluntades para hacer muchas construcciones que no muy tarde habían duplicado la población”<sup>144</sup> que el sacerdote había encontrado hacía cinco años. En la mencionada carta, pedía al presidente que “sea pavimentada por el sistema de concreto” la calle real o del Rey, y que se llame en adelante “avenida de la República”. Aquí deja ver su vena patriótica, que quizás tenía una segunda intención: ganarse la simpatía del dictador, que alardeaba de ser republicano y bolivariano.

No cesaba Machado en sus intentos de cambiar nombres de lugares y de calles, buscando siempre mejorarlos. El sacerdote apuntó también en la carta a Gómez que el pueblo de Prado de María “merecería ser por su fertilidad el *Versalles* de Caracas o el *Arcachón* de Bordeaux”. Gracias a esas gestiones, logró que el gobierno pavimentara las calles de Prado de María.

---

<sup>144</sup> S. MACHADO, “Carta al Gral. Gómez”, 19-12-1927, en: AHHPM, tomo III (sin numerar).

Pero había otro problema: no había alumbrado eléctrico y en las noches el sector se hacía intransitable por la oscuridad. Entonces el padre hizo diligencias para conseguir del gobierno el alumbrado eléctrico. No sólo consiguió que pusieran al sector la iluminación eléctrica, sino que también alcanzó a que pusieran una línea de autobuses, pues el tranvía ya no era suficiente para el traslado de la población.

Una historia de caridad muestra el afecto que Gómez sentía por el sacerdote de Maiquetía. En Prado de María vivía un señor que se sostenía económicamente de la fábrica y venta de helados. Como él y su familia pasaban gran necesidad, y el negocio de los helados estaba a punto de quebrar, pidió una ayuda económica al capellán. Éste, al verse sin recursos, pero queriendo ayudar al heladero, hipotecó una casita y dio el dinero al hombre necesitado, el cual se comprometió a pagar en los plazos fijados. Sin embargo, el hombre adeudado no sólo no pagó, sino que se fue del lugar sin decir nada. Esto hizo que peligrara la casita hipotecada, que además era la única propiedad de Machado. Éste escribió una carta a Gómez, pidiéndole ayuda económica para pagar la hipoteca de la casita. La respuesta no llegaba y pasaba el tiempo inexorablemente. A punto de vencerse la hipoteca, Machado salió a hacer una diligencia por Caracas, a pie. Cuando iba caminando por Puente Hierro, vio que venía en su carro el presidente, quien al verlo mandó detener el vehículo, y le llamó diciéndole que sabía de una correspondencia suya que aún no había podido contestar. El sacerdote le contó los pormenores de la situación y el general le prometió expedir la orden por la cantidad necesaria, que estaría disponible al día siguiente.

Otra de las obras sociales, que gozó de gran popularidad, fue la institución durante el gobierno de Gómez de un donativo de leche para las familias pobres. El capellán percibía en sus visitas a las casas que había niños que no crecían ni se desarrollaban adecuadamente, porque sus familias no les alimentaban como era debido. Con el sentido práctico que le caracterizaba, consciente que la leche es un alimento esencial en esas etapas primarias del desarrollo, pidió al gobierno una ayuda económica para dar periódicamente a las familias más pobres un donativo de leche, que quedó popularizado como “La Gota de Leche del Padre Machado”<sup>145</sup>.

Sus iniciativas sociales solían ir paralelas a sus iniciativas religiosas. A Machado le gustaban mucho las procesiones, porque las consideraba como un medio para meter la fe por los ojos, sirviéndose de la religiosidad popular para acrecentar la vivencia de la fe cristiana. Siempre hizo mucho hincapié en los signos religiosos del catolicismo, y las procesiones eran uno de ellos, que al capellán se le daban muy bien. Pero a Machado le obsesionaba el orden, y su porte severo y carácter firme le ayudaba a mantenerlo. Según los testimonios, el

---

<sup>145</sup> Cfr. FUNDACIÓN POLAR, “Machado, Santiago Florencio”, en: FUNDACIÓN POLAR, *Diccionario de Historia de Venezuela*, tomo III, Caracas, 1997 (2ª edición), p. 8.

sacerdote mandaba que en las procesiones se siguiera el siguiente orden: en primer lugar debían ir los hombres, luego iba él rezando el rosario, después la imagen del santo que se veneraba, y por último las mujeres. Se cuenta que en una ocasión durante una procesión, un joven se fue quedando atrás, alterando el orden que impuso el sacerdote. Éste le dijo que se adelantara hacia donde estaban los hombres y el joven respondió: “Usted mandará en la Iglesia, pero en la calle no”. Machado no aguantó el reto y replicó al instante: “¿Cómo que no?”, al tiempo que le daba por las piernas con el bastón que llevaba en la procesión, haciendo llegar al joven hasta el lugar que le correspondía en la procesión, a bastonazos. Debido al respeto que le tenían, todos terminaban obedeciendo al porfiado capellán.

No era ésta la única salida del capellán del Prado. En una ocasión, estando de visita en Maiquetía por las festividades de la Virgen de Lourdes, vio que en la procesión había una mujer que avanzaba arrodillada por las calles detrás de la imagen de la Virgen, hasta el punto que tenía las rodillas ensangrentadas, porque estaba pagando una promesa. Apenas la vio Machado, le dijo: “Párese señora, ¿cree Ud. que si agarra una infección, Dios se la va a curar? Eso no son promesas”. La señora tuvo que ponerse de pie, y terminó la procesión caminando. En otra ocasión, el padre mandó a levantar a una mujer que hacía lo mismo, y le regañó exclamando: “levántese, porque después andan diciendo por ahí que el P. Machado manda a la gente a arrastrarse de rodillas en las procesiones”. Sabía el sacerdote que muchos hablaban de él, y algunos nada bien. Eran capaces de inventar cualquier fantasía de Machado, pues hacía cosas tan sorprendentes que cualquier invento que se dijera de él se hacía creíble, aunque fuera falso.

Su carácter fuerte se manifestaba también en los actos litúrgicos, en los que no permitía burlas de nadie. En una ocasión que estaba celebrando Misa en Maiquetía, en la víspera de la fiesta de Lourdes, había un hombre que se sentó en primera fila y estuvo toda la Misa saboteando al cura. Mientras Machado predicaba, el hombre decía: “eso no es verdad... eso es embuste... eso no se puede”, interrumpiéndole constantemente. En un arranque típico de su personalidad, el cura le dijo: “Si Ud. no se calla se las va a ver conmigo, porque aquí en la Iglesia no puedo irrespetar las vestiduras sagradas que porto, pero soy hombre como Ud., y allá afuera lo va a saber”. El hombre salió de inmediato del templo y desapareció, lleno de temor y terror por la golpiza que se imaginaba le iba a dar el cura.

El 19 de mayo de 1929 falleció a los 83 años su hermana Dominga Machado Oyarzábal, que vivía con él en Prado de María. Desde entonces la única familiar que le quedaba era Rafaela Villasana Machado. A partir de ese momento acompañaron a Machado María del Rosario Ochoa y Rafaela Serrano.

### **3. Los homenajes del sacerdote**

El 31 de mayo de 1920, Machado recibió la máxima condecoración que en la época podía recibir un educador, de parte del gobierno nacional: la “Medalla de Honor de Instrucción Pública”, que había sido creada el 18 de febrero de 1894. El galardón fue otorgado por el presidente de la República, y firmado por Victorino Márquez Bustillos, entonces ministro de Instrucción Pública. Era el reconocimiento a su labor educativa desempeñada en San José del Ávila con el internado de niños que ayudó a tantas familias, y también a la labor formativa que había iniciado desde años atrás, cuando era párroco de Maiquetía. Machado se convirtió en un modelo de educador, y de hecho actualmente existe una condecoración que otorga la Asociación Venezolana de Educación Católica (AVEC), denominada: “Distinción Pbro. Santiago Machado”.

El jueves 10 de junio de 1926 celebró sus bodas de oro sacerdotales. La celebración contó con la asistencia del arzobispo Rincón González, que estuvo presente en la Misa que celebró Machado a las 9 de la mañana en Prado de María, predicada por el presbítero Reinaldo S. Esculpi. Ese día le fue otorgada la “medalla de oro del Santísimo Sacramento”.

El 16 de julio de 1926, el gobierno nacional le concedió la “Orden del Libertador” en grado de Oficial. El reconocimiento, firmado por Juan Vicente Gómez, venía refrendado por el ministro de Relaciones Interiores, Pedro M. Azuaje. Contemporáneamente, se le otorgó el título de “Benemérito Sacerdote”.

El 20 de junio de 1926 tuvo lugar la celebración de ese jubileo en su tierra natal de La Victoria, con una Misa solemne celebrada en la iglesia matriz de esa ciudad a las 9 de la mañana. Ese día la ciudad de La Victoria le otorgó una medalla de oro conmemorativa, a las 9 de la noche, luego de haber ofrecido al homenajeador una velada artístico-literaria. En el reconocimiento se le declaró “Hijo preclaro de La Victoria”.

Un día antes de cumplir las bodas de oro, el diario “La Religión” publicó un reconocimiento al sacerdote, diciendo: “La actividad del Padre Machado es la característica de su apostolado. No ha habido empresa a la que él haya prestado la fuerza de su concurso, que no haya logrado éxito completo”<sup>146</sup>.

El 27 de junio de 1926, la “Junta Coadyuvadora de Maiquetía”, presidida por Carlos Vidal, e integrada por Juan P. González, Francisco P. Ojeda, Eliseo Peraza, Elías Landaeta y E. R. Olivares, ofrecieron una velada artístico-literaria en honor del 50° aniversario de la ordenación del P. Machado, en la ciudad de Maiquetía.

No conformes con eso, los representantes del gobierno, con los privilegios que les otorgaba la ley de Patronato, también quisieron reconocer a Machado haciendo las gestiones para que lo nombraran obispo de Guayana, lo cual era visto por las autoridades civiles como

---

<sup>146</sup> ANÓNIMO, “El Padre Machado”, en: Diario *La Religión*, 9-9-1926.

algo honorífico. Ya Machado había estado a punto de recibir ese obispado a sus 40 años. No parecía que le apeteciera mucho recibirlo después de viejo. Con ese motivo, comentó en su estilo llano que él no quería ser obispo, pues eso le iba a quitar libertad y él siempre se había sentido libre y venturoso. Sin embargo, la gente que lo escuchaba pensaba para sus adentros, y luego lo manifestó, que Machado siempre estuvo “preso de sus obras”.

También la Alcaldía o ayuntamiento de la ciudad de Barranquilla lo declaró “Huésped Ilustre de la ciudad” homenajéandolo como bienhechor de Colombia en un acto público. Este reconocimiento se lo hicieron en 1930, con ocasión de su viaje a Barranquilla, a las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver.

Con ocasión de las bodas de oro sacerdotales de Machado, muchas personas se prodigaron en panegíricos en torno a junio de 1926, ponderando laudatoriamente las obras del sacerdote homenajead. Entre los que escribieron o pronunciaron discursos en esas fechas en su honor están monseñor Marcos Tortolero, Juan Rodríguez Marín, Rafael Briceño Ortega, Antonio Rodríguez, doctor Luís Velásquez y Carlos A. Aponte. Los panegiristas le llamaban “corazón de héroe y de santo” (Juan Rodríguez Marín), “gran civilizador y gran patriota” (Antonio Rodríguez), “apóstol de la verdad y del bien”, “espíritu selecto de generosidad”, “una de las columnas más formidables sobre las cuales descansan el edificio de la Venezuela contemporánea” (Luis Velásquez), etc.

Diez años después, con ocasión de sus bodas de diamante sacerdotales, el 10 de junio de 1936, el pueblo de Caracas otorgó un sentido homenaje al famoso sacerdote, en el cual realizaron un retrato litografiado del Padre con un recuento de su vida, y se lo iban regalando a la gente. Cuando Machado veía que regalaban el escrito con su litografía, comentaba que estaban regalando su caricatura, porque no había quien la comprara.

Para conmemorar las bodas de diamante, se celebró una Misa a las 6:00 am, y otra Misa solemne a las 8:00 am, en el templo de Prado de María. El sermón estuvo a cargo del P. Ángel Sáenz, agustino recoleto, gran amigo de Machado. La invitación a tales actos fue hecha por un grupo de 39 personas, entre sacerdotes y laicos, amigos personales del homenajead. Entre ellos se cuentan: Tomás Polanco, Hernán Ayala, y los presbíteros Francisco J. Iturriza, Jesús María Pellín, Rafael Arias Blanco y Pedro Pablo Tenreiro. Estos cuatro últimos llegaron a ser obispos.

#### **4. La suspensión *a divinis* de Machado**

Hemos de recordar que sobre Machado pesaba la amenaza de suspensión *a divinis*, desde el 12 de noviembre de 1910, si osaba visitar alguna de las casas de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía. El fundador se cuidaba muy bien de no



contravenir esta orden de Roma, y por más que Castro y Aversa buscaron una ocasión para suspender al sacerdote, nunca la encontraron.

Con motivo de sus bodas de oro sacerdotales, las religiosas de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver, le habían invitado a su Casa madre en Barranquilla (Colombia) para agasajarlo. El padre le dio largas al asunto, pero ante la insistencia de las hermanas decidió viajar a Colombia a visitarlas, habiéndose asegurado de que el arzobispo de Cartagena (Pedro Adán Brioschi), bajo cuya jurisdicción se hallaba la casa de Barranquilla, le hubiera concedido el permiso para ir a ver.

Con el consentimiento de Brioschi, en abril de 1930 embarcó desde el Puerto de La Guaira hacia Barranquilla en compañía de Rafaela Serrano y de otra señora amiga. Una religiosa de la congregación de San Pedro Claver contó que al enterarse de la visita de Machado, todas las hermanas de la casa de Barranquilla se pusieron en movimiento para darle la bienvenida. Al llegar, fue recibido en la capilla, donde estaba previsto hacer una exposición con el Santísimo. Al final del acto eucarístico, dirigió unas palabras a las hermanitas, en las que dijo: “Ahora puedo morir contento, porque he visto que mi obra no ha muerto”.

Estando en Barranquilla, el presbítero se hospedó en el Asilo San Antonio que él mismo había fundado en 1908. Desde allí visitó otras casas que la congregación de San Pedro Claver tenía en Colombia. Entre los homenajes que le prodigaron, la alcaldía de Barranquilla le declaró “Huésped Ilustre de la Ciudad”, como hemos indicado antes.

Informado el nuncio apostólico en Venezuela, monseñor Fernando Cento, por obra de alguna lengua privilegiada, de que Machado había ido a Barranquilla a visitar una de las casas de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver, Cento procedió a denunciar a Machado ante el Santo Oficio, con considerable premura. El nuncio había preguntado a monseñor Rincón González si conocía el motivo del viaje de Machado a Colombia, y éste le respondió que había hecho el viaje para tomarse un descanso. Lo dijo con la intención de no perjudicar al capellán del Prado.

Sin embargo, Cento continuó adelante con la denuncia, tal vez azuzado por algún enemigo del perjudicado. La denuncia del nuncio contra Machado tuvo lugar el 24 de abril de 1930, cuando el afectado se encontraba en Barranquilla. En el texto de la denuncia, Cento recordaba que ya Aversa había denunciado a Machado ante el Santo Oficio en febrero de 1911 por comunicarse epistolarmente con algunas hermanas, sin obtener ninguna respuesta, como escribe el nuncio: “ya desde el 17 febrero 1911, en la Relación N° 711/2252 al mismo Cardenal Secretario, lamentaba Mons. Aversa que el Machado, de hecho, transgredía las precisas disposiciones tomadas a su resguardo por la Santa Sede, tanto de pedir formalmente a él, Eminentísimo, si sería deber del Ordinario local ‘comunicar al rebelde la suspensión en

que incurrió': pregunta que, por lo que nos resulta en el Archivo, no fue dada ninguna respuesta por esa S. Congregación"<sup>147</sup>.

Es lógico que la denuncia no haya venido de Rincón, que tenía gran estima a Machado, sino del nuncio Cento, que también estaba algo predispuesto, como sus predecesores, contra nuestro biografiado.

A su regreso a Venezuela, el 31 de julio de 1930 el arzobispo Felipe Rincón González hizo saber a Machado que había incurrido en suspensión *a divinis*. El sacerdote recién suspendido no tenía previsto regresar a Venezuela en esa fecha, pero fue mandado a llamar, para entregársele en Caracas el decreto de suspensión. En efecto, Rincón había recibido una comunicación del 13 de junio de 1930, en la que un oficial de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, monseñor N. Cassali, participaba que el presbítero Santiago Machado incurrió en suspensión *a divinis latae sententiae* por contravenir la disposición de la Santa Sede, al tiempo que le imponía "la obligación de romper con los dos Institutos de las Hermanitas de los Pobres, sean llamadas de Maiquetía o sean las que de San Pedro Claver se llaman"<sup>148</sup>.

Apenas enterado de la suspensión, como estaba en virtud de ella impedido para decir Misa y para celebrar cualquier otro sacramento, mandó a llamar a Pagüita a un sacerdote amigo suyo, el P. Álvarez, con el fin de que le supliera en la celebración de las Misas en Prado de María. Así lo cuenta el mismo Álvarez: "Impedido de celebrar hasta que Roma le levantase la suspensión me rogó que le tendiera la mano yendo a decir Misa al Prado de María, a primera hora. Y claro es que lo hice no obstante haber recibido mandato de que no pernoctara ningún congregado en la sacristía de la Iglesia. Para ello hube de levantarme aquellos días bien de mañana y andando y andando, corriendo aún, emprender el camino al Prado de María llegando siempre a tiempo. Cuánto me agradeció el favor y cuán grande gusto sentía en hacérselo"<sup>149</sup>.

Hay que señalar que Machado no tenía intención de contradecir las órdenes de Roma, pues tenía entendido que la prohibición de visitar las casas de la congregación por él fundada se limitaba a las que se encontraban en el territorio nacional. Además, pensaba que sólo estaba impedido para entrar en contacto con las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, sin tener claro que la prohibición incluía a las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver,

---

<sup>147</sup> F. CENTO, "Carta al cardenal secretario de la S. C. del Santo Oficio", 24-4-1930, en: AHHPM (cartas, sin numerar).

<sup>148</sup> N. CASSALI, "Decreto de suspensión *a divinis*", 31-6-1930, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>149</sup> P. ÁLVAREZ, "Padre Santiago Machado entre los años 1928-1931", en: AHHPM (Actividades del P. Machado en el Prado de María).

que habían sido fundadas en Colombia por la madre Marcelina de San José. Tampoco esto estaba especificado en el decreto del 12-9-1910.

Esta pena canónica afectó mucho los ánimos del capellán, que al momento de recibirla se sometió humildemente a la sanción y pidió perdón, en estos términos: “Pido, pues, de rodillas a ese Supremo Tribunal el más sincero perdón, y suplico se me absuelva de esa censura cuando fuere posible, pues es la primera vez que paso por esa pena tan amarga”<sup>150</sup>. El 1° de agosto, un día después de recibir el decreto, Machado se dirigió a la nunciatura a dar explicaciones al nuncio, al tiempo que envió una carta al Santo Oficio donde explicó que las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver formaban una congregación muy distinta de la que él había fundado en Maiquetía, y que además él había puesto como condición para ir a verlas que informaran sobre ello al arzobispo de Cartagena, Pedro Adán Brioschi, de quien ellas dependían. Ellas habían hecho saber a Machado que monseñor Brioschi había dicho que “ese pobre viejo octogenario podía ir a visitarlas”<sup>151</sup>. Dijo también en esa misiva: “En mi virtud, sin que por mi mente pasara la menor idea de cometer una falta y sin tener noticia alguna de que esa Congregación hubiera sido incluida en el decreto de 9 de noviembre de 1910, fui a Barranquilla y a Cartagena, di las gracias al Señor Arzobispo Brioschi e hice todo el bien que pude, y regresé en otro vapor, (sin que me ocurriera que había faltado a mi compromiso de 9 de noviembre de 1910)”<sup>152</sup>. Además de contar con la autoridad eclesiástica del lugar, Machado había compartido allí con monseñor Carlos Valiente, viejo amigo suyo, que ejercía el cargo de vicario del arzobispado y gobernador eclesiástico de vicaría de Barranquilla.

Luego de dar todas las explicaciones del caso, Machado suplicó a monseñor Fernando Cento que intercediera por él. Esta súplica conmovió en extremo al nuncio, que desde ese momento sintió un gran pesar por la pena canónica impuesta al anciano. Machado no era

---

<sup>150</sup> S. MACHADO, “Carta al secretario del Santo Oficio”, 1-8-1930, en: AHHPM (sin numerar). Cfr. también: M. M. VILLALBA, *Un hombre de fe y acción*, cit., pp. 256-258.

<sup>151</sup> S. MACHADO, “Carta al secretario del Santo Oficio”, 1-8-1930, en: AHHPM (sin numerar). Por su parte, Cento dio la siguiente explicación: “Como en la carta aquí incluida que dicho sacerdote dirige a Su E. Revma, él se justificaba conmigo diciendo que las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver de Barranquilla (Colombia) forman una Congregación distinta de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, a propósito de la cual ese Supremo Tribunal emitió contra él la sentencia del 9 noviembre 1910, a lo que yo respondía diciéndole que **el espíritu** de esa sentencia no podía excluir de la prohibición de comunicarse con las Hermanas que, cuando fue emitido dicho decreto, formaban parte de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía. El hecho de haber salido posteriormente para formar otro Instituto, fue propiamente por un espíritu más o menos abierto de rebelión al decreto mismo, se diría, al contrario, que debería más particularmente incluirlas en dicha prohibición”: F. CENTO, “Carta al cardenal secretario de la S. C. del Santo Oficio”, 2-8-1930, en: AHHPM (cartas, sin numerar).

<sup>152</sup> S. MACHADO, “Carta al secretario del Santo Oficio”, 1-8-1930, en: AHHPM (sin numerar).

llorón, pero ese día hubo muchas lágrimas en el despacho de la nunciatura. Y si las cartas lloraran, la que envió Machado a Roma debía estar empapada.

Cento se dedicó desde entonces a gestionar la absolución del suspendido, pero no se imaginó que iba a ser tan difícil. Para ello, envió una carta el mismo 2 de agosto al Santo Oficio, en la que suplicó se le concediera cuanto antes la absolución de la censura, e incluso llegó a decir: “Me gustaría si esto sucede antes de la mitad de septiembre, fecha de la fiesta de titular de la Iglesia donde él es el Rector y que se suele celebrar con mucha solemnidad; esto para evitar una penosa situación y un posible escándalo, dado que dicho Sacerdote es aquí muy popular”<sup>153</sup>. Entretanto, la noticia de la suspensión del P. Machado, por expreso mandato de la nunciatura apostólica, se mantenía en el más estricto secreto, y la gente de la parroquia ignoraba por qué Machado no estaba celebrando la Misa o los sacramentos esos meses. Pensaban que era por razones de salud.

El estado de tristeza y de angustia de Machado debido a la suspensión afectó mucho su salud. Algunos periódicos publicaron por esas fechas que estaba gravemente enfermo. Además, la enfermedad fue sido la única explicación que podía dar el mismo Machado para negarse a celebrar la Misa y administrar los demás sacramentos.

El mismo nuncio Fernando Cento se sintió muy mal de saber que el octogenario sacerdote estaba en ese estado, y por ello mandó un telegrama a Roma el 4 de septiembre explicando la actitud sumisa y humilde de Machado con el fin de que levantaran la suspensión cuanto antes. Como no obtuvo respuesta, Cento envió el 6 de octubre una carta al cardenal Sbarretti pidiendo la absolución del suspendido, explicando allí que “se trata de un anciano octogenario que tiene en su activo muchos y notables méritos, cuya pena sufrida con plena sumisión, opino que pueda decirse que es suficiente para expiar lo que hubo de incorrecto en su conducta”<sup>154</sup>. Cento añadió que el caso se había mantenido en secreto, pero manifestó su temor de que se enteraran las autoridades del gobierno, cuya estima para con Machado era tan grande que el conocimiento del castigo del capellán podría complicar las relaciones del gobierno con la Iglesia<sup>155</sup>. Como la absolución no llegaba, Cento pidió en una carta del 4 de noviembre al padre Lottini, comisario de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, que

---

<sup>153</sup> F. CENTO, “Carta al cardenal secretario de la S. C. del Santo Oficio”, 2-8-1930, en: AHHPM (cartas, sin numerar).

<sup>154</sup> F. CENTO, “Carta al cardenal secretario de la S. C. del Santo Oficio”, 6-10-1930, en: AHHPM (cartas, sin numerar).

<sup>155</sup> Cfr. F. CENTO, “Carta al cardenal secretario de la S. C. del Santo Oficio”, 6-10-1930, en: AHHPM (cartas, sin numerar): “Venezuela atraviesa un momento muy delicado por lo que se refiere a la política eclesiástica, como seguramente V. E. no ignora. Ahora, si este doloroso episodio, al prolongarse la suspensión *a divinis* hasta aquí conocida sólo por poquísimos, llegase a conocimiento de los dirigentes del gobierno, entre los cuales el Machado es muy considerado podría seguir cualquier endurecimiento no deseable”.

gestionara con la mayor premura la absolución del P. Machado<sup>156</sup>. La explicación más verosímil que encontramos de este ruego de un nuncio apostólico a un simple oficial de congregación, es el cargo de conciencia que debía tener, pues había sido él quien denunció a Machado ante el Santo Oficio.

En medio del dolor de la suspensión, sus amigos le prodigaron algunas muestras de afecto. El 7 de noviembre de 1930, hallándose suspendido sin que la mayoría de sus conocidos lo supiera, celebró con gran solemnidad su 80º cumpleaños, como cuenta el P. Álvarez: “Éramos los invitados varias docenas, además de las colectoras de limosna que habían llegado con tan fausto suceso, que llenaban toda la casa y patios. Veíasele feliz al glorioso anciano recibiendo los homenajes y presentes de toda aquella multitud. Día todo de luz y felicidad completa”<sup>157</sup>. Sin embargo, pasaban los meses y la absolución de la sanción no llegaba.

La nunciatura estaba más desesperada que el mismo suspendido por la dilación del Santo Oficio. Y ello era comprensible, pues aún en enero de 1931, luego de insistentes súplicas de la nunciatura apostólica para que le levantaran la suspensión a Machado, aún no se había obtenido respuesta de la Santa Sede. Por ello, en un acto de desesperación, el P. Basilio de Sanctis, auditor de la Nunciatura Apostólica en Venezuela, acaso solicitado por monseñor Cento, escribió una carta al Santo Oficio para que por favor agilizaran el asunto del P. Machado<sup>158</sup>. Y como el Santo Oficio no respondiera con la premura que se esperaba

---

<sup>156</sup> Cfr. F. CENTO, “Carta al P. Lottini”, 4-11-1930, en: AHHPM (cartas, sin numerar): “el caso me interesa también por tratarse de un viejo sacerdote octogenario, que ha aceptado humildemente la grave medida; me permito dirigirme a V. P. Revma. para que, en la medida de sus posibilidades, quiera tomárselo a pecho: haría una cosa muy grata”.

<sup>157</sup> P. ÁLVAREZ, “Padre Santiago Machado entre los años 1928-1931”, p. 1, en: AHHPM (Actividades del P. Machado en el Prado de María).

<sup>158</sup> Cfr. B. DE SANCTIS, “Carta al Santo Oficio”, 12-1-1931, en: AHHPM (Cartas, sin numerar). De Sanctis fue muy explícito acerca de la situación: “Ahora bien, este Excmo. Nuncio, que por deber de conciencia había dado las respectivas informaciones, ha, sucesivamente, en mérito a dicho caso, dirigido dos oficios al Excmo. Card. Secretario de ese Supremo Tribunal (2 agosto y 6 octubre 1930), una carta privada al Revmo. P. Lottini, C.S.O., y dos telegramas a la Secretaría de Estado (4 septiembre, 22 diciembre 1930) donde da a conocer varias circunstancias referidas a la misma materia, así como la sumisión perfecta con la que el Machado ha aceptado la pena infligida con el Oficio del 13 junio 1930 al Arzobispo de Caracas: la avanzada edad de dicho sacerdote y su delicada posición frente al pueblo, por ser rector de una capilla muy frecuentada por los fieles; finalmente la misma situación político – religiosa de este país es bastante delicada. Y sin embargo, hasta hoy, ni siquiera una sola raya de respuesta ha llegado a Mons. Nuncio. Naturalmente él no pretende que el S. Oficio tome en cuenta sus insinuaciones de indulgencia a favor del Machado, más no puede no estar extremada y dolorosamente sorprendido por el hecho que, de alguna manera, un Nuncio Apostólico no vea, después de 6 meses, alguna respuesta a sus repetidas misivas. No le será difícil comprender, Revmo. Monseñor, como S. E. debe sentirse no poco mortificado, al tener que dar razón de esto al Arzobispo, cuando éste le pregunte cuál fue el resultado de la recomendación y petición a favor del Machado que dirigió al S. Oficio junto a mi Relación del 2 de agosto. Escribo, Revmo. Monseñor, mi carta de manera puramente amistosa, rogándole que se interese piadosamente,

en Venezuela, Cento tuvo que recurrir a la Secretaría de Estado el 19 de enero, llegando a pedir al mismo cardenal Eugenio Pacelli, futuro papa Pío XII, que suplicara directamente al santo padre Pío XI, la absolución de Machado<sup>159</sup>. Pacelli respondió en un telegrama del 24 de enero, diciendo que le pedían expresamente desde el Santo Oficio que no se insistiera más desde la nunciatura en Venezuela sobre el caso del P. Machado<sup>160</sup>. ¿Qué lectura darle a todo este abundante cruce epistolar que buscaba tan sólo absolver de la suspensión a Santiago Machado? No hay duda que monseñor Cento estaba arrepentido de haber denunciado a Machado, pues se trataba de un sacerdote muy popular, y si llegaba a la gente la noticia de su suspensión, iba a haber seguramente manifestaciones contra la nunciatura y contra la misma Santa Sede. Además, el gobierno nacional, que admiraba grandemente al sacerdote, podría tomar represalias contra la Iglesia, pues había sido su misma jerarquía quien había privado temporalmente a Machado del ejercicio de su sacerdocio. Se repetían así los mismos temores que manifestó en su tiempo monseñor Aversa.

Luego de haber enviado a Roma las numerosas informaciones sobre cómo Machado había recibido con gran humildad el castigo, no terminaba de llegar la anhelada absolución. También Rincón González suplicó a la Santa Sede la pronta absolución del sacerdote, sin ser escuchado. En efecto, el cardenal Donato Sbarretti señaló que monseñor Rincón González había enviado a Roma “las mejores informaciones en torno a dicho Sacerdote, en torno a sus disposiciones de ánimo, a sus sentimientos, a sus buenos méritos”<sup>161</sup>, con el fin de que se concediera cuanto antes la absolución de la suspensión. Este fue uno de los poquísimos casos en el que la autoridad eclesiástica (arzobispo de Caracas y nuncio apostólico) intercedía para que se concediera un beneficio a Machado. La diferencia era grandísima con respecto a los tiempos de Juan Bautista Castro y Giuseppe Aversa.

Finalmente, después de tanto esperar, debido a su actitud humilde y sumisa, y a los insistentes ruegos de la nunciatura y del arzobispado, le fue levantada la suspensión el 23 de febrero de 1931, casi siete meses después de haberle sido impuesta la pena<sup>162</sup>.

---

a fin de que, por la dignidad misma del Representante de la Santa Sede, sea dado una respuesta solícita al respecto, atreviéndome, además, a agregar una palabra de recomendación por este pobre Sacerdote que inspira compasión”.

<sup>159</sup> Cfr. F. CENTO, “Telegrama al Card. Pacelli”, 19-1-1931, en: AHHPM (cartas, sin numerar): “Ninguna respuesta del S. Oficio sobre el caso Machado, a pesar de mis muchas insistencias me pone en una situación embarazosa también respecto al Arzobispo. Ruego a S. E. Revma. Suplicar esta gracia al S. Padre”.

<sup>160</sup> Cfr. E. PACELLI, “Telegrama a Mons. Cento”, 24-1-1931, en: AHHPM (cartas, sin numerar): “Congregación del Santo Oficio me encarga de comunicar que mandará directamente a V.S.I. la respuesta acerca del caso Sacerdote Machado. El Santo Oficio agrega que no hacen falta posteriores insistencias”.

<sup>161</sup> D. SBARRETTI, “Carta a Mons. Fernando Cento”, 31-1-1931, en: AHHPM (cartas, sin numerar).

<sup>162</sup> F. CENTO, “Carta al cardenal secretario de la S. C. del Santo Oficio”, 24-2-1931, en: AHHPM (cartas, sin numerar): “También a nombre del Arzobispo agradezco a la Suprema Congregación del S. Oficio por haberse

Afortunadamente, sólo se habían enterado sus más allegados, pues la cuestión se manejó con bastante discreción. Machado se había limitado pedir al P. Álvarez y a otros amigos sacerdotes que le suplieran en la celebración de la Misa y en la administración de los demás sacramentos mientras él estaba suspendido.

No dejó de ser una gran alegría para los feligreses de Prado de María ver a su capellán de nuevo celebrando la Misa. Habrían pensado que la supuesta enfermedad del anciano se había alargado mucho tiempo.

## **5. El Via Crucis de la Plaza Jerusalén**

El capellán del Prado no se había conformado con levantar un monumento a Cristo crucificado en la Plaza Jerusalén, que fue bendecido por Pietropaoli el 6 de febrero de 1914. Concibió también la idea de construir alrededor de la plaza El Cristo las 14 estaciones del Via crucis. No quería que fueran de bronce o de mármol, sino más bien que resaltaran por el colorido y el realismo, para que así movieran más a la piedad. Una vez elaborado cuidadosamente el proyecto, las mandó a hacer en la casa “La Estatua Religiosa” de París.

Para poder obtener los recursos para las estaciones del Via crucis, Machado comenzó a pedir limosnas en 1914. Gracias a las contribuciones de los fieles, pudo adquirirse la primera estación en 1922.

Pero Felipe Rincón González, arzobispo de Caracas desde 1916, prohibió a Machado pedir limosnas. Le propuso en cambio que hiciera peticiones formales a familias pudientes para que cada una donara una estación. Por esa razón en adelante las capillas no se construirían en orden numérico, sino que cada donante escogería la estación que quisiera obsequiar, de acuerdo con el catálogo que se había elaborado en París. Así se fueron construyendo las estaciones dejando sitio a las faltantes según el orden correspondiente. Cada capilla tenía un costo de Bs. 15.000, cantidad muy elevada para la época, por lo cual no fue fácil conseguir a los catorce donantes.

---

dignado, con un venerado folio de Vuestra Eminencia Reverendísima, N° 235/10, de enviarnos la absolución de la suspensión a divinis del Sac. Machado. De común acuerdo, en efecto, le hemos concedido tal gracia el 23 del corriente, primer Domingo de Cuaresma, después de casi siete meses de que él había recibido pena tan grave. Me permito ahora humildemente someter a V.E. que en mi carta N° 1656 del 24 abril 1930, yo me limitaba a comunicar pura y simplemente el hecho del viaje del P. Machado a Barranquilla, dejando el juicio a ese Sagrado Dicasterio, no pudiendo prever sus decisiones”. Aquí Cento se excusa explicando que se limitó a informar, y no a denunciar. Su conciencia debió haber estado bastante turbada. Cfr. también, F. RINCÓN GONZÁLEZ, “Carta a Mons. Cento”, 21-2-1931, en: AHHPM (cartas, sin numerar): “Me ha sido placentero saber la resolución de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, respecto del asunto Padre Machado. Convencido yo de las buenas disposiciones de espíritu en que se encuentra el referido padre, estoy perfectamente de acuerdo con V. Excelencia en que se le dé la absolución de la censura incurrida”.

La primera de las estaciones que se donó fue pagada por María Hernández de Hernández. También donaron su respectiva estación Jesusita Pérez Brito y su hermana la Sra. viuda de Manrique, el general Simón Bello, Mercedes María de Toledo Trujillo, Pedro N. Casas, Camila Valbuena de La Ville, Conchita Vallenilla de González, una familia que no quiso que se publicara su nombre, y Eduardo H. Amestoy, que fue el donante de la última estación, inaugurada el 10 de febrero de 1939.

Tomando al pie de la letra la recomendación del arzobispo de pedir la donación a personas pudientes, Machado formuló una petición a uno de los venezolanos más pudientes de la época: el general Juan Vicente Gómez. Y como éste conocía bien al sacerdote, respondió afirmativamente. Le tocó donar la octava estación.

Pero la donación de Gómez trajo cola. Cuando éste falleció en diciembre de 1935, los opositores del dictador quisieron destruir la octava estación, pues sabían que había sido donada por él. Enterado Machado, se trasladó de inmediato a la plaza para impedir la destrucción de esa estación. Una vez instalado en la plaza, esperó a los manifestantes, paraguas en mano. Ante los gritos de los antigomecistas, nuestro biografiado les dijo: “Aquí los estoy esperando”. Frente la inesperada presencia del sacerdote, la turba guardó silencio. El padre entonces improvisó un discurso en el que recordó la veneración que el pueblo venezolano tenía por las cosas sagradas, y que no podía pensar que ese mismo pueblo las profanaría. Dijo también que si el general Gómez había donado una estación, lo había hecho “para ornato de Maiquetía, en un gesto muy cristiano, pues todos tenemos cosas malas y cosas buenas”. Ante esas palabras, el pueblo se aplacó y desistió de acabar con la estación comprada por el mandatario fallecido. Machado tuvo entonces la osadía de pedir a los presentes que le acompañaran a rezar un padrenuestro, avemaría y gloria por el alma del general Juan Vicente Gómez, y todos asintieron a la petición.

A principios de 1939, en medio de los preparativos para la peregrinación de la Virgen de Lourdes en Maiquetía, pudo terminarse el vía crucis de la Plaza Jerusalén que Machado había iniciado años antes. La bendición de la última estación se efectuó el viernes 10 de febrero a las 8:30 pm. Las estaciones se iban construyendo de acuerdo con las donaciones, y por tanto sin el orden establecido. Por ello la última estación donada por Eduardo Amestoy y su familia, fue la novena estación (Jesús cae por tercera vez). Fue bendecida por monseñor Miguel A. Mejía, obispo de Guayana y auxiliar de Caracas, invitado por Machado para la ocasión.

El padre Ángel Sáenz, de la orden de los Agustinos Recoletos, llegó muy joven a Venezuela (como a sus 25 años), y desde que conoció a Machado se hizo muy amigo de él. En una ocasión éste le confió a Sáenz: “Yo no me puedo morir sin terminar las estaciones del Vía crucis, porque así me lo ha pedido el Señor”. En febrero de 1939, bajaron a Machado a la plaza Jerusalén en silla de ruedas, pues ya estaba muy anciano, para que participara en



la bendición de la última de las estaciones del Vía crucis. Estaba presente Ángel Sáenz, que al ver a Machado le dijo: ¿Cómo está padre Machado? El sacerdote contestó: “Fregado, me voy a morir, porque cometí la estupidez de terminar el Via crucis”. No terminaría el año sin que se cumpliera el vaticinio.

El interés de Machado por extender la devoción a Cristo crucificado, se manifestó también en las gestiones que realizó para restaurar la iglesia del Calvario en La Victoria, su patria chica, incluyendo la fachada que lo embellece, que el templo conserva en la actualidad. No contento con ello, consiguió los recursos para importar desde Francia las imágenes del Calvario que hoy existen en dicho templo. Como no le gustaba hacer las cosas a medias, concluyó la obra mandando a construir las escalinatas por donde hoy día se llega a esa iglesia.

## **6. Sus últimos años en Prado de María**

A partir de 1930 se instalaron en la casa vecina a la de Machado dos personas muy amigas de él: Mercedes María Innes y su hermana Belén Innes de Martínez. Mercedes comenzó a trabajar como catequista de la parroquia. Venían con un niño de diez años llamado Carlos Soria Villaparedes, pues su mamá se hallaba en graves aprietos económicos y había consentido que fuera con las dos hermanas a hacerles compañía. Pero al llegar un sobrino de las Innes en 1932, Carlos debía abandonar la casa. Entonces Machado lo llevó a su casa, le ayudó a terminar los estudios de primaria, y Carlos comenzó a ayudarlo como secretario y enfermero. El padre le encomendaba diversas tareas como la atención a algunos enfermos, o la ayuda en algunas diligencias. El capellán se preocupó siempre por las necesidades de Carlos, llegando a tener con él muchos detalles, como por ejemplo darle dinero para comprar zapatos.

Carlos también se encargaba de recoger el dinero de tantos benefactores que tenía Machado, y que fueron destinados a las innumerables obras iniciadas por el sacerdote: Vía Crucis monumental en la plaza Jerusalén de Maiquetía, templo de Prado de María, las dos escuelas en Prado de María, ayudas para los pobres y enfermos del sector, entre otras. Machado ayudaba a muchas personas enfermas y ancianas. Con frecuencia pedía a Carlos que fuera a una droguería mayorista a comprar lotes de las medicinas más comunes para surtir una pequeña farmacia que tenía en su casa. Los productos en polvo se compraban por paquetes de cinco kilos (bicarbonato, sal de higuera, y otros). Gracias a esto, se estableció en casa del capellán una despensa farmacéutica que servía para los enfermos pobres que solicitaban ayuda al sacerdote.

Santiago Machado siempre se distinguió por su elevado espíritu de patriotismo. Nunca desaprovechó la oportunidad para exaltar a los próceres de la independencia, y mantuvo siempre una gran admiración por el libertador Simón Bolívar. Una muestra de esto

fue el pomposo funeral que organizó con ocasión del centenario de la muerte del Libertador, el 17 de diciembre de 1930. Ese día se celebró en Prado de María una Misa de Requiem a las 6:00 am por el alma de Simón Bolívar. A la 1:00 pm estableció un minuto de silencio, y seguidamente se tocaron campanas solemnes dobles por espacio de media hora, culminando el acto religioso con un responso por el eterno descanso del Libertador. Como solían ser los actos organizados por Machado, éste estuvo muy concurrido. Sin embargo, la Misa que se ofreció ese día no la pudo celebrar él, pues estaba en ese tiempo afectado por la pena de suspensión *a divinis*, que le fue levantada en febrero de 1931, como hemos referido anteriormente.

Entretanto, continuaban las peticiones para recaudar fondos para la restauración del templo. Así se logró que en 1931 el general Gómez donara la cantidad de dos mil bolívares para las obras de construcción del templo de Prado de María, a través de la sociedad de “Hijos de la Santa Cruz”. Se había dado el dinero a Julián Olivo, presidente de esa sociedad, que entregó todo a Machado. Pero Machado no quiso decir públicamente la cantidad que había donado Gómez, pues no quería que le identificaran de alguna manera con el régimen del dictador. Así las cosas, los miembros de la sociedad pidieron al capellán que hiciera pública la donación de Gómez, pero el padre se transó en que no lo haría. Por ello, un emisario de Julián Olivo, Juan R. Rodríguez M., tuvo que escribir el 15 de julio de 1931 al arzobispo Rincón, para que le pidiera a Machado que dijera públicamente después de la Misa que Gómez había donado Bs. 2.000 para los trabajos del templo. La razón que adujo Rodríguez al arzobispo fue que así nadie podía decir que Olivo se había agarrado el dinero. El capellán tuvo que ceder, impelido por la autoridad. Este episodio demuestra que Machado nunca aprobó el sistema gomecista, y aunque Gómez le tenía aprecio, él nunca quiso hacer gala de ello, sino que más bien buscó distanciarse del dictador. Pero como no era tonto, se aprovechó del prestigio que tenía ante el mandatario para sacarle unas cuantas ayudas para sus obras sociales y de construcción. A fin de cuentas, el dinero que donaba Gómez era de los venezolanos, y a ellos lo destinó el cura del Prado.

Mientras tanto, crecían las iniciativas pastorales del incansable sacerdote. A inicios de la década de 1930 concibió la idea de formar una cofradía del Santísimo, y para ello pidió el permiso correspondiente al arzobispo. El 13 de abril de 1932, Rincón González concedió la Machado el permiso para erigir la cofradía del Santísimo Sacramento.

El Catecismo del P. Machado había recorrido todo el país. Pero en 1934, año en que Machado sacó la 18<sup>o</sup> edición de su catecismo (20.000 ejemplares), el episcopado venezolano dispuso que el texto que debía emplearse en adelante para Venezuela era el catecismo de la doctrina cristiana de monseñor Nicolás Navarro, “con exclusión de todo otro”. Este nuevo catecismo abundaba en tecnicismos teológicos que lo hacían de difícil comprensión, sobre todo para los más pequeños. Sin embargo, los obispos venezolanos habían decidido que era

el que debía emplearse en adelante. Ello trajo como consecuencia que la edición n° 18 de Machado se quedara fría. Debido a eso, al autor le costó mucho trabajo pagar la edición que había mandado imprimir. Sin embargo, en 1938 monseñor Mejía autorizó el catecismo de Machado por considerarlo útil al pueblo. Así que pudo aún imprimir la edición n° 19, que fue la última que de ese catecismo se hizo. El catecismo de Machado siempre gozó de gran prestigio entre la gente más sencilla. Algunos llegaron a decir que “el P. Machado es nuestro Ripalda”, haciendo referencia al famoso catecismo español de Astete y Ripalda, que tanta resonancia tuvo en la patria ibérica.

Santiago Machado pasó a la historia como gran catequista. Así lo reconocían los sacerdotes del clero de Caracas. Y así lo recuerda el Concilio Plenario de Venezuela: “En la historia de nuestra Iglesia ha habido excelentes catequistas que (...) han dado insigne testimonio de vida cristiana y han contribuido a la educación cristiana del pueblo. Entre tantos sobresalen pastores como el Padre José Manuel Jiménez Gómez (1864-1914), fundador de las Hermanas Catequistas de Lourdes; el Padre Santiago Machado (1850-1939), fundador de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, y Mons. Rafael Arias Blanco (1906-1959), Arzobispo de Caracas”<sup>163</sup>. Era un gran catequista no sólo porque la publicación de su catecismo tuvo muchísima influencia, sino también porque él personalmente se dedicaba usualmente a catequizar a los niños. Carmen López (luego hermana Maximina de San José) contó que cuando ella era niña, como en 1926, pasó una vez Machado por la parroquia de Maiquetía y se detuvo en la Iglesia donde estaban reunidos los niños del catecismo. Allí les dio una lección magistral de catequesis, que esos niños nunca olvidarían.

En 1934 Machado mandó fabricar en Los Jardines del Valle una capilla donde instaló una imagen del Cristo de las Misericordias para su culto. Ya el arzobispo Rincón había concedido el permiso para la erección de una capilla en ese lugar, el 11 de octubre de 1932. El culto se inauguró el 6 de agosto de 1935, por lo cual pensamos que para esa fecha ya estaba instalado el Cristo. Para concluir la construcción de esta capilla utilizó un dinero que había recogido para que comprar la casita donde vivía alquilado, recolectado y entregado como regalo por sus bodas de diamante, en junio de 1936. Machado prefirió emplearlo para la “casa” del Cristo, en lugar de la suya.

Ese terreno lo tenía el padre destinado para construir un asilo para ancianos y ciegos. Aún con 84 años encima, Machado estaba pensando en nuevas obras sociales, pero en este caso no vivió para ver su conclusión. Aquejado por los achaques de la vejez, en 1938 entregó a las Hermanas Catequistas de Lourdes la capilla terminada, y las obras en construcción del

---

<sup>163</sup> CONCILIO PLENARIO DE VENEZUELA, *Documento Conciliar N° 4: La catequesis*, 9, CEV, Caracas, 2006, p. 120.

futuro hogar de ancianos. Seguía fiel a su costumbre de siempre: nunca “disfrutar” de las obras que hacía, sino entregarlas totalmente a los demás.

A partir de 1936 los monjes benedictinos de San José del Ávila dejaron de dar a Machado la asignación mensual de Bs. 400 que habían venido dando desde que el padre se retiró de allí. Ello hizo que Machado recurriera a Roma para que se le diera lo que en justicia le correspondía, pues eso estaba en las cláusulas de la entrega del internado. Mientras Roma no se pronunció, el padre sufrió las penurias de la falta de recursos económicos, ya a sus 86 años de edad. Pasó así dos años, hasta que Roma falló a su favor.

Ese mismo año de 1936 comenzaba en España una sangrienta guerra civil. Machado siempre fue muy sensible ante los regímenes totalitarios, fueran de izquierdas (como los comunistas) o de derechas (como los nacionalistas)<sup>164</sup>. Informado de la feroz persecución que estaba sufriendo la Iglesia católica en España con ocasión de la guerra civil que comenzó en 1936, estaba muy preocupado por la suerte de la Iglesia en ese país. De hecho, en 1936, estando en la iglesia de Prado María, en una exposición frente al Santísimo, Machado oró casi gritando: “Señor, humilla a tus enemigos que están en España hundiéndose a la Iglesia. Humíllalos Señor”<sup>165</sup>.

En tiempos del general Eleazar López Contreras (1936-1941), Machado implantó a sus 86 años un programa de comedor popular al mediodía para los pobres: consiguió que una familia importante que vivía frente a la iglesia, hoy Seminario de los padres paúles, cediera los terrenos de la parte de atrás de la casa, para que sirvieran de espacio para el almuerzo de los pobres, que consistía en darles a cada uno un buen plato de sopa. Dice Nora Vásquez que “ninguno se negaba a colaborar con el padre, recuerdo ver a todos los mendigos y locos del lugar al mediodía, llegando a comer, todos sucios y hediondos, pero felices, también personas necesitadas. Todos ellos en la noche dormían en el pasillo de entrada de la casa o ‘zaguán’, del Padre Machado, con su permiso, esta casa era la casa de todos, con la puerta siempre abierta, gentes de todas las esferas entraban y salían”<sup>166</sup>.

Ésta era una de las más fuertes sensibilidades de nuestro biografiado: dar comida a los que no tenían. Por ello en su casa siempre había invitados a comer. Fue una constante en su vida, tanto en Maiquetía, como en San José del Ávila, y no podía ser menos Prado de María. En este contexto se aprecia la anécdota, narrada por Óscar Mayora, hijo de Erasmo

---

<sup>164</sup> No fue una excepción el régimen gomecista. Hemos dicho que Machado no estuvo de acuerdo con los desmanes del dictador. Sólo se aprovechó de él para conseguir favores para el pueblo, pero nunca apoyó, ni pública ni privadamente, el proceso despótico de Gómez.

<sup>165</sup> A. ALFONZO VAZ, “Entrevista”, Caracas, 1º-11-2008.

<sup>166</sup> N. VÁSQUEZ DE CEDEÑO, “El Padre Machado”, Rohner Park California, 15-6-2002, en: <http://historiaprado.blogspot.com/>. Según este testimonio, la casa en cuestión es hoy el edificio “5 de Julio”.

Avellaneda. Erasmo no era “curero”, pero era muy amigo de Machado, y como los dos tenían su buena dosis de rudeza, se llevaban muy bien, aunque se trataban precisamente por eso con notable hosquedad. Pues una vez que Machado comía en casa de Erasmo, éste le dijo con buena dosis de anticlericalismo: “No lo pueden negar, ustedes los curas son como los zamuros, comen de todo el mundo, pero nadie come de ustedes”<sup>167</sup>. En lugar de enojarse, Machado se sonrió, porque sabía que si eso se podía decir de otros curas, nunca de él. Si algo tenía muy claro la gente del pueblo era que de este cura comía muchísima gente.

Los que le conocieron coinciden en que era un hombre muy jovial, que sabía conjugar su carácter impulsivo con un sentido del humor muy agudo que se manifestaba en cantidad de ocurrencias. Veamos algunas de ellas. En una ocasión Carlos Soria dijo a Machado en una sobremesa: “Padre, ¿por qué no hay santos venezolanos?”. Le contestó con voz muy firme: “Ignorante, ya tenemos dos y tú no te has enterado”. Soria volvió a preguntar al interlocutor: “¿y cuáles son?”. Él respondió: “Sanjón y Sancocho”<sup>168</sup>.

También se cuenta que una vez iba Machado a Maiquetía en el tren, en pasaje de segunda clase. Alguien en el tren nombró a Machado, y un general muy renombrado en la época escuchó que hablaban de Machado, enterándose que se encontraba en el tren. El general fue a buscar al sacerdote, pues tenía muchos deseos de conocerlo porque había escuchado decir muchas cosas de él, y aún no había logrado verle en persona. Cuando lo encontró le dijo: “¿Es Ud. el P. Machado?”, a lo que respondió: “Si Señor, para servirle”. El militar: “Pues yo soy el General ‘fulano de tal’”, a lo que respondió el sacerdote: “Y yo soy el Padre Machado del Carrizo”<sup>169</sup>.

En 1939, ya muy anciano, Machado se sentía sin fuerzas para seguir dirigiendo pastoralmente la capellanía de Prado de María. Por ello le dijo al arzobispo de Caracas que

---

<sup>167</sup> O. MAYORA, “Entrevista”, Maiquetía, 26-11-2010.

<sup>168</sup> Cfr. C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 85.

<sup>169</sup> ANÓNIMO, “Ocurrencias del Padre Machado”, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987, p. 19. Juan Francisco Hernández cuenta la anécdota con algunas variantes: “Como muchos de ustedes recordarán, el ferrocarril, que tomaba sus dos horas bien completas en el trayecto desde Caño Amarillo hasta La Guaira, se detenía calmosamente en la vieja estación del zigzag, y allí los pasajeros podían salir un rato, estirar las piernas y beber un café a mitad del camino. El Padre Machado viajaba en segunda, y fue a la cantina y pidió su café. Pero de los vagones de primera descendió también cierto famoso personaje de la política de entonces, que se gastaba unos sonoros y rimbombantes apellidos de prosapia. Este caballero no conocía al sacerdote sino por su fama, y, avisado de que estaba en la cantina, quiso presentársele con la intención de deslumbrarlo. ¿Con que usted es el famoso sacerdote de los grandes éxitos? –No, señor –le respondió el Padre-; soy apenas un humilde curita con ganas de trabajar... ¡Oh! embistió el personaje-. Celebro conocerlo. Yo soy el doctor don Fulano de Tal de Tal Cosa y Cual Cosa. –Mucho gusto, señor –dijo el cura soltando su café y extendiéndole la mano-. Yo... no soy más que el Padre Machado del Carrizo...”: J. F. HERNÁNDEZ, “Firmo un contrato con la Providencia”, en: Boletín CIHEV, año 1, n° 1, abril-junio 1989, p. 29.

necesitaba a alguien que le supliera en su encargo pastoral. Y le pidió que la capellanía le fuera confiada a una congregación religiosa. El arzobispo Rincón pensó en los redentoristas, y así lo comunicó al capellán, pero a éste no le gustó la idea porque decía que ellos habían sido fundados por San Alfonso María de Ligorio para las misiones, y Prado de María no era una parroquia de misión. Entonces el arzobispo propuso a los padres de la Congregación de la Misión, fundados por San Vicente de Paúl. Como Machado tenía tanta sensibilidad social, y pensaba que la capellanía necesitaba un grupo de religiosos que pudiera continuar todas las iniciativas sociales que él había instaurado allí, le pareció muy bien que vinieran los Paúles, pues ellos habían sido fundados por San Vicente para el servicio de los pobres. Fue así como acordó con el arzobispo la llegada de los religiosos de esa congregación.

Cuando el 29 de abril de 1939 el obispo auxiliar de Caracas Miguel Antonio Mejía presentó al P. Domingo Maguregui a Machado, como su inmediato sucesor en la capellanía de Prado de María, le dijo: “Aquí le presento un hijo de San Vicente de Paúl, ¿le gustaría entregarle su Iglesia?”, a lo que el capellán saliente contestó con alegría: “A un hijo de San Vicente, sí le entrego la Iglesia”<sup>170</sup>.

Un día después, el 30 de abril llegaron con la formalidad del caso los Paúles a la capellanía, y el 1º de mayo se les entregó la iglesia del Prado de María. Las señoras del lugar se resistían al cambio, sobre todo por la juventud de Maguregui, que tenía sólo 31 años, pero al ver el cariño con que le trataba el antiguo capellán, cambiaron de opinión y lo aceptaron.

Quedaba Machado en total pobreza. Era tan evidente su estado de desamparo y de penuria, que en agosto de 1939 el Concejo Municipal, en atención a sus servicios en favor del pueblo, se comprometió a darle una pensión vitalicia de Bs. 300, que pudo recibir sólo los cuatro meses que le quedaban de vida. Todo lo que tenía lo había entregado en obras sociales y religiosas, para la atención de los más pobres. Ya no tenía nada, no le quedaba nada: pobre y desamparado. Y para completar, enfermo y achacoso. Las religiosas que él había fundado, algunas de las cuales le habían hecho sufrir tanto, lo supieron. Y dentro de la congregación un grupo selecto de religiosas puso manos a la obra a una iniciativa inédita y sorprendente: rehabilitar al fundador, y hacerlo retornar a casa...

## **7. Rehabilitación del fundador y vuelta a casa**

En 1939, poco antes de cumplir sus 89 años, algunas religiosas de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía quisieron que su fundador volviera a esa institución, como una manera de reivindicarle y de pagarle al final de su vida todo lo que él

---

<sup>170</sup> M. MOLINERO, “El Padre Machado entrega la Iglesia de Prado María a los padres Paúles”, 27-4-2002, en: Boletín informativo n° 1, Parroquia “La Milagrosa”, Prado de María, Caracas, p. 13.

había hecho por la congregación desde los días duros de su fundación y de sus inicios. Entonces la madre Carlota de San José Rada del Olló (hermana del P. Rada), superiora general de la congregación, mandó recoger firmas entre las hermanas de todas las casas del instituto, para conocer el parecer general de las religiosas acerca del retorno del fundador. Aunque en la congregación estaba hasta entonces prohibido hablar del fundador, algunas hermanitas hablaban en secreto muy bien de él, con mucha emoción.

Luego de recoger las firmas y constatar que la mayoría de las hermanitas estaba de acuerdo con su regreso, las del consejo general acordaron hacer una petición formal a Roma, para que le permitieran el regreso a la congregación, pues estaba vigente la amenaza de suspensión *a divinis* si el P. Machado visitaba alguna de las casas de esa congregación. La madre Carlota de San José elevó esta petición el 22 de agosto de 1939 al papa Pío XII en estos términos: “La infrascrita, Superiora General de las ‘Hermanitas de los Pobres’, humildemente postrada a los pies de V.S., imploro como gracia especial para la celebración de los 50 años de la fundación de nuestra Congregación, el que nuestro Fundador Pbro. Santiago F. Machado, separado de nosotras hace ya cerca de 28 años, vuelva al seno de la Congregación a celebrar con nosotras nuestras Bodas de Oro, y en atención a su avanzada edad que ya frisa en los 90, y los consiguientes achaques de su salud, pueda ser acogido durante sus últimos días en una de nuestras Casas-Asilos”<sup>171</sup>.

La petición de la superiora general fue acompañada por una carta de recomendación de la nunciatura, que reza así: “El juicio de la Autoridad Eclesiástica y Nunciatura es favorable acerca de la admisión del Padre Machado en una casa de asistencia de la Congregación Hermanitas de los Pobres. La Superiora General suplica a Su Eminencia se digne conceder esta gracia para el 25 del corriente mes, día en que celebra las Bodas de Oro dicha Congregación de la que el Padre Machado es el fundador”<sup>172</sup>. La Santa Sede juzgó razonable la petición, y concedió a Machado que fuese a la casa generalicia de la congregación fundada por él, pero con una cláusula: “a condición de que en ella no more ninguna Religiosa escandalizada con motivo de los asuntos del Padre Machado”<sup>173</sup>.

El permiso era sólo para volver a las casas de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, tal como lo testimonia la hermana Tarcisio: “En el año 1939, habiendo retornado el Pbro. Santiago F. Machado al seno de la Congregación de Hermanitas de los Pobres a la Casa generalicia ubicada de Pilita a Bucare N° 17, gracia especial concedida por la Sta. Sede como una deferencia en sus 50 años de fundación, las Madres de Barranquilla preguntaron a la Madre Carlota, S. G., si la gracia concedida era para ellas también. La Madre Carlota

---

<sup>171</sup> CARLOTA DE SAN JOSÉ, “Carta al papa Pío XII”, 22-8-1939, en: AHHPM (sin numerar)

<sup>172</sup> M. TUNZI, “Carta al Secretario Santo Oficio”, septiembre de 1939, en: AHHPM (sin numerar).

<sup>173</sup> M. A. MEJÍA, “Carta a la madre Carlota de San José”, septiembre de 1939 en: AHHPM (sin numerar).

preguntó al Nuncio Apostólico y la respuesta fue negativa”<sup>174</sup>. Es decir, se mantenía la prohibición de visitar y mantener contacto con las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver, prohibición que nunca fue dada explícitamente el 12 de septiembre de 1910, sino que se introdujo con ocasión de su suspensión *a divinis* en julio de 1930.

Una vez concedido el permiso, las hermanas fueron a buscar al fundador, que no se esperaba esa sorpresa. El 24 de septiembre de 1939, a las 3:00 pm llegaron a Prado de María la madre Carlota de San José y la hermana Dolores de San José. Vino también con ellas el presbítero Julián Fuentes Figueroa, amigo del fundador. Venían a llevarse a Machado a la Casa madre de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, costase lo que costase. Al principio, Carlos Soria se resistió, mientras que el padre, debido a su senilidad, no se enteraba muy bien de lo que estaba pasando, y pensó que lo venían a buscar para la Misa. El P. Fuentes convenció a Carlos Soria de que llevarse lo era lo mejor para el padre, y de que el hecho de hacerlo retornar a las hermanas era una manera de reivindicarle ante todo lo que había pasado años atrás con la congregación. Medio convencido, Soria tuvo que ceder contra su voluntad. Pero no hizo falta convencer al anciano, pues aún no se enteraba. Fue entonces el mismo Carlos Soria el que ayudó a trasladar a Machado al automóvil que esperaba en la puerta de casa para llevarse. En ello el padre, en un destello de lucidez, comprendió que lo iban a trasladar a una casa de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, y entonces dijo a Carlos Soria: “Usted como que es un traidor”.

De hecho, al principio el anciano sacerdote se resistía y no quería salir de su casa de Prado de María, y mucho menos regresar a la congregación que le había hecho sufrir tanto. Además, tal vez habría sentido temor de ser de nuevo suspendido *a divinis*, por contravenir el decreto del 12-9-1910. Pero luego de habersele explicado bien las cosas, aclarando también lo de la revocación de aquel decreto, accedió. Ese día fue llevado de Prado María a la Casa madre de la congregación, ubicada en el centro de Caracas. Se lo llevaron justamente un día antes de la celebración de las bodas de oro de la congregación, como a eso del mediodía. Machado había dejado la congregación en 1910 con 8 casas, y en 1939 la institución tenía ya 15 casas. Su obra había rendido sus frutos.

Lo primero que hicieron con Machado fue llevarlo a la enfermería para hacerle un chequeo médico, pues tenía una considerable cantidad de achaques debido a su avanzada edad. Allí estuvo muy confundido al inicio, al verse rodeado por las hermanitas que, aunque las consideraba sus hijas, le habían hecho sufrir muchísimo. Sin embargo, las hermanitas de la Casa madre estaban muy contentas por la llegada del fundador.

---

<sup>174</sup> TARCISIO DE SAN JOSÉ, “Testimonios verbales de la M. Carlota de San José”, en: AHHPM.



Cuenta la hermana Carmen López (Maximina de San José en religión), testigo ocular de la llegada de Machado a la congregación, que apenas lo trajeron lo llevaron a la gruta de la Virgen de Lourdes, que se quedó mirando emocionado. Las hermanitas le iban a visitar en la pieza en que estaba alojado. Carmen López, que entonces tenía 21 años de edad, y tres en la congregación, cuenta que la primera vez que fue a saludar al fundador a pedirle la bendición, éste le dijo: “Dios te bendiga hija, ¿cómo te llamas?”. Respondió: “Hermana Maximina”, y Machado le dijo en el acto: “Ah, como el niño de La Saletta”<sup>175</sup>.

La celebración de las bodas de oro de la congregación fue el 25 de septiembre de 1939. Un sacerdote jesuita celebró una Misa, y Machado asistió en silla de ruedas. Hubo luego un almuerzo. Estaban presentes todas las hermanas, encabezadas por la madre general, Carlota de San José, y la madre Providencia, que había sido años atrás superiora general de la congregación. Ambas querían mucho a Machado.

A las hermanitas les daban permiso para ir todos los días a saludar a su fundador, para pedirle la bendición en la mañana. Iban de dos en dos, porque les dijeron que no se amontonaran en torno a él para no incomodarlo. Sin embargo, aún había algunas hermanas que habían acusado a Machado en el proceso de 1910, y que estaban vivas. Algunas de ellas no estuvieron de acuerdo con su retorno, y en otras había sentimientos encontrados, como era el caso de la madre Esperanza, una de las que más duramente le acusó. Según el testimonio de la hermana Inés Aponte, que en religión se llamó María Antonia de San José, en una ocasión se refirió a Machado llamándole “Nuestro Padre”, e inmediatamente la hermana Josefina la mandó a callar, porque se encontraba delante la madre Esperanza. Sin embargo, Esperanza no estuvo en contra de la vuelta del fundador, al menos por cuanto muestra una carta suya del 7 de noviembre de 1939, enviada a la madre Carlota, para informarle sobre las actividades que habían tenido en la celebración de los 50 años. En ella escribió: “Muy querida Ntra. Madre y cómo está nuestro querido Padre? Hoy le pusimos telegrama de felicitación y todo ofrecido por él. Ayer lo fue una Misa. (...) Bendígame y a Ntro. Padre también”<sup>176</sup>. Esperanza firmó la carta como “la última de sus hijas”. Parecía ser la reconciliación de la que había atacado duramente al fundador en el proceso de 1910-1911. Pero hay más, hemos encontrado una carta de Esperanza al fundador, enviada desde El Tocuyo el 26 de septiembre de 1939, un día después de celebrarse las bodas de oro de la Congregación, en la que se dirigió al destinatario con las palabras “Muy amado Ntro. Padre”, y donde manifestó la confusión de sus sentimientos expresando: “No sé qué decirle, ni cómo empezar!”<sup>177</sup>, para continuar diciendo: “Dios en su infinita misericordia ha probado, una vez

---

<sup>175</sup> C. LÓPEZ, “Entrevista”, Caracas, 19-11-2010.

<sup>176</sup> ESPERANZA DE SAN JOSÉ, “Carta a la madre Carlota”, 7-11-1939, en: AHHPM (cartas sueltas).

<sup>177</sup> ESPERANZA DE SAN JOSÉ, “Carta al P. Machado”, 26-9-1939, en: AHHPM (cartas sueltas).

mas; y de que manera, su predilección por nuestra Congregación devolviéndonos a nuestro amado Fundador!”<sup>178</sup>. Así Esperanza mostró que estaba de acuerdo con el retorno de Machado. Pero no se sintió capaz de decir mucho más, excusándose en estos términos: “Ya comprenderá Ntro. Padre, mi emoción y como nada más puedo decirle”. Manifestó también su deber de gratitud: “cada día en mis oraciones lo he tenido presente, pues la gratitud me obliga”, para terminar presentándose como “la mas pobre y miserable de sus hijas”. Palabras asombrosas, de quien fuera una de las que más duramente atacó tiempo atrás al destinatario de esa carta. Sin embargo, no hay indicios de que haya encarado personalmente al anciano, pidiendo perdón. Sólo tuvo el valor de hacerlo de modo epistolar.

Machado pasó el resto de sus días en la casa generalicia de la congregación que había fundado. Durante esa estancia estuvo afectado por periodos de demencia senil alternados con momentos de lucidez. Cuenta Carlos Soria que había momentos en que no sabía dónde estaba: “muchas veces creía estar en San José del Ávila y cuando esto pasaba nos dábamos cuenta porque me preguntaba si ya le habíamos dado merienda a los niños y también decía que no les diera demasiada porque después, a la hora de la comida, no comían bien; también me dijo una vez que comprara sesenta pares de zapatos, con sus respectivas medias, y los guardara para que los muchachos en los días festivos estuvieran decentemente presentados y que la factura de esos zapatos se la cobraran a él. A todas estas cosas no me quedaba más camino que decirle que sí para que se quedara tranquilo”<sup>179</sup>. Aunque solía perder la memoria, en algunos momentos de lucidez, se acordaba de algunos lugares de la casa, y decía: “esto lo hice yo”<sup>180</sup>.

En una ocasión una hermanita le preguntó qué debía hacer para ser santa. Él le contestó: “olvídense de sí misma y... manos a la obra”. A la madre Carlota, que le preguntó lo mismo, le dijo: “¿Quieres ser santa? Prepárate”, y a otra en cambio le contestó: “Busque quien la mate”<sup>181</sup>. Machado había sufrido mucho con ocasión de las obras que realizó, hasta tener la conciencia de que para ser santo había que estar preparados y dispuestos a que “nos maten”. Las mismas religiosas habían intuido que el fundador sufrió muchísimo debido al ataque de algunas hermanas de la congregación, que aún vivían y estaban dentro de ella.

En otra ocasión, una hermanita le dijo en ese periodo de la Casa madre: “Nuestro Padre, ¿cuándo nos va a dirigir un día de retiro para que nos dé duro?”. A lo que contestó: “Un día de estos, y se le dará duro a la que lo necesite; a la que sea observante no hay que

---

<sup>178</sup> *Ibidem*.

<sup>179</sup> C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 109.

<sup>180</sup> Cfr. I. APONTE, “Entrevista”, *Maiquetía*, 24-9-2010.

<sup>181</sup> Cfr. M. M. VILLALBA, *Un hombre de fe y acción*, cit., p. 283.

decirle nada porque la Religión no entra a toletazos sino con cariño y amor”<sup>182</sup>. Muchas veces dio duro, hay que reconocerlo, y las religiosas lo sabían. Pero ahora estaba anciano, y los años lo habían ablandado mucho. No estaba para dar duro, más bien fue a él a quien dieron más duro. Sin embargo, en esos últimos días sus hijas le estaban dando bastante blando, y así se entiende este comentario que hizo, mientras le colmaban de cuidados y atenciones: “Hasta en la tierra empieza a tener la caridad su recompensa: como yo he hecho caridad, ahora tengo quien me la haga”<sup>183</sup>.

## 8. Muerte y funerales del padre Machado

Dos meses después de su llegada a la Casa madre, el 24 de noviembre de 1939, debido al delicado estado de salud y de senilidad en que se encontraba, las hermanas buscaron a un sacerdote para que recibiera los últimos sacramentos. Se los pudo administrar el P. Julián Fuentes Figueroa, a las 10:00 pm. Así narra esos momentos, de modo bastante piadoso, María Margarita Villalba: “el Padre estaba completamente lúcido y en absoluto silencio. Recibió con grandísima devoción el Santo Viático y después de un ratico el Padre Fuentes le dijo a las Hermanas que cantaran el Tantum Ergo. ¡Qué imponente! Todas las Hermanas lo cantaron al igual que el mencionado Padre, quien luego, con gran solemnidad impartió la bendición con el Copón (...). Luego el Padre Fuentes lo ungió con el Oleo Santo y le concedió la Indulgencia Plenaria para esa hora decisiva en medio de los sollozos de esas Hijas que despedían al Padre amado del que tan poco tiempo habían podido disfrutar”<sup>184</sup>. Luego de entonar un canto, Fuentes dijo al enfermo: “‘Ahora, Padre Machado, bendígame’. Lo bendijo. Después: ‘Bendiga a la Madre Carlota y a todas sus Hijas’. El preguntó: ‘Una a una?’ ‘Sí Padre’ contestó el Padre Fuentes; entonces sacó su mano sacerdotal que tantas bendiciones había impartido y les fue dando, muy despacio, su última bendición que ellas recibían de rodillas, hasta que la Madre Carlota, viéndolo tan agotado, le dijo: ‘Déles ahora una bendición para todas las que faltan y para toda la Congregación’ y así lo hizo. Así terminó aquella memorable escena; luego doloridas y silenciosas, se fueron retirando”<sup>185</sup>.

El 6 de diciembre Fuentes le hizo la recomendación del alma y la profesión de fe, después de la cual preguntó a Machado, siguiendo el orden del ritual: “¿Pedís perdón a todos aquellos que en algún tiempo hubiéreis ofendido por pensamiento, por palabras o por obras?

---

<sup>182</sup> Cfr. *ibid.*, p. 283.

<sup>183</sup> Cfr. *ibidem*.

<sup>184</sup> M. M. VILLALBA, *Un hombre de fe y acción*, cit., pp. 285-286.

<sup>185</sup> *Ibid.*, p. 286.

– Sí pido. ¿Perdonáis de corazón a cuantos os hubieren ofendido por pensamiento, palabra u obra? – Sí perdono”<sup>186</sup>. En menos de dos horas, expiró.

Su muerte tuvo lugar ese mismo día, jueves 6 de diciembre, veinte minutos antes de las doce del mediodía. Apenas ocurrido el deceso, le asistieron los presbíteros Juan Francisco Hernández, Francisco Mazzulli, y Julián Fuentes Figueroa, quienes junto a Carlos Soria se dedicaron a amortajarlo.

Machado murió en la más absoluta pobreza. Martín Corera afirmó al respecto: “Quien tan considerables cantidades manejó para llevar a cabo sus obras a favor de los indigentes y desvalidos murió en la pobreza más absoluta, como había vivido, atendido por la más exquisita caridad y ardiente celo por sus hijas las Hermanitas de los Pobres. En La Victoria, en la Casa-Hogar que lleva su nombre, podemos contemplar los pocos enseres de su uso personal que atestiguan y son credencial de la pobreza en que vivió y murió. No puede darse mayor sencillez, modestia y pobreza en el mueblaje de una casa”<sup>187</sup>.

Al poco tiempo de haber muerto, difundida la noticia, comenzaron a llegar ríos de gente a la Casa madre de la congregación, donde estaba siendo velado. La radio dedicó sus espacios, en la tarde del 6 de diciembre, a recordar al difunto sacerdote. Lo mismo hicieron al día siguiente los diversos diarios de la ciudad de Caracas y de Venezuela. De hecho, la noticia de la muerte del P. Machado era el titular de casi todos los periódicos del 7 de diciembre de 1939. Era evidente que había muerto un personaje muy importante de la Iglesia en Venezuela.

La primera Misa en cuerpo presente del viernes 7 de diciembre fue presidida por monseñor Felipe Rincón González. Luego celebraron Misas una detrás de la otra los siguientes sacerdotes: Mons. Sixto Sosa, Pbro. Francisco Codecido, P. Ángel Sáenz y P. Delgado. Monseñor Lucas Guillermo Castillo Hernández recitó un responso a las doce del mediodía, y a continuación tuvo lugar el funeral presidido por el Pbro. Fuentes Figueroa, y la oración fúnebre por monseñor Jesús María Pellín. Asistieron también al sepelio monseñor Miguel Antonio Mejía, y el encargado de la nunciatura apostólica, monseñor Tunzi.

A las 3:30 pm se apersonó en la Casa madre el presidente de la República, general Eleazar López Contreras, quien asistió con su gabinete en pleno. Tuvo que bajarse del auto oficial una cuadra antes del lugar del velorio, debido a la inmensa multitud que tenía

---

<sup>186</sup> J. M. PELLÍN, “Elogio fúnebre al P. Machado”, 6-12-1939, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987, p. 13.

<sup>187</sup> M. CORERA, “El Padre Santiago Machado. Fundador de las Hermanitas de los Pobres”, 16-1-1940, en: *Diario La Religión*, 12-3-1963, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987.

bloqueadas las calles. Al llegar a pie a la Casa madre, la banda marcial que había mandado el Ministerio de Guerra y Marina comenzó a tocar el Himno Nacional. Al escuchar estas notas, López Contreras acalló con gesto enérgico la orquesta y expresó en alta voz: “Alto, los honores son para el Padre Machado”<sup>188</sup>. De ese modo rompió el protocolo, al considerar que no podía ser homenajeado al estar junto a un personaje que merecía más homenajes que él. El gesto también parece indicar que al mandatario no le pareció bien recibir honores protocolares en semejante situación luctuosa.

El mandatario también quiso cargar la urna del difunto sacerdote, pero los hombres del pueblo se lo impidieron, quizás porque pensaban en sus adentros que esa honra les tocaba a ellos.

El sepelio fue acordado para las cuatro de la tarde del 7 de diciembre. Las Hermanitas de los Pobres habían conseguido los permisos para que fuera enterrado en el presbiterio de la capilla de la Casa madre. Pero antes de bajar el ataúd al lugar destinado, fueron a llevar el féretro a la catedral de Caracas, con el fin de realizar allí un oficio solemne de difuntos.

Cuando salieron a llevar el féretro rumbo a la catedral, las cuatro calles que circundaban la Casa madre estaban completamente bloqueadas por una inmensa multitud. Todos los comercios cerraron sus puertas de manera espontánea, en señal de duelo.

Habían venido personas desde varias regiones del país. Según Carlos Soria, estuvo presente en el sepelio la mitad de la población de Caracas, y otro tanto del Litoral<sup>189</sup>.

También emprendieron el viaje desde Colombia algunas religiosas de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver, que debido a la larga distancia llegaron después que se había completado el entierro.

El cúmulo de cartas y telegramas de pésame era grandísimo, y tan innumerable fue la cantidad de ofrendas florales de tantas instituciones y personas, que hubo momentos en que no había dónde ponerlas. Muchas de ellas fueron llevadas por el pueblo porque todo el mundo quería rozar aunque fuera una flor con el cadáver del sacerdote y llevársela de recuerdo.

El cortejo fúnebre siguió la siguiente ruta: Pilita, Glorieta, Reducto, Municipal, Mercaderes, La Bolsa, San Francisco, Sociedad, Gradillas, La Torre (Catedral) y de regreso pasó por las siguientes esquinas: Gradillas, Monjas, Padre Sierra, Muñoz, Pedrera, La Gorda y San Pablo. Desde allí cruzó hacia la antigua plaza municipal. Llegados frente al Asilo de la Providencia, obra fundada por él, le hicieron otro solemne responso, en el que participaron todas las Hermanitas junto con los ancianos refugiados en dicho Asilo. Desde ese lugar siguió

---

<sup>188</sup> E. CHAPELLÍN L., *Maiquetía y el Litoral Central*, cit., p. 192.

<sup>189</sup> Cfr. *ibidem*.

en cortejo por la esquina de Miranda, Maderero, Bucare y de allí regresaron a la Casa madre de las Hermanitas de los Pobres.

La esquina de Las Gradillas y parte de la plaza Bolívar estaba completamente llena de gente. También la Catedral, de modo que con muchísima dificultad pudieron entrar porque no había espacio para pasar el féretro. Su oración fúnebre en Catedral fue hecha por el P. Ángel Sáenz, quien había sido amigo y confidente de Machado. Luego de celebrar el solemne oficio de difuntos, llevaron el ataúd de regreso por la ruta antes mencionada. Llegaron a la Casa madre a las ocho de la noche, hora en que fue sepultado. Así que todo pudo terminar como a las 9:00 pm.

Concluía así uno de los más apoteósicos funerales que haya conocido la ciudad de Caracas. Un sepelio caracterizado por la espontaneidad de quienes recibieron algún beneficio del finado sacerdote. Un entierro que no fue programado ni ensayado, y que superó todas las expectativas de asistencia<sup>190</sup>.

Sin embargo, el cuerpo de Machado no estaba en el lugar que él habría deseado. Él había manifestado su intención de ser sepultado en Maiquetía, al lado del monumento a Cristo crucificado en la Plaza Jerusalén.

Pasados 35 años de su muerte, en 1974, sus hijas resolvieron cumplir su deseo de sepultar sus restos en Maiquetía, aunque no consideraron prudente trasladarlo a la Plaza Jerusalén, porque allí se hallaría casi a la intemperie. Prefirieron llevarlos a la capilla del Hospital San José de Maiquetía, donde su tumba estaría más resguardada. Además, pesaban otras razones: ése fue el lugar donde había fundado la congregación, y allí también estaba sepultada la co-fundadora, madre Emilia de San José.

La exhumación se realizó el 24 de marzo de 1975, a las 4:30 pm, con la presencia del arzobispo de Caracas, José Alí Lebrún Moratinos, y del obispo auxiliar, Marcial Ramírez Ponce. Sus restos fueron trasladados desde la capilla de la Casa madre de la congregación, situada de Pilita a Bucare n° 17 en Caracas, hasta la capilla del Hospital San José. Allí se realizó la ceremonia de inhumación, presidida por monseñor Francisco de Guruceaga, obispo de La Guaira, quien celebró una Misa ante los restos del P. Machado acompañado por otros 18 sacerdotes. La homilía estuvo a cargo del monseñor Francisco Maldonado.

---

<sup>190</sup> La madre Elba Rojas hizo la siguiente consideración al respecto: “Su entierro fue la más grande manifestación de duelo jamás vista en Caracas. Venezuela se vistió de luto; el Gobierno, consciente de la obra máxima del Padre Machado, prestó su cooperación y tanto el Presidente de la República como sus Ministros, las autoridades Eclesiásticas, Sacerdotes, Religiosos, Colegios, etc., se confundieron entre el pueblo para rendirle el más cálido homenaje”: E. ROJAS CHAPARRO, “Semblanza del Padre Machado. Año Jubilar del Sesquicentenario del Natalicio del Padre Santiago F. Machado”, en: Boletín CIHEV, año 13, n° 22, enero-julio 2000, pp. 51-63.

La obra social de Santiago Machado puede sintetizarse en una frase que pronunció el doctor Luis Velásquez con ocasión de las bodas de oro sacerdotales del padre: “La escuela, el hospital, el santuario; he aquí la trilogía moral que formó el objetivo de la intensa actuación del Padre Machado en sus aspiraciones hacia el perfeccionamiento de sus conciudadanos”<sup>191</sup>. El P. Víctor Iriarte, por su parte, calificó la obra de Machado como “altamente espiritual y eminentemente social”<sup>192</sup>, y afirmó que su obra maestra, “la que le robó el tiempo y la actividad, la que es como cristalización de su espíritu, su obra predilecta fueron las Hermanitas de los Pobres. De esta obra podríamos decir lo que Fray Luis de León de la Reformadora del Carmelo: ‘No conocí a la Madre Teresa, pero en sus hijas tengo como una pintura de ella’. Las generaciones que vengan no conocerán al Padre Machado, sino a través de sus hijas. Y ¿Qué dirán de él? Que fue un hombre espiritual, puesto que se acercó al pobre, al enfermo, al abandonado, donde sólo la fe puede encontrar el tesoro de la pobreza. Que fue un hombre abnegado, porque al alivio del pobre lo consagró todo: el afecto de su alma, la actividad de su cuerpo. Que fué un hombre generoso porque les dio todo a los pobres y los convirtió en señores, y a las señoritas que en ansias de perfección se acercaban a él, las convirtió en mendigas, en pordioseras, las obligó a pedir por los pobres, hablando más exactamente y mas en cristiano, las obligó a pedir por Cristo y para Cristo”<sup>193</sup>.

Por su parte, Carlos Mesa hizo el siguiente juicio: “Puede asegurarse que el P. Machado era un hombre-legión, como suele llamarse al que asume y desempeña las tareas de varios hombres dinámicos”<sup>194</sup>. Juicio que viene complementado por el de Víctor Iriarte: “en sus primeros años de apostolado en Maiquetía, aseguraba que tanto niño huérfano, tanto enfermo descuidado, tanto anciano desvalido era su gran tormento (...). Hombre sobre todo práctico, procuraba darle en su inteligencia una forma adaptada al medio y convertirla en rápida y palpable realidad”<sup>195</sup>. En ese orden de ideas, el editorial de la revista del Pan de San Antonio de octubre de 1950, con ocasión del centenario de su nacimiento, escribió: “El Pbro. Br. Santiago Machado fue un hombre providencial enviado por la divina Bondad para hincar grandes y necesarias obras de caridad en Venezuela (...). Fue realmente el *hombre de las iniciativas*. Cuando se proponía algo, pronto encontraba quien secundara sus planes, y al ponerse en contacto con las masas, las electrizaba para el bien. Si de momento era imposible

---

<sup>191</sup> L. VELÁSQUEZ, artículo de junio de 1926 recogido por: C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 95.

<sup>192</sup> V. IRIARTE, “Oración fúnebre”, 16-1-1940, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987, p. 15.

<sup>193</sup> *Ibid.*, pp. 17-18.

<sup>194</sup> C. MESA, *La Madre Marcelina. Su vida, sus virtudes, su congregación*, editorial Kelly, Bogotá, 1984, p. 36.

<sup>195</sup> V. IRIARTE, “Oración fúnebre”, 16-1-1940, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987, p. 17.

llevar a la práctica las buenas obras que intentaba, no se cansaba de esperar la *hora de Dios*, trabajando entre tanto cuanto podía. La sangre vasca que corría por sus venas lo hacía tenaz en sus buenos propósitos, y su inmensa caridad le daba aliento para cuantos sacrificios se necesitaran en tratándose de dar gloria a Dios y de hacer bien a las almas”<sup>196</sup>.

No se puede negar que con su gran obra social ayudó a muchísimas personas. Sus frutos aún perduran, tanto en Venezuela como en otros países.

---

<sup>196</sup> ANÓNIMO, “Editorial del Pan de San Antonio”, en: *Boletín del Pan de San Antonio y Obra del Sufragio*, Año LIV, n° 333, octubre de 1950, p. 3.



## Conclusiones

Lo primero que debemos concluir es que el impacto de la obra social de Santiago Machado en la Venezuela de su tiempo fue grandísimo. Su solicitud y su obra influyeron muchísimo en gran cantidad de personas, de todos los ámbitos de la sociedad y de todas las clases sociales. Fue un hombre polifacético que supo despuntar en diversas esferas, como un pionero que desató en el país unas cuantas revoluciones copernicanas en varios campos, como en el de la atención hospitalaria, en el ámbito educativo o en la acción pastoral. Tomando impulso de esta idea, podemos sacar otras conclusiones.

En el ámbito eclesiástico, Machado fue uno de los principales restauradores de la vida religiosa en Venezuela, que estaba prácticamente extinguida a raíz de la supresión de conventos decretada en mayo de 1874 por Guzmán Blanco. Con la fundación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía el 25 de septiembre de 1889, primera congregación religiosa venezolana, se inició lo que Francisco José Virtuoso y otros autores han llamado “la restauración de la Iglesia católica en Venezuela”. En esto Machado fue un pionero, y su obra produjo la emulación de los que después de él fundarían también en nuestra patria una congregación religiosa. La institución de Machado nació como fruto de una sentida necesidad social, para el cuidado de los enfermos que no tenían recursos para ser atendidos dignamente. Y esa obra asistencial se multiplicó grandemente con mucho fruto, de modo que ya en 1894 había 20 religiosas, cantidad que aumentó en más del doble cuando seis años después, en 1900, llegaron a ser 50. Es un crecimiento asombroso si tenemos en cuenta que en Venezuela no existía entre los católicos la tradición de entregar a sus hijas a la vida religiosa. Antiguamente la vida consagrada en Venezuela se había abastecido de vocaciones casi todas extranjeras, pero el caso de estas hermanitas fue singular, pues se formó con un grupo de mujeres en su mayoría autóctonas.

En el ámbito asistencial y médico, no deja de ser sorprendente el crecimiento exponencial de las casas de la congregación. Mientras Machado estuvo al frente de ella, se abrieron, además del Hospital San José de Maiquetía (donde nació la congregación), las siguientes casas: el Asilo de la Providencia en Caracas, el Hospital de San Antonio en Los Teques, el Asilo del Sagrado Corazón de Jesús en Barquisimeto, la Beneficencia del Carmen en Puerto Cabello, el Asilo Nuestra Señora del Socorro en Valencia, el Hospital de San Juan de Dios en La Guaira, el Noviciado en la Casa Madre al pie del Ávila, el Asilo San Antonio de Barranquilla (Colombia), y el Asilo La Estancia de Cotiza. Es decir, que en el arco de 21 años (1889-1910), el fundador pudo erigir un total de diez casas, a un promedio de una cada dos años. En ellas la congregación desempeñó una labor social sin precedentes en la historia

del país. Gracias al crecimiento acelerado de esas estructuras, se pudieron atender a cientos de personas necesitadas, ancianas o enfermas, que se beneficiaron de la acción social de las hermanitas de modo totalmente gratuito.

Evidentemente que Machado no realizó esta obra él solo. Contó con la ayuda de mucha gente, que desde los comienzos de sus iniciativas fueron guiados y animados por los ímpetus del inquieto sacerdote, que nunca imaginó que la semilla que sembró en Maiquetía se iba a extender tan rápidamente por toda la República, y que en poco tiempo llegaría a traspasar sus límites. Desde que tuvo la idea de fundar el hospital San José, Machado contó con la colaboración de personas como el doctor Leonardo Brito, el presbítero Domingo Lamolla, Carlos Devoes, Isabel Lagrange, Manuel Mayorca, Emilia Chapellín, María de Jesús Badillo, Rufina de Alfonzo, y un largo etcétera. En las obras subsiguientes le apoyaría otro grupo de personas, como los doctores José Gregorio Hernández y Fulgencio Carías, la familia Aponte, Carlos Soria, los sacerdotes Luis Ramón Rada, Fuentes Figueroa y Álvarez, y otro largo etcétera. Además, Machado siempre tuvo una gran habilidad para pedir recursos económicos a la gente pudiente, sin cuya ayuda no se habría hecho ni la cuarta parte de lo que logró en tan poco tiempo. La gente le solía ayudar de buena gana, tanto que algunos estafadores se aprovecharon de ello para hacer folletos y pedir dinero usando el nombre del padre Machado, con la certeza de que así podían conseguir cuantiosas sumas de dinero. Con ocasión de esas estafas, Machado tuvo que hacer sendas protestas públicas para que no siguieran engañando a la gente. También los gobiernos de turno, exceptuado quizás el de Guzmán Blanco o Joaquín Crespo, dieron importantes ayudas a la obra de Machado. Destacan los mandatos de Rojas Paúl, Andueza Palacio y Juan Vicente Gómez. Este último llegó incluso a donar personalmente una de las estaciones del Via crucis de la Plaza Jerusalén.

Sus obras sociales no se limitaban al ámbito asistencial (como el que brindaban los hospitales), sino que trascendieron hasta el ámbito educativo. Machado fue el autor de grandes obras educativas, que tuvieron su comienzo con la creación de la Escuela de la Inmaculada en 1890 en la parroquia de Maiquetía. Pero de mucha más envergadura fue la Escuela del Niño Jesús, fundada en septiembre de 1911, que a partir de mayo de 1913 se llamó internado de San José del Ávila y que, albergando a un promedio de 300 niños varones anualmente, fue dirigida por él mismo hasta 1923, con grandísimo éxito. Muchos niños pobres se beneficiaron de esta iniciativa, incluido el padre de quien escribe estas líneas. Con esta obra se iniciaba en Venezuela la era de los comedores escolares, de los que Machado fue el precursor. Esta obra hizo a Machado merecedor de la distinción de la medalla de Honor al Mérito de la Instrucción Pública, que le fue otorgada en 1920 por el gobierno de Gómez. Sin embargo, su obra educativa no se quedó allí. Nuestro biografiado fundaría dos escuelas más en el sector del Prado de María (una para niñas y otra para niños), donde estuvo asignado desde mayo de 1924 hasta pocos meses antes de su muerte.

Más allá de la obra educativa, Machado realizó una obra socio cultural de grandes dimensiones. En 1888 fundó el semanario “El Eco de Lourdes”. Más adelante inició la publicación del “Pan de San Antonio”. También creó el boletín informativo de San José del Ávila. En Prado de María sacó el periódico “Eco de la Salette”, e hizo publicar una cantidad de folletos formativos e informativos que llegaron a mucha gente. No podemos dejar de mencionar su famoso catecismo, que dio a la luz pública diecinueve ediciones, y que se convirtió en un punto de referencia en la historia de la catequesis en Venezuela.

Machado se distinguió también por ser un gran constructor. Recordemos la fabulosa obra de ingeniería que fue el acueducto de Maiquetía en 1890, cuyo mérito se quisieron luego arrojar las autoridades civiles. Pensemos en la edificación del hospital San José y de las casas en las que inició su labor social la congregación, que el fundador mandó construir en los distintos lugares de Venezuela, llegando hasta Colombia. Consideremos la construcción del internado San José del Ávila que antes había sido la casa madre de la congregación, y cuya edificación hoy día se mantiene perfectamente en pie. Hemos visto que nuestro biografiado llevó a cabo la restauración del templo del Prado de María, y gracias a sus oficios y peticiones formales se pudieron pavimentar las calles y avenidas en el mismo sector, y se les pudo poner luz eléctrica a los lugares menos iluminados. Esas obras nos hablan de un espíritu emprendedor que muy pocos han podido emular. Eso sin mencionar la edificación de una ingente obra religiosa, que sólo por su valor artístico ya merecería un especial reconocimiento. Nos referimos a la gruta de la Virgen de Lourdes que inauguró en 1884 en el templo de San Sebastián de Maiquetía; a la plaza Lourdes de Maiquetía, cuya valiosa imagen que la preside se encuentra intacta y hermosa; al famoso Cristo de Maiquetía, icono de esa ciudad y de todo el estado Vargas; a las catorce estaciones del Via crucis en la plaza Jerusalén, que aunque no están tan visibles al público no dejan por ello de ser una obra maestra de la escultura, y a otras iniciativas de infraestructura que reflejan una ambición incansable por embellecer, mantener y arreglar las estructuras religiosas y sociales. Ejemplo de ello son las remodelaciones al Via crucis en el templo de su tierra natal de La Victoria, o la erección de una cantidad de imágenes de la Virgen y de cruces que mandó a poner en múltiples lugares de Caracas y de otras zonas del país.

No es extraño pues que su obra social haya producido un impacto singular en la sociedad venezolana. Y una obra de tales dimensiones no podía dejar indiferente a nadie, ni a las autoridades gubernamentales ni a las eclesiásticas. Como decía el mismo Machado, a alguien le podían perdonar cualquier debilidad, cualquier defecto o cualquier pecado, pero lo que no podían perdonarle es que tuviera éxito. Pensamos que si Machado hubiera sido un cura “del montón”, un hombre gris o mediocre, no hubiera alzado la polvareda de ataques que levantó, que llegaron a ser tan sistemáticos que al final ya el afectado estaba acostumbrado a ellos.

Pero el ataque más fuerte que sufrió fue el que le propinaron algunas de sus hijas, lideradas por Paula Linares, en los que se cuestionó su misma reputación en asuntos de moral. No es casualidad que los ataques hayan venido de una religiosa que sentía especial resentimiento hacia el fundador, por haber sido reprendida por él en varias ocasiones. Hay que reconocer que el carácter del fundador no era fácil, y llegó a ser temido por algunas religiosas, porque no dejaba pasar ni una sola. Pues Paula no se lo perdonó, y por ello le acusó de modo tan insidioso que el representante de la Santa Sede para Venezuela en 1910, Giuseppe Aversa, inició un proceso canónico contra él apoyado por el arzobispo Juan Bautista Castro, que provocó que separaran a Machado de la congregación que había fundado. Las principales fautoras del proceso contra Machado se retractaron o arrepintieron de las acusaciones que hicieron contra él, lo cual deja ver que se trató de un proceso injusto, en el que se levantaron grandes calumnias. Recordemos las retractaciones de Pastora de San José al respecto, avaladas por otras dos religiosas, así como la petición de perdón de la misma Paula Linares, poco antes de morir en la estancia de Cotiza en 1922. Tenemos la carta de Esperanza de San José, en la que manifestaba su alegría por la vuelta del fundador, cuando fue reivindicado y recibido en la misma el 24 de septiembre de 1939. Además, otros elementos nos hacen pensar en que el proceso fue inmensamente injusto. Después de la separación, nadie volvió a acusar a Machado de nada semejante, antes bien, algunos lo tildaban de puritano porque no dejaba entrar a las mujeres en manga corta al templo de Prado de María.

Con respecto a las acusaciones económicas, aunque no parecía ser nada prudente que Machado haya puesto todos los bienes de la congregación a su nombre, ello se debe entender en un contexto en el que la congregación no podía ser propietaria de nada, pues no tenía personalidad jurídica al existir al margen de la ley (los conventos religiosos estaban prohibidos en ese tiempo). Machado había sido testigo de las dolorosas expropiaciones que Guzmán Blanco había hecho a la Iglesia en el septenio, y no quería que se repitiera algo semejante con sus hijas. Además, este modo de actuar le permitió erigir la plaza Lourdes y el Cristo de Maiquetía, pues al estar esos terrenos a su nombre, pudo edificar allí lo que quiso, sin ser acusado por el gobierno de hacer, en nombre de la Iglesia, proselitismo religioso. Al final, esas propiedades quedaron para el servicio público. Y las casas de la congregación, muchas de las cuales fueron compradas con su propio patrimonio, quedaron en manos de las religiosas, y el fundador no pudo nunca disfrutar de ellas, sino sólo al final de su vida en la Casa madre, cuando fue recogido por las hermanitas. La prueba de que sus bienes de herencia y su patrimonio fueron todos empleados en sus obras sociales fue que siempre estuvo endeudado, y solía gastar más de lo que tenía, de modo que al final de su vida terminó en la más absoluta pobreza, pues ni siquiera la casa del Prado donde vivía era de su propiedad. Fue precisamente por el estado de miseria en que se encontraba, que sus hijas pidieron a la Santa

Sede que permitiera a Machado regresar a la congregación que había fundado para celebrar en su seno las bodas de oro de esa institución.

Si bien los ataques más duros contra Machado tuvieron lugar en 1910 y 1911, el sufrimiento más amargo, según su propio testimonio, fue la suspensión *a divinis* que le propinó el Santo Oficio el 31 de julio de 1930, gracias a la denuncia del nuncio Fernando Cento, por haber visitado a las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver en Barranquilla. Hemos visto que Cento se arrepintió de haberlo denunciado, y después de tanto rogar pudo lograr que el Santo Oficio levantara la suspensión siete meses después, llegando a recurrir al mismo papa Pío XI a través de su secretario de Estado Eugenio Pacelli (futuro Pío XII). Machado sufrió mucho por esa suspensión, porque debido a ella estuvo impedido para celebrar la Misa y los demás sacramentos, y para él la Eucaristía era el centro de su vida, y no podía vivir sin ella.

Las persecuciones que sufrió Machado vinieron casi todas de los eclesiásticos de alto rango o de algunas religiosas, más aún que del ámbito civil o militar. Uno de los grandes enigmas que surgen al estudiar la vida de Machado, fue la ruptura entre nuestro biografiado y Juan Bautista Castro. Algunos autores espirituales han empleado la expresión “contradicción de los buenos” para referirse a casos como éste.

Como contraste a los grandes ataques que recibió, el aprecio que le tenían algunas autoridades queda avalado por los reconocimientos que en vida recibió el fundador de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía. En los años posteriores a 1910, fecha de la separación de la Congregación por él fundada, no recibió ningún reconocimiento público por parte de la Iglesia. Sin embargo, Machado recibiría en esos años no pocos reconocimientos del gobierno de Gómez. Además de la ya referida “medalla de honor de Instrucción Pública” en 1920, recibió en 1926 la Orden del Libertador y el Título de Benemérito Sacerdote, con ocasión de sus bodas de oro sacerdotales. Incluso quisieron galardonarle con el obispado de Guayana, pero el mismo Machado manifestó que no tenía ningún interés al respecto, y por ello desistieron de la idea.

Tampoco podemos olvidar el público reconocimiento del gobierno de Aragua, por parte de su presidente el general Linares Alcántara, por la heroica atención hospitalaria que Machado y sus hijas brindaron a los heridos del sitio de La Victoria, en plena Revolución Libertadora en octubre de 1902, cuando atendieron a los afectados de los dos bandos.

Machado se distinguió por ser guía de multitudes, como lo demostró en la organización de las populosas peregrinaciones de la Virgen de Lourdes, inauguradas en Maiquetía en 1884. Fue también servidor de los enfermos, como podemos constatar por su gestión de la magna obra asistencial de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía. Fue educador y maestro de niños y jóvenes, como lo vimos en su acción catequética y en la

fundación de los institutos educativos por los que pasaron cientos de niños y de jóvenes de pocos recursos. Se distinguió por su amor a los ancianos, como lo demuestra la gran cantidad de asilos y ancianatos impulsados por él y atendidos por sus hijas. Pero fue sobre todo, amigo de los pobres, como lo demuestra la gran cantidad de obras, personales y colectivas, para con los más necesitados: así lo vemos en la institución del litro de leche para las mamás pobres, que pasó a la historia como “la gota del leche del Padre Machado”, en el comedor popular que instaló en Prado de María en 1936, y en la incontable cantidad de favores que otorgó a cuantos acudían a él en busca de una ayuda económica o médica. Por supuesto que a estas atenciones siempre iba unida la ayuda espiritual, porque Machado nunca se sintió funcionario, sino sobre todo y fundamentalmente *sacerdote*. Ésta es la realidad de los hechos, y el sol no se puede tapar con un dedo.

Su personalidad era riquísima y multifacética. En cuanto a su fisonomía externa, Carlos Soria dio la siguiente descripción: “de estatura normal, rostro ovalado y muy rosado, dando siempre apariencia de mucha salud y contextura fuerte, cejas muy pobladas ligeramente arqueadas, ojos negros no muy intensos y con una mirada siempre afable y decidida (...) y tenía un lunar en la mejilla izquierda que le daba a su cara un aspecto simpático”<sup>197</sup>. Era también muy elegante, de buen porte y rostro agraciado, como se deja ver en las fotos y retratos del personaje.

En cuanto a su personalidad, de carácter colérico, ya que era emotivo, activo y primario. Su emotividad se muestra en episodios como el del canario, al llorar toda la noche cuando se separó de él con ocasión de su ingreso al Seminario en 1869. También se constata en el afecto por Emilia, a quien después de fallecida lloró muchas veces, y cada vez que la recordaba o la mencionaba se le aguaban sus ojos. Activo hasta el agotamiento, casi nadie era capaz de seguir su ritmo casi frenético, que le impedía estar sin hacer nada. Y cuando no tenía mucho que hacer era más peligroso que nunca, pues era entonces cuando empezaba a maquinarse ambiciosos planes, sin descansar hasta ponerlos por obra. Primario e impulsivo, reaccionaba prontamente a cualquier estímulo, a veces de modo brusco o violento. Y como se conocía tan bien, en muchas oportunidades buscó alejarse de las ocasiones que le pudieran llevar a dar una respuesta inapropiada fruto de su rudo carácter, como cuando buscó hacerse representar para defenderse de los cargos que le acusaban en Roma, por pensar que no iba a poderse controlar. Además, era un hombre bonachón, llano y sencillote, que decía lo que pensaba, a veces sin pensar mucho lo que decía, que no sabía mentir y cuya sinceridad le acarreó más dificultades que beneficios. Era salvajemente sincero, aunque toda su vida luchó para no convertirse en una persona sinceramente salvaje. De un gran sentido del humor, sabía sacarle punta a todo. A veces ácido e irónico en sus comentarios, tenía siempre la chispa del

---

<sup>197</sup> C. SORIA V., *Vida del Pbro. Santiago F. Machado*, cit., p. 85.

hombre que le da la vuelta a todo, y sabe sacar un chiste aún de los sucesos más trágicos. Hombre solidario y cercano, que no podía ver a nadie sufrir, que era capaz de quitarse literalmente el pan de su boca para dárselo al que no tenía, que era tan venezolanamente generoso que daba aún lo que no tenía, aunque ello supusiera endeudarse imprudentemente. Su desfachatada prodigalidad de mano floja perdido, le llevaron a estar siempre hipotecado. Por sus manos pasaron miles y miles de bolívares, pero sólo pasaron y nunca se quedaron en ellas. ¿Defecto o virtud? Para sus detractores fue defecto e imprudencia suma, pero para sus beneficiados, sin duda que fue virtud heroica. Hombre recio, de carácter fuerte y a veces porfiado. Al mismo tiempo, hombre extremadamente sensible, con muchos episodios de cariño y hasta de ternura. Hombre valiente, que se enfrentaba a quien fuera, pero supremamente obediente, que aceptaba las directrices de sus superiores eclesiásticos aunque estuviera totalmente en desacuerdo. Paradigma del venezolano, patriótico y bullanguero, con tanto apego a las tradiciones, que si no existían las creaba. Amante de la fe católica hasta rayar en el fanatismo, pero tan abierto a los otros credos que fue casi indiferentista. Hombre de contrastes fuertes, hombre paradójico e íntegro a la vez. Pero, ante todo, sacerdote al 100 %. Personaje de esos que nacen cada 200 años.

## Bibliografía

### 1. Fuentes:

#### a. Fuentes primarias

AA.VV., Artículos del periódico “El Eco de Lourdes” (1888-1890).

———, “El Libre Examen”, Caracas, 5, 17 y 26 de abril de 1890, en: H. GONZÁLEZ OROPEZA, *Iglesia y Estado en Venezuela. Historia de su proceso*, Publicaciones UCAB, Caracas, 1997, p. 215.

———, “Informe del cabildo catedralicio de Caracas al Papa León XIII”, Caracas, 24-7-1901, en: AHHPM (1889-1911).

———, *Obsequio de la Junta “Padre Machado”*, Maiquetía, 18-11-1910, p. 13.

———, *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XX. Documentos para su estudio*, Gobierno de la época del presidente Eleazar López Contreras, N° 23, Congreso de la República, Caracas, 1986.

———, “Sub secreto”, 1-11-1914, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), pp. 84-90.

ALVARADO, Águedo Felipe, “Carta al Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares”, Barquisimeto, 18-4-1901, en: AHHPM.

ÁLVAREZ, P., “Padre Santiago Machado entre los años 1928-1931”, en: AHHPM (Actividades del P. Machado en el Prado de María).

ANÓNIMO, “Bodas de diamante de un Meritorio Sacerdote Venezolano”, Caracas, 5 de junio de 1936, en: AHHPM.

———, “Editorial del Pan de San Antonio”, en: *Boletín del Pan de San Antonio y Obra del Sufragio*, Año LIV, n° 333, octubre de 1950, pp. 3-13.

———, “El Padre Machado”, en: *Diario La Religión*, 9-9-1926.

———, “Exhumados restos del Padre Machado”, en: *Diario Últimas Noticias*, 25-3-1975, p. 19.

———, “Hospital San José de Maiquetía”, Suplemento del Boletín del Pan de San Antonio, diciembre 1959, en: CIDOC-4218, B-3.



———, “Internado para niños pobres”, editorial de *La Religión*, n° 7343, (sin fecha), en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 75. Se infiere, por los datos del artículo, que fue publicado en agosto de 1914.

———, “Otro escándalo: un cura preso. Una niña negada a su madre en el convento del padre Machado”, en: *Boletín de la Razón*, 3-10-1893, en: CIDOC, 24500, N. E. NAVARRO, compilación de recortes de “La Religión”, “El Liberal” y otros (1893-1899), ficha 5.

———, “Plaza Lourdes”, en: *El Eco de Lourdes*, 28-12-1889, Año II, N° 25.

———, “90 años cumplió el Hospital san José de Maiquetía”, en: Diario *El Nacional*, 23 de abril de 1978.

ARTEAGA Y MONTEJO, Ricardo, “Fiesta de las cincuenta Hermanas”, en: *Boletín del Pan de San Antonio*, N° 13, diciembre de 1900.

ARZOBISPADO DE CARACAS, “Respuesta del arzobispado a la petición del Pbro. Machado”, s/f, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 79. Esta respuesta aparece también, sin fecha, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 330, pp. 161-163.

AVERSA, Giuseppe, *Cartas*, en: AHHPM.

———, “Carta al Card. Merry del Val”, 1-2-1911, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 312, pp. 134-135.

———, “Cartas al secretario de Estado Vaticano”, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1900-1922, Castro y Gómez)*, cit., tomo I, pp. 192-212.

———, “Estado del Clero en Venezuela”, informe del 3-10-1910, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1910-1922, Castro y Gómez)*, cit., tomo II, p. 103.

———, “Informe al cardenal secretario de Estado: Un fenómeno extrañísimo: El Pbro. Santiago Machado”, 13-2-1910, en: AHHPM (Cartas 1889-1911), p. 32.

BRIOSCHI, Pedro Adán, *Cartas*, en: AHHPM.

———, “Carta a la hermana Marcelina”, 26-12-1913, en: C. MESA, *La Madre Marcelina*, cit., pp. 147-148.

———, “Carta al P. Machado”, s/f., en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 141.

BUENO, José A., “Carta al Dr. Juan B. Bance”, 4-11-1911, en: AHHPM (sin numerar).

- CARLOTA DE SAN JOSÉ (María Carolina Rada del Olló), “Carta al papa Pío XII”, Caracas, 22-8-1939, en: AHHPM (sin numerar).
- CASSALI, N., “Decreto de suspensión *a divinis*”, 31-6-1930, en: AHHPM (sin numerar).
- CASTILLO LARA, Lucas Guillermo, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1900-1922, Castro y Gómez). Apéndice documental*, tomos I, II, III y IV, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia n° 75, 76, 77, 78, Caracas, 2000.
- , *Personajes y sucesos venezolanos en el Archivo Secreto Vaticano (Siglo XIX)*, tomos I y II, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia 70-71, Caracas, 1998.
- CASTRO, Juan Bautista, *Cartas*, en: AHHPM.
- , *Cartas y documentos*, en: Archivo Arquidiocesano de Caracas, sección Episcopales, 61 Ep (1904-1915).
- , *Libro de las bodas de plata*, Tipografía El Cojo, Caracas, 1996.
- CEBRONES, Gaspar de, “Carta a Mons. Aversa”, 22-6-1907, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1910-1922, Castro y Gómez)*, tomo II, p. 481.
- CENTO, Fernando, *Cartas*, en: AHHPM (cartas, sin numerar).
- CLOTILDE DE SAN JOSÉ, “Carta a Mons. Juan Bautista Castro”, 31-1-1912, en: AHHPM (cartas, sin numerar).
- CONGREGACIÓN PARA LA CAUSA DE LOS SANTOS, *Positio sobre las virtudes de la madre Marcelina de San José, fundadora de las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver*, Roma, 1996.
- , *Positio sobre las virtudes de la sierva de Dios Emilia de San José*, Roma, 1993.
- CORERA, Martín, “El Padre Santiago Machado. Fundador de las Hermanitas de los Pobres”, 16-1-1940, en: Diario *La Religión*, 12-3-1963, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987.
- , “Testimonio sobre el P. Machado”, 12-3-1963, en: AHSJ.
- CURIEL BRAVO, María, “Testimonios”, en: AHHPM (libro sin clasificar).
- DELFINA DE SAN JOSÉ (Adela Cabrera), *Apuntes personales*, 24-9-1949, en: AHHPM.
- DE SANCTIS, Basilio, “Carta al Santo Oficio”, 12-1-1931, en: AHHPM (Cartas, sin numerar).

- DEL VAL, Merry, “Carta al Card. Gagliano Azevedo”, 6-8-1913, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 71.
- , “Carta al Mons. Aversa”, 15-10-1910, n° 46678, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 70.
- DI MILIA, Bernardino, “Carta al secretario de la Congregación de los Negocios Eclesiásticos”, 10-10-1889, en: L. G. CASTILLO LARA, *Personajes y sucesos venezolanos en el Archivo Secreto Vaticano (s. XIX)*, tomo II, cit., pp. 407-408.
- ENRIQUETA DE SAN JOSÉ, *Historia de la congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía*, Caracas, 1914, en: AHHPM. Tomos I y II.
- ESPERANZA DE SAN JOSÉ, *Cartas*, en: AHHPM.
- FELICITAS DE SAN JOSÉ (Rafaela Serrano Guerra), *Cartas*, en: AHHPM.
- FOLIGNO, Michele, “Carta a don M. Rúa”, 10-7-1907, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1910-1922, Castro y Gómez)*, cit., tomo II, pp. 484-487.
- FRÁNQUIZ, Régulo – PEÑALVER, Rafael, “Informe sobre varios de los abusos que se cometen en algunas Diócesis de Venezuela”, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 7.
- GIL, Adolfo, *El Liberalismo o Cartas al vicepresidente de Colombia*, Imprenta Colón, Caracas, 1895.
- GUERRA, Pedro, “Carta al P. Machado”, 24-4-1913, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 327, pp. 156-157.
- HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, “Acta de elecciones”, 19-1-1909, en: AHHPM.
- , “Bodas de oro de la Congregación de Hermanitas de los Pobres de Maiquetía”, 25-9-1939, en: AHHPM.
- , *Constituciones Autógrafas* n° 42 y 43. 1901, en: AHHPM.
- , *Libro de Elenco*, en: Archivo de la Congregación de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía.
- , *Nuestra Historia (1889-1918)*, Caracas, 1974, en: AHHPM. Escrita por Tarcisio de San José, en el siglo Juana Josefina Bermúdez Pirela.
- , *Padre Fundador. Párroco en Maiquetía. El instituto – Inicios*, en: AHHPM.
- , *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987.
- HERMINIA DE SAN JOSÉ, “Sombras del cuadro”, s/f, en: AHHPM (sin numerar).

- IBARRETA, José María, “Informe al delegado apostólico Aversa”, 2-11-1911, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 71.
- , “Resultados de la visita apostólica”, 5-11-1911, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 124.
- IRIARTE, Víctor, “Oración fúnebre”, 16-1-1940, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987, pp. 15-17.
- JUNTA COAYUVADORA DE MAIQUETÍA, “Bodas de oro sacerdotales del Pbro. Santiago F. Machado”, 23-6-1926, en: AHHPM (Actividades del Padre Machado en Prado de María).
- L. B., “Hospital de San José”, en: *El Eco de Lourdes*, 11-1-1890, Año II, N° 27.
- LACARRA, María Inmaculada – FAJARDO, Teresa, *Espiritualidad congregacional de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía*, en: AHHPM.
- LISCANO, T., “Discurso del 21-11-1908”, en: AHHPM.
- MACHADO OYARZÁBAL, Santiago Florencio, “Apuntes para la Historia del Hospital ‘San José’ de Maiquetía”, en: Diario *El Universal*, 21-3-1939.
- , *Artículos y otros escritos*:
- , *Cartas*, en: AHHPM.
- , “Circular de desagravios N° 6”, 7-3-1908, en: AHSJ.
- , “La fiesta de las Cincuenta Hermanas”, en: *Boletín del Pan de San Antonio*, N° 13, diciembre de 1900.
- , “La Hermana Cándida de San José”. Declaración del Padre Machado, en: Diario *La Religión*, 6-10-1893.
- , “Manifestación”, en: Diario *La Religión*, 11-11-1911.
- MARCELINA DE SAN JOSÉ, “Carta a la madre Carlota de San José”, 28-6-1943, en: AHHPM (sin numerar).
- MARÍA DE LOS ÁNGELES DE SAN JOSÉ (Isabel Lange Litchfield), *Cartas*, en: AHHPM.
- , “Tarjeta. Despedida”, en: Diario *El Tiempo*, 7-2-1912. Citado por: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 138.
- MAYORCA, Manuel A., “Apuntes históricos”, en: AA.VV., *Obsequio de la Junta “Padre Machado”*, Maiquetía, 18-11-1910.

- MAYORCA, Manuel A. – RADA, Luis Ramón, *Pbro. Br. Santiago F. Machado, Fundador de la Congregación de las Hermanitas de los Pobres, en Venezuela*, Maiquetía, 1910.
- MEJÍA, Miguel Antonio, “Carta a la madre Carlota de San José”, septiembre de 1939 en: AHHPM (sin numerar).
- NAVARRO, Nicolás Eugenio, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 27-9-1901, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo II, n° 75, p. 239.
- , “Carta a Mons. Pietropaoli”, 18-8-1913, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 466, p. 363.
- , “Nuestras Hermanitas de los Pobres”, en: Diario *La Religión*, 30-10-1897, en: CIDOC, 24500, N. E. NAVARRO, compilación de recortes de “La Religión”, “El Liberal” y otros (1893-1899), ficha 3.
- PACELLI, Eugenio, “Telegrama a Mons. Cento”, 24-1-1931, en: AHHPM (cartas, sin numerar)
- PARROQUIA SAN SEBASTIÁN DE MAIQUETÍA, *Libro de Bautizos N° 11 (1882-1885) y N° 12 (folio 315)*, en: Archivo Parroquial de Maiquetía y Archivo Diocesano de La Guaira.
- , *Libro I de Gobierno (1828-1896)*, folios 114-117, en: Archivo Parroquial de Maiquetía.
- PASTORA DE SAN JOSÉ, “Carta a la superiora del Hospital San José”, 6-11-1910, (Circular N° 15), en: AHSJ.
- PAULINA DE SAN JOSÉ, “Testimonio”, abril de 1930, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Nuestra Historia (1889-1918)*, cit., p. 153.
- PELLÍN, Jesús María, “Elogio fúnebre al P. Machado”, 6-12-1939, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987, p. 13.
- PIETROPAOLI, Carlo, “Carta al Card. Merry del Val”, 10-7-1913, en: AHHPM (Cartas, 1912-1914), p. 71.
- , “Carta al Card. Merry del Val”, 30-9-1913, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo III, n° 374, p. 242.
- , “Informe al secretario de estado Vaticano”, 6-7-1913, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1900-1922, Castro y Gómez)*, cit., tomo I, p. 239.

- PROVIDENCIA DE SAN JOSÉ, “Carta al hospital San José”, 10-11-1912 (Circular n° 28), en: AHSJ.
- RADA DEL OLLO, Luis Ramón, “Discurso”, en: AA.VV., *Obsequio de la Junta “Padre Machado”*, Maiquetía, 18-11-1910.
- RAMPOLLA, Mariano, “Carta al P. Machado”, 16-7-1897, en: AHHPM (Cartas sueltas).
- RINCÓN GONZÁLEZ, Felipe, “Aprobación del Catecismo del padre Machado como texto exclusivo nacional”, 12-4-1917, en: B. PORRAS, *Conferencia Episcopal Venezolana, tomo II. Decretos y Reglamentos*, 1889-1984, Caracas, 1986, p. 85.
- , “Carta al cardenal Eugenio Pacelli”, 10-5-1937, en: J. H. QUINTERO, *El Arzobispo Felipe Rincón González*, cit., p. 156.
- , “Carta a Mons. Fernando Cento”, 21-2-1931, en: AHHPM (Cartas, sin numerar)
- , “Permiso para formar la Cofradía del Santísimo Sacramento”, 13-4-1932, en: AHHPM.
- RODRÍGUEZ, J. R., “Carta a Mons. Rincón González”, 15-7-1931, en: AHHPM (Actividades del P. Machado en el Prado de María).
- RUA, Michele, “Carta al Secretario de la congregación de Negocios Eclesiásticos Extraordinarios”, 20-5-1907, en: L. G. CASTILLO LARA. *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1910-1922, Castro y Gómez)*, cit., tomo II, p. 465.
- SÁENZ, Ángel, “Oración fúnebre”, 6-12-1940, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987.
- SABATUCCI, A., “Carta al delegado apostólico Tonti”, 20-4-1895, en: AHHPM (sin numerar).
- SBARRETTI, Donato, “Carta a Mons. Fernando Cento”, 31-1-1931, en: AHHPM (cartas, sin numerar).
- SIBILIA, E, “Carta al delegado apostólico Tonti”, 15-11-1895, en: AHHPM.
- SILVA, Antonio Ramón, “Carta a fray José Calazans de Llevanderas”, Mérida, 3-7-1897, en: AHHPM (cartas sueltas).
- SILVA, Antonio Ramón – ALVARADO, Águedo Felipe – ÁLVAREZ, Arturo Celestino, “Carta al P. Machado”, 14-7-1911, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), pp. 119-120.
- SORIA VILLAPAREDES, Carlos, *Vida del Pbro. Santiago F. Machado. Memorias de Carlos Soria*, Caracas, 1971, en: AHHPM.

SUPREMA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL SANTO OFICIO, “Carta al delegado apostólico en Caracas”, 5-6-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 39.

———, “Decreto”, 12-11-1910, en: AHHPM (Cartas, 1889-1911), p. 82

TARCISIO DE SAN JOSÉ (Juana Josefina Bermúdez Pirela), *Apuntes Personales*.

———, “Testimonios verbales de la M. Carlota de San José”, en: AHHPM.

TONTI, Giulio, “Carta al prefecto de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios”, 12-9-1901, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo II, n° 83, p. 215.

TORTOLERO, Marcos, “Discurso en las bodas de oro del P. Machado”, en: HERMANITAS DE LOS POBRES DE MAIQUETÍA, *Padre Santiago Florencio Machado O. Su vida. Sus obras*, Capítulo General XVIII, Caracas, agosto de 1987, p. 16.

TUNZI, M., “Carta al Secretario Santo Oficio”, septiembre de 1939, en: AHHPM (sin numerar).

UZCÁTEGUI OROPEZA, Crispulo, *Cartas*, en: AHHPM.

———, “Decreto de aprobación de las Constituciones de Congregación las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía”, Caracas, 4-5-1897, en: Archivo Arquidiocesano de Caracas, sección Episcopales, 58 Ep (1885-1904).

## **b. Fuentes secundarias**

AA.VV., “Exposición del episcopado de Venezuela al Sr. Presidente de la República Dr. Juan Pablo Rojas Paúl”, 26-9-1889, en: B. PORRAS, *Conferencia Episcopal Venezolana, tomo II. Decretos y Reglamentos*, 1889-1984, Caracas, 1986, pp. 7-22.

———, *Pensamiento Político Venezolano del siglo XIX*, tomo 12, Congreso de la República, Caracas, 1961.

ANÓNIMO, “Asunto Conventos”, artículo del Diario *El Liberal*, octubre 1896, en: CIDOC, 24500, N. E. NAVARRO, compilación de recortes de “La Religión”, “El Liberal” y otros (1893-1899), ficha 1.

———, “Datos sobre la cuestión eclesiástica en Venezuela”, mayo de 1884, en: L. G. CASTILLO LARA, *Personajes y sucesos venezolanos en el Archivo Secreto Vaticano (Siglo XIX)*, cit., tomo II, pp. 265-266.

DI MILIA, Bernardino, “Carta al Card. Rampolla”, 25-4-1889, en: L. G. CASTILLO LARA, *Personajes y sucesos venezolanos en el Archivo Secreto Vaticano (Siglo XIX)*, cit., tomo II, p. 399.

- FRÁNQUIZ, Régulo, “Carta al Card. Vives y Tutó”, 23-11-1900, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1900-1922, Castro y Gómez)*, cit., tomo II, p. 38.
- GÓMEZ CHACÓN, Juan Vicente, “Carta a Mons. Rincón”, 3-1-1919, en: J. V. GÓMEZ, *Documentos para la historia de su gobierno*, Caracas, 1925, p. 279.
- GUEVARA Y LIRA, Silvestre, *Cartas*, en: L. G. CASTILLO LARA, *Personajes y sucesos venezolanos en el Archivo Secreto Vaticano (Siglo XIX)*, cit., tomo I, pp. 441-506.
- IZQUIERDO MARTÍ, Francisco, “¿La casa de los Capuchinos de las Mercedes es un Convento?”, 1896, en: Diario *El Tiempo*, en: CIDOC, 24500, N. E. NAVARRO, compilación de recortes de “La Religión”, “El Liberal” y otros (1893-1899), ficha 2.
- MENDIBLE, L., “Carta abierta al Excmo. Sr. Carlo Pietropaoli”, en: AA.VV., *El Pensamiento Político Venezolano del Siglo XX. Documentos para su estudio. La oposición a la Dictadura Gomecista, Liberales y Nacionalistas N° 3*, Congreso de la República, Caracas, 1983, N° 40, p. 347.
- NAVARRO, Nicolás Eugenio, “Carta al Card. De Lai”, 1-3-1916, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1900-1922, Castro y Gómez)*, cit., tomo I, p. 255.
- PIETROPAOLI, Carlo, *Cartas*, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1900-1922, Castro y Gómez)*, cit., tomo I, pp. 233-246.
- , “Institutos Religiosos en la República de Venezuela”, 26-8-1913, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1910-1922, Castro y Gómez)*, cit., tomo II, pp. 221-227.
- PONTE S., José Antonio, *Cartas*, en: L. G. CASTILLO LARA, *Personajes y sucesos venezolanos en el Archivo Secreto Vaticano (Siglo XIX)*, cit., tomo II, pp. 87-182.
- PORRAS, Baltasar, *Conferencia Episcopal Venezolana. Cartas, Instrucciones y Mensajes (1883-1977)*, Tomo I-A, UCAB, Caracas, 1978.
- , *Conferencia Episcopal Venezolana, tomo II. Decretos y Reglamentos, 1889-1984*, Caracas, 1986.
- QUINTERO, José Humberto, *Para la historia*, Caracas, 1974.
- , *El Arzobispo Felipe Rincón González*, Trípode, Caracas, 1988.
- RINCÓN GONZÁLEZ, Felipe, “Carta al Dr. Urdaneta Maya”, Caracas, 24-6-1920.



- ROJAS PAÚL, Juan Pablo, “Carta al Papa Pío IX”, 6-4-1889, en: H. GONZÁLEZ OROPEZA, *Iglesia y Estado en Venezuela*, cit., p. 370.
- SILVA, Antonio Ramón, “Carta al Card. Rampolla”, 20-8-1903, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana*, cit., tomo II, n° 75, p. 383.
- , “Carta al secretario de Estado Vaticano”, abril de 1916, en: L. G. CASTILLO LARA, *Apuntes para una historia documental de la Iglesia venezolana en el Archivo Secreto Vaticano (1900-1922, Castro y Gómez)*, cit., tomo I, p. 257.
- URBANEJA, Diego Bautista, “Carta a Mons. R. Cocchia”, 25-7-1878, en: L. G. CASTILLO LARA, *Personajes y sucesos venezolanos en el Archivo Secreto Vaticano (Siglo XIX)*, cit., tomo II, p. 140.
- UZCÁTEGUI OROPEZA, Crispulo, *Cartas*, en: Archivo Arquidiocesano de Caracas, sección Episcopales, 58 Ep (1885-1904).
- , “Comunicado al clero y a los fieles de la arquidiócesis de Caracas”, 12-6-1885, en: Archivo Arquidiocesano de Caracas, sección Episcopales, 58 Ep (1885-1904).
- , “Comunicado al cabildo metropolitano, al clero y a los fieles”, 17-6-1898, en: Archivo Arquidiocesano de Caracas, sección Episcopales, 58 Ep (1885-1904).
- , “Estado histórico-geográfico de la Arquidiócesis de Santiago de Venezuela en la América Meridional”, 20-3-1888, en: L. G. CASTILLO LARA, *Personajes y sucesos venezolanos en el Archivo Secreto Vaticano (Siglo XIX)*, cit., tomo II, pp. 365-366.

## 2. Bibliografía complementaria:

- AA.VV., *La Iglesia y la educación en Venezuela*, Memorias de las III Jornadas de Historia y Religión, Publicaciones, UCAB, Caracas, 2003.
- BLANCO RINCÓN, Mariana, *Las relaciones entre el Estado y la Iglesia en Venezuela: el arzobispado de Mons. Felipe Rincón González (1916-1946). Aproximación histórica a partir de las fuentes conservadas en Venezuela*, Tesis de posgrado, Lovaina, 1987.
- CHAPELLÍN L., Eduardo, *Maiquetía y el Litoral Central. Crónicas, hechos y vivencias*, Gráficas TAO, Caracas, 1997.
- CONCILIO PLENARIO DE VENEZUELA, *Documento Conciliar N° 4: La catequesis*, 9, CEV, Caracas, 2006.
- CONDE TUDANCA, Rodrigo, “Los orígenes de la iglesia del Prado de María”, 27-4-2002, en: Boletín informativo n° 1, Parroquia “La Milagrosa”, Prado de María, Caracas, p. 8.

- , “Cómo vieron los nuncios la neutralidad del Régimen Gomecista durante la Primera Guerra Mundial (1913-1918)”, en: Boletín CIHEV, año 13, n° 22, enero-diciembre 2000, pp. 65-124.
- , *El renacer de la Iglesia*, Publicaciones UCAB, Caracas, 2005.
- DONÍS RÍOS, Manuel – STRAKA, Tomás, *Historia de la Iglesia Católica en Venezuela. Documentos para su estudio*, Publicaciones UCAB, Caracas, 2010.
- FERNÁNDEZ HERES, Rafael, “El Colegio Seminario y la Universidad de Caracas como factores de integración nacional”, en: Boletín CIHEV, año 11, n° 21, julio-diciembre 1999, pp. 24-32.
- , “La Iglesia Católica en la educación venezolana durante el siglo XX”, en: Boletín CIHEV, año 8, n° 13, julio-diciembre 1995, pp. 161-192.
- FUNDACIÓN POLAR, “Machado, Santiago Florencio”, en: FUNDACIÓN POLAR, *Diccionario de Historia de Venezuela*, tomo III, Caracas, 1997 (2ª edición), p. 8.
- GARCÍA ARMAS, Delfín, “Ya es nonagenario el Hospital San José de Maiquetía erigido sobre las ruinas de la cárcel vieja”, en: Diario *La Religión*, 22-4-1978.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Luis Enrique, *Vida y obras del padre Machado*, Cámara de Comercio de La Guaira, La Guaira, 1987.
- GONZÁLEZ OROPEZA, Hermann, *Iglesia y Estado en Venezuela. Historia de su proceso*, Publicaciones UCAB, Caracas, 1997.
- , “La Iglesia en el periodo gomecista”, en: “Boletín CIHEV”, año 8, N° 13, Caracas, 1995, p. 22.
- , *La liberación de la Iglesia venezolana del Patronato*, Paulinas, Caracas, 1988.
- GRACIA, Antonio, *Madre Emilia, testigo de amor a los enfermos*, Caracas, 1995.
- HERMINIA DE SAN JOSÉ, *Caridad en Acción. Vida de la Sierva de Dios Madre Emilia de San José, Fundadora de las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía*, Caracas, 1968.
- HERNÁNDEZ, Juan Francisco, “El Padre Machado en el Cuatricentenario”, en: Diario *El Nacional*, B-8, 28-8-1966.
- , “Firmo un contrato con la Providencia”, en: Boletín CIHEV, año 1, n° 1, abril-junio 1989, pp. 26-31.
- JIMÉNEZ M., Rafael Simón, *50 años de Política Exterior de Venezuela (1908-1958)*, El Centauro, Caracas, 2006.

- JORDÁN HERNÁNDEZ, A., “Bajaron el Cristo de Maiquetía para reconstruir su Pedestal”, en: Diario *El Nacional*, 22-1-1976.
- LACARRA, M<sup>a</sup> Inmaculada, “Aproximación a la espiritualidad del P. Santiago F. Machado”, en: AAVV, *P. Santiago Machado, un pastor entre los pobres*, Publicaciones UCAB, Caracas, 2011, pp. 179-200.
- MARADEI DONATO, Constantino, *Venezuela: su Iglesia y sus Gobiernos*, Trípode, Caracas, 1978.
- MARTÍNEZ MORÁN, Felipe, *Santiago Florencio Machado. Su vida, personalidad y obras*, Caracas, julio de 1994, en: AHHPM.
- MESA, Carlos, *La Madre Marcelina. Su vida, sus virtudes, su congregación*, editorial Kelly, Bogotá, 1984.
- MOLINA, Honegger, “Perfil Biográfico del Padre Machado”, en: AAVV, *P. Santiago Machado, un pastor entre los pobres*, Publicaciones UCAB, Caracas, 2011, pp. 27-90.
- MOLINERO, M., “El Padre Machado entrega la Iglesia de Prado María a los padres Paúles”, 27-4-2002, en: Boletín informativo n° 1, Parroquia “La Milagrosa”, Prado de María, Caracas, p. 14.
- NAVARRO, Nicolás Eugenio, *Anales Eclesiásticos Venezolanos*, Caracas, 1929.
- ORTEGA-LIMA RUIZ, Rafael, *Iglesia y Estado guzmancista. Visión de las relaciones Iglesia-Estado durante la época guzmancista en Venezuela (1870-1898)*, Ediciones de la presidencia de la República, Caracas, 1996.
- POLANCO ALCÁNTARA, Tomás, *Juan Vicente Gómez, aproximación a una biografía*, Morales i Torres editores, Barcelona (España), 2004.
- RODRÍGUEZ CAMPOS, Manuel, “Bloqueo a las costas venezolanas”, en: FUNDACIÓN POLAR, *Diccionario de Historia de Venezuela*, tomo I, Caracas, 1997 (2<sup>a</sup> edición), pp. 461-462.
- RODRÍGUEZ ITURBE, José, *Iglesia y Estado en Venezuela (1824-1964)*, Facultad de Derecho de la UCV, Caracas, 1968.
- ROJAS CHAPARRO, Elba, “Semblanza del Padre Machado. Año Jubilar del Sesquicentenario del Natalicio del Padre Santiago F. Machado”, en: Boletín CIHEV, año 13, n° 22, enero-julio 2000, pp. 51-63.
- VILLALBA, María Margarita, *Pbro. Santiago Machado. Escribió con su vida nuevas páginas del evangelio*, Monfort, Caracas, 1996.

———, *Un hombre de fe y acción. Vida y obras del Pbro. Santiago F. Machado O.*, Monfort, Caracas, 1998.

VIRTUOSO, Francisco José, “Consideraciones sobre una historia pendiente por escribir”, 5-4-2000, prólogo de la obra de R. PEÑALVER, *La obra de Monseñor Pietropaoli en el marco del proceso de restauración de la Iglesia católica venezolana (1913-1917)*, Publicaciones Ucab, Caracas, 2000, pp. 5-10.

### **3. Artículos en Internet y páginas Web:**

CONDE TUDANCA, Rodrigo, “La iglesia parroquial de Prado de María de Caracas. Sus orígenes coloniales”, 14-9-2008, en: <http://historiaprado.blogspot.com/>

VÁSQUEZ DE CEDEÑO, Nora, “El Padre Machado”, Rohner Park California, 15-6-2002, en: <http://historiaprado.blogspot.com/>

<http://www.catholic-hierarchy.org/bishop/baver.html>.

<http://www.corazones.org/maria/salette.htm>

<http://historiaprado.blogspot.com/>

**4. Entrevistas:** ALFONZO VAZ, Alfonso (1°-11-2008); APONTE, Inés (24-9-2010); CASTILLO, Maximino (9-12-2008); LÓPEZ, Carmen (19-11-2010); MAYORA, Oscar (26-11-2010).